La Revolución desconocida

Ukrania 1917-1921, la gesta Makhnovista

Héctor Schujman



HÉCTOR SCHUJMAN

La Revolución desconocida

—Ucrania, 1917-1921—

Nossa y Jara Editores

Portada: Jinetes guerrilleros de Néstor Makhno. Campesinos de Ucrania

© 2000 para esta edición:

Héctor Schujman.

Nossa y Jara Editores, S.L.
Parque Vosa, 12, Bajo.
Teléfono: 91/614-38-08.
Fax: 91/6822443.
28933 Móstoles, Madrid.

Dirección editorial:
Mª Angélica Nossa B.

Depósito Legal: M-47067-1999
I..S.B.N.: 84-95258-04-8
Impreso en España por Queimada

Fecha: Julio 2017
NUM ADQ: 00021

se recomienda la reproducción total o parcial
difunde libremente



Biblioteca Internacional Anarquista (BIA)

A mis compañeros de «La Obra», «Libre Expresión»
y de la «FORA».

ACLARACIÓN NECESARIA

Esta novela histórica no podría haberse escrito sin la previa documentación compilada por Vsevolod Mikailovitch Eichenbaum, más conocido por Volin, con el título de *La Revolución desconocida*, (Editorial Proyección, 1977) y que trata, dentro del período 1917-1921, el levantamiento campesino en Ucrania y la sublevación de los marinos de Cronstadt. Esto es, en plena gestación y desarrollo de la revolución bolchevique. Lo que pudo llegar a ser la REVOLUCIÓN dentro de la Revolución. O mejor aún, la revolución dentro de la Contrarrevolución.

Sistemáticamente, por pereza, ignorancia o creados intereses, fuera de la obra de Volin, de otra de Pedro Archinoff y del propio Néstor (Badko) Makhno, —que es quien da nombre a esta gesta (makhnovista)—, obras inencontrables en español, en ningún tratado, estudio, ilustración que se ocupe de la Revolución rusa, se hace siquiera mensión de esta más que importante presencia. Decisiva en cuanto al enfrentamiento de la invasión blanca (Denikin y Wrangel). A lo sumo, se confunde al ejército makhnovista, (¿a sabiendas?), con las fuerzas del ejército rojo. Como habrá de verse, las huestes que hicieron frente a los generales blancos en Ucrania y los vencieron, ninguna semejanza, ni estructural, ni ideológica, tenían con los comunistas y formaban una fuerza autónoma de más de veinte mil hombres. Surgidos espontáneamente para repeler los abusos perpetrados por el ejército de ocupación austro-alemán, luego del Pacto de Brest-Litovsk, se proveían de armas despojándoselas al enemigo. Estos guerrilleros, en razón de su defensa armada de los intereses campesinos, llegaron a tener influencia sobre más de dos millones que comprendían la población del sur de Ucrania. Cuando, más tarde, se estableció una alianza entre comunistas y makhnovistas, ésta descubrió que la intención celosa y absolutista de los bolcheviques, propendía a asimilar la guerrilla al ejército rojo para así liquidarla desnaturalizando el movimiento libertario que representaba. Movimiento que, de haberse desarrollado, —y

ésta es la historia de esa obstrucción—, seguramente hubiese cambiado la historia de Rusia. Y quizás, la de la humanidad.

Que el bolchevismo se tomara el trabajo de omitirlo, lo es por razones obvias. Y que en todas las demás fuentes del mundo *ocupado* capitalista, occidental y cristiano, haya corrido idéntica suerte, tampoco es de extrañar. La gesta en sí, de verdad revolucionaria por antiestatal y anárquica, atenta, a la vez que ilustra, sobre la posibilidad de vivir sin Estado, fuente y sostén de todos los privilegios.

Pero aunque vivimos en un mundo de segregación y de censura, el espíritu del hombre rebelde no se amilana, ni se acomoda a formalismos y constantemente busca la verdad oculta, irrumpir en la coraza de los intereses consolidados. Consecuentes, nosotros emprendemos la recreación de esos hechos. Como arqueólogos en busca de perdidos eslabones, primero Volin, ahora yo, retomándolo, desenterramos esta historia que, como el ave Fénix, renace de sus cenizas... (Hasta el día de la justicia y la libertad).

Pero no todo es historiografía y arqueología.

La Revolución desconocida, dado los hechos que narra, tiene relación —por su formación básica y sus aspiraciones sociales—, con lo que ocurre en tantos países denominados del Tercer Mundo, permanentemente convulsionados por luchas político-económicas que, aunque en los países desarrollados también subsisten, son de naturaleza mucho más compleja. Si bien, subyace en un mismo fondo de presión y agonía. La guerra, —hoy la guerra atómica— es la constante amenaza cernida sobre ambos mundos, sin distinción. Producto de las profundas contradicciones políticas y económicas en que se asienta la sociedad. Si allá el crudo rostro de la miseria y el hambre los agita haciéndolos proclives a cantos de sirena, «revolucionarios», acá, por lo contrario, cierto disfrute de abundancia y prosperidad los paraliza. O, en todo caso, los hace ser cautos. Moral y espiritualmente aburguesados (también aterrados), descargan su conciencia apoyando el cinturón de seguridad que sus gobiernos imponen entre su mundo y el otro. Y pagan su cuota, como un impuesto más. Y «viven» documentadamente, día a día y a través de la televisión, el espanto del otro mundo y el propio de muertos ocasionales, secuestros, castigos vigilados. Un eco: su precio.

Entre los casi ahítos y los desesperados, este libro elige a los desesperados. Y de ellos, quizá por comprender mejor su idiosincracia, a los que habitan en los países de América Latina. Confundidos y envueltos en periódicas convulsiones de gobierno, generalmente militares o civiles bajo presión militar; alterados e indignados por la tor-

peza de Estados Unidos, inclinado a apoyar todo intento que presuntamente salvaguarde a esos países de caer en la órbita de Rusia. Tema aparentemente relevado hoy día, —en el tiempo loado de la convivencia—, mas no así las íntimas, profundas, insolubles condiciones subsistentes que hacen a esos pueblos caer en brazos de derechas e izquierdas armadas que se turnan en la puja por el poder. Y cuando no en ellos, en precarias democratizaciones que son el velo superfluo bajo el cual subsisten sin resolverse todos los problemas que alienta la desestabilización... Y así, una vez y otra, queda el camino expedito para las diabólicas y tentables premisas marxista-leninistas que primero invocan la rebelión y la justicia de los pueblos y luego, ya en el poder, imponen con mano de hierro y ortodoxia sus consignas políticas... Que jamás encuentran ocasión para distenderse... Consecuencia inveterada: la miseria y la frustración. Y el crimen como ejercicio de gobierno.

El irrenunciable derecho revolucionario de los pueblos se malogra así por falta de percepción histórica de las masas que delegan lo que jamás debiera salir de sus manos y su convicción. Y que no es ni la política ni el gobierno. Correlativamente, fuente de corrupción y asiento de privilegios. Que es la distribución equitativa de la riqueza y la expansión de la cultura. Y punto. Abolición de la propiedad privada; distribución igualitaria de los bienes de consumo; trabajo vocativo y sin explotación; libertad de expresión. ¡Así de simple! ¿Lo demás? ¿Estado, democracia, comunismo? Repetir. Y proseguir, sin salida, uncidos bestialmente. Como hasta hoy.

La Revolución desconocida pretende ser mucho más que el recuerdo de una omisión o una llamada de atención contra un engaño frecuente: pretende ser una fuente de inspiración...

Héctor Schujman.



Un pueblo campesino ruso en el siglo XIX

INTRODUCCIÓN

Una exposición previa de las condiciones imperantes en Rusia antes de 1917 y la revisión de los fracasos políticos que hicieron posible el advenimiento de la *dictadura del proletariado*, se impone para situar debidamente los hechos que vamos a tratar en nuestra novela.

Rusia, país eminentemente feudal y agrario, comienza a experimentar, a principios de siglo, bajo el reinado de Nicolás II, el último de los Romanoff, a estímulo de una incipiente y emprendedora burguesía industrial, un cambio no poco significativo en su estructura socio-económica. Advienen el burgués capitalista y el proletario. Y paulatinamente van modificando la estructura física de las ciudades. No obstante, la vida agraria, representada por una población de ciento cuarenta millones de campesinos y sus familias es lo que da la tónica al país. El yugo impuesto por siglos y que viniendo de tiempos remotos se imponía por su secularidad, se extendía hasta estos tiempos, mantenido con mano de hierro por cuantos explotaban las cosechas: nobles, propietarios, *kulaks*. Eficazmente secundados por las fuerzas represivas del Estado. Hacia principios de siglo se castigaba aún a los campesinos. Mas estos sufrientes, sintiéndose abandonados de toda esperanza en medio de amos desalmados, refugiaban su ilusión de mejores días, en la creencia, alimentada por la curia, de que el zar ignoraba sus pesares. Almas simples, antes de caer en la desesperación total, como creyentes en Dios, mantenían su credulidad en el «padrecito». Vivían enclavados en el medioevo.

Pero un día de marzo de 1881 saltó por los aires hecho pedazos el zar Alejandro II y si bien el pueblo campesino no comprendió absolutamente nada de su significado, sucesivos hechos, asumidos por sacrificados y esforzados idealistas, la mayoría jóvenes estudiantes de ambos sexos, los ángeles melancólicos, los nihilistas al decir de Turgueniev, echando sobre sus espaldas la responsabilidad de procurar justicia para el pueblo, sembrando bombas en vez de semillas,

convirtieron su tiempo en tiempo de bombas y no de semillas. En 1902 el estudiante Balmachev asesinó a Sipiaguin, ministro del Interior; en 1904, otro estudiante, Sazonoff, mató a von Plehve, sucesor de Sipiaguin; en 1905, Kaliayev ejecutó al gran duque Sergio, gobernador de Moscú.

La corte zarista, si conmovida o espantada ante los atentados, poco o nada concedió. Antes bien, insensible, sorda, despreciativa, reaccionaria, alentó y secundó los desmanes del zar. Así éste dispuso, el 9 de enero de 1905, masacrar al pueblo de Petersburgo, que se había convocado frente a su palacio de Invierno para hacerle entrega de una petición, llevada por mano del pope Gapón, que comenzaba con esta súplica: «¡Señor! Nosotros, trabajadores de San Petersburgo, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros padres, viejos sin recursos, venimos, ¡oh, Zar!, para solicitarte justicia y protección...» Los muertos se contaron por centenas. Los soldados de la guardia probaban su puntería disparando sobre los chicos trepados a las verjas y los árboles para ver mejor al *padrecito* zar...

El suceso repercutió hondamente y corrió de boca en boca, hasta los confines del país, marcó, indeleble, lo que no habían logrado establecer ni los propagandistas revolucionarios, ni las bombas: la concusión del paternalismo del zar. ¿Qué «padre» era éste que mandaba asesinar a sus hijos?

Este acontecimiento, cumbreando el cúmulo de síntomas hasta ahí no desenmascarados del zar, como de abiertas protestas obreras, definió, plenamente, las posiciones. El día 10 se produjo la primera gran huelga revolucionaria que paralizó en su totalidad la ciudad. La agitación política encarada con energía por los partidos se tornó exigente y el gobierno, advertido de que había ido demasiado lejos, cedió un poco e inició conversaciones —modo de enfriar los sucesos—, que habrían de culminar en mayo de 1906 —tal el tiempo que se toman los poderosos—, con la apertura de la *Duma* (Asamblea Nacional). Si bien, meses después dispuso su clausura, el arbitrio consolidaba la oposición general, en la que cada capa de la sociedad encontraba sus propias razones: paliar el hambre, lograr mejoras en las condiciones aberrantes de trabajo, restablecer el crédito y el comercio, y apertura constitucional. Todo ello, sin olvido del amargo sabor dejado por la matanza.

Otro hecho, tan grave, institucional, sedimentaba aún más este mar de fondo. Éste arrancaba de febrero de 1904. La guerra iniciada entonces con Japón, con augurios y motivos de orgullo nacional, colapsaba el país catastróficamente. La opinión pública señalaba como

responsables la incapacidad y la corrupción del régimen. Y esto sin reservas; ganándole al gobierno la calle, mediante publicaciones, críticas y mítines de protesta. Así se fueron generando las condiciones para la concreción de la segunda huelga general extraordinaria, ésta de carácter nacional, en octubre de 1905. Fábricas, talleres, negocios, bancos, administración del Estado, astilleros, ferrocarriles, vías de comunicación postal y telegráficas, todo, absolutamente todo, quedó suspendido. Y así, sin duda, debió sentirse Nicolás en su guarida palaciega que el 17 prometió, a través de un solemne manifiesto, conceder a sus «queridos y fieles súbditos» todas las libertades políticas y convocar a la *Duma del Estado*.

Por efecto de esa promesa, la huelga cesó y se calmó la virulencia. Sin ánimo para llevar más lejos sus exigencias unos; temiendo repudiar abiertamente esos reclamos el gobierno; los dos juzgaron los hechos a beneficio de inventario. Hipocresía del régimen; nuevo aliento revolucionario.

«La evolución económica del país se aceleraba cada vez más. En cinco años (de 1900 a 1905), la industria y el progreso técnico dieron un salto prodigioso. La producción de petróleo en la cuenca de Bakú, la de la hulla en la de Donets, la de los metales, etc., se aceleraban rápidamente en el nivel alcanzado por los países industrializados. Los ríos y medios de comunicación, ferrocarriles, tracción mecánica, transporte fluvial y marítimo, se multiplicaban y materializaban. Importantes fábricas de construcciones mecánicas empleaban miles y decenas de miles de obreros. Ellos surgían y crecían en los alrededores de las capitales. Las grandes fábricas Putiloff; los importantes astilleros Nevsky; la gran fábrica Báltica y varias otras grandes, con sus decenas de millares de obreros, Kolpino, Chukhovo, Sestroretszk y otros; la región industrial de Ivanovo-Voznessensk, cerca de Moscú; numerosas e importantes fábricas en Rusia meridional, en Kharkov, en Ekaterinoslav y otras ciudades, demuestran rápidos progresos que permanecían ignorados en el extranjero, excepto en los círculos francamente interesados. Aún hay muchos hoy día que creen que, antes del advenimiento del bolchevismo, Rusia no poseía casi industria alguna. ... Según las estadísticas de la época, se puede calcular el número total de obreros en Rusia, hacia 1905, en cerca de tres millones.» (Volin, ob. cit., págs. 38-39).

Tres corrientes políticas formaron partido y se presentaron en las elecciones para la *Duma*. El Partido Constitucional Demócrata, formado por jerarcas municipales, abogados, médicos y profesionales liberales y universitarios. Proponía un régimen de préstamos con la ayuda del Estado, para solucionar la cuestión agraria. El Partido Social-Demócrata, correspondiente a los sectores de izquierda, que preconizaba la expropiación sin indemnización de las tierras indispensables a los campesinos (nacionales o municipales). Y el Partido Socialista

Revolucionario, de idéntica extracción que el anterior, con el que sólo difería precisamente en la cuestión agraria, piedra de toque para fijar posición. Éste proponía la confiscación lisa, llana y total de la tierra de propiedad privada; supresión de la propiedad estatal; socialización de la tierra para ser puesta a disponibilidad de los campesinos bajo control del Estado.

«*Sobre la* ideología general *de los dos partidos de extrema izquierda hay que agregar algo más. En 1900 se manifestó una importante divergencia en el seno del Partido Social-Demócrata. Una parte de sus miembros, atenida al programa mínimo del partido, entendía que la revolución rusa, inminente, sería una revolución burguesa, muy moderada en sus resultados. No creía en la posibilidad de pasar de un salto de la monarquía feudal al socialismo. Una república democrática* burguesa, *al abrir las puertas a una rápida evolución capitalista, echaría las bases del futuro socialismo: tal era su idea fundamental. Una* revolución social *en Rusia era, según su parecer, imposible, entonces. Sin embargo, muchos miembros del partido eran de distinta opinión. Para ellos, la próxima revolución tenía ya todas las posibilidades de convertirse en una* revolución social, *con sus consecuencias lógicas. Estos socialistas renunciaban al programa mínimo y se preparaban para la conquista del poder por el partido y a la* lucha inmediata y decisiva contra el capitalismo. *... Líderes del primer grupo eran Plezhanov, Martov, y otros. El gran inspirador del segundo fue Lenin. La escición definitiva entre ambos grupos se produjo en 1903, en el Congreso de Londres. Los socialdemócratas de tendencia leninista estaban allí en mayoría. Mayoría es, en ruso,* bolchinstvo: *bolchevique.*» (Volin, ob, cit., págs. 67 y 68).

Para completar esta breve reseña, digamos que una corriente ideológica más, denominada *maximalista* por adoptar el programa máximo del partido, que incluía la *supresión del Estado*, de muy limitada gravitación política, pero de logros en el orden de la acción directa dirigida contra personalidades del régimen zarista, tuvo también su parte en el complejo cuadro de esa hora.

Anarquistas agrupados apenas si los había en San Petersburgo y Moscú. Algunas células en Ucrania. Su actividad era casi desconocida por el total de la población.

1905 fue sin duda el año que antecedió en importancia manifiesta y el que dio el material explosivo a la revolución. Ese año esbozó lo que habría de quedar grabado doce años después. De inmediato salta a la consideración, que si por hechos, los de 1905 pudieron ser tales como los de 1917, sólo que entonces, aún no habían alcanzado el grado de madurez requerida. Todavía nos queda por destacar de ese año la sublevación del acorazado *Príncipe Potemkin* y una nueva revuelta de la flota del mar Negro, ahogada en sangre. En diciembre surge la in-

surrección armada de los obreros de Moscú, que para ser reprimida obligó al gobierno a recurrir a tropas y artillería de San Petersburgo.

Desde entonces a 1914, año del estallido de la Primera Guerra Mundial, salvo en lo referente a la suerte diversa que ocupó a la *Duma*, y ello supeditado al cambiante humor del zar, nada destacable, *visible*, aconteció. Mas la procesión prosiguió por dentro. Inaugurada con espectativa popular la *Duma*, clausurada y reabierta a voluntad por el gobierno en cuatro ocasiones, hasta convertirla en dócil instrumento de sus propósitos, fue perdiendo interés en las masas, en la medida en que se les fue revelando la absoluta ineficiencia de ese medio como solución de sus problemas. ¡Y no era de desdeñar, no, la conclusión!

Otro aspecto, éste casi de carácter privado, a no ser porque fuese la expresión más desaprensiva de una corte refocilada en groserías que no cuidaba de que se hiciesen públicas y cuantas veces no las ostentaba, emponzoñó a la emperatriz y por ende alcanzó de lleno al zar. Se trataba de la presencia, en la intimidad mistagónica de la zarina, del pope Rasputín y de su nefanda influencia. Que oportunamente, —tal sus implicaciones políticas— fue asesinado por la propia nobleza. Víctima de sus intrigas, al tener que depender de su influencia sobre la zarina y de la de ésta sobre su marido. Que acataba a una y consentía al otro. Proceso clásico de la decadencia y corrupción del régimen, ponía su nota grotesca por encima de la actividad inveteradamente venal de sus funcionarios y del cretinismo de sus ministros. En ese clima exacerbado y decadente, sumidos en bancarrota económica, el envite de la guerra contra Alemania y el imperio austrohúngaro, vino a resultar algo así como la panacea en que habrían de enjugar su déficit y sus propios males insolubles. Déficit que contaron con endosar a Alemania, ganando como era de suponerse la guerra, contando de su lado con Francia e Inglaterra; males que se diluirían al llamado de unidad para defender la patria. ¿Cuándo las guerras resultaron una panacea? ¿Y cuándo, salvo en el caso de los germanos nazis, sus hijos aceptaron con regocijo participar del holocausto? (Holocausto que, por lo demás, jamás creyeron podría tocar a ellos). Sin embargo, y esto por motivos bien diferenciados, lo propio ocurrió en Rusia. Y en eso sí, en principio, no se equivocaron en su apreciación los del régimen. El anuncio de la guerra fue recibido casi con júbilo. Muy pocos o en todo caso ahogados por el número aplastante de adherentes, se atrevieron a oponerse. La mística patriótica que imponía la llamada a las armas, con su ficción de unión nacional, estuvo por encima de toda crítica. Muchas mentes esclarecidas, no

sólo de Rusia, deponiendo convicciones, apoyaron la guerra contra el Káiser. Mas no era eso todo.

La gran masa del campesinado, que no veía cómo salir de su estado de explotación y miseria, y desesperaba, que veían cómo los señoritos acaudalados se hacían pagar por sus padres el soborno que representaba que alguien, cualquiera, por cuatro *kopeks* lo supliera en la leva de las armas, atesoraba la idea de que al final de la contienda se habrían de producir las reformas que por tanto tiempo se venían prometiendo... Comenzaban por tomar las armas que ponían en sus manos; ir a la guerra y ganarla, mejor que perderla; pero también y en todo caso, cualquiera que fuese el resultado, quedarse con las armas; tanto si decidieran desertar, como si debieran aguardar su fin. Éste, llamémosle *sentimiento* del campesino ruso, lo convertía en mucho más que un soldado corriente, ordinario, tal como, por ejemplo, lo eran los que formaban en las filas de los ejércitos de las otras naciones. Estos campesinos llevaban su propia *carga*. En un rasgo asumido de conciencia que lo descubrió previsor, intencionado. Cuando regresó a su comarca tuvo con qué respaldar sus reclamos y ni nobles ni *kulaks* lo hallaron ya con sólo azadas y hoces para defenderse. (En los comienzos de su lucha, de esas armas se proveyeron los makhnovistas).

Apenas comenzada la guerra, la secuela espantosa de derrotas rusas, en que los muertos se contabilizaban por decenas de millares, fue el baño de sangre en que se anegó y con el que debutó en la contienda el ejército zarista. Se habló de traición. Se buscaron responsables. La sospecha general condujo hasta los umbrales del palacio del zar: se tachaba a la emperatriz de filo-germana. El escándalo ahogado y la indignación popular no tardaron en manifestarse. Rápido se modificó el sentimiento para con la guerra. En el frente hubo tropas que se negaron a batirse: en las ciudades, las poblaciones se lanzaron a protestar abiertamente.

Una vez más, la impronta de acontecimientos no previsibles, lanzados sobre el pentagrama sensible, provocaba descalabros, derrumbe de estructuras falsas y el caos volvía a adueñarse de una sociedad a la que sólo la falta de intención premeditada impedía que se produjese del todo. El ministro Krivochin, evaluando la administración y los servicios del Estado de entonces, decía: «La desorganización es tal que todo más bien parece un manicomio». En medio del desorden descomunal en que se debatía la vida institucional y la economía de guerra, con la administración impotente, paralizada, superada por los acontecimientos, mas todavía venal, el pueblo, desbordando las

fuerzas de represión que no atinaban a disparar, colmó las calles de Petrogrado clamando: «¡Pan! ¡Pan! ¡No tenemos qué comer! ¡Qué se nos alimente o que se nos fusile a todos! ¡Nuestros hijos mueren de hambre!» En tales circunstancias, ciertas fuerzas formadas espontáneamente al fragor de la necesidad, como la Unión de las Ciudades o el Comité de la Industria de la Guerra, tomaron sobre sí la tarea de proveer, coordinar, organizar. Ello trajo aparejado que, aún en medio de tan colosal hecatombe, el cuerpo naturalmente vital de la nación, comenzase a procurar por sí mismo remedio a sus males. Así se fue adquiriendo conciencia de que había capacidad para reemplazar con eficacia a la obstructiva burocracia. Ésta, en un intento disparatado por sobrevivir, pretendió disputar el derecho de iniciativa propia a los que hacían por superar la situación. (No asombrarse: veremos repetido el hecho, años después, bajo la «administración» bolchevique). Pero eso era sólo la humareda de la agónica autoridad herida del zar. Se estaban quemando sus últimas cartas.

Otro fenómeno institucional corría acelerado y parejo con éstos, desde 1916, alimentando los sucesos de 1917: la desconexión del poder central con el resto del país. Muchas ciudades del interior y cuanto más aldeas, quedaron sin órdenes, sin directivas, provocando el extraño fenómeno, nunca antes contemplado, de que las autoridades de esas ciudades y aldeas, al no recibir órdenes y carecer de iniciativa, prácticamente quedaban acéfalas de sus funciones y, paradójicamente, esos sitios, saliendo de su atonía de poder, recién se recobraban al no encontrarse interferidos por la burocracia. Esta circunstancia, manifiesta en tantísimas regiones de Rusia, alcanzó signos ejemplares en Ucrania. Allí se desarrolló y fue tomando cuerpo, el movimiento separatista encabezado por Simón Petliura que, en sucesivas y complementarias celebraciones, culminó proclamando la independencia de Ucrania en noviembre de 1917. La progresión del desbarajuste interno tanto como de la guerra, denunciaba a las claras que el poder central estaba lejos de su responsabilidad y resbalaba de sus manos. El país se debatía deseando liberarse de esa pesada carga, del agobio de la realeza y de su sofocante aparato de gobierno. Como una necesidad imperiosa por sobrevivir estallaron los días de febrero de 1917.

Ninguno de los que vendrían a ser líderes prominentes de la Revolución, se encontraban en Rusia por entonces. Todos ellos expatriados, con procesos pendientes, o fugados de Siberia, como Trotzky, que residía en Estados Unidos. Así Martoff, de la social democracia; Tchernoff, del socialismo revolucionario; como Lenin, Lunacharsky, Losovsky,

Rycoff, Bujarin y tantos más. Devueltos a Rusia en razón de la revolución de febrero o excarcelados por ella: el caso de Néstor Makhno.

Como cada vez que se produce una convulsión social revolucionaria, las fuerzas moderadas, pretendiendo morigerar las cuestiones de fondo, urticantes, se presentan para contener, desviar, dirigir, sofocar los reclamos de la hora. Lo revelaba la integración de esa primera junta revolucionaria: participaban nobles, burgueses, conservadores. Y el hecho notable es que ellos se recibían apresuradamente del gobierno, mas el hecho revolucionario había sido sólo posible en razón de que el pueblo de la capital, lanzado a la calle el 26 de febrero, ganó la voluntad de las guarniciones armadas y éstas no sólo se negaron a disparar contra el pueblo, sino que se adhirieron a él, y conjuntamente atacaron a las fuerzas policiales.

«En un momento dado, una masa compacta, particularmente amenazante, decidida y parcialmente armada, se concentró en la plaza Znamenskaïa y en los alrededores de la estación Nicolaïevsky. El gobierno envió dos regimientos de caballería de la Guardia Imperial, los únicos con que podía aún contar, y fuertes destacamentos de policía a caballo y a pie. Las tropas debían sostener y rematar la acción policial.

»Tras la intimidación usual, el oficial de policía dio órden de cargar. Pero entonces se produjo este último estupendo hecho: el oficial que mandaba los regimientos de la guardia, levantó su sable al grito de: "¡Adelante! ¡Contra la policía, a la carga!" y lanzó los dos regimientos contra las fuerzas policiales, que fueron desorganizadas, derribadas y destrozadas.» (Volin, ob. cit., pág. 79).

En San Petersburgo, los marinos de Cronstadt fueron parte decisiva de la rebelión popular. Al sublevar la base naval, en la noche del 27 al 28, ejecutaron a 200 oficiales superiores, notorios reaccionarios feroces. Muchos de ellos responsables de la horrenda matanza de marineros ocurrida en 1910, cuando ordenaron al fuerte Totleben bombardear los barcos cargados de marinos prisioneros.

Estos casos de fuerzas militares plegándose y en algunos casos señalando pautas al pueblo, fueron hechos frecuentes y muy notorios, que deberán ser tenidos muy presentes para no considerar motivos de fantasía su repetida formulación. (En Rusia se dio este decisivo imponderable, generalmente no contabilizado cuando se sopesan posibilidades revolucionarias).

Cuatro gobiernos transaccionales se sucedieron desde la caída del zar en febrero a octubre, mas la inestabilidad lo está diciendo, ninguno logró afirmarse dado que eran muy encontrados sus intereses con los del pueblo y al no atinar con soluciones fracasaban estrepitosamente. Y así como se debilitaban, manoteaban desesperados,

medidas reaccionarias que acabarían hundiéndolos definitivamente. Kerensky, un fogoso orador, diputado de la *Duma* y tibio socialista, que desde febrero fuera sosteniéndose en el gobierno en sus sucesivos cambios, al caer el tercero, reasumió el cuarto con poderes presumibles dictatoriales. Le valió para cavar su fosa. Renuente a medidas radicales, sordo a los reclamos populares que exigían salirse de la guerra, por ser fiel a lo que los tratados y compromisos contraídos representaban, puso todo su empeño en reactivarla. Sus razones, en su apelación al pueblo y a los soldados en el propio frente, caían en el vacío porque no exponía más que razones de Estado. El que moría era el pueblo, su sangre la que se derramaba. Los generales y el gobierno los que mandaban a morir. ¿Por qué? ¿Para qué?

Y quedaba sin resolver la otra premisa imperiosa: la de darle la tierra y los bienes de la tierra al campesinado. ¿Acabaría alguna vez la *Duma* de sancionarlo? Las armas estaban en sus manos. No tenían más que darse la vuelta y sin soltarlas, regresar a sus tierras...

¡En cuántos lugares no asaltaron los campos! ¡Cuántos castillos ardieron! mas eso eran sólo motines. La gran cuestión seguía en pie. Y en todo caso, ¿para qué se había hecho la revolución? Estaba claro que de los que detentaban el nuevo poder tampoco obtendrían nada. Pero algo sí y más allá de este síntoma de defraudación se había conquistado y se sostenía a todo trance: el derecho de expresarse a través de la prensa y la palabra; el derecho a constituirse en sociedades, sindicatos, *soviets*. Los expatriados no cesaban de regresar al país.

Lenin, la cabeza, como cerebro y jefe absoluto del bolchevismo, lanzó como punta de lanza de su programa de exigencias perentorias las de satisfacer los *items* de las masas y prometió, para cuando *ellos asumieran el poder*, la inmediata terminación de la guerra y consecuentemente la inmediata reforma agraria. Y sobre estos pivotes cimentó su campaña de agitación. Rápidamente, —en verdad de manera vertiginosa— se engrosaron sus filas. Los obreros de las grandes ciudades, —el campo era sólo una caja de resonancia— acudían por miles a sus convocatorias. Machacando que ellos debían llegar al poder para establecer desde allí la *dictadura del proletariado*, (la dictadura del 90% de la población). Así capturaban el sentimiento de la masa. Salvo el incipiente movimiento anarquista que los objetaba, denunciando ese nuevo galimatías de Estado e incitando a la masa a hacer su revolución sin Estado, la propuesta sonaba propicia a la mayoría. Por primera vez, ese símbolo unívoco de poder, el Estado, en su hiperbólica transferencia al pueblo, adquiría su verdadero rol morigerador, distributivo, justiciero, libre...

Los comunistas, favorecidos por la creciente impopularidad de los intentos de gobierno social-demócrata, aprovecharon la primera coyuntura favorable para adueñarse del gobierno. Se la brindó el estrepitoso fracaso de una postrer ofensiva que Kerensky osó desencadenar contra el frente alemán, presionado por sus aliados y soñando con volcar a su favor la guerra. Esto el 18 de junio. El 3 de julio estalló en Petrogrado una revuelta armada contra el gobierno, apoyada por tropas y destacablemente por marinos de Cronstadt. A los gritos de: «¡Abajo Kerensky! ¡Viva la revolución social! ¡Todo el poder a los *soviets*!» Si bien, la revuelta fue sofocada, sus signos eran inequívocos. Tambaleaba el gobierno. Un acontecimiento particular le dio el golpe de gracia. El general blanco, Korniloff, despechado por los avances de la revolución, sacó del frente que comandaba unos miles de soldados, la mayoría tropas caucasianas y las mandó sobre Petrogrado, al mando de otro general, «para terminar con las *bandas de criminales armados* y defender al gobierno, impotente para exterminarlos».

Luego de un débil intento de las fuerzas del gobierno por detener el avance de las de Korniloff, la capital fue defendida y salvada por el pueblo en armas. Los soldados no tardaron en descubrir la especie arteramente difundida sobre la «criminalidad y holgazanería» de los que enfrentaban y comprobar que se trataba de auténticos obreros. Ello los hizo rehusarse a proseguir la lucha, desoyendo órdenes, regresaron al frente. Al día siguiente la opinión pública acusó a Kerensky de estar en connivencia con Korniloff.

Este episodio, sumado todavía a otro, éste electoral, que dio una abrumadora ventaja a los bolcheviques sobre los socialistas y les permitió adueñarse de la dirección de los comités de fábrica y los *soviets*, los proyectó estratégicamente en su aspiración de poder. Eso se concretó en octubre. Kerensky huyó. Con él caducaron todos los representantes de la «décima infusión del té marxista», como catalogara a los socialistas Max Nettlau.

Los bolcheviques recibieron una maquinaria de Estado caduca, enmohecida, cargada de agobio, decrépita... Más propensa para ser arrumbada definitivamente que para intentar su rehabilitación... (¿Se les podrá negar vocación de poder?) Más que un Estado, recibieron un *estado* de cosas imperante. Descontento general, efervescencia, clima de caldera a presión entre el pueblo que no admitía dilación a sus demandas: «¡Cese de la guerra!», «¡reforma agraria!» Consecuentemente, convocatoria de la Constituyente para su sanción. Responder a ello resultaba insoslayable, a riesgo de quedar, como los otros gobiernos,

superados y devorados por los sucesos. No eran ellos tan ingenuos como para suponer que se podían dilatar más estos apremios. Lenin y Trotzky fueron tan lejos en esa determinación que ya no asombraron a los que estaban fuera de su concilio, sino a los propios integrantes de éste. Y eso es decir mucho.

Un hecho tremendamente conjetural se produjo a escasos días de haberse pronunciado la Revolución de octubre. En el frente ruso el ejército alemán cesó repentinamente las hostilidades. Se mantuvo en su línea de ocupación y quedó a la espera... como allanando el camino de Lenin para una pronta determinación. Si reservas cabían en la mente de los rusos, en la de los alemanes no las había.

Los comunistas se dieron prisa en emitir dos decretos. El primero, del 26 de octubre, que entregaba la tierra a los campesinos; el segundo, del 28, en el que se daba el primer paso oficial hacia la paz inmediata. La clase trabajadora y el campesinado sintieron que por fin se entraba en el cumplimiento de promesas. Y lo mismo entendieron muchos nobles y propietarios acaudalados que huyeron despavoridos abandonando sus bienes. Mas no en todos los casos, ni tampoco en la mayoría fue así de sencillo... especialmente por el carácter de prebenda que impusieron los bolcheviques a la posesión de la tierra. Ya veremos cómo se llegó a manejar esto en Ucrania.

El otro punto, el de la guerra, al verse sorpresivamente suspendida por la orden dada por los alemanes, bien valía un acuerdo... Sus razones tenía el comando alemán; razones no le faltaban a los rusos. Y bien hubiesen dejado éstos, en términos de «acuerdo» no pactado, la urticante cuestión, mas no era eso, precisamente, el pensamiento alemán. Urgieron una pública definición. Agotados ciertos plazos, al no obtener respuesta, en febrero de 1918 reiniciaron la ofensiva de guerra.

Graves y ocultas disensiones habían sobrevenido en la cúspide bolchevique por esa causa. La gran mayoría de los directivos sentía franca repugnancia en tener que negociar con los generales del Káiser. Se debatían en el dilema de agachar la cerviz o la toma de una posición francamente revolucionaria. Ésta señalaba, primero: la denuncia de los pactos y acuerdos con *los* aliados (del zar); y segundo: apartarse de los cánones de la política oficial mundial, negándose a dar validez, mediante tratados que lo convalidarían, a un régimen autocrático, representativo de la negación del derecho y de la justicia. Y en esa posición se sabían apoyados por las demás fracciones revolucionarias y por los comités obreros. Mas esta corriente se estrellaba contra el criterio muy distinto de Lenin. En medio de esa agitada cavilación, él

sostenía que había que ser realista y aceptar las reglas de juego impuestas. Llevar la cuestión tan lejos, sin poder respaldarla materialmente, era arriesgar el destino de la revolución. («Respaldo material» significaba convertir a Rusia en una gigantesca barricada revolucionaria de acción directa anárquica). Apoyó sus razones en la amenaza de abandonar el partido si no se consentía su criterio: pactar, cualquiera fuesen los términos, el definitivo cese del fuego con los alemanes. Por lo demás, el primer embate de la ofensiva alemana, resultando incontenible, hizo que cundiera el pánico entre los jerarcas ya vacilantes del flamante régimen. Hasta allí había logrado dilatar una respuesta, ya no cabían evasivas. Los alemanes apoyaron su contundencia con un ultimátum. Las divergencias internas dieron paso a la «realidad» encarecida por Leinin: *salvar la Revolución.*

León Trotzky, ministro comunista de Exteriores, es enviado a firmar el tratado con los generales alemanes. Con este acto comienza la acción de la novela...

Libro primero:

EL DESPERTAR

«¡Vencer o morir! Éste es el dilema del momento histórico para los campesinos y obreros. Mas nosotros no podemos morir todos porque somos innumerables.
¡Nosotros somos la humanidad! ¡Por eso triunfaremos! Y no venceremos para repetir el error de los pasados años: el de remitir nuestra suerte a nuevos amos.
Venceremos para tomar nuestros destinos en nuestras manos y disponer nuestra vida conforme a nuestra voluntad y nuestra verdad.»

Néstor Makhno.



Nestor Makhno

I

BREST-LITOVSK

Febrero, 1918

Quien no hubiese estado en el interior de ese hombre —es decir, nadie— habría pensado que cuando inclinó la cerviz para firmar el pliego que los generales austro-alemanes le presentaron, habrían, en último momento, de rompérsele los dedos, quebrársele la pluma, antes de estampar su firma en lo que representaba —aún teniendo en cuenta todas las circunstancias forzosas— el reconocimiento de los privilegios que había combatido y suprimido la Revolución. Allí estaban los generales rodeando la mesa, embutidos en sus largos caftanes grises, el reluciente de sus entorchados y las puntas de sus botas lustrosas, su aire solemne impregnado de indecible soberbia. Aguardaba que se concretase la firma de ese documento humillante que fijaba las condiciones en que quedaba concertada la paz por separado entre Rusia y Alemania. Condiciones que conteniendo enunciados terribles, desfigurados por cierta ambigüedad y cierto eufemismo, apenas si alcanzan a expresar todo el horror escondido en esas líneas. En lo concerniente a Ucrania, decía someramente: «d) Rusia dará autonomía a Ucrania, retirando de allí sus tropas». Pero, ese hombre sabe, ¡qué no sabe él!, lo que oculta ese breve enunciado. Ocupación de Ucrania por el ejército alemán hasta tanto se mantengan las condiciones de la guerra; entrega indiscriminada de la producción de Ucrania. Y esto, en un país hambriento, exigido hasta la extenuación por causa precisamente de la guerra. Al que, paradojicamente, la anhelada paz entregaba recién al saqueo, y al horror de sentirse abandonado, sacrificado en aras de algo —para los habitantes de

Ucrania— incomprensible, incompatible con la esperanza de mejores días que aparejó la Revolución. ¿Y cómo, por qué los ucranianos?

Quien hubiese observado, eso sí, el brillo helado de esos ojos tras sus gruesos lentes, la inclinación de su cerviz, dirigir su mirada hacia el papel, hacia la pluma, tomar ésta con segura mano y firmar al pie del documento: «León Trotzky» y extraer la cajita de plata que traía en su bolsillo y estampar el sello: «Ministro de Exteriores», «Presidente del Consejo Revolucionario Militar de la República», habría sentido, sin duda, un estremecimiento. Detrás de esa mirada, muy adentro, donde se conjugan en secreto las verdades tenebrosas de cada ser, el camarada León sentía su gusto, una avidez, algo que paladeaba luego de regurgitar: una fuerza, un impulso irresistible hacia el poder que recién comenzaba a ejercer internacionalmente; la sensación indescriptible de peso, —de estar pesando— con su firma, el destino de la vida de millones de personas. ¿Hasta dónde alcanza el escalofrío placentero que descubre en algunos hombres su naturaleza despótica? Así se sintió León, implicando su firma, cercana a la de Arnold von Schligster, Comandante General de los Ejércitos Imperiales Austro-alemanes en Brest-Litovsk, sintiendo fijas en él las miradas de tantos más generales, de todos los camaradas de su propia comitiva y, más allá, de toda Rusia, hasta sus más alejados confines. Y del mundo entero, capitalista y proletario, convergiendo sobre él, el represen-tante protagónico de un acto memoranle que implicaba, precisamente por la pérdida momentánea de Ucrania, de hecho, el reconocimiento de Estados poderosos a la República Socialista Soviética. Con la que acababan de coronar estos acuerdos...

Se sintió emisario y emisor de una corriente que invadiría al mundo y que, prueba de ello, allí mismo, en el marco de una situación desventajosa, ejercía su poder haciendo que esos mismos generales imperiales tratasen con ellos, con él, el representante de la clase trabajadora y del gobierno de esa clase trabajadora.

León asumió su doloroso deber; íntimamente comprobó su propio valor:

«Alguien debe hacer estas cosas», se dijo.

Y mientras esperó el momento de estrechar la mano del general prusiano, en su rostro de palidez mortal, acentuada por la barbilla oscura, una mancha, apenas rosada, coloreó su mejilla.

II

UN HOMBRE INSPIRADO

Marzo, 1917

En la agreste campiña, bajo un cielo plúmbeo, otoñal, los campesinos de la comarca, ocupados en su labranza, escuchan el trote de caballos y el rodar de un carro. Por la hora, apenas un poco después del amanecer, seguramente ha de ser el del viejo Fomá Fomáfovich que va, desde su *isba* en la hondonada oculta, cubierta por un pinar, en cuyo ramaje se refugian sus gallinas, hacia Gulaï-Pole. Como todos los días que se decide a hacerlo, va a vender cestos y sillas de paja y mimbre que él mismo elabora a la vista y mientras se estaciona en las cercanías del mercado de la aldea. Pero esta mañana algo inhabitual ocurre. El carro rueda a una velocidad inusual e imprudente, dadas las condiciones del camino, de los animales, del carro y hasta del mismo Fomá. Un carro desvencijado, tirado por dos viejos caballos, hace tiempo ya no aptos para el arado, que viven con Fomá y lo siguen a todas partes como si fuesen perros. Y de esto también trae: un viejo perro alsaciano que corre a la vera del carro y suma sus roncos ladridos a las voces de los que escuchan ese desacompasado fragor.

—¡Miren al viejo Fomá; si se habrá tomado un traguito!

—¿Traguito? ¡Ése se habrá bebido su buena botella!

—¿Se habrá vuelto loco el viejo?

A medida que se acerca y más se divisa el carruaje, emergiendo entre las sombras de acacias que bordean el camino espeso de bruma, bamboleante su cestería pendiente de tirantes aéreos descubiertos, desacompasado el trote de los fieles y el carro llevado a tropezones,

semejaba una visión distorsionada, avanzando hacia no se sabe dónde. Y para colmo de sorpresas, traía otra persona al pescante. Oyeron otra voz, y una risa y al viejo Fomá agitarse gesticulando y abrazándose a su acompañante.

—¡Sí que la ha pescado buena!

—¿Son dos o soy yo que veo doble?

Cuando el carro, atravesando sembrados, pasó cerca de los labradores y estos descubrieron de quién se trataba, sintiéndose a la vez llamar por sus nombres, se alborozaron vivamente, sin tiempo para el asombro.

—¡Por todos los cielos! ¡Si es Néstor!

—¡Sí! ¡Es Néstor!

—¡Adiós, Néstor!

—¡Salud, muchacho!

—¡Bravo! ¡Al fin!

Los más agitaban sus gorras, sus brazos las mujeres. Los menos, los más jóvenes, dejaban a su lado las azadas y escardillos y corrían tras el carro. Y el perro ladrando y corriendo tras cada uno. Y otros perros, lejanos y cercanos, sumándose al concierto canino y al jolgorio humano. ¿Qué estaba pasando esa mañana en Gulaï-Pole? ¿Quién era Néstor? ¿Por qué tanto alboroto?

Sobre el pescante, los negros ojos centelleantes, la risa y hasta la sonrisa complaciente de Néstor desaparecieron de pronto, absorvidas por un repliegue interior, como una abstracción momentánea. En su rostro de rasgos definidos y enérgicos, quizá excesivos para su juventud, lo óseo parecía tallarse, dándole una expresividad audaz, subrayada por cierta dura fijeza en la mirada. Sus labios apretados, su boca como un tajo, la tez blanca y afeitada, el cabello oscuro y corto, desnudo su cuello, hacía que su cabeza, como atornillada sobre sus hombros, acaparase toda la atención. Tal la ardiente energía de su expresión. Ahora se encontraba de nuevo en su tierra natal... Los árboles tal cual los había dejado, en su lugar; la gente, más crecida o más vieja, en su sitio. Empalideció más su rostro, se estiró su piel sobre la surcada frente y en sus mejillas, aún más nítidos se marcaron sus pómulos, y con ello, acentuando una severidad y una dureza mayor, impensada. Sus ojos quedaron fijos, perdidos en la lejanía...

Mil jinetes lanzados a los vientos, armas en ristre, bien montados, asolaban la estepa con el tronar de sus cascos, sus gritos, alaridos, el rumor de las armas trajinadas y la velocidad de su accionar.

Y por doquier aparecían a su paso incendios, explosiones, polvareda... Un mundo haciéndose pedazos... Y entretanto, el pueblo seguía en la labranza. Como ahora.

Despertado de su ensoñación se descubrió el puño tenso y le dolió la palma de la mano. Y nadie se percató de su ausencia. Ni el viejo Fomá, a quien tenía a su lado alegre como un colibrí, sosteniendo con su mano sarmentosa de alargados dedos, las riendas cuarteadas, golpeando con su bota el piso del pescante, banboleándose con sus cestos, agitado como el que más y sintiéndose tan feliz en medio de tanta algarabía de gente joven, la más joven de la comarca.

Hacía sólo una hora que había descubierto, el primero en Gulaï-Pole, a Néstor. Le llamó la atención ese hombre pequeño, de ágil desplazamiento, cargando una bolsa de viaje al hombro. Parecía un gato por su elasticidad. Los pies se adherían al piso y como alados se seguían el uno al otro. Cierta cosa cantarina se desprendía de su figura. Apremiado de golpe por un presentimiento que se le impuso con convicción de certidumbre, puso el carro a su espalda. Le desconcertó el que aquél ni atinase a darse la vuelta y eso le contuvo de llamarlo por su nombre. Anduvo así tras él, un trecho. Algo, todavía, no descubierto totalmente del caminante, como estando fuera del tiempo, deteniéndolo, le impidió tomar su decisión. ¡Era él, sin duda! ¿él? Si visto desde atrás parecía todavía, ese mozo arrancado de la comarca hacía diez años, ¿o eran nueve?

«¡Es él! ¡Sí que es él!», volvió a confirmar Fomá, golpeándose el muslo con el puño de puro gozoso. «¡El mismo! Pero...» volvió a ensombrecerse un tanto. «¿No me lo estaré imaginando? Entonces tenía diecisiete... ¿Nada ha cambiado...? ¿No ha crecido este muchacho?»

Fomá conocía a Néstor de toda la vida. A pesar de la diferencia de edad habían sido muy compinches y también lo había sido el padre de Néstor, que había muerto cuando éste sólo contaba diez meses. Fomá se acordaba de cuando solía encontrarlo haciendo de pastorcillo de los campesinos ricos. Y lo recordaba de más tarde, cuando a medida que crecía se iban definiendo los rasgos de su carácter, naturalmente vivaz, alegre, espontáneo, precozmente sensual, con un sentido innato de la justicia que ponía una nota seria y profunda, lo bastante frecuente, como para no aventurar un juicio apresurado sobre su conducta. Recordó la vez que Néstor, peón de granja de la propiedad de Mateo Obermülher, un *kulak* alemán afincado en la zona, había renunciado a su empleo por no soportar el trato que el *kulak* daba a los campesinos. Recordaba lo que Néstor le había dicho entonces:

—Es inútil, Fomá. El viejo Mateo está hecho de una manera. Lo están así mismo, Vania, Teodoro, Andrevik, todos esos campesinos. Con Mateo no hay nada que hablar. Hay que abrirle la cabeza dura y desparramar en el arroyo su contenido. Ése no conoce de razón. Y Vania, Teodoro y los demás, parecen vencidos. No se animan a nada. Sólo trabajan.

—¿Y qué quieres que hagan? —había preguntado él.

—¿Cómo qué? ¡Lo que yo! No dejarse aplastar.

—Sí, pero tú...

—No me irás a decir, Fomá, que yo soy yo, porque cada cual, si lo decide, puede ser uno mismo.

—Se dice fácil...

—¡Y qué tan fácil! —arrogante y enconado le había replicado Néstor.

—¿Cómo haces para hacérselo entender? ¡A ellos! —Fomá lo azuzaba.

—¡Esa es la cosa! A ésos, no hay como.

—¿Cómo que no hay cómo?

—No. Están como en un sueño. A esos sólo los despierta una gran estampida.

La gran estampida se había producido en San Petersburgo, el 9 de enero de 1905. Las esquirlas de esa metralla habían repicado en toda Rusia. El campesinado y los obreros recién comprendieron que su suerte estaba echada. Ahora le tenía a su lado, después de años de ausencia. ¿Cómo no estar bailando de contento en el pescante? A su alrededor, los jóvenes labradores, rodeando el carro, adelantándose, estrechándole la mano, deteniendo por trechos a los animales para conversar mejor con él, subiéndose al carruaje, montando alguno en sus fieles, devolviendo al carro los cestos que Fomá perdía por el camino empeñado en llegar, vaya a saber por qué, quizá por la primicia, cuanto antes al pueblo, riendo, brincando, como enloquecidos, como si todo en la campiña se hubiese subvertido y ya nadie pudiese continuar serenamente en su labor. Así, algunos, los más viejos, detenían de pronto su tarea, se apoyaban en su azada, meneaban la cabeza, se secaban lágrimas o las dejaban correr por entre sus barbas hirsutas. Luego, con otro movimiento de cabeza, volvían a retomar el trabajo. Pero ya no era lo mismo. Algo marcaba la diferencia.

—¡Es Néstor! ¡Es Néstor!

—¡Néstor Makhno está de vuelta!

El viejo Fomá se vio obligado a desistir, esa fue su primera y secreta intención, de conducirlo directamente a la vivienda de su madre. Prácticamente arrebatado apenas arribados a la aldea y objeto del entusiasmo de cuantos se contentaban volviéndole a ver, aceptó con resignada bonhomía el curso de los sucesos y declarándose en huelga, al menos por todo ese día, se sumó a los agasajos como si recién acabase de descubrir a Néstor. Éste acabó por descubrirle el juego a la segunda oportunidad en que se acercó para abrazarlo.

—¡Ah, viejo, pierdes tu pelo pero no tus mañas! —le dijo.

—¡Esta madrugada te hacías el oso y yo tras de ti, cavilando! —fue la respuesta de Fomá, riendo y mostrando los tres dientes que le quedaban.

No desperezada del todo la aldea, se apresura, vaya a saberse por qué vericuetos difundida, en la recepción espontánea a Makhno. Casi toda gente joven que no supera su edad.

—¿Vienes para quedarte, Makhno?

—¿Y para qué si no?

III

EL PRECIO DEL PODER

Entre marzo y abril de 1918, las fuerzas del ejército rojo, abriendo una brecha en sus posiciones defensivas, dejaron paso, para que por ella penetraran en Rusia, al alba de un día ominoso, camino de Ucrania, las tropas austro-alemanas. Ocuparon decenas de trenes especialmente despachados al efecto, subieron a ellos la plana mayor, oficiales, tropa, armas livianas y artillería rodante y muy ligeros de vituallas y elementos de campaña, —tal como si fuesen a pasar un solo día recreativo y regresar al día siguiente cuanto más—, avanzaron por ese corredor hacia la vastedad del país desconocido. ¿Cuánto tiempo habrían de quedar estacionados en Ucrania? ¿Lo sabían ellos? ¿Ni nadie? La guerra proseguía en Europa y ahora los ejércitos austro-alemanes, descargados del frente ruso y volcados con renovado brío sobre el frente francés, presionaban sobre el Sarre y el Marne. Mas a su vez, hallaban enconada resistencia. Así, esta guerra posicional se dilataba indefinidamente...

Con el rigor propio de prusianos, el sentimiento de sentirse dueños y en cartera las disposiciones características para este tipo de ocupación, se eximían de todo reparo moral, dado que, esta provincia, cedida para el caso ex profeso, no era otra cosa que una parte de un país bárbaro que se preciaba haciendo escarnio del sagrado principio de propiedad privada, fundamento de la civilización occidental.

Con la impunidad de la soberbia; con un sentimiento de profundo desprecio por esta plebe apenas considerada como objeto de expoliación; con la conciencia tranquila en relación a la mano de hierro que se habría de imponer, la plana mayor y sus oficiales avanzaban hacia la entraña de esa inmensidad telúrica, seguros de sus convicciones y confiados en los métodos brutales, siempre eficaces e intimidatorios.

De este modo pensaban y esta era la catequesis que imbuían a la tropa. Aguijoneando los más reservados escrúpulos de la soldadesca. Librándolos por anticipado de asumir su conciencia, garantizando su impunidad total: matando, violando, robando, incenciando, de manera que desde el inicio de la operación supiesen a qué atenerse esos salvajes a los que se venía a despojar. Había que someterlos. Deberían convertirse en los braceros del gigantesco saqueo que se iba a perpetrar. Y luego, ¿no había sido, esta tierra y esta gente, literalmente abandonadas a su suerte por el gobierno comunista? ¡Qué misérrimos y despreciables habrían de ser, o qué bárbaros, para entregarlos incondicionalmente a la ocupación!

«Se designa con el nombre de Ucrania (o pequeña Rusia) una vasta región de la Rusia meridional —al sudeste del país más exactamente— cuya superficie es aproximadamente de 450 mil kilómetros cuadrados y de casi treinta millones de habitantes».

Las tropas de los ejércitos imperiales y del ejército bolchevique estacionadas en la línea del alto el fuego y desde allí transportadas, unas retrocediendo, las otras introduciéndose, asimilaban dos impresiones capitales, harto diferenciadas. La alemana, la certidumbre de que su última ofensiva en esa zona había determinado el curso de los acontecimientos. La rusa, como la evidencia del descalabro general soportado durante el curso de esa ofensiva. Eso les daba a los teutones su aire triunfal, manifiesto en la soltura, digamos de excursión, con que encaraban la empresa.

IV

PRIMERAS ACCIONES

1905-1908

No sólo debió Makhno dejar el trabajo en lo de Mateo Obermülher, también en lo de Rudolf Ackermann, en lo de Boris Godin y en tantos lugares de trabajo como hubiera en la zona. Parecía como si tuviese hormigas. Y eso era lo que no dejaba de repetirle Fomá, pero no como reproche.

—Un hombre debe vivir como con hormigas en el cuerpo, —decía—. Un hombre sin hormigas es un cerdo. Me gusta que dejes a todos esos *kulaks* y patronos. ¡Mírame a mí, yo soy libre! —y reía como si estuviese burlando al mundo.

Y cierto era, Néstor no paraba en ningún sitio. El mote preventivo de *rebelde* circulaba entre los *kulaks* que se resistían a ofrecerle trabajo. Buscaba un cauce a ideas propias y las encontró en algunos folletos que de vez en cuando traían jóvenes que tan pronto desaparecían sin dejar rastro. Cuando llegaban a sus manos, él los leía y releía a escondidas, en lugares sólo por él conocidos: grutas, cuevas, inextricables espesuras, copas de árboles frondosos cerrados por debajo y que se abrían al cielo por arriba, a orillas del río que costeaba la aldea, sitios descubiertos por él en su constante vagabundear. Y allí, en compañía de sus más íntimos, a los que lideraba, paseaba su mirada de asombro sobre cada línea, cada palabra de lo que leían. Eran ideas. *Sus* ideas. Y ya registradas en letras de molde. ¡Bakunin, Kropotkin, los decembristas! En toda la inmensa vastedad rusa un latido... ¿Hasta dónde alcanzaría? Por de pronto, era de ver en Gulaï-Pole a tantos jóvenes extrañados en los márgenes de la sociedad juntarse en el desprecio y

la desobediencia a esa misma sociedad y en ello encontrar motivos comunes de afinidad. Y no poco, valga por el quebrantamiento definitivo de cierta creencia hasta entonces inconmovible, contribuyó como punto de referencia la masacre petersburguesa de enero de 1905, cuando por millares el pueblo rindió sus muertos ante el palacio de Invierno. Ese acto sangriento e intempestivo había cortado el último vínculo de sumisión que unía a todo el pueblo a su pasado, donde el prestigio y la santidad del zar «padrecito», subyacía como una reserva sustentando el espíritu de unidad y el pacto no escrito racial y nacional. Ese desgarro brutal, esas descargas aleves y tantos muertos, abrió un abismo en la historia de Rusia.

—¿Quién quiere esta sociedad? —decía Simón Karetnik mordiendo un durazno allá en lo alto de su metro noventa, observando el fruto con sus ojos estrábicos, parado en mitad de sus compañeros, en ese paraje del bosque.

—No la estamos pasando mal. ¿La estamos pasando mal? —preguntó Garcucha, metido en su gorra hasta las orejas.

—Tú eres un vividor nato, Garcucha. ¿Cuándo empezarás a pensar? —dijo Luty, rebuscando en el montón de duraznos volcados en tierra el más maduro—. Simón habla de la cuestión social. ¿No hablas de eso, hermano?

—¡Mira quién habla! ¿No abrías tú la bolsa mientras yo robaba los duraznos?

—¡Y las veces que habrá pelado tus gallinas! —exclamó Makhno, haciendo reír—. ¿Qué te parece un par de gallinas para la noche, Garcucha?

—¡Eh! ¡Eso no está mal! Déjenmelo a mí... Yo cocino —dijo Alejandro, el mayor de los hermanos Lepetchenko.

—¿Tú? Tú mejor que no. Tú pelas las cebollas. Yo cocino —dijo Luty.

—¡Miren a este enano presumido! —replicó Alejandro—. ¿Así que no te gusta mi guiso?

—¿Y a quién le gusta?

—Pero me tomas de ayudante...

—Sí, también puedes pelar las gallinas.

—¡Y las patatas! —refrendó Luty, haciendo reír.

—¿Es qué no podéis vivir sin hacer nada? ¿Nada de nada? —todos se volvieron hacia Anton Pavel.

—¿Tú, sí? Pero a la hora de engullir estarás en la mesa —le encaró Luty.

—Puede que sí, puede que no... ¿Por qué no disfrutáis mejor de este momento? —Anatol, mordisqueando una pajilla y echado displiscente sobre el tronco de un árbol caído, observaba con no disimulada ironía a sus camaradas—. ¿No quedamos en que no haciendo nada de nada lo hundimos todo? —agregó aún.

—¡Si sólo estamos pensando en comer!

—¡Ni comer!

—¡Si estamos hablando!

—¡Ni hablar!

—¡Bah! Se pierde el tiempo contigo —dijo volviéndole la espalda, Luty. Y a Martchenko—. ¿Comienzas a pelar?

—¡Y el fuego! Yo preparo la hoguera. —Makhno se movilizó y en un santiamén reunió ramas y hojas secas que amontonó debajo del tronco en que se apoyaba Anatol.

—¡Eh! ¡Que yo estoy aquí! —saltó éste de su sitio mientras Néstor manipulaba su yisca.

—¡Esto quería saber! Cuan fuertes son tus convicciones —la ocurrencia de Néstor hizo reír—. Así es, hermanito, —le dijo a Anatol, no poco alarmado, viendo crecer rápidamente las llamas—, te puedes estar sin hacer nada mientras no te pongan en la parrilla. El pueblo está en la parrilla. ¿Entiendes éso?

—Él no entiende. Él es rico —dijo Karetnik.

—¡Mi padre lo es! ¡No yo! —protestó Anatol—. ¿Cómo debo decirlo? Decís que no sois clasistas. ¡Sí, lo sois!

Todos ahí eran revolucionarios de izquierda. En consecuencia, eran mucho más que holgazanes. Eran portadores de una carga todavía sin detonar.

Makhno había arribado a la idea anarquista por un camino muy simple. Constató que sus ideas, las genuinas, anteriores a toda catequesis, eran ideas anárquicas. Lo descubrió leyéndolo en los folletos. Coincidiendo. Sintetizadas allí en ese nombre. De modo que le resultó sencillo decirse y sentirse anarquista: sin autoridad que lo demande y sin Estado que lo relegue. Y apasionante descubrir que no estaba solo en el mundo pensando su justicia, y que otros pensaban igual que él, y otros antes que él. Comenzó a descubrir formas anárquicas en muchas manifestaciones de la vida. Y en muchas otras un latente deseo no concretado por causas del artificio de las leyes. Hasta en el viejo Fomá descubrió un anarquista en potencia. Y se lo dijo a él el día que aquél descubrió en qué andaba Néstor.

—¿Sabes, Fomá, que tú mismo eres anarco y no lo sabes? —Fomá estaba trabajando en un cesto y se echo a reír al oírlo.

—¡Lo encontraste! ¡Lo que te faltaba! Empiezas a darle nombre a las cosas.

—¿Conocías ese nombre? ¡Qué viejo bribón! ¿Por qué no me lo habías dicho?

En compañía de Martchenko y Karetnik primero, luego, ampliando el círculo a Garcucha, Luty, los Lepetchenko y otros, comenzó a propagar sus ideas anarco-comunistas por distintas áreas de la región y a cometer acciones de sabotaje en las haciendas de nobles y propietarios. A caballo recorrían la región, armados de sables, cuchillos, algún fusil, explosivos. El saldo de esa acción, si desmañada en cuanto a reclamos y objetivos precisos, hacía sentir no obstante su presencia en las zonas por ellos batida y si algunos propietarios empecinaban su explotación, otros, si cierto que denunciaban, comenzaban a temer sus incursiones. Pero lo que sin duda resultó altamente positivo fue la sensación de presencia multiplicada que dieron a otros grupos subversivos. Ellos ni imaginaban que esto que practicaban era el ensayo incipiente de lo que diez años después habría de dar razón al ejército makhnovista.

En una de esas correrías Néstor fue emboscado por la guardia y a pesar de sus diecisiete años, llevado a juicio por sedicioso. ¡Cuánto se sintió ligado, entonces, a esos pioneros de la Nordanïa-Volia que en 1881 estremecieron a Rusia y al mundo matando al zar Alejandro II!

V

CONSECUENCIAS

La secuela provocada por el juicio, en Gulaï-Pole, fue más lejos de lo esperado. Si la justicia iba a condenar a ese joven y con ella se daba por cumplida, dejaba sin resolver las controvertidas ramificaciones connotadas por ese suceso. ¡Si que resultó subversivo ese proceso! Colocó en un primer plano a toda la cuestión social. A través de ese hecho se modificaron sustancialmente los enfrentamientos por cuestiones de mero salario.

Adquirieron una nueva dimensión, señalaron una dirección, denunciaron un sistema. Si hasta entonces la cuestión social no resultaba del todo comprensible, —oculta en la personificación de nombres propios—, ahora, inequívocamente, se revelaba perteneciendo a una determinada clase social, respaldada por un sistema perfectamente regimentado y visible. Sobre todo eso arrojó luz el proceso a Néstor Makhno. Porque si bien todo eso estaba en la intuición de los campesinos, les faltaba comprender la mecánica en que se articulaba esa sociedad de privilegio. Lo comprendieron a partir del momento en que advirtieron la reacción de los *kulaks* y los ricos de la zona, unidos en la condena de Néstor junto al aparato opresor del Estado. El hallazgo, a pocos metros del destacamento policial de Gulaï-Pole de un paquete conteniendo una bomba sin fulminante, hizo que se relacionaran los hechos y se multiplicaran las invectivas de los propietarios.

—¡Cuánta razón nos asiste al señalar la ociosidad como fuente de subversión! —decían—. No hacer nada induce a no respetar, despreciar, burlarse de la sociedad.

—¡Gástate en no dejarlos morir de hambre! —borboteaba Timófovich.

—¡Y leen los más! ¡Instrúyelos! ¡Si leyesen el libro de Dios! —se quejaba Godin, otro de los *kulaks*—. ¡Y cuidado! ¡Ahí no termina la cosa! Tan culpables son sus padres, que no han sabido gobernarlos.

—¡Ni sabrán! —se encolerizaba Koltchacov, saltando en su asiento en la comisaría—. Pero a este Makhno lo tenemos del cuello. ¡Y no vamos a soltarlo!

—Ni a éste, ni a los otros. ¡Y a sus padres! Debiéramos darles con el *knut* en las espaldas. ¡Verían qué pronto se encargan ellos mismos de esos pillastres! La razón con sangre entra —remachaba Akhorchacoff.

—La razón con sangre... no está eso mal. ¡Eso debe hacerse! —confirmaba Ackermann, uno más de los *kulaks*—. Debemos defendernos. ¡Ya lo creo! ¡Y ellos a pagar! ¡Los hijos de puta! ¡Envenenan la fuente en que beben, el aire que respiran! Y ahí tenéis en qué desembocan. Gulaï-Pole se ha convertido en una guarida y está sembrada de bombas y bombistas. ¡No es sólo ese demonio rebelde que está arrestado, son todos ellos! No es difícil identificarlos, comisario. Deberíamos borrarlos.

—No alarmarse más de la cuenta, señores —decía éste—. ¿No está interviniendo la autoridad? La situación está bajo control.

—Métalos en la cárcel, comisario. ¿No está a la vista que todos esos contumaces forman banda? —porfiaba Ackermann.

—¡Sueltos, capaces son de demoler Gulaï-Pole! ¡Y Dios sabrá sino todo en Rusia!

Pareciendo desmesurado, este juicio no hacía más que prevenir sobre sucesos nada lejanos. ¿Qué faltaba para 1917? Solamente nueve años. Mas no era en esa sola dirección que el descubrimiento de la actividad subversiva de Makhno y sus secuaces hubiera operado su reactivo. En donde abrió cauces inéditos, trazó una senda, fue precisamente entre los jóvenes recusados por los intereses coaligados. Para ellos fue la señal, la conjunción, un punto de partida. Fue recibir un mensaje salvajemente expresado, a la medida de su estado de ánimo y de su lenguaje. ¡Uno de los suyos estaba siendo encartado en un juicio por terrorismo! El suceso les tocó en esa zona secreta en que las experiencias arraigan haciéndose carne. Así como los días se sucedían la actitud de los que formaban el estamento social se esclarecía. Así fueron definiendo su juicio, incorporando fanáticamente la *razón* que los actos de terror significaban. Esos jóvenes apartados de la sociedad por propia determinación, despertados de su letargo por este suceso, se incorporaron a una actividad que los atrrapó con fuerza irresistible, volcándolos a la subversión. Si no de cuerpo aún,

sin duda que sí de corazón. Les resultó insatisfactorio volver a encerrarse en su abulia. Por primera vez, la sociedad los tomaba debidamente en cuenta. Y ayudó a definirlos catalogándolos de nihilistas. Se sintieron inspirados, *una*, recién formando una secta. Los síntomas de vindicta y represión, acaudilladas por propietarios y *kulaks*, intentaron ser disuadidas mediante manifestaciones y pedreas públicas. En Gulaï-Pole las pasiones se fueron enconando más. Así, tomando cada cual su partido y defendiendo su causa, los jóvenes entraban en las luchas sociales. Sin advertirlo, su proceder los dejó en los umbrales de la lucha de clases.

Iban a ser necesarios, todavía, nueve largos años. Y atravesar los dolores y desastres de la guerra del catorce. Nueve años para que la Revolución, jamás rendida, rompiese los primeros eslabones de la cadena.

En otro aspecto más, ese proceso provocó conmoción. Era evidente hasta donde alcanzaban sus ecos. En la propia familia de Makhno, donde sus tres hermanos, no su hermana, indiferentes hasta ese momento a sus ideas, ahora, ante el apremio y la amenaza de condena, pujaron unidos por su liberación. La *dacha* de los Makhno se había convertido en el centro obligado de reunión de cuantos se adherían al proceder de Néstor. Y ni qué decir lo que se prodigaban allí su madre y su hermana, fortaleciendo el espíritu de los concurrentes. ¡Y cuántas veces, aún con el dolor por su hijo menor en prisión, pudo más en el ánimo de esa madre el ver a todos sus hijos unidos por esa causa!

—¡Fíjense qué tipo ese Koltchacov! —decía Sava, el mayor de los Makhno—. Venir a proponerme que deje la *dacha* y habite en su fundo. ¡Justamente ahora!

Llegados a esos términos, todos ahí se complacían en poder decirle a los *kulaks* que no a sus tentativas de soborno o división. Eso lo advertían muy bien ahora. Como un fruto partido por la mitad ellos podían ver la trama de los intereses movilizándose. Y les daba gusto poder oponerles un *no* aún sabiendo qué ligado estaba ese *no* al proceso de Néstor.

—¡Fíjense que caradura ese *kulak*! —protestaba todavía Sava—. ¡Querer sacarme de aquí! ¿No es Néstor mi hermano?

Pero no siempre las cosas fueron así en la *dacha*. Antes del proceso, valga la diferencia:

—Ustedes siempre hablan a sus espaldas —lo defendía Natacha, mientras los mayores se encogían de hombros.

Y Néstor, cuando se hallaba presente, les decía:

—Están dormidos, ustedes viven durmiendo.

Sus hermanos estaban muy lejos de participar en lo que consideraban su delirio, su fiebre juvenil o simplemente el modismo de esos tiempos.

—Deberías trabajar. Haz eso, pequeño y verás que se aplaca tu humor —sentenciaba Emelian, marcando la diferencia de cuatro años.

—Lo que no debo es ser una carga para nadie —replicaba Néstor—. Yo me la busco, yo me la aguanto. A partir de ahí vivo como me parece. ¡Y pienso!

—¿Oyeron? El chico piensa —decía cualquiera de los tres y se reían.

—Tú comes, te vistes... ¿Quién provee por ti? —preguntaba Gregorio.

—Me lo procuro...

—Lo robas.

—Simplemente tomo un remanente a ésos que sí roban y han robado. Ellos se quedan con la plusvalía de los que trabajan para ellos.

—¡Plusvalía! ¿Qué es eso, nata?

—¡Exactamente!

—¡Déjate de eso! ¡Si ellos robasen estarían en la cárcel!

—¿Quién dice eso? Lo dicho: ustedes están dormidos. Ellos roban y la policía y las leyes respaldan su robo. Y el pope les pone incienso. Y más arriba los jueces convalidan. Y todavía más, el zar...

—¡Fíjate si el zar puede tener en cuenta a esos *kulaks*!

—¡Sí, el zar! ¡El zar defiende sus intereses! —se acaloraba Néstor.

—¡Ni que no tuviese ocupación! Fíjate si sabrá de Timófovich o de Obermüllher.

—¡Ustedes están ciegos! —les gritaba Néstor.

—¡Haz leído cuatro letras! ¿Eso vienes a decirnos?

Estando Néstor en la *dacha* todo adquiría una nueva sonoridad, eso lo advertía cualquiera que prestase oído. Pero al caer preso Néstor, uno a uno, todos, en esa *dacha*, se vieron compelidos hacia la cuestión que, como un imán, determinaba su polo natural de atracción. Y por supuesto que tratándose del hijo, del hermano, no había qué asombrarse. Pero era mucho más que eso. La cuestión planteada rebasaba lo sentimental, aunque lo contemplase: obligaba a tomar partido, a analizar las razones de esa acción y su significa-

do. Y así, uno a uno, Sava, Gregorio, Emelian, uno con doce años de diferencia y a tanta distancia de las preocupaciones de Néstor; otro con ocho y con asuntos propios que resolver y el otro en esa etapa transitiva que crea un abismo entre los veintiuno de él y los diecisiete de Néstor, asumieron, de golpe, lo que trascendía de esa acción de su hermano procesado por terrorista. Encarando a los *kulaks*, perdiendo por esa causa sus trabajos, fueron incorporando razones y aproximándose cada vez más a la debatida cuestión social. Si hasta entonces pudieron parecer pasivos, ahora, cada vez con mayor calor y convencimiento, iban haciendo suya la causa debatida. No, lo de Néstor no era *pose*, no se trataba de un alocado, disoluto y juvenil provocador. En su acción había un pensamiento, se podía extraer una orientación de ello. Sus razones podían ser compartidas sin desmedro por los mayores: infería a todo lo relacionado con la justicia y la explotación de que eran objeto. Lo comprobaban viendo cómo se formó ese frente cerrado de propietarios, nobles y *kulaks* contra Néstor. De todos los que vivían en la opulencia. Los mismos que corrían en delegación a presionar a los jueces de Ekaterinoslav, la capital del Departamento que comprendía a Gulaï-Pole, adonde había sido trasladado el juicio y se sustanciaba la causa. Ésos sí que no necesitaron de tiempo o de reflexión para tomar partido. Era como si todos hubiesen estado aleccionados y pedían que se sentenciara a muerte al criminal. Entretanto, haciéndose justicia por su cuenta, comenzaron negándoles a los tres hermanos trabajo en la zona. Aunque antes y siempre vivieron esta alternativa arbitraria, ahora descubrían su articulación, la trama siniestra; como nada era casual. Como formaban parte de un mismo juego de intereses, real, verificable, —no sólo enunciado progresivo—, los acaudalados, los policías, los jueces, el zar... El procesamiento de Néstor repercutía dejándolos sin trabajo. ¡Vaya si la experiencia, permaneciendo imborrable, fue el motivo de que ingresasen en la guerrilla, nueve años después, tantos jóvenes de entonces!

A otra persona más, a ésta en el corazón, alcanzó la secuela de las estampidas de Néstor Makhno. Removiendo en ella brasas escondidas que sólo ella sabía qué alentaban. Y sólo ella había encendido... Pero, en la química de las pasiones, ¿se sabrá nunca qué fuerza las atrae para consumarse? Pues si a la edad de diez años, Mara, la hermanita de Anatol, ignoraba qué motivaba su atracción de fondo por ese amigo tan diferente de su hermano, éste, por ese tiempo, ig-

noraba a su vez casi hasta la misma existencia de esa chiquilla... que, cuatro años más tarde, cuando Néstor fue preso, se sintió tan impactada por el hecho e interesada tan vivamente por el destino del procesado que, no sabría decir cómo, ni cuándo, ni por qué, la fue ligando cada vez más a ese *justiciero*. Envuelta en una idealización delirante, el día que supo el veredicto que lo condenaba a la pena capital, a la horca, se sintió perdida. Ese día descubrió que lo amaba. ¡Pobre corazón ahogado en vida antes de aflorar! Cayó enferma de cuidado y jamás supo nadie, ni su madre, ni su hermano, ni Aarón Levin, el médico de la familia, qué la consumía.

VI

LOS MUERTOS HABLAN

Un ilustrísimo antecesor, Fedor Mijailovich Dostoievski, con otras motivaciones y bajo otras circunstancias, ya había pasado por esa alternativa de ser condenado a muerte, sentirse en el patíbulo, la soga al cuello y conmutada en el último instante la pena capital por la de prisión. Ese episodio, tanto o más que el encierro, marcó con caracteres indelebles toda su vida, su producción posterior y su pensamiento. «¡Que reviente el mundo con tal de que yo pueda seguir bebiendo mi taza de té!», decía el hombre del subsuelo. ¿Qué deparó esta idéntica circunstancia a Néstor Makhno, un joven que no había cumplido aún los diecisiete años?

Cuando el juez, luego de requerir el silencio de la audiencia y hacerlo poner de pie, dictó su sentencia, Néstor comprendió de un modo ineluctable que uno de los propósitos de la Justicia es intimidar. Y para ello se toma todo el tiempo que necesita hasta lograr lo que se ha propuesto. Y si es sabido que la cárcel no redime ni corrige, que nadie o casi ninguno se arrepiente de su crimen, eso no obsta para que en algún momento del enjuiciamiento, el procesado sienta vacilar la tierra bajo sus pies. Esto le sucedió a Néstor Makhno —aún prevenido de su sentencia—, cuando escuchó la suya. ¡De qué terrible e inolvidable manera se sintió por entero y absolutamente protagonista! Esa mascarada y sus fantoches habían arribado al fin propuesto. Todavía sentía el golpe del sello sobre la mesa del juez: imaginaba a éste despojándose de su toga y asumir su aire de abulia más corriente... Ahí quedaba él, solo, desgarrado, con esa horrible sensación en el cuello... La impresión le dejó su marca imborrable. Y cuando después, él ya daba su nombre a su propia cruzada, el íntimo conoci-

miento de esa dramática alternativa, marcó muchos de los actos en que debió decidir sobre la vida o la muerte de terceros.

«Uno debe saber a qué atenerse con ello —decía—. Si se llega a determinar que sí debe hacerse, se hace. Pero pensarlo muy bien antes. Los hombres estamos para nacer y morir una sola vez. ¡Guárdense de los que resucitamos! —decía, riéndose a carcajadas.

A Dostoievski esa situación le costó hacer hablar como lo hizo al hombre del subsuelo e ir revelando su desprecio por tantos valores hipócritas hasta entonces sustentados. A Makhno lo llevó directamente a la *Makhnovchina*.

Sin un concepto del tiempo, dada su corta edad, —la idea de «perpetuidad», como de «eternidad», resbalaban sobre él—, se aprestó a enfrentar su nueva realidad. La detención preventiva, para un desprevenido, podría hacerlo sentir familiarizarse con el ámbito del presidio... ¡Pero nada más erróneo! A Néstor Makhno acababan de incorporarlo a un mundo que estaba del otro lado de las cosas. Que siendo de este mundo no pertenece a él. Algo que está más allá de todo juicio: más allá del bien y del mal. Y no en un sentido metafísico, sino tangible. En el presidio habitaba gente que había roto todos los lazos de la humana relación que hace sociables y convencionales al resto de los hombres. Ahí la ley estaba sin máscara: cada cual con su marca a la vista, como el tigre. Y todos como bestias enjauladas.

—No me toques.

—No te acerques.

—Yo he destrozado, con un acto, todo lo que la humana civilización ha construido.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Así hablaban esos hombres en Butyrky, la cárcel moscovita. Y no es que hablasen. Como vaciados en moldes de hierro sobre sus frentes, o como lápidas al pie de sus jergones, se hallaba grabado lo que habían hecho.

Y no se trataba sólo de eso. Al fin, los hombres, aún deformados, continúan siendo fieles a su origen, como una nostalgia o una memoria jamás perdida del todo. Ahí, además, estaba el régimen. El régimen carcelario. Con sus cadenas, castigos, caprichos, bacines y comidas confundidas, letrinas pestíferas, guardianes bestiales, trabajos forzados. Y a ese régimen y a esos guardianes y a esos compañeros debió acomodar Néstor su futuro existir. Y por el resto de sus días, según rezaba su sentencia.

Pronto conoció la cárcel dentro de la cárcel. Recorrió todas las celdas y todas las catacumbas de la prisión. Las más frías y húmedas. Las más fétidas y oscuras. A los demás presos, que al principio les divertía este jovencito obstinado, al comprender que algo inquebrantable, rabioso, motivaba su permanente oposición a la injusticia, cambiaron el objeto de diversión. Mas hubo quien no aceptó que diera la cara por él y también quienes vieron en su actitud la intención de acusarlos. También los guardianes, que comenzaron tomando como un motivo de distracción su rebeldía, pronto advirtieron que se trataba de algo más y se les endurecía la mano cuando levantaban el bastón para doblegarle la espalda.

¿Qué buscaba, qué intentaba ese muchacho, ese hombre? ¿Qué encontrar tras ese absurdo desafío, qué rompiéndose los dientes contra la nada?

En una de sus largas mazmorras, luego de días de penumbra, soledad y el frío húmedo penetrándole los huesos, palpando la viscosidad de esa paja podrida sobre la que se hallaba echado, pareció que Néstor, al fin, se rendía. El agrio espasmo y la tibieza del semen derramado, sarcasmo afrentoso de carcelario ahondando su impotencia, lo arrojaron más al fondo de su irreparable soledad. Y ya en el momento en que pareció vencido y dejándose caer, encontró su razón propia. Buscando la inhallable razón a su obstinación, encontró que la obstinación *en sí*, cumplimentaba, ¡y cuánto!, todo su sentimiento de afirmación en ese sitio imposible. Se palpó todavía el sexo y una emoción incontenible le apretó la garganta, llenándole los ojos de lágrimas. Se desovilló de su posición en el suelo. La camisa y el pantalón con que se cubría, hechos jirones, estaban empapados. El aire, denso y hediendo de humedad se removió como un aliento malsano. Él, primero se acodó, luego se respaldó en la pared filtrada de goteras, como si las supurara. Lloraba sin contención hasta que lo embargó una oleada colvulsa.

Un guardia prestó oídos. Se endureció su facción.

—¡Otro que revienta! —masculló. Abrió la mirilla—. ¡Estás llorando! No dirás después que no ha sido así. ¡Te he oído! ¡Y visto! —aguardó—. ¡Mierda de orgullo! —dijo todavía antes de volver a su puesto.

Cuando después de cuatro meses los condenados de su pabellón lo vieron llegar, fueron guardando silencio a medida que él avanzaba hacia su jergón. Cargado de cadenas, ennegrecido el rostro de costras pútridas, barbado, el pelo como induido aplastado a la frente, tiritando de fiebre, vacilando sobre sus piernas, más tenía de aparecido que de terrenal. Y no faltó quien se persignase viéndolo.

—Salud, hernamo —le recibió solícito Archinoff.

A Makhno le alcanzaron las fuerzas hasta ese momento. Se desplomó. No menos de tres semanas le llevó reponerse de su extrema debilidad. No obstante, mucho antes de que estuviese apto para ningún esfuerzo, los rigores de la prisión le exigieron su cuota de trabajo. Archinoff le asistió en el trance. En ese lugar extremo, donde la desesperación no tenía por respuesta más que la ofensa del castigo y la perplejidad, si no la indiferencia de los demás, Néstor encontró un compañero. Pedro Archinoff, diez años mayor que él, enjuiciado por actos de terrorismo en reicidencia, era un veterano anarquista devenido del comunismo. A Pedro le atrajo la fuerza potencial de ese joven obstinado levantando un pendón donde todo parecía carecer de objeto; el sentido de *prueba* a que sometía todos sus actos. Por su parte, Néstor halló con quien devanar sus múltiples interrogantes, ilustrar sus carencias, sentir vivo el contacto con la idea. Un vaso comunicante. Y algo más: un paisano. Archinoff era de Ekaterinoslav, a ochenta millas de Gulaï-Pole, metalúrgico de profesión y educando por vocación.

—Hermano —le decía Archinoff—. Está bien que un hombre no se doblegue.

—¡Aguardaba tu aprobación! —contestaba Néstor, mostrando sus cadenas.

—Pero un hombre solo no significa gran cosa, socialmente hablando.

—¡Lo es todo! —replicaba Makhno encendido de pasión. —Sin hombres decididos no es posible ninguna cuestión social. Ahí tienes a Bakunin que pasó por esta prisión. ¡Y a Prometeo!

—¿Prometeo?

—¡Qué! Tú mismo me enseñaste de él.

—Prometeo se lo pudo permitir todo. Ya había soltado el fuego entre los hombres. Tú, Néstor, estás en el capullo... Guárdate. No te faltará ocasión afuera. Cuando nos llegue el turno. Si de la cuestión social se trata, si eso es lo que te importa, el despertar de las multitudes es lo primero. ¿Pero aquí?

—¡Siempre!

—¿Contra quién?

—¡El sistema! ¡La autoridad! Si quieres, ¡nadie! Ganas de decir ¡no!

—No tiene porvenir.

—No, no lo tiene, ¿y qué?

Los guardianes reconvenían esta plática frecuente.

—¡Eh, ustedes, los que hablan! ¿No se convencen que son tumbas?

VII

SIMÓN PETLIURA

Abril, 1918

Los diálogos entre los pobladores se sucedían, el asombro crecía y a medida que las horas y los días transcurrían acordonando un tiempo, la inminencia de que en cualquier momento iban a decidirse los acontecimientos, en Ucrania y en Kiev principalmente, transformaba ese paréntesis en signo espantoso. La urbe ciudadana parecía suspendida, aguardando el síntoma determinante de ese arribo preñado de presagios tenebrosos.

—¿No llegarán ya estos teutones?

—¿Para qué los quieres? ¿Quién los necesita?

—¡Vendrán! Entre no verlos y verlos, prefiero saber con quién me las tendré que ver.

Fuera de la espectación y cierto nerviosismo, la ciudad vivía su ritmo habitual. Nadie creyó necesario, al menos por el momento, decidir nada al respecto ni nadie fue más allá de conjeturas más o menos desatinadas. Transcurridos tres días de haberse retirado las tropas rojas de Kiev, sin gobierno la ciudad, una noticia, que no tardó en propagarse, animó los espíritus ensombrecidos de la población. Un ejército, comandado por Simón Petliura, jefe del Movimiento Separatista Ucraniano, que ya en noviembre del año anterior, apenas dos semanas después de haberse instalado en el gobierno central los bolcheviques, había proclamado la República de Ucrania, se acercaba. No dudaron entonces los bolcheviques en reprimir ese alzamiento provinciano y el 25 de enero, tras dura lucha, reintegraron Ucrania al tronco nacional. Derrotado, mas no deshecho, Petliura salvó su ejército,

aguardó su tiempo y ahora regresaba. Su presencia provocó un entusiasmo equívoco en que parecieron mancomunados intereses muy contrapuestos. Así, tanto el grueso de la población como la burguesía local, salieron a aclamarlo. Si bien su estrecho programa político-económico poco tenía que ver con las postulaciones revolucionarias, en esa circunstancia, desorientados los trabajadores por la deserción comunista que los abandonaba a las fuerzas de ocupación germana, se echaron en brazos de Petliura. Éste recibió esa adhesión como un triunfo pleno de su causa, cuando en realidad no era tanto así. Ese respaldo comportaba, no obstante, un refuerzo considerable a sus pretensiones de negociar con el ejército imperial un gobierno colaborador, paralelo y representativo. A ello se atuvo. En posición firme aguardó el arribo de esos señores marciales...

Simón Petliura era un acaudalado y fervoroso hombre político. Su pensamiento, siendo limitado para la época, había tenido la virtud de reunir a todas las fuerzas activas, disidentes de la revolución bolchevique, a la que consideraban extralimitada, como la del zarismo, a la que impugnaban por ser la causa de los trastornos políticos y económicos en que se hallaba sumido el país. Los capitalistas e industriales de Ucrania, los propietarios, el clero que volvía de su estupor, los intelectuales progresistas, los profesionales, comerciantes y toda la vieja y sedentaria burocracia estatal, incierta de su porvenir, lo apoyaban. Si a ello se sumaba su habilidad para presentar a los trabajadores un panorama de mejoras económicas atendible, podrá formarse una idea de su arraigo real y del peso de su fuerza de coyuntura. De naturaleza franca y afable, su sólida contextura y su talla, que lo ponía una cabeza por encima de sus contemporáneos, contribuía a confirmarlo a sí mismo, dándole ese aire de seguridad que es lo que inspiraba a los demás. Pero en ese aspecto, ¡cuánto no debía a Irina Mikhailova!

Ahora lo aclamaba la población desbordada. El primero que reflexionase podía consignar el despropósito que allí se conjugaba... mas, ¿quién para hacerlo? Vivamente emocionado, desbordado él mismo por la efusión, devolviendo saludos, expresiones, extrechando tantas manos como se alzaban alborozadas hacia él, fue sintiendo, a medida que avanzaba hacia el palacio de gobierno, ese escozor tan peculiar que toca la sensitiva personalidad de estos personajes cada vez que vislumbran la concreción de su proyección. ¡Cuántos sueños amargos, cuántos sinsabores, cuánto dolor, hasta alcanzar la meta! ¡Y más él, que volvía!

—¡Arriba, Petliura! ¡Viva Petliura! ¡Salvador! ¡Salvador!

Se apresuró a dar formalidad —con las horas contadas— a su asiento en el gobierno. Declaró una vez más la Nueva República Nacional Ucraniana e instituyó un Directorio del que se nombró director. Se apresuraba a dar la sensación de fuerza organizada, institucional y capaz de gobernar. Y en dar pauta de temple señero. Observando a la multitud, fraternizando con la tropa a través de los amplios ventanales del salón de Acuerdos, llamó la atención de sus cofrades.

—¡Señores, no distraerse! Está bien motivarse con el rumor que levanta el populacho, incorporando la épica a la causa que enarbolamos, pero no lo olvidéis, nosotros no somos pueblo. Nuestra función es gobernarlos. Dejadlos fuera de palacio. Recibidlos sólo cuando nos hayamos instalado como Dios manda. Debemos ser muy cuidadosos del prestigio de la investidura. Eso de por sí marca las diferencias y hace al orden de las cosas. Recibirlos ahora sería como tener invitados teniendo la casa revuelta —se escucharon algunas risas. Él se atusó la barba y miró por encima de todos—. ¿Quién invita a nadie en esas condiciones? Cada quien debe conservar su lugar. Gobernar es un arte. Hacedlos pasar ahora y pronto advertiréis que comienzan a palmearos la espalda... —Petliura, apenas entreveía una veta propicia, gustaba explorarla, oírse... Irinia Mikhailova lo tenía prevenido al respecto. Se acordó de ello y recompuso su discurso—. Otras son nuestras miras actuales. Vamos a negociar con los generales del ejército imperial. Apresurémonos en disolver ese tumulto y en volver al trabajo y al orden a esa gente. La ciudad debe permanecer laboriosa y tranquila. Más llano resulte el trayecto de ese ejército hacia aquí, más habremos ganado en su consideración.

—¡Muy bien, Director! —subrayó Sergueievich, un acaudalado que respaldaba desde la primera hora a Petliura—. Basta que haya autoridad para que todo se encauce. Ese principio representan los teutones y ese principio representamos nosotros. ¡Habremos de entendernos! ¡Sí, señor!

—¡Sí que habremos Sergueí! —confirmó Petliura—. Será sí o sí. ¡Jugamos nuestro porvenir! La historia rara vez pasa por delante de un hombre. ¡Estoy avisado! —en el colmo de la exultación se pavoneaba. Contuvo aplausos—. Lo que no logremos ahora con los alemanes, difícil, por no decir imposible, nos será lograrlo después con nadie. Diré, sin reservas, que nuestra situación está ligada al resultado de la guerra. Yo no veo otra forma de mantener nuestro poder en Ucrania, como no sea respaldados en el triunfo imperial. Los prusianos van a continuar necesitando que los proveamos de granos y para

obtenerlo, ellos tendrán que garantizar nuestra independencia. ¡No tenemos otra forma moral, ni otra fuerza política para mantener a raya a los bolcheviques!

—Director, los prusianos son soberbios y pretenderán condicionar...

—Usted, Boris Alexienko —lo interrumpió Timoteo Liborio Lipchikin— ha sido impresionado por la propaganda anglófila.

Así, en este ambiente y en la más absoluta idealización, asentaban Petliura y los suyos su sueño separatista y su deseo de incidir y perdurar. Con el aire más seguro y temerario, Petliura alistó sus pertrechos y sus guardias; desplegó toda la prosopopeya de palacio —la población creyó que se preparaba la defensa de la ciudad—, y dispuso se aguardase en formación la llegada de las fuerzas de ocupación. Cada uno de esos tres días que todavía demoraron los ejércitos prusianos, se fueron acumulando como lápida sobre la esperanza de la burguesía provinciana. Ahora comenzaban a preguntarse cosas, a retórcerseles los nervios, a incurrir en juicios contradictorios.

VIII

NÉSTOR MAKHNO

Parado sobre el pescante del carro de Fomá, con éste exultante a las riendas, detenido y rodeado en mitad del mercado por cuantos, reconociéndolo, acudieron exaltados a saludarlo, Makhno, abrió los brazos en un gesto abarcativo, reclamó silencio, trocó su sonrisa en gesto serio y duro y con voz que se afirmó en cada expresión, con su pequeña talla pareciendo crecer, comenzó diciendo:

—Amigos y compañeros, gente de Gulaï-Pole, no vivimos en tiempo de paz, propicio al agasajo y la comunicación de las peripecias que signan la vida de cada cual por separado. Vivimos un tiempo de revolución. Esto significa vigilia, responsabilidad, convicción y tesón inquebrantable. Yo no he venido de rondón. ¡Regreso para abrir huella! Para ensanchar la corriente revolucionaria —hizo una primera pausa y paseó la mirada por todos—. De vuelta de la prisión, vuelvo a mi tierra de Gulaï-Pole a decirle a los propietarios y *kulaks* que eso de seguir explotando y viviendo del trabajo de los demás, no va más. Y eso de poseer más de lo que cada uno necesita, en un medio donde tantas son las necesidades mínimas sin resolver, tampoco va más. La riqueza debe ser distributiva y vamos a repartir la riqueza. Estamos en la hora de la igualdad de posibilidades para todos y en la hora de la confraternidad —su palidez inicial y cierto temblor en la voz han desaparecido. Se yergue más y se le hincha arrogante el pecho. En su inmovilidad intensa resulta un emblema. Se le ha ido coloreando la tez y su voz percute como bronce. Arrecian aplausos. Bravos. Los allí reunidos se agitan—. ¡No! —se alza la voz de ese hombre que de intento denuncia su prestancia de caudillo—. Reserven su entusiasmo. ¡Mejor piensen! No es con arrebatos como lograremos nuestro objetivo. Sólo con decisión. Y tampoco sólo con buenos modales. Habrá que cortar.

¡Cortar hondo! ¡Los siglos de privilegio están arraigados en los que poseen! No todo el mundo va a estar dispuesto a perderlos. En realidad, nadie. De modo que no todo será conversación. Y no todo, entre nosotros, una ubre que ordeñar. ¡Habremos de deponer hasta el sacrificio lo que pudiese ser teñido de avidez, revancha, venganza! ¡No emprendemos ninguna lucha personal! ¡Es una lucha de todos, de cada uno! Y aquél que abrigue en su corazón la menor partícula de codicia o desquite, mejor será que se aparte, porque seremos implacables contra cualquiera que cometiese excesos. Porque ése solo, metido entre nosotros, enlodará nuestra causa con su acción vergonzosa —se da un breve respiro—. ¡Para ser heraldo de la revolución hay que curarse en salud de mezquindades! Y seremos heraldos. ¡Los que participaremos de la gesta seremos heraldos de la revolución social! Y eso es participar del sentimiento de justicia y equidad y estar limpios de conciencia para aplicarla. Camaradas, amigos: haremos de Gualï-Pole un faro luminoso. Nos aguarda una dura tarea. ¡Dejen la azada en el surco y empuñen las armas los que se sientan en el deber y la capacidad para ello! Y los otros —volvió a pasear la mirada por la audiencia ahora silenciosa e inmóvil— los que se queden, o aparten, o nos enfrenten, que sepan que nos convertiremos en aluvión ¡y hay del que se cruce en nuestro camino! —los contuvo todavía—. Hombres y mujeres de Gulaï-Pole, compañeros y amigos, ¡que la revolución nos una y la lucha nos hermane!

Cuando dejó de hablar, cuando el timbre de su voz metálica, repercutiendo como la llamada de una clarinada dejó de oírse y todos los allí reunidos manifestaron su fervor y entusiasmo y desbordaron en expresiones espontáneas, Makhno, alzando un tanto la vista por encima de los allí congregados, alcanzó a divisar una magra figura envuelta en un chal oscuro, con el que se cubría hasta la cabeza. Era apenas una sombra, un tenue dibujo a tinta y dos grandes ojos, grandes y profundos como los de él, que lo observaban. Viéndola, sintió de pronto, en el pecho, un golpe tremendo.

—¡Oh, madre! ¡*Mamucha*!

—Hijo mío —murmuró ella.

Makhno bajó de un salto y se lanzó hacia ella, partiendo prácticamente en dos a la multitud que le abrió paso.

—Hijo mío.

Avanzando firmemente hacia él, se encontraron y se abrazaron como sólo pueden hacerlo una madre y un hijo presidiario que no se han visto en nueve largos, larguísimos, años.

—Mamá, *Mamucha*. Madre querida —bajo el chal que la envolvía, él palpó su nervadura, su dureza y apenas un estremecimiento.

IX

LA *DACHA*

Tenía tan presente y vivo en su interior cada sitio de Gulaï-Pole y eran tan insignificantes los cambios operados en las cosas, que muy poco le costó asimilar el paisaje —de tan familiar casi suyo— y sentirse como acabándolo de dejar. Si un árbol añoso permanece, igual que una finca, una calle, el camino, un monte y ayuda a la memoria, el conjunto en cambio, imperceptiblemente modificado, se ve de distinta forma y acaba inquietando. Entonces uno advierte que inconscientemente uno siempre ha relacionado el paisaje con los seres y al cambiar éstos, envejecer, crecer, madurar, cambia asimismo el paisaje que los contiene.

Su madre parecía la misma, pero... en esos años, a su propia ausencia —ella le contaba camino de la *dacha*—, se había agregado la pérdida de Natacha, fallecida a causa de su primer parto al sobrevenirle una complicación de peritonitis. ¡Qué desolación la de su madre! —contándoselo se le habían llenado los ojos de lágrimas, ¡a ella! a quien jamás le sorprendiera antes ninguna— esperando un nieto ¡y perdiendo al mismo tiempo a éste y a su hija! Fedor Stolipov, el yerno, sintiéndose de algún modo culpable de lo ocurrido, había abandonado Gulaï-Pole a causa de ello. Observando atentamente a su madre, la veía cambiada. Se había endurecido aún más su rostro, tan adusto siempre. Parecía más encogida y salvo esa nervadura interior alrededor de la cual ella parecía encarnarse, todo semejaba brizna... Lo palpaba llevándola por la cintura.

A su hermano Emelian, soldado de la guerra, una granada le había amputado un pie. El refugio de su desgracia era la bebida. Todo esto le adelantó la madre antes de que llegasen a la *dacha*. Y

también que sus otros dos hermanos se habían ido a Ekaterinoslav en procura de nuevos trabajos y que los veía muy de vez en cuando.

—Comprendo. No me quejo. No es fácil la vida hoy en día, —decía.

Néstor la oía y no cesaba de reflexionar... Él regresaba con intención de dar sentido y unidad a tantos anhelos revolucionarios dispersos... En eso fervientemente creía. La sociedad se desmoronaba ante sus ojos y se trataba de reactivarla, apuntalándola sobre nuevas bases, otras perspectivas. ¿No estaba resultando su propio núcleo familiar un ejemplo palpable del signo de esos tiempos?

—Pero, madre, ¿qué vida le han estado dando ésos? —preguntó.

—Cada vida es lo que importa. Yo me arreglo...

Makhno veía a su madre, la sentía, la oía y no dejaba de maravillarle que resultase tan portentosa... En cada réplica, cada palabra, estaba siempre entera. Si bien, él la había conocido de ese modo, verla tan firme, después de tanto, le conmovió. La estrechó más. Ella le dejó hacer, pareciendo querer arrebujarse en él. Dejándose querer se figuraba devolverle tantos años de soledad y ausencia.

Lo que su madre le había contado de Emelian le había impresionado de manera particular. De pronto, toda la cuestión social había adquirido piel, ojos, una imagen cierta, un nombre. Se había condensado e identificado en la persona de su hermano Emelian. Un arrebato de indignación le puso un nudo en la garganta. Toda la injusticia, el desprecio, la falta de sentimiento solidario de una sociedad cimentada en el egoísmo, el privilegio y la autoridad, se presentó ante él viendo a su hermano inválido, despedido de la sociedad que convalidaba esa mutilación desentendiéndose.

—Hecho consumado —masculló.

—¿Qué dices? ¿A qué te refieres? —preguntó ella.

Él no contestó. Habían llegado al pie de la loma. Allí estaba, recortándose en el espacio plúmbeo, ausente de sol, condensando con su negrura el paisaje, la *dacha* familiar. Ella se soltó. Se había permitido un enternecimiento. Se recompuso. Volvía a ser áspera estaca. Trepó la lomada y tras ella, Néstor.

Tras los vidrios de la ventana, Emelian los vio llegar. Se volvió rápido sobre sí y a saltos, apoyándose en el respaldo de una silla, refugió su pierna tras la mesa y en ella esperó sentado. Tuvo tiempo de barrer de un manotazo el vaso y la botella y esconderlos. No obstante quedaron las huellas húmedas, testigos de su libación.

Emelian llevaba marcado en el rostro el estrago que provocaba en su ánimo su penosa alternativa. Se había consumido y sus rasgos emergían como hachados, torturados. Y si a primera vista eso daba

dureza a sus facciones, visto atentamente se advertía huidiza su mirada.

Verlo y sentir el dolor escondido de ese hombre fue todo uno para Néstor. Emelian fue el primero en romper el silencio.

—¡Hola, Néstor!

—¡Emelian! ¡Hermano!

Néstor dejó el atado que traía y corrió hacia él con los brazos extendidos. La impronta y la emoción del momento hicieron que Emelian perdiese su envaramiento. Se alzó, extendió a su vez los brazos, perdió el equilibrio y cayó sentado. Fue un instante engorroso. Lo sobrepuso Néstor, estrechándolo.

—¡Tiempo de no verte!

—¡Y yo! —atinó Emelian—. Se te ve...

—¡Y a ti!

—Estás más hecho...

—La cárcel...

—¡El zar no acaba contigo! —rió.

—¿Te acabó la guerra?

—¡No! A mí... —vaciló.

—¿Si preparo una sopa, comes, Néstor? —intervino la madre.

—¡Oh, sí! ¡Con gusto! ¡Como usted sabe! Como en los viejos tiempos.

—¿Como en los viejos tiempos? No estoy tan segura... —dijo ella yendo hacia la cocina de hornillos que calentaba la *dacha*.

—Vamos, *mamucha*, si algo extrañé, allá, fue eso...

Los dos hermanos quedaron momentáneamente silenciosos. Se entretuvieron observándola, mientras buscaban sus palabras. Cuando intentaron reanudar el diálogo lo hicieron al unísono y el choque los movió a risa.

—Me da gusto verte, Néstor, ¿sabes?

—¡Y a mí! ¿Lo festejamos? ¿Tienes de beber en la casa?

Gravinka al oír la propuesta de su hijo quedó pendiente. Emelian vio a Néstor con los ojos puestos en las huellas de la mesa. Tomó debajo de ésta la botella y el vaso que escondiese y sirvió. Aguardó.

—¿Un vaso? ¿No somos dos? —dijo Néstor.

Emelian lo observó. Se incorporó y a saltos que hacían trepidar todo en el interior de la *dacha*, llegó al aparador, sacó un vaso y de igual modo a como había llegado hasta allí, regresó a la mesa y volvió a sentarse. Por un patético momento todo pareció estremecido y espantoso allí. Emelian se dio un respiro, luego miró a su hermano, descorchó la botella de nuevo y sirvió. Se bebió el vodka de un trago.

Lo propio hizo Néstor. Ver a su hermano en una pierna lo había casi descompuesto.

—¿No tienes muleta? —preguntó.

—Sí. La escondí para que no me vieses... Quería decírtelo yo. ¡Y te lo dije! —esbozó una sonrisa—. ¿Otra copa?

Néstor asintió. La madre seguía sin perder detalle. No comprendía, pero confiaba. Ahora estaba otra vez Néstor. Y aunque sabía que no habría de permanecer allí, esperaba de esta reunión entre hermanos un resultado. Pero, ahora, ¿no se estaban emborrachando?

Intempestivamente, Emelian cambió el curso de las ideas.

—Tú no habrás venido a decirme qué debo hacer; ni cómo debo comportarme, Néstor. Conozco a los de tu clase —dijo, desafiante.

—Nadie le puede decir a nadie lo que debe hacer —dijo Néstor.

—¿Qué estás tratando de probar? —le dijo Emelian—. No creas que no me doy cuenta de que nunca has bebido de un trago.

—Y bien, lo hago ahora.

—Vas a terminar borracho.

—No estaría mal. Un día es un día.

—No. Con un alcohólico en la *dacha* ya basta.

—¿Te llamas alcohólico?

—Sí. Bebo mucho y muy a menudo. ¡Y qué!

—¿Te llamas borracho por tomar unas copas?

—¿Y de qué otra manera se es borracho? Tómate otra copa y sabrás.

Néstor estaba llenando su copa y Emelian sujetó su mano.

—¿Qué tratas de probar? —preguntó Emelian—. ¿Crees que basta con hacer lo que hacen los demás para hacerlos ver en un espejo? Arráncate una pierna y muéstrame cómo quedas sin ella.

—Tú estás enojado, hermano.

—Sí, lo estoy. ¡Y qué!

—Enojado con todo el mundo.

—Quisiera ver cómo te sientes si te hacen esto y te miran...

—Seguramente muy mal... Pero, ¿es que aquí se termina la vida?

—Seguramente que no. Y esa es la cuestión. ¿O qué crees?

—En la cárcel...

—¡A ti no te falta nada! Has salido entero y regresas triunfante. Sé todo lo que puedas decir. Mejor te callas y hablamos de otras... o de nada. No es necesario esforzarse.

—¡Bueno, qué! —se enconó Néstor—. En todo caso lo tuyo no es peor que lo de tantos explotados, humillados y ofendidos.

—¡A mí no me compares con nada ni con nadie! ¡Lo mío es mío!

—Abrázate a ello si es tu deseo. Martirízate. Tente lástima. Otros miles como tú, parecidos, se levantan; ya se han levantado. Y no se quejan. Escupen su rabia. Claman su justicia. Conocen la dirección de sus reclamos. Y ahí clavan sus azadas a falta de otras, golpean con sus martillos.

—¿Te quieres callar? ¡No quiero oír hablar de eso!

—¡En la cárcel no me han podido silenciar! ¿Lo harás tú?

Quedaron enfrentados. La madre escuchaba. La voz de esos hombres, sus hijos, aunque enconadas, poblaba de rumores viriles la *dacha*.

X

UNA REUNIÓN MEMORABLE

Los viejos y tan jóvenes amigos llegaron cuando las sombras se adensaban en la caída de la tarde. Desde la lomada solitaria de los Makhno, agreste y abandonada otrora, ganada para la *dacha* y el cultivo desde que el padre de Néstor, mediando un arreglo con el rico propietario Pavel Adamov, el padre de Anatol, le permitiese redimir el lugar si lo urbanizaba. Desde allí se dominaba la extensión en panorama. Alcanzaba hasta los lindes del bosque, por el este y por detrás, sin verse, el río Volchya. Hacia el norte, arriba, la compacta silueta de Gulaï-Pole que ya encendía sus luces y reavivaba sus hogares. Los labradores a esa hora enfilaban desde distintos puntos hacia la aldea por el camino central. Hacia el sur, un amontonamiento de rocas de casi una hectárea, denominado El Escarpado, aparecía como un intento de fortificación operado hacía siglos. Néstor estaba en la huerta, no contemplando, no lo permitían las sombras, mas sí situando en su mente ese paisaje familiar. Mordisqueaba una zanahoria cuando los vio llegar. Eran Simón Karetnik, Martchenko, Isidoro Luty, Anatol Adamov y Garcucha, los viejos amigos de su tiempo de formación.

—¡Mis ricos camaradas! —exclamó, abrazando y besando a cada uno—. ¿Qué ha sido de vosotros en este tiempo? A mí, ya me ven: queriendo justicia y vivir todo lo que me restaron en la cárcel —volvió a medirlos y a abrazarlos—. ¡Anatol, hoy vi a tu hermana! Creo que era ella. Estaba montando.

—Sí montaba, sí que era... —apuntó Garcucha. Y agregó socarrón—: A esa niña se la lleva el viento...

—¡Eso me pareció! Ni tiempo a nada... Alzó el animal y desapareció —Néstor dio un mordisco intencional a su zanahoria y al crepitar entre sus dientes hizo reír a los demás. No a Anatol.

—¿No hay otro tema?

—¡Oh, sí! ¡Y cómo no! —se apresuró Néstor—. ¡Es que acabo de llegar! ¡Y me pasé nueve años encerrado! —volvieron a reír—. ¡Ah! ¿Y el Raro?

—¿Gaspar? ¿Lo recuerdas? Gaspar se metió de fraile, —dijo Luty.

—¿Es posible? —se asombró Néstor—. ¿Y cómo es eso?

—¡Si que sonó eso en su momento!

—De este modo...

Y alguno le narraba el acontecimiento. Queriendo saber de todo y de todos, saltaba hacia una nueva curiosidad, ávido de satisfacerla. La primera hora transcurrió así. Las risas y exclamaciones denunciaban la presencia de gente joven.

—¿Y tú? —preguntaba Luty. Luty era bajito, más que Néstor y había sido su mejor amigo. No les faltaban pullas por entonces, a los dos, y decían que Néstor lo prefería precisamente porque estando junto a él se sentía normal... Luty era nervioso y vivaz, de rostro franco de ardilla. Traía como todos su gorra con visera que a él parecía no entrarle del todo. En cambio a Garcucha se le caía por los costados acentuando sus grandes orejas—. ¿Y tú, Néstor? —repitió Luty.

—Déjenme a mí. Son historias negras. Vengo a hacer. ¡Tengo tanto que hacer! Se supone que a eso han venido... —les preguntó, mirándolos.

—A eso vinimos... Cuando lo dispongas, empezamos —Karetnik, desde lo alto de su metro noventa, descollando por ello sobre los demás, posó su mirada en Makhno. Se quitó los anteojos quizá para verlo mejor. Eran de armazón de metal y a más de tener los dos vidrios rotos los sostenía una sola patilla. Tenía por costumbre enroscar su índice en su barbilla y vaya a saberse si por efecto de esa acción, o porque era medio lampiño, la tenía rala. Era muy delgado y de mirada dulce. Si en vez de gorra usase yelmo, la espada no habría de faltarle a muy corto plazo, se diría el manchego rejuvenecido, en versión rusa.

—¡Ya va! Espera todavía... Déjame concluir mi inventario. ¿Y tú, Anatol? ¿No dices nada? —Makhno lo rodeó con un brazo por la cintura atrayéndolo hacia sí.

Anatol no dejó de mostrarse aplomado. De poder elegir, hubiese preferido estar a cien millas de allí.

—Sí, pueden apreciarlo... Creí que la cárcel me había secado... Pero verlos... Me hace feliz... ¡Inmensamente feliz! Es como el deshielo... Y sentir que es tiempo de lucha. ¡Y con tantos camaradas con los que voy a emprender...

—Pues, larga por fin el rollo —dijo Martchenko, que aparecía fornido... El cinto le ajustaba por debajo del vientre. Pero así y todo, se lo presentía ágil. Un gran mostacho le cruzaba el rostro bovino. Le faltaban dos dedos en la mano izquierda, resabio de su participación en la guerra.

—Está la cuestión de cómo...

—Y después...

—Y además...

—Y también es cuestión de saber...

Resultaban una metralla. Makhno desenterró dos o tres zanahorias, las partió y les ofreció un trozo a cada uno.

—No es que quiera taparles la boca... —dijo y todos rieron.

Se enfrascaron en una larga y esclarecedora discusión. Makhno lanzaba ideas, propuestas, sin irse por las ramas, «dando en la herida», como decía Fomá.

—Sí, todo eso está muy bien. Desde siempre supimos quiénes eran nuestros enemigos, cómo nos roban, cómo se quedan con toda la tajada. Ahora se trata de saber cómo vamos a hacer para que deje de ser así.

—¡Cómo! ¿No has escuchado lo que se dijo, Luty? —dijo Garcucha—. Primero tendrán que devolver toda la riqueza acumulada. Eso se llama expropiación...

—¡Expropiación! Tú eres un ladrón de gallinas nato y ahora tienes tu palabra —le replicó Luty desatando hilaridad.

—¡Fueron nuestros días! ¿No fueron nuestros días?

La madre, desde la *dacha*, oía las voces y las risas y apenas si distinguía esas sombras en mitad de la huerta.

«¿Por qué no entran? ¿Por qué no los trae a la *dacha*? Emelian está mortificándose...», reflexionaba Gravinka.

Emelian, acodado a la mesa junto a su vaso vacío, también los oía.

—Tú hablas de formar partidas...

—Como en los viejos tiempos.

—¿Y uno por uno le pasamos la cuenta a cada *kulak* o propietario?

—Uno por uno.

—¿Y los que no quieran saber?

—Nadie querrá saber.

—¿Y entonces?

—Entonces la revolución. Hachazos.

—Me gustará ver la cara de tu padre, Anatol, cuando le presentemos nuestros reclamos —dijo Garcucha.

Anatol, muy a su pesar, pensó que ya debía estar curado de ello, se sintió muy mal oyendo eso. Entonces supo que no lograría resolver jamás esa ambivalencia. Presunción que ya lo acució cuando le contaran lo que dijera Makhno lanzando esa proclama oral por la mañana. Esto era más fuerte y superaba, y mucho, la alegría de volver a ver a su amigo. Algo de la actitud, la mirada, el tono de voz de Néstor, hacíale sentir más premonitor y terrible cuanto decía, como ahora, «hachazo»; o como antes, «¡ay del que se cruce!» En Makhno, decirlo era ya la consunción de un tiempo perentorio...

Por un momento distrajo la atención de todos escuchar golpes secos avanzando hacia ellos en mitad de la noche. Era Emilian.

—Eh, gandules, ¿de qué se trata aquí? —dijo y se quedó entre ellos.

La reunión prosiguió por horas. Prefirieron continuar afuera a pesar del frío. Se habían arrimado al cerco de piedra y encendido un fuego para calentarse. Garcucha ya había corrido en dos ocasiones hasta la *dacha* para llenar el samovar familiar y traer vasos y la tetera llena de té caliente. Gravinka le proveyó de cuanto necesitaban y viendo que bien se arreglaban sin ella, entró en su habitación, entornó la puerta, se desnudó y se metió en la cama. ¡Qué no pasó por su mente hasta que se durmió y oyó primero el regreso de Emelian que se zampó otro trago antes de acostarse y luego, mucho después, a Néstor!

Afuera, en ese ambiente caldeado tanto por el fuego como por la fragua interior de los que departían, Makhno no dejaba de interrogarlos sobre las personas y las condiciones actuales de la vida en la aldea. El interrogatorio concluyó resultando un calendario anticipado... Sus compañeros, a su vez, no dejaban de preguntarle sobre el estado de la revolución en Moscú. Ellos no podían imaginar cómo podía ser la vida de una gran ciudad en revolución. No les maravillaba poco, ni les sorprendía menos, escuchar que allí ningún rico, ni ningún pobre, habían dejado de ser ni lo uno ni lo otro. Igual que en Gulaï-Pole.

—¿Y cómo? ¿No es que se ha detenido a toda la familia imperial? ¿Qué significación tiene eso? ¿No significa la supresión del régimen?

—No del régimen. Sólo del zar. Arriba, los que gobiernan, no quieren mayores cambios —aclaraba Makhno—. Fuera del derrocamiento, ¿no seguimos en la guerra? ¿Y la cuestión agraria no sigue sin resolverse? —apremiaba caldeando el ambiente—. Lo más lejos que ha ido la revolución se reduce a fórmulas políticas como monarquía constitucional y democracia.

—¡Ah, ahí lo tienen! —exclamó Karetnik—. ¡Esa es la explicación! Lo acaba de decir Néstor. ¡Por eso siguen contentos aquí los ricos y *kulaks*! ¿Sabes, Néstor, que aquí ésos festejan la caída del zar con bailes y fiestas? ¡No entendimos nada!

Salvo Anatol que escuchaba y que permanecía sin decir nada, los demás, totalmente enfrascados, corroboraron a Simón.

—¡Quiere decir que seguimos en lo mismo! —protestó Luty.

—¡No en lo mismo! —se alzó Makhno—. ¡La tierra se ha movido! El instinto popular permanece al acecho. Lograda la caída del zar por su empuje, comprobada la debilidad del régimen y cuánto pueden ellos alzados, no teman que vuelvan a ser corderos... ¡El mundo se ha puesto en movimiento y esto no lo para ya nadie! ¿Saben ustedes que en los días decisivos de la revolución de febrero, destacamentos enteros de soldados se plegaron a la revolución? ¿Y que la guarnición marina de Cronstadt sublevada, fusiló a toda la oficialidad reaccionaria y a todo el almirantazgo?

—¡Eso sí! ¡Eso sí! ¡Eso sí! —exclamaron los que escuchaban a Makhno como en un arrobo.

—¡Pues ésos siguen en la causa del pueblo, Isidoro! ¡Ésos son su guardia armada! Ustedes dicen que aquí los ricos bailan. ¡Qué van a bailar! ¡Están temblando! ¡No se vengan a engañar ustedes! ¡Un poco de sangre ha corrido! ¡Y más correrá! —el rostro enrojecido por las llamas de la hoguera, su sombra crecida sobre el cerco y su propia fuerza, encendida su mirada, lo imponían como a un poseso—. Propietarios y *kulaks*, —dijo todavía—; propietarios y *kulaks*, —repitió, como si los tuviese frente a él—. La represa ha cedido. Oyen como cruje y ven el agua embalsada filtrarse y empujar... Otro torrente y ¡a la mierda todo! —rió de buena gana. Los demás, esta vez, no. Más bien, lo observaron ahora, con cierta extrañeza, quedando él solo en su arrebato, en medio de ellos.

Anatol pareció tomado en vilo.

Una ráfaga de viento frío agitó las llamas. Makhno se acercó a Anatol.

—¿Qué cara pone tu padre? —le preguntó.

Anatol quedó petrificado. Si hasta ese momento se reservó, eso quiso creer, su estado interior, temió estar revelándolo. La pregunta de Néstor le resultó de una maldad flagrante. La recibió como quien recibe una cuchillada. Hubiese podido replicar con un quejido, con el ruido de algo que se rompía en su interior. Osciló entre un odio repentino contra todas esas premisas revolucionarias con las que había coqueteado durante todos esos años, —ahora lo sabía—, y la vergüenza de estar sintiéndose como un chico en penitencia.

—Mi padre no hace otra cosa que aguardar —contestó, sometiéndiose inexplicablemente al interrogatorio. Su palidez resultaba mortal.

—¿Aguardar, qué? —volvió a preguntar Makhno, clavando en él la mirada como si recién lo viese. Anatol pareció descomponerse—. ¿Te sientes mal? —se alarmó Makhno. Mientras le friccionó vigoroso la espalda, Luty se apresuró agregando dos leños al fuego. Crepitó la hoguera, se elevaron las llamas—. ¿Te sientes mejor? —ahora Néstor le friccionaba la nuca.

—Deja ya. No es nada —se quitó la mano de encima. Bajo el abrigo se le erizó la piel—. Es que hace frío... —Atinó.

—¡También! ¿Qué hora es? ¿La terminamos por hoy? ¡Quién no está cansado! ¿Nos vemos mañana?

Acordaron una hora. Se fueron. Karetnik con la cabeza llena de preguntas. Y no menos Martchenko. Bajando la cuesta se les oyó reanudando la discusión. Garcucha era el que más se oía. Anatol pronto se separó de los demás. A pesar de razonar que nada de lo que se discutió tuvo carácter intencional, la sensación constante de sentirse recusado y como maniatado le hizo sentir aliviado el ánimo ahora que andaba solo. Por primera vez en cinco horas respiró con libertad. ¡Cinco horas en el infierno! En ese instante se prometió no dejarse arrastrar más a una situación semejante. Lo cual significaba romper, enfrentar. ¡Nada más y nada menos! Quizá por analogía, se le replanteó una escena que, desde que sucediera hacía años y teniendo tanto que ver con esto mismo de ahora, él se había negado sistemáticamente a analizar, a pesar de que allí estaba y él no dejase de observarla oblicuamente, de vez en cuando y en todos esos años transcurridos. Y tan patente que se le volvió a representar cuando le dijera a Néstor que su padre «no hacía más que aguardar». Recordar *eso* le ruborizó las mejillas. ¿No bastaba con que ocultase su rostro? ¿Se convertiría en infiel? ¿En nombre de qué? ¿Y en nombre de qué preguntárselo Makhno? ¿Y, acaso, era así? No obstante esa escena que ahora lo acuciaba con su reclamo evadido, por años, era la más firme confirmación de que se había eludido de ex profeso confrontarlo.

¡Y él alardeando!

Se trató de la vez en que él se decidió a ajustar sus cuentas en casa. Estaban cenando, su padre, su madrastra, Mara y él. No solían hacerlo muy a menudo juntos. Y más bien lo evitaban, dado que el tema de la guerra con su cernida amenaza sobre Anatol, en edad de prestar servicio, descubrió la disparidad de enfoque, al respecto, entre padre e hijo. Los llevaba continuamente a enfrentamientos sin solución.

—Usted no hace más que decir que su ofrecimiento es lo más razonable para la circunstancia, padre mío. ¡Qué va a ser eso! Usted no vacila en comprar una vida cualquiera para ponerla en mi lugar en el matadero —detuvo un intento de intervención de Mara, levantando más la voz. Filipovna despachó con un gesto a los sirvientes que rodeaban la mesa—. ¿Qué derecho le asiste?

—Soy tu padre... Pudiéndolo hacer... ¿Por qué no?

—¡Pudiéndolo hacer! Diga mejor ¡pudiéndolo pagar! ¿Eso es justicia? ¿A eso alcanza su sentido de la justicia? —chilló Anatol. Se levantó de la mesa y se paseó a un lado y a otro. Por fin se detuvo. Desafiante—. Usted parece ignorar que yo estoy en favor de la igualdad de derechos. ¡Y que soy un objetor y un internacionalista! Y si nunca ha querido tenerlo en cuenta, bueno, ¡es tiempo de que lo haga! ¡Jamás habré de aceptar que otro vaya por mí a la guerra! Y no sólo eso: quiero que lo sepa usted y ¡todos! Yo asumo por mi cuenta y riesgo, tal es mi convicción, no ir a la guerra. ¡No ser carne de cañón!

Filipovna no pudo soportar más y hubo de levantarse. Pavel levantó la vista de su plato y se encontró con los ojos llameantes de su hijo. Sólo dijo en esa ocasión:

—Pero, Anatol, serás perseguido.

—Sí, serás perseguido —recalcó Mara, que no perdía palabra y parecía saber a qué atenerse con su hermano.

Anatol, de un modo desusado, estalló.

—¡Lo que me faltaba! ¡Aquí están! ¡Concertados! ¡Una hora hablando y los dos mudos! Y de repente, los dos en la misma dirección. ¡Seguramente que me perseguirán! Pero, ¿se trata de eso? ¿Se trata de eso? —y golpeaba obstinado sobre la mesa.

Ahora, camino de su casa, la escena representada le heló la sangre. No pudo dejar de ver, mientras él hablaba, las veces que Mara y su padre se intercambiaban miradas intencionadas. Miradas que seguramente tampoco escaparon a la sagacidad de la mujer de su padre. ¡Y quién sabe si de algún sirviente! Sí, allí se sabía. No le cupo duda. Lo sabía su padre, su hermana, su madrastra y cuántos más por ahí. Que él no se sostenía, que él se obligaba a la revolución. La evidencia así encontrada lo perturbó extraordinariamente. Anduvo un rato aturdido. ¿No se estaría juzgando con exceso de celo? ¿No daban mentís a ese cargo sus dos años de desertor corriendo todos los riesgos? Eso se pagaba siendo enviado a la avanzada del frente, cuando no con el fusilamiento. Pero «¿se trataba de

eso?» Apretó el paso y acabó por llegar a la verja que rodeaba la mansión de Adamov. Abrió con llave la puerta, la cerró y por el camino que atravesando un parque conducía directamente a ella, allí se dirigió. Le cerró el paso una congoja repentina. Se detuvo. En la noche transitada, con la fachada de tres plantas frente a él, entrevista entre lágrimas, le apuró un vómito.

Junto al fuego habían quedado Makhno y Luty. El primero había preguntado:

—Isidoro ¿qué le pasa a Anatol? Tú has estado con él todo este tiempo.

—¿Anatol? —Luty pareció abstraerse antes de responder. Un amigo muy querido le preguntaba por otro igualmente querido, si bien de distinto modo—. Seguramente que todo habrá de ser muy complicado para él —contestó.

—¿Se lo preguntaste a él?

—No.

—¿Y por qué no se lo has preguntado? ¿Sabes lo que te diría?

—Quizá.

—¿Se puede saber?

—Anatol ha estado haciendo su viaje al revés de todos nosotros. Él tiene su dilema...

—¿Todavía eso? —pareció afirmando más que preguntando, Makhno—. ¿Sabes algo? He aquí una cuestión, hermanito. Pero si te ocupas de cada alma te quedas en el hospital... Desgraciadamente, ¡no tenemos tiempo! Ni para un amigo. Alguien dirá que estamos en contradicción... ¿Sabes, Luty? Estas cuestiones, diré personales... Si me lo preguntases... —levantó la cabeza y lo miró de frente con sus grandes ojos—. Yo no he venido a desatar ligaduras ni a romper cadenas. Yo he venido a incitar. Y a prender fuego a todo. ¡Ay, si alguien se demora! ¡Yo busco al hombre nuevo entre las llamas! Y te digo: si me preguntases por un programa, te diría, ¡ahí lo tienes! La revolución no la haremos con retazos de nada, Isidoro. Lo siento por Anatol. Pero, es algo que, de cualquier manera, debe resolver él.

—Sí... Es un asunto bien difícil —todavía contestó Luty.

—Me acabas de decir que no se lo has preguntado nunca... Dime, entre nosotros, ¿te has estado guardando cosas?

—¿Tú y yo, Néstor? ¿Bromeas? ¿Si no nos vaciamos y llenamos entre nosotros, dime con quién?

—¡Así es! ¡Eso está en la base de todo! Eso es lo que me sacó de Moscú. Imagina si estarían pasando cosas en Moscú. Y no sólo cosas... —rió—. También hubo una gorda... Pero yo me sentía todo ese

tiempo como si me tirasen de la sangre. De qué vale esto si no comparto la revolución, en el *fondo*... Si yo hablo *allá* la misma lengua y ¡conozco el nombre de todos! Eso no dejaba de repetirme.

—¡Cuéntame de esa gorda! —rieron los dos.

—Mejor te digo que he venido para hacer la revolución social. ¡Sí! ¡Yo! ¡Néstor Makhno! Ahora, aprovecha, es tu turno: háblame de ti. No tendrás otra oportunidad.

Luty observaba a su amigo. Le resultaba como una fragua.

—¡Así que te has casado! ¡Y esperas una criatura! ¿Cómo ha sucedido eso, amigo?

—¡Cómo! ¿No sabes de eso, amigo? —los dos se rieron.

Cuando se despidieron era pasada la medianoche. Quedaron por verse en pocas horas. Había que entrar en la viva materia de la revolución cuanto antes. Cuando Makhno se desvistió y se echó en la cama, junto a la que dormía Emelian, supo de su cansancio de la jornada. Se cubrió con las dos mantas y al percibir el olor tan peculiar de esas sábanas planchadas, como un ramalazo tuvo plena conciencia de que se encontraba en la *dacha* de la madre y en Gualï-Pole.

XI

DESPERTANDO LA HISTORIA

Por la mañana, bien temprano, salió Makhno con sus amigos de la víspera a comprobar de manera directa la disposición mental de lucha entre los campesinos. Si le valió para mostrarse a todos, reconocer a tantos, también lo fue para comprobar qué lejos parecían encontrarse para incorporarse rápidamente a una acción subversiva inmediata. Él había imaginado desde el comienzo allanando a fuerza de las armas el camino para la expropiación de la tierra. Debió atenerse y adecuarse a la realidad. Gulaï-Pole aparecía como recién desperezándose de la revolución de febrero y promediaba abril. Había que despertarlo del todo. ¿Y no había venido a eso? Por tanto dispuso una campaña previa de esclarecimiento y organización. Se imponía crear las bases para el *asalto a la tierra*.

Transmitiendo desde el comienzo de su actividad certidumbre y convicción en su propósito, inició su labor, propagó sus propuestas y fue recogiendo los resultados. ¡Valían sus principios, pero cuánto su presencia! Y allí no se iba por pequeñas: en la base de todo se hallaba la concreción del ejército insurreccional. ¡Esa habría de ser la palanca que removiese la historia centenaria de los petrificados privilegios!

Dos semanas después de su llegada todo había adquirido en Gulaï-Pole una movilidad y un trajinar desusado. La joven generación campesina se plegó masivamente a las convocatorias de Makhno y los suyos. Y la mayor, si más cauta, no menos interesada en la tan sonada emancipación de la tierra, se iban interesando vivamente en la instrumentación —lo referido a su derecho a la posesión de la tierra lo tenían resuelto hacía tiempo—, la parte práctica de las medidas que se proponían para expropiarla. Allí no se trataba de sermones, bueyes perdidos, promesas. Se estaba en el carozo, la viva llaga de la

gran cuestión. Y no eran desconocidos, políticos, funcionarios los que eso difundían. ¡Los conocían, eran de los suyos, ellos mismos! ¿No era uno de ellos Néstor Makhno?

En cambio, ese tráfico de pobladores, esas asambleas diarias, ciertos enfrentamientos, si significaron alarma entre propietarios, ricos y *kulaks*, a la vez fueron un primer síntoma de auténtico terror. Y sintiéndose desprotegidos y solos en medio de una mayoría que pronto aparecía como cobrando conciencia de que lo era. De poco valieron sus reclamos a la autoridad competente. ¿Y acaso la había en el ejercicio de sus funciones? La policía, por ejemplo, se declaraba incompetente y exigía, en todo caso, para proceder, orden judicial. Y allí, nadie que se responsabilizase... Sí, si tardía, ya nadie podría decir que la marejada desatada en las grandes ciudades proletarias, Moscú y San Petersburgo, no había arribado a Gulaï-Pole. ¡Ni que no tenía una cabeza bien visible! Los ricos y propietarios comenzaron a acariciar sus armas...

Los de Makhno habían adecuado el patio y ocupado las salas del municipio para sus reuniones. En realidad, todo el edificio. Viniendo a constituirse en algo así como *la casa del pueblo*. Allí, en asamblea permanente, cada vez más concurrida y rumorosa, se congregaban a toda hora los campesinos, cada vez con mayor desapego de sus tareas en el campo, informándose, imbuidos de la importancia de lo que allí se estaba promoviendo. Y en tanto, no dejaban de constituirse en comisiones, sindicatos, grupos específicos de acción e ideológicos, ya dispuestos a la insurrección armada. Como perlas se los reclutaba. Y en la espesura del bosque se hacía el adiestramiento. Makhno, siendo el alma vital de todo ese movimiento, fundó una unión profesional de obreros agrícolas; una comuna libre y un *soviet* de campesinos; como también, un sindicato de metalúrgicos y carpinteros. De cada uno de esos centros fue su presidente, pero lejos de él el acaparar poder, se apresuró en quedar como «honorífico» en cuanto aparecieron otros con capacidad para suplirlo. ¡Y aparecieron! Y cuánto más se animaban todos sabiéndolo con más tiempo para dedicarle a la formación de la guerrilla armada. ¡El secreto a voces entre el campesinado!

Junto a él —costillas de la misma res— sus más íntimos, los ya conocidos y otros, sumándose como uno a toda esa labor. Con total desapego a sus propios problemas. ¡Y con qué tiempo, si todo urgía!

—¡Cuidado de no confundir! Nosotros no somos burócratas. Nosotros somos adherentes de la causa —protestaban los de Makhno. En este caso, Karetnik.

—Pero debes subsistir. Y te necesitamos. ¿De qué vivirás?

—¿De qué? Es mi problema. ¡Tu problema! ¿Robas? ¿Te paga la Entente? —se reían.

—¿Me estás llamando funcionario? —Karetnik no aceptaba bromas en eso.

—¿Dónde se ha visto un camarada cobrarle a otros camaradas por una labor de interés colectivo? —Decía.

Cuestiones como ésta, pareciendo obvias, constituían el fondo del planteamiento general revolucionario. Porque si no munida, nutrida de esta reserva, estos escrúpulos, ¿de qué revolución se trataba ahí? Para este caso y para otros por el estilo se creó un fondo con aporte voluntario.

—Decididamente, ¿prefieres robar, Simón?

—Sí, lo prefiero —contestaba éste muy seriamente.

Lo que había comenzado como ¿qué más y bien valorado?, como una expresión de deseos formulada por un grupo de cinco, excluido Anatol, como llama sobre parva propicia, se propagaba en Gulaï-Pole con rapidez inusitada. Incluso expandiéndose a las localidades cercanas, distritos y hasta gobernaciones limítrofes. Todo resultaba poco y cada vez más vasto y ambicioso en esa idea de insurrección que se propagaba. En realidad corriendo por delante... En todas direcciones se verificaban acuerdos. Si cada lugar parecía sólo aguardando ser contactado para mancomunarse. A manos llenas obtenían adhesiones. ¿Hasta dónde llegaría ese impulso? Makhno mismo no dejaba de tener motivo de asombro.

—Nosotros yendo y ellos de vuelta —decía a propósito—. ¡Es que es la hora! ¿No ven que es la hora?

Todo en derredor de Gulaï-Pole y a cientos de kilómetros de ella fue adhiriendo y proyectando la propuesta insurreccional makhnovista. Así Novospaskova, Berdiansk y Mariupol, sobre el mar Azof; Ekaterinoslav y Alexandrovsk, en el río Dnieper; y Poltava y Kharkov, cabezas de gobernación. En toda la región de Ucrania palpada por Makhno, los *soviets* que ya se hallaban y cuando no se orientaban, resumaban desde el primer momento sabor a revolución. Esa presencia en tantos sitios distantes iba corporizando el despertar de los pueblos. ¡Y más sabiéndose conectados! Todo se iba impregnando de acción inmediata. La revolución acaecida en la capital y en las grandes ciudades a ella circunscritas, dejaba de ser una remota noticia. Comenzaba a movilizar el campo. En ese tiempo febril, Makhno tuvo ocasión de conocer mucha gente que, cuando la ocasión lo requirió, en la hora de la movilización general, sabía que allí estaba. En tanto, no cesaba de incitar.

—Es tiempo de revolución. ¡Háganla! Lo que no hagan ustedes, nadie lo hará por ustedes —y otras veces decía—: ¡Recién comenzamos! Y como el surco que trabajan: fuera la cizaña. Desde el principio fuera la política, la religión, los privilegios, ¡Y ensanchar el surco! —y otras todavía—: ¡Alerta, compañeros! ¡No hay revolución sin revolucionarios! ¡Cada cual a lo suyo! En Moscú pelean por el Poder. ¡Que ellos peleen por eso! Nosotros peleamos por la tierra para el trabajo. ¡La tierra es para los campesinos! No esperaremos las reformas de la *Duma* ni de ningún decreto salvador. ¡Nosotros tomaremos la tierra!

A medida que su radio de acción proselitista se ampliaba, Makhno comenzó a sentirse arrastrado, como si una fuerza de atracción irreprimible se hubiese apoderado de él; una fuerza nacida de los hombres que iba conociendo y de la tierra que atravesaba y que lo llevaba cada vez más lejos, cabalgando, en carro, en tren, caminando... Penetrando, rastreando lugares, personas, topografías, haciendo acopio en su memoria fotográfica, que a su debido tiempo resultó prodigiosa, cada pedazo de terreno, imponiéndose de todo, envolviéndose, impregnándose, demarcando cada comarca y también dejándose arrebatar por la feracidad telúrica, la inmensidad de la estepa, la fibra de esos hombres. ¡Ah, esa gente de Ucrania indomable! Porque ahí nada era casual; tenía su pasado; se asentaba en tradiciones ilustres. Por donde fuera pisaba los caminos de la historia, la entera historia de ese pueblo. Que dormido, allá él; mas despierto, ¡de inmediato la memoria aparejaba hazañas! En esa tierra era imposible alentar nada que no estuviese a la altura, que no tuviese de espejo el pasado memorable. De no ser así, mejor seguir durmiendo. Porque hasta Ucrania, jamás había llegado del todo, con su poder, la autocracia zarista, ni su policía, ni militarmente. Tan remotas resultaban esas tierras y orgulloso y subversivo ese pueblo, habituado durante siglos a luchas interminables contra los invasores turcos, los inveterados invasores polacos, los germanos e incluso contra la gran Rusia europea que quería imponer su absolutismo y se atascaba en esa puerta que sabía ser de hierro, su entrada a Siberia. Makhno, andando, recorría esa historia que sola se presentaba ante él, rezumante, a medida que él mismo se enajenaba con su propia epopeya. Era como ir tocándola con las manos... Concluía recalando en las islas del bajo Dnieper, continente del famoso *Zaporogie*. Allí, hombres apasionados y libres, viviendo en comunidades guerreras exclusivamente masculinas, desde el siglo XIV lucharon por defender la tierra de invasores. Eran los cosacos. Los hombres de Tarás-Bulba. Los de la épica de Gogol. ¡Cuánto de entonces a hoy había cambiado! ¿qué había cambiado?

Hoy eran muy distintas las motivaciones, pero idéntico el espíritu al que habría de apelarse. Él presentía que debajo de esa gente común, que observaba, alentaba una fuerza indomable y libre, heredada, atesorada, vertical en cada hombre y mujer de esas latitudes, aguardando la ocasión de manifestarse. Y la ocasión se respiraba, estaba en el ambiente, en la rápidez con que se propagaba el espíritu de la subversión. Era como acercar una llama a parvas resecas. ¡Qué sería cuando el viento animase esas hogueras!

XII

SOLDADOS DE UNA MISMA CAUSA

Mayo-Junio

En esos meses de intensa actividad y esencialmente de conocimiento directo de paisanos, Makhno no dejaba de sopesarlos cuidadosamente, valorarlos, escogerlos y, mentalmente, ir formando con ellos ese ejército que desde su llegada no había dejado de agitar su imaginación. Muchas veces se sintió tentado de precipitar los acontecimientos estimulado por esa realidad que palpaba. Él, que siempre había creído en la fuerza escondida de los hombres, se asombraba de hallarlos en tal profusión. Eran como perlas sueltas. Sólo había que enhebrarlos comunicándoles la existencia de otros, como ellos, para que sintieran su proyección. Y cuántas veces se quedó maravillado escuchando de ellos palabras de gran criterio.

En Novospaskova conoció a Basilio Kurilenko. Campesino natal de esas márgenes del Azof que parecía dotando a todos los labradores de la zona de un universo, modelados en ese paisaje mitad marino y mitad terrestre. Los caracterizaba cierta serenidad común a todos, acentuada en Kurilenko por esa sensación de peso propio que transmitía su presencia. De estatura media, sólido de contextura, barba negra y calvicie prematura, apretados los labios como el de los músicos cuando soplan instrumentos de viento, boca ancha sin bigote, ojos tártaros, pómulos pronunciados, nariz recta, severo el mentón recortado, de inmediato llamó la atención de Makhno. Se encontraban reunidos y ahí estaba ese hombre característico, la gorra en una mano, oyendo con atención las distintas opiniones. Mantenía su pipa

encendida en la boca y de vez en cuando expelía una tenue bocanada de humo. Por fin intervino.

—Debo decir algo —su voz se escuchó clara, rotunda, abriéndose paso. Parecía de todos conocido y se hizo el silencio—. Usted es campesino, Néstor Makhno, como yo; sabe que el tomate se arranca verde si se quiere que llegue maduro a la ciudad. De igual modo, no está bien esperar a que maduren demasiado las cosas sociales: corren riesgo de pudrirse por inercia. Lo imprevisto es un factor desencadenante. Imprevisible conocer sus alcances. No perdamos tiempo, ni tratemos de ser perfeccionistas. Sin miedo, confiando; y sin regimentar nada. El torrente encuentra su cauce al fin. Basta el plan general. La acción y los intereses propios de cuantos intervengan se encargarán del resto. (¡...!)

Y también en esa oportunidad conoció a otro campesino, amigo de Kurilenko. Era éste lo más parecido a esas grandes aves de los Andes y así como parecía sumido en sí mismo, inactivo, procediendo a participar, descollaba su cabeza que resultaba como brotándole de los hombros y estos mismos agitarse, como alas prontas a remontar el vuelo. Tenía la tez blanca, afeitada la barba, el pelo castaño, corto y liso, una enorme nariz ganchuda y ojos redondos azulencos.

Se discutía sobre el modo más contundente de encarar al enemigo común: los *kulaks* y agrarios ricos.

—El factor sorpresa es importante, mas no siempre lo es todo —dijo, poniendo reparo a algunos argumentos—. A mí me resulta fundamental para el caso de cualquier empresa de guerra, ésta lo es; esclarecer muy bien antes de la batalla, los términos con que habrá de encararse. En este caso, ¿buscamos sorprender o destruir en el más corto plazo al enemigo?

—¿No es lo mismo? —preguntó alguien.

—¡Nada que ver! —fue la inmediata respuesta surgida como un latigazo por la agitación del movimiento de sus hombros que lo hizo parecer encaramado en su asiento—. Si sorprender... Imposible descargar todo el peso sin alarmar antes al enemigo. Entonces surge una cuestión: ¿Con qué sorprender si no se desea ser sorprendido?

—Lo que quise significar es que es mejor si además los sorprendemos —volvió a aventurar un juicio el que lo había hecho antes.

—Nada de «mejor». ¡Cuidado! ¿A quién cree que tiene enfrente? Un juicio equívoco, aparentemente superfluo, desencadena infinidad de consecuencias que pueden resultar fatales. La cabeza de los que entran en la guerra, si más libres de supercherías, mejor. En este caso, nada de sorpresa. Se trata de un combate decisivo. En consecuencia

no debe encararse con criterio fragmentario o de reserva. Si yo fuese el comandante lanzaría todas las fuerzas a la vez. El pueblo desbordado es una fuerza incontrolable.

—Tú, ¿quién erés, como te llamas? —preguntó Makhno.

—Yo soy Víctor Belach. Anarquista.

Makhno realizaba esa gira entre distritos y ciudades distantes y con esa finalidad salieron de Gulaï-Pole él y los muy íntimos que lo acompañaban y que formaban algo así como su cuartel maestro. Simón Karetnik y Martchenko; Gregorio Vassilevsky, amigo personal y campesino, como los otros; Pedro Gravilenko, también campesino y anarquista, como todos. Con ellos venía Kalchnicoff, un alegre y desenvuelto joven de veintitrés años, de cabello alisado partido al medio y bigote afilado, que gustaba usar una capita impermeable con charreteras sobre su camisa de dril. Solía tocarse con una bufandita suelta, anudada a mitad del pecho. Presumía de cantor y si se le antojaba daba su serenata... Se trataba de un ex subteniente del ejército del zar y hoy secretario de los anarquistas de Gulaï-Pole.

En Makhno no se trataba de remembranzas, sentimentalismos, lo que decidía sus preferencias en la elección de quienes fueran a secundarlo. Primaba, lo que entendía por convicción, sagacidad, valor. Y si bien no en todos los casos podía ser probado, por ejemplo, el último de los rasgos, en él primaba su golpe de vista, su capacidad innata de reconocer los valores de un hombre a poco de haberle sido presentado. Así determinó sobre Kalchnicoff, a quien descubriera embriagándose en un burdel en Alexandrovsk, semanas antes.

Previamente había concurrido a una reunión realmente agotadora. En ella participaban elementos de diversas tendencias: bolcheviques, mencheviques, social-revolucionarios y hasta algún petliurista. Se trataba de una de esas tentativas por aunar tendencias, generalmente desalentadoras. Se había discutido con encono, polémicamente, de un modo disuasorio.

—Al diablo estos políticos. ¡Me hartan! —fue la expresión de impotencia de Makhno.

Se fue de la reunión. Lo siguió Karetnik. Los pasillos de la sala de deliberaciones estaban atiborrados. Les costó salir. La gira culminaba y él se encontró cargado de tensión. Si algo le soliviantaba era discutir con pragmáticos. Echó a andar rabiando en silencio. Hacía frío y mucho viento. Los amigos se miraron y rieron.

—¡A joderse! Buena la has hecho, Néstor. ¿Volvemos? —Simón levantó el cuello de su saco.

—Ni loco. ¡Qué lata, hermano!

—¿Vas a caminar? Mejor vayamos al hotel.

—¿Por qué al hotel? —oyeron. Se dieron la vuelta—. Si les parece, los invito a un trago.

Vieron a un hombre rubio, de hirsuta cabellera descolorida, aspecto desgarbado y de brazos largos y grandes manos que agitaba como aspas y no parecía dominar del todo. Metido en unos zapatones de marinero y en sacón de fieltro azul, los contemplaba risueño, esperando una respuesta. Makhno lo reconoció de inmediato. Se trataba de Stchuss, uno de los pocos asistentes a esa reunión que había permanecido callado.

—¿Te marchaste de la reunión?

—Me dejaron idiota. ¿Aceptan la invitación?

—Por mi parte... Con gusto. ¿Conoces algún sitio?

—No está lejos...

—Está bien —corroboró Simón.

Anduvieron unas calles. En las transversales el viento helado se hacía sentir. Eran poco más de las diez de la noche y en las calles de la localidad salvo los faroles mecidos iluminando las esquinas no se veía un alma. Un farolillo agitado y mortecino, éste a media calle, les anunció por anticipado que arribaban al lugar. Ya a la puerta, Simón exploró el rostro de Makhno.

—¿Hace frío, no? —dijo éste.

Entraron. Un llamador en la puerta los anunció. Una cortina de cuentas de vidrio separaba el vestíbulo del resto del salón. Se quitaron los abrigos y los dejaron en un perchero en el que había colgada más ropa. Les llamó la atención una guerrera de oficial. Traspusieron la cortina bajo el rumor de sus cuentas. Imposible entrar desapercibido. El hogar encendido en el salón refractaba calor. Un piano y un baterista desbrozaban un tango. (¡Qué diría Villoldo!). Algunas mujeres bailaban. Se acercó una dama robusta, con postizo, sonrisa mercenaria y el cuello cubierto de chafalonía reverberante. Se cubría los hombros desnudos con una boa de plumas de marabú y fumaba cigarrillos turcos en una larga boquilla sofisticada de marfil con virola de oro. Algunos parroquianos en el salón departían entre sí o con mujeres y bebían y fumaban. Una niebla densa de humo se hacía más visible en derredor de las bombitas con tulipas biseladas de la araña central. Sillones tapizados y en las mesitas de los balcones, pequeños veladores con pantallas de raso. Una escalera de gastada alfombra llevaba al piso de arriba.

—No está mal, hermano —dijo Makhno al primer vistazo.

—*Bone nuit, monsierus. Q'est'ce vous vulez?* —ella palmoteó sus manos. Como enjambre, varias mujeres acudieron.

—Tu dijiste a un trago, Stchuss —dijo Simón.

—Eso dije.

—Pues apresura, porque ya ves... —Señaló Simón.

Una chica le sonreía y se pegaba a él. Los senos le rebosaban y Simón los sentía y los veía.

—Tu suerte parece echada, amigo —le dijo Néstor mientras otra muy pintada le cogía del cuello y lo atraía.

—¿Y la tuya? Me llamo Zarla...

—La suerte de Simón es que está disfrutando de tu amiga por lo menos hasta el ombligo... ¿Es así, Simón? —rió Makhno.

—Si es por eso... Fíjate mejor. Yo estoy desnuda bajo el vestido —se insinuó más Zarla.

Los tres compañeros se miraron y rieron. Stchuss distribuyó algún rublo.

—Ahora queremos beber. Solos —dijo, dirigiéndose a la patrona.

—*Come vouz vulez* —Con un gesto despidió a las chicas y muy obsequiosa les condujo a un balcón que rodeaba la pista de baile—. ¿*Champagne*? —señaló la botella sobre la mesa.

—¿Gustan? —consultó Stchuss. Y viendo cómo ambos lo sopesaban—. ¡Vamos! No creáis que he robado ningún banco...

—¿Lo hiciste? —preguntó Makhno y los tres volvieron a reír.

Un camarero se acercó a descorchar. Y sirvió el espumante.

—¿Tienes escrúpulos de disfrutar de vez en cuando de los frutos de la vida? —dijo Stchuss llevando la copa a los labios y saboreándola. Sorprendía su modal delicado cuando todo en él, con sus manazas y su aspecto inducía a suponerlo torpe o rústico.

A Makhno le divertía verlo adecuarse tan gracilmente a la situación. Sobremanera la parabólica expresividad de su dedo meñique en la mano que sostenía la copa.

—¿Tú sientes vergüenza? —preguntó a los tres, sin dirigirse a ninguno en concreto, un hombre joven, de cabello recortado peinado al medio y afilado y cuidado bigote. Estaba un tanto ebrio y en camisa—. Con permiso... —tomó la copa que Simón aún no había levantado y la probó—. ¿No es delicioso?

—¡Una copa! —reclamó Stchuss.

Y Simón viendo que el recién llegado recorría con la vista en derredor de la mesa en busca de asiento, se apresuró.

—¡Oh, no! La silla no te la dejo.

Rieron todos de buena gana ante la ocurrencia de Simón. Trajeron una silla para el recién llegado.

—Señores, Kalchnicoff, para servirles —se cuadró militarmente taconeando con sus botas mientras levantaba la copa. Se quedó por un instante como si lo hubiesen sorprendido en falta. Hizo un gesto desaprobándose—. Perdón, señores —se disculpó—. A mí me sucede lo que seguramente le sucederá a la revolución cuando se extienda. Ustedes saben a qué revolución me estoy refiriendo. Pues, bien, ésta repetirá por un tiempo ciertos gestos y costumbres del pasado, aún cuando se haya hecho para cambiarlos. Yo soy ex subteniente de los ejércitos del ex zar y me cago en eso, pero ya vieron, me cuadré... Espero sepan disculpar...

—¿Cuánto hace que has dejado de servir? —preguntó Stchuss.

—Un mes antes de que nos quedásemos sin *padrecito* zar. La espada me pesaba. No he nacido para esbirro de mi pueblo. Mi padre es profesional.

—¿Y en qué frente peleaste?

—Estuve en la guarnición de Odesa.

—En Odesa estuve consignado yo mientras hice el servicio en la marina —proclamó Stchuss.

—¿Tú fuiste marinero? ¡Vaya, vaya!

—Un asco.

—¿En qué año hiciste el servicio? ¿O fuiste oficial?

—¿Tengo cara de eso?

—¿La tengo yo?

—Bueno, tú... —Stchuss lo miró e hizo un guiño a Makhno y a Karetnik—. Tú... —repitió—, más pareces un petimetre...

—¿Es un juicio o un insulto? —Kalchnicoff pareció alzarse sobre su asiento.

Karetnik que lo tenía al lado le observó desde arriba.

—¡Un momento, teniente! —se apresuró el marino.

—¡Nada de teniente! ¡Con subteniente me basta!

—¡Estoy desarmado! Nada de gresca —dijo Stchuss levantando los brazos. Su actitud resultó lo suficientemente cómica como para que rieran.

—¡Ah, qué bueno sentirse entre amigos! —exclamo Kalchnicoff extendiendo la mano que Stchuss estrechó—. ¿Y tú? —se dirigió a Makhno.

—¿Yo? Lo mismo que ustedes. No haciendo nada útil. En la cárcel. Por anarquista.

—¡Anarquista! ¿Tú eres anarquista? —el ex oficial se puso de pie y luego de observarle y observar así mismo a sus compañeros, volvió la cabeza hacia él y preguntó, con un gesto anticipado de deferencia—: ¿Puede un ex subteniente ser anarquista?

De este modo, Kalchnicoff entró en la intimidad del círculo de Makhno. Lo propio aconteció con Stchuss.

Siempre envuelto en giras, arribó Makhno a Ekaterinoslav. En cuanto se sustrajo de premuras, reuniones, convocatorias y de encontrarle anteojos nuevos a Simón que se sintió con ellos como con ropa de domingo, buscó a sus hermanos. Al primero que encontró fue a Gregorio y eso porque, perteneciendo a la sociedad de panaderos, supieron darle informes de él. Y a través de éste, a Sava, que herraba equinos en un corralón y siendo esta profesión artesanal e independiente no estaba agremiada y por tanto difícil de ubicar.

Halló a Gregorio en su cuadra, casi irreconocible tras su delantal, su bonete, la cara enharinada. Y en realidad no fue él sino el otro el que primero lo descubrió.

—¡Eh, Néstor!

Comenzaron estrechándose la mano, resbalaron hacia un abrazo y concluyeron besándose.

—¡Néstor! ¡Muchacho! ¡Cuántos años! ¡Cuántos años! ¡Al fin libre! ¡Tuvimos que hacer la revolución para que te soltaran!

—¿Tú la hiciste?

—¡Y qué crees! ¿Piensas que me he estado nada más amasando harina? Pero, espera para esas. ¡Eh, ustedes! —alarmó a los otros que con él se encontraban trabajando y que ya los rodeaban—. ¡Él es Néstor! Mi hermano de la cárcel —le presentó a todos—. ¡Qué les parece! ¿No lo estuve diciendo yo? ¡Antes que muchos ya estábamos pensando en la revolución nosotros!

Makhno era objeto de curiosa y asombrosa observación. No era moneda corriente la presencia de un carcelario político de la naturaleza de Makhno. Y especialmente recordado en Ekaterinoslav, desde los tiempos de su proceso. De modo que se vio acosado con preguntas y a todas debió dar satisfacción. Pero allí estaban en horas de labor y ellas tenían su imperio propio... Gregorio no se sintió obligado a ceder a él y salió con su hermano. Regresó al día siguiente a cobrar su salario y a comunicar que dejaba el trabajo.

—Yo no quiero más hacer bollos, ni amasar el pan. El pan lo amasaré cuando sea felicidad y no amargura. Yo me consolaba di-

ciéndome que ayudaba a calmar el hambre, pero eso no es cierto; el pan lo compran siempre los mismos. Sí, estoy para otras, muchacho. Para darle con todo a otras.

Sava rondaba los cuarenta. Lo encontró muy cambiado y envejecido. Y más interiormente que en su exterior. Lo halló en plena tarea de modelado de una herradura que chispeaba bajo su martillo y sobre el yunque. Tuvo tiempo de quedarse contemplándolo desde pocos pasos sin ser advertido. Embozalado y mascando su pienso, un viejo percherón atado al poste que hacía de sostén del alero de chapas bajo el que guarecía Sava el taller, aguardaba para ser herrado. En la fragua cercana un chiquillín avivaba el fuego dando vuelta a una manivela. Entre el ruido del martillar y el de la fragua la voz de Néstor dirigida a su hermano quedó ahogada.

—¡Sava! ¡Hermano! ¡Sava!

Ahora sí, éste levantó la vista. Dio un respingo y se quedó absorto, mirándolo, suspendido el martillo en la mano izquierda, en la diestra sosteniendo todavía la tenaza, hasta que decidió abandonar ambas herramientas sobre el yunque, pasarse las manos del derecho y del revés por su delantal de cuero y entonces como si recién despertase, extender los brazos y abrazarse a Néstor.

—¡Caramba! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! —Le acariciaba, le besaba, se separaba de él un paso sin soltarle, le observaba de hito en hito, volvía a estrecharle, darle palmadas en el rostro y no cesar de repetir—: Hermanito, ¡qué gusto! ¡qué gusto! —y llorar—. ¿Y tú? ¡Di algo! Por favor ¡habla! —parecía mentira, ese hombre, tan pueril mente emocionado.

—Bueno, aquí estoy... Ya ves... la pasé.

—¡La pasaste! ¡Dices que la pasaste! Mi querido... ¡Mi muy querido! —y volvía a deshacerse en llanto.

—Bueno. Está bien. Ya basta. Mira, todos te están observando...

En efecto. En el corralón, algún cochero que uncía su animal a su coche, dos peones que baldeaban los pesebres y el chico de la fragua, habían dejado de hacer por observar. Sava se secó los ojos con el revés de la mano.

—¡Qué, Sava! ¿Malas noticias? —preguntó gritando un peón.

Sava se echó a reír entre lágrimas.

—¡Qué malas! ¡Qué malas! Nada de malas. Éste es mi hermano. ¡Casi diez años sin vernos!

También ahí sabían todos de este hermano de la cárcel y también allí volvieron a repetirse las escenas de la cuadra de la panadería, con el agravante de que ahí nadie controlaba el tiempo y a medida

que entraban carros o aurigas por los suyos, se sumaban a la reunión. Makhno satisfizo curiosidades y concluyó arengándoles. Al cabo quedó solo con Sava.

—¿Y ahora qué? ¿Ahora qué? ¿Más dinámita? —pregunto éste.

—¿Te vienes conmigo, Sava? Tenemos cosas que hacer en Gulaï-Pole.

—No, no me hables de volver... Por la madre, bueno. Pero por Gulaï, ¡puaf! No quiero volver a saber más de ser campesino.

—Tendrás tu propia tierra.

—¡Qué fantasía!

—Vente y lo verás.

—¡Bah!, deja de hacer bromas, hermanito.

—Vamos a repartir los predios de los agrarios y *kulaks*.

—¡Estás en la Revolución! ¿Me quieres meter en ella?

—Siempre te queda volver si no resulta.

—Ahora tengo mujer.

—Mejor. Tendrás tu *dacha*.

—No digo que no. Déjame pensarlo.

—Piensa. Sólo que... ¡no tanto! Será mejor estar a tiempo que después.

XIII

INTERLUDIO

¡Cuántas veces se reprochó Mara no haber cedido a su primer impulso! Los días, desde aquel en que, a las puertas de la *dacha* de los Makhno, levantó a Pegasus y le dio la vuelta, corriendo tan rápidos, ¡incontenibles!, como el suelo bajo los cascos de ese animal aguijoneado primero por su ímpetu, luego por su espantada deserción... ¿Cuándo había corrido más: yendo o viniendo? ¿Y por qué? Sabía hacia dónde se dirigía... (¿Lo sabía? Ignoraba de qué había huido. ¿O no quería reconocerlo?) Desde entonces, y eso la devoraba, cada suceso en Gulaï-Pole que atañía a Makhno y cada acto de él —ausencias, presencias— los vivía intensamente, tal si fuese su esposa... Y lo imaginaba. No cesaba de imaginárselo. ¡Qué absurdo! Y torturante. Pero, qué grato, dulce, entrañable a la vez. Irrealidad, ficción, mas tan intensa que era como vivir modelando a su antojo los desbordes de su pasión... Si mucho perdido de vivencias reales —¡y cuántas veces el vacío de la insatisfacción ulterior la dejaba abrumada!—, cuánto no ganado embriagaba en sus fantasías. Si desde niña había alimentado esta propensión a fraguarse su idilio y para ello, elucubrando en soledad, ahora, despierta del todo la hembra, irracionalmente desarrollada, se abandonaba a ensueños privados, ¡privadísimos!, entre cojines y almohadas de plumas, incorporados a su alcoba de la de su madre, después que ésta falleciera. Salía de ellos con ojeras profundas, cierta palidez transparente en el rostro y los labios más que encarnados, amoratados. Y ya, en vez de proseguir disimulando sus encantos y su desarrollo, dejándolos libres a su sola expresividad natural. ¡Qué sorpresa para sus más íntimos! Valía por una metamorfosis. Cual una crisálida que hubiese rasgado su oprimente funda de claustro y apareciese en toda su majestad alada y tremolante... ¡Pavel

no atinaba a reconocer a su hija! Anatol, si bien lo sospechaba, sucumbía rebasado por tan brusco cambio. Y si alguna vez amagó una observación irónica y otra, la menor alusión a esa aparición en la cumbrera de los Makhno, la gata asomó las uñas y eso fue suficiente para reducir la intencionalidad de Anatol, que demasiado tenía con preocupaciones propias y más propenso se hallaba a efugios que a expansiones.

La salvaje mutación de Mara que más tenía el carácter de desafío que de femenina coquetería, de inmediato fue detectada por el rico y viejo Timofovich, y por el menor de los Tula, y por cuantos quisiesen observarla. Porque ahora, periódica e inopinadamente, solía salir montada y corretear, siempre sola, hasta los lindes del bosque e incluso introducirse y regresar después de horas. Y la vez que Vladimir Tula le puso de lado su montura y extendió la mano con intención de tocarla, el latigazo que recibió fue tal y tal la temeridad con que Mara le echó a todo correr el caballo encima que pronto le disuadió. En cambio Timofovich, reverdecido en su lujuria con el cambio operado en su vecinita, dispuso ventilar sus atuendos mejores, del tiempo de su difunta, labor de la que se ocupó Aliona, como así mismo de bañarlo, ocasión que aprovechó para escaldarlo.

«—Viejo reventado —se decía enjabonándolo en la tina—, no recuerdo que te hayas lavado más que los pies desde que te conozco. ¡Nunca conmigo! ¿Qué se traerá el lascivo?»

—¡Eh! ¡Condenada! ¡Me despellejas! ¡Fíjate en lo que haces!

—Tienes mugre de años, patrón.

—¡Y qué! ¡Hoy me baño! ¡Eh! ¡Con cuidado! ¡Que me quemas!

Se hizo cortar el cabello; se recortó la barba. Hizo uncir sus dos mejores caballos a su carruaje y con cochero de librea hizo el corto trayecto desde su finca hasta la verja de Adamov y se introdujo en la casa con la intención manifiesta de pedir la mano de Mara.

«—Apresúrate, Timotei, es tu momento —se dijo—. La paloma se decidió a volar... ¡Ahora o nunca!»

—¡Nunca!

Mara ni siquiera permitió que se extendiera.

—Buen vecino —le dijo ella—, ¿por qué se tomó tantas molestias? Me hubiese preguntado a través del cerco o desde esa higuera que tanto en verano como en invierno usted no deja de escalar para ver lo que sucede de este lado y yo le habría contestado lo mismo. ¡Jamás!

El trascendido de la transformación y de las fugaces apariciones de Mara, siempre, más que montada, en alas de su Pegasus y siempre por la periferia de la aldea, amazona que tanto se dejaba apreciar

como se escondía, suscitando el entusiasmo admirativo de los que lograban verla, también llegó al incipiente campamento guerrillero que en lo profundo del bosque tenían los de Makhno. Y si más de una vez ella fue motivo de conversación y tertulia entre esos jóvenes campesinos, nadie se habría atrevido allí a salirle al paso. Y no sólo porque se trataba de la hermana de Anatol, sino porque algo de ella misma, cierta irrecusable distancia, emanaba de ella. Hasta que un día dejó de salir y los acontecimientos que hacían a cuestiones sociales generales, cargados de apremio y cada vez más inquietantes, la echaron en olvido. Pero ahí quedaba ella.

Con su renuencia o si se quiere hasta donde alcanzaba su disposición emocional, Mara no había logrado otra cosa que escindir su mundo y su realidad, del mundo y la realidad. ¿Qué le restaba? ¿Seguir aguardando? ¿Renunciar? ¿Resignarse a un destino frustrado? ¿O hacer más patente, inequívoco su llamada? ¿Y podría serlo más? Ella no dejaba de recordar para el caso una saga fantástica que le había narrado o quizá leído su madre; eso no acababa de precisarlo e inútiles habían resultado sus búsquedas por hallarla en la biblioteca. La historia se desarrollaba en la llanura fría de Flandes y en ella las amantes de un ser extraordinario que allí residía, acudían a sus trágicas citas —las amaba y las mataba— al oírse reclamadas a través de un cornetín que el bárbaro hacía sonar anunciándose en cada caso. Ella no había dejado de escucharlo, ni tampoco dejado de acudir... Desde que descubriera en sí a la hembra que guardaba, se sintió poco menos que arrastrada hacia él. Como si una fuerza irresistible, irracional y más allá de todo recato clamase por su presencia. Pero es que así y no de otro modo ella concebía su encuentro con él. De una vez. Con todo. ¿No era locura? ¿Pero, acaso, era todo algo más que eso?

Anatol se hallaba en una situación ambigua en relación a sus convicciones, que si no sometidas a prueba por el momento, sí previendo para él, a corto plazo, una prueba definitiva. Se avecinaban hondas transformaciones. Ellas cuestionaban y modificaban sustancialmente el mundo que él pretendía despreciar, pero que ahora, con su franca amenaza de inminente derrumbe, lo angustiaba sin remedio, convirtiendo sus horas y sus días en controvertida dualidad. Pero no se atrevía a romper su convención y en ella vivía, simulando adherirse a las ideas de Makhno y en cambio odiándolas en el fondo con todo su corazón. Y simulando a su vez y todavía, ante su padre, despreocupación frente al sombrío espectro que le aguardaba: práctica-

mente la ruina. Cuando en verdad lo que quería era gritar su terror y correr donde no lo alcanzasen los acontecimientos. Malogrado, su propia materia lo denunciaba entre los suyos. No tardarían así mismo en denunciarlo entre los campesinos.

Mara ya lo había percibido. ¡Y cómo! No pudo menos que hacer suya la situación a que aludía su hermano. Si se alarmó, halló su consuelo. Si ella quería seguir alimentando su sueño de amor, fatalmente debería resignarse a esa circunstancia. Si nueva, correlativa al desastre, que venía unido como la cola del dragón al dragón: y eso llevaba el nombre querido y sombrío de Néstor. ¿Y a ese hombre terrible ella había hecho el ungido de su corazón?

XIV

«NOSOTROS ESTAMOS ANDANDO»

«¡Es tiempo de revolución! ¡Es tiempo de revolución!»

Sí. Ni más, ni menos que eso.

Reuniones, asambleas, congresos, carteles, manifiestos, acción, desentrañamiento y exposición de la idea de la revolución social... Y polémicas, discusiones, disputas. Hablar y hablar. Él veía, él palpaba en la vastedad que recorría y agitaba, el creciente interés, el fervor, el pronto requerimiento por soluciones, la disposición del campesinado a pasar a las vías de hecho, de arrebatar las tierras a los viejos detentadores de la propiedad y proceder a su reparto ecuánime. Esto como medida de principalísima necesidad. Paso previo para incorporarse íntegramente a la naciente, a la nueva vida. ¿De qué revolución, de qué cambio real se trataba si ella no deparaba, en *los hechos*, la plena posesión del salario? ¿Cómo y para qué la revolución, si ella no enterraba los viejos privilegios y no se sacudía la podrida trama que regimentaba la explotación? El campesinado, viendo cercana y más que cierta la posibilidad de redimirse, ya no aguardaba. Clamaba enfrentando a sus viejos patronos y resultaban cada vez más una marea incontenible. Como un volcán pronto a erupcionar, gruñía sordamente preanunciando el estallido. Siglos cristalizados se removían en su entraña. ¡Qué sería cuando vomitase! Si enterrados parecían hasta ayer, ahora despertaban, se movían, adquirían fuerza, potencia ígnea y estaban muy cerca de dar la gran sacudida. Y otra vez: ¡qué habría de ser entonces! Makhno no hacía más que palpar y animar estos signos. Muestra de ello era la prodigalidad con que se realizaba en toda esa vasta región asambleas y congresos consultivos de campesinos. Y como las iniciativas eran cada vez más profusas e incisivas. Y cada vez más numerosos los adherentes. Precisamente los congresos se

sucedían multiplicados porque resoluciones tomadas hacía poco eran rápidamente superadas por los acontecimientos. Por ejemplo, se resolvía que debía plantearse al clero de la diócesis regional la cesación, en sus tierras, del trabajo asalariado y proceder a instrumentar el traspaso de las mismas a la comunidad para su posterior reparto y se concluía con que el clero de la noche a la mañana abandonaba sus diócesis y huía despavorido.

—¡Vaya cómo volaron esos pajarracos! —se burlaban los más jóvenes de los fieles seniles que concurrían a los oficios de iglesia y se encontraban con que nadie los asistía—. ¡No han tenido muy en cuenta el cuidado de las almas! ¡Prefirieron cuidar su pellejo!

—¡Prevaricadores! —se enconaban los más heridos—. ¡Hijos de Satán! ¡Os burláis! ¡Ofendéis a Dios con vuestra revolución!

O, en otros casos, se disponían a abrir acequias comunales de regadío en zonas donde supuestamente eran necesarias y ya dispuestos los trabajos —ante el estupor impotente de los propietarios—, el descubrimiento de un desvío artificial de las aguas, obra clandestina de algún *kulak* o agrario aprovechado, reabría viejos enconos, enfrentando entre sí a esos mismos propietarios. ¡Y cuándo más unidos debían mostrarse! Y ya, totalmente, con el terror del desamparo por falta de autoridad policial activa a quien recurrir.

Y en otra dirección. Cada hecho, irradiando su propia luz, contraviniendo el proceder corriente cuantas veces no se definían por sí mismos. Tomemos al caso uno, en Alexandrovsk. Había en la sesión delegados regionales en un centro recreativo del pueblo y aunque los delegados no pasaban de cincuenta, el amplio salón estaba atestado de concurrencia.

—Pero, camaradas —protestaba un joven delegado de Pologui—, ¡qué modo de tratar las cosas! ¡Esto es poco serio! Nosotros debemos tener conducta. Y ser responsables. ¿Cómo modificamos resoluciones que ni siquiera alcanzaron a ser puestas en vigencia y apenas si datan de dos semanas? ¿No estamos dando pábulo a los que nos acusan de caóticos? ¿Qué criterio sustentan esos campesinos —se estarán diciendo— si antes de poner en ejecución una resolución por ellos tomada ya la rectifican? ¡Debemos tener un orden, camaradas! Así estamos convirtiendo en un juego el ejercicio de la libertad. Es poco serio y nada organizado lo que hacemos.

Lo dicho por el de Pologui levantó una ola de murmullos. Le salió al paso un aldeano de Gulaï-Pole, concretamente Tychenko Luty, padre de Luty, nuestro ya conocido. Viéndolo, podía decirse cómo iba a ser su hijo cuando alcanzase su edad, si a ella llegaba...

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —se impuso—. Buena es la ocasión que nos da la objeción del camarada. Está marcando la diferencia. Estatalización o revolución. Entre nosotros, nada queda decretado. A nosotros no nos congela ninguna ley. No pagamos a funcionarios para que la hagan cumplir y de paso vivan de ella. Esto no es el parlamento, ni aquí estamos legislando. Nosotros no somos delegados a perpetuidad ni por períodos de años, como los miembros diputados de la *Duma* o de cualquier congreso burgués. Estamos convocados por la necesidad y el requerimiento de nuestros particulares distritos que a su vez convocan sus respectivas asambleas a requerimiento y por necesidad de la base. Y esto, claro es y aunque redundante, cada vez que el campesinado o los obreros tienen algo que sugerir. Y cada vez, no es una vez cada tanto, como en los poderes burgueses. Cada vez es cada vez —la expresión produjo risas—. Cada vez significa que cada cual es militante activo y constante de la comunidad. Y vigía diario de sus propias necesidades. Revolución es movimiento, espontaneidad, impronta, circulación. ¡Cómo para conservar los modales y las formas estamos! Las formas que a usted le preocupan, camarada, son típicamente burguesas y de partidos políticos. Y no digo que usted lo sea, pero actúa como si lo fuese. ¡Abajo los moldes preestablecidos!

—¡Abajo! ¡Abajo! —se llenó el salón con ese grito.

—Nosotros queremos ser, y vamos a serlo, los hacedores de nuestra propia vida —prosiguió Luty—. Y a nuestro estilo. Y cada vez que se requiera decidir sobre algo. Aquí, ya nadie más y nunca más será pasivo. Cada vez es cada vez. ¡Nosotros estamos andando! ¡Los que se queden observando nos perderán de vista!

Makhno, concurrente a esas manifestaciones, escuchaba, veía. La semilla se hinchaba. Iba a germinar. Se podía sentir su trepidación interior. Ya no se trataba de hombres sometidos labrando la tierra de otros. Habían comprendido. Las frentes se erguían. Observaban desafiantes el horizonte. Las manos se cerraban sobre sus herramientas de trabajo convertidas en armas de lucha. Se blandían las hoces: las azadas adquirían el vértigo del mandoble; en muchos casos, espontáneamente, se había pasado a las vías de hecho y se arrebataba la tierra a los antiguos poseedores que huían hacia la capital a reclamar vanamente protección. Tal era el cúmulo de problemas propios que aquejaba a la autoridad central que apenas si atinaba a prometer, sin acabar de resolver. La caducidad de hecho del poder, su impotencia, que apenas si alcanzaba para respaldarla, envalentonaba más y daba más confianza y firmeza al campesinado. El ejemplo cundía, se propagaba. ¿Qué faltaba?

Makhno y los suyos, mentores de la acción directa, constataban cómo el terreno abonado daba sus frutos. Su tiempo definitorio de planteamientos y esclarecimiento concluía. El niño de ayer andaba solo... ¡Y en poco más de tres meses de estímulo! La irrupción de la idea anárquica entre los campesinos, si bien comprendida con rudimento, tenía no obstante el carácter fundamental de afirmarlos en sí mismos, de no hacerlos delegar en terceros, de no esperar resoluciones, de no depender de ninguna autoridad y ni siquiera de la obligación de tener que acatar lo acordado. Nada era ley, todo voluntario a partir de la igualdad. Claro que a nadie se le ocurriese emplear trabajo asalariado. Ni a nadie volver al régimen que se enterraba. La libertad debía ser comprendida como una capacidad, un espacio que se adquiría para ejercer sin restricción cuanto se deseaba, siempre que no afectase al prójimo restringiéndole propios derechos. Nada tampoco de prioridades personales, ni del más fuerte o astuto. Cordialidad. Simpatía. Solidaridad. Presencia humana y valores humanos por encima de cualquier puja por intereses. Valores reintegrados a la vida en un mundo nuevo que se placía y se apoyaba precisamente en ellos y desterraba definitivamente la codicia y la *propiedad acumulativa*. Y no utopía. Hecho. Ni tampoco el dispensamiento de una reflexión desde *este mundo dado*. A partir de la propia integración: *desde adentro*.

Las arengas de Makhno ya no se dirigieron tanto a exponer los derechos y las razones sociales que sustentaban la determinación de apoderarse de la tierra y repartirla, ahora los instruía sobre las necesidades inherentes a esa determinación. Necesidad no sólo referida a esa acción, sino a la defensa armada de la misma. El reparto de la tierra y la igualación de la riqueza estaba en la base, era el *quid*, el nudo. El derecho de propiedad estaba ligado indisolublemente al de autoridad. Ambos se correspondían como la savia al árbol. Cuestionar uno, indefectiblemente, significaba cuestionar el otro. La prueba era que a cinco meses de la revolución de febrero esta ardua cuestión seguía sin resolverse. ¿Se resolvería? ¿Qué gobierno cedió nunca en este punto? ¿Y qué hace todo gobierno sino sustentar principalmente el derecho intocable de propiedad, con leyes, cañones, su aparato estatal y la bendición de la Iglesia? (Más tarde los comunistas convirtieron la tierra en propiedad del Estado y el campesino, que hasta entonces le quedaba la opción de elegir por lo menos a su expoliador, hasta ese derecho perdió, con el agravante de, si despedido por su único patrón, no tener dónde caer muerto). Dependencia, supeditación, he ahí la clave del Poder.

Makhno no era ningún ingenuo. Reunía mentalmente todos estos antecedentes y clamaba:

—¡Sin un ejército que esté del lado de la revolución es imposible la revolución! Saquen consecuencias. Mientras el ejército respaldó al zar, el zar resultó intocable. Y eso a pesar de que su régimen estaba ya prácticamente podrido. ¡Quién sabe cuánto más hubiese permanecido si los marinos de Cronstadt no se plegan a la revolución! Y ahora mismo, ¿no está el regimiento de Dvinsk, los famosos Dvintsi, comandados por los camaradas Gratchoff y Fedotoff, acuartelados y bajo arresto por órden de Kerensky, por negarse a participar en la ofensiva de guerra? ¡Esas son las fuerzas que pesan! ¡Esas las razones que entienden los gobiernos! ¡Esas las que nosotros debemos hacer valer! Fuerzas armadas decididas por la revolución ya son la revolución. Ejército propio: ¡Eso es lo fundamental! No se cieguen con el resultado de las pequeñas escaramuzas. Cuando el gobierno haga su tiempo y disponga de sus medios, vendrá por nosotros, pueden estar seguros de ello.

—Sí, pero, ¿cuándo hacerlo?

—¿Cómo armarnos?

—¿Quién forma ese ejército?

«Cómo», «cuándo», «quién». Allí estaban ya, en diversas regiones, Belach, Kurilenko, Stchuss, Petrenko-Platanoff, Oseroff, con fuerzas propias, adelántandose a los acontecimientos, viendo propicias en sus regiones la ocasión para constituir formaciones. Que si no configuraban una fuerza armada en la real acepción del término —y esa habría de ser su característica más sobresaliente—, se bastaban para respaldar la decisión de los campesinos donde éstos determinaban pasar a las vías de hecho en las expropiaciones. Si por entonces, y en el mejor de los casos, esos agrupamientos de campesinos guerrilleros no superaban los doscientos hombres, marcaban una tendencia y su dirección... Movimientos espontáneos y acrónicos, circulantes, pronto pasarían a ser corrientes y mucho antes de imaginárselo, el Ejército de la Revolución campesina de Ucrania.

XV

UN MINUTO ANTES DE LA ESTAMPIDA

Promediando julio, la sequía del verano calcinaba los campos de Gulaï-Pole. La creciente espectativa que provocaba ese constante ir y venir de campesinos que abandonando los cultivos concurrían a esas reuniones deliberativas cada vez más asiduas y cada vez más numerosas, adensaba todavía más el aire caliente en la aldea. Ya poco o nada se cuidaba nadie de expresar lo que se estaba tratando. Y se trataba nada menos del procedimiento a seguir en la expropiación de la tierra; su confiscación y el reparto inmediato de todos los bienes; la actitud a tomar en caso de resistencia de los antiguos propietarios.

Éstos, a su vez, si bien abroquelados en sus remotos derechos, aparentemente decididos a resistirse al despojo, traían ya, marcado en su expresión, el *rictus* de una realidad que, escapando de su control, los desbordaba. Ya no había, fuera de sus propias y personales fuerzas, ninguna autoridad a que apelar para que los defendiese. Sentían, era incontestable la evidencia, que el suelo comenzaba a vacilar bajo sus pies. Si se reunían, sus concilios carecían de pujanza, sonaban a hueco. Y no alcanzaban a animarlos ni sus voces, ni cierta forzada algarabía superpuesta. Y lo que acababa por desmoralizarlos era que entre ellos se recelaban. Sospechaban que podrían estar haciéndose acuerdos privados, excluyentes, que dejaban a unos en peores condiciones que a otros, arreglos entre partes y estas suspicacias los roía, haciéndolos recelarse. En la hora ulterior se desnudaban los estigmas prejuiciosos, eslavos y germanos formaban frente contra algún judío *kulak* o comerciante, o acababan midiéndose entre sí por viejas querellas. Que nadie entre ellos tendría ya oportunidad de sosiego quedaba demostrado. Incluso en sus predios, recorriendo sus labrantíos, viendo avanzar la cizaña en los surcos abandonados, sin-

tiendo la hostilidad de los que quedaban trabajando no escondida, sino pronta a sumarse a los francamente rebelados, se les ocurría pensar si ésos que habían quedado no lo hacían por vigilarlos y espiarlos y tenerlos a mano... ¡Y por lo general, en esos casos, se trataba de campesinos que estaban trabajando con ellos toda una vida, y sus padres, por generaciones! Era el terror y la mala conciencia.

Los más duros, los que con mayor encarnizamiento habían tratado siempre a sus campesinos, como Godin, Obermülher, los Spaltnícovich (el Grande, el Pequeño, el Mediano) y otros tantos, no se rendían, ni dejaban de tener cargadas sus armas. Timofovich se encontraba entre ésos. A éste, en un rapto de cólera en que pretendió tirar con su arma sobre labradores que abandonaban su labor en su predio, hubo de quitársele el arma de las manos y descargarla. Timofovich espumarajeaba de rabia.

—No creáis que esto termina aquí. ¡Habéis de pagar por el daño que ocasionáis! —amenazó.

—¿Pagar? ¿Todavía seguir pagando? —lo enfrentó uno de los campesinos que lo había reducido, de nombre Maslak—. Nuestras abuelas alimentaban con su leche a sus perros de caza, ¡negrero! ¿Quiere que paguemos todavía? —la seriedad de ese rostro y el tono, decían a las claras que lo mejor ahí era arriar banderas. Y eso hizo Timofovich, a pesar de que no era hombre de recular, al verse rodeado de esos campesinos y de tantos otros que hacían abandono de sus tareas en sus tierras.

Ese verano caluroso no ahorraba clímax a los temperamentos. Ni a los hipersensitivos. En ese plano se encontraba el clero. Sin ruido, sin aspavientos, sin dejar entrever a nadie su determinación, cuando lo creyó prudente, huyó de Gulaï-Pole hacia otros clanes. Eran como treinta entre sacerdotes y jerarquías y sólo quedaron en cada una de sus dos iglesias los campaneros laicos que proveían en los servicios oficiados por sendos curas. Y esto, hasta nuevo aviso.

De parecida manera, si bien no huyendo, al menos los que se consideraron sin cuentas mayores que rendir, que pecados los cometieron todos, los burócratas de la administración y el juzgado, al no recibir regularmente sus órdenes de Ekaterinoslav, fueron cesando en sus funciones. Como ninguno, ellos confiaban, seguros de que, sucediera lo que sucediera, más tarde o más temprano habrían de ser requeridos sus servicios. ¿Dónde se había visto que pudiese vivirse sin gobierno?

Así, cada acontecimiento denunciaba con certeza la inminencia de la hora señalada en Gulaï-Pole.

XVI

LA PRIMERA VÍCTIMA

Hasta los más renuentes, a último momento, decidieron concurrir. Por encima de la provocación a su soberbia, prevaleció el ataque a sus intereses y a la desconfianza de delegar en nadie su defensa, ni ninguna ulterior decisión. Allí estaban. Llegaban en sus coches, carruajes, *fiacres*. La plaza del municipio se iba atestando de ellos. La multitud allí reunida los observaba en silencio abriéndoles paso hacia el salón del Municipio donde habría de efectuarse esa audiencia. Los convocados pasaban entre ellos y por mucho que erguían su arrogancia en ese trance, no podían menos que sentir su dignidad herida. Y eso trasuntaban a pesar suyo. Dentro, más colmada y apiñada que afuera, la multitud se adensaba y ya debieron ayudarles, los encargados de ello, a abriles paso hacia el salón. En él, las galerías llenas, prorrumpían en murmullos y sordos comentarios, más o menos intensos, según quien fuese el que llegase. Las plateas, en cambio, estaban desocupadas y en ellas se sentaban los *kulaks* y propietarios que iban arribando. Se saludaban, conversaban entre sí, formaban corrillos y aguardaban el momento de que comenzase la sesión. Había sido señalada para las dos.

A esa hora en punto, por una puerta lateral que daba al estrado, aparecieron Makhno y los de su plana, seguidos de miembros del Consejo Revolucionario de Campesinos. Fueron recibidos con vivas, aplausos y demostraciones desbordadas por parte de la concurrencia y generó casi un tumulto eufórico que se prolongó por minutos. Karetnik se adelantó para acallarlos sin resultado y lo propio ocurrió con Iván Lepetchenko. Ruidosamente, con aire festivo y voces, la algazara prosiguió. Hasta que por fin Tychenko Luty logró el propósito.

Hecho el silencio, de inmediato fue aprovechado por Vlodoviloff, un *kulak* obeso y de ágil movilidad.

—Las advertencias reiteradas que acaban de hacerse a los concurrentes —dijo— es la más elocuente demostración de que las condiciones en que se pretende que se realice esta reunión consultiva, son anormales, falta de garantías y por tanto viciada de nulidad.

Un murmullo generalizado, muy propenso a convertirse pronto en griterío, partió de los costados de la sala.

—¡Ahí tenéis! —gritó Vlodoviloff, demudado, de pie y señalando y amenazando a la vez con los puños—. ¡Ahí tenéis! —volvió a señalar y agitar los puños a uno y otro lado hacia la multitud apiñada y rumorosa—. ¡Se está pretendiendo intimidarnos! ¡Seguramente que sí! ¡Nosotros rehusamos participar en ninguna discusión en estas condiciones! —se dio la vuelta y antes de que nadie atinase a replicar enfiló hacia la salida seguido de varios propietarios que a su vez incitaban a los demás a seguirlos. La actitud tomó de sorpresa a toda la sala y se produjo un momento de indecisión general, pareció que la convocatoria, con todas sus espectativas, se hundía irremisiblemente.

En el proscenio la perplejidad tenía visos de parálisis. Entonces saltó al frente y se impuso la presencia y la voz firme de Makhno, deteniéndolos un segundo antes de la desbandada general.

—¡Un momento! —ordenó—. Es bueno que antes de irse sepan que no han sido invitados a ninguna reunión consultiva, ni a discusión alguna. Se los ha convocado para enterarlos de lo que el pueblo de la revolución ha resuelto en relación a la expropiación de bienes y tierras acumuladas y eso es todo. Pueden oír o no. Estar o irse. El procedimiento acordado es irreversible y no lo modifica la presencia o ausencia de ustedes en la sala. Se trata de una comunicación. Eso es todo.

—¡Sentencia! ¡Y sin juicio! —clamó Vlodoviloff.

—¡Decidan! Nosotros comenzamos —fue la inmediata respuesta de Makhno.

Un primer movimiento de indignación y alguna voz de protesta, fueron rápidamente sofocados por los mismos *kulaks* que, apremiados, aconsejaron permanecer y saber a qué atenerse. Volvieron a sus asientos algunos y los más reacios, que no eran pocos, si bien de pie, permanecieron en la sala.

Makhno no se dejó esperar:

—No hay ninguna ley ni inmanencia que justifique que ustedes deban seguir poseyendo. Las leyes fueron abolidas en su totalidad por el pueblo de la revolución. La inmanencia caducó desde el instante

en que el zar, soberano por el supuesto del derecho divino, dejó de serlo. Porque fue derrocado y ustedes estuvieron conformes en ello. Y el mundo no termina con ustedes. Hay un mundo mucho más vasto, el de la masa, el que hoy irrumpe y no podrá ya ser más ignorado. ¡Ese mundo abolió los privilegios! —desde los cuatro costados de la sala, también en el proscenio, una cerrada salva de aplausos subrayó lo dicho. Era la medida del ambiente. Y de la división. Todo cobró visos de caldera al rojo. En la platea se agitaron puños, se voltearon sillas, denuestos ahogados por la grita popular. Hasta que Makhno retomó la palabra—. La abolición de los privilegios significa...

—¿Está pronunciando un discurso? —se agitó más el *kulak* incitando a levantarse y abandonar la sala a sus cofrades.

Arreciaron silbidos. En un intersticio del tumulto logró Makhno, por tercera vez, retomar la palabra.

—La abolición de los privilegios significa que ustedes serán despojados de sus riquezas y equiparados al nivel de vida del pueblo en general. Para que no tengan, nunca más, ni más que todos, ni menos que nadie. Y si así no lo entendieran —hizo una pausa, paseó la mirada por esa platea ahora presa del estupor y prosiguió—, y si así no lo entendieran —repitió— y se resistieran por la fuerza a esta razón pública, vayan sabiendo que no lo demandaremos ante tribunal alguno. ¡Lo demandaremos nosotros!

Sus últimas palabras, en realidad todo lo que dijera y representaba, si resultaba anonadante para unos, no dejaba, para los más, de estar cargado de intenso dramatismo. En uno y otro bando se palpó, definitivamente, la zona liminar. Los ricos propietarios y *kulaks*, si todavía aferrados a sus convicciones, sintieron el primer vahído evidente de la caída. La tierra se abría bajo sus pies, escapaba de sus manos... Y no había, bien lo comprendían, ninguna traza de conciliación, o prórroga, ni amparo ninguno, ni a quien recurrir dada la caducidad de los poderes de autoridad locales. Y ahora comenzaban a exigirles a cada uno toda la documentación relativa a sus títulos de posesión y a comunicarles que se procedería al inventario de sus bienes.

Requeridos por orden alfabéticco, el primero que se vio obligado a responder fue Adamov. Éste, con palidez mortal, extraía de un valijín carpetas y documentos, ante el estupor de sus cofrades que viéndolo en ese trance —la gran mayoría se había cuidado de venir provistos de sus títulos de propiedad, a pesar de ser intimados a ello en la convocatoria— veían en él el reflejo de su impotencia.

—Lo peor... —voceó, ahogado de cólera, Boris Godin—. Mas no lo dejó seguir Mateo Obermülher.

—¡Lo peor es todo! —gritó, agitando su bastón con empuñadura de marfil y monograma de oro—. ¡Todo aquí es flagrante y nulo! ¡En ningún lugar de Ucrania, ni en toda Rusia, se tratan las cosas de este modo! ¿Quiénes sois? ¿En nombre de qué os arrogáis tamaños derechos? Decís de la revolución. ¿Qué revolución? ¿Ignoráis que es incierta todavía la suerte de la revolución y que justamente todas estas y tantas más graves cuestiones se debaten en el gobierno central sin haber arribado a un acuerdo? ¿Es qué pretendéis ser más papistas que el Papa? ¿No véis que así lo trastornáis todo y ponéis en peligro lo que habréis de conseguir por el único acuerdo lícito: el de la Ley? ¡Fuera de ella todos os convertís en delincuentes!

Se escucharon abucheos.

—¿Quién sanciona esto? ¿Quién sanciona esto? —se exasperó todavía más Obermülher.

—¡La voluntad popular! —tronó uno.

—¿Y qué demonios es la voluntad popular? —se encarnó como una bola de fuego, bramando, Mateo Obermülher.

—¡Es el derecho de las masas contra el derecho de unos pocos que hasta hoy ostentaban todo ese derecho! —se afirmó Septchenko, un joven campesino—. ¡Bien sabes de qué estoy hablando!

—¡Seguramente sé de qué hablas! ¡Hablas de algo inexistente!

—¡Pues, aquí estamos! —replicó desde la galería Alomiv, que tenía a su lado a Fomá, provocando hilaridad.

—¡Esto es un atropello!

—¡Vergonzoso!

—¡Les hemos dado de comer durante toda la vida!

—¡Nos matabais de hambre!

—¡No lo parece! ¡Fíjate que crecido!

—¡Cría cuervos! —se agitó Spaltnícovich, el Grande, fumando su cigarrito. Con él estaba el Pequeño que, paradójicamente, era más grande que aquel.

—¡Vaya demencia! ¿Quieren convertir a Gulaï-Pole en el ombligo de Rusia? Si no estuviese aquí sentado me reiría, como seguramente habrá de reír la Rusia entera —dijo Rudolf Ackermann.

—Y tú, Septchenko. A ti y a tu hermano les di trabajo. ¿Durante cuánto tiempo comieron de mi mano? ¡Y claro que debían trabajar! ¿Y quién no? —rojo de rabia, Akhorchakoff no dejaba de transpirar, secarse el sudor, por momentos se creyó que estaba llorando, y señalar a los concurrentes—. ¡Y a ti! ¡Y a ti! ¡Y a ti también, Gravilenko! Y a tu familia. ¡Y a quién no! ¡Dios mío, si siempre tuve corazón para todos!

—¡Se le agradece! Recuerde cuando despidió a Gondartzoff con su familia y sus padres viejos porque ya representaban una carga y

ocupaban un pedazo de techo de dos tablas de su propiedad —dijo Belinda, la hija de Gondartzoff.

—¡Ése es otro asunto! No toques eso. ¡Tú eras una criatura!

—¡Ya no!

—¡Doy fe por Akhorchakoff! —terció Obermülher.

—¡Mira qué buey se lame! —le gritaron.

—¡Calumnias! Déjenme que explique —Akhorchakoff estaba tremendamente agitado. Se paraba, se sentaba. Trataba de hacerse oír.

—¡Penoso! ¡Lamentable! ¡Deje de alarmar, usted! ¿A quién le interesa eso ahora? —lo apostrofó Vlodoviloff—. Y usted, Adamov, ¡Ya es bastante! Guarde sus papeles. ¿No se hace cargo del daño que está causando?

—¡Policía! ¡Policía! —gritaba Godin descontrolado.

El tumulto volvió a intensificarse. Makhno sacó un revólver de entre sus ropas y disparo dos veces al aire. Logrado el silencio, volvió el arma a sus ropas.

—Aquí termina esta reunión, señores —dijo—. Mañana comenzaremos a inventariar sobre las tierras. Les aconsejo que colaboren.

—¡Cuidado no se coman el ganado esta noche! —a modo de broche exclamó Alimov y otra vez provocó la hilaridad.

El rumor tumultuoso que siguió a la cancelación de la reunión preveía dificultades. Se encareció a la muchedumbre que se abstuviese de comentarios. Tan imprevisto final dejó a los agrarios con muchas cosas por decir y pretendieron retomar de nuevo la cuestión. Se dirigieron al estrado, golpearon sobre éste con sus puños y bastones, derribaron algunas sillas y concluyeron airadamente encarándose unos a otros.

—¡Esto resulta porque vosotros...!

—¡Ahora resulta que nosotros...!

—¡No se debió asistir!

—¡No fue por mí que lo hicisteis!

—¿Y por quién? ¡Ha sido un error! ¡Aquí tenéis! ¡Reconoced!

—¿Y ahora? ¿Y ahora? ¿Y ahora? —Godin, histérico no hacía más que repetírselo.

—Si hubiese sido menos blando, usted y otros como usted, otro sería el resultado. Ahí los tiene, ¡envalentonados!

—¡Debimos presentarnos con abogados! ¡Busquemos abogados!

—¿Sigue usted en esas? ¿Y sin tribunales? ¡Mano de hierro necesitan! —Vladimir Ostrov, emparentado con el príncipe Yegulev, blandía el puño a la concurrencia.

—¡Eso es! ¡Tú los has tratado siempre como bestias, Ostrov!

—¿Me acusas? ¡Blando! ¡Mentecato!

—¡Lo que faltaba! ¿Ser recusados! ¡Y por los nuestros!

—¿Qué se mete, usted? ¡Vosotros también los habéis tratado como a bestias, germanos!

—¡A honra tengo el serlo!

—¡Y yo! ¿Esperáis la ocasión para echárnoslo en cara? ¡No olvidéis que no son nuestros ejércitos, sino los vuestros, los que están en retirada!

—¡Puaf! ¡Jamás dejáis de ser germanos!

—¡Y qué! Ya dije, a honra lo tengo.

—¡Lipeztein! ¿Usted no dice nada?

—¿No estoy sentado entre ustdes? ¿Qué más?

—¿Y tú, Pavel Adamov, tampoco dices nada? —lo inquirió Timofovich.

Pavel miró a su interlocutor, a los circundantes, como si lo despertasen de un sueño.

—Nada tiene remedio —dijo—. Hay tiempo para todo. El nuestro se termina.

Sus palabras produjeron el efecto de un baño helado. Algo en su voz daba a lo dicho el carácter de epitafio. Spaltnícovich mordió la punta de su cigarrito y la escupió lejos. Y cuando se alzaban voces para refutarlo y de nuevo se originaba un tumulto, apareció, como una exhalación, Mara, a quien todo el mundo abrió paso, tal su ímpetu y lo patético de su expresión.

Miró a todos como despavorida. Todos en torno suspendieron diatribas, silenciaron apremios de palabras y quedaron a la espera. Cuando Mara encontró a su padre con la vista, pareció como si fuese a decirle algo y se adelantó con el gesto para ello, pero advirtiendo a Makhno en el estrado se fue directamente a él. Una vez más, todos, le abrieron paso. Tal su expresión. Su soberana palidez. El trémulo temblor de sus labios apretados. Su puño adelantado. Lo midió por un segundo, lo suficiente para saber que nunca más en la vida habría de conciliarse con él y arrojó a sus pies un pañuelo ensangrentado.

—¡Ahí tienes, Moloch implacable! ¡Tu primera víctima! ¡Es la sangre de Anatol! —giró sobre sí enfrentando a todos y concluyó—. ¡Mi hermano! hace media hora que se ha pegado un tiro en la boca y yace en su alcoba. ¡Muerto!

Su padre, que desde que la viese entrar tuvo un presagio atroz, escuchándola, se rompió por dentro. Profirió un grito seco y cayó desmayado.

XVII

ADIÓS, AMIGO

A Makhno, lo insólito del episodio lo conmovió vivamente. Y le hizo prevenirse contra esa benévola seguridad de sí mismo que lo hacía lanzarse hacia las cosas con la idea, para él cierta pero en realidad remota, de sentirse abarcando en su totalidad y dominando todos los entornos de una situación. ¿Quién podría prever que la primera sangre vertida lo fuese tan trágica y además tan directa y tan malignamente referida a él? ¡Y si quien lo hubiese acusado fuese algún enemigo recusable! Pero no, se trataba de esa muchachita —hoy mujer— que otrora se quedara observándole, curiosa... ¡Qué singular y qué terrible! Makhno devanaba estos pensamientos. Estaba vivamente impresionado. Si bien se sabía un factor desencadenante —y no se trataba de eludir responsabilidades, de buscar eximentes, sino de precisar— y considerando esa dosis de personalismo que hacía a su carisma declararle culpable de esa muerte al signarle motivo primordial de cuanto ocurría entonces en Gulaï-Pole, le resultaba gratuito, equívoco y hasta ostentoso y premeditadamente maligno... Él no podía aceptar el cargo con que le había infamado esa mujer. Más allá de su descarga emocional, percibía intencionalidad manifiesta en esa acción desbordada. ¡Cuántas veces, mucho después y en tantas ocasiones, rondaron su mente estas presunciones! Él era uno más, no más que uno, que promovía y provocaba, es cierto, con mayor o menor ímpetu, pero ¿era algo más que una brizna? ¿Algo más que un soplo en la conmoción general revolucionaria que agitaba a Rusia? Claro que en Gulaï-Pole podría verse de muy distinto modo. No brizna, sino leño; no soplo, sino viento huracanado. Y por cierto que él estaba ahí para sublevar y encender la campiña, para desatar la tormenta y librar la gran batalla hasta la última consecuencia. Sin perdón y

sin lástima por el enemigo declarado. Y en consecuencia, seguramente que el mundo se estremecería y vaya a saberse hasta dónde alcanzarían las ondas de la deflagración. Primer resultado: a la vista. Pero, ¿que le culpasen a él? Y no un resultado cualquiera, la muerte de Anatol; su compañero, su amigo. Y no por débil o ambiguo, menos amigo y menos compañero. ¡Al contrario! ¡Cuántas zondas que nutrían o torturaban a esta sociedad que se deshacía pasaban por la muerte de Anatol! (¿Por qué los hombres conflictivos dejan, al desaparecer, esa sensación inasible pero real, de que al irse ellos, una parte de nosotros los acompaña secretamente?)

Néstor Makhno estrujó el pañuelo empapado de sangre seca de Anatol. Lo estaba palpando. No era lo mismo que pensarlo.

«Veo su rostro —se dijo—. ¡Estoy viendo el de cada uno!»

Apretó el paso. Hizo un largo trecho en la noche, sin pensamientos, pero con el cerebro lleno de imágenes. La muerte de Anatol adquirió visos de *prueba*. De futuro aguardando con pruebas por el estilo. Cuando Makhno reabrió las compuertas de las ideas, luego de ver pasar a tantos ante él, se encontró con la boca amarga.

«¡Por todos los demonios —se dijo—, si el mundo va a saltar en pedazos! Y no lo detono yo. Pero la cara de la muerte siempre adquiere el rostro del que más se ve. ¡Yo no soy Moloch! ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Lo sé. ¡Lo estoy sabiendo! Una cosa es llamar a la lucha a esos hombres y otra constatar que esos hombres poseen nombres propios, y fisonomías y vidas propias. Yo no soy un general. Ni voy a serlo. ¡No, nunca! Yo no doy órdenes. Nadie está obligado a acatarme. Los que acuden, ni siquiera acuden a mí, acuden a su causa. Y son voluntarios. [El razonamiento no acabó de convencerle. Le dio una vuelta más]. Veamos —se dijo—, no te absuelvas tan pronto, hermano. Te han señalado, y señalado perversamente, y eso no te ha gustado nada... ¡Qué gustar! ¡Te está quemando! Pero, veamos, veamos... En el fondo, ¿dónde están las diferencias? ¿No se matan y no mueren, como vamos a matar y a morir nosotros, todos los que impugnamos y están en la reacción? ¿Vale para una justificación el que la justicia está de nuestra parte? ¿Y el resultado? ¿No llenaremos, como ellos, el campo de muerte? ¡Néstor! ¡Por dónde vas! ¿Es que puede tener razón, sin malicia, esa mujer? [Un estremecimiento recorrió su piel en esa noche premonitoria... Camino de su *dacha*, en la soledad quieta de la tierra y las estrellas, los ecos del suceso de la tarde con su carga oculta pronta a fragmentarse en cada habitante de esa tierra y esa muerte en las manos, le paró en seco. Entonces recordó una vez más aquella escena. Volvió a verla con su cabello revuelto, su ropa desali-

ñada, pisando fuerte en sus botas de montar, desesperada, acusadora, salvajemente hermosa... ¡Y él que hacía poco había preguntado a Anatol por ella con la promesa de visitarla! ¡Ah, sus recuerdos, qué lejos! Si así apartaba y así repercutía esta nueva situación sobre seres queridos, ¿cuánto más, imprevisible, tendría que ocurrir?]... Yo no soy eso que has dicho, Mara. ¡Ni loco que estuviese! La justicia que vamos a imponer y que atañe a millones de seres que van a intervenir en ello y de los que yo soy sólo uno más, me pone a cubierto de ser eso. Y seguramente que habrán de caer muchos seres queridos. ¡Maldita la gracia! Pero, ¿no caen de peor modo y sin atisbo de que jamás acabe, todos los días de la vida y en todas las latitudes del mundo? Hay que cortar, hermanita... Es doloroso, pero, hasta que el hombre no aprenda a dirimir sus diferencias de otro modo, ¿qué hacer? El mundo está en crisis, hermana. ¡Oh, sí, así es como te siento! Y no te pido que tú, lo mismo... ¡No! Sólo que... ¡aguarda!, al mundo le trepidan los cimientos y acabará echándosenos encima... ¡Es la guerra social! Y en ella no hay, no habrá tiempo para conciliábulos ni pedidos de aclaración privados, mujer. Este tiempo urge, ruge, brama. Trata de no perder del todo la cabeza... No fui yo el que hizo eso. Anatol se quebró porque era un hombre responsable y pesaban demasiado sobre él las cosas contradictorias de este mundo... Y... no sé si podrá serte de consuelo: yo no creo que haya muerto en vano. Menos para convertirse en fuente de rencor... Tratemos de ser justos con él. Los dos le quisimos mucho... Amémonos en él. No lo desaproveches, ¿quieres?»

Comenzó a soplar un viento frío y él metió las manos en los bolsillos de su saco. Allí volvió a tocar el pañuelo de Mara manchado con la sangre de Anatol. Él lo había recogido en medio de la confusión. Y se lo había quedado. Testigo inquietante, desde el fondo de su bolsillo agitaba su pensamiento. ¡Y cuánto aguardaba, pendiente de un hilo, igual que en la vida de Anatol! ¡Y qué pronto esto que hoy se le imponía como una realidad abrumante, quedaría atrás, en la distancia! Apenas un punto en la memoria. Quizá ya mismo.

Extrajo el pañuelo del bolsillo, se apartó del camino y con el tacón de su bota hizo un hoyo en la tierra. Cuando lo consideró apropiado, metió en él el pañuelo, encendió una cerilla, le prendió fuego y viendo que tardaba en arder, volcó todas sus cerillas para avivarlo. Logrado esto, aguardó hasta verlo consumido. Luego, cubrió el hoyo de tierra, la apisonó con el puño y atrás quedó, enterrado el suceso.

XVIII

PRIMERAS SECUENCIAS

Si el anuncio de las expropiaciones desmoronaba un mundo, el escándalo del disparo de Anatol resonó en Gulaï-Pole como el preambulo desgarrado de un destino sangriento y trágico que a la brevedad habría de alcanzar a todos. Astillas y esquirlas ya penetraban en la carne. Mateo Obermülher, apenas arribado de la convocatoria a la que había acudido acompañado de sus dos jóvenes hijos, habiéndose guardado de decir nada en el trayecto, salvo observarlos de tanto en tanto y de hito en hito, los encaró. Natalia Osímova, que aguardaba ansiosa, asistía despavorida a la denostación.

—¡No son ellos tus enemigos, Mateo! ¡No te vuelvas contra ellos!

—¡Silencio, tú, gazmoña! ¡Gallina! ¡Y no te vayas! ¡Aquí te quedas! ¡Son tus hijos! ¡Rusos, como tú! ¡Cuajada de leche! ¡Para qué los habré criado! ¿Para qué vinieron conmigo a la convocatoria? ¿No tenéis cojones?

—¡Mateo!

—¡Silencio! Los llevé para que viesen de cerca los alcances pavorosos de esto que dan en llamar revolución y ¿qué han hecho? ¿Qué han hecho? Pues, ¿qué crees tú? —decía a su mujer mientras esos dos mozos se estaban ahí, abrumados, recibiendo los improperios—. Como si nada de lo que ahí se dijese los alcanzara. ¡Cómo si mis intereses no fuesen los suyos! ¡Cómo dos velones! ¡Y frente a mozalbetes de su misma edad! Agrandados, insolentes, lenguaraces, toda la misma calaña de podrida juventud. ¡Debimos de haberle puesto bien la mano cuando todavía era tiempo! Pero, ¿qué entretanto? ¿Qué vosotros? ¿Para qué os di estudio? ¡Éstos son tus hijos, Osímova! Así son de blandos los hijos que me ha dado tu sangre. Míralos. ¡Alfeñiques! ¡Vacíos y sin ideales! Ni siquiera románticos son capaces de ser y ju-

gársela como es debido. Para eso estamos los viejos, seguramente se andarán diciendo. ¡Y para deslomarse! Para darles heredad, futuro. ¡Para eso, sí! —Obermülher se paseaba ante ellos como un oso. Iba y venía. Saltaba a la vista que hacía por contenerse de mayores arrebatos o de encontrar la coyuntura precisa para desatarlos. No se sabía bien qué, aunque el todo configuraba un algo amenazante. Sus hijos ni pestañeaban. Su mujer asustada mordisqueaba su pañuelo—. ¡Hace treinta y cinco años que he venido a colonizar estas tierras! Todo lo que veis y todo lo que tenéis, lo he hecho y lo he plantado yo, con mis manos. En la brega, con tesón, deslomándome. Todo lo obtuve y todo lo hice de esta tierra. ¡Vosotros sois parte de ella!, ¡mis hijos! Mi orgullo y mi simiente. Mi proyección... Pero, ¡Dios mediante, qué hijos, qué hijos! —alzó la mano y les propinó una soberana bofetada a cada uno. Ni se movieron. Ese fue el momento que eligió la madre para desplomarse—. ¡Ya está! ¡No se puede hablar, no se puede levantar un dedo y ya ésta que los apaña! ¡Rusos! ¡Rusos! ¡Sois rusos! —al oído de ella le gritó—: ¡Los consientes! ¡Los malogras! —y viéndola sin señales de reacción, agregó, apartándose de ella—: ¡Natalia Osímova, deja de hacer teatro: todo se hunde! ¡El hijo de Pavel Adamov se pegó un tiro!

Sí, el hijo de Pavel, pero, ¿y Pavel? A causa del hecho, Pavel jamás recobró del todo su razón. Desde entonces, cuando las sombras que cernieron su cerebro tendían a disiparse, los sucesos de que era testigo, resonando en su mente trastornada como una marejada de cascos, lo cegaba, dejándolo en esa orilla donde no hay agua, ni tierra, ni nada que no fuese el viento ululante y oscuro de la demencia. (Él ignoró en todo ese tiempo que muchas veces la marejada de cascos atravesaba toda el área de Gualï-Pole y era de todos escuchada). Alojado en esa región sólo por él entrevista, cuántas veces añoró poder sumirse en un sueño y no despertar ya nunca...

Pero, ¡qué sueño! Faltaba la expropiación. Estaba el entierro. Había que seguir viviendo. Y la libertad desmadejándose... ¡Y qué confusión! El cadáver de su hijo, paseado por Gulaï-Pole, camino del cementerio, de mano de las fuerzas vivas... ¡Cuántos más, entre los que acompañaban esos restos mortales, iban a ser pronto pasto de esa misma fuerza contrapuesta y desencadenada! ¿Lo sabían? ¿Lo ignoraban?

XIX

ACCIÓN DIRECTA

Si el suicidio de Anatol pudiese computarse como un aviso preventivo, el acto intempestivo de Mara ciertamente resultó una provocación. Mal que pesase, debiendo y queriendo sustraer el cadáver al menos a la vorágine, no hizo otra cosa que arrojarlo a ella, como se arroja un leño al fuego. Así de difícil era hacer algo en ese medio combustionado y menos con intención de equilibrio...

Y no menos les ocurrió a los ricos y *kulaks* ahí. Se arrojaron sobre el cadáver haciéndolo suyo y de su causa y lo blandieron como una badera, con la remota esperanza de que a su vista se calmaran las pasiones..., pero en el fondo estaban desalentados. Apostando a que prevaleciese la sensatez, no todos, algunos prefirieron aguardar los acontecimientos en sus fincas, pivotearon el fúnebre cortejo, convirtiéndolo, al ser acompañado por mucha gente del pueblo y por tantos de la vanguardia makhnovista, en funeral cívico. ¡Hubo de verse a notorios déspotas y explotadores, ricos *kulaks* y agrarios, rodeando la fosa y allí clamando conciliación a expensas del muerto!

—¡Conciliación! ¡Conciliación! —decían y trataban de besar a todo el mundo.

Mas ya todo resultaba tardío y fetichista. En ese instante, Makhno ultimaba los detalles de la expropiación anunciada. Y en ese mismo momento, la muerte de Anatol quedó sepultada para la historia. Sólo un eslabón de la lucha que recién se iniciaba. Sepultado a media mañana, concluyó en ese mismo instante la tregua opcional. Martchenko, a caballo y al frente de un destacamento armado, partió a requisar las tierras de Timotei Timofovich.

Timofovich creyo estar bien pertrechado para repelerlos. Tenía apostados sus braceros a lo largo del camino de entrada a su predio.

habiéndolos persuadido de que defendieran sus trabajos con su sangre si acaso. ¡Lo que se apresuró Timotei con ellos! Si renuentes, logró por fin apostarlos bajo amenaza de desempleo, armándolos con garrotes y herramientas de labranza. Si esta defensa parecía precaria, lo era de ex profeso. Él tenía en la terraza y los balcones de su finca, al acecho y con orden de disparar indiscriminadamente a atacantes y trabajadores, con intención de culpar de ello a la milicia de Makhno, a policías acéfalos de la comisaría de Gulaï-Pole que, mediante una paga, se pusieron al servicio de los *kulaks*. Sin embargo, llegado el momento decisivo tal intención no acabó de concretarse. Al presentarse la partida de Martchenko e intercambiar la policía los primeros disparos, viéndose repelidos, midieron sus riesgos y resolvieron huir. Su carrera en la azotea y la caballada al galope por detrás de la finca, percutieron en Timofovich como un signo fatal. Un minuto después, viendo la desbandada policial, los trabajadores apostados para defender la finca se volvieron sobre la misma, Timofovich disparó su escopeta. Le fue devuelto el fuego. Como desalado corrió Timotei de una ventana a otra de su planta baja, procurando descargar las armas que ya tenía preparadas para el caso. Sus dos sirvientas, petrificadas en la escalinata que conducía a los altos, observaban a Timotei como se mira a un loco.

Por la calle ancha que daba directamente a la entrada, avanzó, tomadas sus precauciones, una veintena de hombres armados. Venían Martchenko, Sereda, Pakhomenko, Brova, Maslak, Golik y Tychenko y... Viéndolos venir, quien defendía la casa, se parapetó tras la puerta pincipal, con el dedo en el gatillo de su arma recién cargada. Callado. Aguardando.

Golpes recios a la puerta. Y Martchenko:

—¡Timotei! Venimos en nombre del Consejo de Campesinos: debemos inventariar.

—¡Consejo! ¡Inventario! —rabió Timofovich. Y volviéndose a esas dos mujeres aterradas—. ¡Cuidado con abrir la boca! —les dijo.

Aliona estaba en trance de alarmar.

—¡Señor! ¡Guárdese de resistir! ¡Nos matarán! —chilló.

—¿No dije que te estuvieras callada? —Timofovich dio un salto y le propinó una fuerte bofetada.

Fuera se oyeron conciliábulos. Martchenko impartió las órdenes. Dos se retiraron. Timofovich espió a través de una ventana. Vio la partida a su puerta. Y más atrás, como a la espera, a sus labradores. Escupió. Vio a Golik adelantarse con un hacha. Y ya el primer hachazo sobre la puerta.

—¡Cristo! ¡Qué echan la casa abajo! —tembló Pámela.

—¡Eh! ¡Alto! ¿Qué hacen? —gritó Timofovich.

Al segundo hachazo crujió el grueso tablero de roble.

—¡Un momento! ¡Ya voy! ¡Un momento! ¡Un momento! —Timotei pareció enajenado—. ¡Barbaridad! ¿Qué hacen? ¡Un momento! ¡Sí estamos hablando! —abandonó su arma en cualquier sitio y corrió a esforzarse con el pesado armario que atravesaba la puerta—. ¡Ayuden! ¿Qué hacen paradas como estatuas? —volvió a gritarles a las dos pobres intimidadas. Y a los de afuera que apuraban—: ¡Ya va! ¡Un momento! —y a las dos, viéndolas inútiles—. ¡Inservibles! ¡Idiotas! ¿No movimos hoy estos mismos muebles?

—¡Aquí nos van a matar! ¡Aquí nos van a matar a todos, Timotei! —alarmaba Aliona buscando más protegerse que esforzarse.

Otro hachazo abrió un boquete. Por la abertura observó Golik.

—¡Tá! —exclamó—. El viejo tapó la entrada con un mueble —entonces pasó un brazo en procura de la traba. Pero la puerta estaba además cerrada con llave.

—Échala abajo, Golik —dijo Martchenko.

—¡No! ¡Ya basta! ¡Despejo una ventana! —Timotei pareció vencido.

Ya dentro y despejada del todo la entrada, dijo Martchenko:

—Timotei Timofovich, vamos a proceder a inventariar. Tenemos autoridad del Consejo de Campesinos para parcelar sus tierras y repartir de inmediato todos sus bienes.

Timotei, sudando y temblando, espumarajeaba.

—¡Donde se ha visto ser juez y parte! —dijo.

—Únicamente los que trabajamos asumimos autoridad —con firmeza le replicó Martchenko.

—¡Palabras! ¿Quién os calienta la cabeza? ¿El ex presidiario?

—¡Guarda tus palabras, cerdo! —le enfrentó Golik. Golik, dos semanas atrás, todavía trabajaba de bracero en tierra de Timofovich.

Sin dejar de sopesarlo, Timotei prefirió dejar pasar el insulto. Se encaró a todos. No. No estaba vencido.

—Habláis de los derechos de la gente de trabajo. ¿Y qué hago yo? ¿Hay alguno entre ustedes que trabaje mis jornadas? Para mí no hay cuentas de diez horas, ¡ni de catorce! Yo comienzo a las cinco y concluyo a medianoche. Trabajen así y verán que se prospera.

—Por esa razón podrá conservar, usted, una parcela de sus bienes —le contestó fríamente Martchenko.

—¡Una parcela de qué! —pareció pronto a saltar sobre alguno.

—Como no deje de hacer números y se ocupe mejor de la labranza... ¡Sus números fueron nuestra sangre! —gritó Golik.

Como una fiera saltó Timotei sobre Golik. Se apresuraron sujetándole. Timofovich quedó reducido pero no cejaba de forcejear y decir cosas.

—Te he dado crianza. ¡Aquí has crecido! Comiste de mi pan. ¡Desgraciado! He sido un padre para ti. ¿Y para quién no? Y en mis tierras. ¡Mis tierras! ¡Mis tierras, malditos sean! ¡Siempre serán mías! ¡Yo las hice! ¡Yo las junté! ¡Con mi sudor y mi trabajo se hizo todo! ¿Por qué no las cogisteis cuando eran nada? ¿Y por qué no buscáis tierras que no sean nada y la hacéis vosotros?

—¡Qué tú! ¡Qué tú! ¡Con nuestras manos y nuestros lomos has hecho todo, tú, gran cabrón! —le espetó Tychenko.

Golik, ya recobrado, se acercó a Timofovich. Algo de su expresión hizo que quienes soportaban a Timotei, lo soltasen y a este mismo menguar su arrebato hasta acallarlo.

—En quince años que trabajé contigo, es cierto, nunca osaste levantarme la mano, Timofovich. Y siempre fuiste mano larga. Sabes muy bien y sabías que ese hubiese sido el último desmán de tu vida. Te hubiese hachado.

—Debes pedir excusas a Golik, Timofovich —señaló Martchenko.

—Pero si yo... —y volvió a estallar—. ¿Por qué no van mejor a las tierras de los alemanes? ¡Ésos tienen! ¡Y son extranjeros! ¡Yo soy ruso! Ruso, como ustedes.

—Los alemanes huyeron. Ninguno de ellos quedó en Gulaï-Pole, —le dijo Maslak.

Timotei se quedó de una pieza.

—¡Que los alemanes se fueron! —balbuceó—. ¿Cómo les dejaron ir?

—Es su derecho. Nadie puede oponerse a lo que cada cual decide hacer con su propia vida. ¿No va a pedir excusas al compañero? —insistió Martchenko. Al no recibir respuesta ni señal de que pudiese haberla, dijo—: Golik, tú decides.

—¿No vinimos a inventariar? —dijo éste.

—Bien —asintió Martchenko. Y se encaró a Timofovich que seguía estupefacto por lo que esos campesinos decían—. Le recomiendo no interferir en la justicia del pueblo; ni ocultar bienes o valores o propiedades, cualesquiera que sean. Eso lo consideramos oposición a la justicia.

—¿Y qué demonios es eso de oposición a la justicia? ¿Qué figura es esa? ¿Qué alcance tiene? ¿Quién dispone? ¡Qué galimatías! ¡Es el terror! ¡Ni más ni menos que el terror! ¿De qué justicia habláis?

—Usted posee tres mil hectáreas. Hacienda compuesta de ciento setenta y cuatro vacas, novillos y terneros y tres toros de servicio;

mil ciento seis ovejas y carneros; más trescientos setenta y dos equinos de cuyo son tantos padrillos, tantos castrados, tantas yeguas y tantos de tiro y tantos otros de yugo; y tanto de esto y de aquello y de esto otro. Y si no está de acuerdo con nuestras cifras podemos volver a contarlos. Y las herramientas... y los rollos de alambre y... —de cada cosa daban número, clasificación, peso o fanegas. Timofovich no podía apreciar bien lo que denunciaban. Estaba como obnubilado. Todo eso le aturdía. Le resultaba demasiado—. Posee además tierras que penetran en el bosque de propiedad del Estado...

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¡Si son del Estado! Acabas de decirlo.

—Vamos, Timofovich, bien lo sabemos. ¿Quiere detalles? —Sereda buscaba entre las carpetas que habían traído consigo y que se hallaban dispuestas sobre una mesa, los documentos pertinentes. Pakhomenko levantaba el acta.

Fue en ese instante que el *kulak* comenzó a temer vivamente, casi podría decirse que recién con entera conciencia su ruina. Le quedaban sus propiedades en la aldea, pero ya no estaba seguro de que no se supiese eso también. Muy celosamente tuvo guardados los títulos del bosque y sobornado al catastro y de mutuo acuerdo con los personeros del Estado que vendían en secreto y todo había sido revelado. Entonces temió por sus propiedades.

—¡Casas! ¡Casas! ¿Qué casas?

En la investigación efectuada en el catastro municipal aparecieron títulos a nombre de vecinos de la aldea que bajo ningún concepto podían poseer tales bienes. Generalmente obreros artesanos que poseían su taller donde habitaban, gente de modestísima posición. Interrogados, pronto se descubrió una amplia trama de ocultación en la que muchos acaudalados, haciéndose firmar contradocumentos, escrituraban a nombre de terceros parcelas y propiedades para eludir gravámenes y por otras razones.

—¿Acepta que esta casa —y daban su detalle—, y esta otra —y volvían a documentarla—, son de su propiedad?

La lista era larga. Timofovich no sabía qué hacer, qué decir. Se veía acorralado. Otra vez brillaban como centellas sus ojos.

—¿Acepta esa propiedad como suya? —Martchenko era implacable—. Le advierto que la pregunta es pura fórmula, ya que los señalados en los títulos de propiedad no las reclaman como suyas y en todos los casos están dispuestos a testimoniar que usted, Timofovich, es el propietario. ¿Lo reconoce, usted? De todos modos, le indico que a partir de ahora todas quedan a disposición de la comunidad.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Tan descabellados sois? —Timofovich no renunciaba. Quemaba su pólvora. Ese aliento no se lo podían negar—. El trabajo y el fruto acumulado, lo que da vigencia a las sociedades y a la cultura, ¿lo vais a destruir? ¡Distribuir bienes a tontas y a locas es destruirlos! ¡Hay que saberlos ganar para merecerlos! ¿Alimentaréis vividores? ¡Lo arruinaréis todo! ¡La historia del mundo! ¿Qué objeto tiene la vida sin incentivo? ¡Estáis locos! ¡Convertís a Rusia en una pocilga y en un pandemonio! ¿Oís? ¿Me oís? ¡Oh, a qué, si estáis sordos! —se debatía de un lado a otro y parecía como que fuese a acabar embistiendo a alguien—. Y qué crueles. ¡Qué crueles! Si podría decir que os vi crecer a todos. Que sois los hijos que nunca tuve. Qué haréis sin mí. Qué, sin gente como yo. ¡Adónde iréis a parar!

—Pakhomenko, ¿quieres leer el acta, por favor?

—«Gualï-Pole, 14 de agosto de 1917. En presencia...»

—¿Qué leéis? ¿Para quién? ¿Quién escucha? ¿Así que os obstináis?

—Se deja de leer si no es su voluntad escuchar... ¿Quiere firmar?

—¡Firmar! ¿Y firmar qué? ¡Mi sentencia! ¡Dónde se ha visto! ¡Vaya formalismo!

—El de un miembro de la comunidad que se aviene voluntariamente a devolver cuanto ha robado.

—¡Yo, robado! ¡Yo, robado! Me despojáis de cuanto legítimamente poseo y ¡yo soy el ladrón! —Timotei estaba rojo de cólera.

—Habiéndose consignado todo cuanto ha reconocido como suyo...

—No, todo. ¡No todo está ahí!

Todos se volvieron. Era Aliona quien había dicho eso.

—¡Faltan las alhajas! —agregó.

—¿Alhajas?

—Sí. Las joyas de su mujer...

Timofovich tuvo un vahído fugaz y en él sin duda perdió la cabeza. Corrió hacia el arma que había dejado por ahí y en la que nadie había reparado, hasta ahora que la empuñaba amenazador.

—¡Desgraciada! ¡Miserable! ¡Muere, perra!

De distintos sectores de la sala partieron disparos. Timofovich cayó pesadamente. Muerto en el acto. Las detonaciones pusieron en el umbral de la finca a los labradores apiñados afuera, testigos mudos de los sucesos. Que el hecho había culminado y se había dado comienzo a la expropiación, ¿cabía duda? Ancho cauce de sangre había quedado abierto allí. Si algunos ricos y *kulaks* jamás creyeron que las cosas se ahondarían hasta semejante extremo, ahí estaba esa muerte quitándoles la última ilusión.

En otro procedimiento, éste en la alquería de los Spaltnícovich, duros y tan orgullosos propietarios como los que más y con fama de ser muy independientes y radicales en sus determinaciones y por tanto del mayor cuidado, los makhnovistas, prevenidos, apostaron para el caso un destacamento al comando de Karetnik, sostenido por Luty, Garcucha, Tibachenko, Kalchnicoff, Veretelnikoff y en suma, unos treinta hombres a caballo, bien pertrechados de armas.

La alquería tenía un origen que databa de casi un siglo, en tiempos del zar Nicolás I, si bien sus cimientos se arraigaban todavía desde la época del primer Alejandro. Construcción un tanto accidentada, la comenzó el barón de Lov que residía en Kiev, abandonándola por años, hasta que la retomó, ya anciano, con intención de convertirla en casa de campo y retiro. Su deseo quedó en ello pues falleció antes de concluir la construcción. Una vez más el tiempo se amontonó sobre ella. Luego de treinta años la sacó del derrumbe la especulativa iniciativa de un nieto político del barón, quien, careciendo de recursos, se hipotecó por esa causa firmando valores. La idea era valorizar haciendo habitable el lugar y venderlo luego junto con los doscientos siervos que poseía y que poco o nada rendían gobernados desde lejos. La idea era buena pero no halló comprador y los documentos resultaban inapelables. En trance de liquidar ruinosamente, aprovechó la situación el constructor, en cuyo poder estaban las obligaciones y se quedó con alquería y predio por nada. Que se aprovechó es un modo de decir. Entre litigar con uno que había quedado sepultado por la desproporción de su proyecto —la finca contaba con tres plantas y resultaba una exageración para el lugar y su finalidad por el costo— y al que no volviéndolo de cabeza habría de sacar un rublo, prefirió la transacción tomándola como una inversión a largo plazo. Sabiendo que la finca deshabitada pronto caería en deterioro, le ofreció ocuparla y el puesto de mayordomo o administrador general del predio a un hermano suyo que empleaba como albañil. Éste vislumbró en ello una posibilidad y aceptó. Obtuvo el pago habitual en estos casos. Lo que pareció oferta generosa se fue diluyendo en esfuerzo personal y no más que espectativas inalcanzables. Habiendo llegado con su mujer y dos chicuelos, no poseía, luego de quince años, nada a su favor que lo consolase económicamente del tiempo empleado, salvo haber aumentado su familia con siete vástagos más. Y sí una posibilidad que, habiéndole hecho abrigar esperanzas, al no concretarse, trocó en amargura y resentimiento definitivo su

vida. Sucedió en el sesenta y uno, cuando el zar Alejandro, cediendo a presiones que amenazaban la estabilidad de su régimen, accedió a manumitir a los siervos. Entonces el temor cundió entre los propietarios que asignaban al hecho alcance catastrófico. Nuestro albañil abrigó en ello su mayor esperanza y esperó ansioso la ruina de su hermano creyendo poder él comprar la finca por cuatro *kopeks*... o acaso recibirla en regalía... Pasado el estupor inicial, se descubrió que más allá de la espectacularidad de la medida, en poco o nada cambiaba el sustrato. Las almas manumitidas, ahora convertidas en libres, volvían a ser aherrojadas y sometidas por el sistema de gravámenes, indemnización y parcelación ínfima de la tierra para su cultivo. «Más vale otorgar la libertad desde arriba que esperar a que la tomen desde abajo», había dicho el zar.

—¡Qué trampa! ¡Qué trampa! ¿Has visto cómo nos engañan? —se quejaba el albañil a su mujer. Sintiéndose defraudado se bebía su hiel y cavilaba.

En 1864, tres años después de concedida la manumisión, el zar instrumentó reformas en la Administración. Las mismas propiciaban la creación de municipios locales, urbanos y rurales, con capacidad autónoma. Con ello descargaba obligaciones que agobiaban a la pesada maquinaria estatal y confería a los distritos movilidad propia, largamente reclamada y amenazados de parálisis y sofocación. Los servicios del Estado, estáticos y dependientes o sencillamente ausentes, como en el caso de Gulaï-Pole, se reanimaron, se fundaron, pulularon. Y con ellos toda una burocracia sedentaria activada por la disposición, promovida de la Administración al gobierno, ávida por sacar provecho de su posición. ¡Ni hablar de los chanchullos que se cocinaban en esos sitios! Nuestro albañil —¡y quién no!— bien sabía de eso. La muerte de su hermano, el constructor, determinó los acontecimientos. Aprovechando las demoras en los trámites sucesorios, él, mediante impostura, pretendió escriturar a su nombre. Descubierto, intentó sobornar con parte del predio, pero todo el conjunto configuraba una unidad indisoluble, altamente codiciable, ya programada incluso estéticamente por el viejo barón y que parcelada aparecía como carente de sentido... Total, que de todo eso, el albañil resultó comprometido en intento de soborno, defraudación y estafa. Y amenazado de cárcel de por vida. Y si la sangre no llegó al río, fue porque él aceptó, se avino, firmó y desapareció del lugar con su mujer y sus crios. No todos. Que dos, o acaso tres, fueron dejados en casas de campesinos de la zona.

Entonces apareció un nuevo propietario. Éste no fue otro que Igor Spaltnicovich, el *Viejo*, fallecido a finales de siglo, cuando el ma-

yor de sus hijos contaba veinticinco años. Historia oscura, origen espurio, nadie se atrevió a testificar cuando los jueces lo requirieron. Allí, entre los propietarios, ¿quién no tenía cosas que ocultar? El litigio por tenencia de la alquería se debatió por años y no sólo el *Viejo* reconoció derechos ajenos, sino que se vio apoyado por el municipio departamental que defendía sus fueros... de modo que, hasta nuevo aviso, si bien pesaba sobre el patrimonio una orden de casación, ésta se hallaba en suspenso desde el 95. Y salvo que hubiera quien estuviese dispuesto prácticamente a degollar, mejor olvidarse que el litigio pudiese tener sanción justiciera. Hacerlo significaba iniciar una investigación fundamental que hacía a toda la podrida administración del régimen, y eso, guárdese de que fuese el propósito. Eso, como no fuese removido por la presencia de un aluvión revolucionario, tenía seguro de inmovilidad en algún anaquel tribunalicio. Total que —y no es que se hubiese hecho de ex profeso para resolver este caso— como un poder nivelador, con esta historia bajo el brazo, sacada a la luz en el catastro, venía Karetnik y los suyos a hacer justicia. Pero que aquí nada habría de resolverse mediante la presentación de papeles que atestiguaran sí o no, dolosa usurpación, lo sabían; lo estaban viendo.

Si de lejos podrían parecer tres las familias que convivían en la alquería, acercándose, penetrando en su intimidad, se comprobaba, asombrosamente, que todas no eran más que una... A la muerte de la madre, al año siguiente del deceso de el Viejo, el Mayor trajo a vivir con él una mujer que no tardó en compartir con sus hermanos; el Menor adolescente, de trece; el otro, de dieciocho. Al cabo de un tiempo, el Mayor, cansado de ella, la despidió. En realidad y aunque cueste creerlo, celoso del Menor, que había acaparado la preferencia de ella. Dicha práctica, si bien con contratiempos como el apuntado, fue incorporada, podría decirse que sistematizada, a la vida privada de los hermanos. Si los hizo promiscuos, también más entrañables, al hacer objeto todos a la misma mujer de sus preferencias y al margen de que éstas durasen lo que duraran. Las disfrutaban y cuando dejaban de hacerlo, las indemnizaban y a otra. En una ocasión no fue el Mayor, sino el Mediano el que trajo una mujer de un prostíbulo. Las reglas de juego estaban dadas y él nunca creyó, hasta que pasó por ello, que habría de sentirse afectado hasta tal extremo viendo a su querida servida por sus hermanos. Pero mucho más todavía, cuando los dos le retiraron su favor. Eso significaba, tácitamente, el despido de la amante de turno y el Mediano, loco por ella y alentado

por ella, que vislumbró la posibilidad de afincarse en casa de ricos, quebrantando reglas, a fuerza de distorsionar la armonía existente entre los tres, pudiendo en este caso más su pasión que sus intereses, se arriesgó pidiendo que la dejaran quedarse con él. Para su satisfacción y superando temores, privó la comprensión... Luego de un tiempo idílico el Mediano fue serenándose de su pasión posesiva. Y si bien teniendo siempre preferencia por la suya, solía gustar de las que traían sus hermanos que, primero, el Menor, ya de veinte años, que se decía había arrebatado este primor de dieciséis de una mancebía, todavía virgen; luego el Mayor, con una jamona muy de su gusto y divertida, fijadas en la atención de ambos como compañeras, fueron formando, junto con la suya —una vez compartida—, la base en que se asentaron las tres parejas. De los cinco hijos habidos en ese falansterio increíble, se podían señalar las madres, pero difícilmente indicar quién fuese el padre. Los trascendidos a esa situación, hacían que la mojigatería de ciertos encumbrados les cerrasen las puertas de su círculo en razón de sus prácticas de serrallo. A los Spaltnicovich no les alcanzaba la discriminación. Máxime en esta emergencia. Por lo demás, ya los hemos visto sin complejos pesando en la reunión convocada en el municipio. No por nada los makhnovistas los habían elegido, como a Timofovich, entre los primeros a ser compulsados a aceptar la resolución del Consejo de Campesinos. En la certeza de que si doblegados primero los más decididos a resistir, más que probable fuese que los demás ricos y *kulaks* se rindieran a la situación.

La partida de Karetnik fue advertida de continuar avanzando por la avenida arbolada que conducía a la alquería, detenida por disparos provenientes de la finca. Se intercambiaron fuego sin consecuencias para ninguna de las partes. Estando a una distancia de cincuenta metros unos de otros. Los de la partida observaron en la terraza decenas de labradores parapetados con armas y allí mismo al Pequeño intimándolos a tirar. Se graneó el fuego. Al cabo se hizo un alto. El Grande se lo ordenó al Pequeño.

—¿Quién manda ahí? —inquirió a los malhnovistas, desde la finca—. ¡Que se adelante! —bocinó con reciedumbre.

—¡Usted está interfiriendo la acción del Consejo de Campesinos! —Karetnik recibió de réplica una descarga.

—¡Me cago en tu Consejo! ¿Quieres hablar o no? ¡Adelántate! ¡Yo no soy Timofovich!

—¡Spaltnicovich, ríndase! ¡No tiene alternativa!

—¿No la tengo? —volvió a descargar su arma.

Se oyeron gritos de mujeres y llanto de niños.

—¡Qué nos matan! —gritaban las pobres, aterradas.

El Pequeño desde la azotea vigilaba el panorama y encañonaba a un campesino.

—¡Spaltnícovich, deje salir a las mujeres y a los chicos! ¡Será una inútil matanza y usted será el responsable!

—¡Si es que el hijo de puta queda con vida! —masculló Kalchnikoff, sopesando a su vez la situación desde un arbusto de avanzada tras el que se hallaba oculto.

—¡No soy yo! ¡Ustedes son los que asaltan! ¡Abre fuego, Pequeño! —gritó el Grande desde dentro de su parapeto en la habitación de entrada. Su voz retumbó en cada piso de la finca y donde se escuchó, heló la sangre de las mujeres que lo compartían. Corrió a los pisos, cogió a una que le echó mano y arrastrándola y con el cañón de su escopeta recortada bajo el mentón de la desdichada, apareció a la puerta, estrafalario, desencajado y por lo que parecía dispuesto a todo—. ¡Si alguien da un paso, la mato! —gritó.

—¡No a ella! ¡No a ella! —chilló el Pequeño desde arriba. Ese instante, ese desatino bastó para definir toda la situación. El Pequeño cayó desde lo alto acribillado a balazos.

Se desesperó el Grande.

—¡Asesinos! —profirió. Su disparo poco menos que le arrancó la cabeza a la del Pequeño. Y en ese mismo momento lo alcanzó Kalchnikoff con su arma. Todo simultáneo, compelido, fatal...

¡Si que estaba costando transferir la tierra a los braceros! Pero la marcha de los tiempos indicaba ese diapasón... Por suerte, temple de hierro hubieron de tener los makhnovistas, fuera de estos hechos cruentos, al menos y en esta etapa, ya no hubo derramamiento de sangre. Si bien con sangre, ¡ya tanta!, habrían de escribirse estos hechos. Y en justicia. Más allá de sentimentalismos, con la crudeza de un reclamo siempre acallado abriéndose por fin paso por las suyas, queriendo establecer equivalencias, si rezumaba gozoso entre los campesinos que se iban a recibir de esas tierras, dejaba equívocas, temblando como cervatillos ante su propia situación de desamparo, ¡y a sus hijos!, a las mujeres del Grande y el Mediano. Que se vieron de golpe perdiéndolo todo y sin poder alegar pertenencia de nada por no ser efectivas mujeres (es decir, legales) *Splatnícovichas*, ni siquiera campesinas para poder aspirar a un terreno. Se las tranquilizó al respecto. La sociedad que se instauraba abolía la ley y establecía el acuerdo. Ello las facultaba, como un campesino más allí, a recibir su parcela. De ellas dependía, de trabajarlas o no, la plena posesión. En

cuanto a la vivienda, el arrendador era quien tenía prioridad por el sitio. Si bien reducido a sus justas proporciones y compartido, como se compartía la tierra cuando excedía la capacidad de trabajo personal del poseedor.

Si las dos mujeres derramaron lágrimas, en absoluto lo fueron ya amargas y quemantes. Fluían cálidas y les sabían a néctar. ¡Difícil imaginar consolación mayor! Creyéndose perdidas y arrojadas a la calle, se encontraron libres, consolidadadas en algo proporcional, si bien menor que sus fantasías, definitivamente suyo. Dejaron atrás, con un hondo suspiro la pesadilla. Levantaron la vista: un mundo nuevo se extendía ante sus ojos.

Cuando los personeros del grupo manumisor se presentaron frente a la mansión de Pavel Adamov para inventariar y parcelar, Mara fue quien se encargó de recibirlos.

—¿Qué más hacer que dejarlos hacer? —se dijo.

Separaron lo que podría considerarse estrictamente personal; algún recuerdo privado, muebles de uso, ropa de cama, utensilios; la advertencia de que la casa habría de ser compartida. Y luego, tan escrupulosamente como todo eso, separaron herramientas de labranza, maquinaria; dividieron rejas y acequias y molinos; y también la hacienda; y el corral, y tantos pavos, patos, gallinas, gansos; y luego la tierra, la bendita tierra, motivo de tantos pesares y al final un día, —éste lo parecía—, repartida ecuanimemente.

En reemplazo de su padre que se encontraba convaleciendo, Mara suscribía la contabilización, asistía al reparto, veía desmantelarse la casa, desdibujarse recuerdos... ¡Cuántas veces ahogó un grito, se bebió sus lágrimas! Y no porque se sintiera robada o perdiese cosas, en el sentido de pérdida o ganancia. ¡Nada de eso! En algún rapto de lucidez, luego del colapso y del entierro de Anatol, su padre la había instruido. Ambos habían derramado ardientes lágrimas por causa de ello. Si bien no por idéntica razón. Su padre, echó a un lado definitivamente a un mundo que se hacía pedazos y sabiendo qué tarde llegaba para conciliarse con el nuevo. Ella, advirtiendo su vida carente de sentido y su voluntad ausente para ninguna tentativa de regeneración.

—No debemos dolernos, queridita mía. Los valores no son eternos. Y hoy es a los míos a los que toca volver al polvo. Los hombres, por lo general, emitimos tardíamente las respuestas. Y nunca antes que la muerte o los cataclismos nos sepulten. Confusa y nada gloriosamente, la naturaleza, agotada en nosotros, nos aparta, hundiéndo-

nos en la vana nada. Y lo terrible es que, con loca obstinación, hasta un segundo antes del vagido final e incluso en ese segundo, recién ponemos empeño en enorgullecernos de todo lo que fuimos y todo lo que creemos seguir representando. Y si acaso llegamos a arrepentirnos o a reconocer nuestro error, tardío resulta y amargo. De poco vale esa iluminación tan tardía y tan fugaz.

—Padre, ¡te cierras las puertas! Te niegas el último consuelo, —dijo Mara asustada.

—Perdón, hija —repuso Adamov, conmovido y confuso del mal resultado de su requisitoria—. No está en mi deseo asustarte... Desearía preservarte... Y que comprendieses... Vendrán cosas... ¡Ciertamente! Y perdóname por volver al tema —se detuvo y miró extrañamente a un lado y otro. Agregó—: sin embargo, rodeado de sombras, como presagios... —luego de dicha esta aparente vaguedad, añadió, como si por fin se decidiera—: En fin, es que es justamente de esto que quiero hablarte.

—Sí, háblame. Yo escucho...

—Estás llorando, hija.

—¡Qué tonta! Perdóname tú. No hagas caso... Soy feliz oyéndote.

—¿Lo eres? —Pavel se quedó observándola, cegado a su vez de lágrimas—. Sí, yo decía... —pareció que fuera a perderse—. ¡Ah! Tú dijiste: *consuelo*. ¡Si fuese eso! Pero no, es sólo, otra vez, el refugio. En el último momento no hacemos otra cosa que responder a cuanto hemos sido, a cuanto nos ha condicionado. ¿Podría ser de otro modo?, no he cesado de preguntarme ¿a título de qué, en el último instante, vamos a estar más lúcidos y resueltos? ¿Precisamente cuando nuestras fuerzas declinan? ¿Obviamente, acaso es eso algo más que otro convencionalismo consolador? ¡Pero qué servicio presta! Porque, de lo que se trata, hija mía, es de tomarle la delantera al cataclismo, para esperar en paz la muerte. Sin tener que recurrir a esas contorsiones sacramentales que dispensa la Iglesia ni, en el mejor de los casos, a golpes de pecho tardíos. Eso es cinismo, hipocresía, nulidad. Lo que se obra luego del *consumatum est*, es nada. Positivo y glorioso, hubiese sido anticiparme, como Tolstoi. Y no que yo no lo haya pensado. ¡Y si al menos no lo hubiese pensado! —se cogió el rostro con ambas manos y movió el cuerpo en dos oportunidades hacia adelante y hacia atrás en su asiento. Pareció roto—. ¡Tuvieron que sacarme el engorro de las manos! —repitió el movimiento y rompió a llorar. Por un largo rato ambos lloraron estrechados.

—¡Papá! ¡Papá! —no dejaba de repetir ella.

Al cabo dijo Pavel Adamov con voz que no pareció ser la suya.

—¿Sabes, hija mía? No siento rencor.

XX

RESULTANTE

¡Nadie más en Gulaï-Pole pensaba como Pavel Adamov! Los viejos detentadores de riqueza la defendían con toda su alma. Ni abandonándolas al huir renunciaban a ello. Bien lo advertían los de Makhno viviendo tan de cerca los acontecimientos. Lo leían en esas expresiones llenas de odio, lo comprobaban viendo el estado en que dejaban sus mansiones, prácticamente arrasadas; en el incendio provocado de muchos de esos campos. Había que arrancarlos de sus bienes como muelas enraizadas. Ricos y *kulaks* se revolvían en hieles y en deseos de purgar a estos despojadores y asesinos. ¡Y cuánto más a quien consideraban la causa principal, el autor de sus males: a Makhno (el carcelario). ¡Las promesas de venganza que se hacían! Y no sólo ellos. Otros también, en tantos diferentes puntos de la gobernación de Ekaterinoslav, anarquizada. ¿No regía todavía la ley en Rusia? Esos miserables podían comerse los granos y la hacienda, pero, ¿hay quién se coma la tierra? ¡Ellos eran sus dueños, volvería a sus manos!

Reclamando amargamente, los *kulaks* y agrarios se fueron refugiando en Kiev. ¡Hasta allí no había llegado el amotinamiento! Y era el asiento de la burguesía ucraniana representada por el partido separatista de Petliura. Allí se sintieron seguros y en vísperas, eso creyeron, de hallar oídos para sus reclamos. Estuvieron en la primera línea de los que apoyaron el golpe de Petliura. Éste se instaló en el gobierno de Ucrania y proclamó su independencia en septiembre, cuarenta días antes del golpe de Estado leninista. Tiempos fluctuantes, Petliura corría contra el tiempo. Queriendo ser protegido por las grandes potencias de la Entente, apenas si alcanzó a profundizar negociaciones, pues el ejército rojo los expulsó de Kiev. Pero no adelantemos sucesos y retomemos ese mes de agosto en Gulaï-Pole.

Como un viejo árbol dormido, atesorando en su rugoso tronco jugos escondidos, así, la monocorde aldea, despertando de su sueño y como insuflada, se dinamizaba en una actividad imparable que se transfería a su actitud, a lo que hacían, a su carácter. Como si de envarados, oscuros, herrumbrados, recuperasen la plenitud almacenada en algún lugar de la memoria... Y no es que esta sensación fuese el mágico resultado de sentirse como nuevos propietarios de la tierra. No. Era mucho más sutil, mucho más complejo. Si la posesión de la tierra coronaba un resultado, los pasos que conducían a ello poseían la explicación, el secreto de la metamorfosis. Se componía del despeje, la eliminación de todas esas fuerzas aparentes pero tan reales que hacen la base sustancial del régimen capitalista o de explotación del hombre por el hombre y que comienza por privar de seguridad y estabilidad económica al ser humano hasta sumirlo en un estado permanente de intranquilidad por dependencia, obediencia, competición.

Los cientos y miles habitantes de la aldea, los muchos anónimos, los sólo braceros, peones, conchabados, hasta ayer eso, una nominación, un subproducto, sólo dueños de su miseria, helos de pronto, por su determinación, su convicción, su derecho —despejados de complejos, viendo claro—, asumidos, convertidos en soberanos. En dueños. En dueños enteramente de sus vidas, su trabajo y el producto de su trabajo. Y sin criterio de especulación o lucro. Convencidos de que sólo en el reparto ecuánime de los bienes generales, entendiendo esto por todo lo que rebasaba su propia capacidad de consumo y uso, estaba la justicia sencilla y primaria. Dando y recibiendo proporcionalmente.

—¿Cuántas hectáreas necesitas? —era la pregunta inicial.

—Bueno... Te diré... Somos yo, mi mujer, mis dos hijos, la abuela... Pienso tomar dos o tres braceros para que trabajen conmigo...

—¡Ah, ah! ¿Braceros? ¿Dónde estabas tú mientras hacíamos la revolución? Nada de explotar a nadie. Eso acordamos.

—De acuerdo. Pero yo les pagaría...

—¡Nada! Cada cual en lo suyo.

—Pero, ahora que es posible, quisiera poseer más y guardar para mañana. Quizá esto que hacemos, Dios no lo quiera, no nos dura toda la vida...

—¡Nada! Solamente lo tuyo. Y no esperes de Dios que lo preserve. Defiéndelo tú llegado el caso. Esta parcela es tuya. Escoge las herra-

mientas que precises. Lo que pueda hacerte falta la comunidad lo provee... Si lo posee. Si no, lo fabricas, lo inventas y si no puedes solo, con la ayuda de otros, si logras convencerlos. Y tampoco para quedarte con el esfuerzo de ellos, para compartir lo que resulte.

—Eso ya lo dijiste. Lo entendí. No soy un burro. Y si quieres saber, te hice la pregunta para saber qué contestabas. Me gusta saber que cada cual que ocupa un puesto sabe lo que se hace.

Así, con esta ingenuidad, tal frescura, los campesinos se iban acomodando en sus respectivos lindes. Y sin demarcarlos con nada más que sus cultivos o, directamente, asociándose comunitariamente con sus vecinos para precaverse de caer en el cerco de los minifundios. La explotación de lotes ínfimos, con carácter de producción, ya había sido experimentada en época de la emancipación de los siervos y si bien otras razones coadyuvaron al fracaso del sistema, le era propio su limitación que, al contrario de su propósito, dar de comer, acababa comiéndose a los que lo adoptaban. Nada era ya hacer y desentenderse. O hacer y ver cómo se almacenaba en graneros y silos en fruto que atesoraban para su enriquecimiento personal los que los explotaban. Ahora todo era comunicación, consulta, intercambio de ideas y *disposición para ello.* Cada cual un ser humano activo y despierto. Sabiendo que habría de ser escuchado. Y sin protocolo, sin espera, *sin gracias,* y *sin señor.* ¿Sabrá la humanidad, alguna vez, cuánto significa para la dignidad del hombre la abolición de tales motivos de encadenamiento y sujeción? Este movimiento de ideas, esta corriente fluyente de simpatía, buscaba a su prójimo en la suma de su valoración. Para entusiasmarlo, adherirlo a esa práctica solidaria, no piadosa, no ajena, íntimamente interconectada. «Me apoyo tanto en ti como tú en mí» Esa era la vivencia. Y ese sentido era lo que daba a esos hombres y a esas mujeres hasta ayer arraigados, pegados, integrados a la tierra, enterrados como troncos doblegados por su propio peso, esta nueva expresión ligera, dotada de espíritu, que convertía en móvil, de estático que fuera, el paisaje cotidiano.

Más que metáfora, la constante guardia armada de los hombres de Makhno, recorriendo a caballo, arriba y abajo la zona, protegiéndola de acechanzas, contribuía con su transitada presencia a mantener activo el pensamiento. No embotado en la resignación y el sufrimiento. Sabiéndose prolongados en esos que recorrían la extensión con el fusil atravesado a la espalda. Y éstos en ellos, asumido el trabajo con responsabilidad y amor. Sí, amor. Sentimiento tergiversado y sofocado en la estrechez y en la rigidez de la sociedad burguesa, ahora convertido en viaducto de transferencia y comunicación presente y

amistosa hacia el prójimo. ¡Ah! Lo que la monstruosa trama de esta sociedad oculta. ¡Y estando tan cerca, apenas detrás del envilecimiento y el escepticismo creado por tantos intereses egoístas!

Aquí no se trataba de utopía. (¡Qué malévola palabra!) Se estaba en la realidad. Si bien esta realidad, extendida a la vastedad de Rusia y del mundo aparecía microscópica, apenas un motín, un conato, lo que una pulga en la piel de un elefante, ya se verá hasta qué extremos y por qué medios debió ser combatida, so pena de generar pronto la gran Revolución. Si Gulaï-Pole, luego Ekaterinoslav y todo en su derredor se inflamó a su soplo vivificador, el resto del cuerpo social, como un cuerpo tocado por una enfermedad devastadora —en este caso denominada Poder, Autoridad—, albergando células cancerosas a pesar de haber pasado por la sala de operación en febrero, cuando el derrocamiento del zar, cobraba aliento, renovaba sus energías, amenazaba... El bolchevismo adelantaba en su labor en la capital y en las grandes ciudades. Faltaban dos meses para octubre.

XXI

TINTA FRESCA

En la primera semana de septiembre, Makhno, en compañía de Tibachenko y Garcucha fue a la estación del ferrocarril a recibir el correo. Iban en una *tatchanka* tirada por dos animales. Junto a los atados de periódicos, venía una carta de Pedro Archinoff. Makhno reprimió su curiosidad por la carta, por no alentar el creciente interés de sus compañeros por leer ya mismo los diarios. La vez anterior y por idéntica circunstancia, se había suscitado un tumulto en la estación por tantos como arrebataron ahí los periódicos para leerlos. Fue ver la estación con lectores y nadie trabajando.

—¿Has visto que viene otra publicación? —lo atajó Tibachenko.

En efecto, además de *La Anarquía*, cotidiano de Moscú del cual Pedro era redactor, venía el *Goloss-Truda*, publicado por los anarcosindicalistas de Petrogrado. Dos números juntos, el 1 y el 3, fechados con semanas de diferencia. Por su lado, el sello postal de la carta indicaba el 4 de septiembre, hacía casi un mes.

—Néstor, ¿no has leído los titulares? ¿Haremos el recorrido de vuelta con la curiosidad consumiéndonos? —insistieron todavía.

Pero estaban rodeados de curiosos. Dejaron un par de publicaciones y partieron defendiendo lo demás. Ya andando, sobre el fondo del carro los periódicos, Garcucha al pescante manejaba y ojeaba los diarios, Tibachenko sentado atrás sobre los atados los leía y lo propio hacía Makhno con la carta de Archinoff. He aquí lo que decía:

»Moscú, septiembre 3, 1917.

»Amigo, hermano, camarada.

»El gobierno demo-socialista de Kerensky tiene los días contados. No hay que poseer mayor ingenio para advertir la incapacidad de este moderado

para resolver agudos problemas. No se puede ser "constitucional" y revolucionario al mismo tiempo. Por mucho que disfrace el mono, siempre será tal. Y por más que pretendas, desde el Estado y con el gobierno, proveer de medidas de alcance revolucionario, el propio aparato de que pretende valerse se lo impide. Tal la maraña propia, viviente por sí misma, que todo lo convierte en trámite en lugar de acción. Allí todo empalidece y se paraliza. Y no alcanzan a darle mayor empuje hombres como Boris Savinkov,[1] *que forma parte del ministerio de Kerensky y siendo socialista revolucionario de izquierdas, ahora, desde el gobierno y aún concediendo que fuese muy a su pesar, no es más que otro agente de la reacción. El gobierno tiene su propia maquinaria, su propia razón de ser y eso es ineludible, eso se debe servir si se está en él. Perdóname la digresión doctrinaria. Siendo un lugar común, siempre será poco lo que se insista, para prevenir a los ilusos "bien intencionados" e impacientes que buscan soluciones a través del gobierno.*

»La incapacidad de resolver el candente problema de la guerra por no haberse atrevido a suprimir los múltiples compromisos contraídos por el zarismo y apuntalados por la burguesía, proclamando su cesación lisa y llana, sin duda aparejará, a muy corto plazo, por resultar ya insostenible y por el fracaso estruendoso de la ofensiva de junio,[2] *la ruina irremisible de este gobierno. No nos condolamos de ello. ¿Pero tenemos de qué alegrarnos?*

»Si tomamos como base el proceso histórico ineluctable, sí, es una etapa más que se consuma. ¿Pero será aprovechado por las masas para su emancipación real, o admitirá un nuevo yugo? Desgraciadamente, la propagación del ideario anarquista, a más de escaso, tú lo has visto estando en Moscú (fíjate que recién aparecemos en Petrogrado, ahí van los primeros números del Goloss-Truda. *No quiero pasar por alto que el redactor responsable del* Goloss-Truda *es el compañero Volin. Yo ya le escribí a él sobre ti y tu actividad. Te lo recomiendo vivamente. Es esclarecido, talentoso y con gran capacidad de trabajo. Su especialidad es la educación. Si coincides —pienso que sí— con el enfoque del periódico, escríbele haciéndole saber de los progresos de tu actividad). ¿En dónde te dejé? ¡Ah, sí!, releo...*

»Pues bien: desgraciadamente, nosotros, desde el punto de vista de la propaganda, estamos con atraso en relación a los acontecimientos. Y no es que me queje. Estamos haciendo todo cuanto podemos y multiplicándonos. Y está claro el interés por nuestras ideas. Pero para una acción inmediata y que implique un resultado hay todavía un buen trecho. Y los hechos que la revolución y la convulsión plantean son constantes. Y perentorios. Fíjate cómo y hasta qué punto. La semana pasada, un general blanco, Kornilo[f], temiendo los avances de la revolución y advertido de la debilidad del gobierno, sacó del

---

1 Boris Savinkov, uno de los más prominentes organizadores del terrorismo en Rusia. A su comando se deben, entre otros, la ejecución de Plehve, ministro y jefe de policía del zar Nicolás y de su continuador y sucesor, el gran duque Sergio. En 1924, Savinkov, recluso en una cárcel soviética se suicidó. Camus extrajo el argumento de *Los justos* de sus memorias.

2 Intento desesperado de Kerensky en el frente de guerra. En Tarnopol los rusos sufrieron una derrota decisiva.

frente unos miles de soldados caucasianos, les habló y distribuyó una proclama entre ellos, diciéndoles que los enviaba a la capital "para terminar con las bandas de criminales armados, y defender al gobierno, impotente para exterminarlos". Kerensky no ofreció a las tropas de Korniloff más que una aparente y muy débil resistencia. Mas, la izquierda del soviet de Petrogrado puso en alerta a todas sus secciones (acción directa) y de inmediato miles de obreros, salieron al encuentro de esas tropas y no obstante no hallarse del todo bien armados, contuvieron el avance del ejército de Korniloff. Desgraciadamente, a costa de cientos de muertos. Una vez más el pueblo sangrado. Entretanto eso ocurría, obreros ferroviarios, empleados y telegráficos, ayudados vigorosamente por comités de soldados del frente, lograron aislar el cuartel general de Korniloff. A la mañana siguiente de la batalla, grupos socialistas del Cáucaso, residentes en Petrogrado, parlamentaron con las tropas descubriéndoles el engaño de que habían sido objeto. Los soldados, viendo las manos callosas de los muertos de la víspera dispararon sus últimas reservas y se volvieron al frente. Así concluyó esta aventura. Todo cuanto te cuento, resuelto en horas, espontánea y valerosamente. ¿Adviertes ese fermento, Néstor? ¡Bueno, cómo no, tú! ¿La fuerza que esconde? ¡Y cuánto más y más corriendo como un caudal subterráneo, una energía que sólo aguarda oportunidad para manifestarse! Allí está. Ese sentimiento generoso, sacrificado, capaz de defender así sea con los dientes, presencia, la revolución, es el sentimiento innato de las masas. ¿Podremos llegar a tiempo para incidir en ella y orientarla? Aquí hemos visto con qué vocación fervorosa, de la noche a la mañana, se pusieron en pie de guerra al atisbo de peligro para la revolución. Pero también, ¡con cuánta facilidad en lugar de mantener esa actitud revolucionaria, una vez alejado el peligro, volverse todos como luego de cumplido un deber a sus oficios y aguardar ¡vaya a saberse qué! Y nosotros sin peso suficiente como para darle un vuelco a la situación. Disolviendo el gobierno y tomando la ciudad. Esto es el pueblo. Cuando dan un salto, todo depende de ellos y a nadie piden andadores. Una vez dado, como infantes o lisiados, vuelven a sus muletillas. ¿Hasta cuándo? Sí. Seguramente ¡hasta el día de la anarquía! Pero...

»En tanto, les quedan los comunistas, que capitalizan su descontento, dan directivas a los soviets por tenerlos prácticamente copados y aguardan su mejor momento para dar su propio golpe. Prometen la entrega de la tierra a los campesinos; prometen terminar con la guerra; prometen llamar a la Asamblea Constituyente; prometen dar todo el poder a los soviets... Todos los puntos candentes están de carnada. Estos nuevos "salvadores" no dejan de hablar del Poder; de tomar el Poder. Los veo muy clarificados con relación a qué quieren y hacia dónde van. Quieren el Poder y van hacia él. Recurrirán a cualquier medio con tal de lograrlo. ¡Ay, de los pueblos! Nos sacudimos de un monstruo, otro se prepara a devoramos. Todo parece dirigirse hacia una etapa muy negra llamada ESTATISMO. ¿Qué decir? ¿Y cómo? ¿Cómo prevenir? ¡Atención! ¡Cuidado! ¡Alerta! ¿Tú conoces a los bolcheviques, Makhno? Yo los estoy tratando. Y otra vez: ¡Atención! ¡Cuidado! Y de nuevo: ¿Llegaremos a tiempo para hacer la revolución anarquista?

»Te comunico que sigo en casa de Sacha. Te envían recuerdos. Los chicos te extrañan. (Los caramelos). Saludos a los camaradas de ahí.

»Contesta. Debo estar seguro de que recibes regularmente la propaganda que te envío. Y envíame noticias de la progresión de la revolución en tu región. ¡Hagamos la revolución, Makhno, dónde sea!

»Fraternalmente, un abrazo de

»P. A.

»P. D. Hablé con Kropotkin. El viejo luchador está entre nosotros.»

Terminada la lectura. Recién pareció Makhno percatarse del carro detenido.

—¿Qué haces parado, Garcucha? —preguntó.

—¿No lo pediste tú? Al parecer no podías leer con el carro en movimiento. ¿Qué dice Pedro?

—Que en Gulaï-Pole no tenemos influencias de partidos políticos, pero que no siempre será así. Ahora nos estamos aprovechando del descomunal desorden en el gobierno central, que parece con los días contados... Ahora podemos trabajar en la revolución con relativa certeza. Pero, ¿hasta cuándo? —quedó un instante pensativo—. Deberemos fortalecer la revolución. ¿De qué otra forma que armándonos? ¿Llegaremos a formar nuestro propio ejército antes de que nos alcance algún golpe poderoso de la reacción? No estamos solos en Rusia, compañeros. ¿Sigues parado? ¡Aviva los chuchos!

Corría octubre. También el carro cargado de tinta fresca.

Siguiendo su propósito ya trazado, Makhno no dejó de hacer giras y contactar elementos aguerridos. Tomás Kojin, Tchumak, Sereda, Mikhaleff-Pavlenko, todos con contingentes y más. Y otros. Las semillas sembradas en su primera etapa por esas regiones daban su fruto. Desde Tchuguiev, a 50 kilómetros al oeste de Kharkov y a trescientos al norte de Gulaï-Pole hasta Guernitchel, sobre el mar Azof, a 200 al sur del cuartel general, esos destinos presentaban escuadrones de cien, de doscientos hombres, en tantos sitios superiores al de él mismo. ¡Y eso ya era la base del ejército!

XXII

25 DE OCTUBRE

¡MÁGICO CONJURO! ¡Abrasiva tentación! ¡Estar más alto que ninguno! ¡Y disponer! ¡Poder: el Poder! ¡De qué no son capaces ciertos hombres por alcanzarlo! ¡Qué es, para ésos, vender el alma, perder a sus hermanos, traicionar a los pueblos! ¿Tendremos que recordar la historia para probarlo? ¿Será necesario reseñar las espantosas querellas de los César, el príncipe, los prelados y generales por vestir el manto púrpura, el armiño, empuñar el bastón de mando? Eso... hasta ahí eso. Pero, ¿ahí termina todo? ¿Y los espantosos recovecos de los que viniendo de muy abajo pujan por alcanzar esa cima? Ah, esos míseros, renegados; esos ávidos de la gusanera; ¡y qué y cómo y hasta dónde, cuando se dan carácter de secta, forman una pandilla, un partido, y se arrojan sobre el Poder! Si temibles son las camisas de seda, ¡Dios nos libre de las de dril! ¡Oh, ardidas sienes: frentes apenas transpiradas y heladas! ¡Pupilas enrojecidas y brillantes; mortal palidez de labios apretados! Rostros como de cera, ¡pero de piedra! ¡Almas negras! ¡Banderas rojas! ¡Camisas pardas! ¡Y si sólo se devorasen entre sí!

De las crónicas de los asaltos al Poder, ninguno mejor concebido y más afortunado que el que dio a los bolcheviques, el 25 de octubre de 1917, ante el estupor del mundo capitalista y la algarada esperanzada de millones de trabajadores, el poder en Rusia. El caos era tan absoluto en Petrogrado y en todo el país, que a eso apostó León Trotzky, —el eterno delfín, el díscolo, el espíritu independiente,...— contra la opinión de todos en el buró comunista, incluso Lenin, que por fin lo consintió en secreto. Todos pensaban que no podía haber toma del poder sin previa insurrección popular. Era clásico pensarlo así. —Trotzky los retó—. «Con una pequeña tropa es suficiente». «¡Eso es

una revolución blanquista!» —reconvino el buró—. «No necesitamos la masa» —insistió Trotzky—. «Sublevar al pueblo... Todo eso es demasiado vasto y harto complicado; es una estrategia que abarca demasiado territorio y demasiada gente. Eso no es ya una insurrección, es una guerra. Para ocupar Petrogrado no es necesario tomar el tren de Finlandia, porque cuando se parte de muy lejos suele uno detenerse en mitad del camino. Yo defiendo la táctica de operar con poca gente en un terreno limitado, concentrando el esfuerzo sobre los objetivos principales y dar el *golpe* directo y duramente.»

El cauteloso ensayo general del asalto al Poder del 21 de octubre, practicado con la mayor precisión en los lugares previstos de Petrogrado, ha dejado de ser ensayo y hoy se cumple con rigor premeditado. Es el 24 y Trotzky actua por cuenta propia. Su decisión, conocida por el plenario sólo después de ejecutada, lo tomó por sorpresa. Únicamente Lenin, desde el comienzo al corriente, mantuvo la serenidad y logró transmitirla al resto. Si lo cerebró Trotzky, lo ejecutan Ovssenko con sus destacamentos y Dybenko con los marinos de la base naval de Cronstadt, apoyados por el crucero *Aurora* desde la rada, prontos para atacar el palacio de Invierno. ¡Cae la central del telégrafo, se apoderan de los puentes del Neva, ocupan las centrales eléctricas! ¡Las gasolineras!, ¡Las estaciones del ferrocarril! ¡La fortaleza de Pedro y Pablo! Kerensky huye y lo que queda del gobierno se atrinchera en el palacio. Desde el *Aurora* y sus adyacentes los marinos cumplen con arrojo su cometido y rinden el último y más determinante de los reductos. Así de simple.

¡Quién hubiese imaginado que el Estado fuese tan vulnerable y que bastaran mil hombres decididos y organizados para adueñarse de él! Pudiendo ultimar al monstruo vencido, inmovilizado, descubiertos sus pies de barro, su esclerosis, su parálisis, esos hombres terribles, los *rojos*, teniéndolo a merced de un golpe mortal y definitivo, en vez de empujarlo al abismo, a la basura, al infierno, con delirante convicción se lanzaron a la tarea de reanimarlo, fortalecerlo, entregados plenamente a su ideario estatista. Proviniendo de origen divino, o democrático, lo convirtieron de un golpe, ¡al fin!, en un Estado para el pueblo. ¡¡Totalmente!! ¡¡Enteramente!! ¡Al fin la *dictadura del proletariado*!

En 1917, en plena hecatombe mundial, dueños del gobierno de Rusia los bolcheviques, firmada con Alemania la paz por separado —no era eso poca cosa—, no se necesitó de más para que cundiera el pánico en el mundo capitalista. La Entente respaldó las invasiones del general Denikin, del barón Wrangel y de Polonia. Su mala conciencia les impidió arriesgarse en un enfrentamiento más serio. Temieron

que a sus espaldas estallara su propio mundo de contradicciones y que el proletariado concluyera sublevándose en sus territorios. Dejaron a Rusia para los rusos...

¡Oh, inspirados, proféticos, creyentes sin par, comunistas de Estado! Pudiendo haber sido grandes curadores de los males de la humanidad, vinisteis nada más que a establecer una incidental variante del concepto de Estado. ¡Y a darle nueva savia! Os lo agradecieron oportunamente el fascismo, el nazismo y el maoísmo. Y no menos la democracia norteamericana, ensoberbecida en proporción a vuestro propio fracaso. ¡Éste es vuestro legado! ¡Y la desviación! ¡Y el sueño malogrado de los pueblos!

¡Rememorad vuestro 25 de octubre!

Si oportunamente se vanagloriaron del golpe perpetrado, su golpe dado les reveló, como viéndose de revés, la vulnerabilidad de esa ciudad. Si mil hombres habían bastado para el caso y por ellos probado y ya cobrado el beneficio, ¿qué hacían ahí, tentando una vez más a la fortuna? Petrogrado, estaba probado, podría muy bien servir para sepultura, pero no de cuño de nuevo gobierno. En esta incertidumbre trancaban los corredores y las salas atiborradas de comitentes revolucionarios y todo allí les resultaba inseguro, a la par que tentador como una trampa... Y si algo concluía alarmándolos del todo, era la presencia de la guardia especial de Cronstadt, protegiéndolos, ¿de qué? ¿Acaso había algo más que esos mismos, que los bolcheviques temiesen? La dos veces célebre marinería de Cronstadt; por dos veces asestando el golpe definitivo a los regímenes precedentes; una vez al zar, la otra a Kerensky. ¡Cómo no actuar estando a treinta kilómetros de la base marina! Y peor, entonces, ¿cómo gobernar con esa presencia en cada puerta del Smolny, la central obrera, ahora sede del gobierno? ¡Y cómo con las aguaïs del Neva abiertas sobre el golfo y la ciudad! Con esa preocupación en mente, la jerarquía resolvió trasladar el gobierno a Moscú y convertir esa ciudad en capital de la URSS.

XXIII

UN GRAN PROYECTO

El curso de los acontecimientos en las grandes ciudades, a partir de octubre, cobró visos de desborde entusiasta. Los trabajadores, convocados en mítines multitudinarios, recibían de sus líderes la doctrina que indicaba de la conducta a seguir... Si se les toleraba la ocupación de fábricas, ahora del Estado y por ende del pueblo, se los instaba al sacrificio y a tener paciencia en aras de la revolución... Que no cupiesen dudas de que se estaba en camino de las grandes soluciones... Sin embargo, la revolución, quizá por falta de contacto más directo con el campesinado, no alcanzó a éste, que aguardaba impaciente la sanción de la reforma agraria para integrarse completamente. De inmediato, millares de adherentes del Partido Comunista investidos de autoridad comisarial, partieron en todas direcciones hacia el interior del país a ocupar acefalías de autoridad antes que nada. Y apenas a semanas de haberse adueñado del poder central los bolcheviques, la fuerza de Petliura había ocupado Kiev, proclamando la independencia de Ucrania, allí enviaron una fuerza de ejército considerable. Petliura fue depuesto y perseguido, pero huyó salvando el grueso de sus fuerzas. Ya le hemos visto regresar a Kiev, luego del pacto de Brest-Litovsk y después que el ejército rojo dejase sin defensa la ciudad, abandonándola. La intención manifiesta de Petliura fue la de negociar un acuerdo con los generales austro-germanos para regentar Ucrania a cambio de colaboración... A causa de estos acontecimientos, pasó desapercibida, por entonces, la creciente actividad de Makhno y otros grupos campesinos armados, ya con carácter de guerrillas. Precisamente, la acefalía de autoridad de que venía gozando la región, le permitió al movimiento makhnovista consolidar sus posiciones y aventurar incluso planes diversos, al específico del ejército, para el futuro.

Luego de las expropiaciones, Gulaï-Pole se entregó de lleno a construir una nueva sociedad. Habiéndose quitado la pesada carga del sometimiento a los privilegios, descubriendo nudos ocultos, un sinnúmero de ligaduras muy difíciles de percibir en el estado de opresión, las descubrían, gozosos de su libertad. Y se traducía en una voluntad fluida, alegremente activa. Las chacras, los sembradíos, los parques frutales, las granjas, multiplicados en sus cuidados, veíanse renovados, como florecidos en medio de una primavera anticipada... ¡Cuántas novísimas reformas no fueron puestas en práctica, ensayadas, desechadas y otra vez elaboradas! Todos mancomunados en esfuerzo, simpatía, organización. Y sin nadie visible u oculto que mandase, se aprovechase, se impusiese, explotase. ¡Sin gabelas! Todo consultivo y todo motivo de deliberación. Y este novísimo ejercicio de actividades, que hasta entonces resultaran sustraídas, como el faltante restablecido de una dieta jamás compensada y que hacía al deterioro de la salud, de la mente, de la vida, de los que carecían y no ejercían esos derechos, surgía devolviendo esos atributos, resplandeciendo en el trabajo, la armonía, ¡en el amor! Estallando por doquier, ¡Como brotes en flor! ¡Oh, la vida que nos roban las mil y una trabas, ínfimas, sutiles, apenas visibles, hilos finísimos que concluyen apoderándose, maniatando, ahogando, como una tela de araña —salvo a la araña—, la libertad de movimientos! Pero ahí estaba alertando la propuesta makhnovista. Y ya nadie se dormía sobre los laureles. ¡De que todo estaba cambiando, veamos al viejo Fomá, v. g.!

El viejo había abandonado la confección de sus cestos hacía tiempo. Con su perro, su mochila y su bolsa de dormir, se estaba en las sendas y en los vados más ocultos viendo a los de Makhno en sus ejercicios de maniobras. El lecho de Volchya no tenía secretos para esa milicia. Fomá saltaba de contento cada vez que lograba detectarlos, sopesando sus progresos. Esa gente joven, a caballo, siempre de franco humor, el fusil atravesado, sin jefes a la vista... Yendo. Viniendo. «¿Cuántos más habrá?» No dejaba de preguntarse. Y en su mente no dejaba de multiplicarlos... Fomá se llenaba el ánimo sintiendo ineludible la hora del *zafarrancho*, como solía denominar el enfrentamiento que se presagiaba. «¿Con quién? ¿Contra quién, primero?»

—¡Eh, Fomá! —solían decirle los de la guerrilla cuando se lo encontraban atravesado en su camino—. ¿Qué haces por aquí? ¿Y de qué vives? ¿Y tus canastos? ¿Nos espías, viejo?

Para fin de año su determinación estaba madura. Enjalbegó su carro de manera insólita. Se le ocurrió pintar sus canastos con colores diversos y dibujar ojos, rostros, superponerles lenguas y orejas y

pendiendo de los arcos de su chata en un desplazamiento que parecía lleno de tropiezos, convirtió su *carrindanga* en un tablado móvil, en un escenario por demás fantástico. Y ni qué decir con el propio Fomá de auriga, disfrazado de enterrador, con galerón, su risa desdentada y manoteando como un loco de puro excitado.

—¿Qué entierras, Fomá? —le preguntaban.

—¿No ves? —contestaba—. Los vicios, las deformaciones. ¡A los chanchos burgueses! Y no los entierro. ¡Los voy a quemar!

—¡Eh! ¡Que son tus canastos! —lo reconvenían.

—¡Y qué! —se exaltaba—. ¿Un hombre ha de pasar su vida en lo mismo? Te diré: a mí ya se me hacía estar tejiendo monstruos.

—¡Monstruos! ¿Tú estás bien, Fomá? Un canasto es un canasto.

—Fueron mi salario. No mi alegría.

—Pero, ¿qué diablos te está pasando, Fomá?

—¡Eso! ¡El diablo! ¡Esto es la revolución! Si no lo cambia todo, ¿a qué la alharaca? Si cada hombre no encuentra ahora su lugar, ¿qué sentido tiene la revolución? —dejando atrás a su interlocutor, que no era otro que el viejo Aquerosián; movía la cabeza como compadeciéndolo, le dijo todavía, volviéndose—: ¡Quema tus muletas, viejo, como yo mis canastos! —y se rió, dejándolo sin entender del todo si hablaba en serio.

Un poco más allá, descargó su carro; en el mismo sitio en donde solía detenerse a confeccionar los cestos. Aquerosián, silencioso y tan excitado, se ubicó cerca a presenciar el resultado. Ya estaba bien entrada la noche. No fue menor el susto cuando el resplandor de la hoguera de Fomá se elevó con fuerte crepitar y chisporroteó, azotada por el viento frío de la hora. Y mucho más, cuando Fomá, tan atareado parecía en su hoguera que, ¡quién se lo fuese a suponer!, poco menos que saltó hacia él, le cogió las muletas y se las arrojó al fuego.

—¡Nada con muletas! —gritaba y reía—. ¡Caminas o te arrastras! ¡Nada de hacerla fácil!

El viejo Aquerosián no supo si echarse a llorar o reír del contagio de lo que entendía declarada locura de Fomá. Se arrastró como pudo, ya tarde para rescatar sus muletas. Se quedó a compartir las naranjas que éste puso al fuego, aprovechando los rescoldos y convidando a los tardíos transeúntes... Tatiana y el viejo Luty que la acompañaba, recibieron cada uno una naranja. Eran naranjas de ombligo. El fruto caliente en la mano le produjo a Tatiana escalofrío. Se lo llevó a la boca y lo hizo rodar por su mejillas. Luego lo mordió y comenzó a chuparlo. Tychenko Luty se quedó observándola.

—¡Qué rica! ¿No prueba, usted? —exclamó y pregunto ella. Viéndolo sin decidirse, insistió con naturalidad y picardía, poniéndole casi la naranja en la boca—. ¡Chupe! ¡Chupe, Tychenko!

Ahora ella chupaba su naranja caliente, azucarada, compartiéndola con él, a un paso de los rescoldos de la hoguera encendida por Fomá.

—¿No quiere sacarme de aquí, camarada? —dijo.

Él la observó. Ella estaba tocada con una boina oscura, echada de costado sobre su rostro, que hacía curiosamente doble su faz...

—Por hoy estoy hasta aquí de gente... —hizo un gesto nivelador con la mano que alcanzó a su coronilla y arrojó su naranja al fuego.

—Sí, ¿por qué no? —se apresuró él—. Buenas tengas, Fomá. —se despidió.

—¡Las tengo! ¡Las tengo! ¡Adiós, Luty! ¡Adiós, Tatiana!

—¡Adiós, Fomá!

Tychenko Luty, el padre de Isidoro, hacía cinco años que estaba separado y vivía solo, en los lindes de la aldea. Su pequeña estatura parecía recortada de ex profeso para no ofrecer fisuras. Contaba más de cincuenta años. Era ágil, vivaz y muy activo. Si calvo, sus mechones rojizos a los costados y sus orejitas le hacían más parecido a una ardilla. Formidable polemista, sentía pasión por las cuestiones sociales, pero también su corazón.

Ludmila Tatiana, bastante más joven, viuda de guerra de un hermano de Simón Karetnik, no menos pasionaria de la causa, si bien sabiéndose probablemente deseada por algunos y ella misma beligerante a veces, jamás imaginó, antes de sucederle, que pudiera sobrevenirle nada de lo que la asaltó, tomándola por competo desprevenida... ¿En dónde dormitan los duendes escondidos de la sexualidad, aunque sepamos distinguirlos cuando despiertan? Ludmila Tatiana, innegablemente, no quiso huir, estaba caminando en la noche de Gulaï-Pole hacia un destino.

Ahora vagaban conversando de cosas secundarias. Excusa distractiva ocultando profundidades. La noche era fría, pero tolerable. Cada vez más cercanos a los bordes de la aldea. Hacia el sector donde habitaba Luty. Nada se habían dicho al respecto de ambos en ningún momento. Por el contrario, la idea ya fija, parecía alejar del todo la posibilidad de abordar la cuestión. El viejo Tychenko, que en el curso del trayecto ya había tomado su decisión, levantó de pronto hacia ella su rostro, lo observó mientras ella le devolvía intensiva la mirada y sin detenerse, inclinándose ella un poco, se besaron levemente.

—¿Te quedas conmigo, Ludmila? —dijo él.

Ella asintió.

Cuando el primer albor penetró por la ventana de la *isba*, los sorprendió en la cama, desnudos y conversando. Tatiana, remecida todavía en esos goces, reclinaba la cabeza sobre el torso de Luty, parecía aleteando con reminiscencias de espasmo, perdida, morosa de recobrarse, mas sin embargo, atenta a cuanto él decía, con esa atención singular que ponen las mujeres en sus amantes luego de haberse sentido plenamente gozosas y gozadas. Después que él le hubiese dado toda su acumulada experiencia de viejo amante libertino y ella entregádole su lozanía, firmeza, su para él, tan joven esplendor. Con el abandono oscilante, presto al desborde y no obstante contenido, abriéndose paso a paso, segura, feliz, entregada sin reservas al juego propuesto, cierta ya, confiada enteramente a los besos y a las manos de este artesano infatigable y sabio que cual un alfarero la modelaba, convirtiéndola en vaso, cántaro, bebiendo de ella y haciéndola beber; hallándole sonidos augurales, notas ocultas; y abriéndola, explorándola con su aguijón como una abeja a una flor... ¡Ah, gloria de esas horas plenas de abandono y libertad!

Ahora, ardiendo el fuego en la cocina de hierro, bien caldeado el ambiente, de vuelta del himeneo, revelada la intimidad, propicio el momento para indagaciones y confesiones que rara vez, fuera de ese ámbito osa nadie hacerse y que allí surgen con absoluta naturalidad y sin forzarlas, él, que no había dejado de hablarle en ningún momento, queriendo recién penetrarla del todo, conocer sus motivaciones más profundas, preguntando, mientras ella, en sus últimas reservas de protestas, más por coquetería que por cerrarse, todavía negándose.

—¡Qué curioso! ¿Qué más quieres saber? ¿No estamos aquí?

—Mi criatura, hermosa mía, ¿qué sentido tendría el goce mutuo si no fuese el vehículo por el que nos trasladamos del uno hacia el otro? Si no hubiese llegado hasta ti como creo haberlo hecho... ¿Lo hice?

—¡Y qué vanidoso!

—También tú, Ludmila, has llegado hasta mí de este modo... Si así no hubiese sido, en vez de estar ávidos de más saber el uno del otro... Al menos yo de ti...

—Yo también de ti.

—Por eso... ¿Por qué no me lo cuentas todo...? ¿Cómo fue? ¿En qué momento..., por qué me besaste como lo hiciste?

—¿Yo te besé? ¡Qué vanidoso! ¡Qué vanidoso! ¡Tú me besaste!

—¿Yo? ¡Si tú...!

—Bueno, ¿quieres que te lo cuente? ¿Quieres saberlo o no?

—Por supuesto que sí.

Ella dejó su postura sobre él y se acomodó en la almohada.

—No te vayas a reír, ¿eh? —pareció protegiéndose. Él aguardó sin decir nada—. ¿Recuerdas que cuando nos alejamos de la hoguera de Fomá Fomáfovich me dio frío?

—¡Oh, sí! ¿No te di mi abrigo?

—¡Tu abrigo!

—¡Qué! ¿No te lo di?

—Tú me diste mucho más que tu abrigo, Tychenko Luty. ¡Ni quieras saber lo que me sucedió cuando lo eché sobre mis hombros y me abrigué con él! De inmediato sentí mi cuerpo recobrando su temperatura y algo impredecible, inesperado, como una dulzura muy íntima, una embriaguez, disolverse en mi sangre... Y fue irreprimible... hasta hacerme latir el sexo.

—¡Ludmila!

—Era tu calor entrándome por los poros de la piel... Y tu olor, ¡tu propio olor de hombre!

—¡Ludmila!

Ella volviendo de su momentáneo arrobo agregó, en un gesto característico suyo, apretando los labios:

—Así me conseguiste, Luty.

Al rico comerciante Zacarías Lipeztein, Makhno le concedió cierto privilegio. A cambio recibía, por su mediación, productos imposibles de hallar en plazas y mercados corrientes. La manufactura de talabartería, por ejemplo, absorbida y declarada artículo de primera necesidad para la prosecución de la guerra. No obstante, por su intermedio recibía arreos, espuelas, barbados, sillas de montar, correaje, implementos imprescindibles para la embrionaria caballería del futuro ejército constituida por la guerrilla. Y lo propio ocurría con la provisión de sables, encargados a las cuchillerías de Vorosoma. Y no menos eficiente resultaba en la provisión de maquinaria agrícola, cuyas industrias, establecidas en Oremburgo y en la zona del mar Negro, sólo operaban con letras a la vista... Zacarías las garantizaba. Sin pública profesión de fe, desde la primera hora se puso de acuerdo con Makhno. Así lograron ambos una paridad en la consecución de sus mutuos intereses. Zacarías perdió sus bienes raíces. Pero conservó su almacén de ramos generales que, durante la primera etapa del desenvolvimiento makhnovista, resultó de gran utilidad para éste. Todo, «por un mínimo de comisión».

—¿Cómo quieres que no gane nada? —decía el comerciante—. Todo el mundo debe ganar. La ganancia es la sal de la vida.

—Mis hombres y yo no ganamos nada —le replicaba Néstor.

—Eso sí que no lo entiendo —decía Zacarías rascándose la blanqueada barbilla. Y agregaba—: Tú eres la mar de desconfiado. No está bien. Me miras como si te estuviese robando.

—¡Y qué! ¿No lo hace? Usted no ha dejado de ser rico.

—¡Dios me libre de haber dejado de serlo! —replicaba Zacarías—. Yo puedo aceptar la demencia de los demás. Pero no volverme loco.

—¿Acepta que tiene riquezas escondidas?

No obstante, entre los de Makhno había quienes no estaban de acuerdo en que se le acordaran extrafueros. A ésos los fustigaba.

—¡No seais ciegos! Zacarías tiene ideas propias y se las ingenia para flotar en mitad de la corriente. ¿No es admirable?

—¡No vemos de qué! Introduce la corrupción! ¡Negocia su ayuda!

—¡Qué exageración! Ese hombre no es anarquista. Es comerciante. Y con él realizamos transacciones; nada más. Es como si mañana tuviésemos que tratar con algún Estado... Acostúmbremonos a pensar en ello. Carecemos de sables, de maquinaria agrícola. No podemos permitir postergar la urgente necesidad de estas cosas.

—Si estás en la revolución debes saber prescindir de ciertas cosas, si las consideras no enteramente morales.

—Esto no es un juego, camaradas. No estamos jugando a hacer la revolución. Ni en extremar los principios hasta volverlos contra nosotros. ¡Queremos a toda costa y por encima de nuestras vidas hacer la revolución!

Estando con Zacarías, precisamente, tuvo ocasión de encontrarse Makhno con dirigentes del *soviet* agrario de Gulaï-Pole que visitaban al comerciante en procura de implementos para su área.

—¡Néstor! —se oyó llamar—. ¡Al fin te veo! —cálida y familiarmente Tatiana se abrazó a él—. ¡Meses sin verte! ¿En qué andas? ¡Oh, mi querido! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! Viviendo aquí mismo y ya ves, ¡tiempo sin vernos! ¡Y tanto que tengo para contarte! Hoy no te suelto, no, no te suelto.

—¿Quién dice que lo hagas? ¡Ni se te ocurra! —dijo él, pronto metiéndose entre sus brazos.

Su actitud y lo que dijo despertaron hilaridad en torno. Ciertamente resultaba cómico perdido entre los pliegues de los trapos, a la manera de gitana, que Tatiana gustaba echarse encima, rebasándolo además ella por la cabeza.

—¡Hala! —profirió ella, lanzando una risotada—. ¡Siempre tan travieso y dispuesto éste!

Todos volvieron a reír.

—¿Qué vas a decirme? ¿Qué hacen aquí?

—Lidiando con este demonio de Zacarías... Ah, pero tú no sabes... ¡Bah, cómo no has de saber! ¿Tú sabes de nuestro gran proyecto? ¿Qué piensas de ello? Programamos la construcción de un sistema de riego para toda la región, alimentado por el Volchya. ¿Qué dices? ¿Te gusta la idea?

—¡Me parece excelente! ¡Y sí, supe de eso! ¿Tienen aproximación de cuánto puede costarles?

—¡No quieras saberlo, Néstor! —dijo.

—Tampoco nosotros quisiéramos, pero... ¡ahí está! —dijo Luty.

—El proyecto es grande, bello, vale la pena... Pero, entre nosotros, que nos sobrepasa. No soñemos despiertos.

—¡Escuchen a éste! —saltó Tatiana—. Tú eres una goma pinchada, Iván —su salida hizo reír al resto.

—¿Le plantearon la cuestión de la financiación de las obras a Zacarías? —pareció indicar más que preguntar, Makhno.

—¡Te parece! —medio se asombró Tatiana—. Lo tenemos hasta el cuello con pedidos... ¿Quieres que lo acabemos? Ese hombre nos ve venir y parece querer salir disparado.

Makhno sonrió.

—¡También conmigo! Él es comerciante... ¡de alma! —los observó intencionadamente—. Sí, planteénle la cosa a él. Al menos participenlo...

—¿No lo harías tú, Néstor, mejor que nosotros? —le dijo su hermano Gregorio.

—¿No tiene bastante conmigo y el ejército? No, mejor sondeénlo ustedes... De cualquier manera, una obra como la que proyectan necesita de capital...

—Eso es entrar ya en otro terreno, Makhno. Sabiéndonos anarquistas, con toda seguridad que se negarán a negociar con nosotros. —dijo Nikita, el más joven de los miembros del comité.

—No estés tan seguro, camarada. Ésos están para negociar... Y saben correr sus riesgos... Ellos fueron los primeros en surcar los mares... ¡Guárdate solamente de no quedar hipotecado!

Tatiana se anticipó a una nueva réplica de Iván.

—¡Vamos, aguafiestas! Tú no eres sólo goma pinchada, tú boqueas en un balde, Iván!

—Tatiana, —dijo éste, tomando lo que oía como habitual y menos dejándose apabullar—. ¡Seamos realistas!, no se puede ser optimista a ultranza.

—¿Y por qué no? ¡Yo lo soy! Acabas de oir a Makhno, «ésos están para negociar», ha dicho. Eso creo yo también. Yo no sé de ninguno de ésos que pregunte quién es o cómo piensa uno. Les basta con que tengas con qué pagarles su precio.

—¡Así es! Ésos, un negocio no lo van a perder! —dijo Luty.

—¿Oyes, Makhno? ¡Ya están hablando de negociar! ¡Fantasía! ¡Cómo corren! Pregunta por el ingeniero agrónomo... Si algo tan simple como eso nos está resultando harto difícil de resolver...

—¡Qué va! —interrumpió Tatiana—. ¡Eso se resolverá! No tengas cuidado... ¡Ahora haces agua! —Tatiana no dejaba de punzarlo.

—¡Lo solucionaremos! Y aquí estamos, parados —replicó todavía, Iván.

—¿De qué hablan? ¿Qué tan dificultoso es eso? —se extrañó Makhno.

—Fíjate... —le explicó Luty—, hemos consultado a fondo la cuestión con los dos agrónomos de aquí y los dos recomiendan a Igor Benda, ese es su nombre y reside en Alexandrovsk. Y por lo que ellos dicen saber de sus trabajos realizados, lo consideran insustituible para nuestro proyecto. Eso, en cuanto a lo profesional. Pero los dos resintieron su carácter...

—No será para tanto...

—Tú me conoces, Néstor... Yo no soy de quedarme... Soy de acometer... —prosiguió Luty—. Pero, es el caso... Pedimos referencias a los camaradas de Alexandrovsk, me trasladé yo, personalmente... Resulta ser ese Igor un tipo ultramontano reaccionario que sistemáticamente se ha negado a prestar ningún servicio a la comunidad desde la caída del zar.

—¿Y de qué vive ése desde entonces? —volvió a extrañarse Makhno— pero, dejemos eso ahora... ¿De veras no hay otro ingeniero? ¿Se termina Rusia en Alexandrovsk?

—No. Pero, tú sabes, es una cuestión profesional... Se nos habló de él, es mucho lo que se le ponderó... Nuestro proyecto es muy importante, es todo para nosotros... No es cosa de darlo a cualquiera; quisiéramos que fuese él...

—Si es así, deben ir ustedes y consultarlo personalmente. No está tan lejos Alexandrovsk. No son más de setenta kilómetros.

—Eso mismo vengo diciendo —confirmó Tatiana.

—¡Y teniendo a la Karetnik para persuadirlo! —subrayó Makhno, haciendo reír a todos—. Y total que, antes o después, acabarán yendo. Mejor antes. Dense prisa, camaradas.

XXIV

LA CASA DE ADÁN

Luego del cambio de impresiones con Makhno y de su advertencia, el proyecto de regadío del río Volchya adquirió innegablemente carácter de urgente tratamiento en el *soviet* local. Tatiana y el viejo Luty resultaron los adalides de la causa y rápidamente, en reuniones convocadas y precipitadas por ellos, fueron disipando las reservas de algunos, no al proyecto en sí, sino a la situación, considerada humillante, de solicitar personalmente al ingeniero agrónomo que, era evidente, se negaba a tratar con ellos. La indignación por tal causa la sentían todos a flor de piel. Así se debatían entre un sí que rozaba su amor propio y les impedía definirse. Mas superándose a sí mismos, convocaron a una última reunión en la que se obligaron a un resultado. Una vez en ella y por mucho que fuese su voluntad, volvieron a surgir los impedimentos de siempre, insoslayables. Que una cosa era pensarlo y otra hacerlo. Y ellos tenían su orgullo...

—Me gustaría tener alma de funcionario con semejante tipo —decía Gregorio Makhno, mortificando su impotencia.

—¡Sí, qué cabrón, qué cabrón!

—¡No podemos obligarlo!

—Deberíamos tratarlo como tratamos con los *kulaks* y propietarios.

—¡Si no se trata de eso! Y él no posee esa clase de bienes...

—¡Ah, no! ¡Cómo que no! ¿Qué es su título? ¿De dónde sacó eso? Ese título es un bien y no es suyo sólo. Lo adquirió con la plusvalía de todos nosotros, el pueblo trabajador.

—No exageres, Nikita.

—¿Exagero? ¡Fíjense en éste! ¿Y de dónde crees que sacó el dinero y se pagó las universidades?

—Mira que hilas fino, Nikita —decía el viejo Alomiv, presente en la reunión, quitándose la gorra y rascándose la calva en un gesto característico.

Así proseguían en un debate sin visos de terminar. Tatiana oía ese derivar, se impacientaba, pero nada decía.

—Lo que no comprendo, lo que no me entra en la cabeza —decía el que esto expresaba dándose con un dedo, como un ariete, en la frente—, es esto de que no quiere trabajar. ¿No es eso lo mismo que quedarse con tierras sobrantes, con algo que tiene la obligación de dar a la comunidad? ¿Tolerarían a un médico que se negase a curar?

—¡Bah! ¡Un médico no hace eso! ¡Qué ganas de revolver el puchero! Si ese hombre se niega a trabajar, aunque no te guste, debemos respetar su decisión.

—¿Decisión? Si alguno de nosotros se echase panza arriba, ¿qué pensarías?

—Si soy yo el que lo veo, le tiro el primer balde de mierda que tenga a mi alcance —terció Gregorio.

—Sí, ¡eso harás! —se enconó Iván—. Pero él podrá decirte todavía que en el antiguo régimen tenía derecho a escoger su trabajo o a no escoger ninguno, si eso prefería. Y que nosotros lo estamos esclavizando y obligando. Yo no voy a correr hasta Alexandrovsk para oírle decir eso y quedarme sin replicar.

—Te tomo la palabra, Iván Tú, te quedas. ¡Descontado! Y si no va nadie, yo sí voy. ¿Saben que cada vez tengo más ganas de vérmelas con ése?

—¡No irás sola! Iré contigo, Ludmila.

—¡También yo!

—¡Y yo!

Munidos de documentación de primera mano, viejos mapas correspondientes a antiguas mensuras que databan del siglo anterior, planos diversos y datos en folio de un estudio pertinente y tan antiguo como todo, hallados en el catastro, partieron, en un camioncito cubierto, una escarchada y brumosa mañana de noviembre hacia Alexandrovsk. Viajaron Andreienko, al volante; Tatiana y Luty, acomodándose como mejor podían con el conductor en el asiento delantero; Nikita y Gregorio, en la parte de atrás. Cuando un poco después del tiempo previsto —pensaron hacer el trayecto en dos horas, pero los demoró el reventón de una neumático—, atravesaron la localidad y en las afueras se detuvieron ante el portal de hierro de la villa del ingeniero; pocos motivos de confortación hallaron con lo que se les presentó ante la vista. Pronto parecieron comprender la actitud mal

intencionada de algunas personas que al ser interrogadas por el domicilio de Igor Benda, se lo señalaban, no sin antes mostrar primero asombro y luego cierta sorna.

Las puertas de verjas despintadas y alto zócalo de hierro, engoznadas en las columnas de sostén de la arcada de mampara que hacía a la entrada de la villa, si tenían al parecer inutilizado el cerrojo, tenían en cambio pasada una doble cadena que las mantenía cerradas. A ambos lados de ellas, corría un muro cubierto de musgo y de hiedras salvajes. Setos de espinillo se adherían, profusos y desordenados, dando al lugar un aspecto general de abandono. Algunas ramas altas de árboles internos caían también sobre el muro en ambas direcciones. El desvío del camino hasta la entrada no parecía en uso de tránsito alguno y lo que fuese una cuneta de desagüe se encontraba destruida hacía mucho tiempo. El camioncito quedó detenido entre arbustos que le cubrían las ruedas. Paradójicamente, la aprensión de los comitentes de Gulaï-Pole se vio aliviada escuchando los ladridos de dos perrazos, dos feroces mastines, que comenzaron a alarmar del otro lado de la verja. No habiendo nadie más a la vista, de nada valieron voces.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Gregorio, sin duda el más impaciente, golpeándose intermitente la mano con el puño.

Los cinco se miraron. Nadie dijo nada. Merodeaban, atisbaban. La hierba mojada les helaba los pies. Nikita recorrió de un lado a otro el cerco frontal. Casi doscientos metros de cerco.

—Sí, evidente. Esta es la entrada... —fue su impresión que transmitió al resto.

Andreienko, trepado a la verja, observaba desde ahí el interior.

—¡Ni quieran imaginar lo que es esto! —dijo, asombrado, desde lo alto. Tardó en descubrir la casa, oculta tras una arboleda densa, confusa, por demás diversa, creciendo sin criterio regulador o simplemente sin criterio alguno—. ¡La, la! ¡La, la! ¡Qué loco! ¡Qué loco! —no dejaba de exclamar Andreienko.

—¿Que te asombra? ¡Calla! ¡Que te pueden oír! —le gritaron abajo.

Ejemplares tan diversos como nogales, bananos de hojas totalmente desflecadas y frutos ennegrecidos y raquíticos, un mango, un castaño, palmeras y árboles diversos, un ombú, paraísos o panjí y árboles de especies, un alianto, un clavero, un canelo y más y otros frutales, naranjos, ciruelos enviciados sin podar, damascos, manzanos; más un muestrario que algo congruente, pero a la vez sobrecogedor en su abigarrada liberalidad. ¡Qué jardín! ¡Que nadie que en él penetrase fuese a decir que le sorprendiera el carácter de su dueño!

—¡No quieran imaginar! —volvió a repetir Andreienko desde su mirador.

—¡Ahora nos oirá! —dijo Tatiana, dando golpes en la verja.

Los perros se excitaron más aún. Esto enfureció más a Gregorio.

—Aguarda —lo detuvo Luty—. ¡Ése no quiere oírnos!

—¿Y si no estuviese? —dijo Tatiana.

—¡Sí que está! ¡A mí no me deja en la puerta! —bramó Gregorio.

—Están los perros —señaló Andreienko.

—¿Te detienen dos perros? —Gregorio adelantó su pala en sus puños.

—¿Y si nos recibe a tiros?

Vacilaron. Entonces Tatiana dijo como hablando consigo:

—Como este señor no esté a la altura del cuidado que nos estamos tomando por él, me tendrá que escuchar —y se quedó mirando hacia el interior, a dos pasos de la verja.

—Aquí hay que hacer algo. Y si le da por encañonarnos...

—En ese caso... —Nikita se abrió la chaquetilla y mostró su revolver ajustado al cinto.

—Ah, ¿te has venido con eso? —dijo Gregorio—. También yo.

—¡Qué camaradas confiables! —exclamó Andreienko, descubriendo su arma.

—Faltas tú, viejo. —señaló Nikita.

Luty, que a despecho de los perrazos había estado observando y tocando las cadenas, tomó la pala de manos de Gregorio y pasándola por entre las rejas a riesgo de ser mordido, destrabó la cadena enganchada al zócalo y a merced de los osados quedó la entrada. Cautelosamente se fueron introduciendo. El par de mastines parecieron dispuestos a arrojarse sobre los intrusos. Gregorio blandía su pala. Los otros dos sus armas prontas. Tras ellos venían Luty y Tatiana. Un silbido peculiar hizo volverse a los perros y hacer que se perdieran entre el follaje. Entonces el grupo pudo respirar con alivio. Mas no por eso dejaron de prevenirse. Tras el alto ligustro que cubría la entrada apareció un sendero umbrío cubierto de retama que, si bien sinuosamente, conducía a la finca. Previo un espacio abierto en que correteaban aves y se veía una carreta, herramientas sueltas de emparvar aquí y allá, aparecía la finca de dos plantas. La superior rematada por una terraza balcón que servía de porche, sostenido por columnas. A la entrada se llegaba ascendiendo por una breve escalinata de umbrales de marmol. Estando todos ellos a mitad de camino de los treinta metros que los separaba, apareció, surgiendo de las sombras del porche y preanunciado por la nerviosa presencia, una vez

más, de los perros, Igor Benda. Esperpénticamente vestido, con su camisa de dormir asomando bajo su paletó, encasquetado en su bonete de noche, las piernas desnudas y en sandalias, observó severa y desencajadamente a los recién llegados. De presencia imponente, amplia complexión, pelo desmañado y barba blanca descuidada, se plantó allí, paralizando con ello, en su sitio, a los que avanzaban. Guardadas las distancias, nadie sin decir nada, los de Gulaï-Pole comprobaban que a pesar de presentarse al ridículo su vestimenta, por lo contrario, algo de él que excedía la contingencia, lo imponía y que además, no era tanta su estatura, sino su porte —Tatiana lo denominó «parada»— lo que eso hacía suponer.

Luty intentó romper la tirantez de la situación.

—Buen día —saludó, sin obtener respuesta. Prosiguió—: ¿Es usted el ingeniero agrónomo, Igor Benda?

El hombre parado bajo el alero del porche, enarcó las cejas.

—Yo no los esperaba —dijo cortante—. ¿Quiénes son, qué quieren?

Luty se dio un poco de tiempo y dijo adelantando el brazo del que pendía su valijín con parte de la documentación. Los perros, viendo su gesto, gruñeron.

—Somos de Gulaï-Pole... Venimos para interesarlo en un proyecto... Se trata de una obra de riego, en el Volchya...

—Yo no trabajo más. ¡Para nadie! —fue su respuesta.

Tatiana se mordió los labios. Los demás tuvieron un momento de desconcierto.

—Es que... —atinó Tychenko Luty—, no nos mal interprete, ingeniero. No venimos para explotarlo...

Igor se elevó más sobre sí.

—¡A mí jamás me explotó nadie! —barboto. Y agregó, ya del todo molesto y envarado—: ¡A mí no me proponen nada, ustedes! —pareció como si fuese a darse la vuelta y dejarlos ahí plantados.

—¡Espere! —le atajó Gregorio—. Nosotros venimos desde Gulaï-Pole... El *soviet* nos encomendó...

—No es cosa mía —fue su respuesta.

—Sin embargo... —tartamudeó Gregorio.

—Se trata... —tanteó Nikita—. Nuestro *soviet*...

—Yo no soy comunitario, ni colectivista. Y nada quiero saber...

—Oh, pero no se trata de nada de eso, ingeniero —le interrumpió Luty—. ¡Fíjese usted mismo! —en dos saltos estuvo casi encima de Igor y ya abriendo el valijín y mostrando la documentación. Sin duda una acción atrevida, de la que podría resultar cualquier cosa y ponía de un golpe todas las cartas sobre la mesa. Los demás, pescan-

do al vuelo la intención de Luty, se apresuraron secundándolo admirablemente. En segundos, mapas, planos, estudios, carpetas, todo el material que trajeron se halló expuesto... Y no dejaron en ningún momento de cambiar impresiones entre sí, respecto a todo eso. El porche quedó empapelado... Los perros comenzaron a ladrar.

Igor Benda, sin salir de su asumido distanciamiento, pero ya en medio de ese trajín, ese ir y venir en su derredor y especialmente el de esa campesina de mejillas arreboladas por el frío y de mirada encendida que no dejaba, furtiva y esquivamente de lanzarle, momentáneamente arrollado, echando una mirada aquí, otra allá, comenzó a inmiscuirse, al parecer interesándose en los planos que se desplegaban ante él. Pero no fue más que una ilusión. Igor volvió a su anterior actitud y quizá más rígido, advertido del conato de presión ejercido. La conciencia refleja de los demás fue paralizándose y los cinco se quedaron mirándole. Fueron segundos cruciales. Lo modificó un mínimo suceso imprevisible, fortuito, afortunado... Una brisa levantó un pliego y lo echó por tierra. Gregorio se agachó para recogerlo y en ese movimiento se le soltó una ventosidad. La envaradura general apenas si duró un instante. La cara de asombro y disculpa de Gregorio, todavía agachado, mirándoles, movió a todos a risa. Como si soltasen amarras, la risa saltaba de uno a otro, incluyendo a Igor. Tatiana, que también reía, ahora se echó a llorar. Reía y lloraba.

—¿Qué miran? —dijo, sintiéndose blanco de todos—. ¿No han visto nunca lágrimas en una mujer? Las mujeres solemos llorar por todo.

Lo dicho provocó nueva hilaridad. Luty sacó un pañuelo y ella se sonó ruidosamente la nariz.

—Igor Benda —dijo Tatiana, dirigiéndose a él—, no se ría usted de mí. Usted es el que tiene la culpa de todo.

Viendo el estupor del ingeniero y temiendo que Tatiana lo echase todo a perder, Luty salió al paso.

—El ingeniero no se ha reído de ti —le dijo.

—¿Ah, no? Pues si no se ha reído, por él he llorado y todavía no puedo dejar de hacerlo —volvió a sonarse ruidosamente.

Igor estaba visiblemente molesto. Y más por el nuevo cariz que parecía tomar la situación. Pero ya no le daban respiro. Tatiana estaba furiosa. Sin reservas daba razón ahora de las miradas con que lo había dispensado hasta entonces. Y ninguno del grupo se atrevió ya a intervenir, por saber bien hasta dónde era ella capaz de llegar en esas condiciones.

—¡Hay que ver los aires de este señor! —lo enfrentó—. Igor, sepa que desde hace diez días nadie de nosotros duerme. Y únicamente por su causa. ¡Desde que a nuestros agrónomos se les ocurrió recomendarlo! ¡Por Dios y la Virgen! ¿Quién es este hombre? No he dejado de preguntarme. ¿Cómo un hombre, tan sólo uno, y justamente el que necesitamos pueda ser tan difícil? ¿Complicar hasta tal punto un trámite de consulta tan sencillo y volverlo tan espinoso y retorcido? ¿Es sólo un reaccionario más? No he dejado de repetirme. ¿Puede tenernos tanto odio? ¿Por qué tanta arrogancia? Si al fin y al cabo sirvió por un salario: si bien, abultado, salario al fin y al cabo, igual que nosotros, ¿qué gusto especial encuentra en el dinero salido de manos de los explotadores y señores? ¿Es que tiene vocación de perro doméstico, lamiendo siempre a sus dueños? ¿O se cuida, temeroso de que no le vayamos a pagar? ¿Cuándo ha visto este hombre que los pobres no paguemos nuestras cuentas si tomamos el compromiso? ¡Y aquí no se trata más ya, ni de pobres, ni de ricos! Estas cosas y tantas cosas más no he dejado de pensar sobre usted, Igor. ¡Y estando en su casa, desde la verja, el muro, ni que se tratase de la muralla china, los perros, la maraña de plantas y usted mismo!

El ingeniero pareció querer retroceder, prevenido de esa furia... Mas en el fondo, rindiendo tributo a esa actitud...

—¡Y ahora atendiéndonos en estas condiciones! —prosiguió ella implacable—. Y seguramente que no queriéndonos introducir en la casa. ¿Es que somos raposas, cocodrilos? Sepa usted, Igor Benda, señor ingeniero, que tenemos a mucha honra ser compañeros. Y muy en alto ponemos el habernos propuesto realizar esta obra mayor de riego colectivo. Que la vamos a hacer, no le quepa a usted duda. Y queremos que sea usted quien nos dirija y planee. Pero, le ruego, por favor, basta de hacer el ogro. Somos todos gente mayor. Y sería —concluyó. Y quedó frente a él, anhelante, temblándole una lágrima en los ojos.

Sus compañeros habían quedado suspensos. Que Ludmila Tatiana no había venido por nada, se estaba viendo. Igor Benda, sin saber por qué, dejó pasar muchas cosas... Otras, no se detuvo a analizarlas. Al fin dijo:

—Lo que ustedes quieren hacer es trabajo grande.

—Lo sabemos.

—Muy costoso.

—También eso lo sabemos.

—Y llevará su tiempo...

—Lo tenemos.

—Pueden ser tres años, cuatro, quizá más...

—Empecemos. Ya se verá el final.

—Es que... —el ingeniero pasó la mirada por todos—. Mejor entremos —invitó. Abrió la puerta a sus espaldas.

Se apresuraron en recoger los papeles diseminados. La primera en atravesar el umbral fue Tatiana. La siguieron los demás. Los perros quedaron fuera. Ya en el interior, el caldeado ambiente, debido a un gran leño que seguramente ardería desde la noche, los volvió del frío externo a esa temperatura confortante y los atrajo hacia el hogar.

—Si me disculpan unos minutos... —dijo el ingeniero, complementándolo con un ademán que significaba consentimiento de que dispusiesen de todo ahí. Inició el ascenso por la escalera que llevaba al segundo piso. A mitad de ella se volvió—. Si gustan... pueden servirse té, el samovar está ahí —señaló a un costado del amplio salón en el que resaltaban dos grandes pieles de oso y alfombras cubriendo el suelo de baldosas negras. Acabó de subir y desapareció en un corredor.

Los que allí estaban se miraron no del todo convencidos de lo que por los síntomas estaban logrando. Nikita y Gregorio, si se quiere atónitos, abrazaban sus papeles, no atinando a nada. Andreienko, cercano a Tatiana, le dio con el codo y le dijo:

—¿Te puedo dar un beso, Tatiana?

—Sí, ¿por qué no? —y soltó una risotada como ella solía, sintiéndose feliz.

—¡Y yo!

—¡Y a mí!

—¡Creí que te fuese a cortar la lengua! ¿Cómo pudiste? —preguntó Andreienko.

—¡Cómo! —dijo ella—. ¡Fastidiame y ya verás!

Nikita y Gregorio rieron.

—¡Sssshl —atinó Luty, quedo—. ¿Quieren echarlo todo a perder?

—¿Y usted, Luty, no me va a besar, como ellos? —lo invitó Tatiana.

Tatiana exultaba el triunfo. Era inmensamente feliz. Hubiese podido abrazar y besar a la humanidad en ese momento. Luty se acercó y la besó en la boca. Con la fugacidad de una lagartija, asomó y volvió a su escondrijo la lengua de ella. Y de inmediato se desentendió.

El samovar reposaba sobre una mesita de marmol negro. Ella se dobló sobre sí y lo destapó. El vapor que escapó por la abertura anunció el té caliente. Con una cuchara de mango removió el contenido. Lo olió. Luego de volver la tapa a su sitio cogió una primera

taza de base de bronce e interior de cristal, calentada por el propio calor del samovar y abriendo la canillita sirvió el té. Se dio la vuelta como para entregarla a alguien. Todos esos hombres, detrás de ella, probablemente alcanzados por ese momento fraternal y tierno, después de la angustia; quizá simplemente y por la sola razón de ser ella ahí la única hembra, lo cierto es que, en la posición en que ella se encontraba, vislumbraron, más por lo que insinuaba bajo su falda abultada que por lo que podía estar mostrando, a la mujer, a la hembra, no sólo ya a la compañera. Así los sorprendió ella.

—¡Eh! ¿Qué miran? ¡so, animales! —por un momento pareció fuese a amoscarse. Pero estaba feliz, demasiado feliz para ello. Se rió. Eso hizo que los demás también pudiesen hacerlo. Tatiana acabó de servir. Se sirvió ella misma y las tazas humeantes y su confortante contenido, al que agregaron vodka del que Nikita traía en su cantimplora, renovó del todo el ánimo y la atención un tanto distraída del grupo, volviéndolos a su cuestión principal.

Cuando Igor Benda regresó, ellos hacía rato que habían agotado sus conjeturas y aguardaban silenciosos, unos en sillones, otro echado en el suelo sobre almohadas, Gregorio de pie. Igor bajó rápido los peldaños. Lucía renovado externamente, con botas, pantalón, chaleco, corbata y chaqueta. Pero traía demarcado un rictus en el rostro que paralizó a Tatiana, que tenía pensado ofrecerle un té. El hombre fue directamente a la cuestión.

—Si algo había deplorable —comenzó— en el gobierno del zar era la cantidad de propuestas y proyectos mal asumidos, inconclusos o que sólo quedaban en la intención. Cuando se comienza algo se debe tener la certeza de su conclusión. El proyecto que ustedes me proponen requiere no sólo esfuerzo, voluntad, medios y financiación. Todo eso, siendo muy importante, no lo es tanto como el tiempo. El tiempo que necesitará. Un tiempo difícil de determinar... Un tiempo que a cada momento puede escapar de vuestras manos... Nosotros no podemos regular las estaciones. Saltarnos un invierno, por ejemplo. Y esto, que en época se reduciría a una cuestión de espera, en el vuestro, crítico, de emergencia, con el tiempo perentorio urgiendo, no es posible. ¿Quién garantiza que ustedes permanecerán en la dirección de las cosas públicas?

—La revolución —declararon al unísono varios.

Igor Benda se quedó de una pieza.

—¿Qué revolución? En ocho meses hemos tenido cuatro gobiernos en la capital. ¿Quién garantiza que el de ahora sea el último?

—Para nada dependemos nosotros de eso, ingeniero —dijo Luty.

—¡Ah, no! ¿Y de qué?

—Nosotros no hacemos política.

—¡Todo es política! —bramó Igor—. ¡Qué ingenuidad! Como si fuese poco el caos reinante, ¿piensan que un gobierno que se precie de serlo, ¡y cual no!, dejará librada a cada comunidad la solución de sus problemas? ¡Sí, lo sé, en el fondo siempre es así! ¡Pero un gobierno es capaz de parar una obra de bien, si no la autoriza y supervisa! ¿En dónde están viviendo ustedes que ignoran tales cosas?

—Pero... ¡es que nosotros somos anarquistas, ingeniero! —dijo Luty.

Igor Benda abrió tamaños ojos.

—Y vamos a edificar y a cambiar y a defender por todos los medios lo que construyamos.

El ingeniero, viendo al que esto decía y a los que lo acompañaban se asombraba cada vez más.

—Pero, ¿es que creen en lo que dicen? ¿De verdad, creen? —no cesaba de repetirse.

—De Ekaterinoslav al sur todo lo dominamos...

—¡De Ekaterinoslav al sur! Y me lo dice como si tuviese que bastarme. ¿Conocen Rusia? No que la hayan recorrido... Pero en un mapa, habrán visto todo el espacio que ocupa Rusia. ¿Tienen idea de cuánto es el espacio que dicen estar dominando en relación al que los rodea, al frente, a los costados, atrás? ¿Creen que van a poder contra todo eso? ¿Y creen que los van a dejar estarse todo el tiempo que necesiten hasta concluir la transformación?

—No esperamos que nos dejen, ni que no nos dejen. Nosotros hemos conquistado nuestra libertad y viviremos como hombres libres. ¡Haciendo! Mientras podamos. Ya hemos tomado las tierras. Estamos armados. Tenemos nuestras guerrillas y nuestras guardias defensivas. Y vamos en camino de formar un ejército.

—¡Un ejército! —no pudo evitar exclamar Igor—. ¿Piensan en un ejército?

—¿Me pregunta por informarse o porque anticipa su incredulidad? No tengo cómo demostrárselo aquí —agregó Luty—. Pero si quiere comprobarlo, salga de su finca y podrá verlo por sí mismo.

Igor se tomó su tiempo antes de contestar. Todos comprendieron que en ese momento se estaba definiendo la situación.

—Bien —dijo Igor al cabo— ¿Me van a dejar los planos? ¿Regresan mañana? No es que les vaya a dar una contestación definitiva... Eso demanda bastante más tiempo... Pero sí, en principio.

En esto quedaron convenidos. Mientras caminaban hacia la salida tuvieron oportunidad de observar una pareja de aldeanos mayores complementándose en tareas de la villa.

Al día siguiente volvieron a reunirse. Esta vez no debieron correr los percances de la víspera. Los aguardaba uno de los aldeanos. Les indicó una entrada por la parte de atrás para carruajes y vehículos, pero ellos prefirieron apearse ahí mismo. Sin alarma de perros se presentaron ante la finca. El ingeniero salió a recibirlos y luego de estrechar a cada cual la mano, loz hizo pasar al interior. Esparcidos por la sala en amplia perspectiva, estaban los mapas, planos, papeles. Siguiéndolos correlativamente, aparecía dibujado el Volchya en la parte que afectaba específicamente a Gulaï-Pole.

Igor Benda, de pie en mitad de la sala y de ese despliegue, si bien con un dejo de teatralidad consubstancial, comenzó a hablar. Lo que dijo resultó más una apretada reflexión sobre sí mismo que una exposición sobre la cuestión en sí. Pero sus connotaciones tenían alcance imprevisible y era evidente que de un modo indirecto, en su estilo, en su modo de razonar, abarcaba más, alcanzando la esencia de la cuestión. No era cosa de perderle el hilo... Salvo Tatiana, que guardó para sí una impresión muy diferente, los demás confesaron luego que durante toda la reunión temieron por su resultado. Igor se dio un tiempo, como aguardando de todos concentración. Resultó a todo lo contrario y tan singular como lo que habría de continuar diciendo.

—Perdonen ustedes... Desde ayer estoy buscando el término, la palabra que designe esto... del Volchya, que no es propuesta, ni propósito, ni proyecto... porque, inmediatamente lo diré, es otra cosa... mucho más que eso —se dio un breve respiro, como recobrando serenidad. Dio dos pasos, levantó la cabeza abarcando distancia y prosiguió—. Lo del Volchya es una incitación. Por descontado que sí importa el resultado. Pero no es lo que más importa. Y tanto es así que yo, ¡ustedes pueden pensar lo que quieran!, teniendo mis reservas muy fundadas sobre el éxito de la empresa, dicho esto en el sentido corriente de la cuestión, que nada tiene que ver con lo que significa como idea; digo que si ustedes piensan en un ejército, ¿un ejército?, ¡de veras se trata de eso!, si eso es, será bueno verlo y bueno estar haciendo algo del lado de los que están por semejante temeridad. Y no, tampoco porque vayan necesariamente a triunfar. Lo que sí harán —apresuró un ademán conteniendo réplicas— es detonar. ¡Yo estoy por los detonadores! El triunfo no es otra cosa que lo habitual al respecto. Se puede triunfar y perder; y se puede perder y ganar perdiendo. De lo que se trata es de acabar bien...

Los que lo escuchaban no salían de su asombro y estaban con el aliento contenido, el alma en vilo. «¡Qué loco! ¡Quién lo para! ¡En qué irá a terminar!», se decían. Resultaba demasiado, inesperado, intempestivo. Solitario. Inexplorado.

—Esto es lo que me atrae de este asunto —continuó—, su oportunidad. Viene a corregir una falta y es a eso a lo que yo adhiero.. ¡Y a todo, con todo! Con el ejército y con todo lo demás... Y nada pregunto, nada necesito saber. Eso, al menos para mí, es mucho más que un asunto profesional.

—¡Así es! ¡Así lo entendemos también nosotros! —se entusiasmó Nikita.

—¡Y más! ¡Y esto bien caliente! Una vez empezado yo no salgo más. Y adelanto que no les cobro un *kopek*. Pero también que emprendo la tarea con la certeza de que jamás la habré de terminar.

—¡Eso no! ¿Por qué lo dice, ingeniero? —se desconcertó Nikita.

Los demás no se sentían mejor. Igor los impresionaba como un hombre con algo interno descompuesto, elaborando trabajosamente a la vista sus ideas. Observó con extrañeza al que preguntara y lo propio hizo con los demás, descubriéndoles la estupefacción en el rostro.

—Oh —pareció disculparse—, creí a ustedes desde el principio... Lo dicho sólo vale para mí... Lo que quiero significar es que si esta... llamémosle empresa que me proponen fuese posible, en el acto dejaría de interesarme. Para mí, lo genial, lo bello, lo verdaderamente anárquico de esta empresa, es que la quieran realizar en medio del vendaval desatado.

—¡No es tanto así, ingeniero! —dijo Luty.

—¡Qué! ¿Teme que me disuada la realidad? ¡Al contrario! Están formando un ejército para combatir lo que se avecina y me dice ¡que no es tanto así! Ustedes tienen la dirección. Yo no haré más que seguirlos... Estamos viviendo el tiempo de la política y la economía... ¿Qué hacemos en este mundo los hombres a los que no nos interesan ninguna de las dos cuestiones? Cuenten conmigo.

Eso vinieron a buscar. La adhesión de Igor Benda. ¡Pero cuán distinto e inesperado resultaba esto!

XXV

FUERA DE TÓPICO

En un giro completo del cuadrante de Gulaï-Pole, alguien, sustraída a los festejos, si bien, de algún modo subconsciente, pendiendo de los sucesos, se agitaba en sus penas y en sus tormentos sin hallarle salida a su mal. Por rencoroso resabio y con motivaciones particularísimas que la apartaban sin remedio de la oportunidad de integrarse a la comunidad, por no decir a la misma vida y tratar de olvidar... Y lo que resultaba todavía más dañino para su estado era que su única compañía, su propio padre, estaba tan enfermo y aquejado como ella. Porque lo de Mara, bien podía considerarse ya una enfermedad. Su rencor creciente, detonado por los sucesos que costaran la vida a Anatol y el hecho, terrible para ella, de cuán malignamente ligado hallaba todo eso al que se había prometido secretamente —tanto, que sólo ella lo sabía—, la tenían sumida en esa sinrazón y carcomida ya por el odio que comenzaba a envenenar su vida. En dirección opuesta a los acontecimientos, cuando todo en derredor esplendía de alegría y vida renovada, allí estaba ella pudriéndose en su habitáculo. Sin atinar a nada. A tal extremo que al no poner ella nada de sí, concluyó ahuyentando a las familias labriegas que con ellos compartían la vivienda y que acabaron tomando ese rechazo como un resabio de soberbia. Incluso y contrariamente a lo presumible, nadie de su vieja servidumbre manifestó deseo de permanecer con ellos. Si bien, es oportuno consignar, que para estos casos, las prescripciones para la vida libre anarco-comunista preferían que se rompiese ese tipo de relación a los efectos de impedir ninguna nueva práctica de servidumbre.

Pavel, que no había superado su conmoción —más bien se había abandonado a ella resignando su destino—, tenía no obstante destellos

de lucidez, nada frecuentes es cierto, que hacían suponer que él se escondía o que había cierta complicidad entre su mal y él. Como si hubiesen acordado envolverse los dos mutuamente. Éstas eran las conclusiones a que llegaba Aaron Levín, su viejo médico, que lo atendía de su gota y ahora de este mal extraordinario.

—Pavel, ¿por qué se encierra tanto, usted? —solía advertirle—. No es bueno. Y parece olvidar que tiene una hija... ¡Buena pareja hacen ustedes!

—¡Mi hija! ¿Mara? —como salido de su sonambulismo despertaba—. ¿Qué sucede con mi hija?

—¡Señor! —reprobaba el médico—. Que alguno de los dos debe hacer algo por el otro. Quizá sea el remedio para serlo de sí mismo. Levante su ánimo, Pavel. Usted no ha sido nunca de dejarse llevar por los vientos...

Ahora estaba en el salón comedor de su vieja casona sentado a la mesa junto a Mara, compartiendo con ella una comida y unos dulces preparados por sus vecinos comunitarios, todos en los festejos de año nuevo de la aldea. Se iluminaban con dos candelabros y bajo su luz mortecina, comían en silencio. Remedo de otro tiempo semejaban un cliché. Ambos sumidos en propios pensamientos o en propias sombras. Hasta que ecos de la bombarda externa producida por los fuegos artificiales, les hicieron levantar la cabeza. Se descubrieron... Pavel le sonrió. Ella, involuntariamente, en un movimiento reflejo, pareció pronta a algo. Él entonces le hizo una señal y como socorriéndose uno al otro, corrieron hacia una de las ventanas cogidos de la mano. A través de ella, vieron los resplandores estremecidos, como relámpagos, de las bombas de artificio estallando en el cielo de Gulaï-Pole. Y oyeron los estruendos. Mara, particularmente, pareció regocijada en la contemplación de esas luces multicolores. Así, sin soltarse y sin decirse nada, transcurrieron unos minutos. Nevaba.

—Me acuerdo cuando presenciamos los fuegos en Petersburgo —dijo ella al fin—. ¿Te acuerdas, papá?

—Eso fue hace mucho, hija mía... —se sobresaltó él.

—¿Te parece tanto, papá? —dijo ella, extrañada y volviéndose hacia él.

—No, quizá no haya sido tanto... —reflexionó Pavel. Y luego de un instante en que pareció concentrarse, agregó—: Efectivamente, no hace tanto.

—¡Oh, sí, toda una vida, papá! —se apresuró ella.

—Bueno, si lo ves así... —dijo él, evasivo.

O bien, ella consideró auspiciosa la ocasión, o algo irreprimible comenzó a treparle por la garganta y fluirle en la voz. Se largó a hablar. Y apretada en sí misma como estaba desde hacía meses, su voz y sus palabras, como ardidas en hornillos internos, surgían bañadas de lágrimas. Pavel la escuchaba petrificado. Mara comenzó dirigiéndose a él, pero a medida que fue extendiéndose prosiguió hablando como si estuviese sola.

—Papá —comenzó ella, poniendo en el tono un ligero toque aniñado—, cuando estuvimos en Petersburgo, yo acababa de cumplir doce años. Recuerdo como si fuese ahora, yo miraba encandilada los fuegos artificiales. La impresión me duró hasta mucho después... ¡Cuántas veces más lo rememoré con mamá y con Anatol! —volvió la cabeza y miró en derredor como si fuese a encontrar a esos ausentes. Rápidamente volvió en sí—. ¿No es extraño?

Pavel estuvo a punto de preguntarle qué era lo extraño.

—Yo nunca supe por qué me volvía esa imagen de Petersburgo. ¿Por qué suceden tales cosas en la vida, sin razón o sin poder saber uno la causa? ¿Sabes tú de eso? Si sabes debieras instruirme, padre mío muy querido. Estas cosas, al parecer pequeñas cosas, ni idea tienes de qué manera percutieron en mí, hace un momento cuando establecí su conexión con este instante. Tú no viste, quizá no lo notaste: me conmovió terriblemente. ¿Y eso por qué? ¿Y por qué sólo preguntar me nace? ¿Y las luces, en vez de iluminar me encandilan? Si uno pierde el sentido de las cosas papá, eso no está bien. Y eso es lo que me viene sucediendo de un tiempo a esta parte... Me encuentro sola... en un vacío.. Descontrolada. Y nada, nada en qué asirme. En que creer. Oh, no te alarmes, no se trata de Dios, eso sigue ahí. Pero ahora que pienso en eso, que siento que de veras lo estoy pensando, te digo que desde hace tiempo, lo tengo casi por completo olvidado. Ni fu, ni fa. Que no me llega. Que no puede... Y luego, que no se trata de eso, papá. No de consolación... —se mordió los labios, contuvo una congoja—. Yo quiero... he querido vivir, papá! —estaba bañada en lágrimas y con expresión de enajenada—. ¡Y tú has visto! Ah, no quisiera que me oigas decir lo que voy a decir como un reproche personal. Yo sé, he aprendido a saber que las cosas son de un modo y que nosotros poco o nada podemos, así que no, no es un reproche. Pero, qué quieres que te diga papá, y no sabría decirte cómo, ni por dónde, yo creí que debía debérselo a mamá, pero es a ti, a tu lado, contigo contraje este sentido heroico de la existencia que maldito el bien que me hace, papá. Que me ha llevado de aquí para allá, sin rumbo, sin brújula, únicamente con locura. Arrojándome como un desecho y

dejándome encallada. Si, papá, no es sólo la muerte de Anatol, tampoco sólo la pérdida de todo lo nuestro. Es, es otra cosa..., otra cosa —vaciló un momento y luego, como quien se lanza al abismo, gritó más que dijo con voz enronquecida—: Es que he amado o creído amar a un hombre y eso ha resultado ser sólo una horrible y muy penosa confusión de mi espíritu. ¡Oh, qué absurdo! ¡Qué absurdo! Yo tan bella, él tan varonil y magnífico bajo el arco triunfal de la revolución y las estrellas —se soltó de la mano de su padre. Y por primera vez desde que comenzara a hablar lo observó—. Lo que debió ser mi apoteosis —prosiguió—, porque eso viví alimentando en mi ardiente corazón, lo destruyó de golpe la sangre y la muerte de Anatol. ¡Y no, no! No creas que estoy reprochándole al pobre Anatol nada. Pero es que de este modo se han ido dando las cosas papá. ¿Me quieres decir, por favor, qué se puede hacer entonces, cuando todo se mueve bajo tus pies?

Pavel estaba horrorizado. Sólo una tenue línea airosa en su mente pugnaba por abrirse paso hacia la claridad. Comprendió que Mara le estaba pidiendo que la auxiliase, que cual un cisne aleteaba en las postrimerías de sus fuerzas. Pero, ¿qué hacer? ¿Qué decir?

—Tú eres joven, ¡tan joven hija mía! Mi muy querida... —el efecto de sus palabras reflejado en el rostro de Mara le heló la sangre. Y ya no supo proseguir.

—Cada cual tiene la edad que corresponde a su vida, papá.

Escuchó que ella le decía. Pero ni su voz, ni su tono, eran ya los mismos.

—Un día más puede ser como la gota que rebasa la copa... ¿Quién quiere seguir viviendo cuando descubre que las cosas escapan de sus manos?

—Mara, Mara... —dijo todavía él, tras un gran esfuerzo.

Como en una pantalla, los reflejos externos, a través de los vidrios de la ventana, se sucedían, mas ya habían dejado de interesar a Mara. Se volvió a recoger el servicio de mesa. El silencio volvió a ganarlos. Los implacables y fatales hechos, siendo ajenos e inmodificables, cumplían su propio itinerario y estaban regidos por sus propias leyes...

XXVI

SE MUEVE EL TABLERO

El ejército austro-alemán, voluntaria y tácticamente inactivo en el frente ruso, en febrero de 1918 decidió precipitar los sucesos. Bajo la presión de una ofensiva general que tuvo visos de catástrofe para los bolcheviques, presentó un ultimátum exigiendo un acuerdo para la firma de una paz por separado. Ya hemos visto a Trotzky, al comienzo de esta historia, firmando esa prebenda. Las crónicas de testigos presenciales, narraron que el *buró* vivió horas cruciales, de agrio enfrentamiento. Prevaleció el «realismo» de Lenin. Según él, negociando Ucrania como lo hacían, se ahorraban el peligro de «sucumbir o desmembrarse». Su determinación, bajo amenaza de renunciar a la presidencia del *soviet* supremo, le valió imponerse definitivamente al resto. El reverso de ello, sin embargo, era que el largo anhelo de paz del pueblo ruso se trocaba en castrador y humillante, además de resultar una traición flagrante al pueblo ucraniano, abandonado a su suerte. ¡Qué no hubiese sido entonces de haberse obrado de manera distinta! ¡Barricadas! ¡Acción directa! ¡Y qué en su repercución en el proletariado mundial! Pero, aquí estamos. ¿Revolución o Estado?

Makhno, con la premura que es de imaginar, reunió en los primeros días de marzo al grueso de comandantes de la guerrilla de toda la región. La comprendía prácticamente toda la gobernación de Ekaterinoslav. Desde la estación de Lozavaia, pasando por Berdiansk, Mariupol, hasta Taganrog —en la costa del Azov hasta el Don— y desde Lugansk y la estación de Grichino hasta Ekaterinoslav, la ciudad Alexandrovsk y Melitopol, en la desembocadura del Mollschnaïa. En esa periferia la guerrilla había arraigado poderosamente. ¡La comprendían no menos de tres mil hombres!

En un claro del bosque, desde muy temprano, Garcucha con dos ayudantes asaban un par de jabalíes. Los que iban llegando a la reunión, merodeaban el sitio haciendo tiempo antes de comenzarla. La carne cruda comenzaba a dorarse volteada sobre las llamas.

—Para que no les falte motivo de andarse por aquí, compañeros... —los atajaba Garcucha, sazonando, colorado y transpirando, secándose con el pañuelo del cuello y con las mangas de su camiseta de lana gruesa arremangada.

—Te lo diremos después de comernos tus muertos —le contestaban jocosos.

—Te tomo la palabra.

La primera grasa restallaba sobre los troncos encendidos y el humo, así espesado se elevaba formando una densa niebla en lo alto enmarañada a unos tilos. El olor característico de la carne asada comenzaba a esparcirse. La caballada desensillada pacía en la cercanía y ellos, la gente joven allí congregada, el mayor no pasaba de los treinta y cuatro, departía en grupos animados.

Por fin Makhno, asegurado de que todos los citados habían llegado, convocó la reunión bajo un toldo con asientos y con una mesita al frente donde él tomó ubicación. Eran aproximadamente unos sesenta hombres. Todos, allí parecían decir «aquí estoy».

Makhno abrió la reunión con una exclamación:

—¡Jamás entró en nuestros cálculos que tendríamos que vérnosla con un ejército de ocupación! ¡Los germanos están en Kiev!

¡Ni que hubiese removido un avispero!

—¿No tenías menos qué decir? —pareció reprochándole, Karetnik.

—¡Para el caso, camaradas —metió basa Osseroff—, que más da que sean germanos o el mismísimo ejército rojo!

—¡Es que no, compañero! —saltó Belach, allá en lo alto de su cabeza rapada y su nuez protuberante marcando su diapasón—. ¡Señalo la diferencia! ¿Cómo puede ser lo mismo el ejército del káiser que... —su voz quedó ahogada entre réplicas. Pero no renunció a exponer su punto de vista. Agitando los brazos como las alas de un gran pajaro que busca sus corrientes, al fin halló su claro—. Si hago hincapié en ello —dijo—, aún pareciendo muy alejado el caso de venir a enfrentarnos los rojos y ahora menos que nunca, es porque también llegará eso para nosotros. Que nada habrá de sernos ahorrado. Y en ese caso, es bueno ir pensándolo, camaradas, mejor diré madurándolo, no nos va a resultar lo mismo enfrentar a los germanos que enfrentar al campesinado rojo.

—¡Y cómo no! —volvió a la carga Osseroff—. ¿Qué importa quién me apunta, si apunta para matarme, sea rojo o teutón?

—Usted pasa por alto lo más importante, Osseroff, el proceso hasta llegar a esta situación extrema.

—Proceso sentimental... ¡Me guardo de serlo!

—¡Sentimental y psicológico!

—¡Para el caso!

—¡No! No para el caso. Con un soldado germano enfrente, salgo a matar. Con un campesino rojo cubriendo plaza de soldado, intento conversar antes... ¡Y no digo esto por mí! Yo ya tengo tomado mi partido al respecto. Es por prevenir. Sepamos bien a qué atenernos en esto, porque, ¡qué quieren que les diga, compañeros! Para mí, esta cuestión, llegado el caso, será la que defina nuestra posición como auténticos revolucionarios —Belach metió la pipa que tenía en la mano en la boca y en un gesto nervioso, muy de él, chupó para nada.

—¡Eso es ya ir muy lejos, camarada!

—¡Un momento! Si me lo permiten... Quisiera encausar... Bueno, no encausar... —inmediatamente se retractó Makhno—. Bien están estas discusiones... Ciertamente, Belach, me felicito... Bueno... ¡No que me felicite! —su expresión y su gesto hicieron reir—. Preferiría mejor que no fuese... Pero... Lo que quiero significar es que me quito un gran peso de encima sabiendo que vamos a enfrentarnos a un ejército imperial y no al ejército rojo lanzado en función de punición contra nosotros... ¿No lo creen así?

La grita y la aprobación parecieron unánimes. Pero en ese instante se levantó Kurilenko.

—¡Ahí lo tienen! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡No nos formemos falsos esquemas!

—¡Es lo que dije! ¡Eso vengo diciendo! —insistió Belach.

—¡Compañeros! ¡Camaradas! —se levantó Martchenko—. ¡No derivemos la cuestión! ¡Que vamos a enfrentar a un ejército! ¿Con qué vamos a combatir un ejército? —la pregunta, como una hoja afilada cortó en dos la diatriba.

—¿Con qué? ¿No estamos aquí para discutir precisamente eso? —dijo Makhno muy airoso. Su respuesta provocó carcajadas.

A partir de ese instante la reunión procedió, encauzada a definir sus objetivos al respecto. La primera, de la que derivaban las demás, ¿con qué, cómo enfrentarse a un ejército formal, veterano de la guerra, poderoso, triunfal, dotado del más moderno equipamiento bélico? Y luego, ¿reunir la fuerza íntegra de la guerrilla y salir a su encuentro y darle batalla? ¿O mejor aguardarlo? ¿Y dónde? ¿Y no mejor

diversificados en sus regiones? ¿Y qué hacer sin armas, ¡siempre sin armas!, o con lo poco y nada que se poseía? ¿Y las poblaciones? ¿Qué con las poblaciones? ¿Con qué, cómo protegerlas? Durante el transcurso de este arduo interrogatorio, más allá y por debajo de cualquier solución parcial, se fue ahondando la certidumbre de que únicamente la concreción de un verdadero, no improvisado ejército campesino podía equiparar sus oportunidades para enfrentamientos de mayor envergadura. Contaban con su presencia, su disposición y una fuerza quizá desmañada, según como se la mirase. Pero eso, ¿a quién alcanzaba?

Con más inquietudes de ánimo que certidumbres concluyó la reunión. Una cosa sí fueron sabiendo que les valió como su confirmación. No estaban aislados. No peleaban solos en sus regiones. Había más. Aquí estaban. Corazones ardientes dispuestos a jugársela, ya veremos cuánto pudieron.

En cuanto se difundió en Gulaï-Pole la noticia de que el ejército austro-alemán había penetrado en Ucrania y ocupado Kiev, despidiendo a sablazos a la guardia de Petliura, apresando a éste e imponiendo la ley marcial en todo el territorio, se tuvo la convicción de que algo muy malo había llegado, para amargura de todos.

Los generales del káiser, debidamente programados, de inmediato instituyeron un gobernador con amplísimos poderes y este privilegio recayó sobre Skoropadsky, una dócil criatura sobornable, viejo conocido de los alemanes por haber prestado distintos servicios para el zar y por cuenta en la corte alemana. Skoropadsky inició su mandato arrogándose el título de *hetman*, que correspondió en pasados siglos al jefe electo de Ucrania, pretendiendo bajo ese título de tradición ilustre restablecer un cuño remoto; convocó a la acéfala policía de la *Okrana* y a oficiales zaristas y con ellos formó los cuadros de lo que se dio en llamar la «guardia del *hetman*»; convirtió en efectiva la prisión de Petliura aduciendo que «en época de conmoción más vale tener a mano a los grandes hombres». Ya iremos viendo oportunamente como esta determinación enteramente suya fue algo más que un arbitrio de poder.

Los teutones, como la mefítica presencia del SIDA, royendo hasta los huesos del cuerpo humano, se introdujeron en el cuerpo vivo de Ucrania. Manifiesto estaba en la actitud de los saqueadores el desprecio a esos rusos a los que veían como los provocadores responsables de una conmoción insensata. ¡Dementes culposos de la debacle institucional de ese país! ¡Cuidado que poco se cuidasen de tratamiento con ésos; no iba sólo con ellos el deseo de escarmentarlos por la locu-

ra de deponer al zar! ¿Y qué podía importarles, para el caso, la vida de una población a la que solamente los ligaba la circunstancia de guerra, de proveerse a su costa? Al saqueo. A eso habían venido. Era la norma de esa invasión de termitas uniformadas.

Los trenes, por cientos partían de Ucrania repletos de cereales, ganado, manufactura. ¡Lo que hallasen! Restado de sequías, parcelado de racionamientos, expoliado por causa de la guerra. Y si se resistían, muerte; y si protestaban, muerte; y muerte tanto a hombres como a mujeres. Y en el contracanto de trenes quemados o vías asaltadas en actos de sabotaje heróico, poblaciones masacradas e incendiadas. Su paso, donde quiera se asentase la soldadesca, quedaba señalado por una marca: ¡tierra arrasada! Y después pronto venían los nobles y los acaudalados del antiguo régimen a recuperar sus predios y sus fincas: lo que ahí estaba y ¡nadie que se lo fuese a comer! ¡Y todavía y antes de todo ello, los guardias del *hetman*, en su carácter policíaco administrativo! Y entonces todo se tornaba mucho peor que antes de la revolución. ¡Qué peor con la soldadesca y el rencor y la revancha de los *kulaks*!

¡Y asombrarse! Los bolcheviques fueron los primeros interesados en sofocar los clamores de ese espanto. Conciencia culposa, impusieron un férreo cordón de seguridad y censura sobre Ucrania que así quedó aislada del resto de Rusia. Y totalmente del mundo. ¡Qué peor sordo que el que no quiere oír!

En las diferentes regiones en las que operaban los muchos comandantes campesinos asistentes a la convocatoria de hacía dos semanas, los acontecimientos, corriendo a una velocidad no prevista, los tomaba, a cada cual sin una fuerza en relación de paridad que oponer. En cada caso resultaron impotentes y combatieron a puro arrojo y pérdidas. ¡Cuán decisivo resultaba el equipamiento de cañones, ametralladoras, tanques! Lo que no ignoraban y ahora les quemaba en carne propia. Y lo que los disuadía a la vez de abandonar sus regiones dejándolas totalmente a merced de las hordas uniformadas.

A propósito de cuanto se supo que ocurría, alarmado al máximo, el *soviet* de Gulaï-Pole hizo una convocatoria urgente a la población para tratar la gravedad de la situación. El tema: su movilización armada para la defensa de la región. Más que el tema, debiéramos decir el enunciado. Una vez más, a pesar de los voluntarios, la falta de armas volvió inocuas las mejores intenciones. En consecuencia, valga la apreciación de las proporciones, mucho se cuidó Makhno y

su gente de propiciar la defensa con palos y picas. ¡Al contrario! Pero la circunstancia surgía de por sí y contradiciendo, pujaba llamando a la defensa armada. ¡Quién detenía ese fluir! Lo desarrollado en esos primeros meses de libertad y holgura espiritual, más en estímulos que en hechos, eso cierto y tan apreciado, los ponía en el trance de jugársela por sus conquistas. Y contra todo razonamiento, no faltó quienes propiciasen una defensa armada secundando a sus guerrilleros. La reiterada evaluación de hechos ocurridos en distintos sitios, con la evidencia de feroces represiones, finalmente les fue abriendo los ojos, atemperando su fogocidad. ¡Y cuánto valió el testimonio de testigos de ese proceder, venidos de otras partes, gentes que huían de los invasores! Así fue primando el juicio objetivo, no emocional de la realidad. Tal como se presentaba en los hechos. ¡Desolador resultado! Y más cuando Makhno dio el número de milicianos que componían sus fuerzas. Nadie podía creer que esa milicia que a diario se prodigaba ante su vista, sólo estuviese compuesta por poco más de cien hombres. Y esos cien, como nada estaba predeterminado entre ellos y cada acción, en cada momento, era voluntaria y no obligada, nada, ningún compromiso pudo adelantar él, salvo consultar a esos cien, a cada uno, al respecto.

Y eso estaba haciendo. Les dijo a sus hombres:

—Faltaría a la verdad si dijese que me decepcionaría si ustedes, rehusasen esta empresa. Mejor diré que si bien no voy a ser el primero en negarme, eso estoy esperando de cualquiera de ustedes, sensato, para seguirlo... —paso su mirada dura sobre ellos. Insistió, alzándose en su montura—. ¿Ninguno que nos exima del matadero?

—¿Te estamos oyendo correctamente, camarada? —preguntó Martchenko.

—¡Qué! ¿No hablo bien el ruso? —contestó Makhno.

—¡Ni se puede considerar rehusarse! —encaró Gregorio Vassilevsky, rompiendo su natural hermetismo—. El Consejo del pueblo nos encomienda una tarea. ¡Debemos cumplirla! ¿No asumimos ser la guardia del pueblo?

—El nuestro no es un destacamento militar o policial. ¿Lo entenderán? —se encolerizó Makhno—. ¡No recibe órdenes de nadie! Eso excede las atribuciones de cualquier Consejo. ¡No tienen derecho a disponer de la vida de nadie! A lo sumo puede recomendar una medida. Y eso han hecho. ¡Nosotros debemos resolver! Si evaluada la situación la consideramos suicida y ésta podría serlo, nada nos obliga a acatarla. Sería lamentable vernos destrozados por nada más que un sentido poco claro de las proporciones...

—¿Proporción? ¿De qué hablas? Si eso aguardásemos, jamás sería nuestro turno. ¡Ese argumento no te sirve, Néstor Makhno! No hay alternativa de elección. ¡Por algo elegimos estar en la guerrilla! Si la fatalidad nos alcanza, ¡ésta es una buena causa! —expresó Gravilenko.

—Amigo —dijo Isidoro Luty muy tranquilo—, oponernos a ese ejército que invade no está mal.

—¡Es que nadie se opone a semejante disparate! —gritó Makhno—. ¿Con una ametralladora y cincuenta fusiles, no es un suicidio?

Todos escuchaban y parecían estar preguntándose, tal como lo dijera Martchenko hacía unos instantes, «si oían correctamente».

—Y bien —retomó la palabra Makhno, luego de un silencio—. ¡sea!

Un «viva» alborozado partió de todas las gargantas. Se acercaron a palmotearlo, abrazarlo, besarlo.

—¡Eh, basta de sobarme! —protestó—. ¡No vamos a ninguna fiesta!

—Amigo —le dijo a solas, Simón Karetnik—, ¿nos probaste?

Makhno lo observó y calló. En el fondo de su corazón, aún bajo ese estímulo, no dejaba de preguntarse si sus hombres no estarían ciegos.

XXVII

ACCIÓN GUERRILLERA

Contra lo corriente, quizá por hallarse el grueso del ejército alemán adscrito a esa región en Alexandrovsk, a escasos ochenta kilómetros de Gulaï-Pole, llegó a ésta, por tren, adelantado, un batallón de la guardia del *hetman*. Caballería y pertrechos incluidos. Al parecer, no debidamente informados, ni transcrito en mapa alguno que la estación no se encontraba en el pueblo propiamente dicho, tuvieron de qué sorprenderse al descubrir únicamente los galpones ferroviarios y a poco más de ocho kilómetros los márgenes de la localidad. Esto les planteó un dilema. O acampar allí mismo, dándole preferencia estratégica a la estación o dividir la fuerza y presentarse a la vez en el pueblo constituyéndose como autoridad. El oficial a cargo del batallón, sin motivo de alarma a la vista, antes por lo contrario felicitándose de haber encontrado la estación intacta, pudiendo aguardar allí, interpretó que la operación quedaba inconclusa. Y eso era real. De modo que, aun consciente de que dividida debilitaba su fuerza, corrió su riesgo. Lo consoló un pensamiento:

—Son más las demoras y molestias que pagamos por tomar precauciones que las que se merecen, por lo que se ha visto hasta ahora —se dijo. Y a sus subalternos que aguardaban su determinación—: ¿Habrá quien se atreva con nuestras ametralladoras? ¡Qué vengan, si hay quienes! ¡Tendrán respuesta!

Hasta un par de cañoncitos había en sus pertrechos. Dispuso en consecuencia. Completado el procedimiento, informó de su resultado en Gulaï-Pole a la comandancia en Alexandrovsk. Lo tomó en la línea directamente el coronel Blumental.

—Ha hecho lo que debía, oficial. ¡Los rusos sólo entienden cuando ven! ¡Nadie se atreverá con el destacamento! ¡ya estoy yo! ¡En dos días!

«¡Dos días!». Por la tarde de su llegada, los del destacamento de la estación, despejada hasta nuevo aviso, vieron llegar un par de *tatchankas* cargadas de forraje. Las obligaron a hacer alto como a cien metros, disparándoles una ráfaga. Se alzaron los animales y se regocijaron en el andén los soldados apostados, viendo el esfuerzo de los aurigas por serenarlos. Esperando verlos alejarse, llamó su atención que allí se quedasen, haciendo aspaviento y dando voces los del pescante. Decían traer alfalfa para los equinos azotando matas que se desbrozaban y saltando sobre la carga. La caballada pareció oteando el pasto recién tronchado. Se adelantaron dos guardias. A medio andar vieron los carros venírseles encima sin conductores a la vista. Corrieron los del andén a sus armas, vomitó fuego la ametralladora, como bólidos entre el fuego se metieron las *tatchankas*. Todo en segundos.

Cuando el jefe del batallón intentó reportar a los de la estación la ocupación de la aldea, comprobó que se hallaban incomunicados, pues la línea telegráfica estaba inservible. Y lo propio aconteció con Alexandrovsk. Su primera precaución fue tomar cincuenta rehenes entre la población, con orden de pasarlos por las armas en caso de desorden. Temiendo que el corte de líneas fuese el indicio de una estratagema de más amplias consecuencias, creyo mejor salirle al paso dividiendo nuevamente su batallón y él mismo, al mando, verificar lo sucedido.

En Gulaï-Pole, como si sus pensamientos fuesen para todos transparentes y aguardadas sus acciones, el trayecto que recorrió hacia la salida del pueblo y camino de la estación, lo encontró desierto. Así fue modificando su alarma, lo cual, no obstante, lo mantuvo corriendo como una exhalación con su guardia armada. ¡Y para qué, estando todo consumado! En la estación, junto a esos carros estrellados y algún animal muerto, diseminados aquí y allá fueron encontrando miembros humanos dispersos, horriblemente mutilados, como desgarrados por una jauría que se hubiese privado sólo de comérselos... ¡Imposible identificar a ninguno de la guardia en ese mutilamiento! El espectáculo, impresionante y espantoso era como para estremecer de horror a soldados curtidos en ello. Y también para cegarlos. Eso ocurrió. El comandante, enloquecido de impotencia y furia, recorría a uno y otro lado, el andén de la estación. Sus hombres, a lo largo de la vía, rechinando los dientes, entre vómitos y alaridos rabiosos, tascaban su sed de vengar esas muertes ensañadas y alevosas. ¡Esa sangre derramada clamaba por otra sangre! Ellos se habían alistado como mercenarios a las órdenes del *hetman* y sentían tanto aprecio por su condición profesional como por los deberes a que se

habían obligado. Les resultaba insoportable tener que admitir que pudiesen estar siendo rebasados por los acontecimientos. ¡Y si hubieran de enfrentarse a fuerzas regulares, o tan numerosas, como para justificar su pérdida ante ellas! ¿Pero, de qué fuerzas podría tratarse si no daban la cara, si parecía una fuerza furtiva, fugitiva, paria, fuera de la ley? ¿Y qué otros podrían ser sino esos bandidos bárbaros y salvajes, denunciados en Kiev y apenas arribados a Gulaï-Pole señalados por su población? ¡Sí que los había! En esta inteligencia, se dieron cuenta de que estaban siendo objeto de una doble estratagema. El presentimiento de esto, marcando con el sino de lo fatal su propio destino, les hizo dejar a medio enterrar esos miembros irreconocibles y los lanzó, una vez más, exhalados hacia su propia consunción.

A mitad de camino se vieron envueltos e interceptados por una fuerza que los doblaba en número. Makhno y sus guerrilleros, multiplicándose, desplegando una habilidad que si bien practicada, por primera vez se ejercía plenamente, sorprendieron a la guardia del *hetman*. Con tan buena fortuna que a la primera embestida cayó sin vida su comandante. Sin él, rápidamente perdieron coherencia y se desmoralizaron los guardias, rindiéndose unos, mientras trataban de huir los más. Sin trámite ninguno, ni deliberación, los rendidos, heridos o no, fueron de inmediato ajusticiados. Los que intentaron huir, ignorantes de que sus armas, como la piel de una fiera, era lo que despertaba la codicia de sus perseguidores, fueron cayendo a lo largo de la ruta que conducía a Alexandrovsk. Mas no todos.

En sus tres acciones, incluida la liquidación del destacamento dejado en el municipio, los de Makhno resultaron con cinco hombres heridos, uno de consideración: a Garcucha le abrieron un hombro de un balazo. Sosteniéndose el brazo herido y empapado en sangre, recorrió todavía un trecho con su cabalgadura, hasta caer de ella.

—No es tanto, hermano —le dijo el que lo reconocía—, de esto no te vas a morir...

—Si no me siento el brazo... —balbuceó quejoso aquél.

—¿Has visto? ¿No es lo mismo que te vengo diciendo? —el curador ocasional trocó su aire zumbón, asistiendo al desmayo de Garcucha.

—¡Procuren una *tatchanka*! ¡Llévenlo al pueblo...! ¡Que lo vea el médico! —ordenó Karetnik. Y observando que el caído recobraba el sentido, le murmuró al oído—: voy por las armas, compañero. No tengas cuidado. ¡Tendrás la tuya!

En toda esta acción, la guerrilla probó su eficiencia; Makhno su autoridad y su capacidad de concepción improvisadora; y su fuerza, el medio de acrecentar su bagaje a costa de las armas del enemigo.

Pero quedó pendiendo la relación, bajo sospecha, entre la población y esos hechos. Éste era el punto crucial al que habrían de enfrentar en las próximas jornadas. ¡Ay de la suerte de esos campesinos si trascendiese la verdad!

XXVIII

EL BOSQUE DE BIRNAM

La soldadesca venía prevenida. Los guardias escapados de la matanza de Gulaï-Pole informaron de los hechos. El coronel Blumental, luego de haberlos escuchado con evidentes signos de escondida fatiga y desprecio, dispuso hacer el recorrido desde Alexandrovsk, desechando las vías del ferrocarril y el tren. Con su fuerza montada y motorizada, prefirió avanzar rastrillando el terreno que dejaba a sus espaldas. Lo movió a eso la denunciada audacia de esos bandidos y el temor de que fuesen saboteadas las vías. Demostró ser previsor. La guerrilla de Makhno le había preparado variedad de sorpresas en ese trayecto, levantándolas y llevándoselas consigo en distintos puntos.

—¡La guerra es la guerra, camaradas! No quejarse. Ustedes lo quisieron. ¡Trabajar! —les decía Makhno acicateando y divertido.

¡Qué dejarse! Ahí todos estaban ansiosos por la oportunidad de convertir en activa y probar en grande a la guerrilla. ¡Ansiosos y acrecentados con las armas arrebatadas al enemigo! Su rápida multiplicación espoleaba su incentivo.

Bajo el sol de abril y la polvareda que los cascos de la caballería y los vehículos motorizados levantaban, venía toda esa fuerza en apretada formación. Vistos en la distancia, en la precisión sistemática y mecánica de su movimiento, esa larga columna envuelta en su propia bruma semejaba de veras un ejército de termitas... Proyección temible. En el campo abierto, en esa mañana en todo su esplendor soleado, a media distancia de su objetivo percutía siniestro el rumor de ese paso monocorde sobre el terreno.

—Si no fuésemos tan pocos...

—¿Pocos? ¿Todavía? ¿Cuántos más quieres que seamos?

—¡Sí! ¡No habléis de lo que no puede ser! Mejor pensar en qué hacer con los que somos.

—Si por mí fuera...

—Sí, ¡qué! No te quedes sin decir lo que piensas. ¡Ni nadie!

Iván Lepetchenko observó a Makhno desde su montura.

—¿Los vamos a dejar llegar así?

—¡Y cómo! ¡Déjate ver y ésos te vuelan la cabeza!

—¿Eso crees?

—¿Tú, no? —rió Kalchnicoff.

—Ésos hace varias horas que vienen tragando polvo... ¿Estarán despiertos?

—¿Sólo por averiguarlo, te animarías, Iván?

—No estaría mal saber qué puntos calzan...

—¡Ah, si es por eso, yo te informo! ¿No lo estás viendo? Diez cañones, unas cincuenta ametralladoras y entre tres y cuatro mil hombres. ¿Satisfecho? —dijo Kalchnicoff.

—¡Miren a este subteniente!

—¿Crees que podríamos hacer algo, Makhno? —preguntó Luty.

—¡Eh! ¡Qué! ¡Ustedes pierden la cabeza! —protestó aún Kalchnicoff.

—Lo haremos —dijo Makhno, que no había dejado de observar con sus prismáticos a la columna que avanzaba—. Pero lo haremos a nuestro modo... Cuidado que nadie se acerque demasiado... No vamos a pelear. ¡Nada de ponerse a tiro!

—¡Cómo no pelear! —se adelantó Alejandro, el mayor de los Lepetchenko. Los dos, Iván y él, estaban desde la primera hora de la convocatoria de Makhno. Muy semejantes en rasgos y modales, también lo eran en sus opiniones.

—Y entonces, ¿qué? —pregunto Iván.

—Ya verás. No te impacientes. Nos mostraremos, pero sin pelear. Y cuando se larguen a perseguirnos... Ellos no conocen el terreno como nosotros... Trataremos de arrastrarlos hacia el bosque... Pero antes, vamos a completar una estratagema.

El militar que comandaba la columna, coronel Ludwig Blumental, enrojecido el rostro bajo la canícula del mediodía, cubierto del polvo del trayecto y transpirando, resoplaba sobre su cabalgadura, que alternaba por trechos con su automóvil, sintiéndose incómodo y fastidiado en todas partes. Si su salida de Alexandrovsk por la ma-

ñana, estuvo rodeada de previsiones, ahora, con la mitad del camino recorrido hacia Gulaï-Pole, la falta de alternativas le penetraba el ánimo con su chatura y su molicie. Viendo esa tierra ancha, desolada y rendida, habitada por gente primitiva, más parecidos a bestias de carga que a seres humanos; su imaginación corría hacia Berlín, Hamburgo, su Prusia natal y hacia el teatro de la guerra propiamente dicho.

—¡Qué porquería! ¡Qué porquería es todo esto! —se repitió.

La fugaz remembranza, en vez de animarlo lo agrió más todavía. La conciencia de que esta misión carecía de ningún relieve honorífico y más parecía una penitencia, le avivó la maligna sospecha de que había sido intencionadamente separado del frente, como internándolo en su propio confinamiento. ¿Qué relieve tendría aquí ningún triunfo? En cambio, ¡qué ignominia resultaría de un simple revés! ¡Oh, cuánto odiaba, cómo odiaba a estos labriegos rusos! ¡A toda esta gente bestial! ¡Y cuánto más sus lamentaciones! ¡Si los hacía matar, cuántas veces, sólo por dejar de oírlos!

Ahora que el sol le daba de lleno, ahogándolo, secándole la garganta, haciendo que su cabeza rapada se licuase bajo su gorra militar, la percepción a la distancia, de puntos sueltos, «¿móviles?», lo sacó por un momento de su ensimismamiento y despertó su atención, tan pronto desalentada por la certeza de que la reverberación del solsticio le hacía ver esos arbustos andando...

—¡Mi coronel, observe! —el oficial le señaló los distintos puntos móviles.

Al unísono, como un ramalazo, la advertencia recorrió la larga columna de soldados. Blumental echó mano a sus prismáticos. ¿Eran arbustos, árboles, los que corriendo por trechos convergían hacia ellos? ¿Un bosque andando? Su boca dibujó una tenue mueca sonriente al descubrir la estratagema. Los hombres de Makhno a caballo escamoteando el bulto tras esas ramas, al desembarazarse de ellas, aparecieron sable en alto, el fusil terciado o de la mano, alarmando con su intención de arremeter.

—¡Emplacen ametralladoras! —ordenó el coronel—. ¡Al frente! —señaló. Y viendo otros grupos de jinetes avanzar de costado—: ¡A ambos lados! —con sus prismáticos siguió sus evoluciones— ¿Qué clase de salvajes son éstos? ¿No ven mi metralla?

Así como razonó eso le rondó la duda de si no los estaba subestimando. ¿Y si esa no fuese más que una partida de distracción y en la cercanía aguardasen otras fuerzas? El temor de ver envuelta su columna en confusión, lo hizo elevarse sobre su montura, torcer el cue-

llo y observar a todo lo largo de ella. A ambos lados la oficialidad, recorriéndola a caballo, garantizaba el orden. Ahí estaban sus ametralladoras, aguardando la orden de abrir fuego. Los guerrilleros que avanzaban, en su alocada carrera, por momentos se juntaban y si así se brindasen al tiro de las bocas de fuego, con seguridad que serían barridos. Los tiradores apostados se complacían aguardando ese instante. Pero he aquí, a sólo doscientos metros de sus puntos de mira, como los que corrían hacia su muerte cierta, volviendo repentinamente grupas, corrían por el campo poniendo distancia entre ellos y la columna. Viéndolos en esa acción y a pesar de la frustración por no haber logrado rematarlos, bien se rieron sus soldados viendo correr despavoridos a los «salvajes».

No acababan de gozar del suceso cuando ya regresaban esos desmandados a caballo. Esta vez con el fusil ostensible en el brazo en alto y con la manifiesta intención de disparar el arma en esta ocasión. Como en una fotocopia volvieron a repetirse las circunstancias del amague anterior. Esta vez con disparos aislados de los atacantes... Y por si dos ocasiones fuesen pocas, volvió a soportar un tercer hostigamiento. A éste respondió lanzando toda su columna en su persecución, mas sin alcanzarlos y optando por detener su carrera en los lindes del bosque, donde aquellos habían buscado refugio, en el temor de resultar emboscados. Le resultó evidente que intentaban atraerlos hacia la espesura, Aguardó con su columna algún indicio. Y con la certeza de que si enviaba fuerzas de exploración a investigar, corría el riesgo de perderlas dispuso su artillería y comenzó un bombardeo indiscriminado contra el bosque...

XXIX

LA OCUPACIÓN

Si el vano tronar de esos cañones y el crugir de ramas y árboles tronchados se prestaba al humor, el estremecimiento que provocaban en la cobertura del follaje en que se encontraban Makhno y sus hombres, fue imponiendo su aterrador mensaje de destrucción y muerte. Y así mismo, marcando la enorme diferencia de fuerzas. Que si burladas y ridiculizadas de intento, de intento también grabando en los oídos, la muerte, el ánimo, su soberano poderío. Ese fue el reverso oculto de esa mascarada de confrontación y lo que marcó inalterable, irreversiblemente, la necesidad de armas equiparables. Desde ese mismo instante ya no se debatió otra cosa en la guerrilla. ¡Y nada tan peregrino como pensar en arrebatárselas al enemigo! De manera que, ¿dónde procurarlas? Gustáseles o no la idea, ¿en qué otro sitio probable que en Moscú? Esta idea, aceptada o desestimada tantas veces en el curso de esas jornadas, sedimentaba el trasfondo de todas las acciones de la guerrilla. Como en un campo gravitacional, la impotencia manifiesta frente al ejército invasor, los fue arrastrando en esa dirección...

Los sucesos, a partir de entonces, saliendo precipitadamente de su ensueño idílico de paz y trabajo, se despeñaron cayendo como aluvión sobre Gulaï-Pole. Precisamente cuando la primavera descubriendo los viejos surcos, aprestaba a los braceros y sus azadas y todo parecía pronto dispuesto para la efectiva tentativa de sembrar en libertad, esta amenaza presente arrebatando lo almacenado, ponía hieles sobre mieles en el corazón de los campesinos. Y doblemente amargas, porque incomprensiblemente era la propia revolución o lo que así denominaban en Moscú, lo que introducía el elemento perturbador, desfigurando y desalentando lo que se consideró el camino abierto

hacia un mundo nuevo. ¡Mundo nuevo! ¡Vaya con sus sorpresas! ¡Y con lo que compañeros eran capaces de deparar a compañeros! ¡Pueblo al pueblo! ¡Pareciendo querer todos lo mismo! ¿Qué diferencia de este cinismo y este desprecio con el de ningún autócrata o esclavizador? ¡Y en su debut político oficial! ¡Negociando así con la patria!

Gulaï-Pole estaba bajo sospecha. La sangre de la guardia del *hetman* reclamando reparación. ¡Y esta nueva provocación! Los del pueblo se apresuraron en apersonarse al comando militar denunciando y pidiendo protegerse de los bandidos. «¡Los bandidos! ¡Los bandidos!» y no cesaban de señalarlos como los culpables de incendios en los sitios de acopio, o en la destrucción de vías y ataques como el reciente de la estación.

Blumental escuchaba sus lamentos con un desprecio histórico.

—Si tuviese humor —decía a sus oficiales—, diría que estos salvajes bandoleros, están defendiendo del saqueo lo que no siendo suyo, les pertenecía hasta nuestra llegada por derecho de conquista.

Tal superchería funcionó hasta que los *kulaks* y agrarios ricos arribaron. Entonces descubrieron la relación entre los bandoleros, no otros que guerrilleros y los pobladores. Pero Blumental se negó a prestarles oído. Estaba prevenido contra el espíritu de revancha de los rusos. En verdad, lo estaba contra todo lo ruso. Se curó en salud de alimentar querellas.

—¡El *hetman* debiera sujetarlos en la capital! —se quejaba—. ¡Estos rusos ricos son peor que la manada!

En efecto. Respaldados por la renovada guardia de Skoropadsky lo primero que hicieron fue presentarse en sus fundos, volver a tomar posesión de ellos y arrojar de sus mansiones a quienes las ocupaban. Únicamente se negaron a ampararse en tal prerrogativa, los que por una razón u otra se habían adecuado a la situación revolucionaria. Pavel Adamov, Zacarías Lipeztein y una de las Spalnicovichovas, Olga, la mujer del Mediano ausente.

—¡Bah! ¡por ésos no me gasto! —había dicho Godin, el rico agrario, despectivamente, al enterarse de sus negativas—. Adamov está más muerto que vivo; el judío, es eso, judío, capaz de traicionar al Señor; y esa desgraciada, ¡que siga viviendo como los chanchos!

Olga se enamoró de Kalchnicoff. Volvió por ahí el ex subteniente y allí donde otros que se le anticiparan queriendo abrir brecha se estrellaron, él lo logró. Y si al principio con la sola intención de gozarla, muy pronto penetrado de sentimiento y entregado enteramente a ella. ¿Midió alguno de los dos los alcances de su mutuo arrebato? ¿Y tal como se estaban dando los acontecimientos por entonces? ¿Pero qué

contra corazones dispuestos a arder y dejarse consumir por el fuego? Cuando estos amantes fueron alcanzados por la pasión, rodaron, se cubrieron de gloria y se despeñaron con el ejército makhnovista, hasta su extinción. En su historia, hay un girón de la «revolución desconocida».

Sonia, en cambio, la que fuera mujer del Grande de los Spalnicovichov, si luego de los sucesos ya narrados pareció accediendo a los requerimientos de la vida comunitaria, ahora de pronto, respondiendo al llamado de los ricos y *kulaks*, salió a flote su antigua codicia y su derecho a la propiedad. En consecuencia, pretendió desalojar a todas las familias de campesinos que en ella habitaban. Mas en ese caso chocó con la cerrada negativa de Olga que no sólo se le opuso, sino que, estrechando su propia comodidad dio albergue en la planta de la finca a su disposición, a alguno de los expulsados. Y lo propio hicieron los otros grupos familiares que con ella compartían la planta. De modo que, si bien un tanto hacinados, casi todos los ocupantes continuaron allí. Y naturalmente, con el conflicto latente y el odio declarado entre esas hembras que fueran tan compinches...

—¡Estúpida! ¡Imbécil! ¡Qué tan lejos irás con ese forajido! —le había gritado Sonia en uno de sus muchos enfrentamientos—. ¡Que si no te lo matan, a la primera se olvida de ti!

—¡Él no!

—¿Y por qué él no! ¿Quién es él? ¿Tan pronto te olvidas lo que son los hombres? ¿Y lo que debimos hacer para mantener los nuestros?

—¡Él no! ¡Él no! —gritaba a su vez Olga, tapándose los oídos con las manos no queriendo oír.

—¡Y tus hijos! ¡Tienes dos! ¿No piensas en ellos? ¿Eres su madre? ¿Qué derecho tienes a negarles su herencia?

—¡Herencia! ¡Para prostituirnos sólo ha servido eso! ¡Y ahora te envilece, Sonia!

—¿No has perdido la cabeza? ¿No nos habíamos jurado ser solidarias hasta el fin, nosotras? ¿Y no dejarnos separar por ninguna barba de macho?

—¡Eso fue antes!

—¡Así sobrevivimos, idiota! ¡Y hoy somos dueñas!

—¡Sí! ¡En el mejor de los casos hasta el regreso del Mediano!

—¡Zorra! ¡Maldita! ¡Ese es tu secreto pensamiento! ¡La vuelta del Mediano! ¡Y quedarte con todo! ¡Pero el Mediano seguro que está muerto!

—¡Qué Mediano! ¡No me recuerdes a ése!

—¿Y entonces, qué? ¿Quedar en la calle nada más que por un hombre?

—¡Lo amo! ¡Sí!

—¡Tú estás loca!

—¿Lo estás menos tú, mostrando las uñas a estos pobres? ¿No piensas en lo que será de ti cuando los del ejército se retiren?

—¡Quedarán los del *hetman*!

—¡Y me llamaste estúpida, Sonia! Sin ejército no hay *hetman*. Volverá la revolución.

—¡Bien te ha calentado la cabeza tu Kalchnicoff!

Blumental fue cediendo a las denuncias contra Makhno y la guerrilla.

—¡Esto nos faltaba! ¡Anarquistas! —se afectó.

Los Godin, los Ackermann, Vlodoviloff, machacaban, señalaban, manteniendo vivo su afán de venganza. Sus indicaciones eran como dardos venenosos que los del *hetman* asimilaban mejor que nadie. Se persiguió y se puso relevante precio por la cabeza del caudillo Néstor Makhno.

Pero antes, ¡con cuánta prolijidad se fueron haciendo devolver propiedad tras propiedad! ¡Y cuál su asombro creyendo que iban a encontrar destruídas e irreconocibles sus mansiones y si bien trajinadas, estando allí! Y tanto más pensando lo que serían sus labrantíos sin su vigilancia, al descubrirlos labrados y sembrados.

—¡Aquí tenéis! —decía lívido de indignación Obermülher—. ¡Y siempre dirán que los hemos estado explotando! ¡Puercos! ¡Fijáos lo que llevan hecho por su cuenta! ¡Advertid cuánto nos han estado escamoteando del salario que recibían! Pero ellos mismos lo han propuesto. ¡A no arrepentirse! Nuevos tiempos, nuevas teorías. Eso tendrán. Al menos por mi parte. Si trabajan para mí, ya verán: ¡les haré tragar esa zarandaja de ideas rojas!

Los campesinos oían y se mordían la lengua.

—¡Mala espina! —se decían—. Que se vayan los prusianos y ya volveremos a ajustarle las cuentas.

Mas entretanto, volvían a curvar el lomo hacia la tierra, hendir la reja, cavar. ¡La tierra! La única, la soberana, la verdadera dueña de todas esas almas. Tanto de ricos como de pobres. «¡Es nuestra!», clamaban éstos. «¡Es mía!», los otros.

Pero no todo en Gulaï-Pole se reducía a la posesión de la tierra. Había mucho más que eso, por lo que se vieron paralizadas las obras de

zanjamiento en el proyecto de regadío. La deserción constante de los voluntarios denunciaba el síntoma. Y qué podía el afán de Ludmila Tatiana incitando a que se afirmaran en el trabajo de la obra!

—Déjelos salir de esto, por ahora... —le había dicho Igor Benda, viéndola en su empeño desesperado por restablecer las cuadrillas.

—¿Por qué? —habíale respondido ella—. ¿Es que a la primera contrariedad vamos a suspender lo que con tanto ahinco procuramos? ¡Y que sea usted quien lo diga, Igor! Usted fue el primero, lo recuerdo muy bien, en poner en tela de juicio nuestra capacidad para cumplir con lo estipulado. ¿Y ahora, así de simple, tan fácilmente renuncia?

—¡Oh, Tatiana, que mal me juzga usted!

—¡Qué! ¿Protesta? ¿No renuncia usted?

—¿Yo? ¡Renunciar! —Igor Benda, parado frente a ella, se comía las palabras—. Dejemos eso. Usted debiera saber lo que está pasando por la cabeza de esa gente, Tatiana. ¡Están por rugir los cañones!

—¡Qué cañones!

—¡Cómo que cañones!

—¡Usted no parece tener remedio, Igor Benda! ¿No abandonará jamás su grandilocuencia y teatralidad? ¿Y no especificamos ya esto muy bien en el Consejo? ¡Sin armas nadie hace la guerra! Pero eso no significa que abandonamos el combate. Peleamos con lo que tenemos. Y eso es, ahora el trabajo creativo en las obras de regadío. ¡Ahí está la revolución!

—A nadie le es grato el trabajo cuando ignora el destino del mismo. Tatiana, sea usted razonable. Deles tiempo...

—Usted es el ingeniero de esta obra, Igor Benda. ¡Usted debiera alentarme en mi idea y no tratar de inculcarme lo contrario! ¿En qué bando está usted? —y todavía anticipando su palabra—. ¡Y que no sospechen lo que usted está pensando, ingeniero! Debemos sujetarlos. Tienen que ser responsables. Continuar todo lo más en la obra. ¡En eso se reafirma la convicción! ¡Debemos cuidar que ese hilo no se rompa, Igor Benda!

Sí, Tatiana era una enajenada de la causa revolucionaria. En esa luna caían todos cuantos tenían que ver con ella; hasta el viejo Luty. Ella rehusaba consolaciones. Dura, severa, hostil, pujaba y pujaba. Y si a su pujanza emprendedora el Volchya podía llegar a cambiar su curso, no así los hombres, fluctuando entre sucesos imprevisibles que los arrastraban en su fatalismo. Que una cosa eran acuerdos y razones, previsiones tomadas en frío y otra muy distinta esta marejada ardiente de sentir ya en la carne a la soldadesca infame, a los guardias vengativosdel *hetman* y a los ricos ensoberbecidos, retroce-

diendo a tiempos pretéritos etapas que se creyeron por siempre ya superadas. La sangre hervía...

En Kherson, Taurida, Karkov, las guerrillas locales y a veces el mismo campesinado, se alzó a pesar de la horrible represión de que era objeto. Si pagaban con su sangre y sus vidas, con ellas también se cobraban la confiscación y el hambre a que quedaban reducidos. ¡Ay, de que cayese en sus manos ninguna fuerza de la opresión o la invasión! El movimiento cada vez más vasto, si bien reducido a los recursos procurados con audacia sin par, concluyó obligando al ejército austro-germano a darle una batida general, hasta su total exterminio. En el caso de Gulaï-Pole, Blumental estrechó a la guerrilla y la persiguió tan de cerca, que Makhno se vio obligado a huir, para ponerse a salvo, hacia Taganrog, ya en Siberia. Excluído y a cientos de kilómetros de su zona de influencia. ¿Podría decirse que quedaba fuera de combate? Eso entendieron sus perseguidores que volvieron grupas.

Lo que resta por narrar, sin embargo, contradice y mucho esta convicción. ¿Pero, quién entonces y tan prematuramente, podía alcanzar el fondo oscuro o luminoso del destino? ¿Quién para saber que donde todo pareció concluir, recién comenzaba?

De la saña de esa persecución, Makhno sacó sus deducciones.

—Sin recursos equiparables, poco podremos... Nada profundo estamos realizando.

El rictus concentrado de los que le oyeron, reveló que eso mismo pensaban. Muy viva tenían esa presencia aplastante persiguiéndolos y expulsándolos de Gulaï-Pole.



Schuss

Libro segundo:

LA GESTA



Nestor Makhno

I

EL CEBO

Llegaron de noche. Rodearon la cuesta y ascendieron pisoteando la huerta y echando abajo la puerta de la *dacha*. Se apoderaron de la anciana como si fuese un bandido y del lisiado como si fuese Néstor Makhno en persona. La *dacha*, quedó irreconocible. Destrozaron muebles, abrieron a sable colchones, pulverizaron gavetas, hicieron de la ropa girones, profanaron intimidades guardadas por la madre en cajitas. Y todo lo fueron amontonando, rociándolo con gasolina que habían traído en bidones para el caso. Luego de eso, comenzó el interrogatorio.

—¿Tú eres hermano de Néstor Makhno? —preguntó el sargento de la guardia del *hetman*.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Emelian.

—¿Puedes probarlo?

—Está en mi licencia de soldado.

—Muéstramela.

—La guardaba en uno de esos cajones... —señaló el montón.

—¿Te burlas? ¡Tú no tienes documentos!

—Sí. Ahí deben estar.

—Pues si están ahí, ¡es como si no los tuvieses! —guiñó un ojo a los que sujetaban a Emelian y éstos rieron—. ¿Vive aquí tu hermano Néstor?

—No.

—¿Cómo que no? ¿No es su casa?

—No. Aquí vivimos mi madre y yo.

—¿Y toda esta porquería de libros que hay aquí, quién los lee?

—Yo leo.

—¡Tú! ¡Sabes leer! No te creo. Coge un libro y lee. ¡Suéltenlo!

Emelian vaciló sobre su sola pierna.

—¿No me has oído? ¡Coge un libro y lee!

Emelian se agachó para coger uno y empujado por el sargento, cayó con estrépito. Los esbirros lo festejaron. La madre se mordió un grito.

—¡Debes saber, tal por cual, no te digo peor por tu madre presente, que si me ocultas cosas te puede suceder lo peor! ¿Me dirás en dónde está tu hermano?

—Por aquí no viene.

El sargento hizo una seña a uno y éste golpeó a Emelián. Apoyado en el pie de su pierna sana y el muñón de la otra, perdió estabilidad y quedó de rodillas. Un hilo de sangre corrió de su ceja. Comenzó a inflamársele el ojo.

—¿No tienes corazón? ¿Prefieres que la interrogue a ella? ¡Lo haré! ¡Si tú no me respondes a satisfacción!

—Ya le dije. Nada sé.

Volvió a ser golpeado.

—¡Este espectáculo prefieres para tu madre! ¡No irás a ahorrarle nada! —dio unos pasos en derredor de Gravinka—. Fíjate que pálida está... Las madres sufren. ¡Te digo que la mires! —lo tomó con ferocidad por la cabeza y lo obligó hacia ella.

Madre e hijo se miraron por primera vez en esa noche aciaga. Emelián se sorprendió. Ésa no era su madre. Nada de ella denotaba nada. Parecía de piedra. Tallada en sí misma. Emelián sintió absoluto e íntegramente su desamparo. Anticipado. Y se le encogió el corazón.

—¿La ves? Pero, ¡qué ves! ¡Y tú, Dios me libre! —dijo el sargento dirigiéndose a ella—. ¿Es este el modo de mirar a un hijo en trance de morir? ¿De qué estás hecha? ¿Y tú lo pariste? ¡Salvajes! ¡Salvajes! ¡Me da horror tratar con ustedes! —le dio un empellón y Gravinka trastabilló. Él se paseó entre ambos. Se detuvo—. ¿Están pensando lo que dije? ¡Prefiero creerlo...! —se quedó por un momento contemplando a una y al otro. De pronto, arrebatado de repentino furor, masculló—: ¡Les voy a quemar la casa! ¡Hasta los cimientos arderá! —pareció espiarlos; los vio inmutables—. ¡Y voy a matarte, hijo de tal por cual, si no te apresuras y hablas! —volvió a golpearlo—. ¡No vuelvo a repetirlo: mejor hablan si en algo estiman la *dacha* y sus vidas! —volvió a pasar entre ambos—. ¡Total que —concluyó—, al fin él caerá en nuestro poder! ¿Y qué habrán ganado ustedes? ¿Qué habrán ganado?

A medida que Emelián escuchaba esa intimación, más allá de su natural terror a morir, sintió confortado su corazón y su vida; siendo inútil, no lo era del todo, si ella contribuía a robustecer todavía más la decisión de proseguir la lucha de su hermano.

Los sacaron fuera de la *dacha* y los volvieron a intimar. La noche inmutable era un palio de estrellas. La luna llena iluminaba el lugar. Minúsculas criaturas, todo lo minúsculas que resultaban de la comparación de los elementos que componen el universo, renovaban ahí, en ese sitio el trágico dilema que en el curso de siglos de humanidad, signan la vida y la muerte. Como dijese el verso inmortal:

«... cuando brotaron la vida y el pensamiento, reventaron las entrañas de la inútil Nada.»

Como una cresta orgullosa, cuando ardió la *dacha*, iluminó con su resplandor la aciaga noche de Gulaï-Pole. Luego se cometió el asesinato. Un esbirro disparó a Emelián un tiro en la nuca. Entonces sí, la madre se derrumbó. Eso parecían aguardar los de la partida. Caída ella en tierra, abandonaron el lugar.

II

MOSCÚ

La suerte de Emelián y la de la casa de su madre, al revés de lo que pudieron imaginar los autores de la provocación, en vez de hacerlo regresar con miras de cobrarse venganza, avivaron en él su decisión, ya sopesada, de partir hacia Moscú en procura de armas. Contaba con obtenerlas de mano del gobierno comunista; aún prevenido de que su oportunidad pudiese resultar remota. ¿Acaso tenía otro lugar dónde procurarlas? Y sin armas era vana ninguna tentativa seria.

Si idéntica era esa inquietud y con prioridad a cualquier otra en el grupo, aprobando su partida, se prometieron cobrarse la muerte alevosa de Emelián, si acaso eso les fuese posible...

Hablando en intimidad con Luty y Karetnik, Makhno les había dicho:

—Esta no es una lucha personal, compañeros. Si bien sé hasta donde me alcanza lo de mi hermano... Quisiera que por lo menos haya comprendido. Nosotros hemos forzado a cuantos queremos en esto. No podemos evitarlo.. ¡Pobre hermano! ¡Qué vida!

Otra razón poderosa tenía Makhno en mente trasladándose a Moscú. Confiaba en interesar a anarquistas en los asuntos del campesinado revolucionario y convencerlos de trasladarse a Ucrania. Para esos contactos contaba con su viejo camarada de la cárcel, Pedro Archinoff. Habiendo palpado el potencial latente en el campesinado y figurándoselo un volcán pronto a erupcionar soñaba despierto en levantarlo en forma masiva. Volcarlo a la revolución. No pudiendo hacer más de lo hecho con su puñado de fuerzas, buscaba elementos doctrinarios capaces de orientar la posición revolucionaria. Resultaba imprescindible ensanchar esa base; tanto como la bélica. Sentía que debía reforzarse, junto a la defensa armada, la base del ideario anárquico.

Irónicamente, Makhno ignoraba que hacía un mes y medio, precisamente, el 12 de abril por la noche, en Moscú y en todas las grandes ciudades el gobierno bolchevique había desatado una represión feroz contra todas las organizaciones anarquistas. Con gran despliegue de fuerzas militares blindadas y policiales, tal como si estuviese bajo los efectos de la ley marcial, fueron allanados, clausurados e incendiados, centros, bibliotecas y salas de reunión anarquistas. Empasteladas sus imprentas, destruídas sus planas y encarcelados sus militantes. La cabeza visible, generadora de ese golpe, fue la de Trotzky. Asumió el rol por vocación autoritaria y odio sistematizado contra los libertarios. Una vez consumado su propósito profirió esta exclamación tristemente célebre: «¡Al fin, el poder soviético barre de Rusia con escoba de hierro al anarquismo!». Pero si bien asumido como vocero y ejecutor, no gobernaba él solo. Se apoyaba en Lenin y en el cuerpo oculto del *comitern*, que consentía, vigilaba, ofrecía las armas para la punición y prestaba sus cárceles.

Acompañado de documentación apropiada, transformado en hombre de negocios, llevando consigo muestras de licores y tabaco, Makhno salió en tren de Taganrog hacia Mariupol-Berdiansk, camino de Ekaterinoslav. ¿Quién habría de sospechar de ese joven circunspecto y bien trajeado, de bigote corvo, pelo recortado y sombrero hongo? En Ekaterinoslav prefirió seguir en barco y remontar el Dnieper, hasta Kiev. Y desde allí, nuevamente en tren hacia su destino en Moscú. En ese trayecto no dejó de registrar en su mente el dispositivo militar montado por el ejército de ocupación. Fuera de eso, ansiosamente aguardaba traspasar la frontera de Ucrania. Y no solamente por verse libre de acechanzas, sino porque sentía viva la curiosidad por ver con ojos propios el desarrollo que la revolución comunista había adquirido en Rusia. Él venía de atravesar un país sofocado, intimidado brutalmente, tronchado como un cogollo, envuelto en sombrías circunstancias a causa de la ocupación. Un país donde había soldados apostados en los lugares de cultivo, donde la aglomeración de vagones, el silencio y la expresión de los hombres y mujeres que acarreaban las cargas bajo la presión de tropas en custodia, eran el signo corriente de la ocupación. Y para el que supiese, ¡cuánto más de todo ese proceso evocaba lo que estaba a la vista! Sintiendo oprimido el corazón viendo a todo lo largo de su trayecto como se verificaba el despojo, había imaginado que sólo trasponiendo la estación limítrofe, él habría de librarse de esa sensación de pesadilla que lo embargaba. Sin embargo, para su sorpresa, esperando encontrarse ahí con hombres con los brazos abiertos recibiendo a sus hermanos, pronto se

halló atravesando una doble fila de bayonetas, requisado e interrogado como si fuese un malechor o un conspirador potencial, rodeado de policías, agentes de aduana y otra gente que miraba a los recién arribados con insolencia y desconfianza. ¡Y cuántos no eran devueltos al otro lado de la frontera! ¡Y nada ahí que denotase los efectos de la revolución! ¡A no ser eso! ¡Y carteles con la foto de Lenín!

Más tarde, protestando ante camaradas bolcheviques en Moscú a propósito de este trato, tuvo nuevas razones de asombro al escuchar sus explicaciones. Decían que eso estaba bien así y que así se protegía la frontera de infiltraciones y saboteadores de la revolución... A punto estuvo también él mismo de ser devuelto. Con celo que parecía incluyendo el recelo recíproco entre ellos, cada camarada funcionario encargado de la requisa e indagación se prodigaba meticulosamente. En su caso, lo rescató su aplomo, su presencia, su documentación en regla y el pródigo ofrecimiento de su muestrario de licores a algunas jerarquías.

Arribado al anochecer a Moscú por la estación del transiberiano, lo primero fue dejar su maleta en depósito y con un maletín de mano, dirigirse en busca de Archinoff. Sabía donde hallarlo. Libres de la prisión, se habían hospedado juntos en casa de Sacha Goldstein, que tenía alquilado con su mujer y sus tres pequeños un pisito en un viejo edificio. Archinoff seguía allí. Ya fuera de la estación, no dejó de llamar su atención la profusión de agentes disimulados distribuidos por los alrededores. Tropeles de mozos de cuerda y chiquillos perseguían a los pasajeros y a él mismo, ofreciéndose a servirlo. Impaciente comenzó a andar en su dirección y así, absorvido, se encontró transitando la gran ciudad, que vivía el tráfago de las grandes urbes subrayada por la nerviosidad propia de ser el recinto vivo de la revolución. En la calle la gente se apiñaba en las aceras y discutía. El tráfico atascado, con sus bocinas y voces volvía del todo nervioso y ruidoso el tránsito. Muy común resultaba ver perros sueltos, prostitutas y ex soldados con su uniforme roto, cada quien al acecho de los propios intereses que los mantenían en la calle: un bocado, un cliente, un cigarrillo. Un soldado alargó su mano hacia Makhno. Éste le dio un *kopek*. A sus espaldas lo oyó protestar:

—¡Pero se ha visto! ¡Un *kopek*! ¿Tanto así te abrió la mano la revolución?

A Makhno le daba gusto contemplar tanta agitación. Aunque bien la conocía por haberla ya vivido en días memorables, ahora se le renovaba la sensación. ¡Cuán distinto de Gulaï-Pole era todo ahí! Con los muros y fachadas embadurnadas de leyendas y carteles, la profu-

sión de volantes esparcidos en las aceras, los vendedores de periódicos voceándolos. Acabó detenido ante un corrillo donde se discutía con calor. Llamó su atención la presencia de un marino de la base de Cronstadt. Por lo sucio de su uniforme y su barba se lo hacía fuera de revista por semanas.

—Camaradas —arengaba uno—, bien está peticionar... pero, ¡exigir! ¿En las actuales circunstancias? ¡Hay que darnos tiempo! ¡No, poner presión! ¡Eso nos están pidiendo Lenin y Trotzky! Y si eso nos piden los que más saben y dirigen la revolución, debemos obedecer. Ellos son el cerebro; nosotros los brazos. ¡La revolución no se hace de un día para otro! ¿Se hace en un día? —el que esto decía pareció imponiéndose a los demás que escuchaban. Saltó uno.

—Los camaradas Lenin y Trotzky podrán saber más que nosotros en un sentido general... Pero en lo particular...

—¿Qué dices?

—Te contaré...

—¿Qué podrás contarme? —dijo con enojo el que quería tener la batuta.

—Escucha..., escucháme por favor... En mi fábrica, como en tantas otras, estamos parados por falta de combustible...

—Ya ves, tú mismo lo dices, ¡no son ustedes solos! ¡Qué te quejas!

—¡Justamente! ¡No nos quejamos! Nosotros resolvimos procurarnos el combustible. ¡Y lo logramos! ¿Y qué crees que hizo la autoridad constituida de los *soviets*? ¡Nos prohibió usar el combustible y poco faltó para que nos arrestasen! Dijeron que no debíamos sacar ventajas sobre otras fábricas y que debíamos esperar las instrucciones del gobierno.

—¡Muy bien!

—¡Te parece bien eso!

Los allí congregados no se perdían palabra.

—¡Perfecto!

—¿Que no te dejen vivir? ¡Y cortando iniciativas! —el que esto decía pareció meterse al otro por los ojos.

—¡Lo llamas iniciativa! ¿Quieres que esto vuelva a ser el caos?

—¡No sé que mal haríamos trabajando, en vez de vivir de bonos del Estado!

—¡Eso esperaba que reconocieses! Esos bonos de sustento te están diciendo que el gobierno tiene la situación bajo control.

—¡Qué control, si estoy parado pudiendo trabajar! ¿No es eso sabotear la propia producción? ¡Qué! ¡Qué me miras! ¡Puedes ponerle otro nombre!

—No seamos impacientes... Ya verás.. ¡Démosle tiempo!

—¡Tiempo! ¡Ahora pides tiempo! ¡Y siempre están pidiendo algo! ¡No lo escuches, compañero! —saltó a la palestra el marino—. ¡Pedir tiempo es pedir vida! ¿Tienes algo más que eso? ¡Y quién aquí! —pasó la mirada sobre todos y la detuvo con desprecio sobre Néstor—. ¡Quizá este señorito burgués!

Éste, dada la circunstancia, prefirió eludir dar ninguna respuesta. Viendo un coche de alquiler recorriendo la calle, se subió sin detenerlo. Dio la dirección al cochero y tuvo tiempo de gritar todavía a los azorados de la reunión.

—¡Salud y Revolución Social!

—¡Señor! ¡Por favor! ¿Se quiere matar usted? ¡Que me compromete! —protestó el auriga, forzando al caballo a detenerse a media calle—. ¡Así no viaja! ¡Métase adentro! —eso hizo finalmente Makhno y así llegó a su destino. Una casa de dos plantas en un pasaje de dos cuadras, entre calles de tráfico. En el momento de recibir su paga, el cochero le dijo a modo de recomendación:

—Señor, usted es un señor. ¡Y no está borracho! Bien se ve que no es de aquí. ¡Cuide de meterse en líos! ¡Aquí por nada suelen matarlo a uno! —con el dinero sin guardar aún, sacudió las riendas sobre el lomo del animal y partió.

Makhno se guardó de contestar. Miró la hora en su reloj, eran las nueve. Con la maleta de mano y la capa de lluvia bajo el brazo, subió por una escalera angosta y desierta, mal iluminada, al igual que el resto del edificio, hasta la planta superior. Luego de andar un largo corredor se detuvo al fin frente a una puerta. Oyó por dentro voces y corretear de niños, el llanto de otro y una voz de mujer reconviniendo. De inmediato reconoció a todos. Llamó a la puerta y aguardó. Por el largo pasillo vio asomadas cabezas curiosas. Tuvo que volver a golpear antes de que le abrieran.

Mascha, con el menor de los chicos en brazos moqueando, lo miró. Tardó en reconocerlo. Cuando lo hizo, lanzó una exclamación y se arrojó espontánea hacia él.

—¡Néstor! ¡Néstor! ¡Tú!

Los niños dejaron sus correrías y acudieron.

—¡Tío! ¡Tío! —se alborozó Natín, el mayor, de cinco años.

—Néstor, ¡qué sorpresa! ¡Y cómo te has venido! ¿Tú, con traje? —Mascha reía—. Pasa, pasa... No te quedes ahí, parado...

Natín se había colgado de su maletín, el otro le tironeaba de la chaqueta y él se prodigaba festejando ruidosamente a todos. Con el alboroto y oyendo pronunciar el nombre de Néstor, los vecinos que

instantes antes al verlo se preguntaban alarmados quién sería ese señor de sombrero hongo, acudieron a saludarlo. Todos lo habían tratado, resultando en su momento un suceso en el caserío tanto él como Pedro. Entonces todos tuvieron a bien prodigarse con ellos, uno de tantos presos políticos vindicados por la revolución y ahora volvían a exaltarse viéndolo. Pronto se abarrotó el pasillo. Todos querían saludarlo, estrecharlo, saber de él. Aceptó un trago de vodka, una copita de anís. Al fin logró Mascha sustraerlo del alboroto y meterlo en su departamento. Constaba de tres habitaciones pequeñas y una cocina donde ella se prometía infructuosamente en cada jornada mantener allí a sus hijos. Los tres pecosos y pelirrojos como ella, que siendo de ascendencia judía como su compañero, no había circuncidado a sus hijos porque los dos eran libertarios y ateos. Ahora Makhno le había quitado al menor de los brazos manteniéndolo en vilo y meciéndolo.

—¿Qué haces? ¡Que acaba de comer!

—¡Como en los viejos tiempos! —se rió él haciendo volar al pequeño.

—¡Y éstos! ¡Mira lo que hacen contigo! ¡Dejen al tío! —soltándoles un par de azotes—. ¡Quietos!

—¡Déjalos, Mascha! ¡Si acabo de llegar!

—Por eso mismo. No sabes lo bandidos que están.

—¡Ah, si yo tengo algo para ellos! —Makhno devolvió el menor a los brazos de su madre y abriendo su maletín extrajo de él un paquetito—. Para ustedes... —no alcanzó a alargarlo cuando los mayorcitos se lo quitaron de la mano y en su regocijo y exitación, tironeando cada cual por su lado, lo deshicieron haciendo rodar su contenido por el suelo.

—¡Caramelos! —exclamó Natín.

—¡*Calamelo*! —el que seguía.

El menor por poco se echa al suelo. El alboroto subió de punto. Mascha se vio obligada a ponerlo en el suelo.

—Me los echas a perder —protestó ella.

—¡Qué yo! —rió él. Recogió un caramelo y la convidó.

Mientras ella, conteniendo repentina emoción, separaba la envoltura de la golosina, lo propio estaban haciendo sus hijos. Néstor preguntó por Sacha. Ella se estremeció. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Qué! ¿Pasa algo? ¿Qué pasa?

—Sacha está preso.

—¡Preso! ¿Por qué?

—Hace más de un mes que lo está... Cuarenta y tres días...

—¿Por qué?

—¡No sabes! ¡Cientos de compañeros están presos!

—¿De los bolcheviques?

—¡Y de quién!

—¿Y Pedro? ¿Sabes de él?

—Él está libre. Sigue aquí. ¿Quieres verlo? Él también las pasó. Los rojos nos buscaban como si fuésemos perros rabiosos... Ahora han aflojado un poco.

—¿Y tú, cómo te las arreglas?

—¡Cómo! —ella esbozó una sonrisa—. Ya ves... Los compañeros le traen caramelos a mis hijos...

Makhno metió la mano en su bolsillo, sacó un rollo de billetes, cogió algunos y viendo el estupor y el envaramiento de ella, prefirió dejarlos sobre la mesa.

—¿Qué haces? ¿Qué es eso? ¡Eres un hombre rico!

—No tengas escrúpulos... Utiliza ese dinero... Ahora tengo prisa... Quisiera ver a Pedro.

—Te dije que vive aquí... Si lo aguardas... ¿Te quedas con nosotros? ¿No estás cansado? ¿Te preparo algo de comer? ¡Sí! Salgo en busca de algo...

—¡Mejor no! —la atajó él, viéndola ya dispuesta—. ¡Si es tarde!

—No temas por mí. —Mascha agitó un billete—. Con esto el del mercado me abre la puerta. ¿Te quedas con los chicos, Néstor?

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! —se opuso él con energía.

También los chicos, a su modo y con ese sentido propio que los hace estar en distintas partes a la vez, aunque a uno le parezcan absortos en una sola cosa, corrieron a aferrarse a la falda de su madre, poniendo en la nota la certeza de que esa salida habría de ser antes muy debatida.

—¡Ya lo ves! ¡Imposible! —exclamó él con alivio, señalando a la chiquillería—. Pero me has recordado que estoy sin probar bocado desde la mañana... ¿Qué tal si me doy una vuelta por la fonda de al lado?

—Sí, sería preferible... —dijo ella renunciando a su proyecto—. Pedro suele estar por ahí... Puede que te lo encuentres. —viéndolo ya presto a salir—. Imagino que regresas... —inopinadamente se lanzó sobre él abrazándolo y besándolo—. Si no fueras tú el que me da esto, Néstor —le dijo, con los billetes en un puño—, no lo aceptaría de nadie...

—Te agradezco la deferencia.

—¡Qué me lo agradeces! ¿Quieres hacerme llorar?

A pocas calles de allí, en una esquina, se hallaba la fonda. Una vidriera previa a la puerta de entrada le permitió a Makhno echar una mirada a su interior. Vio parroquianos pero no a Pedro. Sí, en cambio, la robusta figura de la mesonera tras el mostrador, con un pitillo en la boca tal su vicio y su costumbre... Cuando traspuso el peldaño de la entrada se detuvo allí por un instante. Como en una película, rememoró cuando tiempo atrás frecuentara el lugar. Los manteles de hule verde sobre las mesas, los toneles en un rincón, los platos apilados sobre el mostrador y alguno de los comensales que comenzaba a reconocer... Comiendo, de sobremesa, fumando. Lo único que había cambiado era él mismo y tardó en reponerse de la sorpresa de no ser reconocido. La situación le resultó divertida. Atravesó el salón. Se metió en el lavabo. Segundos después golpearon la puerta.

—¡Néstor! ¿Estás ahí?

Reconoció la voz de Archinoff.

—¡Ya salgo, hermano!

—¡Já, já! ¡Eres tú! ¡Tómate tu tiempo! Te espero en la mesa.

Cuando regresó al salón, lo halló alborotado y todos como aguardándolo. La fondera le salió al paso.

—¿Qué hace usted por aquí? —le dijo, iluminado el rostro, sin el pitillo y besándolo.

Makhno dio explicaciones que calmaron la curiosidad de los demás y fue a sentarse a la mesa con Pedro. Los amigos se abrazaron. Pero todos allí querían saber de Ucrania. Makhno amplió gustoso la información. La fondera se apresuró en enviar a la mesa un vino amontillado en botella. Se la apreció.

—Ella es más bien avara... —observó Archinoff.

—Ya ves... —dijo Makhno llenando las copas—. ¡Salud!

—¡Salud! —repitió Pedro.

Archinoff era un poco mayor que Néstor. De complexión regular, tez blanca, frente despejada avanzando sobre una prematura calvicie, rasgos enérgicos, podría decirse que se palpaba su nerviosidad y su energía interna. Sus ojos tenían un modo de mirar frecuente que los hacían traspasando lo que observaba.

—¿Va a comer, usted? —preguntó el mozo, acercándose a la mesa y dejando sobre ella un plato con un rábano negro cortado en rodajas, junto con un par de pepinillos en vinagre a manera de aperitivo y entregándole una lista escrita en un sucio papel.

—¡Sí que comeré, Escaleno! ¡Y si ponen música, bailaré! ¡Estoy en Moscú! ¡Eh, pero qué! —alarmó echando una mirada a la lista—. ¿Ya se lo han comido todo? ¡Después se dice que en Rusia hay ham-

bre! ¿Y entonces, qué hay para mí? —Makhno se levantó yendo hacia el mostrador—. ¡Arreglado! —le dijo al mozo—. ¡Y tú, amigo! —dijo volviéndose del todo, hacia Pedro—. ¡Cuánto tenemos que hablar!

Ya no quedaban comensales y ellos proseguían. Hablaban, fumaban y bebían. Iban por la segunda jarra de vino. Makhno, acaparando la conversación. Absorvido en su idea motora: la creación del ejército popular campesino. Archinoff, siendo de Ekaterinoslav, conocía muy bien el terreno que pisaba su amigo.

—Con ser reciente todo esto que te cuento, Pedro, es historia antigua. Tengo mis ideas y quiero que tú me ayudes a concretarlas. Hay un buen trabajo para ti, allá. Hasta Gulaï-Pole no ha llegado la politización. Allí estamos nosotros. Bueno..., no ahora... Ahora están los teutones... ¡Eso no puede ser para siempre! ¡Y se la vamos a pelear! ¡A eso vine! Debes estar entre los que orienten y den mayor impulso revolucionario a la región. Necesitamos de esa orientación... ¡Tú, ya sabes! Introducir las ideas, la filosofía anárquica... Mucho más que sólo eso de sembrar... ¡Allí hay material! ¡Material virgen! Y más que eso, ¡voluntad! ¡deseo! Le han tomado gusto a la cosa, ¿sabes? Además, tenemos nuestra propia guardia armada. ¡Yo quiero convertirla en un grande y verdadero ejército revolucionario! Algo cierto, contundente: ¡Una revolución armada! No todo conversación... ¡De igual a igual! ¡Con quien quiera! ¡Campesino y militante!

—Amigo mío, ¿de veras crees poder organizar un ejército?

—¡A esto he venido a Moscú! No estoy de vacaciones... ¡Necesito anarquistas que me ayuden!

—Muchos compañeros están en prisión.

—Eso me dijo, Mascha.

—¿Y entonces? ¿Los irás a sacar de la cárcel?

—¡Pero qué! ¿Están todos? ¿No habrá con quien hablar?

—¡Díselo al poder soviético!

—¡Y yo que vengo justamente a hablar con ellos!

—¡Hablar de qué!

—Vengo a pedirles armas. Queremos resistir a los alemanes.

—¿Y crees que los bolcheviques te van a prestar ayuda?

—¿Y por qué no?

—¿No te dice nada que tengamos tantos presos?

—Sí, es deplorable. Pero lo mío es otra cosa.

—De ese asunto no querrán ni oír hablar.

—¡Pues van a oírme! ¡Tendrán que hacerlo! Nosotros somos como tres mil... Ya te dije, Pedro. ¿Se encuentran todos los días tres mil hombres dispuestos?

—¡No irás a decirles que son tres mil!

—¡Y cómo no! ¿Cómo puedes creer que habrán de tenerme en cuenta si no? ¡No me mires como si estuviese loco!

—¿Y, no lo estás?

Se quedaron observándose, enfrentados.

—¡Tú no pareces darte cuenta! ¡Tú no entiendes de política!

—¿Y tú sí? —antes de que Pedro replicase—. ¡Sé lo que nos está pasando allá! ¡Y tres mil voluntarios ya son un ejército!

—¡Precisamente!

—¡Precisamente, qué!

—¡Que no van a armar ningún ejército que ellos no puedan controlar!

—¡Seremos nosotros los que vayamos a morir!

—Es lo que menos cuidado les da. Si hubiesen preferido una defensa armada, la habrían hecho posible ellos mismos.

—¡Es que justamente eso es lo que no sé! Ni tampoco tú. ¡Ni nadie! ¡Y me dices que no entiendo de política! ¿No es política, oportunidad? ¿Y quién sabe si las jerarquías no están por una resistencia no oficial en este momento?

—¿De la mano con anarquistas?

—Con quien sea si está en sus miras.

Archinoff se le quedó mirando. Si cierto era que no tenía de qué asombrarse, conociéndole tanto, cierta impronta de ahora, más marcada en su carácter, le mostraba un Néstor Makhno sin sorpresas... pero, quizá, más maduro... Eso quizo creer.

Dieron las once en un reloj pendular incrustado en la mampara del mostrador. La mesonera ya se había despedido, no sin antes hacerse prometer de Néstor que volvería a ser asiduo de ahí... Archinoff no dejó de maravillarse.

—¡Qué! —pareció ladrarle Néstor y se echó a reír.

Afuera comenzaba a llover.

—Si mañana quieres ver compañeros, me parece que es hora. —dijo Pedro.

Néstor se bebió lo que quedaba en su vaso. Pedro se puso el abrigó que descolgó de una percha de pie, se caló su gorro de piel y se puso sus guantes. Néstor se subió el cuello de la chaqueta, le pidió prestado un paraguas al mozo que se apresuró y le dejó un billete de propina.

—Si lo devuelvo, lo devuelvo... Si no..., queda pagado.

Los dos amigos salieron.

—Métete debajo, Pedro —le dijo abriendo el paraguas—. Te llevo.

—¿Y tú? ¿No te quedas?

—No... Prefiero caminar...

—¡Si está lloviendo! Siendo así, ¡te acompaño!

—¡No! Debes cuidarte, padre... —le dijo zumbón—. No irás a coger frío...

—¡No lo cojas, tú! ¿A dónde irás?

Makhno alzó los hombros.

—¿Te parece a las ocho?

—¡A las ocho! ¿Tú no duermes? Digamos... a las diez.

—Sea. ¿Aquí mismo?

—Acercate, que por cuidarte me mojo... —así llegaron al domicilio.

—¿De veras no vas a subir? —insistiendo—. Guárdate de las patrullas.

III

RELACH...

Makhno buscó la calle principal y se echó a andar por ella. A esa hora, con los escaparates de las vidrieras a oscuras, el raro tráfico y sólo iluminada palidamente en las esquinas, podía oir sus pasos y ver tenue su propia sombra cada vez que atravesaba una bocacalle. Así anduvo unas calles. Los pitidos de la ronda policial le recordaron la advertencia de Pedro. Un chaparrón lo obligó a guarecerse. Cuando sintió el agua escurrirse por la manga de su saco, tuvo ocasión de lamentarse de haber desoido a su amigo. El recordarlo le devolvió la imagen de la controversia y más se amargó. Pensó que con tantos compañeros presos, seguramente que iba a chocar con los que se entrevistase. Se había alejado de Pedro con ánimo de relajarse y helo aquí volviéndole a la mente toda esa situación. De pronto cesó de llover. Eso le hizo interrumpir el curso de sus ideas y lo predispuso para seguir andando. Pero, inesperadamente, envuelta en su abrigo y cubriéndose la cabeza con su carterita, alcanzó a ver esa figura que atravesaba la calzada, corriendo hacia él.

—¿Se puede? —se metió bajo el paraguas.

Makhno se tocó el sombrero y le sonrió. Ella se apretó contra él aterida y casi descompuesta de frío. Él se abrió la chaqueta y la cobijó. La sintió tiritando. La rodeó con un brazo y le friccionó con vigor y sapiencia la espalda hasta devolverle el calor. Ella le dejó hacer, sintiéndose reconfortada. Por fin puso cierta distancia.

—¡Qué bien me siento! —dijo.

—Tienes un cuerpo hermoso —le dijo él—. ¡Estás empapada!

—Sí —contestó ella, casi más con un mohín.

—Deberías cambiarte... Secar esa ropa...

—Me llamo Lávichna —le dijo ella sin dejar de mirarlo—. Me puedes decir Lavi o Vichna... ¿Tienes un cigarrillo?

Makhno la convidó de su pitillera. Pero sus cerillas estaban inutilizadas por causa de la lluvia. Ella extrajo una cajetilla de su cartera. Él encendió uno y ella fumó. Él contempló su rostro. Se tocaba con una boina y por debajo aparecía el flequillo recortado pegado a la frente, finas cejas depiladas, ojos negros bien abiertos y una boca que pesó en el inventario más que nada. Su talla era frágil y sus manos enguantadas. Sin duda era muy joven.

—¿Tú no fumas? —preguntó ella viéndole volver la pitillera al bolsillo.

—No. No ahora.

—No me has dicho todavía como te llamas —dijo ella.

—Néstor —contestó él—. Apuesto a que ha dejado de llover por esta noche —dijo, arrojando lejos el paraguas abierto. Ella lo dejó hacer, divertida—. Vichna, puedo pagar un hotel...

—Mi departamento está bien... Vivo con una amiga.

—¿Y entonces?

—Esta noche no está en casa.

—¿En dónde vives?

—No lejos de aquí.

Saltando charcos y goteras anduvieron unas calles y en un tercer piso, cuyas escaleras crujientes les arrancó la primera risa en común, habitaba Lávichna. La luz que ella encendió iluminó una habitación de breve dimensión, la estricta para una cama turca con respaldo, un sofá cama, una mesita y dos sillas, un armarito y sobre una repisa adosada a la pared, algo así como una cocina improvisada, con su calentador, su tetera, vasos y tazas. También había una jarra con agua. Sobre algunas cuerdas cruzadas de pared a pared, pendían prendas íntimas puestas a secar. Sobre una de las paredes, empapelada de azul, colgaban miniaturas, pequeños retratos enmarcados y un espejo. Un reloj de porcelana, un poco fuera de lugar por lo suntuoso, llamó la atención de Makhno. Viéndolo de más cerca, comprobó que la mayoría de las flores y hojitas superpuestas, estaban rotas y que el péndulo se hallaba detenido.

—¿Te gusta? —dijo ella, apresurándose en quitar de las cuerdas la ropa tendida—. ¿No es un lujo? —involuntariamente tocó la pantalla de luz que pendía del centro de la habitación y por un momento todo en ella se llenó de sombras caprichosas y ambos volvieron a reír. Cuando quitó las cuerdas, la habitación cobró un aire casi coqueto—. Disculpa el desorden... ¿Te quieres poner cómodo? Mientras estés

aquí, es tu casa... —se quitó los guantes y el abrigo y bajo éste, un vestido de satén lila, ajustado y con escote descubrió el entorno y la levedad de su figura. Sin mirarlo supo que él la estaba evaluando. Siempre sucedía. Era una situación momentánea que no dejaba de producirle algo parecido al pánico.

A él le gustó. Y tanto como eso, la manera en que se había desarrollado el episodio. Y ahora que la vio entera, con ese vestido de seda ajustado, sus botines y su cara de ratón azorado aguardando su sanción, le atrajo aún más.

—Disculpa... Pero... ¿En dónde está el servicio?

Ella respiró aliviada sabiendo que había superado la primera impresión.

—Si prefieres..., tengo un orinal... —dijo ella. Y viendo en su rostro que él no aprobaba la idea, se apresuró—. El servicio está al final del corredor. Si puedes, evita tirar de la cadena. Hace un ruido espantoso y acordamos no hacerla funcionar de noche.

Makhno salió. Cuando regresó, el fuego estaba encendido y la tetera con agua calentándose en él. Vichna aguardaba a que hirviese para servir el té.

—¿Todo bien? —preguntó ella, viéndolo entrar.

—Discúlpame... Tuve que tirar...

—Te oí —dijo ella riendo—. Quítate el saco..., al menos el sombrero... —y volvió a reir. Se había quitado la boina y el cabello le bailoteó en la nuca.

Makhno se quitó el sombrero y se acercó a ella. La atrajo hacia sí y la besó. Fue un beso intenso, prolongado, que trepaba cuando parecía diluirse. Y los cogió en una mutua ansiedad. No ya sólo las bocas, las manos, los cuerpos se estrechaban prodigándose y dejándose hacer. Tomada prácticamente por asalto, encendida, asediada por una lengua infatigable y buscona en el cuello, la oreja, la boca, ella floló corrientes olvidadas y se dejó inundar de ellas, repentinamente ebria. Y le asomó un pudor, como una retracción momentánea que puso en mitad del deseo que ya la arrollaba, su pizca de real, de verdadero enternecimiento. Entonces ya no estuvo en ningún rol y sólo fue mujer... Sintiéndose ceder, sin fuerzas para recomponerse, deseando abandonarse al juego propuesto. Comenzó a suspirar de verdad, gemir de placer bajo el arrebato que le provocaban esas manos nada ociosas buscándole la intimidad, sus secretos. Entonces ella, levantada hacia él, en ese arqueamiento inevitable del deseo, queriendo ya ser poseída. Así cayeron sobre el sofá entre besos ávidos, más parecidos a mordiscos, caricias profundas y estrechamientos,

buscándose ahora la piel, la carne, lo tierno y lo tibio del cuerpo del hombre y del cuerpo de la mujer. Y emergieron los senos que con temblor y golosura él tomó en sus manos y besó con ternura infinita; y el torso cubierto de pelambre de él, en el que ella hundió sus dedos y luego fue cubriendo de besos, deslizándose, en procura del vigor de Néstor, para empeñarse allí, tributaria de todo el amor que estaba sintiendo. ¡Qué hermosos esos dos cuerpos, ya totalmente desnudos, cumpliendo el rito inmemorial con entera plenitud!

Estaban tomando el té, fumando y platicando, cuando la llave en la cerradura de la puerta les advirtió que la amiga de Lávichna, llegaba. Eran aproximadamente las dos de la madrugada. Envuelta en su abrigo mojado, entró esa mujer. Era un poco mayor que Lávichna. De estatura media, la cara y el pelo también mojados, se quedó en la puerta, observándolos, mientras se desanudaba el pañuelo que llevaba a la cabeza. Traía señales de cansancio y frío, pero, el ver a la pareja desnuda sobre la cama, ella cubriéndose con la sábana, él sin mayores formalismos, la hizo olvidarse de sí misma y sonreírles con picardía.

—¡Lucía! ¡No te esperaba! —exclamó Lávichna sorprendida.

—Ya ves... Aquí estoy... —dijo aquélla, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Cúbrete! —le pidió Vichna a Makhno.

—Yo estoy bien así... —dijo él—. Pero ella... Fíjate... Está empapada... y temblando. ¿Tienes frío, eh? —salió de la cama y puso la tetera al fuego. Luego se volvió hacia Lucía, la ayudó a quitarse el abrigo y con toda naturalidad comenzó a hacerle enérgicas fricciones en los hombros y la espalda. Lucía sintió esas manos fuertes, esos dedos percatados de cada vertebra pareciendo amasarlas y de inmediato comenzó a sentirse mejor. Él la manejaba concienzudamente.

—¡Qué gusto! ¡Qué bien me haces! —se abandonó ella.

—Pues, vamos, quítate la chaqueta

Ella lo hizo.

—Ahora la blusa...

Ella obedeció.

—¿Entras en calor? ¿Te repones? —preguntó él sin dejar de friccionarla.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

Lávichna observaba curiosa y divertida.

—Quítate la falda. Y suéltate los pechos... Vamos, sí, no me mires. Completa. Completamente.

Lávichna comenzó a reírse como loca.

—¡Eh, qué haces! —pareció protestar Lucía.

—Te acaricio... Te envuelvo... Déjate vivir... Toda...

Él había abandonado su espalda y sus pechos y le azotaba las nalgas firmes que, alertas de los golpes, aguardaban tensas y coloreándose cada vez más. Él no se detuvo en eso. Cuando lo consideró, resbaló su mano entre sus piernas, acariciándole el sexo, hasta que, bueno, ella lo abrazó y lo besó y ambos cayeron el uno sobre el otro...

Lávichna, como el ratoncito que era, queriendo colar entre ambos, buscaba también un lugar para ella en esa unión de los cuerpos. Hasta que sintió que una mano y otra mano, la atraían hacia ellos...

IV

UN ELEFANTE BLANCO

Como no podía ser de otro modo, llegó tarde a la cita. Archinoff hacía dos largas horas que lo aguardaba. No poco preocupado, dadas las circunstancias, no hacía más que preguntarse qué podría haberle sucedido. Lo vio llegar. Traía el rostro rozagante, afeitado y el buen humor le bailoteaba en el cuerpo.

—¡Salud, Pedro! —saludó—. Lo sé. No me digas que llego tarde. Es tarde. Pero... tú no sabes. Me ocurrió algo... Estoy bien. ¡Ya me ves! Si quieres, te cuento...

—Espero que te justifique...

—¡Oh, sí! —Makhno rió y palmoteó sus manos—. Son de esas cosas de hombre... Dos muchachas... ¡Sí, dos! ¡Oh, qué grande es Moscú! Con las dos. Y aquí me ves. De lo más feliz. Alégrate conmigo, amigo. ¿Vamos a lo del viejo?

—Deberías saber que cuando se toma un compromiso...

—¡Lo sé, lo sé! Pero, ¡qué quieres! No podía decirle a cosas de la vida que esperaran. ¡Me dormí! ¡Ellas todavía lo están haciendo! ¡Deberías haberlas visto, amigo! ¡Me costó salir de eso!

—¡Ah!

—¡Vamos! ¿Me dirás que no te alegras de ver contento a tu amigo? —dijo Makhno tomándolo de un brazo y echando a andar con él.

—¡Adónde vas! —gritó Pedro.

—¿No es por aquí? —preguntó Makhno, deteniéndose, simulando asombro.

—¡Qué bicho te has venido, amigo! —le dijo Pedro, observándole—. ¡Hay que volver a sopesarte!

—¿Preferirías que hubiese venido en hora y con la cara larga?

—¡Pobrecillo!

—¡Ponte de mi humor!

—Para ello debería haber gozado, como tú y no haber esperado, como yo. Ven, por aquí debemos andar —ahora fue él quien lo tomó del brazo.

—¡Ah, seguimos siendo amigos! ¡Qué bien! ¿Quieres saber? Estas cosas son las que consolidan una amistad.

—Estás desatado, Néstor. Y anoche te dejé tan deprimido... ¡Oh, tú, te inventas la enfermedad y te administras el medicamento!

Néstor, fuertemente adherido a su brazo, le contaba libremente la aventura pasada. Hasta que llegaron a casa de Kropotkin. El príncipe que hacía cuarenta años, habiendo renunciado a sus privilegios y sus bienes, había entrado en el campo anarquista haciéndose publicista de primera línea. Les abrió una vieja ama de llaves que los hizo aguardar en el saloncito de entrada. Al poco tiempo regresó Sofía, la mujer de Kropotkin. Saludó a Pedro; le fue presentado Makhno.

—Pedro los aguarda —dijo solícita y sonriente.

Los condujo a través de una sala cubierta de gastadas alfombras persas y donde al lado de una mesa oval Chipendale y sillas haciendo juego, un trinchante del mismo estilo, gobernando la sala, le daba carácter. Algún mueble suelto, un sillón muelle, un reloj de pie y marcos con fotos en las paredes completaban el sobrio y muy pulcro aditamento del salón. En la estufa rusa de nicho de dos bocas adosadas a una pared que se abría al gabinete de Kropotkin, ardía un leño. Hacía cálido el lugar.

Sentado a su escritorio, más vuelto hacia la entrada, apenas la traspusieron, Kropotkin se levantó a saludar. Viendo la cara de estupor de Makhno que paseaba la vista por esa habitación, lo atrajo jocoso.

—Así es, compañero —le dijo, abriendo los brazos—. Acabas de atravesar el reino de Sofía y has penetrado en el mío...

Todo allí era un amontonamiento de libros, revistas internacionales, pliegos, recortes de diarios, periódicos, superpuestos en pilas que se apiñaban sobre su escritorio, los anaqueles, el suelo...

—Él es Néstor Makhno —dijo Pedro haciendo la presentación.

Néstor no sabía que admirar o de qué asombrarse más: si de ese viejo al que él tanto consideraba y al que de buenas a primeras tenía ante sí, o de ese marco insólito en su desorden y abigarramiento en que estaba metido y vivía Kropotkin. ¿Ese era, así era el laboratorio desde donde ese hombre emitía sus ideas?

—¿Y cómo está la situación en Gulaï-Pole? —preguntó Kropotkin.

—¿Sabe de allí?

—¡Cómo no! Pedro me tiene al tanto... Me interesa vivamente su movimiento, Makhno.

—Íbamos bien... Pero la situación se nos ha complicado con la llegada de los teutones...

—Sí. Es cierto... ¡Lo imagino! —exclamó Kropotkin, reflexionando cada inflexión—. Pero... Pensemos mejor en la doble oportunidad que le estarán brindando a nuestro movimiento... Por un lado, convirtiéndolo en el centro de resistencia contra la invasión... Y por el otro, siendo esto tan doloroso, haciendo que el pueblo y el campesinado de Ucrania tenga vivo y presente que en una hora difícil de su historia fue más que abandonado, entregado por los rojos en una transacción que es el desmentido más rotundo de su revolución; ¡un verdadero escarnio!

—Preferiría no entrar a juzgar la amoralidad, compañero... Me preocupa ahora la estrategia... —repuso Makhno.

Así se enfrascaron en un largo análisis, ocasionalmente interrumpido por el ofrecimiento de Sofía a beber té, en la sala, acompañado de tarta. Pero de inmediato volvió a ese curso la conversación.

—Yo creo que no saben ni que existimos —dijo Makhno saliendo al paso a una apreciación de Archinoff—. Sus intereses llegan hasta Kiev.

—Si tú lo dices... ¿Cuáles serán, entonces, tus argumentos ante el *politburó*? —preguntó Pedro.

—¿No lo he dicho ya? ¿No lo sabes, tú? Con las armas que reciba, sublevar en la retaguardia la campaña.

—¡Qué ingenuidad! ¡No lo consentirán! —exclamó con pasión Kropotkin—. Ellos tienen tomada su posición con respecto a Ucrania y la ocupación. Ha sido una decisión grave, fría y demasiado trascendente para ser modificada. Antes querrían verla sepultada... ¡Cómo para consentir y más, auspiciar bombardas! Apostaron a que esta situación no habrá de ser para toda la vida y es más que probable que en este aspecto, sea como ellos lo piensan. Un poco antes o un poco después triunfarán en la guerra los aliados y de hecho cesará la ocupación... Pero tampoco será la libertad para Ucrania. A Ucrania habrá de imponérsele el nuevo yugo rojo...

—¡En ese razonamiento se está olvidando de las guerrillas, compañero! —saltó Makhno.

—¡Precisamente! Pregúntese usted, ¿cuál es la ganancia de los bolcheviques ayudando a crear focos de resistencia? Combatir a los germanos no es su objetivo. ¡Y cuánto menos sublevar a los pueblos

no estando ellos en la dirección y la iniciativa! Además, que los rojos no están por los pueblos en armas sino por los ejércitos constituidos y al servicio de la revolución. De ser distintamente, ya habrían lanzado a Rusia entera a la lucha de barricadas y de guerrilla contra los germanos. Pero, ¿a dar oportunidad y fuerza al pueblo? Le temen más a eso que a la ocupación y la vergüenza que representan los teutones. ¿De veras usted piensa, Makhno, que Lenin o Trotzky quieran ayudarlo?

—Esto le vengo diciendo yo mismo, Kropotkin —dijo Archinoff.

Se hizo un largo silencio. Lo interrumpió Sofía ofreciendo más té. Aceptó Pedro y su marido que, yendo por la quinta taza, volvió a repetir. Néstor, con las manos como tenazas, los labios apretados y gacha la cabeza, por fin habló.

—He venido a Moscú a peticionar armas y no dejaré de hacerlo.

V

LAS PRIMERAS SEMILLAS

En un caso, específicamente, Makhno halló el eco que afanoso buscaba. Y si no obtuvo de ese militante anarquista su adhesión inmediata, sí la promesa de participar en la tentativa makhnovista. Se trataba de Vsevolod Mikailovitch Eichenbaum, más conocido por Volin. De regreso de su exilio a Estados Unidos, donde con otros camaradas rusos publicaba el *Goloss-Truda* (*La Voz del Trabajador*), para la comunidad de emigrados, regresó a Rusia debido a la revolución de febrero, con toda la plana de redactores. La publicación reapareció en Petrogrado como semanario y rápidamente ganó lectores y se transformó en cotidiano, hasta ser clausurado por los bolcheviques, cuando tomaron el poder. Volin se hallaba en Moscú por entonces, tratando de encarar en la capital su edición clandestina. En esa situación se encontró con Makhno, los dos, a su manera, necesitados de ayuda para sus respectivas iniciativas. Archinoff, siendo corresponsal del *Goloss-Truda*, fue quien los reunió. No tardaron en intimar. De inmediato captó Makhno que estaba en presencia de un valor inestimable y tanto o más que teórico, práctico. Totalmente esclarecido en cuanto a la relación de las partes en un proceso revolucionario. Ni que a la medida de sus deseos al respecto.

—Señalar, denunciar y combatir las tendencias polarizantes y paralizantes de la sociedad, esas en las que la sociedad de privilegio y capitalista se abroquela, concentradas en los partidos, las iglesias, los intereses de casta, todo eso que reprime la libre acción y la libre expresión, todo lo que induce a obediencia, es razón primordial de una sana actitud anárquica. Mas todo vano si no es acompañado de la exhortación a la acción de disponer de las herramientas y los frutos del trabajo propios sin que excedan las propias necesidades —decía Volin.

—Eso lo sabemos, compañero. Eso venimos practicando —replicaba Makhno, exaltado, como bailoteando al son de música, oyéndole.

—Eso tampoco es mucho si no se tiene clara la finalidad revolucionaria. La tendencia libertaria puede quedar ahogada por la satisfacción material que produce un resultado; sin ir más allá —esclarecía con firmeza Volin. Ese hombre todavía joven, contaba treinta y seis años, tenía aspecto de viejo con su cabello fuertemente ralo, su barba recortada casi blanca y sus anteojos de armazón de oro. Y si su actitud vivaz pronto disuadía de esa impresión, una vez más, escuchándole uno creía estar en presencia de un hombre mayor, dado el tino y el aplomo con que emitía sus juicios—. Es preciso, fundamental, que haya claridad conceptual. La vida se proyecta y se nutre por mil canales distintos. No todo se reduce a economía. No basta con ser campesino y quedarse en campesino. No basta con no lucrar y con no explotar. Eso lo hace cualquier miembro del ejército de Salvación. Se trata de tener esclarecida la mente y anticipar, descifrar las argucias del poder. Por ejemplo: los bolcheviques, arrogándose representar los intereses clasistas de los pueblos, excluyen y combaten con saña asesina a todas las otras tendencias de izquierda, entre las que nos encontramos los anarquistas, al sólo título no de la diferencia de ideas, que en muchos casos parecieran ser las mismas, sino del manejo, la táctica, la dirección de la cosa. Nosotros fuimos reprimidos y encarcelados en abril. ¿Reaccionó a eso, de algún modo y en nuestro favor la masa obrera? En el mejor de los casos, sin desmentirnos nos dijeron: «¡aguardad! «¡Unámonos!» Los rojos prometen lo mismo ¡y están en el poder! Y a nuestros naturales reparos, agregaron: «Los rojos tendrán que hacer lo que proclaman porque nosotros estamos detrás de todo y somos la garantía de que eso se vaya a cumplir». ¡Al diablo! Ahora habrá que aguardar hasta que el proceso que respalda la masa se descomponga totalmente y para entonces, seguro que los rojos se habrán afirmado más y más. Así, ya ve estos obreros de aquí y ahora, como mañana podrán serlo sus mismos campesinos, Makhno, creyendo estar en el proceso revolucionario no hacen otra cosa que servir al poder y a la reacción. ¡Se convierten en bomberos!

—Afirmativo, positivo, cierto lo que dice, Volin. ¡Usted confirma lo que yo pienso! Para esclarecer más la situación allí es que estoy queriendo llevar a Gulaï-Pole a cuanto compañero esté dispuesto. Le aseguramos albergue, sustento. Pedro ya se viene conmigo... —agregó jocoso, observando a éste—. Sí, no protestes compañero... No te vendrá mal la vida de campo —y volviéndose a Volin—. Allí hay un po-

tencial. Y no están los rojos. Yo, como usted sabe, no me quedo sólo en lo oral y escrito. ¡Acción directa! Yo voy a organizar un ejército para la defensa de los derechos.

—¡Qué tal! ¡Y para ello, usted va a recurrir a las autoridades del gobierno bolchevique en procura de armamento! —se encendió Volin—. Ahí tiene, Makhno, desnuda la contradicción de que acabo de darle cuenta. Los obreros no advierten la impostura bolchevique y por ello convalidan la represión, llamémosle temporal. Esa temporalidad nos suprime. Tampoco usted, peticionando ante el poder, parece comprender debidamente el proceso histórico... Así, no sólo no obtendrá lo que solicita, así contribuye a confundir los conceptos. ¿De verdad, usted cree que habrá de conseguir nada menos que armas? ¡Y para combatir al ejército austro-alemán! ¡Alarmando a Ucrania ellos tendrían que dar razón al proletariado del mundo entero! ¡Ellos preferirán siempre que este asunto quede sepultado! ¿No delegarían en nadie esa acción creyendo que pudiese realizarse con éxito?

—¡Es que no creo que sepan que ni existimos!

—¡Y usted se los va a descubrir! ¿No es eso ponerlos en guardia? ¡Cuidado que no le saquen información! ¡Ésos son capaces de pasársela a los *junkers*!

—¡Qué dice! ¿No exagera?

—¿Usted piensa que dramatizo? Entienda bien esto. ¡Abra los ojos! Para los bolcheviques el ejército de ocupación es un mal necesario. ¿Cómo cree que reaccionarán ante la noticia de que en Ucrania pulula la guerrilla? ¡Si pueden los harán purgar! ¡Ustedes serán siempre lo último que quieran fomentar en la Unión Soviética! ¿Es que quieren ellos la autodeterminación de los pueblos? ¡Ustedes representan para ellos lo más cercano a la guerra civil! ¿Quieren la guerra civil? ¡Ellos aspiran al poder y a consolidarse en el poder! Esta es toda la cuestión y es lo que debe saber por anticipado. De lo contrario, corre el riesgo de caer en ingenuidad. ¡Y en confusión! Si difícil le cuesta discernir a la masa, imagine cuánto más viendo a anarquistas yendo a peticionar al mismo poder que denuncian! —Volin remachaba cuanto decía golpeando con el filo de su mano en la palma de la otra.

—Lo mismo le repito yo —dijo Archinoff muy seriamente.

—¡Seguramente! ¡Cualquier anarquista le dirá esto! Pero —se apresuró—, no es esto todo lo que debo decirle... Usted tiene la obligación de saber que no habrá de conseguir nada de lo que va a pedir... Esto es básico. Siendo así, usted habrá prevenido a los campesinos de que su propósito es sólo desenmascarar a los bolcheviques que se dicen solidarios de los pueblos y no servirse de ese argumento des-

pués, cuando todo esté consumado y usted regrese con las manos vacías. ¡Si para después se presta a interpretaciones! Significa que usted no descarta conseguir lo que peticiona. Y creer esta superchería es no tener debidamente clara la posición anárquica y una vez más, confusión, ¡confusión!

—¿Tan rotunda? ¿Tan drásticamente? —inquirió perplejo, Makhno.

—Así nada más —confirmó Volin—. Y esto que le digo, no me pida que se lo especifique. Formando sin duda parte de la idea, nutriéndose de ella es más un sentimiento, como una repulsión, un pálpito, un asco. Sí, no me mire así. Usted propone algo grande, Makhno. Usted propone una revolución dentro de otra revolución. Lo sé. Es tanto o más que enfrentar a los teutones.

—¡Pero ésos están!

—¡Lo sé! Pero usted no debe precipitarse por desesperación. Yo no tengo la solución... Sí, comprendo, es fácil decirlo... pero habrá que estar allá, impotente, con sólo voluntad, presenciando el saqueo.

—Tal cual.

En otro caso, todavía, le resultó particularmente interesante a Makhno la entrevista con un campesino de la propia alde de Gulaï-Pole, poco menos que extraviado en la gran urbe. Se trataba de Boris Veretelnikoff. Venía de trabajar en la acería Putiloff en Petrogrado y se había trasladado a Moscú en busca de horizontes nuevos. Había pasado por el socialismo revolucionario y ahora se sentía anarquista.

—Si vuelves a Gulaï sabrás por fin por qué luchas, Boris.

Eso hizo. El panorama que le planteó Makhno lo entusiasmó. Él, que sin duda buscaba afanoso, ignorándolo, sellar su suerte, tampoco sabía que siendo por naturaleza inclinado a la doctrina y la educación, iba a ser protagonista de un acto memorable de la gesta makhnovista, en el puro terreno de la acción.

VI

«FLORES EN CRIMEA»

Tobolsk. A 250 Km. del ferrocarril transiberiano

Pasado mediados de julio, la noticia de que el zar Nicolás y toda su familia habían sido ejecutados, conmocionó a la ciudad. Y a todos en Rusia. Y seguramente hasta donde alcanzase la noticia en el mundo entero. ¡Cómo para que no quedasen dudas del destino y el cumplimiento de las premisas de la revolución! Fue un golpe duro para la Entente.

También en el apartado y remoto encierro del zar y su familia en Siberia, aunque amortiguado, percutía el vendaval desencadenado. Cuando en nombre de la *Duma* los emisarios de la asonada de febrero se presentaron al zar para aconsejarle que abdicara, en el cuartel general de los ejércitos del norte, éste les contestó: «Desde ayer estoy dispuesto a ello. No deseo otra cosa que poder retirarme a Crimea a cultivar mis flores que tanto amo». ¡Sí que flores! Allí, en ese obligado retiro de Siberia, las calladas voces de esa familia, su leve andar, el deseo manifiesto de no agravar ni atención, ni molestias... denunciaba a las claras lo inestable que se sentían. No obstante y a medida que el tiempo transcurría, si bien Nicolás sabía cuan ligada estaba su suerte a la del gobierno de Kerensky, se fortalecía en la creencia de que al fin sus aliados interpondrían negociando por él. ¿Por qué, a quién favorecía mantenerlo en Siberia? ¿Supo alguna vez Nicolás que en esa conjetura estaba echado su destino? Y el de su consorte, la zarina Alejandra y el del príncipe Alexis y el de

las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia. ¡Cultivar flores! ¿No poner en orden su conciencia? ¡Ah, quisiésemos creer, de cuántas locuras no habrán tenido tiempo de descargar sus almas allí en su encierro esos consortes regios!

Estamos tratando de ellos. Actores principalísimos de la vorágine, circunstancialmente fuera del escenario, aprovechemos la noticia para ahondar la mirada y penetrar, de sernos posible en su intimidad...

Una noche, cuando supuestamente toda la familia imperial habría de hallarse recogida en sus lechos, tal las reglas impuestas, se deslizó del suyo la zarina. A medio vestir se echó un chal sobre los hombros y descalza a través del corredor de lozas frías apenas alumbrado que comunicaba con la capillita, se dirigió a ella en medio del silencio reinante. La lamparilla de aceite encendida sobre la mesa de luz que separaba su lecho del de Nicolás, reflejó por un instante su sombra en las paredes desnudas de la habitación. Nicolás no dormía y la oyó salir. No era habitual el hecho, pero últimamente Alejandra protestaba de esa necesidad y a esa hora se iba a rezar a la capilla. Cierta agitación perceptible, quizá desorden íntimo le abría los ojos y la sacaba de su lecho. A veces, después de permanecer en la capilla por más de una hora regresaba aterida y devastada de lágrimas, los labios pálidos, ajada la blanca piel del rostro y con una expresión un tanto delirante, entre gozosa y martirizada. Nicolás, que a su vez sufría de insomnio por propias y compartidas preocupaciones y a toda costa se había determinado mantener erguida la cabeza, aguardaba el regreso de su mujer, a la que no dejaba de oír rumiando su melopea y más cuando sus lágrimas se convertían en estertor de congoja. Y esto, si bien alternadamente, una noche cada tanto, a veces, una noche y otra noche y otra más, como esta vez.

Nicolás, pegada la nuca a la almohada, abiertos los ojos, afinando el oído sobre las demás habitaciones donde dormían el príncipe Alexis y sus cuatro hijas, alarmado por si allí pudiesen estar oyendo el llanto de su madre, rogando porque no fuese oída por temor a que cundiese el pánico en la familia, porque no fuesen al fin formuladas las preguntas que él veía retratadas en sus rostros. Su tiempo en esa actitud transcurría como a través de una eternidad y solía llenarse de sudores fríos. Cuando la sentía regresar, muchas veces percibía como un mareo, como si la cabeza se le fuese y consecuentemente, un blanco y vacío transcurrir de la sangre en sus arterias. Si se desvanecía no podía acertar a decirlo, pero se recobraba con la sensación de haber perdido la noción del tiempo. Su mujer, por entonces, al menos eso parecía, ya dormía... En la noche siberia-

na, a miles de millas de su esplendoroso pasado, como un ejemplar, el último de una dinastía, amenazado de perecer suspendido en el tiempo él manoteaba su agonía. Cuando en esta ocasión regresó de su viaje al olvido y, como era su hábito y como si todo no fuese más que fruto de sueño o pesadilla, levantó la cabeza para corroborar si su mujer se encontraba en su lecho, lo alcanzó el estupor hasta helarle la sangre. Ella estaba de pie, junto a su cama, desnuda bajo su blanco camisón de hilo, observándole con ojos desmesurados.

—¡Alexandra! ¿Qué haces ahí? ¿No duermes? —exclamó, muy quedo. Al no obtener respuesta, asustado, preguntó—: ¡Alexandra! ¿Qué ocurre?

Ella permanecía muda, cual una presencia extemporánea, el largo cabello despeinado cayéndole sobre los hombros, un tanto inclinada hacia él.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar él con creciente alarma.

—¡Tuve una visión! —dijo ella.

—¡Qué!

—¡Vi correr la sangre del cordero pascual!

—¡Qué dices! Alexandra... ¡Alexandra! —la reconvino elevando el tono e incorporándose sobre sus codos—. ¡Qué hablas! —Viéndola perdida, como vagando, con ese tic nervioso descontrolado que solía venirle bajo ciertas circunstancias deformándole en una mueca el rostro—. ¡Por favor! ¡Me partes el alma, Alexandra!

Ella se dobló y de rodillas sobre el suelo, hundiendo el rostro en el cobertor del lecho de Nicolás rompió en sollozos. Si ahogados, no tanto que no pudiesen trascender a las habitaciones contiguas. Nicolás que extendía su mano consoladora hacia ella, la detuvo alarmado por esa posibilidad, tratando de detectar la menor repercusión. Alguna vez se habían dado circunstancias por el estilo, con la consiguiente alteración de los demás miembros de la familia. Y esto querría él evitar.

—Alexandra... Alexandra... Calmate... ¡Qué podrían oírte!

Ella levantó la cabeza, lo miró y comenzó a barbotar:

—Alexis estaba conmigo, también lo observó... —dijo—. También a él le produjo horror... Yo vi como se contraía su rostro, se crispaban sus manos... Y queriendo correr, estaba como pegado al suelo... Yo misma viendo su creciente espanto sin poder socorrerlo... ¡Dios mío! El cordero sangrante cada vez se parecía más a mi hijo.

—¡Alexandra, querida mía! Quítate esas imágenes... ¡Las inventas!

—Nicolás, ¡tú no quieres escuchar! ¡Tú no quieres que veamos!

—¡Querida, por favor, no levantes la voz! —la levantó él y se quedó petrificado oyéndose, persiguiendo con un leve giro a través de las paredes su alcance. Por un instante reinó completo silencio. Se volvió hacia ella y tomó su rostro en sus manos—. Ya ves... estamos aquí... —intentó tranquilizarla. La luz de la lamparilla le daba de frente y ella pudo ver su saliva incontinente y ya desagradable, que corría de su boca a su barbilla. No pudo evitar un gesto de repulsión que él advirtió y no acabó de comprender...

—Debemos hablar... Tenemos que decirnos lo que llevamos callado, Nicolás —le dijo. Y viéndole huidizo ante su requerimiento, casi con odio, como un latigazo—. ¡Nicolás, nos estamos muriendo! ¡Nos van a asesinar! ¡Y a nuestros hijos!

Él, levantando el índice le indicó silencio. Estaba francamene anonadado. Tardó en contestar. Al fin dijo con voz que no parecía ser suya.

—Verás que no. Dios no lo querrá. Confía. ¡Qué ocurrencia! Con tantos y tan importantes aliados como hemos tenido.

—Tú sigues esperanzado en ellos a pesar de todo. Ellos te abandonan. ¡Jamás supiste ver tu conveniencia! Piensa mejor en Alemania: ¡por sangre está atada a mí!

—Cualquiera. ¡Sí!

—¡No, cualquiera! Si hubieses...

—¡Alexandra!

—Si hubieses escuchado entonces...

—¡Alexandra!

—Yo y mis amigos te aconsejamos.

—Ya es tarde. ¡A qué reabrir heridas!

—Sí, ¡ya es tarde! Lo aceptas, ¡por fin lo aceptas! ¡Todo perdido!

—¡Oh, no! No lo tomes en ese sentido...

—Vuelves a cerrarte. ¡Nicolás! —se angustió ella. El rostro le temblaba. Él pareció apartarse—. Te suplico... —él, mirándola de soslayo, asustado se volvió a su almohada—. ¡Me dejas sola! —apenas pronunció ella.

Él, pronto percibió el espacio helado que había abierto entre ellos.

—Cristo mediante, ¡no es ese mi deseo! —dijo él, persignándose.

Ella se arrojó sobre él. Tenía la frente fría y agitada la respiración. Así permaneció un tiempo, hasta que se fue tranquilizando. La tenía abrazada y quizá él se hubiese dormido así, —no podría decir si lo hubira hecho—, si no la hubiese vuelto a escuchar.

—¿De qué? ¿Por qué? Si ni siquiera soy ya la zarina... Yo soy la madre. Y no de uno. ¡Cinco son mis hijos! Pero, ¡ni eso me queda ser!

No puedo gritar, atormentarme, reaccionar como la última campesina... ¡A mí sí que ninguna podrá disputarme el título de primera en martirio y dolor! ¿Bebió nadie jamás tan amarga copa de hiel como yo misma, ¡y tú, Nicolás!, me obligas a beber? ¿Por qué? ¿Por qué? Mis mis hijos y yo no sólo debemos remitirnos a Dios, debemos además, ¡representar! ¡Y seguir representando hasta el final! —se separó de él y le observó perturbada—. ¡A quién estamos tratando de engañar, Nicolás! —se exasperó—. ¡La vida se nos va! ¿Qué nos aguarda?

—Y si eso fuese así, ¡qué! ¿Podemos modificar algo? —dijo él.

—¡Ahora sí, aceptas! Aceptas que eso pueda ser así... —con una sonrisa vaga ella subrayó extrañamente su exclamación.

Él, volando en un sonambulismo que le blanqueaba la mente, tardó en contestar. Cuando iba a hacerlo, ella añadió.

—Al fin sé, en realidad, lo que estás pensando.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, tratando todavía de eludir la amenazante cuestión que vio pergeñada en la sonrisa de su consorte.

—A que tú también piensas lo que yo he visionado.

—¿Vuelves a eso? —protestó él—. Ya sabes cuánto me repugnaba cuando Rasputín...

—Lo que yo digo, Nicolás —replicó ella interrumpiendo con encono—, es que el engaño nos pierde del todo. De donde estamos, vamos a partir hacia el más allá. ¿No habremos de hablarnos? ¿Como cristianos?

—¡A que atormentarse! —se protegió él.

—¡Oh, no! —lo atajó ella—. No estoy tratando de que acabemos echándonos en cara nada. No habríamos de caer en esas bajezas...

—Nunca he pensado que pudiese ser eso, querida mía —se apresuró él—. Pero, ¿cuál es su justificación?

—¿No lo he dicho? Tengo el corazón oprimido, el alma destrozada. ¡No soporto más vivir mordiéndome la lengua!

—En todo caso es tu deber, Alexandra. No alarmar... No alarmar a los niños.

—¡Y por qué alarmar! ¿Quién habla de alarmar? Hablar. ¡Hablar! ¿No lo quieres saber? Nos matarán tarde o temprano.

—¡No vivimos los tiempos de Luis XVI! ¡No estamos presos en la Bastilla!

—¡Que lo digas tú! —le reprochó ella.

—¿Cómo yo? ¿Qué quieres significar? —Nicolás se sintió tocado vivamente descubriendo el reproche.

—Recuerdo lo que pasó con el populacho en el cinco.

—El populacho no es la política. La política son los gobiernos. Nada sabes, ni jamás has sabido de estas cosas —dijo él.

—¿Y tú, sí?

—Oh, mejor dejemos esto. Ya ves a qué conduce.

—¿Y tú, sí? —repitió ella.

Viéndola en esa actitud, desencajada con su tic, la había tomado por los brazos y la encaraba.

—Ni tú, ni nadie me quitará de la cabeza que yo sigo pesando en los conflictos de Rusia —y agregó como si de pronto se le hubiese ocurrido pensarlo—, ¡Y del mundo!

—Precisamente. Eso estoy diciendo yo misma, Nicolás. Tu propio peso es el que nos hundirá. Sin remedio —hizo una pausa y sentenció—. Tu peso, es un peso muerto.

Él se estremeció oyéndola. Tenía la barba completamente mojada de su saliva. Contestó con cólera.

—Resulta que dices que no, pero terminas echándome en cara...

Ella no le dejó proseguir.

—¿Por qué en cara? No, en cara. Digo lo que es. Y digo que siendo así, mejor haríamos encarando todos lo que nos toca vivir con verdad y no en la mentira.

—Alexandra, eres obsesiva. Siempre has tratado de inducirme. ¡Cuántas veces no te complací con gusto sofocando convicciones propias! Pero no en esto. No, principalmente porque ni tú, ni nadie podrían vaticinar con certidumbre lo que habrá de acontecer. No les estoy negando la verdad a mis hijos. Les estoy ahorrando un tormento inútil. Y en todo caso cargándolo sobre mis espaldas, como siento que es mi deber.

—¡Tu deber! ¡Lo que puedas ahorrarles no tendrán donde gastarlo! —se desgarró ella—. Yo soy un ser humano. Lo son ellos. Así no debemos parecer más que muñecos. Y esto quizá en el último trance, ¡una madre con sus hijos!, ¡y una mujer con su marido! Perdiendo nuestra oportunidad de amor, real consolación. ¡Y prosiguiendo, sin nada que ver nosotros, su marcha ineluctable los acontecimientos que nos envuelven! Y cuando el cordero sea sacrificado, ¿qué pasará entonces? ¿Qué habremos de decirnos cada uno en el postrer momento? ¿Qué pasará entoces? ¿En el último instante, qué haré? ¿Qué hablaré? ¿Y con quién? ¡Ni tiempo pare vernos morir, habrá, Nicolás!

La había atraído con fuerza hacia sí, tratando de sofocar su voz, cuidadoso de que pudiese ser oída. Mas ella, si ciertamente sofocada estaba como enloquecida, desbordada.

—¡Fedorovna, calla! ¡Silencio!

—¡Me lastimas! —casi gritó ella.

Él no se había perctado de que le estaba retorciendo los brazos.

—¡Dios mío! —dijo él, soltándola—. Me has hecho perder la cabeza.

—Bueno es.

—¡Qué! ¿Qué dices?

—Que bueno es —una vez más asomó al rostro de la zarina esa sonrisa vaga.

—Me niego a proseguir esta conversación contigo —dijo él, cortante. Y viéndola con intención de insistir—. ¡Te lo ordeno!

Por un momento, ella pensó en proseguir. Allí estaba, lo estaba viendo, el gran zar de toda la Rusia. Estaba frente a ella. Tratando de mantener su equidistancia y su autoridad. Él, que en ese momento apenas si podía sentirse dueño del espacio que ocupaba. Lo vio y por primera vez comprobó y comprendió la magnitud de su pequeñez. Sintió que a su alcance estaba en ese instante hacerlo ver a sí mismo como ella lo veía. Y, cosa extraña, aunque hasta hacía un segundo parecía ese fuera su propósito, ahora, ante la posibilidad de concretarlo, lo eludió. Lentamente se fue deslizando hacia su lecho. Acabó metiéndose en él y se durmió. O eso pareció.

Él, a su vez, devuelta el alma al cuerpo se quedó en vela. Oyó pasos, pero eran del centinela que guardaba las puertas. Gruesas lágrimas rodaban de sus ojos.

Nicolás ardió como un leño reseco. Igual que una lluvia ígnea las imágenes rodaban ante él como lava, quemándolo vivo... Vio a Vladimir, el primer civilizador de Rusia, en lo que era la décima centuria, trayendo de Constantinopla la Iglesia Cristiana. En tiempos de Vladimir se pudieron contar hasta cuatroscientas las iglesias construídas en Kiev, la capital de entonces. Y vio a su sucesor, Yuroslav *el Sabio*, haciendo construir en el mismo estilo de la iglesia santa Sofía de Constantinopla, la iglesia santa Sofía en Kiev. (Andando el tiempo, por 1917 precisamente, las iglesias en toda Rusia sumaban 46.457). Y vio a los mongoles del Khan de China, dos siglos después, arrasando la gran ciudad y exigiendo tributo en todo el territorio. Entonces se creyó llegado el fin. Pero en Novogorod estaba Nevsky, *el vencedor de lo posible y el gran conciliador de lo imposible*..., que gestionó, negoció, transó con los bárbaros. ¿Vendió a Rusia? ¿La salvó? Por centuria y media bajo un yugo soportable, mas yugo al fin, Rusia rindió sus tributos. Hasta que se la disputaron lituanos y polacos. ¡Oh, años disgregantes, escarnecedores del orgullo de raigam-

bre! ¿Pero, quién interpretará jamás los secretos alcances de la Providencia oculta? En 1462, entre tantos postulantes al poder en Rusia, como príncipes había, lo asumió quien se había asimilado la dura lección de esos siglos disolventes. Iván III, abuelo del otro Iván, advino con genes propicios y con ideas unívocas. La primera, de unificación nacional; la segunda, de centralización del Poder. Él le dio por sede Moscú, y por corrupción del nombre de César, a sí mismo el de zar; y la tercera, casarse con Sofía, protegida del Papa Sixto de Roma. Síntesis magnética y profética en su trazo indicativo de un gran imperio, se hizo carne en uno de sus nietos: ¡el fundador de la gran Rusia! *Iván el terrible.* Iván elevó el país a la categoría de potencia y lo dejó sumido en un caos. ¡Ay, enigma indescifrable de la grandeza imperial! Anagrama de esta gran nación que cultiva lo que habrá de devorarla. Y un hombre, uno solo —¡cómo no ser de naturaleza divina!— llevado como un soplo a través de los tiempos, moldeado y endurecido en los siglos, en crisoles, hasta ser forjado en espada de providencia y justicia. Y, he aquí, ¡bendito Iván IV! A los tres años, huérfano de padre; luego de ello, de madre, al parecer envenenada por los boyardos que conspiran por la posesión de la Regencia; luego, asesinado su hermano; encarcelada su nodriza; separado de cuantos podrían prodigarse por él... ¡Las veces que los boyardos en sus concilios conspiradores habrían sondeado, pesado, medido el carácter de esas dos criaturas hermanadas para determinar cual era el más apto de ser manejable! Y decidir en consecuencia cuál debía morir. ¡Y, oh, las veces que el pobre niño aterrado habría contemplado esos rostros inquisitivos, las sombras deslizarse en rincones y corredores! Escuchado los cuchicheos que se prodigaban esos seres siniestros enfundados en sus caftanes. Sufrido esa persecución constante de sentirse siempre espiado. ¡Y cautivo! ¡Cómo no volverse terrible! Y sin dejar de ser tan grande como para no delegar en terceros cuando fue dueño del poder, ¡cómo no perseguir, torturar y hasta matar a los boyardos! Tan grande como para hacer estrangular por un monje al arzobispo metropolitano de Moscú porque discutió los alcances de su poder. Y sin embargo, tampoco olvidó ser piadoso: en 1554, en recuerdo de su victoria sobre los tártaros, hizo construir la iglesia de San Basilio Bendito en la capital. ¡Cuánta paradoja! Quizá parábola... Como en un *film* de Einsestein aún no terminado, las imágenes transcurrían ante sus ojos. Retratos espectrales. Nicolás II se abisma, perplejo... y aterrado. No sabe por qué se siente punzado en el abdomen, como un gran insecto agonizante, estremeciéndose... En tanto lo que había comenzado ígneo y ahora tenía cada

vez más el color del carbón en el postrer reflejo de una lumbre, proseguía rodando... Vio a Pedro *el Grande* construyendo San Petersburgo. Y a Catalina ensanchando el Imperio. Tanta historia. Sucesos. Tantas veces quebrantados y tantas otras anudándose fatalmente para proseguir su destino... Centurias azarosas e inmutables prosiguiendo su senda... ¿hacia quién?, ¡hacia él! ¿Y de él? ¿Hacia dónde? De pronto le pareció ver las paredes lisas y desnudas y el techo plano de la habitación que se hallaba pintada con cal, cubrirse de frescos y ornamentos, abovedarse el techo, arquearse los dinteles, alfombrarse el corredor con ese camino gastado por el que habían transitado de Iván hasta él, todos los zares de Rusia. Y en cada lugar propicio, que lo eran tantos, San Ireneo y San Dionisio, San Juan y San Pedro y decenas más de santos, pintados, adosados en nichos, esculpidos en madera y colocados sobre repisas, mesas, complementando el ambiente de cada estancia, rincón. Dando también ellos, junto con los candelabros de madera, hierro, bronce, según el gusto circunstanciado de quienes ocuparan esas habitaciones en cada época, la unidad de espíritu que reunía a los que habitaban desde hacía siglos, esas paredes del *Kremlin*, viviendo bajo esos techos. Techos a los que si las bóvedas parecían alzarlos, la pesadez y grosor de las paredes que los soportaban lo hacían aplastante. Aunque no, naturalmente, para los espíritus regios habituados a ello. Allí se recogían, en esas estancias maduraban sus planes... Los cepia, los fucsias, los turquesa gastados; sus rosetas de remate y sus molduras doradas y embetunadas de judea, daban el clima. Guardas de flores complicadas como enrejados moriscos, pintadas en las paredes, convergían sobre emblemas, escudos, símbolos regios también pintados. Y sobre pandas de leones o águilas bicéfalas coronadas, con un escudo con San Jorge dando muerte al dragón. Allí mismo, a la luz parpadeante de alguna vela, gustaba Nicolás abrir de noche su *biblia* incunable y leer algún pasaje, sentado en un sillón con plataforma y peldaños, ubicado en un rincón de la sala contigua al dormitorio, antes de dormirse. En esas lecturas sentía reforzarse su fe y su valor, en una actitud que imaginaba idéntica en sus predecesores. ¡Y tanto como le era a él exigido de lo uno y de lo otro! No por las causas políticas públicas y notorias. No. Si bien nada suyo, frustrado y por más que lo procurase, podría ser nunca estrictamente personal, a menos que todo lo fuese y entonces lo demás resultase absolutamente secundario, esto a que ahora aludía, visto de cualquier manera, lo envolvía de un modo absorbente y total. ¡Y Alexandra Federovna! La princesa Alix de Hesse-Darmstadt, alemana de nacimiento, nieta de la reina Victoria de Inglaterra; rebauti-

zada en la ortodoxia Alejandra Federovna, trajo junto con su belleza su misticismo religioso obsesivo, que vaya si halló ambiente favorable para desarrollarse en la corte, y también un mal oculto que padecían los Hesse: hemofilia, que luego de haber permanecido dormido en cuatro gestaciones, despertó y se metió en las venas de Alexis, el aguardado heredero al trono. Producida una hemorragia en el niño, la mala sangre no cesa de manar. Desespera y enloquece de dolor la zarina, arrastrando en su pesar exaltado al no menos trastornado zar y ambos claman a Dios por un milagro. Sus clamores son escuchados. En noviembre de 1905, la criatura contaba dieciséis meses, aparece en escena un religioso rústico e iletrado, mas sagaz, astuto, dominante, de gran talla y mirada hipnótica que logra contener la hemorragia del niño. Desde entonces y hasta el año 1916 en que es asesinado por nobles en la corte, vivió Rasputín en ella dueño del corazón y la mente de la zarina que se sometió a su influjo y a su vez sometió al suyo al zar. Estrago de los caprichos y alucinaciones soberbias resultarían grotescos, si no fuesen trágicos. ¡Durante once años los acontecimientos cimeros de Rusia fueron manejados desde la sombra por arrebatos de inspiración mística elaborados en la imafinación que alimentaba Rasputín! Luego de esto: «¡Flores en Crimea!» Todavía llamó la atención de Nicolás un ícono en un nicho, medio tapado desde la posición en que él lo observaba, por el dosel de la cama matrimonial. La cama se hallaba retirada de la pared y, elevada tras el respaldo, la figura santa. Queriendo precisar de quien se trataba, —debía saberlo porque todo le era familiar— no lo lograba. Y cuando más se empeñaba en distinguirla o memorizarla más difusa se le hacía. Extrañamente y sin transición se olvidó del ícono, estupefacto ante el descubrimiento de que lo que él suponía su lecho de caoba, en realidad fuese un sarcófago descubierto con su tapa colgante...

Casi grita. Algún sonido, no obstante, debió emitir, porque la zarina que parecía dormir se sobresaltó. Nicolás estaba empapado en sudor. Despertó. Las carreras y voces de mando en el patio sin duda anunciaban el alba y el cambio de guardia. Pero contrario a lo corriente oyó los pasos en las habitaciones y ruido de armas. Sus hijos gritaron, gritó su mujer, él mismo.

La ejecución halló su razón en el intento de invasión de un ejército checoslovaco comandado por el almirante blanco Koltchak con intención de restaurar al zar. En momentos en que su avance adquiría grave amenaza, la jerarquía bolchevique ordenó revoluciona-

riamente la matanza de toda la familia imperial, restándole así todo sentido al propósito.

Si algo faltaba a la revolución para que subiese en su tónica dramática y expresase cuan peregrina era la idea sostenida y propiciada en el extranjero por los sectores capitalistas de que en Rusia se podía volver a un régimen intermedio, políticamente hablando, ese hecho tajante, convenció al mundo de que en Rusia se podría seguir sufriendo de hambre y miseria, pero la revolución, por ninguna razón daba un solo paso atrás. En Tobolsk en las márgenes del Irtych, a 250 kilómetros del ferrocarril transiberiano, la noche del 17 de julio se ordenó a la familia imperial que se trasladara a cierto lugar habitual donde solían llevarlos ante presuntas alarmas y allí sin mediar palabra, once tiradores los ultimó. Al príncipe hubo que dispararle un tiro de gracia. Se los cortó en pedazos, se los incineró y sus cenizas fueron arrojadas al viento.

En Moscú, a pesar de que tropas del gobierno ocuparon en previsión de desmanes, arterias, avenidas y plazas, el pueblo, trascendida la noticia ganó las calles. Por radio se repetía, escueta la noticia. Y se recomendaba permanecer en los domicilios y abstenerse de exteriorizaciones

Esos siglos de sometimiento y esclavitud, aventados con esas cenizas, quedaban atrás...

Los acontecimientos y exigencias de la hora dejaron sólo como anécdota el episodio. Y la ciudad volvió a su problemática presente. A su mucho o a su todo sin resolver.

VII

VER Y TOCAR

—Son anarquistas. No soy quien para negarlo. Ni rotular a nadie —decía Makhno a Pedro Archinoff—. Pero ellos responden a un centralismo que no confiesan.

—¿Cómo dices eso?

—¿Podría decirse que no lo advierten? Eso podrían desentrañarlo Kropotkin, Volin o tú... Es como si respondiesen a algo irracional, congénito, anterior a ellos... Como una herencia..., como si la idea les hubiese llegado después. ¡Oh, no pongas esa cara! No les estoy sacando ningún pedazo.

—¿Qué cara pongo? No dices ningún desatino. ¡Vaya si cuesta vencer ciertas tendencias!... Se es concentracionario como se es mandón, irracionalmente.

—Si quieres saber y esta es mi total impresión, muchos compañeros son exitistas... No conciben el mundo fuera de las grandes urbes y solamente hablan, se llenan la boca hablando del movimiento campesino. Pero no lo sienten, no fuera de los enunciados económicos —Makhno se acaloraba—. Prefieren los sindicatos, las fábricas, los millares de obreros, el hallarse todo eso en el mismo centro... ¿Cómo los has llamado tú? ¡Concentracionario! ¡Y no! No digo que no sea lo que dicen, pero su conducta... ¿No es como volverle la espalda al movimiento campesino?

—Por nada del mundo abandonarías tú, tu región para luchar en otra parte, camarada.

—¡No es lo mismo! ¡En mi región todo está caliente! ¡Y por hacer! Pero, hay que verlo. Lo sé. ¡Hay que ir a verlo! —Makhno se paseaba de un lado a otro en la habitación, semejante a un felino encerrado.

Se detuvo—. Aquí siento que ya estoy perdiendo mi tiempo, hermano. En cuanto hable con Lenin, me largo.

—¡Ese sí es un empecinamiento!

—Eso igual que esto otro, Pedro. De no haber venido y haber comprobado por mí mismo como piensan aquí los compañeros, quizá, más tarde, me hubiese reprochado dejármelo pendiente. ¿Cuento con alguien más que mis camaradas de Gulaï-Pole?

Por fin el Kremlin dispuso dar curso a su solicitud. Antes de ser recibido por Lenin, debió pasar por un interrogatorio en que personeros del Comité Central tales como Rycoff y Bujarín se turnaron para sondear a ese joven que no dejó de llamarles la atención por su aire desenvuelto y la firmeza y ambición de su propuesta. ¡Y qué veta oculta! Makhno sentía que lo medían, que lo pasaban de uno a otro sin variante. Si bien parecían interesándose... Así le llegó su día y su hora. Luego de cachearlo prolijamente, lo introdujeron en el despacho del secretario del *Soviet* Supremo. Si bien todo allí estaba regido por la sobriedad, ésta resultaba tan solemne, que se percibía a pesar de la amplitud del gabinete la sensación de haber entrado en un claustro. Ascético. Recinto de monjes ateos. Rodeado de sus personeros que lo asistían de pie, Lenin, con sus ojos penetrantes, levemente irónicos, su rostro agudo y su barbilla, sentado apenas en su sillón tras el amplio escritorio, a la distancia exacta de una perspectiva prudente, parecía dispuesto a saltar sobre su interlocutor, si bien no era esa su intención y muy por el contrario, impostase una impresión de simpatía y afabilidad. Bajo ella se adivinaba al hombre de determinación. (Al hombre «histórico»). Por los largos ventanales se filtraba la luz diurna que iluminaba de una manera singular su semblante. Makhno observó que por momentos y según fuese el giro de la conversación, se recostaba sobre su respaldo sumiendo su figura en una semipenumbra que afilaba su perfil dándole expresiones cambiantes.

Makhno expuso una vez más sus motivos. Fue escuchado con atención. A lo sumo alguna pregunta para que ampliase detalles. Tomaban apuntes. Era indudable que les interesaba esa información brindada por ese campesino. Makhno exponía conciso, concreto. Cuando concluyó, habló Lenin, no sin antes envolver a todos con la mirada.

—Lo hecho, hecho está, camarada. La revolución va para adelante. Usted debe saber de eso, Makhno. No fue fácil tomar el acuerdo de Brest-Litovsk. Pero estaba en juego la suerte de la revolución

en toda Rusia. Debíamos terminar la guerra. Que los generales del *káiser* no respetan las cláusulas firmadas, se desprende de sus denuncias. Desgraciadamente, esto son los gobiernos imperiales. —Y agregó, como si se tratase de una necesidad condicionada—: En un gran lineamiento nacional no todo podrá ser como se ha previsto. Debe haber un margen operacional... —Lenin aprovechaba toda ocasión para traspasar su doctrina—. Entiendo, Makhno, que debemos tratar de entendernos sobre una base de mutua sinceridad... Usted ha dicho lo suyo. Debo decir que mejor sería, para el caso, si usted fuese comunista —sus palabras despertaron un comentario risueño en derredor.

—¿Significa eso, camarada, que supeditaría la defensa de un pueblo por esa diferencia?

—¿Dije tanto? —Lenin volteó a un lado y a otro la cabeza. Se escuchó un comentario de abejorros en derredor.

—¡Yo no tengo ningún prurito de mando, camarada! Se trata de que necesitamos armas y de que tenemos a la gente dispuesta para usarlas. El tiempo es ahora. ¡Para mí y allá, es ahora!

—Lo comprendo, lo comprendo... Comprenda usted, Makhno. ¿Habríamos aceptado el sacrificio de un pueblo por algo menos alto que el destino de la total revolución? La historia no se hace en un día, camarada —sentenció.

—¿Y, hermano? —indagó Archinoff apenas de vuelta de la reunión.

—No he tenido nada que perder —contestó Makhno.

Pero sí. Aunque él de momento no lo supiese, siempre hay algo que perder en entrevistas en que, por anticipado se sabe que nada hay por ganar.

VIII

EL RESCATE

Llegaron noticias de Gulaï-Pole. La esquela fue recibida por Sacha, al fin en libertad. Estaba fechada a primeros de julio y recibida tres semanas después. La firmaba Simon Karetnik.

«Querido hermano —decía la carta—, *desde tu partida estamos en actividad. Batimos zonas y caemos cada vez que la ocasión nos es favorable sobre el enemigo. (Hemos vengado la alevosa muerte de Emelian. Uno por uno, los que participaron en ella, fueron ajusticiados). Todos aquí se comportan con valor y capacidad y todos multiplican su actividad guerrillera. La guardia del* hetman *y los soldados prusianos, si bien prosiguen sus represalias y su saqueo, no las tiene seguramente todas consigo. Aunque se cobran en vidas inocentes y se ensañan con los judíos, la población soporta a pie firme su suerte y se compensa con cada pérdida enemiga. Ésos, que al parecer no tenían en mente el trabajo que le estamos dando, ahora están comprendiendo que les puede costar la vida. Aunque por un lado los pone más furiosos (ciegos) por el otro, lo sabemos cada vez que sorprendemos una partida, les crea un sentimiento de terror porque saben que les va la vida. Pero hay más que eso. No únicamente los viejos compañeros... Otros completaron partidas, incluso más numerosas que la nuestra y baten zonas nuevas como Mariupol y Poltava. Los del* hetman *y los germanos no tienen sosiego (porque no se lo damos) ¡ni se lo daremos! Como ves, camarada, aquí la tierra se mueve. ¿Qué pasa por ahí? ¿Qué de nuestros proyectos y esperanzas? ¿Obtienes algún resultado? Nos urgen armas. Nos urge de todo. (Menos fervor por la causa) ¿Traes cosas contigo? ¿Cuándo regresas? Aquí, como ves, con la aparición de otras fuerzas nuevas comandadas por camaradas, vamos completando el cuadro. (Hace bien pensar que otros están en lo mismo que uno). ¿No? ¡Pero cuánto más falta!*

»Te aguardamos.

»Simón.»

—¡Ya ven! —Makhno estaba con Pedro y Sacha en casa de éste, con el más pequeño de los chicos en brazos—. ¡Ésos andan, cabalgan! ¡Y vamos a a ser millares!

—¿Y con qué armas? ¡Eso están pidiendo! —preguntó Sacha. Y a Mascha, que estaba en la cocina—. ¿Oíste lo del *pogrom*?

—Desgraciadamente, eso no lo podemos evitar, camarada —le salió al paso, Makhno—. Pero no creas que se la llevan todas de arriba... ¿No leíste? Los marcamos a fuego... ¡Y llegará la hora! ¡Y más que eso! Tenemos la gente. Yo la conozco muy bien. Y también esas regiones de las que habla Simón.

Mascha se acercó desde la cocina.

—¡Néstor —le dijo apenas lo vio—, si el niño está todo mojado! —y presurosa se lo quitó.

Los comunistas se ofrecieron a prestarle ayuda para atravesar la frontera. Makhno prefirió no servirse de ellos. A fines de julio salió de Moscú. Tentado por la profusión de propaganda impresa, llenó una valija y así se internó en Ucrania. Con su atuendo de burgués recién planchado, ocupó su lugar en uno de los compartimentos del tren nocturno con destino a Kiev. El pasaje en ese sector de primera clase estaba compuesto de acaudalados, funcionarios, militares y vaya a saber que más. Llegado a Kiev, trasbordó a otro tren que lo conducía por la vía de Kremenchay a su región. En Kremenchay, precisamente, fue abordado en el tren por guardias austro-alemanes y detenido. Llamó la atención del pasaje el procedimiento, dado que nada en ese joven atildado y buen conversador, de bigote levantisco que sabía retorcerse en las puntas afiladas, denunciaba ninguna anomalía.

Néstor Makhno fue llevado a prisión, a disposición de la justicia sumaria de esos tiempos. Se lo arrojó a una celda en compañía de otros presos, la totalidad campesinos que aguardaban resignados su sentencia.

—¡Un burgués! —se asombraron viéndolo.

—No soy lo que piensan —los enfrentó, Makhno—. Soy anarquista —su expresión levantó comentarios de incredulidad.

—Traía propaganda en una valija y me detuvieron.

—¡Dejen al compañero! —intervino uno, autoritario.

Los que rodeaban a Makhno dejaron de acosarlo.

—Si puedo serle útil, camarada... —le dijo en tono confidencial.

—¿Me conoces?

—Usted es Néstor Makhno.

—¿Y de dónde?

—De sus giras. Anduvo por aquí...

—Ustedes, ¿por qué están presos?

—Por escapar de las cuadrillas de trabajo...

—¡Qué será de ustedes! —se alarmó Makhno.

—Nuestra suerte está echada... Aquí no perdonan... No llegaremos a mañana... No hay juicio. El capitán es quien dispone. Compañero, espero que usted pueda salir de esto...

A Makhno se lo llamó a prestar declaración.

—¿Se declara, usted, culpable? —le preguntó un intérprete.

—No.

—¿Tiene algo que alegar en su favor? —volvió a preguntar.

Makhno se volvió hacia el capitán que parecía ausente y lo encaró.

—Sé que me va a fusilar. ¿Qué gana con eso? Póngame precio. Si no muy alto, podré pagar mi rescate.

Después de una vacilación y ante el requerimiento insistente de Makhno, el traductor trasladó al oído del capitán, lo dicho por aquél. De inmediato advirtió Makhno, bajo la mirada con monóculo que lo observó, que su oferta había caído en terreno propicio. Recibió, no obstante, una respuesta airada.

—¡Está hablando a un capitán del ejército imperial!

—Yo quiero pagar por mi vida —insistió Makhno con firmeza—. ¿Está mal que intente salvar mi vida pudiendo hacerlo?

Cuando el capitán recibió la traducción de estas palabras, contestó por sí mismo, en muy buen ruso.

—¡Diga, usted! ¿Cuánto?

—¿Me puedo sentar, *her* capitán?

Así pactó su rescate por una suma considerable que eximió al oficial de escrúpulos y no hizo oposición al requerimiento de Makhno de procurarse un mesanjero personal y disponer de un tiempo, acordado en tres días, para saldar el trato.

Nataán Buryma se llamaba el emisario de Makhno, campesino de la zona, recomendado ex profeso por su compañero de prisión. Luego de una entrevista privada con Makhno, Buryma que creyó que lo llevaban detenido, recobró su ánimo y apenas con tiempo de despedirse de su mujer corrió a la estación a abordar el tren para Gulaï-Pole. Si bien sabía que no llegaría antes del anochecer, el viaje de por sí y el cauteloso deslizarse del tren previendo sabotaje en las vías, más de una vez le hizo pensar si no debió ceder a su primer impulso y venirse a caballo. Lo disuadió la idea de poder ser interceptado cabalgando. Si se estaba jugando la vida de Makhno, temía no menos por la de toda su familia.

Con atraso considerable llegó el tren a la estación de Gulaï-Pole. Descendieron diversos pasajeros, aguardados todos ellos. Buryma, en mitad del andén, no se resolvió a nada por unos instantes. Hubiese querido evitar valerse del salvoconducto que le entregaran en Kremenchay, pero ya estaba llamando la atención parado ahí. Se presentó a la guardia. Le ofrecieron un sitio en un carro que partía hacia el pueblo transportando soldados. Se vio perdido viajando con ellos. Atinó a pedir un caballo. El sargento que lo atendía repasó el papel, lo observó a él y le dijo que aguardase. A Buryma se lo comían los nervios pero supo comportarse. Minutos después cabalgaba hacia las luces que parpadeaban aisladas a los lejos. A las puertas de la población dejó su montura y trató de orientarse en la oscuridad por sus calles, evitando patrullas. Ludwig Blumental había convertido a Gulaï-Pole en cabecera del asentamiento de su cuartel general. A Nataán Buryma su mensaje le escocía en la lengua. Las horas y los minutos le eran preciosos. Descubrió una luz en una *dacha* y se animó. Se acercó sigiloso. Aplicó el oído. Observó por la ventana y pudo ver en la estancia iluminada con un candil, un niño de doce a trece años enfrascado en la lectura de un libro. El niño levantó la cabeza. Vio ese rostro pegado al vidrio. La bocaza de labios achatados se movía tratando de decir algo. Con un gesto el chico le hizo entender que aguardase. Tranquilizó al perro, que estando junto a él, dormitando, se incorporó nervioso. Seguido de éste y con gran cuidado, salió al encuentro de Nataán. Aplicó un dedo a sus labios y le dijo por lo bajo:

—No lo conozco. Usted no es de este lugar.

—Cierto es. Soy de Kremenchay. ¿Conoces a Isidoro Luty? —contestó de igual modo, Buryma.

—Sí que lo conozco.

—Traigo un mensaje para él de parte de Néstor Makhno.

—¿Y cómo viene a parar a mi *dacha*, usted?

—A la tuya o a cualquiera... Eso me dijo Makhno, llegado el caso. Me perdí... ¿Me crees? —aguardó un instante bajo la mirada escudriñante del chico—. Es grave, muchacho —añadió.

—Vamos. Yo lo llevo. Mi nombre es Sergio —le extendió la mano.

—El mío, Buryma. Nataán Buryma —dijo éste, estrechándolo con la suya.

Sin cambiar más palabras, con segura orientación, llegaron frente a la vivienda de Luty.

—¡Esa es! —se la señaló Sergio—. Aquí lo dejo. Debo regresar. Si mi padre despierta... Mejor que no. Mi padre era oficial municipal en tiempo del zar... —dio media vuelta, se arrebujó en su chaqueta y se perdió en la noche, camino de su casa, seguido de su perro.

Nataán se lo quedó mirando. Aspiró hondo. La *dacha* de Luty estaba un tanto alejada de las otras, rodeada de un cerco de tablas. Se encaminó directamente hacia la entrada.

—¡Alto! ¿Quién anda? —escuchó. Se detuvo—. ¿Quién es? ¡Qué hable!

—Soy de Kremenchay. Me llamo Nataán Buryma. Busco a Isidoro Luty.

Se abrió la puerta. Una mano vigorosa lo cogió por el abrigo. Sintió en las costillas la dureza de un cañón de escopeta.

—¿Para que quiere a Luty?

—¿Usted es Luty? Traigo recado de Makhno. ¡Está en prisión en Kremenchay! —se oyó una exclamación ahogada de mujer—. Pero se le puede salvar.

En el interior de la *dacha* todos se habían alarmado. Así la madre de Isidoro, la primera y su mujer, saliendo de la cama medio desnuda, tanto como la *mamucha* de Néstor que fue la que contuvo el grito. Buryma contó todo lo que ya sabemos. Isidoro le hizo repetir una y otra vez el relato hasta asegurarse de que no fuera un fraude. Buryma no cesaba de transitar su historia sin quitar ni agregar un punto.

—Debe creerme, Luty. ¿Qué más puedo decirle? ¡Me va la vida de mi mujer y la de mis hijos! —protestaba.

Isidoro no dejaba de observarlo. Las mujeres eran testigos silenciosas de la escena. El niño de Zelma despertó en su cuna y comenzó a llorar.

—Algo especial debe haberte dicho Makhno... Una palabra, algo... ¿no recuerdas nada, campesino? Fíjate que debo aceptar lo que simplemente dices. ¿No serás un timador? No estaría mal la estratagema. ¿No serás un bandido? Corren tiempos bien difíciles... —Isidoro no había dejado en ningún momento de apuntarlo.

Buryma parecía como si le hubiesen lavado el cerebro. Se atoraba.

—¿Qué me está pidiendo éste? —no cesaba de repetir—. ¿Qué debo recordar? ¡Ah, maldito cerebro de mulo! —y ya con un dejo de tormento en la voz—. ¡Qué debo decir! ¡Dígame! ¡Lo he dicho todo!

—¡Más vale que no!

—¡No me matará! —se arredró Buryma.

—¡Por última vez! Algo especial, una clave, te tiene que haber dado Makhno. Si no te dio el nombre de la persona a quien debo recurrir por esas monedas, debió darte alguna indicación, una seña.

—Seguramente... —masculló Buryma—. ¡Pero, maldito si lo recuerdo! Que no me dio ningún nombre, ¡de eso estoy seguro! Apenas si me dijo y ya dije, ¡él me lo repitió varias veces!, que debían recurrir a «ese que usted sabe», Luty.

—¡Nunca me dijiste eso!

—¡Juro que sí! Lo dije... Me dijo que te dijera, «ve y pide mi rescate a ése que tú sabes» —viendo la cara de alborozo de Luty—. ¡Qué! ¡Es eso! ¿Y no lo dije?

—Discúlpame el mal rato... Sírvanle de comer al camarada. Me esperas aquí. Yo salgo y regreso. No te muevas —observó a Zelma y partió.

La persona que iba a contactar para la perentoria cuestión del rescate no era otro que Zacarías Lipeztein. A una centena de pasos del municipio, convertido en cuartel general de la guardia del *hetman*, se hallaba el comercio y domicilio de Zacarías. Rodeó la puerta de entrada y por una trasera de muy pocos conocida, tocó a la de Fedorovna, el ama de llaves apta para todo servicio, amiga de su madre. Se iluminó su habitación. La oyó protestar. Se preparó para recibir la descarga del caso.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—¡Fedorovna! Soy Luty.

—¿Quién?

—Isidoro, el hijo de Pámela.

—¡Pámela! ¿Qué pasa con tu madre?

—¡Nada! No es por ella que vengo.

—¿A estas horas? ¡Hay que ver! ¿Qué sucede?

—¡Abrame! ¡Es urgente! Necesito hablar con Zacarías.

—¡Con el amo! ¿Ustedes no tienen medida? ¡Regresa mañana! —Federovna, había entreabierto la puerta. Dispuesta a cerrarla, se encontró impedida por Luty—. ¡Si está durmiendo! —se alarmó defendiendo la entrada.

—¡Por favor! ¡Despiértelo! ¡Es cuestión de vida o muerte! —hubo un breve forcejeo. Federovna era voluminosa—. ¡Debe atenderme, Federovna!

—¿Qué pasa, Federovna? —se oyó la voz aguda de Zacarías.

—¡Soy Isidoro Luty!

—¡A esta hora!

—¡Eso le vengo diciendo yo, señor! —corroboró ella.

—¡Vuelve mañana!

—¡No mañana, hoy! —ante el estupor impotente de la sirvienta que no hizo más por impedirlo, Luty atravesó la habitación y se encaró al rellano de la escalinata que conducía al dormitorio del dueño de casa. Éste lo contuvo con un gesto desde la barandilla de su piso. Lucía cómico con su bonete de dormir—. ¡Es por Makhno que vengo! ¡Necesita ayuda de usted!

—¡Ayuda! ¿Qué clase de ayuda? ¡No se le impone a ése los tiempos que corren! ¡Y a tales horas! ¿Me quiere perder?

—¿Me recibe, usted? Tenemos que hablar... En privado.

Zacarías introdujo a su interlocutor en su despacho.

—Y bien. ¿De qué se trata? —se había echado una bata sobre los hombros y desde su asiento escrutaba a Luty que permanecía de pie.

—Makhno está preso y próximo a ser ejecutado —Zacarías acusó el impacto. Súbitamente dejó de repiquetear sus dedos sobre el tablero del escritorio—. Prometen liberarlo si satisfacemos un rescate.

—¡Y eso! ¿Dónde?

—En Kremenchay. Especula con él un oficial germano.

—¿Qué tan oficial?

—Capitán.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Acaba de traerme la información de parte de Makhno un campesino de allí.

—¿Nada escrito? ¿Conoces a ese hombre? ¿Te fías de él?

—Makhno lo envió directamente a mí y le ha dicho que me dijera textualmente, «ve y pídele a ése que tú sabes».

—¡Eso no puede ser cierto! ¡Así no habla Makhno! Eso parece sacado de la *Biblia*. ¡Qué ocurrencia!

—Ya ve, sin embargo así lo alude.

—¡Vamos! ¿No hay más judío que yo en Gulaï-Pole?

—No otro a quien pedirle como a usted.

Zacarías observó la ingenua franqueza de quien lo interpelaba.

—Necesitamos esa suma.

—¡Suma! ¿Qué tanto suma? ¡No saldrás con ningún disparate!

—Diez monedas de oro.

—¡Diez, qué! ¡Diez, qué! —chilló, pareciendo descomponerse—. ¡Eso es una fortuna! ¡No tienes ni noción de lo que pides! ¡No y no!

—Pues eso es lo que está necesitando, Makhno.

—¡No y no! ¡No y no! —como aspas movía sus manos corroborando su negativa. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¡Ustedes no tienen noción de los valores! ¡Y a un simple oficial

alemán! ¿No sabe regatear Néstor Makhno? Sin embargo, ¡aquí sí! ¡Conmigo sí! ¡Jamás me pagó por nada el precio que le pedí! ¡Qué vanidoso! ¡Ningún campesino vale tanto!

—Ese es su precio —machacó Luty.

Hubo un compás de espera en que Zacarías, detenido en su andar, pareció evaluando toda la situación.

Debo pensar... Revisar mis cuentas... ¡Regresa mañana!

—¡No, ya!

El judío lo miró. No vio en ese rostro joven otra cosa que la idea fija de salvar a su amigo. Renunció a seguir farfullando.

—Espera —dijo con voz grave, no exenta de emoción. Y salió.

Federovna apenas si tuvo tiempo de escurrir el bulto del rellano. Pasaron unos minutos, como siglos. Al cabo regresó Zacarías. Estaba muy pálido. Extrajo de un bolsillo de su bata una bolsita de cuero gamuzado y con mano que se resistía a obedecerle, la abrió y contó sobre el escritorio las diez monedas de oro. Volvió a introducirlas y le entregó la bolsita a Luty.

IX

DE REGRESO

Como rebrotados de la propia represión de los guardias del *hetman* y del ejército de ocupación, también en otras zonas formaciones guerrilleras más numerosas recorrían arriba y abajo sus respectivas regiones asestando al enemigo golpes constantes y temerarios. Mas esto solamente, lo sabían, resultaba harto insuficiente en una lucha que tenía un propósito mucho más ambicioso que el de simple resistencia: vencer. ¡Vencer al *hetman* y al ejército! A su regreso, Makhno puso esta preocupación al rojo y sobre el yunque.

—En Moscú han apostado a que la guerra tarde o temprano concluirá. Y con ella la ocupación —dijo—. Mas no crean, no, que no se conduelan allí, y que no comprendan el sacrificio a que ha sido sometida Ucrania y el padecimiento de toda la población campesina y trabajadora. «Pero, hubo que salvar, debimos salvar, antes que todo, la revolución y la dictadura del proletariado...» Esto se me ha dicho allá en todos los tonos y eso es todo lo que les he escuchado decir... ¡Ninguna ayuda nos prestarán de Moscú! Quitemos de nuestras cabezas esta idea ilusoria de ayuda. Pero, ¿se termina ahí el mundo? ¡Al contrario! Despejados de ilusiones ficticias vemos más claro. ¡Al menos yo! Proseguiremos luchando sabiendo que lo que queremos no sólo habremos de lograrlo, ¡deberemos arrancárselo al enemigo! ¡Vez por vez! ¡Cada vez que la ocasión nos sea propicia!

—Sí. ¡Lo que quieras! ¡De acuerdo! Pero y con qué, con qué, Makhno.

—Con arrojo. Con coraje. Apretando los dientes. Haciendo de cuenta que cada arma tomada al enemigo es una parcela más para un campesino, un pan para un hambriento, un nuevo insurgente armado a nuestro lado. Ellos jamás esperarían una acción tan vasta, como la

que tengo en mente. ¡Incendio, devastación y muerte! ¡Esas serán nuestras consignas! Fuego, tierra calcinada en derredor y ellos ante la certeza de estar condenados. ¡Esa es mi propuesta! —a medida que subía el diapasón de su discurso, más palpable él sentía el impulso que trataba de insuflar—. Habremos de ser implacables —decía levantando el pecho, la vista fiera, el gesto cortante—. Verdaderas escuadras de la muerte para los explotadores, enriquecidos, privilegiados, chupa sangre del pueblo, policías del *hetman*, oficiales austro-germanos. Todos ésos deberán saber que permanecer aquí y caer en nuestras manos significa para ellos la muerte sumaria e implacable. ¡Vamos a convertirnos en objeto de verdadero terror, nada comparable a lo puesto en práctica hasta hoy! Esta va a ser la base de la fórmula para el levantamiento de todo el campesinado de Gulaï-Pole, de Berdiansk, Mariupol, Tangarog, Ekaterinoslav, Alexandrov, Melitopol, más todas las regiones aledañas que vamos a influir. ¡Y todas estas fuerzas las voy a juntar!

Kurilenko se plegó con todo su gran cuerpo de insurgentes; Stchuss y Petrenko-Platanoff, que no le iban a la zaga en cuanto a fuerzas de mando, se contaban por millares, hicieron lo propio. Exentos de ambiciones secundarias, convencidos de que Makhno era el hombre indicado para asumir el mando, a él se unieron.

Con el retorno de Makhno y la puesta en práctica de su planificación, en la región se multiplicaron los enfrentamientos. El *hetman* Skoropatsky debió reforzar sus guardias; lo propio ocurrió con el ejército. La reiteración y el volumen de fuerzas empleadas por la guerrilla en sus incursiones, obligó a la comandancia del ejército del sur a pedir refuerzos a Kiev. Sin embargo, la promesa de ese refuerzo, al socaire de otros acontecimientos, fue retaceado y jamás se efectivizó.

Blumental infirió del hecho tanto más un síntoma de descomposición de los mandos, que la importancia que en realidad tenía. Como si él fuese ganado por una abulia, un aburrimiento, un gran cansancio... que hacía extensivo. Y si bien la guerrilla daba golpes y emboscaba, parecía sin duda tener preferencia por la guardia del *hetman* más que por el ejército. Eso terminaba por hacerlo encoger de hombros.

—Cosas entre eslavos. ¡Qué se maten! —se decía.

Ciertamente, si no del todo exacto, eso parecía.

¡En ninguna otra región de Ucrania ocurría nada parecido, organizado y sistemático! Un vasto complot insurreccional se sustanciaba bajo su impotencia por contenerlo. Y todavía así tres meses, hasta octubre, debieron aguardar los makhnovistas para que la visión de Makhno tuviese visos de concreción. Tres meses de cuenta, inmi-

sericorde puja. Tiempo de saqueo y de cobrarse... Tiempo en que todo el esfuerzo comunitario y libertario de la región se encontraba minado, perturbado... No, borrado. Un tiempo en que el proyecto de las obras de regadío, ivernando, aguardaba el tiempo de los frutos... Pero, cuándo, para cuándo. Preguntadlo a Tatiana, a Igor Benda que en la imposibilidad de hacer nada más por la obra, aguardaba el choque que presentía y se había instalado definitivamente en Gulaï-Pole. Y preguntadlo a cada uno, adscrito a la machonvichina en la región...

Los acontecimientos en Ucrania, imposibles de ser totalmente ocultados aunque ese fuese el deseo de los bolcheviques, produjeron la primera detonación recusatoria en Moscú, en la persona del embajador plenipotenciario alemán, conde Mirbach, muerto a tiros en un atentado perpetrado por los socialistas de izquierda. Asunto que, si crítico y meneado, no lo fue tanto como para llevar a términos de ruptura el acuerdo de Brest-Litovsk.

En cambio, otro sí, tanto o más resonante que éste y que atacaba directamente a la jerarquía bolchevique, fue ejecutado contra el jefe de la policía secreta (la *Tcheka*), Moisés Uritzky, en Petrogrado, por un estudiante que vengó la muerte de un amigo, alevosamente asesinado por ese cancerbero. La muerte de Uritzky resultó una doble advertencia: para los jerarcas bolcheviques, que sabiéndose vulnerables resintieron esa muerte y para los opositores del régimen, quinientos doce de los cuales, por disposición del presidente del *Soviet* Supremo, Zinoviev, fueron cazados a mansalva en una noche y pasados por las armas. Este acto inauguró el terror oficial.[1]

El 30 de agosto, la estudiante Dora Kaplan hirió a balazos a Lenin. Cuatro ex ministros del zar y una treintena de oficiales del ejército fueron fusilados como medida precautoria.

El fuego cruzado mantenía en vilo las tensiones... Los ecos de las estampidas percutían imprevisibles... Si incierta resultaba la vida de cada uno, el todo comprendido en ese territorio tan vasto como un mundo tenía su dirección. Y por ella andaba.

---

1 Años después el mismo Zinoiev proclamaría: «El resplandor y la gloria de nuestro partido, derivan enteramente de la *Tcheka*». El 19 de agosto de 1936, Zinoiev, junto con otros doce prominentes inculpados, entre los que figuraban Kamenev, Bakaiev, Smirnov y Evdokimov, fueron encartados por Stalin en un juicio por alta traición y desviación de la revolución. Todos aceptaron los cargos y todos fueron fusilados, salvo Zinoiev, que debió ser ultimado en los calabozos por desmayada flojera. En 1918, Lenin había encarecido a sus camaradas que por ninguna razón terminaran matándose entre sí. Pero ¿hay peor astilla que la del mismo palo?

X

¡AQUÍ ESTAMOS!

Él no tenía más ojos, ni corazón, ni mente que para su gesta. Era algo que nacía de él y se comunicaba a los demás y algo que nacía de los demás y se comunicaba con él. Cada uno de ellos vivía como él ese instante único, intransferible, irrenunciable, absoluto en relación a todas las ataduras que hacen a la vida. En ese instante del pacto, de la apuesta de vencer o morir, cada uno de los millares allí reunidos: Bondaretz, muerto en 1920; Parkhomenko, Zabudko, también muertos; Tcherdnikoff y Popov, fusilados; Koliada, Dovachenko y Buryma, nunca se sabrá que fue de ellos; Krat, Tchumak, Kogan; Simón Karetnik, fusilado; Martchenko, muerto en Poltava en el 21; Belach, de ignorado paradero y Basilio Kurilenko, muerto frente a los rojos; Kalchnicoff, muerto en el 20 contra los rojos y Mikhaleff-Pavlenko y A. Lepetchenko, fusilados e Iván Lepetchenko, cuya suerte se ignora y Sereguín; Sereda, fusilado en el 21 por los rojos; Garcucha, Isidoro Luty, muerto en el 19 y Stchuss... y tantos y tantos y tantos más, hoy presentes. Mañana... Como emisarios de la vida y de la muerte, sobre sus caballos, sus carros, a pie, armados todos, encendida la mirada y el corazón; desplegadas las banderas negras del anarquismo que eran su estandarte. Pactaban ahí, aquí, ahora, su compromiso de sangre colectivo, haciéndolos sentir no obstante uno a cada cual, aunando su voluntad, su decisión, a la voluntad y a la decisión general, para hacerla más compacta, contundente, practicable. Rompiendo desde ese instante todas las ataduras de su vieja vida ordinaria, corriente: padres, hermanos, hijos, mujer, para lanzarse a la vida esencial, la única aceptable cuando los derechos más elementales son desconocidos por la soberbia de los que mandan; humillados por la befa y el escarnio de aceptar la injusticia como condición de

una vida degradada. En cambio, ahora cada cual se alza sabiendo que habrá de dirimir su propia razón de vida en los únicos términos de dignidad aceptables: con su propia vida y su muerte. Y que nada hay por encima de eso.

¡Qué hermosamente, qué bellamente plenos se sentían esos grandes corazones pactando por la vida y ofreciendo el máximo valor de un hombre!

Porque esta no era una suma compulsada; no era carne de cañón reunida y lanzada a los campos de la muerte; no se iba a la guerra declarada desde arriba (si bien sí provocada desde arriba) Y pasada por cedazos tortuosos hasta arrancar por la fuerza al hombre y arrojarlo obligado y aterrado a la batalla; no era la ciega disposición de disparar antes que le disparasen a uno; ni de luchar por razones que no son las propias. Se trataba de algo previamente elegido, consciente, voluntario y fatal para esos temperamentos indómitos y esas mentes esclarecidas. ¡Qué les viniesen a decir políticos, economistas y curas que más ganaban si se mantenían en calma! Ellos no eran soldados, no marchaban al paso y no iban a ninguna guerra. Se iba a una lucha contra la perfidia. Y se iba a instaurar la libertad y a sembrar el pan para todos. ¡Cuidado con esas gentes! Porque no se trataba sólo de rabia y de combatir contra los enemigos; se trataba de un ideario, una concepción de la vida. Y cada uno de estos hombres que ahí y ahora, permanecen aguardando el resultado, es en sí el gérmen de cuanto se propone sembrar...

¡Y por supuesto que espada y fusil en mano! Que no es de esclavos, ni de resignados o acomodaticios el reino de la tierra. ¡Y es de eso de lo que allí se trataba! Y nadie allí eleva preces al cielo y tergiversa o confunde los sentimientos y la mente. Nadie ruega a nadie. ¡A nada! Ni nadie es subalterno de nadie.

Se dirime en la tierra, por la tierra.

Suman doce mil los hombres allí reunidos, venidos de distintas regiones, pertenecientes a distintos cuerpos y en este primer encuentro de confraternización, para sellar la alianza. Y son sus comandantes los que hacen su presentación.

—Sabemos qué queremos y por qué vamos a luchar. Nuestros objetivos son precisos. La mayoría somos campesinos. Conocemos el problema. Y tenemos la solución. ¡En nuestras armas! Con ellas limpiaremos el terreno de alimañas burguesas y reaccionarias: de títeres serviles, como el hetman, del ejército teutón y hasta del rojo,

cuando de éste llegue su momento. ¡Y con nuestra mente! Para afirmar nuestro supremo ideal: la tierra para quien la trabaja —Basilio Kurilenko, con su voz de bajo, golpeando como un badajo cada palabra acababa de sintetizar su pensamiento en esa reunión de comandantes del Ejército Revolucionario. Tenía un brazo recogido a causa de una herida y con el otro se expresaba libremente—. Yo doy mi voto de asentimiento a Néstor Makhno como jefe de todas las fuerzas revolucionarias. Yo y el camarada Volovitchenko, en representación de las fuerzas guerrilleras de Berdiansk y Novospasskova ofrecemos nuestros ¡dos mil quinientos hombres a la lucha para la emancipación del trabajo! —un rumor vivo de voces y un clamor subrayó sus palabras. Sus hombres agitaron armas, gorros y estandartes.

—Pues, amigos —dijo Stchuss—. Debrivka no puede ser menos. Debrivka aporta tres mil hombres aguerridos y fogueados, pertrechados con las armas del *hetman* y del ejército alemán. Y doy fe solemnemente que habrá entre muchos aquí presentes fuerzas iguales, pero no superiores a las de Debrivka. Yo también —y abría los brazos dejándose llevar de sus manazas—, en nombre de todos mis hombres doy el mando supremo a Makhno —sacó su espada, hizo una voluta con ella, la acercó a sus labios y la besó. Luego la volvió a la vaina. Ante el asombro general. Tan absurdos resultaron sus movimientos y tan preciso que resultó el ejercicio—. ¡Ah, creyeron que me podía matar! —concluyó, arrancando risas.

—¿Qué podremos decir los de Grichino? —dijo Petrenko-Platanoff, adelantando un paso su armónica figura y su rostro curtido de barba y bigote castaños. Se paró con sus dos piernas abiertas como en disposición de aguantar una embestida—. Diremos que somos lo que somos. Venimos de Grichino a sumarnos a la makhnovichina. Creemos que formando una sola y poderosa fuerza, habremos de vencer al enemigo. La tierra es para el que la trabaja, de acuerdo. Y el fruto para los que lo necesitan. Grichino se pone al servicio de la causa del trabajo. ¡Con todo su bagaje! —sus hombres hicieron tanto ruido golpeando en sus tatchankas con sus armas que muchos animales se espantaron. Esta demostración se prolongó por varios minutos, contrapunteado por otros.

Luego habló Simón Karetnik.

—Muy honrados nos sentimos los de Gulaï-Pole recibiendo la adhesión de fuerzas que por sí mismas representan un ejército. Muy honrados y muy contentos de saber que la causa de los campesinos tiene tan dignos y, lo supimos por sus hazañas, tan excelentes combatientes. En nombre de tantos hombres veteranos, como los hay en

Gulaï-Pole, les doy la bienvenida a esta primera concentración del Ejército Revolucionario de Campesinos.

Un griterío tremendo seguido de estampidas de armas de fuego, subrayó lo dicho por Karetnik. En el campo abierto esos doce mil hombres, sumando otros contingentes menores pero no menos valiosos, comandados por Tomás Kojin, Klein, Mikhaleff-Pavlenko, Tchumak, vestidos de gris, de blanco, de rojo, verde, negro, con gorro de piel, o de visera, o con turbante, o vincha, del modo que gustasen, heterogéneo, se sentían hermanados. Había fusiles, pistolas, escopetas, espadas, sables, mandobles, cuchillos. Y ametralladoras y algunas piezas de artillería. Y su principal *arma*: caballos, caballos. Ese era su vehículo, lo que les daba su fuerza, carácter, arrogancia. Al presentarse Makhno, cesaron las manifestaciones.

—¡Camaradas! —exclamó.

—¡Camaradas! —replicaron al unísono miles de voces.

—Se me ha honrado con la dirección del Ejército Revolucionario de los Campesinos. Yo no voy a seguir la tradición de los antiguos *zaporogies* rechazando el mandato y aguardando a que se me vuelva a ofrecer. No sea que no lo hagan —dijo, ahuecando la voz. El cónclave prorrumpió en carcajadas—. Esa costumbre arranca del tiempo de los Césares y como sabrán, estaba teñida de hipocresía... Yo, sabiendo que hay tantos compañeros capacitados para el puesto, de modo que desde ya me curo de sentirme imprescindible, me siento capaz, entre los más para ocuparlo. Y es con verdadero orgullo que lo hago —una salva aclamó su expresión—. Aclarada esta puntillosidad personal —nuevas expresiones hilarantes—, pasaré a un punto que considero primordial y que expongo a todos los camaradas —se calló la marejada. El silencio se hizo solo—. Hasta hoy —dijo, volteando su torso a un lado y a otro y abarcando a toda la multitud—, hemos guerreado de un modo libre, si se quiere espontáneo, librado a la capacidad de improvisación de cada uno. Y eso nos ha dado triunfos sobre fuerzas superiores de formación académica, es decir, regimentada y preestablecida. ¡A nosotros no saben por dónde agarrarnos! —volvieron a escucharse risas y aplausos—. Pero, no nos vamos a pasar de listos con nuestras tácticas, ni ellos nos lo van a seguir permitiendo. Enormes contingentes de los guardias del *hetman* ingresan en la región. No tardarán en acudir los del ejército. Sin duda que esos contingentes van a cambiar el curso de la guerra seguida hasta hoy contra nosotros. Y no digo que vayamos a cambiar nuestras tácticas, que por otra parte es lo mejor que sabemos hacer; pero sí, que a eso le vamos a agregar una nueva estrategia, de la máxima importancia y

que será necesario que se haga carne en todos ustedes, camaradas. ¡Escuchen esto! ¡Presten la mayor atención! —podría decirse, en el marcado y repentino silencio, que se hubiese podido escuchar el vuelo de cualquier insecto—. Haremos lo que siempre hemos sabido, pero condicionado a órdenes emanadas de mi estado mayor, que es el que tendrá la visión completa de la situación de la guerra. Esto significa, que nadie, hombre de la tropa o comandante asumirá por su cuenta campañas o persecución que lo distraiga del ordenamiento general. ¡Demando un esfuerzo de autodisciplina! ¡Cuidado! ¡Guardense de diversificaciones caprichosas o personales! ¡Respondan a sus mandos! —sus expresiones levantaron una ola de comentarios. Subían hasta él desde el fondo del barranco en que se asentaba la milicia. Aguardó a que se acallaran. Extrajo su sable. Lo propio hicieron todos en derredor y los miles que los circunvalaban y veían, oían y aguardaban el resultado de la reunión. Un ruido múltiple de aceros saliendo de sus vainas pobló el aire; brillaron las hojas desnudas bajo la luz fría de otoño, se alzaron esos brazos rudos, nerviosos, viriles—. Cualquiera sea nuestra suerte personal —dijo todavía—, una cosa es cierta. ¡Aquí estamos! ¡Viva la Revolución Social! —gritó Makhno.

—¡Viva la Revolución Social! —gritaron miles de voces.

Esos campesinos devenidos en insurrectos, si hallada la proyección de sus anhelos y creciente su disposición en el seno de sus propias partidas, de pronto, en esa conjución adquirieron la absoluta convicción de su envergadura. ¡Verse todos reunidos! El sentirse cada uno flanqueado por miles, todos con idéntica predisposición, aptitud, fijado destino, les dio mayor enjundia, reforzó su certidumbre, los elevó en su concepto, viéndo proyectarse, haciéndoles sentir real su aspiración de convulsionar toda la región. ¡Si apenas hacía unos meses eran sólo un puñado! Habiendo sido actores y testigos, desde los primeros tramos hasta esta concreción, los hacía vislumbrar el futuro con certeza de augurio. Porque veían y palpaban como cundía y se organizaba la insurrección armada. Su obra estaba a la vista. ¡Qué orgullo sentían y qué estimulado el espíritu de emulación! Ardiendo en deseos de probarse junto a sus nuevos compañeros. Y si esto era así entre ellos, ¡qué no decir entre los comandantes! Una cosa era vislumbrar, fraguar, dibujar con la mente una cifra y otra muy distinta estar ante la evidencia de cuanto se había planeado.

Los comandantes, viendo sus propias fracciones sumadas a otras, cobraban pronto total conciencia de que todo lo actuado hasta ese momento no había sido más que un ensayo, un campo de adiestra-

miento, algo en que templar su vigor y su habilidad, para integrarlos, ya probados, en el ejército. La nueva realidad reclamaba una actividad digna. ¡Vaya si lo sabían! Mas ahora surgían interrogantes. ¿Cómo disponer de semejante masa en un teatro de guerra? ¿Y cómo manejar ese ejército sin caer en las prácticas autoritarias y de regimentación, corrientes en todos los demás ejércitos? La probable deformación de sus principios ideológicos anárquicos preocupaba a los jefes insurrectos tanto como el resultado de la lucha que emprendían. Los prevenía el caer en frías consignas de mando su repugnancia natural hacia ellas y el sentimiento de confraternización y relación que los ligaba. De todas las tropas a su mando conocían sus costumbres, formación, ideario. Y muchos entre ellos, tropa y comandantes labraron en el mismo surco. No se trataba de un reclutamiento decretado. Era una fraternidad de raíz, con la plena conciencia de su origen campesino. Esto los protegía de caer en malos hábitos. Si bien, ahora *adscritos a una estrategia general.* No dejaban de observar este punto con recelo. Cierto que no cabía adelantarse y ver como funcionaba en la práctica. Ideas son ideas. En la mecánica anárquica, a diferencia de las demás corrientes, parecería cosa de locos tratándose precisamente del ejército, la mayor preocupación estribaba en que cada participante no perdiese su autonomía y no fuese ¡demasiado obediente! En consecuencia, se tenía el mayor cuidado en no crear un centro emisor de órdenes y otro obligado a cumplirlas. En todos los casos y cualquiera fuese la circunstancia, esas órdenes podían ser revisadas por los afectados de cumplirlas, dado que su obligación no iba nunca más allá de su compromiso voluntario y ejercido *vez* por *vez*, cada vez que se le requería. No tenía ni fecha de entrada, ni de salida. Y sobre nadie pesaba sanción ninguna. Y menos en cuestiones en que habrían de exponer la propia vida.

En ningún momento tuvieron temor los makhnovistas de que esta práctica —tratándose de lo apremiante que resulta todo en un ejército en acción—, pudiese resultar en deterioro de la *coordinación.* Ellos entendían la coordinación no como una disciplina; como un acuerdo voluntario, no como una compulsión. Sobre la base de la confianza recíproca, de abajo a arriba y viceversa y de una autoridad de grado que se circunscribía a la *acción de guerra* propiamente, se fundamentaba toda la «disciplina». Sobre este convenio aparentemente endeble y superfluo, pero respaldado por el mutuo acuerdo voluntario, la responsabilidad y la plena autonomía de que gozaba cada sujeto y que consideraba en su capacidad integral a cada cual, se estructuraba toda la filosofía de este ejército revolucionario. Que lo era

de nacimiento y de formación. Allí se guardaban como de la mordedura de una víbora, el oponerse a la libertad de acción de ninguno de sus integrantes. Y se puede asegurar que esta prerrogativa, jamás fue utilizada en favor de ninguna renuencia.

La otra gran cuestión era manejar con idoneidad un ejército, no ya un contingente. Esa era la responsabilidad de Makhno. ¿Qué sabía al respecto? ¿Tenía experiencia? Mas tampoco él se sintió solo. Las corrientes fluyentes de simpatía y solvencia, sin atisbos de competencia, envidia, recelo, recorrían y nutrían como un plasma vivificante su comando. Él veía y sentía esas presencias orgullosas que lo rodeaban. Formaban un solo cuerpo con él. Cada uno, en sí, una entidad.

—¿Quieres ver de cerca a los míos, Makhno? —le dijo Kurilenko.

—Sí. Después... A todos pasaré revista...

—¿En qué estás pensando, camarada? —le preguntó Martchenko.

—¡En qué! ¡En el ejército! Está reclamando una acción digna.

—¿En qué piensas? —insistió Martchenko.

—¡En que somos doce mil!

—Sí, lo somos.

—Vamos a derle la batalla definitiva al ejército de ocupación.

—¿Cuándo? —preguntó Petrenko.

—Podría decir ya, pero sólo diré, antes que después.

—¿Qué tanto antes? —preguntó Stchuss.

Makhno recorrió con la mirada a todos.

—El tiempo de disponerlo, camaradas. Si nadie cree lo contrario.

—¡Eso ya es hablar! —dijo Belach.

—¡Aquí estamos! —confirmó Karetnik.

—Golpear sobre caliente; eso es bueno —dijo Kalchnikoff.

—Ahí abajo todo es una fragua, Makhno.

—¡Lanza la noticia! ¡Verás el resultado!

—Esto mismo pasaba por mi cabeza, Makhno —dijo Kurilenko—. ¿Cuáles son tus planes?

—Adelantarme. Sorprender. Una fuerza como la nuestra no puede ocultarse. Cuanto antes demos el golpe mayores serán los resultados.

—¡Caramba! —exclamó Sereda.

—¡Qué! ¿Despiertas? —lo encaró Gargucha, haciendo reír.

—¿No será eso meternos en el terreno que ellos mejor disputan?

—No lo creas así, Sereda. No les daremos las mejores oportunidades. No te preocupes... Puedes seguir durmiendo aún —ahora la risa estalló generalizándose—. Salimos a dar la batalla por nuestros

derechos, camaradas —dijo, ya muy seriamente, Makhno—. Este es mi plan —de inmediato pasó a exponerlo. No lo adelantamos, ya que pronto veremos su acción.

Terminada la exposición y ya prontos a integrarse los comandantes a sus mandos, se suscitaron diversos comentarios. Uno atrajo especialmente la atención de Makhno.

—¡Lástima que en Kherson, el jefe de la guerrilla no sea compañero!

—¿Compañero? ¡Ese es un notorio antisemita!

—Seguramente. Si es un ex oficial del zar.

—¡Se dice revolucionario y saca provecho propio!

—¿Hablan ustedes de Grigoriev? —intervino Makhno—. ¡Quisiera cruzármelo! ¡Sáquense a ese hombre de la cabeza, si eso están pensando, para nada en común con nosotros! ¡Ése es un delincuente! Pero no estoy tan seguro de que lo sean los aproximadamente mil hombres que lo siguen. Son casi todos campesinos. Seguramente los tiene engañados o bajo amenaza.

XI

NO SON TÁBANOS

Ludwig Blumental, el coronel comandante de las fuerzas austro-alemanas destacadas en Gulaï-Pole, ignoraba que el destino aciago le había reservado ese terreno nada glorioso como tumba. Su malquerencia por cuanto lo rodeaba, paisaje y gente, le quemaba la sangre como un mal presagio. Con el furor en la entraña viendo malograda su mejor oportunidad en esa latitud anónima, llegado el momento de la batalla decisiva contra los partisanos, faltó la claridad mental para justipreciar con rigor la amenaza que representaba Makhno. Nunca dejó de menospreciar las guerrillas. Eso le impidió pensar en ellas a fondo. En reuniones con su cuerpo de oficiales o con los enviados del *hetman*, siempre asumió una actitud desdeñosa.

—Esos saboteadores jamás darán la cara —solía decir—. Lo que están viendo es todo lo más que pueden y saben. ¿Quisiérais quitaros esa molestia? ¡Quién no! ¿Pero, nos queda algo más por hacer, que lo que hace un caballo cuando le pican los tábanos?

—Mi coronel, es que son interminables... ¡Y cada vez más atrevidos!

—¿Me está pidiendo que vaya a poner en línea mi ejército? ¿Contra quién? ¿Y en dónde? Tranquilice a su *hetman*. ¡Al fin esto es más cosa vuestra que nuestra! Yo no soy ruso. ¡Bastante empacho tengo ya!

Se daba a beber el vino blanco del Rhin, que era su única reminiscencia civilizada satisfecha y lo añoraba si le faltaba... Detestaba el *champagne* ruso. En realidad todo lo ruso le daba acritud. Hasta sus mujeres. Vivía en una castidad monacal plagada de ensoñaciones eróticas referidas a sus blondas alemanas de ojos azules... Despertaba cada vez más tarde. Su condición de coronel «acopiador», lo menosca-

baba a sus propios ojos. La lucha con los insurrectos y sus altibajos los sumaba a su larga lista de lamentaciones y así no sólo se iba deteriorando su imagen, se resentían los mandos de que él era responsable. ¿Pero qué valor tenía para él algo allí, si todo le resultaba un lugar de purga? ¿Y por qué? ¿Quiénes eran verdaderamente sus enemigos? Sospechaba que estaba siendo objeto de una conspiración, una venganza, alguna envidia cuartelera...

Los rumores provenientes de la propia patria en que se decía que presiones políticas internas se oponían a continuar la guerra, fueron el indicio de un quizá muy próximo derrumbe... y que muy bien explicaba la dilación reiterada de la jefatura en Kiev, de enviarle los refuerzos que solicitara oportunamente. Pero, ¿por qué se le había ocultado a él durante tanto tiempo? Llegó a pensar si no lo dejarían a él para el final, enterrado en esas estepas. Transmitió su impaciencia, su malestar y su creciente desconfianza a sus oficiales, contaminándolos de su ansiedad de partida. De esta manera nació y se propagó, incluso en la tropa, esa sensación de falta de sentido para continuar en ese paraje.

En ese estado moral de las fuerzas de ocupación, se produjeron las primeras embestidas makhnovistas. Al contrario de los teutones, la guerrilla se presentaba agrandada, deseosa de un triunfo resonante, un debut auspicioso, un futuro que confirmase su presencia positiva.

Ludwig Blumental acabó de cobrar la dimensión de lo que acontecía cuando fue informado de que los insurgentes atacaban cada vez en formaciones más numerosas y acompañándose de fuego de ametralladoras y de morteros. De inmediato pensó si no se estarían dando al fin, las condiciones para una batalla en regla, que es la consecuencia obligada de cualquier comando si quiere definir una situación.

—¡Les daré su lección! ¡Buen remate! ¡Tendrán lo que se están buscando! —se expresaba.

La cuestión es que esa «situación» no acababa por concretarse nunca. Veía sus desplazamientos, no su dirección. Se hizo la promesa de hacer polvo a esos *mujiks*. Reunió su ejército y salió temerariamente a descubierto. A campearlos. A obligarlos. La formalidad, como una ironía, ridiculizó el intento.

—¡Es que no saben hacer otra cosa! ¡Ya lo sabía! ¡Quieren pero no pueden! ¡Ocultan su artillería en cuanto les presento la mía! ¿No ven? ¡Lo ven! ¡Malditos salvajes! ¡No tienen honor!

No, no lo tenían. No a la manera en que Blumental lo concebía. Provocaban. Tentaban. Eso sí. Y su caballería no cesaba de realizar proezas increíbles. En cuanto localizaban alguna pieza de artillería,

con desprecio de vidas, pero con total lucidez hacían por silenciarla o capturarla. Y los hechos les iban dando la razón... Infligían daño. Los teutones si comenzaron por despreciar esa modalidad por ciega, acabaron por considerarla y temerla. Tratando de contrarrestar la táctica guerrillera, muy a su pesar, al no poder ganarles la iniciativa, debieron ir cediendo a la propuesta y dispersarse, a fuerza de dejar sin réplica golpes y presencias en diversos e importantes sectores que, sin ellos quedaban a merced de la guerrilla. Como contratiempo, no lo fue menos el no acabar de justipreciar jamás la fuerza real con que contaban los sediciosos. Que daban sus golpes y partían por otras... ¿cómo determinar si éstos de hoy, eran o no los mismos de ayer, a cien kilómetros, o los de mañana, en otra dirección?

—¡No dan la cara! ¡No acaban de darnos la cara! —se quejaba.

Si esto era cierto, también lo era que de enjambre de tábanos sueltos ésos se iban convirtiendo en jauría de perros cimarrones cada vez más feroces... Y así también que, detentando la fuerza, no era dueño de su tiempo, ni de dictar las condicones de *su* batalla; que corría por delante. Sin embargo, de pronto cambiaron en un giro de ciento ochenta grados las condiciones. Sus avanzadas descubrieron concentraciones de guerrillas armadas, cada vez más importantes.

—¡Ahí están! ¡Al fin! ¿No lo decía yo, señores oficiales? —enfatizaba Blumental—. ¡Tendrán que ofrecernos batalla! ¡Ahora es la nuestra! ¡Dejan de jugar a la guerra! ¿Pueden simples forajidos contra un ejército en toda la regla?

«No. No pueden». Debería ser la respuesta. No obstante, diversos factores minaban tal certeza. A partir de entonces comenzaron a producirse deserciones entre la tropa, a favor de filtraciones de la información oficial sobre la marcha general de la guerra en la propia patria. No menor fue el resquebrajamiento de la moral general, producido por el atentado del conde Mirbach en Moscú y de otro en Kiev, que le costó la vida al general Eichkorn, uno de los jefes del ejército austro-alemán de ocupación.

El 20 de octubre de 1918, al norte de Gulaï-Pole —la aldea veló toda la noche con el corazón en la boca—, ambas fuerzas se avistaron. Si la de Blumental, magníficamente pertrechada no representaba ninguna incógnita, la de makhno si que lo era para él. Al avistar al enemigo, Makhno envió correos a Kurilenko que aguardaba con la otra mitad del ejército revolucionario a kilómetros del lugar. ¡Menuda sorpresa para los teutones! Pero no menos para la guerrilla

arriesgando al máximo con esta disposición que ponía su paridad por debajo de la de su enemigo...

Para esta *guerra grande*, como Makhno la denominó, además de infantería, la caballería, ametralladoras y batería, Makhno dispuso la incorporación de un arma novísima, de su propia invención, probada en secreto y que hoy se ponía a prueba de fuego. Se trataba de las muy útiles y más sólidas *tatchankas*, tan peculiares en el uso de los trabajos del campo para el transporte de granos, forraje e implementos. Fijando ametralladoras a flejes de hierro atornillados al piso, con tiradores apostados a ambos lados y lanzadas a campo través con dos caballos y un auriga, vomitando fuego por los costados se convertía en un arma mortífera. Si improvisadas, su funcionalidad las hacía temibles. Tenían la virtud de ser livianas, veloces en las manos de esos diestros en caballos y carros, adaptarse a cualquier terreno y de no llamar la atención. Antes bien inducían a confundirlas con el bagaje. Y no faltaban en el ejército de Kurilenko, que comenzaba a movilizarse desde la retaguardia hacia el teatro de la batalla. Makhno contaba con comprometer todas las fuerzas enemigas desde el comienzo, basado en la superioridad armada con que ésta contaba y que, no lo dudaba, la llevaría a intentar «aplastarlo». Y bien que podría resultar eso, y que tratando de sorprender no fuese él el sorprendido.

Cuando la bruma helada de la madrugada comenzó a disolverse y la artillería austro-alemana los descubrió, comenzó a tronar hendiendo el aire con el siniestro silbido de los obuses y las explosiones. Cráteres negros se abrían en la superficie blanca de nieve y escarcha. Se oyeron los gritos de los que fueron alcanzados y yacían heridos desangrándose. El sordo tráfico de hombres y bestias tras las líneas junto a voces de mando, más esporádicos tableteos de metralla, fueron el anuncio de que la batalla se precipitaba. Makhno había dispuesto una primera línea de *tatchankas* y tras ellas, que corrían raudas hacia el frente enemigo, se pertrechaba avanzando su ejército. Imprevistamente, como si el cañoneo los amedrantase, sus aurigas saltaron de sus pescantes dejando abandonados los carros a su espantada. Así mismo, los que los seguían contuvieron su avance y todo ahí pareció ganado por el pánico y la confusión... mas en poco tiempo desaparecieron a la vista de los teutones.

Blumental tuvo motivos de íntima complacencia viendo tanta impericia... y contra el apremio de sus oficiales que lo instaban a aprovechar la circunstancia y perseguirlos, casi por caprichoso espíritu, sabiendo invulnerable su fuerza, tanto como impotente a su enemigo, ordenó silenciar las baterías y aguardar...

—Volverán. No debemos preocuparnos... —dijo, observando con sus anteojos la desbandada—. Volverán como ratas almizcleras... ¡Entonces los cazaremos!

Por su parte, la hueste de Makhno, fiel al libreto preestablecido, cumplía a satisfacción de su comandante el rol asumido para esta primera fase. Si bien, hubo bajas, no fueron las que se temió. Un precio previsto. ¿Habría de ser vano ese sacrificio?

En los dos bandos factores bien diferenciados determinaban su acción. Para Makhno, su maniobra de distración significaba la certeza de la sorpresa cuando arribase Kurilenko. Y la convicción de que volvía a inducir a error al coronel, sobre su capacidad para encarar la batalla. Blumental se confirmaba en la convicción, de la que participaba todo su estado mayor, de que «¿qué podía un conglomerado de aluvión e incuria contra el ejército imperial?» Cualquier general hubiese arribado a esta misma conclusión. Si bien, otro seguramente hubiese ordenado avanzar el ejército al primer síntoma de debilidad en la guerrilla... Ahora, en el epicentro del suceso, apoyado en predicciones, ignorante de lo que se cernía sobre su ejército, Blumental aguardaba confiado...

Makhno no sólo había elaborado su plan de batalla basado en sólidas comprobaciones sobre el total de las fuerzas del enemigo. No había descuidado tampoco analizar la formación ideológica de esos militares. Sabía que no podrían considerar su fuerza como la de un ejército regular. Saltaba a la vista que no lo era. En consecuencia, no podían dejar de subestimarlo. Sabiendo hacer buen uso de esa certeza de apreciación suya, ¿no le daba una ventaja importante, de visión, sobre el enemigo? Makhno siempre recordó este combate. Y siempre se preocupó por situar antes a fondo a quienes debió enfrentar.

Los dos aguardaban. Uno, noticia del ejército de Kurilenko; el otro, ante un campo servido... En este corto impase arribaron los mensajeros de Kurilenko preanunciándolo. Eso aguardaba Makhno para lanzar su fuerza.

La aparición en el campo del ejército campesino, con sus *tatchankas* al frente haciendo de parapeto, daba la medida clara de una temeridad alocada. Blumental los vio venir. Y como a una pieza servida, más allá de lo prudente, inducido por el deseo de cogerlos por entero, en un bloque, aguardó para comprometerlos. Pero, sortilegio de las pugnas, en esa fracción de tiempo aparecieron las ametralladoras disparando desde las *tatchankas* y otra vez, como ya ocurriese cuando viera al «bosque de Birnam» en movimiento, abrirse esa masa de golpe en abánico, no ofrecer ya un blanco preciso y sufrir en carne

propia sus primeras bajas. Entonces dio orden de arrollar. Mas no ya con sobrada certidumbre... El camuflaje de esos carros y esa aptitud para desmembrarse lo alcanzó más allá de una sorpresa. Pero tarde ya para rectificaciones. Todavía no creyendo ni él, ni sus oficiales, que esos campesinos fuesen más allá de un acto diversionista y acabasen huyendo, dispusieron sus fuerzas para cercarlos, abriendo sus alas. Menudo sofoco esta vez sí, de vida o muerte, viéndolos venírseles encima, atacando el corazón de su ejército. El odio que se profesaban tuvo ocasión de desahogar su larga espera. Por un lado, empinado en la arrogancia de una tradición militar ensoberbecida; del otro, en esa juventud valerosa y justiciera que reivindicaba los derechos de su pueblo aherrojado.

Chocaron como dos sandías en sazón, crugiendo, resquebrajándose, saltando en pedazos, hendidos, tiñéndolo todo de rojo en ese primer topetazo. La sangre borbotando en hombres y bestias. Tajo y explosiones cara a cara. En una cinchada de titanes. A ver quien puede más que el otro. Clavando los herrajes en la tierra resbalosa de escarcha abierta como surco. Y sangre. Lucha sorda, puja espantosa de muerte aquí y allá, horripilante griterío de exhalaciones. La extensión se iba cubriendo de cadáveres de hombres y animales; de hombres y bestias heridos que corrían enloquecidos hasta caer extenuados o arrollados en sucesivas oleadas. ¡Qué extraordinario amasijo de vidas entrelazadas a muerte! Tal una maraña inextricable, expresiones terribles, gritos atroces, zumbido de aceros hendiendo el aire como si lo abriesen, golpe sordo atravesando una guerrera, siniestro ruido cercenando una cabeza, mutilando un tronco... ¡Qué espectáculo! Y cada vez más, qué asombro el de los soldados que creyendo enfrentar a forajidos se las estaban viendo con hombres de un amor propio y una entereza sin fisuras.

Pero esto considerado, y a pesar de vender tan cara cada vida, la milicia makhnovista iba cediendo al peso masivo del ejército germano. ¿Cuánto más podía durar esa resistencia? Todos ellos se sabían conjurados, eslabonados, gravitantes en el destino general. «Hasta morir», se decían para sí esos hombres. Y parecían mutados en tigres. Pero también, no menos esos soldados luchando contra «salvajes». Viendo peligrar el equilibrio de la lucha, Makhno se arrojó a la liza seguido de su estado mayor, ya advertido de la proximidad de Kurilenko. Su presencia y ese anuncio voceado reforzó el coraje de la guerrilla empeñada en la batalla. Makhno ordenaba a gritos, asestaba mandobles con su sable y se abría paso en su cabalgadura. ¡Quién capaz de tapar ese rumbo! ¡Quién que se expusiese y no le costase la vida!

Pero al fin, ¡por fin!, la avanzada de Kurilenko invadiendo el campo y tras ella todo su ejército precipitándose a la lucha. ¡Qué decir de la impresión inversa de esa presencia en la batalla en uno y otro campo! Si animando de más fuego a unos, a los otros, cayéndoles como un manto helado.

Blumental, que se congratulaba de haber sacado de sus cuevas a «todas las ratas almizcleras de la región», viendo llegar esas fuerzas que podían ser tantas como las ya comprometidas, pareció perder la razón no pudiendo creer lo que veía, como si se tratase de un ejército fantasma, producto de su mente anonadada... Como relámpagos entre destellos vio su larga penuria de oficial desplazado, abortando. En un arrebato que sólo sirvió para mostrar al desnudo su quebranto, intentó convocar a la lucha hasta vencer o morir. Pero sus tropas tomadas de impronta, sesgadas por ese refuerzo aplastante, se le adelantaron comenzando a rendirse. Sintiendo el peso de la fatalidad cerniéndolo, Blumental se lanzó, montado, con intención de rehacer, impulsar... Nadie lo acompañó. Dejaron que se matara solo.

Como un condón usado, decreció la infundada arrogancia y la razón de lucha de la división germana. Era de ver a esos empenachados, la cabeza volcada, el ánimo doblegado, la mirada huidiza, insanablemente fundidos, desmontando, entregando sus armas, sometiéndose a las condiciones que imponían los insurgentes. A diferencia, éstos mostraban su lozanía triunfal, desbordaban su certeza, obraban sin complejos y reducían a ruina, escombros, a ese ejército imperial hasta ayer cancerbero de esos pueblos, tan soberbio como ahora humillado. Procediendo a desarticularlo de inmediato, ultimaron en el mismo campo a todos los oficiales, y así mismo a los notorios verdugos de la soldadesca. Y a algunos que con un cinismo proverbial pretendían rechazar el proceder sumario de la guerrilla, reclamando tribunales en regla para que los juzgaran, les contestaban sin apelación que «habiendo sido intrusos y desconocido el mínimo derecho de esos pueblos, si bien respondiendo a órdenes superiores no emanadas de ellos mismos, se cumplía la justicia revolucionaria en ellos, por resultar prácticamente imposible alcanzar a sus mandantes y por ser ellos sus representantes y su brazo armado». Y esto debió bastarles: como epitafio.

Y por si algún inculpado se hubiese sustraído a la justicia, faltaba todavía la revista de los hombres, mujeres y niños de Gulaï-Pole que invadieron el campo con el último disparo y no cesaban de pasar y repasar, acusadores, no dejando de lado a ninguno que tuviese que pagar agravios. «Para la memoria». Los de la soldadesca, viéndose

puestos en la balanza de la vida y de la muerte por cada uno que lo auscultaba, ¡cuántas veces sintieron morir y revivir! ¡Qué escarmiento! ¡Y qué cuando debieron pagar por judías violadas y judíos exterminados! Los golpes de furca cercenando cabezas o los disparos en la nuca, si pusieron una nota más, tétrica en ese osario, mostraba a la vez en su severidad implacable, la justicia del pueblo contra los que ejercieron su martirio.

Hecha la justicia, enterrados los muertos, retirados los heridos, restaba resolver cómo disponer de los miles de prisioneros. Se resolvió dejarlos en libertad. Además por razones de principio que repudiaban campos de concentración, privaban otras, esta vez, de «pueblo a pueblo». ¿Eran otra cosa que pueblo esos soldados?

En igualdad de condiciones, si acaso hubiesen sido los makhnovistas los vencidos, no ignoraban que hubiesen sido todos pasados a filo. En largas caravanas camino de Kremenchay, qué distinto su aspecto del porte que trajeron cuando se asentaron en la región.

XII

HISTORIA PARALELA

Ya había llamado la atención de los *kulaks* y agrarios ricos el hecho de que cuando todos ellos se vieron en la necesidad de huir de la población en la época de la expropiación, Zacarías Lipeztein se quedara sin tener que lamentar mayores pérdidas en su comercio. Cierto que su negocio era bien distinto y su habilidad para negociar proverbial, pero ya por entonces se sospechó de su connivencia con Makhno. Bastante tenía cada cual con el arreglo de asuntos propios como para encararse con él sin pruebas concluyentes, pero Mateo Obermülher y Rudolf Ackermann, los *kulaks* alemanes que de largo le tenían ojeriza, decidieron apenas vueltos a la región, presentar su inquietud denunciándolo al coronel Blumental. Le dijeron estar seguros de que Zacarías había pagado un rescate por Makhno. El coronel se negó a seguir escuchándolos.

—Si fuéseis rusos y no alemanes creería que de ex profeso me estaríais induciendo a crearme conflictos. ¡Qué imbéciles sois! ¿Pretendéis que inicie una investigación que implica a un oficial del ejército imperial por soborno? ¿Quién os calentó la cabeza? ¿Faltan problemas? ¡Y problemas judíos!

Si entonces los *kulaks* salieron escaldados peor que perros, no dejaron de pensar lo que pensaban, ni de que el coronel, protegiendo a Zacarías, no hacía otra cosa que proteger sus partidas de vino del Rhin con las que aquel lo proveía. Ahora volvían a pensar en él, si bien con otro propósito.

Si Gulaï-Pole estalló de júbilo por el triunfo del ejército revolucionario, nada de esto vivió el bando de los *kulaks* y agrarios que, seguros de que la guerrilla iba a ser destrozada en el enfrentamiento,

aguardaron hasta el último momento un resultado que, contra toda predicción, ya sabemos, les fue adverso. Así quedaron atrapados; cogidos en su trampa. Ganados por el pánico muchos se pegaron un tiro o se ahorcaron en sus predios y mansiones. Y otros hallaron los caminos cortados en su intento de huir. Obermülher y Ackermann a diferencia, no se lanzaron a tontas y a locas. Prefirieron ir en busca de Zacarías y procurarse de él un salvoconducto que les permitiese escapar, seguros de obtenerlo. Si cierta era su vinculación con Makhno —y más valiese que lo fuera—, él sabría de algún medio para hacerlo. En esa inteligencia, armados con revolver, corriendo los riesgos de un trayecto plagado de peligro, temiendo a cada paso ser reconocidos y llevados a la picota, se fueron hacia el almacén.

—¿Y si no lo encontramos? —dijo Ackermann.

—¡Más vale que sí! —se persignó Obermülher.

La puerta del comercio estaba cerrada con candado. A través de una de las persianas descubrieron a Zacarías trajinando en el interior. Pareció volviéndoles el alma al cuerpo. Con creciente alarma veían como iba abigarrándose de gente la calle. Y la gritería.

—¡Fíjate! Acomodando su mercancía...

—¡Para él no hay tiempo malo!

—¿No será que para él, comienzan recién los mejores?

Mateo golpeó con insistencia, una y otra vez, con el puño de su bastón la puerta. La algarabía de la multitud llenando la plaza del municipio los ignoraba. Zacarías observó desde dentro quien golpeaba. Mucho le sorprendió ver a la pareja.

—¡Amo, no abra! ¡No abra! ¡Quien quiera que sea! —lo previno Fedorovna. Arreciaron los golpes. Se oyó llamar por su nombre. Les hizo seña de que rodeasen el almacén y entrasen por detrás. A Fedorovna le indicó que les abriese. Rezongando ésta obedeció, yendo a franquearles el paso.

—¡Zacarías, nuestras vidas corren peligro! ¡Venció el ejército campesino! —dijeron a una los dos—. ¡Estamos queriendo salvar nuestras vidas!

—¡Vuestras vidas corren peligro!

—¡Y la tuya! ¿No corre peligro la tuya? —los dos se estaban ahí, como dogos, sin quitarle ojo de encima.

—¡Quién puede estar del todo seguro como están los tiempos!

—Tú, lo pareces...

—Tú acomodas tu mercancía... ¿No te pasa por la mente que hoy, mañana puedas perderlo todo?

El tono y la actitud de ambos no pasó inadvertido a Zacarías. Tuvo un vago presentimiento. Intentó una salida... Obermülher le cortó el paso cruzándole el bastón en el pecho.

—¡No te quedas en un sitio! ¡Te dijimos que se trata de nuestras vidas! ¿Qué puedes hacer por nosotros?

—¡Yo!

—¡Queremos salir de Gulaï-Pole! ¡Tú tendrás un salvoconducto! ¡Sabemos de lo tuyo con Makhno! —Obermülher lo atrajo hacia sí. Tenía el rostro congestionado y sudoroso—. ¡No te pases de listo! ¡Tú has prestado tu dinero para el rescate de Makhno! ¡Haz lo que te pedimos si aprecias en algo tu vida, judío!

Como una estampilla vuelta de revés empalideció Zacarías. Federovna comenzó a chillar y volcó una estantería llena de implementos con gran estrépito. Rudolf Ackermann sacó su arma, algo intentó Zacarías y a punto de soltársele a Obermülher, recibió de éste en la cabeza, un golpe brutal con la empuñadura de su bastón. Zacarías cayó abatido como un gorrión. Por los ojos y la boca comenzó a brotarle sangre.

—¿Qué has hecho, Mateo?

—¡Hecho está! —dijo éste lanzándose en persecución de Fedorovna que comenzó a gritar y alarmar pidiendo auxilio y volcando estanterías y escaparates aquí y allá, buscando por dónde escapar. El estrépito de vitrinas y vidrios rotos era colosal. Se alarmaron los *kulaks* temiendo que terminara llamando la atención de los que transitaban la acera en las inmediaciones y optaron por fugarse, dejando el crimen a sus espaldas.

Y a la Fedorovna, que salió a la calle y atrajo con sus voces. Los que partieron en busca de los *kulaks*, primero a sus propias fincas, hallaron a sus familias desesperadas no sabiendo dar razón de ellos. La Osimova, despavorida se retorcía las manos... Los cadáveres de Ackermann y Obermülher fueron encontrados días después en lo profundo de un barranco, flanqueados por sus respectivas cabezas ensartadas en picas.

XIII

UN PÁJARO DISPUESTO A VOLAR

El *hetman* Skoropadsky, viviendo quizá como nadie el fin de su estancia, tan efímera como cruenta, alarmado por las noticias del extranjero que premonizaban la rendición de Alemania y el fin de la guerra, situación que advertía en la ansiedad y el nerviosismo del estado mayor imperial estacionado en Kiev, no se aferraba —«la vida es la vida», solía decir—, antes bien, no pensaba en más que concluir su mandato. Que le había dado honores, prebendas, satisfacciones. No para él menores, el haber reunido en su corte a tantos nobles rusos de viejo cuño y haber compartido con ellos esta suerte de refloración rememorativa... Flores nauseosas de un último verano. Una suerte de ficción encalada como de un sueño de opio del que debían despertar para regresar al infierno... ¡La noticia de la derrota del ejército imperial en Gulaï-Pole! Inconcebible por su magnitud. ¡Y por mano del campesinado! ¡En consecuencia, todo abandonado a su destino por las fuerzas imperiales en Kiev! El hecho, como un signo de mal agüero, clavó espolones de premura en el ejército, por salir de allí. ¡Qué si habrían de verse envueltos en un levantamiento popular y masivo! La caída de ese bastión del sur, justamente en esa zona plagada de riesgos y en la que no cabía razonamiento ni negociaciones y todo se resolvía a matar y morir y hasta donde lo alcanzaron la sombra de esas hordas y el rumor de sus cascos, le puso a Skoropadsky escorpiones en su determinación de abandonar el puesto. Temió —¡y cuánto!— que la descomposición se anticipara precipitándose con la propagación de la subversión. Y aunque despachó fuerzas a esa región, la desmoralización general que cundía entre la guardia y su resistencia a apartarse de sus mandos en Kiev, no le permitió abrigar ilusiones de contención. Por lo demás, sabía que los austro-alemanes se retirarían

sin ningún miramiento en cuanto recibiesen sus órdenes. Y eso lo sabía inminente.

Pero él, vislumbrando la posibilidad de proteger sus espaldas, echó mano de un ilustre prisionero, conservado desde la primera hora por razones políticas y por idénticas razones vuelto a resurgir. Se trataba de Simón Petlura.

«Los tiempos son los tiempos...», se dijo. Sin hacerle sufrir las penurias de un calabozo penitencirio con cadenas, lo fue menguando de sus rigores hasta convertirlo en un huesped... extrañado. «Un reino no es tal si no guarda en prisión alguna leyenda», contestaba en su tiempo a los que le requerían por Simón.

De manera que hizo comparecer a Petliura.

—Quiero que sepa que nunca, jamás, tuve nada particular contra usted. Razones circunstanciales de política me obligaron a mantenerlo en prisión. Hoy, esas razones carecen ya de vigencia y vuelve a tenerla usted... El mundo se mueve... Simón Petliura, está en libertad. Aquí tiene mis órdenes firmadas. A partir de este momento usted dispone de sus acciones.

Al oírle comunicar su excarcelación, Simón Petliura no pudo dejar de emocionarse vivamente. Ya había presentido al penetrar en palacio que algo excepcional para él había de acontecer. Sintiéndose invadir por la idea de que volvía a ser Director. El anuncio del *hetman*, volviéndolo al primer plano de los sucesos, si aguardado, si molido en sus meses de prisión, ahora le ahogó la garganta, dejándole apenas un hilo para proferir una frase de agradecimiento audible.

—¡Qué delicado y qué temperamental! —no pudo menos de apreciarlo Skoropadsky. Le dio tiempo a que se recompusiera—. Y bien, Simón Petliura, ¿qué piensa hacer a partir de este momento? ¿Cuáles son sus planes? —Petliura le observó un poco sorprendido. No estaba preparado para semejante cuestionario. «¿No iba muy lejos el *hetman*? ¿Lo liberaba o no? ¿Condicionaba su libertad?»—. ¡Oh, sin cuidado, Petliura! —dijo el *hetman* como si leyese su pensamiento—. Quizá, todavía, pueda serle yo de alguna ayuda. ¿Volverá a proclamar la República de Ucrania? Ekaterinoslav es un punto clave. Yo cuento ahí con reservas y pertrechos que podría usted aprovechar si se acantona en la ciudad. Buena mira desde ahí hacia Kiev. ¡Me gustaría tanto poder hacer algo por mis amigos de aquí! *Noblesse oblige*. Porque... —se ensombreció el *hetman*—, debe saber: en cuanto abandonemos Ucrania, yo y las fuerzas del ejército de ocupación, los bolcheviques se van a echar como dueños y señores sobre el país.

—Lo sé.

—¿Cómo se para eso?

—Necesito de fuerzas... Si pudiese recibir apoyo... —Petliura se contuvo.

—¡Por favor! ¡Diga lo que piensa! —Skoropadsky se encaramaba en su sillón irguiéndose todo lo más ante ese hombre enorme lleno de aprensiones— ¡Si puedo serle útil! ¡Aprovéchese, Petliura!

—Yo soy eminentemente político... Me veo obligado a guerrear... Querría que mis ideas... Me pongo en vuestras manos, excelencia —se resolvió, mirando antes a un lado y otro—. ¿Podría ser —dijo—, que los alemanes dejen algo de su bagaje y sus armas aquí?

—¡Qué dice! ¡Qué dice! ¡Hombre! ¡No es poco lo que dice! —Skoropadsky, como accionado por un resorte se repantingaba en cada expresión, protegiéndose de una realidad incompatible—. ¡No! ¡Eso no! ¡No me atrevería a tratarlo! ¡Ni aún en caso de que yo me quedase! ¡Y menos desarmarlos en Ucrania! Hubo cosas aquí... No he podido pararlo todo —se había levantado y caminaba nerviosamente a un lado y se volvía—. Yo voy a decirle algo muy privado, Petliura. Si puedo, me largo antes que los generales. Como debe usted saber, no solamente están los bolcheviques, quedan las guerrillas. ¡Con ésos no hay trato! Esos son salvajes e incultos. Son tan peores que malos. Engreídos de ser lo que son. Acuchillan sin piedad por un pienso. No hay peor burro que el que no quiere a su amo. ¡Y ésos no nos quieren! No, no nos quieren —se repitió reflexivo, quizá resignado—. Pronto, aquí todo va a ser un vendaval. Únicamente usted, Petliura, en nombre del orden constituido, con sus fuerzas y el apoyo de las fuerzas vivas puede restablecer el equilibrio que reclama el país. Ni tan a la derecha, ni tan a la izquierda. Yo le prometo que las armas que posee la guardia del *hetman* en Ekaterinoslav serán para usted —le observó—. Tranquiliza mi conciencia saber que usted va a ser el primero aquí, luego de mi partida.

—¡Lo seré!

Se dieron la mano, se abrazaron y se besaron. El *hetman* agitó una campanilla. Aparecieron dos *ujieres* que cubrieron a Petliura con un capote y un sombrero paisano. Con el salvoconducto del *hetman* en el bolsillo salió del palacio.

XIV

LA ESCALADA

Lo que habían experimentado en el campo de batalla derrotando a esa fuerza poderosa, rindiéndola, no era nada comparado con la evidencia de ver a esas mismas tropas demoradas en el despeje del lugar, tan desmoralizadas y ruinosas. Si bien, la derrota signaba el ánimo de esos soldados, algo más, absolutamente de ellos, se ponía en evidencia. Era la superficialidad de su lustre, lo presunto de su temple, la tan mentada denominación de «escuadra de hierro». ¡Qué hierro! Apenas si eran hombres. Y despojados de su aparatosidad uniformada, arrastrando la penuria de los despojos que el pueblo en su necesidad de proveerse y no menos los makhnovistas les habían dejado, apenas un montón de astrosos que primero deambularon por la zona como aturdidos, sin brújula, para luego lentamente, enfilar hacia el norte, pegados a las vías del tren. Verlos tan mortalmente fundidos dio a los insurrectos la medida de que por muy armadas y aparatosas que apareciesen las fuerzas que les tocase enfrentar, el estar fuera de toda convicción fundada y profunda, de toda razón y derecho, simplemente mecanizadas, las convertía en altamente vulnerables.

—Fíjense a lo que quedan reducidos cuando les quitas el empaque.

—Parecen soldados de plomo, derretidos y despintados.

—¿No haríamos igual papel si nos hubiese tocado perder?

—¡No! Nosotros jamás estaremos «recién pintados».

—¿Ni los domingos? —la contestación hizo reír.

—¿Dependemos nosotros de un triunfo o una derrota? ¿No te sostienen a ti las ideas?

—¡Quién piensa en derrota! ¡Cara de velador!

El estado mayor del ejército revolucionario, por su parte, sacaba sus propias conclusiones. El triunfo sobre una fuerza tan poderosa

les había dado la conciencia integral de su valía. Si por un momento quedaron perplejos ante su propia hazaña, muy pronto abandonaron la cotemplación para pasar a los apremios de una actividad que ya, viendo despejado el terreno les planteaba nuevas empresas.

—¿Y ahora que? —perentoria, surgió de muchos esta pregunta.

Liquidado Blumental y su ejército, desbrozada la zona de todos los que con espíritu de revancha —acaudalados, *kulaks*, nobles, burócratas— habían regresado a Gulaï-Pole y a la región, los makhnovistas se encontraron dueños absolutos de la tierra que habitaban. Y si cierto era que lo habían programado todo a propósito de la lucha armada, ¿ahora qué? ¿Qué sabían de vivir en libertad? ¿Qué de vivir sin presión, sin sentirse hostigados? ¿Y qué de moverse de aquí para allá a su gusto, de poder disponer de su tiempo y hasta de holgar sin temor a puniciones ni amenazas? Si cierto era que ya habían tenido *su tiempo* antes de la llegada de los teutones, entonces se sentían vulnerables, construyendo un sueño en el aire... En cambio ahora, un ejército propio respaldaba su propósito. ¡Qué fuerza, su fuerza, engrosada con el armamento despojado al enemigo!

Comenzaron paseando en sus cabalgaduras por la zona, en completa libertad, hasta acabar de comprender que más allá y más allá la tierra aguardaba... Y primero con cautela, luego y a medida que avanzaban, contagiados de esa grandeza y esa inmensidad de estepas que parecía invitándolos a transitarla... Ellos avanzando y la tierra ancha abrazándolos, desnudos sus pezones y ellos prendidos chupeteando... En diez direcciones distintas, en un movimiento natural de expansión echaron a galopar sus cabalgaduras, a rodar sus carros. Pasaban destruyendo batallones y los puestos enemigos que encontraban. Liberando poblados, aldeas, ciudades. Resultaban imparables. Recorrieron cientos de kilómetros. Lo que había comenzado en un simple movimiento traslativo se había convertido en una escalada espontánea y formidable. ¡Hasta ahí imparable! Pero que en el reverso, como contrapartida dilataba en exceso sus líneas alejándolas de sus puntos de sustentación. Y concluyó (¿sí o no?) poniendo en peligro la propia preservación del ejército campesino. Lo que no había ocurrido en ningún momento de la guerra reciente —que por su cuenta una fracción tomase la iniciativa—, se produjo ahora. Mucho debió esforzarse Makhno por devolver ese desborde a su cauce. Debió despachar partidas y partidas en procura de los más alejados.

—¡Por qué detenernos! ¡La tierra está servida! —decían los avanzados.

—¡Estamos liberando pueblos!

—¡Adónde van! ¡Makhno ordena que se detengan!

—¡La tierra y los pueblos nos esperan!

La tentación era enorme. Ponía dardos ardientes en los espíritus. Todo lo que representaba la vieja estructura saltaba en pedazos en cuanto chocaba con ellos. A su paso los pueblos se redimían y parecía como si la aldea siguiente clamase por ellos. ¡Un pezón! ¡Y otro pezón! ¿Hasta dónde?

Makhno sacó de esta escalada su propia conclusión. Comprobó que así como doce mil hombres eran una masa importante y configuraban un ejército, no alcanzaban no obstante a ser suficientes para proyectar la *makhnovichina*. ¿Cuántos más harían falta?

El estado mayor alemán, atacado de parálisis por la guerra en Europa, ambivalente, no se decidió a enviar un nuevo ejército al sur de Ucrania. La pérdida de la división, bajo sospecha de que lo fuera en razón de una notoria felonía bolchevique (no aceptaban que pudiese ser la consecuencia de un levantamiento campesino) les quedó en las cuentas sin cobrar. La situación mundial los previno de caer en la puerilidad de recoger ese desafío en esa perdida latitud. Prefirieron, en cambio, no desguarnecerse ellos mismos. En consecuencia, achicaron espacio replegando efectivos y cediendo terreno a las avanzadas de Makhno. Éste, ya lo hemos comprobado, temiendo extender en demasía sus líneas detuvo el avance fogoso y descontrolado de sus fuerzas. Así resultó que por una causa u otra, retrotrayendo los austro-alemanes, parados a medio camino los de Makhno, Ekaterinoslav y una amplia faja que iba de Sinelnikovo a Nikopol quedaran libradas como tierra de nadie.

Petliura, aprovechándose de esa circunstancia y consciente de que sus posibilidades se jugaban contra reloj, reagrupó sus huestes separatistas y se hizo fuerte en Ekaterinoslav con el aditamento de las armas y pertrechos ofrecidos por el *hetman*. Inexpugnable la ciudad en la ribera del Dnieper, Petliura fortaleció los otros puntos y prácticamente se encerró, aguardando los acontecimientos. Estando a medio camino de Kiev, vislumbró su tiempo para cuando abandonasen la ciudad los germanos. A la guerrilla no la consideró un obstáculo insalvable. Siempre entendió que tratándose de campesinos, de algún modo iba a alcanzar acuerdo con ellos. ¿No tenía reclutados en sus propias filas a miles?

Las cosas resultaron tal cual las había previsto Skoropadsky. Las tropas enviadas al sur más por compromiso que por convicción,

fueron rechazadas, diezmadas y, en muchos casos, los mismos soldados se entregaban negándose a combatir. Estos hechos alentaban cada vez más a los insurrectos, haciéndoles pensar que el ejército de ocupación y la guardia del *hetman* se hallaban en situación inminente de colapso

Makhno ocupó y liberó las estaciones de Tchaplino, Grichino, Sinelnikovo y la ciudad de Paulograd. Y se dirigió hacia el oeste en dirección a Ekaterinoslav, la ciudad clave, el pivote para cualquier intento de avance desde el sur. Eso lo sabía muy bien Skoropadsky. Por eso había propuesto Ekaterinoslav a Petliura. Para muro de contención. Los de Makhno hubieron de detenerse frente a esa fortaleza, obligados por sus defensas. Resolvieron acampar en las inmediaciones. Eligieron la localidad de Nijne-Dnieprovck, un suburbio de Ekaterinoslav. Y sin llegar a ponerle sitio a la ciudad, allí se estaban, como pandilla relamiéndose...

Petliura no se hallaba en la ciudad. Se encontraba recorriendo esa amplia faja de terreno rendida de que disponía, organizando otras fuerzas. Los suyos de la ciudad, renuentes a tomar iniciativas beligerantes contra fuerzas campesinas, para sorpresa de los insurrectos, concibieron la idea de parlamentar con ellos intentando sumarlos a sus fuerzas, sin más señuelo que su promesa de «trabajo reconocido por ley y mejor remunerado» que tantos resultados ya les había dado, precisamente entre los paisanos.

—Nada perdemos. Parlamentemos. ¿Tenemos algo mejor que hacer? —dijo Makhno—. Pero, ¡cuánto me gustaría darles una sorpresa!

Entretanto, por ver a sus familias los oriundos de Ekaterinoslav, otros por curiosidad, ganas de paseo, aprovechando el tren suburbano que pasando por Nijne-Dnieprovck desembocaba en la ciudad transportando pasajeros, en su mayoría trabajadores, se valían de ese medio para allegarse y recorrerla. Por ellos logró reunir Makhno, la primera información fehaciente de cuanto ocurría en la urbe. Como resultado ideó un plan que expuso a sus comandantes.

—La cuestión es simple. Tan simple como la que dio origen al caballo de Troya. ¿Conocen esa historia? No presumo. Le debo el conocimiento a Archinoff, que me la contó en la cárcel, mientras yo le quitaba las pulgas. ¡Qué hubiese sido de mi cultura sin la suya! Pues bien, ese era un caballo enorme, de madera, hueco por dentro, que construyeron los griegos para regalárselo a los troyanos. Éstos tenían su ciudad fortificada e inexpugnable. Dentro de ese caballo, que se debió transportar montado en una plataforma con ruedas, se encontraban escondidos decenas de guerreros que una vez introducidos

con el presente griego, salieron del interior mientras la ciudad dormía y abrieron las puertas fortificadas. Por ella penetraron los que montaban el sitio. Así tomaron Troya —su exposición levantó como estampida la atención de todos—. Eso fue entonces, ahora, ahora no tendremos caballo de madera pero sí un tren. ¡El tren será nuestro caballo de Troya!

Se dispuso que cuatro comandantes tomaran el tren de la ciudad y observasen en ella, ya con carácter técnico de espionaje el trazado de su defensa. Montaron en tren Kojin, Parkhomenko, Luty y Tchumak. Los cuatro voluntarios confundidos entre los pasajeros, en distintos vagones, observaron como se desarrollaba el recorrido. Arribados a Ekaterinoslav, recorrieron la ciudad por separado, constatando lo que pudieron de sus emplazamientos.

—No sé de qué podrá servir lo que yo vi, como no sea para seguir en donde estamos —dijo Kojin—, pero vaya, esto ha sido —pasó a relatar su experiencia que en poco o nada difirió de los demás—. Introducir gente armada en el tren en cantidad, no veo cómo, dado que el tren es chequeado a fondo antes de llegar a la estación; las defensas en la ciudad, por lo que aprecié resultan inexpugnables.

Un profundo silencio acogió la palabra de los cuatro informantes. Los compañeros que se habían destinado a esa misión eran cualificados y no cabía que pudiese verse la situación distintamente con otros ojos.

—No todo lo veo perdido. En algún lado debe haber un fallo. Al menos el caballo sigue estando —reanimó Kurilenko.

La cuestión referida al tráfico en las vías fue la que requirió momentáneamente de los reunidos toda su atención.

—Sabemos que el tren se detiene antes de entrar en la estación —recapitulaba Belach—. Allí asciende guardia armada. Dos piezas de artillería al costado de la vía, convierten en suicida el intento de desconocer la señal de las agujas y pasar sin detenernos...

—Tampoco nos queda la posibilidad de asaltar previamente ese puesto. Hay otros dos más alternados y no distantes, también con artillería —apuntó Tchumak.

—Les recuerdo que la guardia que ahí asciende y recorre los vagones, lo hace armada con ametralladoras y parece saber lo que hace —dijo Parkhomenko.

—¿Qué tanto sabremos que saben, sin probarlos? —dijo Osserolf.

—Tú, ¿ya corres?

—Simplemente digo que me gusta —contestó Osserolf.

—¿Cuántos guardias subieron? —preguntó Tchumachenko, el ayudante de Makhno—. ¿Suben juntos?

—No. Lo hacen en grupos de a cuatro por vagón. En nuestro caso fueron dieciséis. Dos y dos fueron a las puntas, a la cabecera y a la cola del tren —completó Parkhomenko.

—Exacto —corroboró Tchumak.

—Así mismo lo vi yo —refrendó Luty.

—Si vamos a hacerlo, deberemos hacerlo de primera mano, antes de correr el riesgo de ser cacheados —dijo Belach—. Cuanto menos nos dejemos librado al azar, mejor.

Por fin, acopiando «cada cosa en cada cosa», como pidió el mismo Belach, se llegó a un resultado en relación al comportamiento a seguir frente a la guardia que abordase el tren. Se resolvió que debía ser reducida de inmediato. Y si por alguna razón fracasaban en el intento, rendirse y evitar a todo trance una matanza. Pero quedaba el más arduo y definitivo de cómo abrirle «las puertas de Troya a los griegos». Makhno expuso su plan general.

—Escuchen bien. Nuestra fuerza transportada por tren ya ha traspuesto ese punto crucial. Hemos tomado la estación. ¿Qué hacer? Nuestra fuerza mayor ha quedado de este lado. ¿Cómo entrar en la ciudad si todas sus defensas siguen intactas y este acceso por las vías si burlado, tampoco vulnerado? ¿Los de Petliura nos dejarían pasar una vez más? No me lo creo. Pero esto aparte, ¿qué harán, si emplazadas esas defensas para contrarrestar ataques venidos desde fuera, se viesen impelidos a abandonar sus puestos y tratar de repeler lo que les resultará indescifrable y asombroso, a la vez que imposible casi de evaluar? Un ataque desde dentro de la ciudad. ¡Como un levantamiento! De lo más ruidoso y espectacular que sepamos armar. La estación se presta que ni a propósito para esto. La conozco bien. Que ellos acudan a nosotros. ¡Deberán echar mano de sus batallones apostados en sus puestos estratégicos!

—¿Y si no lo hacen? ¿Si se quedan donde están? —apreció Belach.

Makhno se volvió hacia él en medio de una gran espectativa.

—Está bien pensar en todas las probabilidades, Belach, pero no asignarles una sagacidad, diré un poder de preciación semejante.

—Es justo lo que dices —contestó Belach, luego de una breve reflexión. Pero después, en un aparte con Kurilenko, le dijo a éste—: ¿Hasta dónde no está Makhno fascinado por el atractivo de su plan?

Se hicieron los aprestos. Se ultimaron los detalles para la mañana siguiente. Makhno levantó el campamento y adelantó sus parti-

das hacia los puestos asignados para el asalto previsto a la ciudad. En Nijn-Dnieprovck las fuerzas asignadas abordaron el tren. Las armas que llevaban, si bien disimuladas, no lo estaban tanto como para no llamar la atención del primero que abordase el tren con intención de pesquisa. Ya estaban siendo observados con recelo y curiosidad por los pasajeros habituales, intrigados por esa invasión, si bien no con animosidad dado que los makhnovistas chacoteaban con ellos como simples trabajadores... En su rol, el hecho en sí, la misión que cumplían los tenía como subyugados. La historia del caballo de Troya se había difundido y todos adecuaron la cuestión a su propia idiosincracia.

—Si debo decir la verdad, lo de meternos en un tren me preocupaba, pero sabiéndolo caballo...

—¡A caballo somos invencibles!

—¡Allá vamos! ¡Y montados!

Con el aire más propio de obreros, esperaron a que la guardia armada abordase el tren desde ese puesto limítrofe. Hondo alivio se respiró en los vagones en cuanto advirtieron que el grupo de guardias se desmembraba subiendo en parejas por cada portezuela. En cada una de ellas aguardaban los hombres destinados a reducirlos. Aunque se procuró no hacerlo cruento. Luty y Tchumak debieron acabar con los suyos que opusieron resistencia. El resto fueron de inmediato reducidos. Bajo amenaza de muerte y con la asistencia del guarda del tren que conocía sus consignas fueron obligados a darlas a los que con metralla y más adelante, con sus cañones, aguardaban ese visto bueno para franquearles la vía. Logrado esto y antes de arribar a la estación, obligaron a los pasajeros a echarse en el piso de los vagones y comenzaron su operación. En total eran como cien los hombres adscritos al operativo. Ni bien arribados, con el aire bien propio de obreros se desplegaron por los andenes en grupos ya asignados y en todos los casos lograron reducir los puestos de guardia. Luego de asegurados iniciaron un griterío salvaje con tiros al aire, carreras, empellones, rotura de escaparates. En menos que en describirlo, la estación se asemejó a un manicomio vuelto de cabeza. Saliendo a la calle, ocuparon los aledaños instalando nidos de ametralladora en entradas de edificios, ocupando ventanas, balcones, mientras otros volcaban e incendiaban vehículos, creando una horrible confusión acompañada de humareda. La gente corría despavorida. En poco tiempo todo el sector de la estación quedó con sólo el olor a chamuscado y algún caído por atropellamiento. Las tropas de Petliura, asignadas a los bastiones de la periferia, ignorantes pero alarmadas oyendo

el estruendo de las estampidas, luego de aguzarse en la observación de tropas en las cercanías, salieron sin concierto de sus bastiones en dirección a la baraúnda de la estación. Allí, ya en contacto directo con los agresores, comprobaron que no eran otros que los de la guerrilla. Procuraron taponar la entrada con más efectivos a pesar de sus órdenes expresas de no debilitar por ninguna razón sus defensas. Pero, ¿qué hacer? Faltando Petliura, todo allí era propenso al caos. Y más habiendo perdido todo contacto con el puesto intermedio emplazado en las vías. Que si bien estaba preparado para precaverse de un ataque, no para emprenderlo y en esa instancia el destacamento perdió la iniciativa. Los insurgentes, pertrechados en la estación y sus inmediaciones, convirtieron el lugar en una boca de fuego. Impresionantes columnas de humo y llamaradas se elevaban indicando devastación, siguieron explosiones. Fue la señal que aguardó Makhno para lanzar sus huestes, ocultas en las proximidades de la periferia de la ciudad, para invadirla. Lo que media hora antes resultaba imposible se resolvía al galope de su caballería y al avance de sus milicianos. Desguarnecidas y sorprendidas las defensas fueron asaltadas y pronto rendidas. Por esas bocas abiertas avanzó el grueso de esas fuerzas y en un santiamén rodaron por esas calles sus carros, repiquetearon sus cascos, como cascabeles resonaron sus gritos.

—¡Somos los makhnovistas!

—¡Es el ejército revolucionario!

—¡Somos los campesinos insurrectos del sur!

De nuevo sorprendidas, esta vez de una manera más contundente las fuerzas de Petliura, desorientadas y sin acabar de comprender cómo sucedía, dejando un buen número de bajas abandonaron precipitadamente sus posiciones y la ciudad a su suerte.

Por primera vez desde febrero de 1917 o sea después de casi dos años de revolución; luego de promesas y enunciados que hablaban de un cambio sustancial de la vida y libertad en las costumbres, de las que prácticamente, sea porque la revolución de febrero no lo fue más que política y la de octubre apenas si se esbozó económicamente, interrumpida en Ucrania por causa de la ocupación que retrogradó los avances a forjas muy por debajo de cero, el hecho es que Ekaterinoslav parecía aguardando una revolución más profunda que alcanzase a lo social, a las costumbres y estableciese la diferencia. Las mujeres sobremanera, se sentían marginadas de todo ese proceso que si bien modificaba leyes caducas, dejaba sin resolver, intacta,

la secular ubicación de la mujer en la sociedad y en relación al hombre. Ellas deseaban con vehemencia superar eso e incorporarse física e intelectualmente a la revolución. Dando inicio al movimiento feminista que tenía por objeto igualar sus derechos con los hombres. En lo económico y en las costumbres. Lo que hace a la vida de relación y al amor libre. Íntimamente adoptaban la libertad sexual, en la certeza de que tras el mandato milenario instituido por la sociedad patriarcal judeo-cristiana de no fornicar, convertido en la práctica en una punición afrentosa únicamente para ellas, se escondía la llave para disponer de sí mismas.

El primer álito de la presencia makhnovista en la ciudad, les renovó el aguardado anuncio de que su propia hora había llegado. De inmediato tuvieron la sensación de que al fin los heraldos de la verdadera revolución arribaban. Y salieron por millares a intimar con esos hombres... Como al efecto de un conjuro, si ciertamente casi la entera población festejó regocijada la entrada del ejército campesino, las mujeres, especialmente las más jóvenes, tan jóvenes como los que integraban esa fuerza pujante y animosa, arrancadas de su rutina estacionaria y contenida, como a una explosión se lanzaron a intimar, profundizar, proyectar su propia espera visionaria. ¡Con quienes lucían su brillo propio! Los vencedores del ejército germano. Los que con genio y audacia se habían apoderado de la ciudad. Héroes vitales, francos. Exponentes únicos de la revolución anárquica y libre. ¡La que ellas aguardaban! En esa disposición se entendieron las muchachas y los guerrilleros. Entreverados primero en explicaciones sobre el sentido ulterior de la revolución y al lugar que en ella correspondería a la mujer, concluían intimando. Pero antes o después, los insurgentes y sus parejas debatían fatalmente. Era el tema acuciante. *El tema de ellas.* El doble sentido de la opresión y de la libertad. Que las movía no solamente hacia la emancipación total del régimen abolido, sino de esta tan profunda: la del hombre sobre la mujer.

—Si la revolución no es un alarde, debe tenernos muy presentes —decía una—. Ustedes hacen la guerra y dan la cara, pero ¿de qué vale si nosotras seguimos sin poder responder a nuestras propias motivaciones?

—¡Eh, no! ¡No de qué vale! ¡Qué también estamos nosotros en este mundo!

—Eso ya se sabe... ¡Desde que el mundo es mundo!

—Pero, sí. ¡Quién de nosotros tiene algo más en mente que en servirles la revolución en bandeja, preciosidades! —dijo uno, achispado de vodka.

—¡No se crean nuestros propietarios!

—¡Bah, ustedes sacarán partido de todo y siempre las oiremos quejarse! Si te quiero besar dirás que es en lo único que pienso —le amagó un beso que aquella rehusó.

—¡Qué jocoso! Lo que yo digo mi querido miliciano, es que así se siguen aprovechando de nuestro sexo. Y te lo digo a ti mi recién querido que pareces tan zumbón. Si son capaces de aceptar la igualdad político-económica y no en toda su proyección la igualdad sexual de la mujer, por más que se llamen revolucionarios sólo serían unos reaccionarios.

—¡Eh, ya hablas de más! ¡Hay cosas que hacemos los hombres y cosas que hacen ustedes, las mujeres!

—¡Ahí tienes! ¡Sabemos lo que estás diciendo!

—¡Qué! ¿No es así?

—Rosa Luxemburgo o Emma Goldman y antes Luisa Michel...

—¡Y Mary Wollstonecraft!... ¡No te olvides de Wollstonecraft!...

Amor y diatriba. Diatriba y amor.

Los hombres, una vez solos sacaban sus conclusiones, hacían sus comentarios.

—¿Qué si la pasé bien? ¡Qué quieren que les diga! Es pagar un precio alto por el placer...

—¿Pagar? ¡Qué pagas tú!

—¿Qué? El escucharlas. Una cosa se vive y basta. Éstas lo analizan tanto que no queda qué disfrutar. En lo mejor del amor te recuerdan que no debes dejarlas preñadas.

—¡Buen animal has de ser tú!

—¡No más que nadie! ¿Me llamas animal? ¿Y acaso es todo? ¡Hasta la cama te persiguen con su doctrina de los derechos de la muejr! Y no es que me queje de que se discuta la cosa en sí. Pero, no. Te saldrán y acabarán enmarañándose en detalles que ellas llaman simples, diversos y prácticos. Yo trabajo: ¿quién cocina? O: tú te vas a la taberna, ¿yo debo quedarme en casa? Pero, ¿dejas a tus hijitos? ¡Si eres la madre! ¿Y no eres tú el padre? Pero, ¡adónde se ha visto! ¿Es lo mismo un padre que una madre? Y a lo que parece sí, ahora sí.

—Sí, la mujer tiene un modo bien propio de razonar.

—¡Seguramente! Razona como tal.

—No lo digo por eso. Expulsada de todos los grandes temas que nosotros nos hemos reservado en exclusiva...

—Eh, tú pareces feminista...

—No te confundas... Pero, ¿no es cierto lo que digo? Salidas del centro de los grandes temas, se han desplazado a sus márgenes... Y

siendo como son de perseverantes, con pericia sin desperdicio, haciendo su ganancia del acopio y la explotación de los pequeños detalles, van descomponiendo el mundo y amarrándonos a esos detalles. Y eso desde que comenzó la historia del hombre y la mujer.

—¡Fíjate que la tienes pensada tú!

—¡Ese es su campo! Pero no las subestimes. Cuidado que no es poco haberles cedido el dominio de las pequeñas cosas. ¡No todos los días se parten los montes!

—¿No es lo que vengo diciendo? ¡Con ellas es como vivir con astillas clavadas en las uñas!

—Hablan como viejos amargados... ¡Los dos!

—¡Y ellas, qué! Por si fuese poco, todavía, sintiéndose doblemente esclavizadas, que ellas pongan tanto o más empeño que nosotros en su emancipación.

—¿Les reprocharás eso?

—Como los que eran esclavos y hoy proclaman la dictadura del proletariado y que serán tan tiranos como el que abolieron, así ellas correrán a hacerse dueñas, con renovado brío, de cuanto puesto de autoridad o directivo hayamos abandonado los hombres. Y fatalmente, ¡qué desgracia!, intentarán dar cima a su propio imperio, como los que ayer fueron esclavos y hoy son comisarios comunistas.

—¿Estás tú en tus cabales? ¿No estás borracho?

—Estoy en mis cabales. Y estoy borracho. ¿Quieres que mejor cuente como me ha ido? —el que esto decía, soltando la risa y atusándose el bigote.

Pero nada dura lo que uno desea, ni el mal, ni el bien...

Las celebraciones tocaron a su término... Al menos en esta etapa. Asiento de soldados en campaña no es dormidera de nadie. Ni tierra donde echar raíces. Ekaterinoslav, es cierto, jamás olvidó. Y no dejaron ellos de regresar cada vez. No hablemos de heridas. Al menos este fue un momento para celebrar.

La ciudad pasó dos veces de una mano a otra. De Petliura a Makhno y viceversa. Ninguna de esas fuerzas resultó decisiva para una definición. En el curso de los sucesos, cuántas veces habrían de resentirse de ello las fuerzas makhnovistas. Comenzando porque a los pocos días de haber montado su «caballo de Troya» debieron abandonar la ciudad, asediados por fuerzas superiores que unidas a las que huyeran, regresaron comandadas por Petlura. Makhno consideró que no valía, al precio de quedar aislado, sostenerse en Ekaterinoslav. Sabiendo que para Petliura ese bastión era vital y que no cejaría en su intención de recuperarlo y seguramente le pondría sitio,

evitó confrontarse, destruyó las piezas de artillería que no pudo llevarse y abandonó la ciudad.

Petliura lo persiguió. En la región de Sinelnikovo, Makhno se hizo fuerte en sus colinas y Petliura debió aceptar los resultados y sostener una guerra de posiciones sin mayores ventajas.

—Hace más frío aquí que allá —decía alguno en la cumbre, señalando el valle.

—La guerra es la guerra, ¿no crees? —contestaba otro.

—¿Y tú, en qué piensas?

—¿Yo? ¡En hembras!

—¡Ya! ¡En eso! ¿Quién no?

—¿Vieron cómo se nos echaban encima?

—¿A ti? Yo no he visto que se te echara ninguna.

—¡Qué! ¿No lo viste por ti mismo? ¡Ellas nos buscaban!

—No te buscan menos en Gulaï-Pole.

—¡Ni comparar! Éstas de la ciudad son otra cosa. ¡Mira por qué lado agarraron la revolución!

—¿Las censuras?

—¿Te gustaría que tu hermana o tu novia la agarraran para ese lado?

—¡Eh, vamos, esta no es una discusión personal!

—¡Fíjense en este emancipado! Tu novia contigo, sí y tus hermanas con otros, no. ¿Y tú con otras?

—¡Eso es distinto!

—¡Bah! ¡Tú no eres revolucionario!

—¡Me ofende que digas eso!

—¿Es menos ofensivo la opinión que tienes de las mujeres?

—Bueno, no de todas... ¡de ésas!

—¡De las que no te tocan íntimamente!

—Si insistes tendré que pelearme contigo.

—Pues, peléame cuanto quieras.

—¡Hay que ver! ¿No te gustan las mujeres? ¿Eres macho o qué?

—Antes que macho soy camarada y me guardo de hablar tonterías. Y digo que ser revolucionario es mucho más que cambiar la economía. También es cambiar los viejos conceptos de autoridad y machismo.

No todo se reducía a especulaciones por el estilo en esa altura. Los makhnovistas mantenían oculta actividad. En esa guerra posicional que duraba ya dos semanas ocurría algo sintomático. Sin disparar un tiro, los makhnovistas lograron que el ejército de Petliura fuese sigilosa y paulatinamente perdiendo gente de sus filas. En su mayoría

campesinos atraídos por su prédica: pronto esos desprendimientos adquirieron el carácter de verdadera y masiva deserción. Alarmado, Petliura se vio precisado a levantar el sitio ante la evidencia de que su ejército se disolvía ante su vista.

«¡Ideas! ¡Ideas! ¡Se podrá combatir contra balas y cañones! Pero ¿contra ideas? ¡Pobre Rusia! ¡Quién podría esperar eso de estos analfabetos!»

Reforzado así, Makhno logró adueñarse nuevamente de la ciudad. Mas, ¿acaso tenía fuerzas concentradas suficientes para mantenerse en ella? Sus líneas se hallaban distendidas al máximo. Hasta allí le llegó la noticia de que la guerra mundial había terminado.

XV

HOTEL PARADIS

La guerrilla vivió la doble borrachera del triunfo y la bebida. Y pagó y cobró el precio que paga y cobra cualquier fuerza militar recibida como héroes. La ciudad, lo hemos visto, se abrió y ellos penetraron... Montados en *tatchankas* o a pie. Ávidos, vivenciales, jóvenes, viriles. ¿Quién de ellos no sucumbió a la tentación dejándose seducir?...

Makhno y alguno de los suyos habían ocupado un hotelito de dos plantas con intención de ser utilizado como centro operacional del estado mayor, que rápidamente adaptó a los tiempos su naturaleza y allá, esos divertidos vivían embriagándose y en compañía de camaradas femeninas, que para el caso seguían debatiendo allí su causa.

Resulta dificultoso definir qué era eso. Si un serrallo de hombres o un falansterio o sencillamente un sitio de reunión y expansión donde ambos sexos, cada cual por las suyas, aportaba lo que entendía propicio... Doctrina y sexo unas; inmadurez, aturdimiento regocijado, los otros.

Los que no compartían esa conducta, aún convencidos de que la causa ideológica se resentía notoriamente, la toleraban aceptándola como una condición propia de desahogo luego de tantas jornadas plagadas nada más que de sangre, muerte y muchísima tensión.

—Hermano —le decía Makhno a Karetnik—, si uno no se toma de vez en cuando su cuarto de hora, revienta.

Este «cuarto de hora» ya duraba dos semanas.

Los vino a sacar de su marasmo de dicha, la noticia de la invasión blanca. Kurilenko trajo el informe viniendo de Gualï-Pole. Se encontró con Makhno y su estado mayor que no se tenían en pie.

—¡Hermano, cuánto me alegra verte! —exclamó Makhno apenas aquél se presentó—. Bebe, camarada —le alargó una botella.

—¡Makhno, espabílate! Un ejército poderoso nos invade desde el Don. Los que lo han visto dicen que pueden ser entre diez mil y quince mil hombres. ¡Cosacos! ¡Al mando de oficiales del zar!

—¡Cosacos! ¿Oficiales del ...? ¿Los que los han visto, dices? ¿Tú no? ¿No los has visto tú? —Makhno se echó a reír—. ¡Bah! ¿Me quieres sacar de mi disfrute? ¡Já, já, já!

—No hay tiempo que perder, Badko. Haz reunir la tropa. ¡Lo que digo es cierto!

—Pero... ¿Se puede creer? —todavía protestó aquél— ¿A qué tanta prisa? ¿A qué tanta prisa? Mira a mi queridita...

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando? —trastabillando llegó Garcucha.

Kurilenko se acercó con rostro severo a Makhno. A pocos centímetros de distancia lo encaró.

—¡Badko, nos vamos! —le gritó—. ¡Espabílate! —atajando a Kalchnikoff que avanzó para intervenir—. Y tú, camarada, ¡silencio!

El ex teniente del zar se quedó de una pieza. En el fondo de su bodez pareció vislumbrar alguna razón. Lo propio ocurrió con Makhno.

—Está bien, hermano —dijo—. ¿Tenemos algún tiempo?

—El de quitarte la borrachera —respondió Kurilenko.

XVI

EL HOCICO DEL GENERAL DENIKIN

Un hecho de enorme trascendencia y que condensaba el sentir de todos los pueblos del orbe, aconteció por fin. El 11 de noviembre de 1918, en la estación de Compiègne, en el interior de un vagón blindado. Matías Erzberger, político del centro —se había negado a hacerlo ningún general—, en nombre del ejército imperial alemán deponía las armas. Rendición que suspendía la guerra, pero dejaba intactas, sino agravadas, las causas que la habían provocado. La puja de intereses entre las naciones; la conquista a ultranza de mercados y, agravado la balanza de pagos, los embargos, el déficit de la guerra. La sombra ominosa, el lodo propicio para sedimento de una nueva hecatombe. Dos años después moría asesinado Matías Erzberger. En el mismo vagón blindado de Campiègne, veinte años después, Hitler recibía de manos de Petain la declaración firmada de la rendición de Francia. Crímenes y martirios provocados, cada cual sembrando lo suyo, por aberraciones de poder nazi-fascista y comunista y por la inmoralidad capitalista y democrática. ¡Que produjo sesenta millones de víctimas en dos guerras!

La de 1914-1918 devolvió a los trabajadores regocijados de su terminación a sus territorios, para abandonarlos a la desesperación del desempleo y la miseria. Historia de descomposición. Verdadero caos.

En Ucrania la sensación de alivio fue enorme. La evacuación del ejército de ocupación y del *hetman*, la escampada de sus secuaces de la policía del zar, (muy pronto de regreso adscritos a la *Tcheka* bolchevique), de momento produjo la sensación de que por fin se alcanzaba la libertad. ¡Vana ilusión de los pueblos! Los que partían dejando tras sí destrucción, saqueo y muerte, ahí mismo palpaban, de esa gente que despreciaban con toda el alma el espontáneo e inme-

diato deseo de recuperar sus móviles y sus incentivos. Mientras ellos, los arrogantes de ayer, regresaban rotos, vacíos de esperanza...

Parábola de los tiempos y lecciones que parecen perderse en la nada. Un poco más adelante, esos mismos soldados que expusieron sus vidas, defraudados, hambreados y sin trabajo en su patria, manipulados por el comunismo, abandonados por la social democracia y estimulados por la consigna nazi de «patria y revancha», ofrecieron el plasma para el caldo de cultivo en que se desarrollaría la enorme gusanera hitleriana. ¡Pueblos derrotados, escarnecidos, ahogados, purgados y penitenciados por otros pueblos! Y los gobiernos no queriendo ver... Y siempre, en cada caso, en todos los casos en que se presenta una opción —como en España—, optando por la reacción. Hasta la hora de pagar... ¡Ah, indignos y mentirosos, aprovechados estafadores de la desesperación de los pueblos!

El poder soviético se apresuró en recibirse de Ucrania como de un hijo del que, digamos, hubiese dispuesto de él para rehén y esclavo, en resguardo del sagrario de la revolución rusa, con la soberbia despótica del padre secular que no quiere volver a escuchar nunca más de ello...

Pero Petliura, corriendo más de prisa, secundado por los comitentes de la vieja estructura asentados en Kiev, les ganó la delantera instituyendo el gobierno separatista. Poder efímero, pronto saltando en pedazos expulsado por el ejército rojo, dejémoslo temporalmente allí y démonos tiempo para describir por completo la situación.

Los gobiernos, las grandes corporaciones y los multinacionales intereses de la banca internacional, perplejos y atemorizados por los alcances de la Revolución rusa, proyectada a sus respectivos países, dispusieron sacudirse esa amenaza. Afanosos propiciaron y prestaron efectivo apoyo a los intentos contrarrevolucionarios. Francia, Inglaterra y Estados Unidos, el eje de la llamada Entente, fueron el pivote en que se apoyaron el general Korniloff; el general Kaledin, que retiró una división del frente en plena conflagración mundial para lograr su propósito y fuese detenido por el pueblo alzado en armas; y del almirante Koltchak, provisto de armas y fuerzas en Checoeslovaquia, intención abortada por los rojos al decidir pasar por las armas a la familia imperial, desde el zar hasta el último miembro.

Ahora, una vez más, con mayor prolijidad, tiempo y apoyo material las potencias se prodigaron sosteniendo a otro ex general del zar, de suyo ambicioso, el general Denikin. Que ya se había ganado fama de golpista y fanático al secundar la asonada blanquista del 25 de agosto del general Korniloff. Entreviendo las posibilidades que le prestaba

ese momento histórico, convenció en el extranjero a la Entente para respaldarlo y organizó su proyectada invasión allende el Don, en el mismo corazón del Cáucaso. Lejos, lejísimos de ninguna exploración, donde solamente llegaban los confinados, allí eligió Denikin su plaza de acantonamiento, su playa de maniobras y de reclutamiento. Mejores soldados no podía hallarlos en toda Rusia, eran los cosacos del Don. Los Stenka-Razin, los Taras-Bulba, nada por encima de sí, salvo el servicio del alto ideal unitario y teocrático personificado en el zar. Y no por idealismo filosófico, ¡qué va!, sino porque nómades, haraganes, bravos, independientes, jinetes sin par, se ponían al servicio de quien fuese capaz de armarlos, darles la vida de campamento que les placía, la oportunidad de defender y luchar cualquier causa y dejarlos en libertad. Lo único que sabían hacer. No estando el zar, a él se rendían.

Denikin, reunido con sus generales en esos parajes, solía decirles mientras gustaba su *Pernot*, cosas de este estilo:

—Como en una mesa de billar donde todo el tapete tiene el mismo valor, así debieran considerar esos rojos a la Rusia entera. No obstante, veis que a pesar de sus alharacas de manumisión, abandonan estos sitios a la buena de Dios. ¡Y vaya si Dios los tiene en cuenta y se los reprocha, cobijándonos en este sitio! —decía, provocando risas—. La sola formación de mi ejército en este lugar es ya un alarde. Y ya estamos civilizando devolviendo al zar y a Dios esta tierra. ¡Y cuánto más será, cuando la historia descubra que de aquí hemos partido! Que no nos esperan, ni nos imaginan, descontadlo. Seguramente me suponen redactando mis memorias, como tantos caducos —se rió. Lo acompañaron risas. Mojó sus labios en la copa y luego se bebió un trago. A su alrededor lo escuchaban con atención. El general Chkuro, su segundo, disfrutaba particularmente con las disertaciones de su general, en las que jamás faltaba que beber—. ¡Memorias! —proseguía Denikin—. ¡Quién piensa en memorias! La historia de Rusia apenas comienza a escribirse, señores —alzó su copa y los demás hicieron lo propio.

Restaurar la dinastía del zar, reincorporar sus principios y sus leyes y devolver la Sagrada Iglesia Ortodoxa al seno de la sociedad, fueron las consignas de esa cruzada. Denikin, el general que la organizaba y dirigía, conocedor de la naturaleza épica y fanática y no menos disoluta de los cosacos, no tuvo necesidad de catequizarlos. Ya lo estaban. Por autosugestión y misticismo. Hallando la justificación para su barbarie poniendo alto al zar y a Cristo. Como su ambición restauradora abarcaba a Rusia entera, se veían rindiendo ciudades,

purgándolas de herejes y devolviendo el cuerpo de Cristo y los oficios religiosos a los pueblos. Y con ellos, volviéndolo por sus fueros, centenas de ex oficiales alentados a la vez por promesas que, en el sumidero de desechos de guerra al que habían sido arrojados, les sonaban a metal dorado y entorchados. Y además, pronto un adelanto dando certeza: la recepción de armas descartables de la guerra, recibidas por toneladas, sus uniformes blancos dándoles el colorido y la unidad compacta sumada a la certeza de saberse respaldados por potencias poderosas, les confirmaba el poderío creciente y les multiplicaba el deseo de que llegase cuanto antes la hora del combate y de la reconquista.

XVII

LA INVASIÓN

Denikin y su ejército de quince mil hombres cubrieron las nieves siberianas que lo separaban de Rusia europea, en lo más crudo del rigor invernal. Si cierto que se llevaron en sus alforjas ventiscas e inclemencia a la que estaban habituados, en cambio parecían exentos de riesgos y sorpresas en el orden militar y su marcha proseguía sin tropiezos. Avanzando con lentitud dejaron atrás el Don, el Kubán y el Volga helado, atravesando por el suroeste, la frontera de Ucrania. Su meta —quién para creerlos en esos parajes—, Moscú, a miles de kilómetros de allí. Si su empeño parecía descabellado, Denikin se adelantaba a probables críticos. «Tengo a mi favor invertir los términos del tiempo y del itinerario de la invasión napoleónica. Yo parto del invierno. ¿Y deberé recordar que yo, mis oficiales y mis soldados somos rusos y no franceses? ¿Y quién me espera, con fuerzas que se puedan considerar equiparables, sino pronto a las puertas de Moscú?» —y eso era. El hombre de esa hora ya estaba andando. En su ruta...

Los destacamentos makhnovistas que lo avistaron, no pudieron encontrar explicación a esa fuerza que de por sí se explicaba sola... Las tropas cosacas, respaldándose en el peso contundente de su armamento, de sus formaciones y en la convicción de invencibilidad fortalecida por el credo de Cristo y la Iglesia, de cuya eran acompañados por sacerdotes que no dejaban de incensarlos, hacían trascender de ellos una sensación aplastante, temible, temeraria de enfrentar. Ver ese ejército reunido, uniformado, atildado en sus monturas aún en medio de borrascas, poderosamente pertrechado, formado por hombres que habían hecho de la guerra su manera de vivir y eran afamados, impresionaba enormemente. Y eso sobrevino entre las filas de los primeros makhnovistas que se toparon con ellos.

—¡Demonios! ¿Y éstos? ¿Quiénes son éstos? —se preguntaban azorados los de Makhno, hasta que se esclarecían, echando a volar con la noticia de la invasión.

Si algo supo Denikin de las guerrillas, no las tuvo en cuenta. No pasaron de ser para él, arapientos alzados o simplemente bandidos. Y si algún pregón de su triunfo reciente ante el ejército imperial llegó a sus oídos, lo echó en la cuenta de los *bluff* tan frecuentes en las guerras. Además de que él reunía a todos los partisanos en un mismo as: para él no había más que rojos. Ni en lo más comprometido de su campaña quiso reconocer jamás, oficialmente, que estaba siendo contenido por simples paisanos. Lo más que concedió, es que si había otra fuerza en Ucrania, era la de Petliura. A la que consideraba más asunto político que de guerra. (Entre bueyes no hay cornadas).

Petliura, por su parte, avisado de que se había producido la evacuación en Kiev de la ocupación austro-alemana y del *hetman*, flanqueó Ekaterinoslav, a la sazón ocupada por el ejército campesino, enfiló hacia la capital y sin oposición la ocupó. Ignorante de la invasión blanca, como así mismo la ignoraba Makhno y el gobierno del *Soviet* Supremo. Petliura volvió a instaurar su Directorio en Kiev y a restaurar la independencia de Ucrania con la ansiedad y la urgencia de saber que sus oportunidades se jugaban contra reloj. Pero en esos tiempos de políticas inestables y fluctuantes, se desmoronaban fuertes pilares y frágiles briznas se convertían en fuerzas temibles... ¿Por qué no alentar la esperanza de que en este vasto tablero convulsionado, Ucrania lograse consolidar su propio gobierno? Los petliuristas apostaban a la posibilidad de que los comunistas, dadas ciertas circunstancias de orden interno, con repercución internacional, se viesen en la obligación de negociar con ellos. Hoy, debeladas intenciones y propósitos del cinismo mentiroso bolchevique, qué ingenuas, irreales, sin sentido resultan estas posiciones, de las que no se eximieron tampoco en incurrir los guerrilleros. Pero entonces, siendo un pilar del programa bolchevique «la autodeterminación de los pueblos», quien que fuese a ponerlo en tela de juicio. No obstante, este canto de sirena servía únicamente a los intereses de exportación, mas en Rusia ajustaron su aparato represor y dispusieron desalojar a ese partiquino del centro de la escena. Esto por un lado. Por el otro...

La alarma cundió. Las tropas que avanzaban desde el Don no eran temporales, estaban convencidas de que sus cascos sellaban el retorno del régimen zarista y su propósito era restablecer la monarquía. Entonces las iglesias abandonadas prestaron otra vez sus campanarios, esta vez para llamar a los pobladores de todos los centros

urbanos a tomar decisiones en vastas asambleas. Esas poblaciones habían vislumbrado las bondades del mundo nuevo y por ningún concepto lo resignaban. Discutieron, se agitaron, desesperaron, pero tomaron sus acuerdos. Y en todas partes la conclusión era idéntica: resistir. Resistencia al invasor.

—¡Camaradas, campesinos! —decían los que tomaban la palabra en esas asambleas. En este caso el viejo Luty—. No hemos avanzado hasta aquí para volver sobre nuestros pasos y renunciar a lo que da sentido y dignidad a nuestras vidas, ¡la libertad y la emancipación del trabajo! Esa es nuestra vida de ahora y eso vamos a defender. Con determinación. Ahora tenemos un ejército. A ellos apelamos. A ellos reclamamos. ¡Ellos somos todos nosotros! El ejército Insurreccional habrá de enfrentar y contrarrestar la invasión. ¡Y nosotros lo respaldaremos!

En toda el área, proyectando hacia su Ejército Revolucionario Campesino, le dieron el mandato a Makhno de enfrentar al enemigo. Porque una vez más será necesario recalcarlo, Makhno no tenía los atributos de un general en jefe, ni era el determinante. Se atenía a las resoluciones de tantísimas asambleas. La disposición para esta eventualidad se acordó el 23 de enero de 1919. El Ejército Revolucionario Campesino salió a cortar el avance de Denikin. Sintiéndose cada cual cumpliendo con su deber. Ni mayor, ni más importante que el de un simple sembrador de patatas. Unos iban y otros quedaban. Pero todos estaban en la revolución. Y tan cierto, que en la zona en que se concentró la lucha que duró casi seis meses, los campesinos labradores, dicho así para distinguirlos de los campesinos armados, suplían en la primera fila a los caídos en la lucha. Cientos y cientos acudían a la batalla. Y cuántos jamás regresaron a sus siembras.

En la mente de Makhno las diferentes corrientes concurrentes se superponían. ¿Habría de ser desbordado por los acontecimientos? En sus previsiones estaba Petliura como una contingencia; la ocupación austro-alemana como una prueba de suficiencia ya superda; y la amenaza del poder soviético proyectándose sobre Ucrania de manera total, como el último eslabón de una prueba harto dificultosa. Pero una invasión blanca desde el Don no había entrado nunca en sus cálculos. ¡Como si no hubiese sitios en la vasta Rusia para incursionar! Precisamente, si de algo se sintió siempre seguro fue de sus espaldas. «La noticia me cayó como un oso atacándome por detrás», había dicho reconociendo su sorpresa. ¡Y a quién no! Digamos

que no fue menor el estupor de los generales blancos cuando se dieron de bruces en esos parajes con una fuerza a la que hacían a miles de kilómetros de allí. Y no estupor. Asombro, incredulidad. Los generales quedaron de una pieza. ¡Ni qué decir de la tropa! Allí frente a ellos, en la periferia montañosa de las alturas cubriéndola, surgida de la nada, una formación tan imponente y numerosa como la propia. ¡Y cuánta mayor estupefacción cuando, como si de un espejismo se tratara, los makhnovistas desaparecieron de su vista! Nada se les hacía inteligible. En cambio, lo que sí resultaba evidente era que no habían evaluado debidamente la derrota de Blumental o simplemente habían desechado el suceso por inverosímil.[2] A partir de ahí y esto sí les quedó claro a los blancos de que, lo que debió ser un amplio territorio de conquista —considerado tierra de nadie— se convirtió en terreno arduamente disputado. ¡Y quién sabe lo que hubiese sido de la revolución bolchevique de no estar el Ejército Revolucionario Campesino en Ucrania! Pero hay destinos que parecen escritos y suertes echadas.

Los primeros choques pusieron de manifiesto dos fuerzas decididas y encarnizadas. Makhno encontró al ejército blanco más allá de la línea imaginaria que va de Mariupol a Bakhmut. Los blancos, ante semejante presencia se forzaron a un repliegue. Cautelosos ante un despliegue del que ignoraban cuánto más podría esconder. ¡La visión en la montaña trabajaba la psiquis! Buscando no comprometer su propia circulación y a la espera de descubrir como evolucionaba el enemigo, se asentaron teniendo el camino abierto hacia su fuente de aprovisionamiento en el Don.

Makhno no tardó en enviar aviso a Moscú de la magnitud de la invasión y en solicitar auxilio perentorio. Al contrario de lo razonablemente esperado, su aviso y los que siguieron, cayeron en el vacío inconmesurable...

Los generales y Denikin observaban el curso de los acontecimientos, el tiempo que transcurría y discutían los riesgos de forzar la situación.

---

2 Esta falsa apreciación de los blancos jamás fue desmentida. Por vanidad, prefirieron consagrar sus triunfos o sus derrotas al ejército oficial rojo; éste, a su vez, mantuvo la superchería por razones políticas que mientras por un lado los hacía aparecer al consenso mundial defendiendo con celo patriótico su territorio y sus intereses, por el otro negaba la evidencia de esa fuerza autónoma. La taimada penumbra en que se ocultó la verdad de las guerrillas armadas, fue el signo permanente de la tergiversada información al respecto. Que ninguna fuente oficial se preocupó por esclarecer y así vivió, intencional y trágicamente sepultada.

—No impacientarse, mis generales —los tranquilizaba Denikin—. ¿Cuál es el juego del enemigo? ¿Nada más que soportarnos? Me estoy inclinando a pensar que no tienen más que lo que ya mostraron. Astucia labriega. Concedo.

—Mi general, nos tienen inmovilizados.

—¿Por cuánto más tiempo cree que podrán hacerlo. Chkuro? Una guerra no se libra sólo en el campo de batalla. Están las provisiones, lor pertrechos, los nervios. Seguramente que sabe usted muy bien de qué estoy hablando.

—Es el caso que estos *mujiks* están dando muestras de saber lo que hacen, mi general —dijo Slastchoff, otro general recién adscrito.

—Se desmandarán. Tendrá oportunidad de verlo usted, general —cortante intervino Denikin.

El ejercicio y el temple logrados en la confrontación contra los germanos dio al ejército insurreccional la prestancia y condición adecuada para afrontar esta nueva eventualidad. Makhno ya había probado su aptitud y sentido la ductilidad con que sus mandos y sus tropas respondían. Y lo propio había ocurrido cuando el asalto a Ekaterinoslav. Disposición, inteligencia y acción formaban una unidad. Esa certeza probada le dio seguridad y confianza plena en sus comandantes y confirmó las suyas. *Badko* suplió a Néstor Makhno. Badko siginificaba *padre* en ucraniano. De la simplicidad y emotividad de esa gente nacía ese ancestral sentimiento de asombro. ¿Quién paraba eso?

La lucha, si bien siempre enconada toda vez que fracciones chocaban, se mantenía en un impase con respecto a una iniciativa global. Cada cual parecía aguardando del otro la iniciativa. Fuerzas equilibradas, si una apostaba al desgaste, la otra a recibir refuerzos...

—Mi general, ¡éstos no son rojos! —alarmaba Slastchoff.

—¿No son *mujiks*? —le preguntaba Denikin— ¡Guárdese de diferencias!

—Mi general, esto cambia toda la situación.

—Según como se vea... No le preocupe eso.

—¿Dónde están los rojos?

—Nosotros ya estamos aquí... No vamos a ser más..., ni menos...

En tanto, sacaban a relucir su capacidad de exterminio y la lucha se encarnizaba. En el campo de guerra comenzaron a formarse rivalidades personales que se acechaban para dirimir sus mutuos desafíos. La puja más ensañada se dio cuando un par de cosacos aparecieron ostentando como penachos de vanagloria, prendas de insurrectos despojadas después de darles muerte. Fueron perseguidos, disputándose los insurgentes el acabar con ellos.

—¡Malditos cerdos salvajes! ¿Así son de valientes?

—¡Perros sarnosos! ¡Ladren! —les contestaban.

Se fustigaban, hostilizaban, insultaban y desaparecían... dejando un sabor amargo y la frustración en quienes los perseguían. Viendo los cosacos hasta qué punto lograban irritar a los guerrilleros con ese juego, toda vez que alcanzaban a alguno en esos encuentros en que se echaban las caballadas unos sobre otros, no se contentaban con ello, le arrebataban la gorra, lo despojaban de la guerrera o una manga, lo que los identificara, y la paseaban ufanos... La modalidad fue deviniendo en una guerra privada, un torneo de desafíos.

—¡Por echar un poco de picante! —decían los cosacos.

—¡Cerdos de porquero! —bramaban los insurrectos.

Cierta antigua y casi perdida modalidad se advertía en esas lides. A los cosacos parecía solazarles el batirse. Mas no era todo pavonearse. Bajo esa apariencia se escondía una amenaza temible, el brazo implacable de quien se atrevía. Y también su propia vida, doblemente expuesta.

—¡Ya no pasearás los despojos de mi camarada, bestia salvaje! Tu sangre no redime. ¡Infecta la prenda de mi camarada! ¡Devuévela! ¡Que se limpie de tu mugre! —voces tales se escuchaban toda vez que un guerrillero lograba dar caza a un cosaco.

En contraposición, algunos insurgentes salían a su vez al campo ostentando prendas cosacas. Un cosaco había, Nabuco Ossovarich, pagado como el que más de su condición, diestro, sanguinario y burlón que había incorporado una particularidad a ese juego terrible.

—¿A quién excitan con prendas de muerto? —decía—. ¿A sus deudos? No hay más amor propio que el del propio ofendido. ¿Y por qué matarlo con rabia si te puedes divertir antes con él? —Nabuco había tenido la maligna idea de arrebatarle el gorro de piel a Klein y día por día lo paseaba por el campo—. ¿Dónde está este valiente? ¿Tienen noticias de él? —solía gritar a los insurrectos—. Díganle que Nabuco tiene su prenda. ¡Y díganle que si no viene por ella yo iré pronto por su cabeza!

—Infame ladrón de gorros. ¡Te partiré en dos! —decía a su vez Klein, vivamente irritado, buscándolo en los enfrentamientos. En lo más intrincado de una refriega sintió que le arrebataban el gorro y reían a sus espaldas. Quien eso había hecho, bien pudo haberlo ultimado. Ese sentimiento de dependencia hacia quien así le perdonase la vida, le había hecho jurar despedazarlo si lograba enfrentarlo. Y ahora, pública, la burla cobraba visos de befa.

Llegada esta historia a oídos de Makhno, se apresuró a poner las cosas en su lugar. Y más, viendo implicado a uno de sus jefes.

—Esta no es una lucha personal, ni se hace para convertir en héroe a nadie —dijo—. No estamos jugando con nuestras vidas. ¡Para eso hay circos! Al que busque intencionadamente a un enemigo con la sola finalidad de personal lucimiento o venganza, le aconsejo que abandone nuestras filas. ¡No está la makhnovichina para dar cobijo a caballeros atrabiliarios y pedantes!

Klein recibió el mensaje y de inmediato corrigió sus impulsos.

En esas cargas y repliegues, si alguna vez los insurrectos lograron romper la línea enemiga y arrastrarlo hasta los mismos muros de Taganrog, detrás de la frontera de Ucrania, el resultado final siempre era idéntico: impotentes de ir más allá por temor a distender en demasía sus líneas, volvían a sus posiciones. En ese gigantesco mano a mano trabado entre escarpados, nieves heladas e inclemencias, los dos ejércitos se probaron sin lograr doblegarse. Los dos se resentían de refuerzos. Los makhnovistas ya conjeturaban que no hay peor sordo que el que no quiere oír...

En todo ese tiempo, los bolcheviques solamente tuvieron en sus miras ocupar Kiev y consolidarse en lo más que pudieran del norte de Ucrania. No se dieron prisa, ni manifestaron alarma por las noticias y solicitudes de los makhnovistas. Con un criterio que iba a hacerse inveterado, se atenían a lo que tácticamente consideraban apropiado en su momento.

Hacía dos meses que el ejército campesino mantenía a raya a esa fuerza colosal, inmovilizándola en los confines de Ucrania. Buscando perforar esa resistencia, los generales de Denikin habían desplegado sus líneas a lo ancho de cien kilómetros y ahí se debatían, bajo la fiereza vigilante y no prevista de ese ejército que le disputaba cada palmo de terreno. En el ánimo de los cosacos, la falta de proyección comenzaba a pesar. Ellos deseaban arribar a regiones pobladas, indicio primero de que su campaña se afirmaba. Tuvieron noción de que no estaban muy lejos de ese instante, en cuanto advirtieron que el enemigo retrocedía, comenzando a ceder posiciones. Fortalecieron y arreciaron su presión.

En cambio Makhno, mucho más al sur de su radio de acción habitual, fue resintiéndose de esa situación. Sus líneas, tensadas al máximo, si se prodigaban sin desmayos, iban careciendo cada vez más de recursos. Cada cartucho disparado tenía para ellos el valor de un envío sin reposición. Y no era tampoco cosa de conservarlos...

La información pertinente enviada a Moscú, más pareció sirviéndole como advertencia al poder bolchevique para que no se asomara por ahí mientras subsistiese la situación, que para el propósito de prestarle su apoyo a la guerrilla. Jamás obtuvieron respuesta. Algún suspicaz del estado mayor makhnovista decía que los telegramas deberían ser enviados con el retorno pagado. Bien precisa era, desde la hora primera, la determinación bolchevique.

León Trotzky, el pragmático del concilio y comisario para la guerra del ejército rojo, aleccionando a los suyos sobre estos acontecimientos, se remontaba a la historia del movimiento socialista para reforzar su determinación de no responder al pedido de auxilio de la guerrilla.

«Desde la Primera Internacional —argumentaba—, *no en vano el marxismo profesó reserva y odio proverbial al anarquismo bakuninista. ¿Qué son estos guerrilleros sino potenciales* kulaks? *Les alcanzaría una soga sólo si supiese que se iban a ahorcar con ella. ¡Seamos cautos antes que dispendiosos con gente como ésa! Observemos mejor dónde más les duele, para saber dónde vamos a golpearlos. De cualquier manera, que esto quede bien sentado, más debiéramos agraviarnos de un triunfo de la guerrilla que de los generales. No hay peor negocio que el que deba hacerse con las astillas del mismo palo* —y agregaba maliciosamente—: *¿Y no piensan que si están parando solos la invasión, no debe ser para tanto lo de Denikin?»*

Sólo cuando la invasión blanca adquirió presencia de amenaza total rompiendo la resistencia del ejército campesino e irrumpiendo hacia el norte llegando sus columnas a ponerle sitio a Orel, a las puertas de Moscú, los rojos se vieron impelidos a aliarse a las milicias... Y sin reparo o pudor ninguno eso hicieron. Pero esto, tan lejano, era aún remoto...

Para los cosacos, si bien asediados, ese largo estancamiento por fin roto les supo a fiera encadenada en libertad. Ahora sí, corrieron sobre Rusia. Pero, pájaro que no cojas, está volando...

Denikin, si no en mejor situación con respecto a idéntica necesidad, al menos tanía habilitadas sus vías de comunicación en lo relativo a procurar refuerzos. Los gobiernos de la Entente que lo proveían, alarmados viendo su campaña estancada en todo ese tiempo, se debatían entre dudas y vacilaciones que retaceaban y demoraban entregas. Denikin los urgía enviándoles misivas a los mandatarios de esas naciones en un estilo perentorio y nada protocolario. En este caso, tomando papel y pluma dirigió una a Clemenceau. Con el apremio nervioso de una minuta, escribió: «Sr. Presidente, no se me habrá provisto de material y de toda la confianza para abandonarme a la primera di-

ficultad. Son demasiados los intereses en juego. El hecho cierto de que desde hace dos meses agredo y ocupo territorio evidencia mi fuerza y la impotencia en que se debate el enemigo. Graves e insolubles problemas internos los aquejan y es menester aprovecharnos de esta situación. Exijo el pronto envío de material, preferentemente pesado, del que por separado va copia y lista detallada. Yo me hago cargo. Sr. Presidente, de las infinitas trabas legales de que usted, oportunamente ya me ha hecho protestas. Pero la situación de máxima presión y urgencia, deberá obviarlos, si se pretende que mi país —Rusia— continúe perteneciendo al concierto de las naciones occidentales y cristianas; progresistas y civilizadas. No hay opción Sr. Presidente. Seguro estoy de que usted interpretará con claridad todo cuanto yo, por razones de tiempo y por no distraer más el suyo, dejo de decir». Y su firma: Denikin. Y su sello: General del Ejército Imperial; Jefe del Ejército Imperial en Rusia (en campaña).

Sus trazos grandes y agudos como lanzasos llenaban la cartilla. Se complació por un momento en la contemplación del efecto gráfico de ese pliego. Se había calado los lentes para escribir y mantenía el torso erguido y una distancia equidistante entre él y el papel y ahora, concluida la misiva, con ligera inclinación de la cabeza, abandonó la pluma, se quitó los lentes, tomó su copita de *Pernot* de sobre el escritorio, bebió un sorbo manteniéndolo por un instante en la boca, embebiendo la lengua y lo dejó deslizarse por su garganta. Luego, observando el ambarino color de la bebida a través del cristal, se lo zampó de un trago.

—¿Embestirlos? —reflexionaba ante sus generales—. Ahora sé que nos va a llevar más tiempo. Estoy tratando de arrendar más armas. Tenemos que desnivelar. Como eso no se acaba pagando nunca, lleva su tiempo conseguirlas. Cuando lleguen, pasaremos de un empujón por Ucrania. No habrá fuerza que nos resista, ni ninguna tan poderosa como la nuestra. El mundo civilizado aguarda nuestra ofensiva. Hasta que eso llegue, no tenemos más que mantener el fuego vivo.

—Mi general, mantengo el frente activo.

—Eso quiero. Actividad en toda la línea. No deje que sus tropas se adocenen, general. Y menos la oficialidad. Mantenga activa a la oficialidad. Nada más estimulante que la acción. Que tengan motivos de derramar sangre.

—¡Si es por eso! —dijo Chkuro riendo—. Mi general, a mis oficiales se les ha dado por concursar sobre quién mantiene más tiempo a un prisionero vivo con una hoja de sable en la entraña.

—En mis tiempos éramos más impacientes —dijo Denikin—. Los estallábamos con granadas.

Denikin había dejado de beber el *Ryesling* que saboreaba mientras se comía un *ulek* del Azof y pasaba al *Chardonnay*, con sus patatas asadas con cordero trufado. En su mesa se alineaban las copas de cristal de diverso color y un lacayo encargado de las bebidas mantenía el ojo frecuente sobre las mismas. El general era de esos hombres que, fuera a donde fuera, transportaba consigo las costumbres y los sentimientos en que había acrisolado su vida. Vestía un uniforme negro abotonado hasta el cuello, era calvo, de perilla y bigote embetunado, redondo de cara, coloreada su nariz y de pronunciado abdomen bien encorsetado. Cuando se llevó la copa de vino a los labios no pudo evitar un ligero temblor en la superficie, provocado por su soterrada hipertensión.

Denikin ocupaba una mansión en las afueras de Taganrog, a orillas del mar. Su dueño, un acaudalado, la había abandonado prefiriendo refugiarse en París a pesar de la guerra.

«París... Ya sobrevivió a una gran revolución... —Se dijo ese hombre—, *descuento que sobrevivirá a la guerra. En cambio, con mis paisanos... Eso es otra cosa.»*

Además de acaudalado, no carecía de gusto. Denikin halló la casa adecuada a sus exigencias. Y aunque aquí y allá se notaban vacíos denunciando una requisa apresurada y dejaba algunos ambientes un tanto desguarnecidos, las necesidades de Denikin se cubrían perfectamente. Amplio salón, buena recepción, habitaciones en un piso para huéspedes, vajilla, cristalería, servicio y, lo definivo para su cultura alcohólica, una muy bien provista bodega.

—Es increíble —solía decir Denikin a sus ocasionales invitados, a quienes agasajaba con los vinos y licores de la casa—, lo que es capaz de almacenar la economía burguesa. No tenéis más que bajar a la bodega para comprobarlo. Descuento que este buen hombre se habrá dolido más por los vinos que no pudo llevarse, que por tantísimas cosas que en su prisa o en la imposibilidad de llevar consigo, dejó. Pero no nos condolamos. ¡Al contrario! —se apresuraba—. Reconozcámonos apropiados escanciadores de su selección —esa noche compartía la cena con el general Chkuro. Debían tratar asuntos concernientes a la campaña y Denikin procuraba sus objetivos de persuación siempre que fuese posible, junto a un buen servicio de mesa. Conocía el alma del soldado y sabía lo mucho que lo halagaba semejante trato. Cuántas veces, bien lo advertía, venían sus generales dis-

puestos a reclamos y terminaban envueltos en esa atmósfera que él sabía tan bien crear. Los hacía sus compinches imbuyéndolos en su mundo.

Chkuro metido en su guerrera azul, con galones de oro, estaba bebiendo a la par con su general y disfrutando de esa velada que lo alejaba momentáneamente del campo de operaciones. Chkuro admiraba a su general. Denikin sabía poner en sus empresas un toque de delirio, que según Chkuro las convertía en poéticas... Habíanse conocido en la Academia Militar, siendo Denikin instructor y él cadete. Luego, juntos de nuevo en la contienda mundial. ¡Qué gusto sentía al lado de este militar que mantenía inalterable sus vivencias y transportaba consigo su bodega! El tiempo parecía detenerse en él. Respiraba y transmitía su sentido cristalizado de la existencia.

Ya habían terminado de cenar y estaban sentados en sendos sillones junto a un hogar crepitante, cubierto el piso embaldosado con pieles de oso, con una copa de coñac en la mano y disfrutando sus cigarros. Denikin sorbió su coñac, aspiró su cigarro, pareció absorto por un momento observando las volutas de humo y finalmente dijo.

—El zar siempre es el zar. Nicolás era un hombre débil. Se dejaba manejar por aprensiones y por la zarina. Siempre pareció un sonámbulo en medio de los acontecimientos. Pero un zar es siempre un zar. Las monarquías corren ese riesgo. A veces sus miembros se debilitan. Desde Iván que no hemos vuelto a tener otro gran zar. Y ningún gran duque está a la altura de la necesidad. Cuando el árbol se malogra se abaten sus ramas. Vamos a replantar ese árbol, Chkuro. Sufragaremos si es preciso entre los duques y príncipes en circulación el trono. Y hallaremos lo que necesitamos. Ese uno, quien quiera que sea, será otra vez la insignia. Piense en esto cada vez que lance sus hombres a la lucha.

Chkuro salía de esas veladas un tanto embriagado, es cierto. Pero aleccionado. Y él mismo se veía en algún lugar prominente en la próxima programación regia.

XVIII

HOLOCAUSTO

En ese enfrentamiento, ese ir y venir, ese trajín incesante de hombres, bestias y armas, el saldo era siempre vidas. En una, entregadas a una finalidad peregrina e insensata de restauración de un sistema de gobierno ya caduco; en la otra, sustentada por nociones de solidaridad, cooperación y libertad para todos, el mundo nuevo. Y si bien en ambos casos morían seres humanos, en unos la vida no aquiría más valor que el propio, de ganarla o perderla, mientras que en los otros en cambio, ésta se proyectaba sobre obras y anhelos socioeconómicos y de comunidad, con base altruísta y no egoísta. Recalcar la diferencia siendo obvia, tiene por objeto distinguir, cuando la respuesta es la vida, una vida de otra vida. Aún ahí. Porque la cuestión en esa última instancia ya no es por qué se vive, sino por qué se mata y por qué se muere.

En uno de los asaltos tan frecuentes en esa guerra, una avanzada de la caballería cosaca logró romper las defensas e internarse hasta llegar a Gulaï-Pole. Espoleados por el suceso, cual el vértigo y con salvaje determinación devastadora, ya se internaban por sus calles cuando, reuniendo una partida improvisada de la propia aldea —la guerrilla se encontraba en el frente—, Boris Veretelnikoff, aquel deambulante que se encontrara con Makhno en Moscú y que de regreso a Gulaï-Pole se integrara al *soviet* de educación, salió a atajar a caballo, apremiando con voces a quienes quisieran emularlo contra los que invadían la aldea, esa horda que los cuadruplicaba en número.

Como mastines hambrientos y furiosos los caucasianos, viendo esa fuerza de unión se lanzaron tras ellos, dejando para después el cebarse y celebrar en la aldea. Veretelnikoff, arrastrando tras sí a esos sabuesos feroces, entreviendo el lugar ideal para pertrecharse,

se guarneció con su grupo en el Escarpado. Llegados con los cosacos pisándoles los cuartos, tuvieron el tiempo de alejar la caballada y atrincherarse tras las rocas. Sus perseguidores, envolviendo con su griterío y sus descargas el lugar, disparaban contra esos cincuenta, a los que apenas si veían, pero que ya los tiroteaban replicando. Contra lo presumible, los cosacos, a sus primeras bajas, en vez de pertrecharse y como recién atacados de furia incontenible, lanzaron sus caballadas en repetidas oleadas en pos de sus tiroteadores. Chisporroteaban los herrajes de las bestias entre las piedras. Con desprecio total de sus vidas y fustigados por el propio fragor que ellos mismos imprimían al enfrentamiento, convirtieron la escena desde el comienzo en volcánica. ¿Qué fiebre los arrojaba con tal saña? ¿Qué fuero íntimo sentían herido para aparecer tan feroces? Era muy difícil mantener templado el ánimo para semejante demostración. Anticipaban el pánico. Adelantaban el terror. Todos reían, blasfemaban y llegaban cada vez más hasta los bordes, en un giro endemoniado, enloquecedor y sin dejar de tirar sobre los sitiados. El cúmulo de metralla y granadas por momentos se hacía pavoroso. Y eran no menos de doscientos los jinetes que trataban de asaltar y barrer a los pertrechados. Veretelnikoff, el alma de esa resistencia, saltaba y corría de un sitio a otro, animando, disparando su revolver, sable en mano, llenando vacíos, cubriendo y corrigiendo, seguro de que tenía perdida la vida, pero dispuesto a cobrársela muy cara. Eran muchos, inmensamente superiores esos caucasianos. Y en la ocasión aparecían presos de una cólera sin medida, poniendo en la pelea un amor propio que espeluznaba y paralizaba a quien los viese. Veretelnikoff redoblaba su aliento.

—¡No dejes de tirar, Aliocha! ¡Martilla duro el arma, Skolnikov! ¡Ésos no defienden ideales! ¡Nosotros sí! ¡A ése! —señalaba a uno que más rápido que la luz ya había disparado a Parhevich, dejádolo seco con una bala entre ceja y ceja.

Por detrás, por delante, corriendo como un gamo, saltando como un tigre, enfrentando y retrocediendo si así lo requería la estrategia, haciendo o intentando que cada uno de sus hombres se convirtiese en hombre de diez manos, diez respuestas, cien tiros, cubriendo y defendiendo esas dos ametralladoras que poseían como si fuese —¡y lo eran!— el sostén de sus vidas, Boris Veretelnikoff se prodigaba desesperado y loco ya, de comprobar como esos doscientos jinetes girando y espoleando en torno, abrían brechas, silenciaban armas, dejaban muertos, heridos, impedidos inservibles abiertos por la explosión de granadas a los que se veían precisados a ultimar a fuer de caer en el pánico y porque ellos mismos lo pedían. ¡A gritos lo pedían! Si bien

algo así también ocurría en el campo enemigo, Veretelnikoff contaba sus propias bajas y agotaba sus estímulos. Y aún en la vorágine, donde la sangre y la pólvora producen un estado de ebriedad y ceguera mental casi completa y no se hace más que martillar el arma o quedar catatónico, paralizado, anticipando la muerte, él comenzó a tener los anuncios ineluctables del colapso, la catástrofe sobreviniendo. Y esos hombres que ya iban siendo cadáveres, también tuvieron cada uno su anticipo.

—¡Ánimo, camaradas! ¡Arriba, Kopek! ¡Bravo Tulsa! ¡Así! ¡Un poco más! ¡Ya llegan los nuestros! ¡Makhno viene! ¡Badko ya viene!

Y los que llegaban, multiplicándose, eran los cosacos. Ya habían rechazado a algunos que rompiendo la primera defensa, habían penetrado hasta el centro mismo de la resistencia. Ahí se produjo un duelo violento de sables; llameaban los ojos de las bestias lastimadas en esos pedregones afilados; chispeaban sus herrajes, se enconaban sus jinetes y hendían con sus brazos armados lo que se les ponía por delante. Pero no a Veretelnikoff. Que se convirtió en presa preferida de los atacantes. Éste, aferrando un freno, hacheando con su espada la pata de algún animal, derribando a esos jinetes, cual un titán. Entonces sí, ¡ay! Los acababan haciéndolos pedazos. ¿Podría decir nadie cuánto duraba eso? Allí el tiempo se comprimía, se desorbitaba, saltaba de sus registros convencionales. ¡Qué fragor de cataclismo anunciando muerte!

En medio de ese vertigo terrible, cebados los mastines, dispuestos a vender caras sus vidas los asediados, viéndose disminuir, viendo a cada lado, cada uno, muerte y muerte, sintiendo la suya propia no ya perteneciéndole, cercanos al espanto, al terror y sin embargo y por eso martillando sus armas con ferocidad de garfios, en medio de todo ese espeluznante suceso alguien increíble, una mujer envuelta en una capa de piel de lobo hasta los tobillos, descalza, su larga cabellera al viento cubriéndole momentáneamente el rostro, de ojos enormes, pequeña ella, tremendamente pálida y sumida, de boca relativamente grande, deformada por vaya a saberse que estrago febril, se abrazaba a los muertos y a los heridos partisanos, llamándolos a los más por sus nombres. Y los besaba. A cada uno. Los besaba en la boca así la tuviesen destrozada. Sangrante. Y lloraba. No cesaba de llorar. Expuesta como se encontraba, las explosiones y las balas se sucedían sin tocarla, como si fuese inmune...

Hasta que cesó el tiroteo y no quedó nadie entre esas piedras para replicar, nadie en pie, salvo ella, francamente enajenada, que seguía besando muertos. Su rostro ahora se hallaba transfigurado; y

vuelto impresionante su aspecto. La sangre le manchaba el rostro, le apelmazaba el cabello y le llenaba de lamparones húmedos y pegajosos la piel de lobo. Solamente sus ojos de brillo desmesurado, hubiesen ya bastado para darle esa apariencia de irrealidad.

La horda caucasiana invadió el lugar para rematar a los que sobrevivían. Y se encontró con esa visión entre las piedras. Primero creyeron fuese algo de otro mundo, una imágen o quizá la misma muerte. Luego alguien, uno más atrevido o codicioso, de un manotón le arrancó la capa y le rasgó la camisa. Se soltaron sus escualidos pero jóvenes pechos y el descubrimiento de eso les arrancó un alarido de júbilo salvaje. La echaron por tierra y entre risas y blasfemias comenzaron a cumplir su propósito. En ningún momento ella profirió ningún grito ni ofreció la mínima resistencia. Y seguramente hubiese muerto en ese intento, aunque morir también se muere sin perder la vida, si al fin, si bien tardías, otras fuerzas insurgentes no hubiesen llegado para limpiar el área de esos mastines.

Ninguno de esos valientes defensores quedó con vida en el Escarpado. No hubo quien en Gulaï-Pole, no llorase un deudo, un amigo, un camarada. Se resolvió incinerar a todos en ese mismo lugar. La ceniza de cada uno fue recogida. Alguno la conservó. Los más resolvieron lanzarlas al viento. Para los caucasianos muertos se cavó una fosa común.

No termina aquí este suceso. Fomá Fomáfovich, desde que Veretelnikoff le negara la oportunidad de combatir cuando se ofreció para ello, se había quedado merodeando el paraje. Así resultó ser el único que vio, en ese mediodía gélido, a esa figura que avanzaba envuelta en su capa de piel, la cabellera al viento, hacia el Escarpado.

—¡Mara! —se asombró—. ¡Esa muchacha es Mara! —dijo.

A Makhno le llegó la noticia en un lugar indeterminado del largo frente. La magnitud del suceso del que fueran protagonistas sus hombres lo conmovió vivamente. Hizo una pausa en su actividad y se recogió para despedirlos. Lo acompañaba Pedro Archinoff.

—No, no es de esto de lo que quiero hablar... ¿Qué podré decir yo de este sacrificio, de este maravilloso arrojo? ¿Qué dolor manifestar que no sea el de cualquiera en Gulaï-Pole. Pero, no sé si tú lo sabes, no es de esta sola manera que me afecta... —se zampó un vaso grande de vodka—. ¿Tú, no bebes? Me haces sentir mal bebiendo solo. ¿Fumas?

Archinoff lo miraba y callaba.

—Estoy comenzando a comprobar que cada vez me parezco menos al resto, ¿entiendes? —dijo Makhno—. Oh, qué es lo que no comprendes tú, amigo.

—Te haz echado sobre las espaldas un duro trabajo, Néstor.

—¿Ves qué rápido te das cuenta? ¡Me encantaba charlar contigo! Sí, buenas espaldas... ¿Pero, y la cabeza? ¿Sabes, amigo, que a un hombre como yo le está vedado pensar en ciertas cosas y de cierta manera? ¿Te das cuenta de lo que estoy hablando? —se llenó el vaso y volvió a beber un largo trago. Quedó por un momento absorto—. La cuestión, ¿sabes? —dijo al fin—, es que de un tiempo a esta parte no hago más que despedirme de mí mismo. Mis hombres se mueren y yo ni tiempo para pensarlos tengo. Y lo mismo me pasó con Emelián.

En ese momento se sumó Isidoro Luty que venía de Gulaï-Pole.

—Hola, amigos. ¿Interrumpo?

—¡Oh, tú!

—Buenas noches, camarada.

—Siéntate. ¿Bebes? —Makhno le llenó el vaso.

—Vengo de ver a Ludmila, la viuda de Veretelnikoff.

—Eso está bien —dijo Makhno—. Yo le debo mi condolencia...

—Si lo dices por consuelo... No te apures. ¿Quieres saber? Me resultó la mujer para tal compañero.

—Aceptó su suerte.

—Más que eso. «Morir iba a morir cualquier día, Boris. Esto ha sido bello». Dijo. Y con lágrimas que parecían quemándole, agregó: «Bueno, morir por esta causa, siempre será bello».

—¡Diablos! ¿No es fantástico? ¿Qué clase de gente está guardada en este pueblo? —se asombró Makhno.

—Eso es justamente la revolución. No sólo un cambio en la superficie. No todo economía, ni todo trabajo libre. La revolución cambia la vida. Modifica los objetivos —dijo Archinoff.

—Y el fiel de los valores —agregó Isidoro.

—¡Y me lo están diciendo! ¡Lo merezco! He aquí a Ludmila: si rota, entera. Tal compañera para tal compañero... Y seguramente que así las demás. Y quisiera creer que así... No, qué así —se rectificó Makhno—, seguramente que así, también, Mara... —los observó—. ¿O no? ¿Ella no? ¡Ella, hoy se inmoló del modo más doloroso sin embargo! No me dirán que está trastornada... La hermana de Anatol es más anárquica que todos nosotros. ¡Y qué si no cabe en este mundo!

XIX

AMOR COSACO

En el campamento de los cosacos, a media distancia de los sucesos recién narrados, esa noche, mientras los demás comentaban, se burlaban, alardeaban de su hazaña, un joven cosaco, arrebujado en esa capa de piel de lobo de la que se había apoderado en la incursión a Gulaï-Pole, permanecía aislado en un hueco practicado a propósito en la tierra para meterse en él y dormir. Tenía los ojos muy abiertos y no dejaba de acariciar la capa. Considerado el modo de encarar la existencia de un cosaco, ese gesto resultaba natural, dado que esa prenda era suficiente galardón para cualquiera y con ella seguramente podría pasearse orgulloso entre los suyos.

—Ése es Darío. Ahí va Darío, el de la piel de lobo —dirían envidiándolo sus compañeros.

Mas no era eso, no iban por ahí sus pensamientos. Algo distinto, insólito, desconocido para él, le martillaba la mente. El joven cosaco, de viril estampa, alta talla, bigote incipiente, cabeza rapada con ua colilla trenzada que le llegaba a la espalda, oriundo de esas comarcas pegadas al mar Azof, tenía el cuerpo espigado y armonioso de los nadadores que se inician desde niños y la decisión denunciada en el rostro mongol de los que afrontan desde temprano a los elementos y a los hombres. Su quijada era firme, resuelta. Su boca de labios diseñados, franca la mirada. Sus manos y sus dedos como tenazas. Y siendo joven, contaba diecinueve años, ya era respetado entre los suyos por su vigor, su audacia y la alegría salvaje con que enfrentaba el peligro. Pero y en esto esos juicios eran inapelables, debiendo aún hacerse hombre en esas cosas que determinan cuando uno ha alcanzado la madurez. Y en el Cáucaso, entre los cosacos, motivado quizá por su misma vida azarosa, involucrada frecuentemente en las reyer-

tas que mantenían con las tribus mongoles, se maduraba tempranamente o ya no se maduraba nunca. Y al parecer, era llegado el tiempo de Darío.

—Lo hemos visto todos —decía en el campamento cosaco uno, al parecer más comedido que los demás—, cuando Darío salió de la mujer, Darío estaba lleno de sangre. Darío es todo un hombre.

—Eh, chico. ¡Darío! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? Hablamos de ti. ¡Bravo chico!

—Déjalo, que seguramente descansa y recuerda... —apuntó uno socarronamente haciendo reír.

—¿Qué descansa, dices? ¿Descansar habiendo tanto que recordar? ¿De qué vale compartir cosas si luego cada cual se las guarda para sí? ¡Darío! ¿Dónde estás chico? ¿No te harás ver? ¡Darío! ¡Darío! ¿No vas a compartir con tus camaradas los gustos de la vida? —no muy firme sobre sus piernas, el cosaco Gravinkoff, con su porrón de aguardiente en la mano se encaminó en su busca, rodeando esa hoguera con la que todos se alumbraban y calentaban—. ¡Oh, aquí está el pollo! ¡Y metido en su hoyo con su piel de lobo! ¡Déjame ver eso, chico! —intentó tocarlo.

El golpe que recibió con la planta de las botas en el pecho, le hizo soltar el porrón que se estrelló contra el suelo y, a él mismo trastabillar. Un coro de risotadas acompañó la acción.

—¡Atente!

—¡Ya ves que no es un crio!

—¡Bébete ahora tu aguardiente!

La mofa de esas voces lastimó más al cosaco que el golpe recibido. Extrajo un puñal y se acercó a Darío con las peores intenciones. Viéndolo venir, Darío se levanto de un salto y cogiendo un leño de los que utilizaban para alimentar el fuego, se situó en posición de aguardar la embestida. Ahora, recién lo advertía, él estaba buscando algo en qué descargar el intrincado nudo que lo sofocaba desde que le ocurriera ese suceso. La primera embestida la eludió y dio en cambio con su garrote en el lomo de su contrincante. Risas y voces de regocijo acompañaron esa acción. Volvió a la carga Gravinkoff y otra vez a recibir un mazazo, esta vez en las costillas. Se las oyo crugir. Arrecian ron las risas. En derredor los fustigaban.

—¡Bien, Darío!

—¡Enséñale a ese pollo, Gravinkoff!

—¡Hazle sentir la punta!

Los dos contendores se habían trenzado y forcejeaban. Uno tratando de afirmar el brazo con que sujetaba el leño y oprimía el cuello

manteniendo de espaldas a su rival y éste, cada vez que lograba librarse un poco de la opresión, machacando a cabezazos la cara de Darío y buscando entrarle con su filo. En derredor, de lo más excitados, sin dejar de beber ni azuzarlos, los demás se apiñaban tomando partido por uno o por el otro según su preferencia, en el máximo disfrute, habitual entre ellos, en que culminaban sus veladas. Y a veces matándose. Que era su ley.

—¡Záfate, perro viejo!

—¡Golpéale las delicadezas!

—¡Por Cristo! ¿Pelean o se están amando?

—¡Guárdate! Que lo pone hermoso con la cabeza.

Gravinkoff no había logrado deshacerse de ese abrazo, pero sí había podido ladear un poco toda su posición, de modo que ya podía utilizar mejor sus manos, aunque la que tenía armada, como en un cepo bajo el leño que le ahogaba. Forcejeaban. Se pulsaban. No era la consecuencia física de la pelea su mutua preocupación. Ahora ya todo era por el orgullo. Vencer. Como fuera. Si algo mantenía erguido a un cosaco era justamente eso. Como entre lobos marinos. O machos cabríos. Perder era declinar. Más vale no meterse en esa si se iba a perder. Para un joven, por su frustración. Para un maduro, porque podría resultar la antesala del arrumbe final. Derrotar a los enemigos corrientes era lo habitual. Se descontaba. Regresar de cualquier incursión ya era haber vencido. Pero la valía ulterior, la que consagraba, se dirimía entre ellos, los bravos. Los más bravos. Los ya legendarios cosacos del Don.

—¿Me soltarás ya, pollo? —espumarajeaba Gravinkoff.

—¡No antes de ahogarte! ¡Deja el cuchillo! —sangrante la boca, escupía Darío.

—¡Nunca! ¡Después de darte en la carne!

Los dos jadeaban. Forzándose. Atentos a la menor declinación muscular. Como anudados uno al otro. Estando en esas, buscándose flaquezas, logró Gravinkoff darle un manotazo precisamente en la zona más dolorosa y delicada, la que hace que los hombres se doblen. Darío, acusando el golpe lo soltó. Por poco no lo remata Gravinkoff. La punta de su arma le abrió de arriba a abajo la chaqueta. Darío vio relampaguear el acero y apenas si alcanzó a echarse atrás. Pero perdió el leño. Por un momento pareció expuesto. No le quedaba más que morir allí o echar a correr.

—¡Corre! —le gritó Gravinkoff como una advertencia.

Darío se aprestaba a dejarse matar, cuando alguien le tiró un sable que recogió en el aire. Ya iban a encararse para morir seguramente alguno, cuando un disparo sonó a pocos pasos de los dos.

—¡Suficiente por esta noche! ¡Reserven sus fuerzas para mañana! ¡Temprano salimos a matar impíos! —ordenó el oficial.

Darío volvió a su hueco. Tenía el rostro maltrecho, tumefacto un ojo, partida la boca y el golpe en los testículos. A pesar de ello se sintió aliviado. Y tenía a su favor el golpe en las costillas que había propinado. No había estado tan mal que digamos... En cuanto se echó encima la piel de lobo, de inmediato le sobrevino la reminiscencia, mesida ahora por un dejo de íntima satisfacción, complacido por haber hecho lo que debía. Mas, ¿era eso natural, por tan poco, alzarse como lo hizo? ¿Y era tan poco? ¿Es que hay alguna medida determinada para graduar la reacción de un cosaco? Y no es que fuese la primera vez que se liase a golpes, pero por un motivo semejante, seguramente que sí. Algo distinto, sorprendente, le había acabado de ocurrir ese mismo mediodía. Él sabía como era eso. Pero nunca así. Todo resultó de un modo bastante inesperado. Transcurrió cuando vio salir de su resguardo oculto esos senos blanquísimos, columbrados de pezones morados. Cuando al primer albor despertó, no sabía él todavía, que había enajenado su libertad y su disposición de alegría, por una quimera que le sorbería el seso y la vida.

XX

EL PACTO

La revolución bolchevique —ya lo dijimos— corrió presurosa a reintegrar Ucrania —la hija negociada— al seno familiar. Pero en vez de hacerlo con la conciencia agradecida y el corazón enternecido, dispuesto a enjugar agravios, humillaciones, enlodamiento inevitable, se apersonó con la soberbia de esos padres seglares que jamás reconocen errores. «No error», era la *condición* expresa de su filosofía más íntima y lo que le daba el carácter de *tácticos* a cada uno de sus actos políticos, justificándolos. En nombre de la revolución por venir... Y con ellos acompañando, cómplices, encubridores y alcahuetes, la intelectualidad marxista internacional. Y por muy honrados que pareciesen. Tras esa negociación en que se entregó sin reparo Ucrania en manos de saqueadores, violadores, asesinos, por preservar a su costa su vigencia potencial histórica, enfangados sus postulados revolucionarios por el mismo hecho aberrante de prestarla, volvió a ella con la tónica arrogante del rufián, pasando por alto, dejando atrás, como sin concederle conocimiento, el servicio prestado, gracias al cual la revolución roja sobrevivía. ¡Qué especulativa y despreciable actitud la de esos marxistas superándose a sí mismos, enceguecidos por el Poder y el Estado, rindiéndose a él como un moderno *Baal* y adorándolo por encima de toda dignidad! ¡Qué cobarde y miserable ruindad la cometida! ¡Qué ignominia y cuántas más aguardando, inaugurales de un cinismo manifiesto habrían de sobrevenir, amparados en la aureola de revolución proletaria con que encubrían este colosal calote a la clase trabajadora mundial, a la que terminaron entregando en brazos del capitalismo, *setenta años después*!

«Si por causas de público conocimiento la revolución no llegó hasta hoy a Ucrania, lo es al fin. Este es el momento —Decía Lenin arengando a los suyos en el seno del Soviet Supremo, en el instante en que impartía orden de desalojar a Petliura de Kiev—. *Vamos a restablecer el Poder central en la región. No soportamos autarquías. Seguramente que tras la ocupación austro-alemana, tal si fuese una deuda que hubiésemos contraído con los ucranianos, ellos alientan supuestos derechos que querrán reclamar. ¡Qué error! Si eso fuera, significaría que deberíamos constituirnos en paliativo de todos los damnificados en Rusia. ¡Eso es imposible! ¡La revolución no es una sala de primeros auxilios! La revolución no es sólo una ganancia: ¡es una prueba! Ni tampoco una línea recta que conduce a un fin. La consigna es, pues: ¡orden en Ucrania!»*

Como quien toca de una higuera un higo maduro, así cayó Petliura en cuanto debió enfrentar al ejército rojo. Pero, condición de esos tiempos, pudiendo haber quedado definitivamente liquidado, sobrevivió en razón de que los comunistas no dispusieron de fuerzas suficientes como para acabarlo. Tal en realidad el precario grado de su movilización. Petliura logró escapar y refugiarse y aguardó hasta que se le presentase una nueva ocasión. Ya veremos reaparecer a esta fuerza rodante que ligando sus actos a su propósito separatista, todavía tuvo que ver en los acontecimientos...

El ejército rojo para la región tenía por comandante a Dybenko. Íntimamente ligado a Trotzky y en verdad no mucho más que su vocero. (Cuántos personeros por el estilo hicieron su carrera por el sólo talento de su obsecuencia. El nombre de Dybenko fue perpetuado dándole nombre a una ciudad hasta la borratina de 1992). Después de desalojar a Petliura de Kiev, tomó Ekaterinoslav y acabó instalando su cuartel general en Sinelnikovo, el máximo de internación a que se atrevió, dada la creciente influencia que desde ahí en más advirtió que tenían los makhnovistas que velaban en pie de guerra esas tierras. De inmediato comprendió que únicamente a costa de un franco enfrentamiento con la guerrilla y esto de resultado sumamente incierto, podía corregir esa situación, de manera que prefirió aguardar y posponer para más adelante su intención de avanzar... Pero en Sinelnikovo lo apremiaron sus pobladores a través de sus comités revolucionarios. En mítines abiertos con gran concurrencia de la población, en la que no faltaron soldados rojos ganados por la causa makhnovista, se exigía que el ejército rojo se plegase a los makhnovistas en su esfuerzo por contener la invasión de los blancos. Por esas manifestaciones, tuvo Dybenko motivos anticipados para detectar el grado de anarquización de la población. Ante el cariz de revuelta, Trotzky autorizó a su comandante para que contactase con Makhno

en procura de una alianza, previo a instruirlo debidamente. Dos semanas tardó todavía Dybenko en establecer su primer contacto oficial y directo con los jefes de la guerrilla.

Dos semanas de una obstinación por fin quebrantada, tuvo sabor a triunfo para los insurgentes. Esta maniobra dilatoria de los rojos, tendiente a asentar preeminencias, si los previno, no sirvió para borrar las diferencias de criterio que los devidía en relación a los rojos. Había quienes creían que la sola presencia de efectivos rojos en la región cambiaba de hecho toda la situación. Había quienes, más cautelosos, desconfiaban de la intención; y quienes, más radicales, se oponían a ningún trato sobre alianzas o pactos con el Poder soviético. ¡Y esto frente al apremio de la invasión a las espaldas!

—¡Qué hablan, compañeros! ¡Estamos careciendo de todo, camaradas! ¡En un par de semanas no tendremos municiones! —encarecía Karetnik.

Y cierto era. Esa razón resultaba incontrastable.

—Primero peleamos. ¡Después discutimos principios! —apoyaba Osseroff

—¡Yo peleo por principios! ¿Por qué peleas tú? —replicaba Belach.

—Nada es sincero en los bolcheviques —alarmaba Kurilenko—. ¡Cuidado! Se han estado meditando dos meses qué hacer. Y luego estas semanas más en Sinelnikovo. Nos quieren con la lengua afuera y de rodillas. ¿Todavía hay quien cree que nuestra información estuvo siendo saboteada? ¿Por qué nunca jamás enviaron veedores a verificar nuestras denuncias de invasión? ¿Por qué ahora sí nos buscan? Ahora podrán presumir de salvadores. Y exigirán prioridades por ello. Ya verán.

—Déjalos, Kurilenko; ellos son así. Lo importante es que ahora nos buscan. Y los necesitamos —decía Luty.

—¡ Y vaya si los necesitamos!

—¡En mala hora!

—¿Por qué en mala, Belach? Ellos son pueblo. ¿No son pueblo? —preguntó Karetnik.

—Ellos son comisarios ¡Vendrán a mandarnos! ¡Y a traicionar la revolución obrera y campesina! Lo han hecho en Rusia. Les falta Ucrania. Nuestros compañeros llenan las cárceles en Rusia. Pregunta en Moscú, Petrogrado, Petersburgo. Y aquí nos truecan, nos venden y ahora nos coquetean. ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¿Necesitarás ver

que se nos masacra en nuestra propia tierra, en nombre de otra revolución, para abrir bien los ojos? —a Belach se lo llevaba el diablo.

Makhno hacía suyas muchas dudas. Pero entendía que con Denikin galopando las últimas reservas, más valía escuchar la propuesta bolchevique.

—Si nos enredamos con ellos nos perdemos, Makhno —no dejaba de alarmar Belach.

—Conozco a esa camada. Buscarán sus ventajas. ¿Si nos proveen de armas, podemos negarnos a aliarnos?

—¿Aliarnos? Dices conocerlos, Badko. ¡Querrán tragarnos!

—¡Se atragantarán con nosotros!

—¡Pero si no tenemos con qué seguir guerreando, Belach!

—Desgraciadamente, es así —decía Martchenko.

Privó el criterio de no rehusar la ocasión. De cualquier manera, el encuentro tenía sabor a reconocimiento. Si con todas las reservas del caso, ahí estaba el poder central... Y la makhnovichina tenía su propio peso... Con esa tónica se presentaron a su cita en Sinelnikovo. Tal cual lo preveían nada resultó llano allí. Lo sinuoso, alterable, condicionado fue el signo distintivo de las reuniones. Y las hubo... Cada propuesta comunista debió ser minuciosamente analizada y corregida, pues todas escondían en su semántica, razones y obligaciones que por una coma, una preposición, inclinaba el fiel hacia los bolcheviques. Si Dybenko parecía apurado, pronto se reponía. Hubo una ocasión en que por cinco veces, cada una con su consiguiente discusión, se repitió, si con ligeras variantes el mismo error de transcripción. ¡Y eso que aún no se discutía nada definitivo sino tan sólo se redactaba un borrador! Descubiertas y planteadas desde el comienzo de las conversaciones las dos concepciones opuestas de la revolución, una en nombre del *Soviet* Supremo; la otra, el derecho a mantener su plena autonomía, se debatían sin lograr acuerdo. Todo y sabiendo ambas partes que el tiempo apremiaba y que las fuerzas blancas desbordaban... Pero allí, justamente frente al apremio del tiempo, valiéndose de él para presionar, se tomaban el suyo para no ceder...

—¡Camaradas, camaradas! No hablemos de diferencias, es odioso. Los dos representamos al pueblo —decía Dybenko en una de esas sesiones.

—Justamente —replicó Makhno—. Lo último que quiero es pelearme con ustedes.

—No, camarada. Déjeme esa frase a mí. usted es un león. ¡Quién piensa en pelear contra usted! No es un término para que circule entre nosotros —protestó ampulosamente Dybenko—. Usted ya

batió a Skoropadsky, a Petliura, a Blumental; los diarios de la capital resaltaron sus hazañas.... Ahora mantiene a raya a Denikin. Pero con Denikin eso no basta. Tenemos que batirlo. Ese triunfo lo reclama el ejército rojo. Ahora que estamos con las manos libres.

—¡Lo reclama!

—Dos mandos no son concurrentes. Ya hemos discutido eso —dijo Dybenko, contestando a la réplica.

—Si tienen con qué, abandono el campo y les dejo a los blancos a ustedes —apuraba Makhno.

—No ponga las cosas en esos términos, Badko Makhno. Ponga sus tropas bajo nuestro mando y juntos venceremos a Denikin. El ejército rojo es el ejército de todo el pueblo de Rusia. ¿No habitan también ustedes en Rusia? ¿Y no son también rusos, ustedes? ¡Oh, fíjense lo que me hacen decir! ¡Cómo si lo son! ¡Seguro que lo son! —ese general de cabello negro encrespado, gafas de carey, bien rasurado y con un ligero acné que parecía supurarle en el nacimiento del pelo en la frente y que sin cesar se secaba con una leve presión de su pañuelo, hacía tres días que discutía las condiciones de esa alianza con Makhno y algunos de su estado mayor.

—Bien, Dybenko, ya ve, estamos en el punto constante... Conozco sus condiciones. Yo no soy más que uno entre tantos. Debo volver a consultar.

Dybenko observó, a espaldas de Makhno. Estaban Martchenko, Luty, su ayudante Tchubenko, Karetnik, Belach y Kurilenko.

—¡Oh, ni lo piense, camarada! —se apresuró Makhno—. Ya sabe, usted. Tampoco ellos tienen poder de decisión. Debemos rendir cuentas hasta al más recóndito de los insurgentes de la región.

—¿No exageran? —se exaltaba Dybenko —volvía a ver toda la cuestión fluctuando—. ¡Ah, pero no quisiera discutir más! Y total que mientras más discutimos, más se aprovecha Denikin. ¡No es posible consultar por cada cosa! ¡Qué sería de Rusia si eso fuera! ¡Estaríamos parados, viviríamos votando! —agregó con causticidad.

—¿Y por qué no? Eso sería bien anarquista —contestó Tchubenko.

Dybenko se lo quedó mirando. ¿Hablaba seriamente ese muchacho? Y eso fue lo que descubrió de pronto y lo sobrecogió; casi todos ahí, bien mirados no eran más que eso: gente joven... Desesperó.

—¡Camarada! ¡Por favor! ¡Eso sí que no! ¿Cuánto hace que discutimos? ¿Y cuánto más habremos de hacerlo? ¡Y con el enemigo al frente! De Moscú nos apremian. ¿Por qué no concluímos y firmamos el tratado al menos en principio? En muchas cosas estamos de acuerdo. «Sincronizado bajo un solo mando», eso es cuanto alegamos. ¿No

es lo más justo? Todos integrando el ejército rojo. ¡El ejército del pueblo! —concluía Dybenko como si lo proclamase, en el cúmulo de un entusiasmo repetido que no alcanzaba para promover un entusiasmo recíproco. Y ahí donde debiera caerse, él se retemplaba ante la atónita presencia de los que soportaban su maratón. Idéntica requisitoria, infatigable y más que templada insistencia—. Camaradas, firmemos el tratado. Yo comprendo muy bien sus puntos de vista. Yo les prometo que seremos cuidadosos de sus fueros. Lo seré yo, que seré quien habrá de comandarlos. Se trata más bien de algo protocolar: de un documento público... De puro efecto para la población. No siendo así, ¡cómo especificar y justificar que ustedes están condicionando nuestros mandos! ¡Eso es inaceptable!

—No condicionamos nada —le cortó Makhno—. Hablamos de colaborar. Ustedes con sus mandos; nosotros con los nuestros. Y no se preocupe: los pueblos de esta región comprenden naturalmente su significado sin desmedro para ninguno. Dennos las armas y municiones, compartamos la estrategia y enfrentemos a los blancos. Así de sencillo.

—¿No estoy proponiendo lo mismo? ¿Qué alcance le dan a mis palabras? ¡Y luego dicen que soy quisquilloso con los términos! ¡Cuánta suspicacia! Pero, ya dije, yo no quiero discutir más: llamémosle secretamente: «colaboración». Pero no puede, no debe trascender de ese modo. ¡Qué esperanza! Así me decapito —ahora sí parecía trasudarle el acné—. ¡Somos el poder central! Representamos a Rusia entera. ¿Cómo podríamos aceptar desde el punto de vista institucional y político de un gobierno con todos sus atributos como es el nuestro, una alianza pública con otro ejército ruso y con mandos separados? ¿No les suena ridículo? —se quedaba observándolos y luego echaba a andar moviendo la cabeza a un lado y a otro—. ¡No me explico, no, no me explico como no les parece a ridículo!

Los insurgentes, en cada uno de esos días, no dejaban de comunicar al comandante bolchevique los avanaces de Denikin, pensando a la vez que con ello apremiaban la decisión. Si por lógica no parecían errados, por deducción no hacían más que ponerse cada vez más en sus manos. Dybenko, implacablemente apremiado por Trotzky que paso a paso seguía los acontecimientos desde fuera de Ucrania, vigilaba y comunicaba a su superior los más ínfimos detalles de cada entrevista, transcritos en cada ocasión por oficiantes especializados. Saltaba a la vista el estancamiento de las conversaciones. ¡Y con Denikin ya casi comenzando a galopar!

—No crea todo lo que dicen, Dybenko —encarecía León Trotzky—. Si todavía comparecen y Makhno sigue en Sinelnikovo, no ha de ser tan crítica la situación. (A propósito, digamos que en alguna ocasión, Makhno y sus comandantes se prodigaron hasta el frente, de noche, para regresar a los mítines del día, con Dybenko). Cuando Makhno deje de aparecer, recién sabremos que son serios sus apremios.

—Estamos trabajando para el enemigo, Makhno. ¡Decídase! —decía Dybenko.

Los insurgentes palpaban los días. Así como cada día les hacía ver con mayor claridad la descarada y descarnada condición política que los bolcheviques intentaban imponerles, queriendo someterles, a la vez que hacerles sus aliados; cada día también, marcaba la amenaza creciente de la invasión blanca extendiéndose. ¿Qué determinar en esas condiciones? ¿Y cuánto más sostenerse? Pero entre quienes trataban la cuestión de la vida y la muerte de esos pueblos desde su lejano atalaya burocrático y toda la cuestión se configuraba en un expediente y un mapa y quienes eran la materia viva de todo ese conflicto y ya lo habían arriesgado todo y exponían su fruto, su mundo libertario conquistado en durísimas batallas, no parecía difícil especular un resultado. A eso apostaron los bolcheviques.

Los jefes de Makhno computaban por última y definitiva vez sus opiniones. A lo largo de esa cruenta odisea ucraniana y de esa pugna abierta o soterrada, ¡cuántas veces todavía, la guerrilla se vería compelida a la misma situación en otras situaciones límite!

—¡Qué ustedes se plieguen al Ejército del Pueblo, eso sí es razonable! ¡Qué haré para que lo entiendan! —parecía desesperando Dybenko.

—No se trata de entender; se trata de asumir. Cada quien es cada quien —le refutaba Makhno—. Usted no debe pedirnos que tomemos su palabra como garantía. Perdóneme la franqueza, señor comandante, pero es lo que estamos haciendo: franquearnos. O lo dejamos todo en palabras y para eso deberíamos empezar de nuevo... —el gesto de Dybenko rechazando la sugestión, movió a risa a la mayoría—. O lo ponemos todo en el tratado... y eso es lo que queremos. ¡No aceptaremos bajo ningún concepto ser separados del frente de Denikin! ¡Ni de nuestros mandos naturales!

—¡Qué ocurrencia! ¿Y quién piensa eso? ¿Pondrían bajo sospecha a los camaradas del *Soviet* Supremo?

Los insurrectos desconfiaban cada vez más. Por su parte los rojos preferían abandonar Ucrania a los blancos antes que ceder la oportunidad de ponerle el dogal a los guerrilleros.

—Déjelos que se batan, Dybenko. No tendrán otra alternativa que aceptar nuestras condiciones —decía Trotzky—. Está en el nudo de la pura lógica. Nosotros somos el gobierno. Ellos se dicen representando a un pueblo, pero les falta la titularidad que da, como en nuestro caso, nuestra sola presencia. El tiempo que les lleva explicarse, esa es nuestra ventaja.

—Nos desconfían, camarada.

—Lo dicho, se debaten. Caerán. Quisieran sacarse a los blancos de encima, pero no les alcanzan las fuerzas para más que contenerlos. ¿Y eso hasta cuándo? Doy por sentado que Denikin recibe pertrechos. ¿Querrá decir usted de dónde podrán obtenerlos los guerrilleros, como no los proveamos nosotros? No le preocupe que desconfíen de nosotros. Si pretenden nuestras municiones, no les impedirá extender la mano. Pero, ¿quiere saber?, estoy tentándome a abandonarlos a su suerte.

En el último momento, noticias llegadas del frente obligaron a la mayoría de los comandantes del Ejército Campesino a partir con urgencia. Dybenko se apresuró en comunicarlo a Trotzky.

—No están. Casi no quedó nadie. ¡Makhno partió hacia el frente!

—¡Cómo! —rugió Trotzky—. ¿Por qué no lo detuvo? ¿Cómo lo dejó partir? ¿No le sacó el acuerdo? ¿Ve? ¡Ahora deberemos correr nosotros tras ellos!

Si el apremio comunista era evidente, no era más fluida la situación en la comandancia makhnovista.

—Para mí el enemigo inmediato se llama Denikin y esto es lo que me preocupa ahora —dijo Martchenko.

—Sé que a la larga tendremos que vérnosla con los bolcheviques —dijo Osseroff.

—¿Y por qué a la larga? ¿Si acepta que a la larga, por qué no ya?

—Porque no tenemos con qué forzar esa situación, Belach.

—¡Ciertamente! ¿Tenemos con qué enfrentar a los dos? —dijo Oseroff.

—¡Dentro de poco a ninguno! —exclamó Gravilenko.

—Quiero decir algo —dijo Basilio Kurilenko. Su voz grave y su gesto pausado inducía a escucharlo—. Yo digo que los camaradas están usando la lógica para ubicarse en el contexto de fervor, de imponderables, de imposibles. ¡De imposibles sobre manera! ¿Qué lógica nos

movió siendo un puñado contra Skoropadsky; sin armas contra los teutones; nos arroja solos contra los blancos? ¿Y qué lógica podemos aplicar para explicar que este Poder inmenso de Rusia se avenga a tratar y a querer pactar con nosotros?

—¡A su manera! —le salió al paso Luty.

—¡Cómo sea, pero tratar y pactar! ¿No será que nosotros somos los últimos en advertir los verdaderos alcances y el real efectivo de nuestra fuerza? ¿No lo están diciendo los hechos? ¿Creen los compañeros que estando los rojos pensando en nada más que en destruirnos, demorarían una hora en hacerlo teniendo en sus manos el aplastarnos? Seguramente que no. Señal de que no sienten tan firme su hora y tratan de sacarnos partido. No especulemos tanto. Si me preguntan «¿qué entonces?», yo digo: «enfrentarlos». ¡Antes que después!

—¡Eso es sacar las cosas de quicio! —dijo Karetnik.

—¿Y qué? ¿Las quiere usted metidas en un brete, Karetnik?

—Pero, ¿es qué hay cómo continuar así? ¡Si nos estamos cayendo!

—Si quiere saber, camarada, más me preocupa que no saquemos a relucir nuestra garra proverbial y nuestra determinación, que esas han sido hasta hoy nuestras armas esenciales. Lo demás, lo hemos ido viendo, nos vendrá por añadidura. ¡Esclarezcamos! Nuestra marcha debe seguir como hasta hoy: iluminada y sin mengua ni lastre que la condicione. ¡Eso somos!

—El Ejército Campesino ha sido creado para sostener los postulados de libertad y trabajo de su pueblo —reapareció Belach—. No para sostener intereses políticos. ¿Qué son los bolcheviques? Son los traidores de la revolución.

—¡Lo son! Pero esgrimen las consignas caras a ese mismo pueblo que tú señalas, Belach. ¡Y que son casi las nuestras! Si repudio a sus comisarios y dirigentes soy solidario con la masa que conducen. A mí no me repugna.

—¡Esas masas y esas consignas son su pantalla! ¡Qué ingenuo! ¡Qué ingenuidad! Y esas masas están embotadas. Se someten al partido y a la autoridad, primero; para ser libres más tarde. ¿Cuándo? ¡Nunca! ¡Nada tenemos que ver con ello! —chilló Belach, en el colmo de la exasperación.

La diatriba se hacía interminable y recomenzaba con cada réplica. ¿Los ganó el agotamiento polémico, la intimación de los hechos, la razón? Finalmente, aunque con reservas bien explícitas en el tratado, aceptaron su firma. Estas fueron sus cláusulas. Lo que los bolcheviques concedieron a ellos en letra, lo reservaron para diluirlo y menoscabarlo en la práctica.

«A) El ejército insurreccional conservará intacta su organización interna.

»B) Recibirá a comisarios políticos nombrados por la autoridad comunista.

»C) No se subordinará al comando rojo sino estrictamente en lo concerniente a las operaciones militares propiamente dichas.

»D) No podrá ser desplazado del frente de Denikin.

»E) Recibirá aprovisionamiento y municiones igual que el ejército rojo.

»F) Conservará su nombre de Ejército Insurreccional Revolucionario y sus banderas negras. (La bandera de los anarquistas).»

XXI

ANARQUISMO O COMUNISMO

Firmado el pacto, reunidas ambas tropas, se lanzó el primer ataque conjunto contra la fuerza de Denikin el 12 de marzo de 1919. Los bolcheviques aportaban un ejército de siete mil hombres muy bien pertrechados y reforzaron mediante aprovisionamiento de armamento las líneas insurgentes. Fuera de este hecho efectivo, los avatares de la guerra vivieron los altibajos de un mando no lo suficientemente capacitado y más bien proclive a procurarse desastres y estrategias dudosas. Pero, así y todo, el peso de esos refuerzos bastó para atemperar la ofensiva blanca, aunque no para expelerla definitivamente. Los generales de Denikin hubieron de soportar ese nuevo contratiempo ya en el umbral de lo que consideraban al fin la invasión prevaleciendo. Denikin, en cambio, evaluando en su conjunto el panorama deducía que la presencia de esas fuerzas nuevas e inesperadas, no acababan de constituir una fuerza decisiva. Ello lo reforzó en su convicción de que los rojos no estaban ni preparados, ni en posesión de ningún ejército poderoso que oponerle... Eso hizo prodigarlo más en procura de un poco de ayuda extranjera. Un postrer esfuerzo les urgía en sus apremios a lord George, al presidente Wilson y a Clemenceau. Luchaba contra el tiempo. Comprobaba que el régimen contra el que luchaba tenía muy pesados los pies, lerdos los desplazamientos, tardíos sus reflejos, pero que no habría de ser inveterado y que su porvenir dependía del partido que él fuese capaz de sacar de esta mora. Encontrando su punto de apoyo donde sus generales no vieron más que una nueva dificultad, estimuló a éstos, a la vez a su oficialidad y a la tropa. Ahora se desplazaban avanzando por la costa del Azof en procura de Berdiansk.

La estrategia bolchevique concibió la idea de cortarles el trayecto hacia ese punto y coparlos allí. En esa ocasión los insurgentes

pudieron comprobar fehacientes, la falta de concepción estratégica adecuada de Dybenko y su estado mayor.

Estando comprometida en esa región toda la división del 7º ejército rojo con dos mil soldados, la mitad de ellos jinetes y la otra infantes y artilleros, reforzada con fuerzas que comandaba Stchuss en el orden de otros dos mil jinetes, resolvió el estado mayor comunista ofrecer batalla exponiendo peligrosamente un flanco y presumiendo que el enemigo, una fuerza de mil quinientos en total, no iba a poder aprovecharse de esa contingencia dado el peso con que se pensaba dotar a esa embestida. El comando insurgente que compartía la responsabilidad en minoría objetó el procedimiento. Aducían los makhnovistas que esa posición no era propicia para un copamiento y sí para una contención. Y que no valía el riesgo de dejar expuesto uno de los flancos. Justamente el que debían ofrecer los insurgentes. Se creó una situación de lo más delicada dado que las objeciones pudieron confundirse como de propio resguardo y no de pura estrategia. Y los rojos insistían en esta postulación. Dada la circunstancia los makhnovistas terminaron por aceptar la orden.

Stchuss no pudo librarse de una pizca de suspicacia. Él atribuía tal desaprensión a que no eran fuerzas rojas las que entraban en juego, sino las suyas. No era esta la primera vez que ocurrían cosas semejantes y ya se habían escuchado quejas a lo largo de todo el frente makhnovista. Parecía que los bolcheviques tuviesen más deseos de exterminarlos a ellos que al enemigo real. Pero los insurgentes eran tan hábiles, eficientes y arrojados, que una y otra vez salían airosos de sus trampas, dando pie así para que se considerasen infundadas todas sus objeciones previas y acertada la estrategia dispuesta. Como se ve, ahí la razón corría pareja con la suerte de la propia vida.

—Hasta que no nos presentemos como cadáveres estos rojos no se van a dar por contentos —se quejaba Stchuss entre los suyos—. ¿Cuánto tiempo más seguiremos así?

También en esa oportunidad, como en tantas otras, mediante estrategias adicionales que contemplaban los peligros de exponerse en demasía, los insurgentes lograron superar el lance de aparecer desguarnecidos. Viéndoles regresar airosos y triunfantes, la plana mayor del ejército rojo parecían incharse de vanidad por los resultados, pero para sus adentros contemplaba esas huestes con odio creciente. Buscando ciertamente su destrucción, no hacían más que acrecentar su prestigio, subrayando su fama de invencibilidad. Y esto tenía un resultado de lo más contraproducente para sus intereses entre su propia tropa: los soldados del ejército rojo admiraban a los insurrectos y

parecían inclinados incluso a dejarse influir por su ideario. Justo todo lo contrario de lo que tenían planeado los bolcheviques. Que muy a propósito, también habían lanzado bandadas de agentes y comisarios entre las filas de la guerrilla con la consigna de catequizarlos. El propósito resultó un fracaso completo. Esos agentes políticos chocaron con una concepción ya formada, de hondo arraigo. E insistir en su prédica ante hombres tan convencidos de sus propios principios y dispuestos a defenderlos, en alguna ocasión pudo costarles la vida por pertinaces y calumniosos. Por lo que resolvieron suspender esa actividad y contentarse con pasar el informe correspondiente a la superioridad. Con su inmutabilidad característica y aparente, los rojos soportaron las alternativas de esta lucha sorda aguardando su ocasión. Mientras tanto, procurando con rabia creciente y no siempre bien disimulada, buscar los peligros ciertos para las tropas makhnovistas, acechando la oportunidad que les permitiera acabar con esos soliviantados a los que odiaban profundamente.

La comprobación de la convicción sin fisuras de los makhnovistas y por lo contrario, la infiltración de sus ideas entre la tropa roja, indujo a la plana mayor comunista, en la que descollaría Trotzky, con su lengua y su pluma venenosa, a valerse de tácticas calumniosas para desprestigiarlos. Se inició la campaña a través de diarios y panfletos en los que se acusaba al makhnovismo de ser un movimiento de campesinos ricos (*kulaks*) y de contrarrevolucionarias sus ideas, por atacar los principios de unidad y orden, tan caras al ideario bolchevique. No dejaron tampoco de lado el ataque a las personas destacadas del movimiento revolucionario campesino a los que calificaban de «agentes a sueldo», «políticos profesionales», «agentes blancos infiltrados» (¡¡!!) y llegando hasta la bajeza de incursionar en cuestiones de intimidad mentirosas. (Tácticas características ya en tiempos de Marx, Engels y Lasalle, inaugurales de lo que habría de ser la prensa amarilla mundial). Bloquearon la región, estableciendo barreras de control aduaneras y policiales, buscando perturbar e interferir las comunicaciones y arrestando a los que transitaban los caminos sin sus visas. «Suerte incierta», comenzó a ser el epígrafe, cuando no el epitafio para los que desaparecían...

En ese estado las cosas, nada bueno podía augurarse. Los reclamos por los desaparecidos eran recibidos con la impavidez y la frialdad proverbial de los funcionarios policiales de todas las latitudes, pero especialmente características y siniestras de modo particular entre los comunistas. (Que en todo han hecho historia).

En el otro campo, propiamente campesino, detrás de las líneas de contención de la invasión y no tan al norte, donde dominaban los rojos, consecuentes con lo planteado oportunamente por Makhno y esto referido a trabajar sin descuidar la idea emancipatoria, el campesinado respondía sintiéndose cada vez más fuerte, apoyados sí por los insurgentes, pero haciendo lo propio mediante el aporte de nuevos contingentes guerrilleros y creando las propias condiciones para la socialización de los medios de producción y de cambio. A su vez, en todas direcciones y cada vez que la ocasión resultaba propicia, respaldándose en su prestigio creciente, los insurrectos fundaban, animaban, esclarecían a esas poblaciones ávidas de realizaciones comunales que por primera vez se encontraban con las manos libres para realizar sus propósitos. Nadie los conminaba, los explotaba, los usaba. Respiraban su naciente y creciente libertad y se apresuraban en ensancharla asentando las bases de su comunidad solidaria, interrelacionándose con sus vecinos, no sólo por lazos familiares, como hasta ayer, sino buscando sentirse hermanados por corrientes más vivificantes, espontáneas y absolutamente creativas. Todo ese fermento, ese fervor, ese sabor a cosa nueva, ese sentirse completamente hombres y mujeres, pesando con su opinión el decurso de los hechos, infundió de brío desconocido a toda la región. Que pareció inflamada, apasionada, volcada e interesada en cuanto podría tener relación con su nueva forma de vida. Y sin desatender las constantes de la invasión blanca y ahora sumada, la roja. De este modo, mientras se libraban esas batallas contra las fuerzas de la reacción, que era lo mismo que mantener vivo el fuego prometeico por fricción, ahí, en lo hondo, se cavaba y se plantaba la cimiente que habría de germinar en el mundo igualitario y libre que era la máxima aspiración de esos labriegos. Sus comunas, centros y *soviets* eran el centro de irradiación de todas sus ponencias, que con su incremento hacían cada vez más complejas e integrales sus relaciones, los llevó a realizar congresos mancomunales y esclarecedores en la región. Los resultados de semejante actividad pronto convirtieron a Gulaï-Pole en un foro público, una asamblea permanente. La azada hendía la tierra, marcaba el surco, pero sus mentores cosechaban más que patatas: cultivaban sus ideas de transformación social. Y eso eran además los campos, puntos de reunión, de discusión. ¡Discusión! Que era como decir, *comunicación*. Se salían de los surcos para ¡discutir! *Intercambiar ideas*. Algo jamás visto entre campesinos.

Todo ese fermento, como un mundo salido de su cauce (¡y lo era!) era observado con criterio de franca subversión por la autoridad

comunista. Resentida en tanto desconocida. El panorama desplegado a su vista, contradiciendo su maquinación sojuzgadora era tan claro, tan diverso el cuadro a como lo tenían programado, que aún a riesgo de complicar decididamente la lucha en el frente, el comunismo estableció nuevas pautas normativas en la región. Considerada en estado de emergencia por causa de la guerra, promulgó decretos prohibitivos de reunión y estrechó las barreras en los caminos que ¡cuántas saltaron por la acción del campesinado!

Ante la certeza de que los comunistas intentaban imponer un régimen de interferencia, el campesinado se previno convocando a través del Congreso Revolucionario Militar de la Región de Gulaï-Pole, a un Congreso General de Campesinos, Obreros y Guerrilleros. Era este el tercero convocado desde la formación de ese Consejo. Portavoces de setenta y dos distritos, representando a más de dos millones de personas, participaron en él. ¿De dónde, cómo, cuándo? De inmediato captaron los comunistas que el río se salía del cauce. Mas sus apremios por disuadirlo, fueron vanos.

El congreso se reunió en Gulaï-Pole el 10 de abril. El salón del municipio, en medio de una tensión abigarrada, una vez más prestó su marco propicio. Tchernoknijny, un campesino de mirada penetrante, larga barba y manos agrandadas en él como un fruto, presidía la sesión. La muchedumbre, en su marejada rumorosa presagiaba un drama. Algo flotaba en el ambiente.

Hacía horas que sesionaba el congreso y ya se habían votado resoluciones encauzadas a paliar y hacer frente a la desembozada fiscalización de los comunistas, verdadera penetración política y autoritaria. La más agresiva de las cuales, referida esta al tránsito con barreras policiales en los caminos, fue condenada por unanimidad y conminada a ser levantada de inmediato. (La acción directa ya se había anticipado en muchos casos a esta petición). Todo presagiaba enfrentamientos y aunque no se quería detonar primero, la idea de los mismos se hallaba presente.

Entre los asistentes, (¡cómo no!), se encontraba Ludmila Tatiana. Había concurrido con su obsesión, mejor decir su pasión indeclinable por *su* causa, la imposible, alterada, suspendida obra de regadío. Y venía acompañada de los planos a hacer viva, perentoria, la necesidad de retomar las obras. A través del tiempo transcurrido y de tantos avatares, a ella la obra se le había ido imponiendo no solamente desde el punto de vista concreto y utilitario, sino desde otro simbólico, en que la obstinación por llevarlo a término corría parejo con la razón misma de la existencia de la makhnovichina en su sentido más amplio. Pero,

tanto los impedimentos reales, impuestos por las circunstancias que venimos narrando, así mismo allí, en medio de esa asamblea acuciada por tantos problemas agudos, verdadera caldera bramando sobre un fuego cada vez más violento, su proyecto de regadío se iba imponiendo a su propio ánimo, más como un deseo absurdo y extemporáneo que como algo capaz de ser tenido en cuenta con seriedad, sin visos de conmiseración o acaso, ironía hacia quien se entretenía en semejante planteamiento. Así como un giro completo sobre sí misma, se le fue retorciendo esa ponencia entre las manos. Y lo que es más y esto acababa desmoralizándola, sin lograr hallar, razonablemente, un resquicio para presentar su ponencia entre el cúmulo de temas generales que absorbían la atención de la asamblea. ¿Con qué palabras y más aún, con qué derecho desviar el curso de la corriente que arrastraba a tantos que como ella habían concurrido, camaradas irreprochables a los que sabía acompañados de la mejor voluntad, precisamente para trabajar y coronar obras que eran su propia razón de ser, pero que se veían obligados a dejar para después, para nunca, por las mismas circunstancias en que todos allí se veían envueltos? ¿No era, eso mismo el caso de Tychenko Luty asistiendo a esa mujer? Ludmila Tatiana, palpando su impotencia, pronto abarcó en toda su dimensión la grandeza de lo que la rodeaba. ¿Acaso nadie ahí era beligerante nato? Y sin embargo, tal parecían. Embarcados en esa nave que surcaba el espacio en procura de un mundo nuevo, pero (¿quizá prematura?), azotada constantemente por tempestades que obligaban a abandonar lo específico de la orientación y atender las circunstancias... Gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras apretaba contra el pecho sus papeles.

Se estaba discutiendo otra ponencia, cuando se le entregó a Tchernoknijny un telegrama acabado de llegar. De inmediato se notó cierta nerviosidad en la mesa que presidía. Seguidamente la concurrencia se puso sobre ascuas. Con ese raro sentido de anticipación propio de una masa espectante, así presintieron los asambleístas que algo grave se precipitaba. No tuvo necesidad de pedir atención el presidente para leer el telegrama.

—Camaradas —dijo con voz ligeramente velada—, acaba de recibirse un telegrama que firma Dybenko, el comandante de la división roja en Mariupol —hubo en la asamblea un sentimiento premonitor de fatalidad. El silencio era total. Tchernoknijny leyó:

«Novo-Alexeievska. Nº 283 el 10 de abril a las 2h.45. Para hacer llegar al camarada Badko Makhno, estado mayor de la división de Alexandrovsk. Copia Volnovakha, Mariupol, hacer llegar al camarada Makhno. Copia al soviet de Gulaï-Pole —y eso decía el texto—: *"Todo congreso convocado en nombre*

del estado mayor revolucionario militar, disuelto por mi orden, será considerado como manifiestamente contrarrevolucionario y sus organizadores se expondrán a las más severas medidas represivas y serán declarados fuera de la ley. Ordeno tomar inmediatamente medidas para que semejantes cosas no se produzcan más". Firmado: Dybenko, comandante de la división.»

La intolerancia y el fastidio del poder comunista se expresaba sola.

Como un reguero de pólvora explotando al fin, fue la eclosión que se produjo en la sala. Todo el mundo hablaba, todos tenían algo que decir y cómo no, el viejo Fomá. La indignación era general. Tchernoknijny dejó por unos minutos que se desahogaran los ánimos, aprovechó ese tiempo para hacer consultas conlos de su mesa. Por fin se resolvió a encarar el vocerío. En cuanto se adelantó en el estrado se hizo el más completo silencio.

—Camaradas —dijo—, nosotros no reconocemos ninguna autoridad gubernamental o política, ni siquiera militar que esté por encima nuestro y nos dicte cláusulas. Por tanto, la disposición contenida en el telegrama no afecta la continuación de este Congreso —como una estampida, una salva de aplausos rubricó lo dicho—. Continuamos pues, sesionando —nueva aclamación.

Debajo de esta típica manifestación emotiva, estaba la realidad cruda y perentoria. Las cartas habían sido echadas. Y había que recogerlas. Se trataba de un desafío. Había caído en campo propicio.

Se votó un enérgico rechazo de los términos de ese comunicado. Se dispuso que el texto de ese rechazo fuese ampliamente difundido entre la población. Y se continuó sesionando. Pero todo había sido ya perturbado. Esa amenaza pesaba en el ánimo de todos. Pronto se abandonó el orden del día y se pasó a discutir los alcances de esa medida.

Como resultado de esa deliberación, a los pocos días se envió a Dybenko una respuesta. Aunque extensa, tenía el sabor y el realismo de lo auténtico y de dar la pedrada en el ojo. La transcribimos. Algunos pasajes son antológicos y sientan jurisprudencia al respecto. No de derecho romano por supuesto.

«El camarada *Dybenko declaró contrarrevolucionario el Congreso convocado en Gulaï-Pole para el 10 de abril y puso fuera de la ley a sus organizadores, quienes deberán sufrir, según él, la más severa represión.* [Transcriben su telegrama y luego prosiguen]. *Antes de declarar contrarrevolucionario al Congreso, el* camarada *Dybenko no se ha tomado el trabajo de informarse por quién y con qué fin ese Congreso fue convocado. Lo que le hace decir que lo fue por el estado mayor revolucionario* disuelto, *habiéndolo sido en realidad por el Comité ejecutivo del Consejo Revolucionario Militar. Por consiguiente, los*

miembros de este Congreso, que lo convocaron, no saben si ellos son declarados fuera de la ley ni si el Congreso es considerado por el camarada *Dybenko como contrarrevolucionario.*

»Si es así, permitid que expliquemos a V. Excelencia por quién y con qué fin este Congreso —manifiestamente contrarrevolucionario en vuestra opinión— ha sido convocado. Y entonces tal vez no os parecerá espantoso como os lo imagináis.

»El Congreso, como se ha dicho ya, fue convocado por el Comité ejecutivo del Consejo Revolucionario Militar de la región de Gulaï-Pole. Se trata del tercer congreso regional, convocado con el propósito de determinar la línea de conducta futura del Consejo Revolucionario Militar (veis, pues, camarada *Dybenko que ya se han celebrado otros dos congresos contrarrevolucionarios). Surge la cuestión: ¿De dónde procede y con qué fin fue creado el Consejo Revolucionario Militar Regional mismo? Si no lo sabéis aún* camarada *Dybenko, vamos a decíroslo. El Consejo Revolucionario Militar Regional fue formado conforme a la resolución del Segundo Congreso, que tuvo lugar en Gulaï-Pole el 12 de febrero del año corriente (veis, pues, que hace ya mucho tiempo: vosotros no estabáis aún aquí). El Consejo fue creado entonces para organizar a los combatientes y proceder a la movilización voluntaria, porque la región estaba rodeada de blancos y los destacamentos de guerrilleros compuestos de los primeros voluntarios no bastaban ya para sostener el amplio frente. No había en ese momento tropas soviéticas en nuestra región, y, además, la población no contaba con la intervención, considerando la defensa de la región como su propio deber. Es con ese fin que se formó el Consejo Revolucionario Militar, compuesto, según la resolución del Segundo Congreso, por un delegado de cada distrito, en todal 32 miembros representantes de los distritos de Ekaterinoslav y Taurida.*

»Más adelante daremos explicaciones sobre el Consejo Revolucionario Militar. Ahora se plantea: ¿De dónde procede el Segundo Congreso regional; quién lo convocó, quién lo autorizó; los que lo convocaron están fuera de la ley? Y si no, por qué.

»El Segundo Congreso regional fue convocado en Gulaï-Pole por un grupo de iniciativa compuesto de cinco personas elegidas por el Primer Congreso. El Segundo Congreso tuvo lugar el 12 de febrero del año corriente y, para nuestro asombro, las personas que lo convocaron no fueron puestas fuera de la ley, porque no existían entonces aún esos héroes *que se atreven a atentar contra los derechos del pueblo conquistados a costa de su propia sangre.*

»Es de plantear ahora: ¿De dónde salió el Primer Congreso regional; quién lo convocó; el que lo convocó, no fue puesto fuera de la ley?; ¿por qué no?

*»*Camarada *Dybenko, al parecer sois muy nuevo en el movimiento revolucionario de Ucrania, y es preciso enseñaros sus comienzos mismos. Y bien, vamos a hacerlo; y después de conocerlos os rectificaréis tal vez algo.*

»El Primer Congreso regional tuvo lugar el 23 de enero del corriente año en el primer campo insurrecional, en el Gran-Mikailivka. Estaba compuesto de delegados de los distritos situados cerca del frente de Denikin. Las tropas soviéticas estaban entonces muy lejos... La región estaba separada del mundo entero; por un lado estaban los denikistas, por otro los pletiuristas; y entonces no existían más que los destacamentos de los guerrilleros con Batko Makhno

y Skhuss a la cabeza, en lucha contra unos y otros. Las organizaciones y las instituciones sociales no tenían entonces siempre el mismo nombre. En tal aldea había un soviet, *en tal otra una* regencia popular, *en una tercera un* estado mayor militar revolucionario, *en una cuarta una* regencia provincial, *etc. ...; pero el espíritu era igualmente en todas partes revolucionario.*

»Para consolidar el frente, así como para crear una cierta uniformidad de organización y de acción en la región entera, se organizó el Primer Congreso. Nadie lo había convocado; se reunió espontáneamente, según el deseo y con la aprobación de la población. En el Congreso se hizo la proposición de arrancar del ejército de Petliura a nuestros hermanos movilizados por la fuerza. Con ese fin, una delegación de cinco miembros fue elegida y encargada de presentar al estado mayor de Batko Makhno y otros estados mayores si fuera preciso y penetrar hacia el ejército del Directorio ucraniano (Petliura) para explicar a nuestros hermanos movilizados que habían sido engañados y debían abandonarlo. Además, la delegación fue encargada de convocar a su regreso un Segundo Congreso, más vasto, con el fin de organizar toda la región libertaria de las bandas contrarrevolucionarias y crear un frente de defensa más poderoso.

»Los delegados convocaron, pues, a su regreso, ese Segundo Congreso regional sin tener en cuenta ningún partido, ningún poder, ninguna ley. Pues vosotros, camarada *Dybenko y otros guardianes de la ley de la misma especie, estábais entonces muy lejos; y puesto que los guías heróicos del movimiento insurreccional no aspiraban al poder sobre el pueblo que acababa de romper con sus propias manos las cadenas de la esclavitud, el Congreso no ha sido proclamado contrarrevolucionario y los que los convocaron no han sido declarados fuera de la ley.*

»Volvamos al Consejo Regional. En el momento mismo de la creación del C.R.M. de la región de Gulaï-Pole, el poder soviético apareció en la región. Conforme a la resolución votada por el Segundo Congreso, el Consejo regional no tenía ningún derecho a dejar los asuntos a merced de la aprobación de las autoridades soviéticas. Debía ejecutar las instrucciones del Congreso, sin desviarse, porque el Consejo no era un órgano de comando, sino ejecutivo. Continuó, pues, obrando en la medida de sus fuerzas, y siguió siempre en su labor la vía revolucionaria. Poco a poco el poder soviético comenzó a promover obstáculos a la actividad de este Consejo mismo como una organización contrarrevolucionaria. Entonces los miembos de éste decidieron convocar el Tercer Congreso regional, a fin de determinar la línea de conducta ulterior del Consejo o bien para liquidarlo si el Congreso lo consideraba necesario. Y he ahí al Congreso reunido. No son contrarrevolucionarios quienes acudieron a él, sino que son precisamente los que primero levantaron en Ucrania el estandarte de la insurrección y de la Revolución social. Acudieron para ayudar a coordinar la lucha general contra los opresores. Los representantes de 72 distritos, así como los de varias unidades militares, llegaron al Congreso y todos consideramos que el Consejo era necesario; completaron su comité ejecutivo y encargaron a éste realizar en la región una movilización voluntaria e igualitaria. (Digamos que era voluntaria porque no era compulsada; igualitaria porque a todos correspondían los mismos derechos y obligaciones).

»El Congreso quedó bonitamente asombrado por el telegrama del camarada *Dybenko que lo declaraba* contrarrevolucionario, *siendo la verdad que*

esta región fue la primera en levantar el estandarte de la insurrección. Es por eso que el Congreso votó una enérgica protesta contra ese telegrama.

»Tal es eso el cuadro que debería abriros los ojos camarada Dybenko. ¡reflexionad! ¿Tenéis el derecho, vosotros, de declarar contrarrevolucionarios a más de un millón de trabajadores que por sí mismos, con sus manos callosas, han roto las cadenas de la exclavitud y construyen ahora su vida, por sí mismos también, a su propio modo?

»¡No! Si sois verdaderamente revolucionarios debéis acudir en su ayuda para la lucha contra los opresores y su obra de construcción de una nueva vida libre.

»¿Puede haber leyes promulgadas por personas tituladas revolucionarias que les permitan poner a un pueblo más revolucionario que ellas fuera de la ley? Porque el Comité Ejecutivo del Consejo representa a toda la masa del pueblo.

»¿Es permitido, es admisible venir a establecer leyes de violencia en un país cuyo pueblo acaba de derribar todos los legisladores y todas las leyes?

»¿Existe una ley por la cual un revolucionario tendría derecho a aplicar las penas más rigurosas a la masa revolucionaria de que se dice defensor, por el simple hecho de que ella ha conquistado, sin esperar su permiso, los bienes por él permitidos: la libertad y la igualdad?

»¿La masa del pueblo insurrecto, puede callarse cuando un revolucionario le arrebata la libertad que acaba de conquistar?

»¿Las leyes de la revolución, ordenan fusilar a un delegado que cree de su deber cumplir el mandato conferido por la masa revolucionaria que lo eligió?

»¿Una revolución, qué intereses debe defender: los del partido o los del pueblo que con su sangre pone en movimiento la revolución?

»El Consejo Revolucionario Militar de la región de Gulaï-Pole está fuera de la dependencia y de la influencia de los partidos; no reconoce más que al pueblo que lo ha elegido. Por tanto, su deber consiste en realizar todo aquello que ese pueblo le encargó y no obstaculizar a ninguno de los partidos socialistas de izquierda en la propaganda de sus ideas. Por consiguiente, en el caso de que la idea bolchevique hubiese tenido éxito entre los trabajadores, el Consejo Revolucionario Militar —esta organización contrarrevolucionaria desde el punto de vista de los bolcheviques— sería reemplazado por otra organización más revolucionaria y bolchevique. Pero en espera de ello, no nos obstaculicéis, no trataéis de sofocarnos.

»Si continuáis, camarada Dybenko y compañía, la misma política que antes, si la creéis buena y sensata, ejecutad hasta el fin vuestros turbios manejos. Poned fuera de la ley a todos los iniciadores de los Congresos regionales y también a los convocados cuando vosotros y vuestro partido os manteníais en Kursk. Proclamad contrarrevolucionarios a todos los que fueron los primeros en levantar el estandarte de la insurrección y de la Revolución social en Ucrania y obraron en todas partes sin esperar vuestro permiso y sin seguir vuestro programa al pie de la letra. Poned también fuera de la ley a todos los que enviaron sus delegados a los Congresos por vosotros considerados contrarrevolucionarios. Declarad también fuera de la ley a todos los combatientes desaparecidos que tomaron parte sin vuestro permiso en el movimiento insurreccional para la liberación del pueblo trabajador. Proclamad ilegales y contrarrevolucionarios a

todos los Congresos reunidos sin vuestro permiso... Pero sabed que la Verdad acaba por vencer a la Fuerza. El Congreso no se aparta, a pesar de todas vuestras amenazas, de los deberes que se le encomendaron, porque no tiene derecho a ello y vosotros tampoco lo tenéis para usurpar los derechos del pueblo.

»El Consejo Revolucionario Militar de la Región de Gulaï-Pole. Presidente: Tchernoknijny - Vicepresidente: Kogan - Secretario: Kardbete - Miembros del Concejo: Koval, Petrenko, Totzenko y otros.»

Dybenko no pudo acabar la lectura de ese documento. Y no sólo no pudo una vez, no pudo nunca. Las veces que lo intentó, ese sistemático subrayado de la denominación «camarada» lo colmaba de irritación y su acné se resentía notoriamente.

Poniendo ese documento bajo la lupa, pronto advirtió Trotzky que los autores de ese escrito, no se someterían a razones. Sintiendo un odio visceral hacia todo lo que trataba de contradecirlo, convencido de que esos devaneos le absorbían un tiempo precioso, se sintió terriblemente mortificado. Habiéndose trasladado a Ucrania con el propósito de dirigir personalmente las operaciones contra Denikin, prefirió dejar de lado ese objetivo por este otro de inquisidor, que se avenía mejor con su carácter.

—Han estado siglos bajo el zar —le decía a Dybenko luego de haber escuchado su informe y haberlo penitenciado haciendo que le leyese de cabo a rabo ese escrito—. Esos campesinos han estado por siglos bajo el zar. ¿Nos hemos enterado de sus manifiestos? ¿Sus proclamas? ¡Ahora resulta que cualquier grupo étnico estima que la revolución es cosa suya! ¡Adónde iríamos a parar! ¡Y además agitados por estos pequeños burgueses anarquistas! Pero no le preocupe, Dybenko. Procederemos. Sin miramientos. De la manera más drástica. ¡Suprímalos! ¡Suprímalos! Como lo está oyendo. ¡Cácelos! ¡Ese será nuestro objetivo de ahora en adelante! Hombe muerto deja de perturbar. Y si quedan obstinados que agiten sus nombres, deben saber que el tiempo acaba con todo y que a la gente no le gusta escuchar de males que ya han sido enterrados. El anarquismo es un vano orgullo, una rebeldía insensata, una obstinación contra el orden del mundo. ¡Vamos a encarar su batida general, Dybenko! ¡Ah, pero usted, deje de tocarse esa supuración!

Trotzky redobló su campaña de difamación. «Diremos las verdades que hay que decir. Ellos se lo han buscado. Primero saturaremos bien el ambiente. Se mirarán y ya no se reconocerán». Esto dijo. Y más. «Vale más ceder toda Ucrania a Denikin que permitir la expansión del movimiento makhnovista. El movimiento de Denikin, franca-

mente contrarrevolucionario, podría ser fácilmente comprometido más tarde por conducto de la propaganda de clase, mientras que la makhnovichina se desarrolla en el fondo de las masas y solivianta justamente a las masas contra nosotros».[3]

El Camino, diario fundado por Trotzky, marcó el compás de esa campaña de difamación a través de Rusia. En sus páginas se vituperaba contra los «anarco-bandidos» y los «*kulaks* amotinados». La materia para ello la tomaban de hechos que retorcían y tergiversaban, como el de confundir expresamente los hechos de vandalismo y crimen que cometía la banda de Grigorieff con la guerrilla makhnovista. Se trataba de la formación armada constituída en banda, más temible y notoria de esos tiempos, integrada por ex oficiales del zar, carentes de ocupación rentable, mercenarios y campesinos alzados. Conociendo a fondo la zona que pisaban y los intereses que en ella se movían, sabía eludir persecuciones y hasta mimetizarse haciéndose pasar por fuerzas makhnovistas para lograr prebendas sin riesgo, en las regiones adscritas a los insurrectos. Pero acababan cometiendo barbaries y eran pronto descubiertos. Tenían especial inquina contra los pobladores de origen judío y en eso llegaban sin miramientos hasta el crimen.

Los bolcheviques, sin escrúpulos, aprovechados de la circunstancia de rodar por la región esta fuerza notoria de depredadores y asesinos (no mucho tiempo después de esto que narramos el poder bolchevique se vio obligado, dada la magnitud de los hechos que cometiera Grigorieff —asesinar a tres mil judíos en Elisavetgrad— a poner precio a su cabeza), terminaban difamando a los insurrectos tildándolos de anarco-bandidos. Ni qué decir el efecto de esa calumnia entre los makhnovistas. Si repudiaban la difamación, se la tenían jurada a Grigorieff.

En cuanto a las imputaciones de cometer negocios, recordemos que en enero, cuando los makhnovistas persiguieron hasta Taganrog a los denikistas, se apoderaron de cien vagones repletos de trigo que resolvieron enviar a Moscú y Petrogrado para paliar el hambre en esas dos ciudades. A la autoridad comunista, el aporte espontáneo y soli-

3 Muchos años después, terminada la Segunda Guerra Mundial y estando el general De Gaulle en el poder y el pueblo de París muriendo de frío, el ministro Malraux recibió una oferta de los anarquistas de la ciudad para resolver ese problema. El ministro se lo comunicó a De Gaulle. Éste le contestó: «Prefiero que mueran unos cientos de parisinos, a dar una oportunidad de hacer algo por el pueblo a esos anarquistas». Sacad conclusiones. Estadios muy opuestos, resultan convergentes. Pobres anarquistas. A nadie les caen bien.

dario del campesinado de Ucrania, le hizo el efecto de una purga. Obligado a agradecerlo, lo resintió. *Sotovoche* lanzaron la pulla de que no habría de ser para tanto el saqueo del ejército imperial si podían permitirse tamaña generosidad. Pensemos mejor en el grado de hambruna que habrían alcanzado esas ciudades.

La asquerosa propagación de esos infundios, apenas resultó el comienzo de la persecución y la insidia; la baba ostensible de la fiera cebada y furiosa. En tanto los «ricos *kulaks*» proseguían su lucha sin cuartel contra los blancos. Una nueva amenaza, *los rojos* se cernían sobre ellos.

Libro tercero:

LA DEFENSA



Violin en sus últimos días

I

MAQUIAVELISMO

Denikin mantuvo su presencia a lo largo de toda su línea de fuego. Proveniente de envíos de la Entente, comenzó a recibir armas pesadas y carros blindados en profusión. Ostentosamente expuso sus cañones e hizo rodar sus blindados. Los insurgentes, en la primera línea, soportaron todo el peso del ataque blanco. Se hizo evidente que esa demostración preludiaba una ofensiva general. Sumamente alarmados viendo tal incremento de armas decisivas, los makhnovistas no cesaban de denunciarlas al comando rojo exigiendo equivalencias. A cambio recibían promesas de ayuda, mas no la ayuda. Y esto, como moneda diferida día por día. La felonía era manifiesta; manteniendo fuera de la línea de fuego al ejército rojo por, según argüían, razones de estrategia y a la retaguardia de los insurrectos. ¡La situación era como para ser contemplada!

En la noche del 18 de mayo de 1919 se intentó asesinar a Néstor Makhno. Criminal o fanático pagado, en el cuartel general del ejército insurrecto un presunto insurgente disparó contra él sin lograr herirlo. Acorralado y viéndose perdido, se suicidó pegándose un tiro. Investigando se comprobó que había ingresado en el ejército campesino procedente de la deserción constante que se operaba entre los rojos.

—¿Cuántos más como éste, estarán metidos en nuestras filas? —había especulado Martchenko.

—No vayamos a perder la cabeza —había contestado Makhno.

Trotzky, definido en su idea de acabar con los makhnovistas, ordenó el corte total de suministros bélicos al ejército campesino. Siendo alevoso y hasta contradictorio el hecho, dado el riesgo propio

a que exponía a su fuerza, abandonando a su suerte al ejército campesino, escuchémosle justificarse ante su estado mayor al respecto.

«No adelanten temores ¡Qué poco conocen a esos guerrilleros! Se harán matar antes de permitir que los blancos avancen. Sin armas y sin municiones pelearán con lo que tengan, hasta morir por su causa. ¿Y no es lo que estamos procurando?»

Los makhnovistas, frente a la evidencia de semejante proceder, habiendo agotado los reclamos, conscientes ya de que esa mengua de suministros era sin lugar a dudas el fin perseguido por los rojos, azotados como se encontraban por la ofensiva de los blancos y sin poderla contener, iniciaron un repliegue general. Advertido el comando comunista, en vez de apuntalarlos se retiraron aviesamente, propalando de inmediato que el ejército campesino había entregado voluntariamente el frente a Denikin y que esa acción sellaba la traición insurgente. ¡Cuándo eran ellos los que se retiraban masivamente dejando el paso expedito a los blancos!

El estado mayor makhnovista y los miembros del Consejo Revolucionario de Campesinos, resolvieron reunirse de inmediato ante el giro dramático que planteaba esa actitud bolchevique. Culminaba mayo. Había que tomar medidas urgentes y asumir una respuesta. La indignación era total. Contra su naturaleza más bien calmada, Tomás Kojin parecía fuera de sí. Su vehemencia fue la que dio inicio, sin rodeos y espontáneamente a la reunión.

—¿Qué esperamos? —gritó—. ¿Que se nos acuchille por la espalda? ¿Tampoco eso si sucede lo va a creer ninguno? ¿Es que tendremos que esperar a que nos den crédito los demás para obrar nosotros? ¿Vamos a seguir como imbéciles, cruzados de brazos, soportando sus calumnias, nada más porque ellos se dicen los representantes de las masas laboriosas? ¡Fíjense qué cuento es éste! ¡Ni que fuésemos lactantes! Yo no les tengo ningún respeto. Son tramposos, truanes y no tienen miramientos. ¡Nos odian y harán cualquier cosa por acabarnos! ¿Lo vamos a permitir? —Kojin parecía desatado.

—¡Eh, así no! Si ya lo has dicho todo, compañero —le atajó Platanoff, interpretando el sentir de tantos ahí.

—¿No sabemos que señalan nuestras rutas a los blancos?—denunció Klein.

—¿Por qué no damos la vuelta y enfrentamos a los rojos? ¡Qué pillastres! —se indignaba Stchuss.

—¡No! ¡Eso no, camaradas! ¡Eso están esperando que hagamos! Para decirles a las masas que los hemos atacado —salió al paso Burbyga.

—¡Seguramente! Es lo que están buscando: descontrolarnos —dijo Luty—. ¡No vamos a caer en la cama que nos preparan!

—¡No, no vamos! ¿No ves que hagamos lo que hagamos nos tienen como en una ratonera? ¡Estamos en una trampa! Juguémonosla. Si nos lo proponemos, podemos —volvía a exaltarse Kojin.

—Contente, Kojin —atemperaba Martchenko.

—¿Qué sugieres? ¿Qué hacer si no?

—Pero, camaradas, pero, camaradas... Se olvidan de lo principal: se olvidan de Denikin —habló Karetnik.

—¡Ya salió eso! —se adelantó Kurilenko—. ¡La eterna cuestión! ¿No ves que bajo distinta faz, todo es un solo frente contra nosotros? ¿Hasta cuando vamos a anteponer siempre algo a un enfrentamiento que tarde o temprano fatalmente sobrevendrá?

—¿Llamas nada más que «algo» a la fuerza de Denikin? —dijo Karetnik.

—Denikin es el contrafrente de la situación que siempre vendrá en socorro de los rojos para posponer ajustarles las cuentas. Los gobiernos siempre tienen a su favor razones por el estilo, de alarma y amenaza nacional, para hacer pesar en el platillo de las reivindicaciones populares y mantenerlas paralizadas. ¡Eso es lo que nos está sucediendo! ¿No ven los compañeros que en tanto entremos en su especulación, nos alejamos de nuestros principios y de la revolución? —expuso Kurilenko.

—¡Así es! ¡Y así estamos fritos! —volvió a enconarse, Kojin.

—¿Será así, sólo? Negarnos a aliarnos habría resultado imcomprensible —dijo Makhno.

—Fíjense en qué terreno restringido nos venimos moviendo camaradas —intervino Belcah—. La magnitud y lo constante de la traición bolchevique es tan grave y tan grosera y sin embargo qué difícil de ser aceptada por todos, salvo nosotros que la venimos sufriendo. Ellos gozan de impunidad. Ellos dominan hasta tal punto el escenario que nosotros, habiéndonos incorporado a él parecemos aceptando la letra que ellos dictan. ¡Y esto, aunque no nos guste! —se apresuró a decir parando una intervención—. Si entramos en su escenario, y hemos entrado, no hallaremos salida a lo que se debate. Yo no veo otra solución que salirnos de él y clarificar así toda la situación. ¡Denunciemos el acuerdo firmado!

Hubo voces en favor y en contra, mas nada concreto.

—¿Qué tienen que decir los compañeros del Consejo Revolucionario? —preguntó Makhno.

Karbeteievich y Datzenko permanecían callados y atentos, siguiendo las alternativas de la discusión. Datzenko tomó el envite.

—Aparte de la profunda indignación que me produce la traidora acción de los rojos, que por ningún concepto habremos de olvidar, prefiero atenerme al hecho concreto del ejército zarista y pensar en qué hacer para contenerlo.

—¡Qué hacer! ¡No será seguir bajándonos los pantalones! ¡Deberemos obrar! —volvió a exaltarse Kojin—. Se trata de que no tenemos armas, ni municiones. Se trata de que sin ellas no es posible defensa, ni lucha. ¿Dónde están esas armas? ¿Quién guarda esas municiones? ¿No son del pueblo? ¿Y qué somos nosotros? ¿Quién con más derecho? ¡Eso debemos procurar! —sí, Kojin parecía fuera de sí...

—Un asunto tan grave debe ser debatido por un congreso. Eso me parece —dijo Karbeteievich.

—¿Un congreso? Este asunto debe ser definido. Nos estamos pasando de burócratas, camaradas. ¡Cuidado! —previno Belach.

La mayoría aprobó el criterio de convocar a un congreso.

—¿Para cuándo se podrá? —preguntó Makhno a los representantes del Consejo.

—Para no antes de quince días —respondieron.

—¡Quince días! ¿Están locos, ustedes? ¿Qué piensan? ¿Y con qué paramos a los blancos por quince días? —clamó Stchuss.

—Prográmenlo. Prometemos mantener nuestras líneas hasta entonces —dijo Makhno.

Para el 15 de junio fue convocado un cuarto congreso extra-ordinario de campesinos, obreros, guerrilleros y soldados rojos de varias regiones. Los de las gobernaciones de Ekaterinoslav, Kharkov, Kherson, Taurida y los de la cuenca del Donetz. Se consideró de primordial importancia invitar a delegados de los soldados rojos para que recibieran de primera mano el informe y la denuncia fidedigna de los hechos de felonía y traición.

La convocatoria estaba expresada en los siguientes términos:

«A todos los comités ejecutivos de los distritos, cantones, comunas y aldeas de las gobernaciones de Ekaterinoslav, Taurida y regiones vecinas; a todas las divisiones de la primera división insurreccional de Ucrania, llamada de Batko Makhno; a todas las tropas rojas distribuidas en la región.

»En su sesión del 30 de mayo, el Comité ejecutivo del Consejo Revolucionario Militar, examinada la situación creada en el frente por la ofensiva de las bandas blancas, como asimismo la situación general, política y económica, del Poder soviético, llega a la conclusión de que sólo las masas laboriosas mismas y no las personalidades ni los partidos, podrán hallarles solución, por lo cual

el Comité ejecutivo del C.R.M. de la región de Gulaï-Pole ha decidido convocar para el 15 de junio, en esta ciudad, un Congreso extraordinario.»

Los bolcheviques, dado el cariz de abierta subversión que para ellos tomaba la convocatoria al congreso y habiendo decidido abandonar a su suerte al makhnovismo, resolvieron precipitar su destrucción. Una vez más, Trotzky fue el mentor de esa determinación.

«Por todo se reúnen, por todo formalizan congresos... —decía—. *Hemos hecho más que pretender embretarlos, corregirlos, doblegarlos, los hemos dejado sin municiones, sin pertrechos. De manera de hacerlos pensar, entender. ¿Y cuál es el resultado? Se debaten como energúmenos, prefieren agonizar pero no ceder. El ruido de sus voces ya me crispa. Los imagino entre estertores y en el último minuto, todavía, discutiendo y protestando. ¡Esa gente no sabe de paz! ¡Esa gente no quiere la paz! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer con gente como ésta?* —teniendo ante sí a su estado mayor, Trotzky se paseaba entre ellos, pareciendo dirigirse a cada uno cada vez que se detenía frente a alguno, auscultándolo desde arriba y sin dejar de hablar—. *¿Ninguno de ustedes dice nada? ¿Ninguno de ustedes se siente con autoridad para pronunciar la palabra final? ¡Dybenko, le ruego, deje de maltratarse la frente!* —lo observó severo. Se volvió a otro—. *¿Qué dices tú, Kameneff? ¿Y usted Vorochiloff? ¿Y tú, Antonoff-Ovscienko? Seguramente tendrán su juicio formado, imagino...* —decía y paseaba sobre ellos su mirada gélida—. *¿Se atreverá, cualquiera, a pronunciar la sentencia de esos anarquistas?* —se detuvo, empalideciendo como si resumara de pronto la sangre de su rostro y dijo, irguiéndose sobre sí mismo—. *¡Es un deber barrer con escoba de hierro a todos los anarquistas del suelo de Rusia! ¡Ataquémoslos!»*

El ataque fue lanzado desde el norte, mas no sobre el ejército insurrecto, sino sobre las poblaciones de la región, tomadas por sorpresa. Irrumpieron ejecutando sumariamente a los militantes, destruyendo sus *soviets* y centros comunales y poniendo a las poblaciones en trance parecido al que ya vivieran bajo la férula del ejército imperial, con la agravante de que esto no era un saqueo, sino una inquisición. Los comunistas, decididos a que escarmentaran destruían el asentamiento doctrinal. La base. Cubriéndose de este proceder, Trostzky emitió una orden y la guardó en su boilsillo hasta que lo creyó oportuno. Lo hizo varios días después de haber sido ejecutada. He aquí la orden:

«Orden nº 1824 del Consejo Revolucionario Militar de la República.

Kharkov, 4 de junio, 1919.

»A todos los comisarios militares. A todos los comités ejecutivos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Bakmut, Pavlograd y Kherson.

»El Comité Ejecutivo de Gulaï-Pole, de acuerdo con el estado mayor de la brigada de Makhno, trata de convocar para el 15 del mes corriente un congreso

de los soviets y de los insurrectos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Melitopol, Balamut y Pavlograd. Dicho congreso se dirige enteramente contra el poder de los soviets en Ucrania y contra la organización del frente del sur donde opera la brigada de Makhno.

»Este Congreso no podrá llegar a otro resultado que suscitar alguna nueva revuelta infame del género de la de Grigorieff y entregar el frente a los blancos, ante las cuales la brigada de Makhno no hace sino retroceder sin cesar, por la incapacidad, los designios criminales y la traición de sus jefes.

»1º. Por la presente orden queda prohibido ese Congreso, que de ningún modo deberá realizarse.

»2º. Toda la población campesina y obrera será prevenida oralmente y por escrito de que la participación en dicho Congreso será considerada como un acto de alta traición a la República de los soviets y su frente.

»3º. Todos los delegados a dicho Congreso deberán ser arrestados al punto y pasados al Tribunal revolucionario militar del 14º (antes 22º) ejército de Ucrania.

»4º. Las personas que difundan los llamados de Makhno y del Comité Ejecutivo de Gulaï-Pole deberán ser igualmente arrestadas.

»5º. La presente orden adquiere fuerza de ley en el acto de ser telegrafiada, y debe ser ampliamente difundida, fijada en todos los lugares públicos y remitida a los representantes de los Comités ejecutivos de cantones y aldeas, a los de las autoridades soviéticas, a los comandantes y a los comisarios de las unidades militares.

»Firmado: Trotzky, Presidente del Consejo Revolucionario Militar de la República; Vatzetis, Comandante en Jefe; Kochkaroff, Comisario Militar de la región de Kharkov.»

II

LA TRAMA PROSIGUE

Demás está decir como cayó esa orden calumniosa entre los makhnovistas. Especialmente la referencia directa a Grigorieff, la consideraron una afrenta que les hizo hervir la sangre. Si evidentemente grosera, burda y mentirosa para ellos, ahí estaba relacionándolos con esa gavilla que, para colmo, hacía poco había realizado esa matanza pavorosa de tres mil judíos —¡tres mil!— en Elisabetgard.[1] Estando en sus miras hacia tiempo, terminar con este azote, Makhno consideró que era llegado el momento de ocuparse debidamente de él.

—¡Lo que nos faltaba! ¡Qué debamos soportar que se nos arroje esta inmundicia de Grigorieff y se intente meternos en un paquete con él! —vituperaba Makhno ante sus comandantes—. Pero con éste, ¡basta!

¿Cómo prepararle una redada y que resultase lo menos cruenta posible? Se trataba de cogerle y de ser posible juzgarle publicamente. De él se sabía que jamás dejaba de rodearse de su cuerpo de guardia. Además de que bajo ningún concepto se quería resolver la cuestión por la vía de un atentado. Los makhnovistas fraguaron un plan audaz y de estilo eminentemente revolucionario. Makhno debió defender la asignación de Kalchnikoff para establecer el primer contacto con Grigorieff, ante algún comandante que consideró a Kalchnikoff demasiado temperamental para el caso.

---

1 En el proceso contra Eichman, en Israel, el Procurador General, denunciando antecedentes anteriores al nazismo de matanzas de judíos, señaló la autoría de Petliura e ignoró la de Grigorieff. Quizá por el hecho de que en algún momento Grigorieff estuviese aliado a Petliura. Pero también coqueteó con los bolcheviques oportunamente...

—De ex oficial a ex oficial... —le había dicho Makhno—. Por ello vas tú...

—No necesito que me lo recuerdes —le había contestado aquél—. Esa víbora me avergonzaría aún si yo hubiese seguido prestando servicio en las filas. Descuéntate en ese escenario, Badko.

—Así lo espero. Es tu misión. Sólo recuerda que no queremos ningún héroe muerto, ni dar lugar para que quede una leyenda de Grigorieff.

Compleja situación en un terreno plagado de complicaciones. Se sabía, se intuía, estaba en el aire que se respiraba que la daga solapada no había descargado todavía su último golpe. Que habría más. Se sentía su filo rasgando entretelas, buscando por donde filtrarse hasta el corazón. Que no todo se reduciría a campañas difamatorias, suspensión de suministros de guerra, ¡ataque por la espalda a poblaciones inermes! ¡Habría más! El ambiente estaba preñado de agoreras, mucho más terribles acechanzas. Y lo peor, para peor, es que los makhnovistas se veían atados en ese frente tambaleante, imposibilitados de volverse a dirimir con los bolcheviques la impunidad de su golpe traidor. Denikin ejercía al máximo su presión. Y Trotzky y su estado mayor, como el asesino que una vez cometido su crimen, no viendo del todo muerta a su víctima se ofusca procurando darle el golpe de gracia, atisbaban hora por hora las alternativas de esa lucha desigual de los insurgentes contra Denikin. ¡Que no fraguaron en ese orden de cosas!

En uno de sus recorridos habituales por las distintas zonas del frente, Makhno advirtió un sector que los bolcheviques habían desguarnecido intencionadamente en la zona de Grichino, vecino por el noreste a Gulaï-Pole.[2] Antes de que lograse taponar el sector, irrumpieron por ahí las fuerzas cosacas. La situación, de dramática, se tornó trágica. Todo el ejército campesino se vio envuelto en el asalto en razón de que podía quedar comprometido su flanco derecho. Y otra vez tañeron las campanas en Gulaï-Pole. Con hachas, picas, azadas, viejos fusiles y escopetas de caza, se armó una vez más a la población. Todo

2 En la guerra civil española, (1936-1939), los comunistas utilizaron idéntico procedimiento. Cerca de Teruel, una brigada comunista aseguraba el frente contra Franco, junto con otra anarquista de 1.500 hombres. Los bolcheviques facilitaron el aniquilamiento de éstos replegándose secretamente. Los falangistas se precipitaron por la brecha arteramente abierta y cercaron a los anarquistas, de los cuales sólo 500 lograron abrise paso. Los comunistas, —¡oh, condición de serlo!—, acusaron a los anarquistas de haber abierto el frente.

era confusión y alarma. Se salía al encuentro de la horda con ciega determinación, heróico valor, arrojándose a su paso e inmolándose en la pelea antes que en el refugio de las casas. Las mujeres a la par que los hombres. Más feroces quizá. Sabiéndose las primeras y más castigadas víctimas de los vándalos, vendían cara su integridad. ¡Ay, de caer ningún caucasiano en sus manos! Con los puños y los dedos les abrían la boca y se las rompían hasta las orejas. Les reventaban los ojos. Y así los soltaban. Imagen de espanto y horror. Hasta caer sableados o baleados por sus propios compañeros y por orden de sus oficiales, por no oírlos gritar, dar tumbos y sembrar el terror e incitar a mayor salvajismo con su aspecto y sus lamentos. ¡Pero cuántos, cuántos en Gulaï-Pole pagaron con su vida su osadía! Las calles se cubrían de muertos, heridos, mujeres, mujeres... ¡Qué calamidad! ¡Cuánta barbarie! ¡Qué exaltaba hasta tal punto a esos bárbaros! Y aunque todo no duró más que minutos, ¡qué infierno!

En la vieja casona de Pavel Adamov, una bella durmiente oyó los gritos de la horda y el galope de su caballada y entreabrió el pesado cortinaje de su ventana para observar hacia afuera. Lo que vio le crispó la entraña. Y se desvaneció.

Gulaï-Pole fue ocupada al atardecer del 6 de junio y hubiese ocurrido lo inimaginable a no ser porque los invasores, ante la noticia de que fuerzas makhnovistas contraatacaban y entre ellas podría hallarse Makhno, prefirieron abandonar su intención vandálica por esa presa principal que todos codiciaban y a la que se dispusieron dar caza. En efecto, pisándole los cascos a la caballada cosaca, Makhno, desde que descubriera la brecha, junto con su estado mayor, un cuerpo de caballería y una sola batería, a la desesperada, intentó desalojarlos de la aldea. Pero fue rechazado y perseguido, logrando hacerse fuerte en la vieja estación del ferrocarril. Allí, asediado, soportó la noche. Y logró filtrar fuerzas en un terreno ampliamente conocido por sus hombres, envolver a los cosacos y, llegado el día, obligarlos a ponerse a salvo y huir a riesgo de quedar copados.

A pesar de lo infausto de lo vivido, muchos milicianos se compensaron, encontrándose con familiares que hacía meses no veían. Entre ésos, Makhno. Fue a ver a su madre, la encontró con Zelma y su niño en la *dacha* de Isidoro Luty.

—¡*Mamuchal*

—¡Néstor! ¡Hijo mío! —se dejó abrazar por él y apoyó su cabeza en su pecho.

—¿Cómo está, *mamucha*?

—Yo, bien.

—La tengo olvidada.

—Haces lo que debes.

—Cuando la veo, sé que no.

—A mí me basta con eso.

—A mí no. Pero así son las cosas por ahora...

—Lo sé.

—Debí haberle construído de nuevo su casa.

—Deja eso.

—Ahí tiene su huerta, *mamucha*.

—¿Has ido por allí? Hemos quitado todo lo quemado...

—¿La ayudan?

—¡Oh, sí! Con tantos buenos amigos... Ya están creciendo arbustos y tréboles por ahí.

—La quiero mucho, ¿sabe?

—Y yo, mucho también a ti, hijo mío. ¿Qué sabes de Gregorio?

—Bien. Por ahí está ése... Y también Sava.

—Me basta con saberlos vivos.

—Zelma, te estás ahí... ¿No dices nada? Isidoro está bien. ¿Quieres que le diga algo?

—¿Qué que él no sepa? Que ya no le haya dicho...

—Te sé parlanchina, Zelma.

—Lo acaba de decir tu madre, Badko. Me basta con saberlo vivo. ¿Qué más hay? Todos estamos o parecemos locos... Un día esto habrá de pararse, ¿no? Entonces volverán las palabras... —se sonrió blandamente. Zelma era pequeña, menudita, de juguete... Se quedó mirándolo.

—Me haces sentir culpable —le dijo Makhno.

—No. Y esto también lo acaba de decir tu madre.. Ustedes hacen lo que deben. ¡Y nosotras! Al menos, es lo que creo —agregó, muy bajito.

—Eso se desprende de lo que te quiere Isidoro.

—Y eso que ni me ve —volvió a quedárselo mirando. Y dijo—: Antes vivíamos y el tiempo no tenía sentido. Ahora todo se reduce a eso.

Makhno extendió sus brazos.

—Ven que te abrace —Después besó al niño que estaba en la cuna.

Cuando traspuso la puerta de salida y ésta se cerró tras él, Zelma no pudo reprimir las lágrimas que parecieron sólo aguardar su momento para desbordarse.

—Perdón, *mamucha*, por llorar.

—Te comprendo. Llora. Las mujeres debemos llorar.

—Oh, ya pasó —se secó el rostro con el revés de la mano—. ¿Quiere saber algo? En la próxima me voy con Isidoro.

III

AMOR COSACO

Las fuerzas de Makhno se vieron obligadas a dejar Gulaï-Pole, atacadas por fuerzas reforzadas avisadas de que él en persona merodeaba la plaza. La acumulación del odio a la guerrilla makhnovista se concentraba en él. Esa era la tercera vez que Darío irrumpía en la aldea. Luego de su acción en el Escarpado, una sola idea ocupaba su mente: verla. ¿Cómo hallarla? Mas, ¿hay impedimento para un corazón ardiente y un designio temerario? En la segunda oportunidad, a riesgo de perecer en la tentativa, había obtenido indicios y señas ciertas del domicilio de ella. Entonces, mientras las calles eran una trampa mortal para los cosacos, tal la denodada resistencia de la población que pareció multiplicada en su afán; él, como un poseso, marginándose del resto, se había tirado de su cabalgadura llevando en sus hombros la piel de lobo y enajenado, cogiendo por el pescuezo a quien encontraba en su camino, indagaba al respecto de la piel que traía consigo.

—¿Conoces a su dueña? Es la que estuvo en esa acción de las piedras. ¿Dónde vive? Quiero devolverle la prenda.

A uno que, aterrado por su aspecto y por sus manos como garfios intentó quitárselo de encima dándole cualquier dirección. Darío lo arrastró consigo, indicándole que le señalase él mismo el sitio. A medio andar, viéndose perdido, el aldeano quiso rectificarse, pero el cosaco ya no le creyó y le mató allí mismo.

—¡Eh, Darío! ¡Ven Darío! ¿Qué haces? ¿Dónde vas? —le gritaban sus camaradas a caballo, viéndolo desalado.

Darío no oía a nadie. Era su oportunidad. ¡Quién sabe si volvería a estar en ese sitio! Hasta que logró orientarse. Lo hizo una joven campesina. Creyéndose morir o ser violada, advirtió, más allá de su

pánico, que al cosaco le temblaban lágrimas en los ojos y vio en ellos una desolación que la conmovió.

—Por ahí —y señaló—. Sigue esta calle. Es una casona de dos plantas. La hallarás a tu derecha. Ella se llama Mara.

Darío sintió en ella la verdad y la soltó. Como una exhalación la muchacha desapareció. El siguió el camino indicado. «¿Qué diría? ¿Qué, a ella?» Darío descubrió la casona. Ya resultaba increíble que nadie se le hubiese cruzado. Llegado a la puerta de entrada, luego de atravesar la verja, no se atrevió a abordarla, sobrecogido de pronto por extraña aprensión. Prefirió darse un tiempo, dar un rodeo antes. La ventana en el primer piso llamó su atención. Se acercó. Entonces vio como los cortinajes se movían y un rostro mortalmente pálido, asomado tras ellos. La visión duró un instante. El ignoró que ella acababa de desvanecerse. Ruidos y voces lo alarmaron. Y se alejó.

Ahora regresaba. Obseso de su idea. Ausente entre los demás cosacos. Irritable a las burlas de los que parecían adivinándolo o de quienes simplemente trataban de indagarlo preocupados por su aspecto. Profundas ojeras se habían marcado en su rostro, estrago de su pasión. De cien maneras *ella*, ella que ahora tenía nombre, no hacía más que inmortalizarse en sus más ocultos y más vivos pensamientos. Y ahora que había vuelto a verla, esa presencia reimpresa en su memoria lo laceraba. ¿Qué misterio, qué encanto, qué embrujamiento lo ligaba con lazos tan sofocantes? ¿Qué tenía ella de él?

Ahora regresaba. Con cientos más. Pero hubiese vuelto solo. Lo sabía. No había otra cosa en el mundo que le importase más que eso. Él, que hasta hacía poco, era como el gavilán. Un pájaro libre... Sentía pesados los brazos. Le pesaba el pecho. La cabeza no era suya...

Llegado a Gulaï-Pole, enfiló directamente, esta vez a caballo, hacia la casona en que se guardaba ella. Traía consigo la capa de piel de lobo, echada sobre los hombros. Se envolvía en ella de día y de noche.

Encontró la puerta de entrada abierta. Le extrañó, pero no acabó de prevenirse. Vio caballos sueltos, oyó risotadas. Como en un vértigo se sucedieron las imágenes. En tres zancadas subió las escaleras. Debió sortear un cuerpo bañado en sangre que estaba atravesado. Era el de Pavel Adamov.

—¡No! ¡No! ¡A ella no! —se desgarró gritando Darío—. ¡A ella no!

—¿Y qué corona tiene ella? —dos cosacos le cerraban el paso. Uno era Gravinkoff y es el que había hablado. Adentro, otros se disputaban la mujer.

A Gravinkoff, Darío le partió la cabeza prácticamente en dos. El otro se hizo a un lado. Darío penetró en la habitación. Intentó agredir. Alcanzó a uno. No vio a un tercero que le decerrajó un pistoletazo en el vientre. Se desplomó herido de muerte.

—¡Mujer fatal! ¡Debes morir! ¡No vales tanto! —le dijo a Mara que yacía semidesvanecida en el lecho, el que había ultimado a Darío. La cogió por el cabello y extrayendo un puñal de su vaina, la degolló.

Recogieron al herido y cuando salían, uno de ellos levantó la capa de lobo caída y se la echó a los hombros.

IV

EL RETIRO DE MAKHNO

El comando zonal del ejército bolchevique —¡oh, tenebrosos habitantes de las tinieblas!— para asombro y desconcierto de los guerrilleros sometidos a constante y contradictoria manipulación, disponiendo de diversas comandancias interzonales más la condición de poder removerlas, jamás ofrecían dos veces el mismo plantel, ni en ninguno de los casos el repuesto se hacía cargo de los daños, felonías y traiciones perpetradas por la autoridad anterior. A su vez, los makhnovistas, obligados a recurrir a su única fuente de pertrechos, si bien cargados los ánimos, soportaban la manipulación.

Habiendo irrumpido los blancos por la brecha cedida por los rojos, no sólo Gulaï-Pole, sino toda la retaguardia makhnovista se vio envuelta y en serio peligro de ser copada. Los blancos quedaron por detrás de la línea insurgente que cubría Mariupol-Kuteinikovo-Taganrog, en el corazón de la línea guerrillera. Y desde ahí, Denikin quedó en disposición de lanzarse tanto hacia Ekaterinoslav, camino de Kiev, como de envolverlos y destruirlos.

El comando del ejército rojo, todavía y como ignorante de su culpabilidad en la situación envió a la estación de Gaitchur, apenas a pocos kilómetros de Gulaï-Pole, un tren blindado recomendando «resistir hasta el último extremo». A los dos días se acoplaron varios destacamentos rojos e inmediatamente también parte de su estado mayor: el comandante en jefe Vorochiloff, futuro comisario de guerra para la nación; Mejlauk, comisario del ejército y otros altos funcionarios. Su finalidad: establecer con urgencia un comando conjunto. Venciendo perplejidad y prevención, el estado mayor makhnovista dispuso el envío de un par de miembros e informarse directamente. Vorochiloff, haciendo protestas de amistad, rechazando alguna res-

ponsabilidad en la brecha provocada (prueba de ello es que allí se encontraba él), denunciando apremio de tiempo y soluciones, urgió la concreción de la alianza. Razones le sobraban... La escalada denikista se hacía cada vez más patente y arrolladora.

En el interin de esas negociaciones, los makhnovistas recibieron información confidencial que revelaba que los bolcheviques tramaban un nuevo atentado. La cosa se hizo evidente cuando insistieron en que Makhno, ocupado en la línea de combate, la abandonase para tratar como correspondía, «entre jefes», toda la situación. Presintiendo una celada, Makhno eludió la invitación. Efectivamente, Vorochiloff traía órdenes secretas de Trotzky de coger a Makhno y proceder a fusilarlo. Dicho jefe y sus subalternos hacían una vez más la comedia. Ese tren blindado, arribado como un gusano asqueroso dispuesto a devorarse al jefe máximo de la guerrilla, de momento debió resignar su presa.

Ante el cariz de los acontecimientos y entendiendo que los bolcheviques no habrían de cejar en su intención de exterminar por cualquier medio al movimiento insurgente, Makhno debatió la cuestión a fondo con Pedro Archinoff, que por entonces oficiaba de secretario particular, además de dirigir el diario de los makhnovistas *Camino de Libertad* y ocuparse de actividades educativas y culturales en representación del Movimiento. Hacía una hora que discutían el asunto. El cenicero, sobre el escritorio de Pedro estaba lleno de colillas. Makhno encendía otro cigarrillo.

—Desgraciadamente....

—¡Otra vez esa palabra! ¿No la extirparemos de nuestro lenguaje?

—Sí, desgraciadamente, Makhno, nos llevan la delantera... Es como un tiempo que siempre nos falta con ellos. Considero tus razones... Yo no veo otra que salirnos de su zona de proteccionismo.

—Pedro, ¡si lo sabes! Eso nos lleva directamente a confrontarlos. No podemos permanecer en medio de todo eso sin actuar. Nos va la vida si no resolvemos lo de los pertrechos. Procurárnoslos sin acceder a sus demandas, es la guerra con ellos. Eso quieren. A eso nos provocan. Quieren convertir en antipopular nuestro movimiento. ¡No me dejaré coger en esa trampa!

—En esa no, pero ya estás condicionándote a sus opciones.

—¿Has visto un ejército sin munición? ¡Pues, eso es!

—¿No ganaríamos cortando por lo sano?

—¡Tú entenderás de educación, pero nada de guerra, Pedro! ¿Quieres que la emprendamos con blancos y rojos a puro sable, así nada más? Pedro, te llamo para esclarecerme un poco y me sales con esas. ¡Si parecemos tontos!

—Pero, ¿es que hay otra? o nos integramos a sus formaciones o nos asumimos.

—En eso nos jugamos toda la reputación.

—¡Ahí tienes ya la tuya, fregada con esa rata de Grigorieff! ¡Y por nada! Pero eso no te va a matar, ni a creerlo nadie que te conozca. Idéntico entre los rojos y nosotros. Nadie que sepa algo de anarquismo podrá creer que luchamos por algún privilegio. Y si hay quien sí, lo será por malicia o ignorancia.

—Tú ya conoces lo que ellos retuercen las cosas. ¡Y más algo así!

—Me preocupa más sacarme de encima esta fuerza que mal nos quiere y que no se fatiga por acabarnos. ¡Bolchevismo y anarquismo no casan de ninguna manera, Néstor Makhno!

—¡Y me lo estás diciendo a mí, Pedro!

—¿Y por qué no?

—¡Porque yo no he debido pasar por ninguna coctelera comunista antes de ser anarquista! —por un momento parecieron los dos enfrentados.

Un día después, Makhno reunió a su estado mayor a los efectos de hacerles un comunicado de emergencia. La felonía comunista tenía a todos escandalizados. La reunión concertada tradujo ese estado. Comenzó Karetnik.

—Está visto que los bolcheviques quieren hacernos perder la cabeza.

—¡Perdámosla!

—Y que nos lancemos tras ellos.

—¡Ese gusto podríamos dárselo! —dijo Stchuss, arrancando aplausos.

—¡Ciertamente! —intervino Makhno—. ¡Ese gusto podríamos dárselo si no nos tuviesen fajados como a criaturas! —estaba que se lo llevaba el diablo—. ¡Denme una justificación atendible y que podamos hacer pública y la emprendemos! Pero ocurre, y esto es lo primero que deben entender los camaradas, que todos sus actos por muy alevosos son total y absolutamente ignorados por la gran masa. Nosotros sabemos que han dejado descubierto a propósito el frente, pero ¿cómo probarlo? ¿Por qué medio difundirlo? ¿Y además, lo creería la gran masa roja? ¿Y la prensa roja? ¿Permanecería callada? ¿Quién levanta los infundios de esa prensa en Rusia entera? ¿No es lo que viene sucediendo? Sobrándonos razones, ¿qué justificación pública podríamos esgrimir?

—¡La revolución social! ¡Se adelantó Kojin.

—¡No hay otra salida más clara y más directa que esa, Badko.

—¡Y que la entienda quien la entienda!

—¡Qué tanta contemplación por la masa, Makhno! —exclamó Petrenko-Platanoff—. ¡Ahí reside la raíz de nuestro conflicto! ¡Esclarezcámoslo, camaradas! ¡Si la masa tiene efecto paralizante, a la gran mierda! ¡Bien caro estamos pagando el Estado proletario! ¿Y vamos a poner en tela de juicio la posibilidad de salirnos de esta situación inequívoca, nada más que por esa hipótesis de la masa...?

—¡Hipótesis! —encareció Vassilevsky.

—¡Sí, si es forzado! ¡Sí, si nos obliga a deponer una acción!

—¡Pero es que sin masa todo lo nuestro carece de sentido!

—Me alarmo pensando si no se está creando una nueva mistificación, un nuevo Dios, un supuesto ante cuya voluntad debemos rendirnos —apuntó Kurilenko—. ¡Vaya eso para los marxistas-leninistas, pero no para nosotros! Yo prefiero seguir siendo fiel a mis principios anárquicos y a los campesinos y camaradas con los que estoy unido luchando. El movimiento del que formamos parte, en su totalidad, nos cree porque sabe que no vamos a mentirles. Porque saben lo que somos y no somos otra cosa que ellos mismos. Eso por un lado. Por el otro, ¿qué más tenemos que perder o qué temer? Que nos calumnien más. Que nos calumnien lo que quieran. No demos a la difamación mayor magnitud que la que le da la propia masa. Sus calumnias aquí, saltan a la vista. Y más allá, con lo convulso de toda la situación interna, no creo que la masa esté para prestar oídos. Aparte esto, estimo, con Kojin, que nos queda por enfrentarlos, hacerlo en nombre de la Revolución Social.

—¿Tú quieres ex profeso echarte al pueblo encima, Basilio?

—¿Y quién lo dice? ¡Quién sabe que eso ocurra!

—No lo dudes; serán los más.

—Y así sea, ¡qué! ¿Somos anárquicos o demócratas? A mí no me paralizan mayorías. Hasta ayer éramos un puñado visionario. Hoy, el poder central...

—¡El poder central y Denikin!

—Los dos, en este meridiano, pasan por nosotros. No se te olvide, Karetnik. ¡Y con nosotros, no hay arreglo! ¿Por qué no pensar que podamos ser nosotros los que dictemos las condiciones?

—¡Camarada, deliras! ¡No! ¡A la vez contra los dos! —exclamó Sereda.

—¿Por qué no?¿Y otra vez, quién dice que no? —incitaba y reafirmaba Kurilenko—. ¿Por qué empequeñecernos el panorama? Si estamos deteniendo a Denikin y éste está apoyado por las naciones más poderosas del mundo y si él tiene en mente instalarse en Moscú,

por qué no pensar que podamor ir tan lejos también nosotros? —sus palabras levantaron una ola de comentarios controvertidos. Él volvió a imponer su tono y su certeza—. No me dirán que lo de Denikin tiene su razón de semejante propósito por apoyarse en las potencias mundiales que lo respaldan. Si peligroso, es tan frágil y sin arraigo que ya lo vemos zozobrando en los umbrales de su intento. En cambio, con una fuerza equiparable, ¿qué sería lo nuestro echado a rodar por la entera Rusia? ¡Y siendo nuestra naturaleza y nuestros ideales de la misma hebra que la naturaleza y los ideales de igualdad y libertad que alienta al resto de la población! Ya lo hemos probado. ¡Los pueblos se levantan a nuestro paso!

—¡Te envidio el optimismo, Basilio!

—¡Qué sería lo nuestro si marchásemos a través de Rusia!

—¡Sería la Revolución! ¡La Revolución! —clamaron Belach, Kojin, Stchuss, Petrenko-Platanoff y otros entre un revuelo tumultuoso.

—¡Kurilenko, camaradas, por favor! ¿De verás piensan en toda Rusia? ¿Si no acabamos de hacer pie en nuestra región? —se alzó Tchubenko.

—No estoy hablando de concreciones y estabilidad. ¡Y menos en las actuales condiciones! Hablo del humus... ¡Sabes de qué hablo, Tchubenko! Hoy tenemos una base de un millón de trabajadores y un ejército aguerrido de veinte mil hombres armados. Y más seríamos, si más armas poseyésemos. Esto es sólo el inicio de un aún más vasto movimiento contenido que aguarda una presencia decisiva para manifestarse y producir el levantamiento subversivo de liberación. ¡Estoy hablando de provocar! ¡Y contaminar!

—¿De veras piensas eso que dices? —dijo atónito Garcucha, no haciendo más que testimoniar lo que otros, ahí.

—¡Qué!

—La revolución social... ¡En toda Rusia! ¿Serías capaz de conmover la sociedad hasta tal punto, tú, nosotros...?

—¡Eh! ¡Paren, por favor! ¿Es esta discusión para este momento?

—Pero sí, Martchenko. Deja... —intervino Makhno que había seguido con gran atención a Kurilennko—. El compañero tiene los ojos puestos en el pico más alto... Está bien que alguien nos recuerde que estamos peleando no sólo por cartuchos de más o de menos. Que el álito mesiánico, lo oceánico, la grandeza de la idea propagada no abandone nuestra frente, ni deje de iluminarnos.

—Pero...

—Pero, ¡nada! ¿Estamos dejando de pensar? ¿Cúal es nuestra finalidad? ¿Hacia dónde vamos?

—¡Esto no está bien! ¡Si tú mismo nos convocaste, Badko Makhno! Y para qué, si todavía no lo has dicho... ¡Y a un paso prosigue la guerra!

—¡Pero, qué! ¿Se nos acaba el tiempo?

En ese momento se oyeron campanadas de alarma provenientes de Gulaï-Pole.

—¡Ahí tienes! —señaló Martchenko—. ¡Estos son nuestros asuntos!

—Nuestros asuntos no son una simple cuestión de policía, camarada —se plantó una vez más, Basilio Kurilenko—. A eso queda reducido nuestro papel ante el apremio de las circunstancias. Así perdemos espacio mental. Los camaradas son desbordados en sus propias estimaciones por los acontecimientos. ¡Se convierten en juguete de los vientos!

Volvieron a escucharse las alarmas batiendo los campanarios.

—¡Ahí lo tienes! Llámalo como quieras. Ahora, es esto.

—¡Tú te sigues refiriendo a Denikin y todo eso!

—¿Cómo que todo eso? ¿Estás ciego? ¿No ves lo que tienes delante de los ojos, Basilio Kurilenko?

—Esto es lo diario. Lo hace cualquier guardia nacional en cualquier país. Yo hablo de mucho más que esto. Yo digo, sigo diciendo, ¿por qué y para qué y hacia dónde? Esas campanadas me conciernen. Pero no es necesario que yo sea anarquista para eso. Y yo soy anarquista. Si debo morir apagando un incendio, no quiero morir como un bombero. Si debo salir ahora a enfrentar a quien sea, debo hacerlo provisto de todo mi bagaje y toda mi convicción de anarquista. Esto significa que no paraliza mi mente ninguna circunstancia. Y sin embargo, así y aquí estamos devanándonos, indecisos. ¡Sin querer ver el camino abierto por delante! No busquemos coyunturas, arreglos, mal menor... ¡No hay mal menor con los bolcheviques! ¡Mañana será peor! La cuestión con los bolcheviques es hoy, ahora, en este momento.

—Hoy, ahora, en este momento... ¡Si estamos otra vez sin munición! —casi gritó Karetnik—. ¿No lo quieres entender? —se levantó de su asiento en la mesa que presidía Osseroff, pareciendo enfrentarlo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —replicó aquél—. Pero yo digo que esclarecer el pensamiento es ver claro en el campo de la guerra.

—¡Pensamiento! ¡Doctrina! ¡Y en medio de la guerra! ¡Y no teniendo con qué! —se acaloró más Karetnik, guiñando sus ojos tras sus gafas.

—¡Y con los dos encima! ¡Blancos y rojos! ¡Y mal parados nosotros! —expresaron su razonamiento otros comandantes.

—¡Esas cosas los detienen! —Kurilenko paraba réplicas pareciendo no atender razón de nadie—. ¡Parecemos cambiados, camaradas! ¿Qué teníamos cuando enfrentamos al ejército germano? ¿No lo estamos haciendo con los blancos? ¿Y por qué no, cómo no, con los rojos? ¡Es que los rojos nos tienen apurados psicológicamente! Esta es toda la cuestión. Y necesaria de esclarecer y previa a toda acción. ¡Nos empujan al abismo, nos traicionan, nos hacen caminar sobre vidrios! Desatemos los sucesos. ¡Recobremos la iniciativa! Eso perdimos. ¡Iniciativa mental!

—¿Y en dónde, con quién proveernos de pertrechos?

—Eso es secundario. Aclaremos nuestra mente, primero. Encaremos la cuestión de frente. ¡Arrollemos a los bolcheviques! ¡Los rojos no agregan nada y nos lo quitan todo!

—¡No los quiero a mi lado! —gritó Stchuss.

—¿Y quién los quiere?

Intempestivamente la reunión pareció convulsionada. Se acararon las voces, se agriaron los conceptos y el cruce de opiniones amenazó con convertir en tumulto la reunión cuando, sobreponiéndose al vocerío, Osseroff, que oficiaba de secretario de actas en la ocasión, reclamando atención y silencio logró abrir brecha y ser atendido.

—¡Si hay un orden del día! ¿No hemos sido convocados? ¡Compañeros! ¡Camaradas! ¡Por favor! ¡Un momento! ¡Si por fin es Badko quien nos ha convocado! ¡Si Badko quiere comunicarnos algo! ¿Dejarán que diga de qué se trata? —su requerimiento tuvo efecto. Makhno tomó la palabra.

—Lamento vivamente —dijo—, ser causa de interrupción de lo que se estaba tratando. Ciertamente, Basilio Kurilenko, coincido contigo en tanto que cuántas veces no me digo, ¿y por qué no?

—¡Eso digo yo también! ¿Y por qué no? —exclamó el aludido.

—¡Y por qué no! —en coro repicaron otros.

—¡Por qué no! ¡Y que lo reclamen! ¡Si ya no podemos ni usar los fusiles como armas de fuego! ¡Cómo! ¡Con qué! ¡Cómo y con qué! Si justamente por esta razón los he convocado; porque esta situación no es posible prolongarla más y estamos sin munición y a riesgo de ser arrollados por los blancos...

—¡Rematados por los rojos!

—¡Los rojos son tan enemigos nuestros como lo son los blancos!

—¡Lo sé! —las réplicas percutían como fustazos—. Y también que este tema debería ser tratado con atención, mayor tiempo y prioritariamente. Y de ser posible en un congreso general de la región.

—¡Hagámoslo! ¡Eso es! ¿Por qué no hacerlo? ¡Eso cabe!

—¿Por qué? Porque yo veo toda la cuestión por ese lado, improbable. Faltándonos el tiempo y los medios. Corriendo el riesgo de quedar a medio camino de todo.

—¡Al contrario! Por ahí nos definimos, Badko —expresó Belach.

—Pongamos las cosas en su sitio. ¡Planteemos de una vez por todas nuestra revolución! —se empinó Kurilenko.

—¡Qué se te ocurre! ¿Ahora? ¡Ahora, armas! ¡Munición!

—Pero, caramba, ¡caramba!, camaradas. ¿Dejaremos decir a Makhno lo que ha venido a decirnos? —insistió Osseroff. Una vez más la atención general se dirigió hacia éste.

—Lo que debo comunicarles... Lo he pensado muy bien... —previno. Su expresión se había endurecido y pareció traspasándolos. En reciprocidad, la audiencia, sobrecogida, aguardó a que hablase del todo—. Camaradas, no quisiera que le den mayor alcance que el que tiene a mi decisión y que... no es más que una manera de cambiar los términos en que se desenvuelven nuestras relaciones con la jerarquía roja. Si implicará cambios..., pienso que serán más aparentes que reales...

—¿Qué cambios? ¿Querrás hablar, Badko?

—Muy simple. Voy a enviarles mi renuncia a los rojos al puesto que ocupo en el movimiento... —no terminó de hablar. No se lo permitió el repentino alboroto y la ola de protestas que levantaron sus palabras. Osseroff hacía rato que había renunciado a poner orden cuando lo logró el propio Badko logrando volver a hacerse escuchar—. ¡Camaradas! ¡Camaradas!

—¡Nada, Badko! ¡No en tus términos!

—¡Si eso es; eso será! ¡Términos! ¡Palabras! Un punto de honor que no nos toca. Nos aprovecharemos de ello para sacarle todo el partido posible

—¡Qué partido! ¡Se nos echarán encima! ¡Querrán catequizarnos!

—¡Ya lo intentaron! ¿Y qué resultó? ¡Cuidado que no los convenzamos nosotros!

—No veo como —se levantó Kojin—. Separados nuestros mandos, a su merced las unidades, no me parece que ellos vayan a respetar nuestras formaciones.

—¡Tendremos munición y pertrechos!

—¡Pensemos las malas; nos disgregarán!

—¡Apartándonos del frente de Denikin!

—¿Me oyeron decir que mi retiro significa el retiro de nuestras consignas? ¡Qué! ¿De verás soy el padre? ¿Me retiró y nadie sabe qué hacer? ¡Nadie se deja apartar de sus unidades y nadie abandona el frente de Denikin por ninguna causa!

—¿Y si eso pretenden? —preguntó Kurilenko.

—Si lo hacen, sin más remedio habrá llegado la hora de enfrentarlos.

Makhno formalizó su retiro enviando un comunicado al comando rojo.

«Estado mayor del 14º ejército. Vorochiloff. Trotzky, presidente del Consejo Revolucionario Militar. Kharkov. Lenin. Kameneff. Moscú:

»A consecuencia de la orden 1824 del Consejo Militar Revolucinario de la República envié al estado mayor del 2º ejército y a Trotzky un despacho con ruego de dispensarme del puesto que ocupo actualmente. Ahora reitero mi pedido, y he aquí las razones en que creo mi deber fundarlo. A pesar de que he hecho la guerra con los guerrilleros sólo a las bandas de los blancos de Denikin, no predicando al pueblo sino el amor a la libertad y a la acción propia, toda la prensa soviética oficial, así como la del partido bolchevique difunden contra mí rumores indignos de un revolucionario. Se me quiere hacer pasar por un bandido, cómplice de Grigorieff, conspirador contra la República de los Soviets, *con el fin de restablecer el orden capitalista. En un artículo titulado "La Makhnovichina" (en* Camino, *nº 51) Trotzky plantea la pregunta: "Contra quién se levantan los insurrectos makhnovistas?" Y se ocupa de demostrar que en realidad la makhnovichina no es sino un frente de batalla contra el poder de los* soviets, *sin decir una palabra del verdadero frente contra los blancos de una extensión de más de cien kilómetros, donde los insurgentes han sufrido, desde hace seis meses, y sufren todavía, pérdidas enormes. La orden 1824 me declara "conspirador contra la República de los* soviets" *y "organizador de una rebelión al estilo de la de Grigorieff".*

»Creo es derecho inviolable de los obreros y campesinos, derecho conquistado por la revolución, la convocación por sí mismos de un congreso para debatir y decidir sus asuntos. Por ello la prohibición de la autoridad central de convocar tales congresos y la declaración que los proclama ilícita (orden 1824) son una violación directa e insolente de los derechos de las masas laboriosas.

»Comprendo perfectamente el punto de vista de las autoridades centrales respecto a mí. Estoy íntimamente convencido de que esas autoridades consideran el movimiento insurreccional como incompatible con su actividad estatal. Al mismo tiempo ellas creen que este movimiento está estrechamente ligado a mi persona y me honran con todo el resentimiento y todo el odio que experimentan hacia el conjunto del movimiento insurreccional. Nada podría demostrarlo mejor que el mencionado artículo de Trotzky, en el cual, al acumular a sabiendas calumnias y mentiras, da pruebas de animosidad personal hacia mí.

»Esta actitud hostil, hecha actualmente agresiva, de las autoridades centrales hacia el movimiento insurreccional lleva ineluctablemente a la creación de un frente interior particular, a ambos lados del cual se encontrarían las masas laboriosas que tienen fe en la revolución. Considero esta eventualidad como un crimen inmenso hacia el pueblo trabajador, crimen imperdonable, que creo de mi deber hacer todo lo posible por evitarlo. El medio más eficaz de evi-

tar que las autoridades centrales cometan tal crimen es, en mi opinión, el abandono del cargo que ocupo. *Supongo que, hecho esto, las autoridades centrales cesarán de sospecharme, a mí y a los insurgentes, como conspirador antisoviético y acabarán por considerar la insurrección ucraniana como un fenómeno importante, manifestación viva y actuante de la Revolución social, y no como un movimiento hostil, con el que no se ha tenido, hasta el presente, sino relaciones de desconfianza y astutas que han llegado hasta el indigno regateo de alguna porción de municiones y a menudo al sabotaje mismo del aprovisionamiento, lo que ha causado a los insurgentes grandes pérdidas en hombres y territorio, cosas que habrían podido ser fácilmente evitadas si las autoridades centrales hubiesen adoptado otra actitud.*

»Pido pues, se disponga tomar posesión de mi cargo.

»Batko Makhno.

»Estación de Gaitchur, 9 de junio de 1919.»

Una vez cumplido este requisito, partió definitivamente de Gaitchur, seguido siempre de su escolta. El tren blindado estacionado en mitad de ese desolado paradero polvoriento, a causa de la sequía ese verano, cubierto por algunos guardias que lo recorrían arriba y abajo y con dos emplazamientos de ametralladoras exteriores, acechante, sospechosamente activo en su interior, no auguraba nada conciliador. El monstruo trampa había perdido su presa principal, pero, ¿se resignaba?

V

ANÁLISIS ESPECTRAL

Cuando Trotzky terminó la lectura del comunicado de Makhno, no pudo pasar por alto cierto escozor ruboroso. Mas no por él, sino por Makhno. En esos casos le resultaba como sorprendiendo a la gente en paños menores.

"¡Qué joven y qué transparente es este hombre! —se dijo—. *Lo veo tratando de salvaguardar su espíritu mansillado... Y sin embargo, tras ello, en el fondo, no más que orgullo, y por fuera, más orgullo... Deponiendo su puesto con altivez... pero deponiéndolo. Lo veo forzando su estilo, eligiendo los términos, buscando no descomponerse, precipitarse... Como aquí, cuando dice: "... difunde contra mí rumores indignos de un revolucionario". ¡Qué tierno es este hombre!* Ser revolucionario *es estar disponible para* todo *y no por principios, únicamente por la finalidad. ¡Y tú, queriendo introducir la ética! Un hombre público, y tú lo eres, Makhno, debiera saber pasar por alto ciertas cosas del propio juego, no tratar a su vez de enrostrarlas... Y sin duda que en razón de "principios". ¡Tu posición es ya una apostasía de ellos! ¿Te dirigís a mí presentando tu flanco noble y sin doblez? Tú, limpio, y yo, sucio. Yo soy un hombre público, Makhno. Y para serlo es preciso tener la piel dura. Tengo mi formación, ¡Mis conceptos hechos! ¿Cómo puedes intentar apelar a mi conciencia? ¿No es jocoso? ¡Caramba! Tu escondida causticidad está por debajo de mi mérito. Cuando alguien como yo decide entrar en el ruedo, es porque se ha despojado de prejuicios y moralidad. Lo que hace a la idiosincracia de un revolucionario. Tal lo que fuera Robespierre. Tú mantienes un tono de mesura en tu comunicado..., si bien algo acabas diciendo. ¡Pero cuánto papel y tinta te habrían hecho falta para probar-probar y desmentir-desmentir!* —inclinó el rostro hacia el pliego sometido a su análisis con intención de cogerlo, pero apenas si lo tocó. Volviendo a su soliloquio, dijo—: *Mas no. No es a propósito que valdría ocuparme... salvo sí, de la valoración de una expresión de que has sabido valerte y enrostrarme... Has puesto una palabra ahí, sabes a cuál me refiero: es tu detonante... Con esa intención la utilizaste. Has dicho "insolente". Pareciera formar parte del todo, ser la consecuencia de una apreciación gene-*

ral... pero yo sé, se percibe, esa palabra es sólo a mí dirigida... No se necesita poca habilidad para filtrar ese término ahí, absolutamente personal, irrecusablemente a mí dirigido y haciéndolo pasar como formando un todo con el texto general... Y bien, sí, acuso recibo... Significa no poca habilidad, digamos astucia... Y siéndolo, ¿en qué, en dónde reside tu duplicidad en este caso? Siguiéndote, ¿me sigues tú? Cuando dos hombres en nuestra posición se confrontan, Makhno, todo lo que cada uno no sepa de la cerebración del otro, lo hará aparecer corriendo en pos, siempre después... Cuando tú llegas, hombre escrupuloso y libertario, ¿en dónde no estoy yo? Por ejemplo, cuando dices: "Supongo que hecho esto, las autoridades centrales cesarán de sospecharnos... y etc.". Tú bien sabes que las autoridades no te sospechamos nada, simplemente no te queremos. Y que si hoy te murieses te enterraríamos con pompa... ¿Por qué no hablas claro? ¿Ves que el mundo es lo que apenas puede uno con él? ¡Caramba! —exclamó de pronto—. *¡Qué ataque de sinceramiento me ha sobrevenido!* —se recogió por un instante y prosiguió—. *¿Sabes? En mi posición... No todo es preparar golpes arteros, simular, calumniar... ¡Tantas veces se emplea la verdad como elemento perturbador! En medio de esa mezcla de ideas maquinadas, poner la verdad, ahí, apenas para ser entrevista por muy pocos y abrumar por su desparpajo como un secreto revelador, además de agregar otro elemento más de corrosión, tiene la propiedad de rescatar a la propia conciencia de culpabilidad. Por advertir. Anticipar. Eso nos lava las manos. Tú dirás que eso es un juego siniestro. Pero si no eres capaz de eso, Makhno, pierdes tu tiempo. Sigues siendo un* amateur. *Tú dices: "abandono el cargo que ocupo". Y lo subrayas. ¿Quieres que te creamos? ¡He aquí tu dualidad! No. Tú has pesado tus posibilidades y haces tu movida. Y es ahí, donde tu pretendida pureza se va al diablo. Y justamente por ella alivias las tensiones... Al menos satisface los pruritos públicos... Pero no es más que una movida. La partida prosigue. Tu intención es retomar... Nadie abandona voluntariamente su sitial. Ya ves, vuelves a las convenciones. Imitas a tantos predecesores repudiables. Volverás. Te dices: "al menos he ganado un tiempo". Eso sí. Pero no he mordido el sebo. Sin historia, sí estar en posesión de ella, es imposible estar en mi puesto. Sé que debo guardarme de tu retorno. ¿Adónde irás? ¿Qué será de ti? ¿Y qué de tus huestes? Es mi turno. La próxima jugada la hago yo.* —con una pluma marcó los puntos que había cuestionado de ese texto y cerró la carpeta.»

VI

EN LA TRAMPA

El 11 de junio, a dos días de la entrega del mando de Makhno, los bolcheviques atrajeron al tren apostado en la estación de Gaitchur, so pretexto de tratar cuestiones de estrategia —imposible negarse salvo al precio de volver a desatar la tensión— al jefe del estado mayor makhnovista, Osserof y a miembros de su estado mayor: Mikhaleff-Pavlenko y Burbyga, comandantes de ingenieros y zapadores, respectivamente. Cuando se presentaron en el tren blindado fueron reducidos y detenidos por orden de Vorochiloff, que los aguardaba y remitidos a Kharkov donde fueron ejecutados el 17, seis días después de su detención, acusados de conspiración contra la República. Esa fue la primera de una serie de emboscadas alevosas, groseramente perpetradas y que costaron la vida de decenas de comandantes. Y no que esos tres y los que siguieron, fueran a sus trampas ciega, estúpidamente. Con absoluta prevención asistían a sus citas. Pero, ¿qué otra actitud asumir, salvo declararse en rebeldía o denunciar el hecho en presunción, siendo que cada vez los bolcheviques renovaban sus comandos, no haciendo asistir a ningún acusado? La trama, extendida a lo largo y ancho de la región como una tela de araña, inexorable, fatídica, se cobraba sus víctimas.

Ese monstruo de cientos de miles de comisarios, personeros, gente del partido advenida en jefes, no necesariamente y que se diga por interés personal, habiendo de éstos, claro está, sino por creer, por la causa, por el fin, la finalidad, el control de la revolución, entraban en el juego del recambio como piezas nuevas de otras desgastadas, todas correspondientes a la misma maquinaria... Y por el goce probable de una vida futura ahora, en el confín de Ucrania, el Estado y el Po-

der rojo celoso, agriado, espiaba la oportunidad de descargar su golpe decisivo, se impacientaba... Lanzaba esos zarpazos. En tanto, el combate con las fuerzas de Denikin proseguía, mejor contenido desde que los bolcheviques acordaran reforzar a los insurrectos. Que así de ambiguo era este recelado maridaje.

No escapaban a Trotzky sus propios riesgos. Comprendiendo el creciente prestigio de los makhnovistas entre los soldados rojos que no cesaban, al contrario de lo proyectado, de abandonar el ejército y sumarse a la guerrilla. Y también, el hallarse extrañado del *politburó* sabiendo que allí, no faltaba quien trabajase por hundirlo... Determinado a dar el paso, había de darlo, a fuerza de quedar atrapado en su propia urdimbre. Teniendo frente a él todo ese escenario de lucha, con notoria frialdad manipuló sus propósitos. Y donde sus secuaces parecían resquebrajarse, temiendo que la manipulación se volviese contra ellos mismos con la caída del frente que sostenían los insurrectos, ahí estaba él, digitando. Tal hombre para tal dilema. Evaluada la situación, Trotzky vislumbró el momento para lo que venía premeditando. Constatado el empuje permanente del ejército blanco, tanteando el quebrantamiento de la última resistencia insurgente, en lugar de correr en su socorro, ordenó una retirada general, incluida la guerrilla del frente, para aguardar fuera de ella al enemigo común... Esto valía tanto como entregar sin lucha cientos de kilómetros, la residencia de la makhnovichina a Denikin. So pretexto de obligarlo a un forzado estiramiento de sus líneas y consecuentemente de su fuerte de provisión... ¡Y precisamente en el vértice de una escalada blanca reforzada por cosacos recientemente incorporados de Kubán! ¡Si que era una orden como para no recibirla distraído! Los makhnovistas de inmediato se alertaron. ¿No venía a resultar lo mismo que apartarlos del frente de Denikin y de su región? Consecuentemente, desconocieron la orden de retirada y se dispusieron para resistir a los rojos si se los apremiaba. Para sorpresa, los rojos se guardaron muy bien de conminarlos por la fuerza. Al contrario, volvieron grupas dejándolos abandonados a su suerte...

Mas los hechos, impredecibles, siguieron su propio curso... Denikin reunió todo su potencial al hallar propicia la situación y no se detuvo en perseguir a los insurrectos, momentáneamente desorganizados y desmedrados, sino que, al descubrírsele un amplio frente sin el respaldo previsto, se aprovechó de ello lanzando a través importantes fuerzas en procura de objetivos más amplios: ¡llegar a Moscú! ¡Oh, estupor de la cúpula comunista! En una escalada que no dejó de dar vahído al buró, dejando atrás Ekaterinoslav y Karkov, Denikin ade-

lantó fuerzas poniéndole sitio a Orel, en pleno corazón de Rusia y a 300 kilómetros de Moscú.

—¡Más! ¡Debemos apabullarlos! —estimulaba Denikin eufórico a sus generales—. ¡No temáis por nuestra retaguardia! ¡Se trata de trasladar al norte todas nuestras fuerzas!

—Traemos pegados a las ancas a esos *mujiks*, mi general.

—¡Déjenlos atrás! No se preocupen ya de ellos. No estamos peleando por conservar cada palmo. A esos *mujiks* no los sostiene nadie, finalmente acabarán cayéndose solos. ¡No peleamos nosotros por Ucrania, peleamos por Rusia! Llegados a Moscú, de inmediato obtendremos el apoyo de la Entente. ¡Así se gobiernan los pueblos! ¡Y otra vez por mil años! Rusia volverá a ser lo que siempre ha sido: el lazo y la transición. Toda la cultura de Occidene asimilada y luego devuelta, transformada... ¡Somos el obligado puente con los chinos! Nos necesitan. ¡A Moscú, generales! ¡A Moscú! ¡Volvamos a la historia!

Trotzky por su parte, en ese mismo instante, viendo contradichas algunas de sus especualciones debió pensar, al contrario del general blanco, si no estaría «saliéndose de la historia». Porque no se trató sólo y nada menos que de esta carrera de Denikin. En el *politburó*, José Stalin abrumaba a Lenin.

—Camarada, fíjate... Debe haber un técnico y no únicamente un político en Ucrania...

Y si bien sabía que eso no mellaba su posición ante el Grande, sabía que así se les iba haciendo la cama a los que se buscaba suprimir: soltando en su contra sentencias que quedaban sin contestación... hasta que todo era reunido...

También y esto ya en el teatro de los sucesos, Trotzky se vio obligado a suspender la purga alevosa de comandantes insurrectos, cuya autoría ya le resultó imposible eludir, a fuerza de degenerar en enfrentamientos que amenazaron envolver a todas las fuerzas. De las que temió salir perdiendo... ¡Eso por haber reabastecido en pertrechos y armas a la guerrilla! Tampoco eso sólo. Estaba esa cuestión de prestigio incuestionable de los makhnovistas, cada vez más admirados y seguidos por los soldados rojos, sumada a la inexplicable retirada bolchevique, que tenía más carácter de fuga y que acabó sumiendo en la vergüenza y la indignación a tantísimos soldados rojos que desertaban de sus filas y se sumaban a los makhnovistas. Todo ello que contradiciéndolo, no hacía más que acrecentar su odio y ojeriza hacia esa fuerza campesina interpuesta a su mando y a su autoridad a la que se había jurado exterminar...

A propósito de lo cual y esto Trotzky lo contabilizaba a su favor, estaba el haber logrado apartar del campo de acción, hacia Crimea, a una importante fuerza insurgente al mando de Kurilenko, con la mira de reforzar el ala del ejército rojo allí estacionado, con el objeto de impedir ningún desembarque de refuerzos blancos por esa costa. Si allí Trotzky pareció vanagloriarse, quebrantando la consigna insurgente de no abandonar por ninguna razón el frente blanco, él ignoró la secreta intención de los makhnovistas al consentir. Lo hicieron con el propósito de convencer y sublevar a los soldados rojos en esa región apartada, volcándolos en su totalidad al ejército campesino. Hazaña no menor, si revertida de los objetivos del capitoste rojo.

De este modo, por efecto de los sucesos, a escasas tres semanas de la renuncia de Makhno, se daban las condiciones para su retorno.

VII

GRIGORIEFF

A la intrincada maraña de acontecimientos tan solidarios unos con otros, vino a sumarse, digamos mejor, a definirse, ese pendiente con Grigorieff. Que si fuera de enfoque y pensando en dejarlo para otro momento más propicio por los mandos insurgentes, no obstante fue traído al primer plano con prioridad de resolución, por el propio Makhno.

—Ventilemos esa cloaca. ¡Apesta! —dijo.

Kalchnikoff lo había contactado y la propuesta para una alianza de fuerzas había caído en terreno por demás propicio. «¡Por fin! —había exclamado Grigorieff—. Como para dejar de sentirnos solos». Sintiéndose halagado de ser contactado sin hacer pesar sobre él pruritos de mando, había dicho también: «Badko tiene el alma grande» —después de observarle y detener la mirada en sus bigotes enhiestos, pareciendo aprobarlos. (Lo que faltaba a Kalchnikoff), le dijo.

—¿También tu, Kalchnikoff, boyas por este mundo perro? ¿Qué tal va tu negocio?

—Así, así...

—¡Bah! ¿No tienes independencia? ¿Necesitas estar a las órdenes? ¿Tú también eres idealista? Porque yo lo soy. ¡Y jamás he dejado de serlo! —rompió a reír a carcajadas, le dio un manotazo en el hombro y empinó su porrón de ginebra. Luego de un largo trago se lo pasó a Kalchnikoff—. Para que veas hasta donde soy idealista voy a proponerte algo. ¿Serías tan bueno de pasarle un mensaje a tu gran Badko Makhno? Hace tiempo que tengo una propuesta para él. Pero quizá no la hubiese hecho nunca de no haber estado tú de por medio, amigo. Recálcale eso. A un compañero de armas mío quiero que le dé su lugar. Si se concreta la alianza, verás que llegas lejos, amigo —volvió

a reír. Riendo y abriendo su bocaza de labios sensuales, de colmillos más largos que el resto de sus dientes, bigote manchurio, nariz achatada, pómulos salientes, ojos amarillos verdosos y tocado de su gorro de piel, era la viva expresión humana de una cabeza de jaguar. Y como los de ese felino eran de acompasados y elásticos sus movimientos. ¡Cuidado si ese hombre se aprestaba a saltar!

Por el estilo eran sus hombres. Y si se había impuesto a ellos era porque sin duda era más que ellos. Mantenía muy rígida disciplina en lo estrictamente militar y a ello se atenían todos confiando en su competencia.

Esa nueva comunicó Kalchnikoff a Makhno, relatándole pormenores de la entrevista y su evaluación personal. Makhno se sonrió oyéndolo.

—Verás que tu tigre entra en el lazo. Dile que con gusto lo veré. Que ponga él las condiciones de la entrevista. Me atendré a ellas. Pero muéstrale las mías.

—Tu Badko es un hombre inteligente y muy astuto. Me gusta —dijo Grigorieff a Kalchnikoff en cuanto éste le transmitiera la propuesta—. Dile que aquí estaré. Cuenta mis hombres si no aceptas que son seiscientos —en realidad eran dos mil pero no los tenía ahora consigo. Él también sabía de las tácticas de dispersión y agrupamiento—. Que venga con igual cantidad si eso desea. Vendrán armados seguramente. Dile que menos con artillería, venga como quiera —y se rió francamente.

A Kalchnikoff ese hombre no le caía nada bien. Ocultó lo mejor que pudo sus sentimientos y volvió a evaluar a ojo de perito, todas sus fuerzas.

—Revisa, ausculta, éstos son mis hombres. Y así... —volvió a reír.

«No —se dijo Kalchnikoff— no son para tomarlos a la ligera.»

Entre paisanos, tropas y mandos asistieron alrededor de veinte mil personas, llegadas de Kherson, habitat de Grigorieff y sus huestes y de las provincias de Taurida y Ekaterinoslav. Habiéndosele dado al acto el carácter de congreso regional y estando abierto a todo aquel que concurriese. En una explanada natural, donde se había levantado un escenario expresamente construido para el caso y que, claro está, quienes lo levantaran para los fines previstos del congreso, ignoraban que fuese a ser el tablado de la consunción de su propio

drama..., se reunieron a la media mañana del 27 de julio de ese año de 1919, en el pueblo de Sentovo, cercano a Aleksandriya. El acto, si tan numeroso, fue propuesto así por los makhnovistas, que quisieron darle a la cuestión el sello revolucionario de una sanción popular. Cosa que a su vez, si bien por las suyas, coincidió con el propio sentimiento de Grigorieff al respecto. Él también quería un acto popular y definidor. Incapaz de movilizar por sí mismo tal cantidad de concurrencia, se dejó fascinar por esa posibilidad y allí, creyendo que se consagraría en un liderazgo con base cierta, se encontró, por su falta de penetración histórica, desenmascarado. Y perdido...

Cambiados los saludos de rigor, justipreciados los mutuos alcances de sus respectivas fuerzas —los de Grigorieff los recibieron en perfecta formación— adelantados sus jefes al resto, cruzado el primer saludo, las primeras bromas, compartidos los primeros tragos y sin dejar de recelarse a pesar de la franca apariencia amistosa, comenzaron las conversaciones.

—Te diré, Badko. Hace tiempo que sé de ti. Quería conocerte personalmente.

—¿Y cuál es tu conclusión? —preguntó éste.

—¡Eres peor de lo que imaginé! —esperó a ver la reacción que provocaban sus palabras. Makhno se rió. Rió él a su vez. Y a coro rieron todos—. Esta visto. No hay como tratar con gente de la propia especie. Y a propósito. Ahí tienes uno, Badko —señaló a Kalchnikoff—. Ese lobo vale por una manada. Lo recomiendo —y dirigiéndose al propio Kalchnikoff—. Ya ves como es Grigorieff, amigo. No deja que pase el tiempo si algo ha prometido —se acercó a él y lo convidó con su botella—. Volviendo al punto principal, Badko. ¿Sabes que tú y yo, tal como están las cosas por estas regiones, podríamos alzarnos con lo que quisiéramos? Oh, ya sé que tú tienes principios y que yo, en cambio, salvo la inquina que tengo a esa maldita raza de puercos judíos, todo lo demás me da lo mismo y conmigo se puede tratar.

—¿Y cuál es tu idea, si puede saberse?

—¡Seguro que puede! Si para eso estamos, amigo —vestido con su camisa y bombachas negras metidas en sus botas, paseándose en ese ruedo formado por hombres aguerridos que a primera vista conocían los puntos que calzaba cualquiera, no diremos seguro de sí mismo, pues ello implicaría una retracción, más bien despreocupado de sí mismo, suelto, libre como un gran animal entre otros, exponía su persona a la mirada de todos y el resultado era del máximo respeto de todos hacia él. De talla no por encima de la corriente, armoniosa contextura, desplazándose con tanta soltura, más parecía ahora por

su atuendo, es cierto, una pantera que el jaguar de antes, pero siempre y en cada caso un animal sanguinario—. Se trata de tú y yo... ¡Ah, pero si ya lo sabes! ¿A qué has venido si no? Bah, lo diré de todos modos. Y no creas que exijo ningún cambio. ¡Al contrario! Tú en lo tuyo y yo en lo mío. Perfecto. Tú continúas con la política y me dejas a mí las finanzas. En menos que tardo en decirlo nos hacemos ricos. Muy ricos, amigo. Y siendo ricos nosotros habrá riqueza para los demás que están con nosotros —un clamor ensordecedor partiendo de sus huestes se dejó oír—. ¡Qué! ¿Los tuyos le hacen asco al dinero? ¿Hasta ese punto sois idealistas? —se rió como era su estilo. Lo propio hicieron muchos de los suyos. Volcó el pico de la botella en la boca hasta agotarla. Y viéndola vacía la arrojó lejos de sí. Le pasaron otra que descorchó con sus dientes—. ¿Qué te parece, Badko? No me dirás que no tienes respuesta.

—Al contrario. No esperaba que me propusieras menos.

—¿Has visto? ¿Has visto? —abría la boca pronunciando esto y semejaba una fauce—. ¡Sabía que lo sabías! —reía a mandíbula llena. Volvía a empinar el codo.

—Pero hay una cuestión —dijo Makhno— debes aclarármela. Tal como tú sabes hacerlo, Grigorieff. Sin vueltas. Es referente a los judíos. Me debes esa historia. No es de creer. Tú sabes como es la gente. Habla.

Grigorieff, desde que Makhno tocara el tema, se había quedado parado, los brazos en jarra, abiertas las piernas, abiertas las fosas nasales, mirando con dureza.

—¿Así que no cree? —comenzó—. ¿Qué hay que hacer para que le crean a uno? ¿Matar cinco mil, diez mil? ¿O simplemente a uno, o dos? ¿Ves Makhno como todos esos hijos de perra que se niegan a creer son los que más hacen para que uno vuelva a repetir las cosas? ¿Cómo que no se cree? ¡Qué no se cree! Claro que no acabé yo solo con los tres mil en Elisavetgrad. ¡Ah, esa ciudad apestaba! Créeme. Yo lo ordené. Y quiero que sepas que lo hice por una sola cosa, ¡porque apestaban! También porque como tú, estoy por la igualdad. Ésos con sus familias estaban por encima. Y los que no lo estaban aún, seguramente que lo estarían pensando. Por encima y ahogando a todo el pueblo de esa ciudad. ¿Era justo? ¿No haces tú eso mismo con los *kulaks*? ¿No estamos para eso en revolución? Entonces, ¿qué otra cosa que aplicar las generales de la ley? ¡Bah! No me mires así. No creas que recogí una fortuna. ¡Dios sabrá en dónde guardan su dinero esos judíos!

—¿Pero, de verdad fueron tantos? —preguntó Makhno.

—¿Tú tampoco me crees? Pregúntale a ellos. Eh, tú, Zlijenko, dile: y tú, Petrovich; y tú, y tú; díselo Denko; Pernoff, Gagarich —uno a uno los nombraba, los iba a buscar y los arrojaba al ruedo. Cada uno esperaba ser nombrado para mostrarse orgulloso. Pronto fueron como treinta. Grigorieff estaba exitadísimo. Pregunta. Pregúntales.

Bajo el entarimado de cabecera de la concentración, donde como entre las bambalinas de un teatro se anticipaba esta escena, Makhno prefirió, viéndolo tan predispuesto y locuaz, en vez de continuar escuchándolo, invitarle a abrir el acto y pronunciarse desde el estrado. Grigorieff tomó al vuelo la deferencia... Inmerso en su labia y humor, seguro de haber seducido a su interlocutor con su desenvoltura, ascendió la escalinata que lo elevaba al podio llevando del brazo a Makhno, seguido de su comitiva, como quien se eleva al cielo, ignorante de que pisa los escalones del cadalso que él mismo se ha construído. Ya en escena, se dejó arrebatar por el estallido y la algarabía entusiasta de la concurrencia. Sin mayores preámbulos y ante el público que asistía de pie abrió el acto y tomó la palabra. Arrancó los primeros aplausos la presentación ponderativa que hizo de Makhno, a quien llamó el «padre», el Badko de la insurgencia armada. Los consolidó afirmando su discurso, recusando a las autoridades bolcheviques y al ejército rojo por rechazar alianzas y negarse a dar soporte a fuerzas como la suya y las de Makhno y los acrecentó proponiendo la alianza de estas dos fuerzas. La repercusión de su discurso, batiéndole las sienes en los gritos de adhesión que despertaba, fue preparando el terreno en que se precipitaría y sucumbiría. Considerando oportuna la ocasión para proponer en cambio de la alianza rechazada una y otra vez por los comunistas, la alianza con el ejército blanco y sus generales, para luchar contra los rojos y «despejar a Rusia de bolcheviques y dar lugar a nuevas condiciones que faculten idénticas posibilidades para todos», se encontró de pronto como tocado por un dedo helado que fue congelando sus ideas y por ende el clima general, de caliente a frío y de ruidoso a silencioso, en un anticipo mortal de caída inevitable y ya mismo, ahí mismo, en mitad de ese vacío abierto entre él y la multitud, viéndose prácticamente cercenado por una voz que partiendo del mismo escenario le gritó «¡Traidor!». Era Tchubenko. En nombre de los makhnovistas le denunció públicamente como «sátrapa de la causa libre de los campesinos», al proponer la alianza con los blancos, contra el que el ejército campesino venía luchando hacía seis meses y representaba al régimen zarista. El ex oficial se sintió perdido. En ese instante decisivo, todavía, en una última obnubilación de su mente, viendo a Makhno adelantarse creyó que

se interponía para recusar a Tchubenko y ahogó en su garganta la orden de disparar contra los makhnovistas. Su engaño le resultó fatal. Viéndose pronto acusado por Makhno por su responsabilidad en el *pogrom* cometido en Elisavetgrad en mayo del 19 y que le costara la vida a tres mil judíos. «Canallas como Grigorieff —le señaló Makhno— son la vergüenza de todos los insurgentes en Ucrania. ¡Muerte al Atamán!» Extrajo su arma para matarlo, pero Simón Karetnik disparó a Grigorieff primero. Y lo propio hicieron otros comandantes makhnovistas con los que intentaron un conato de resistencia. Se oían los disparos, se agitaba el escenario como en una ficción. Mas culminaba un drama cierto, no una dramatización. Y el público asistía estupefacto.

Toda esa conmoción apenas si duró tres minutos. La justicia revolucionaria y popular, en su estilo, habiendo ejecutado sumariamente al culpable de ese horrendo crimen de genocidio, de inmediato despejó de cadáveres el lugar y dispuso exhortar a las huestes que formaban los destacamentos del caudillo muerto, en su mayoría constituídos por campesinos, a pasarse a sus filas. Sugestión que muchos de ellos aceptaron de inmediato.

VIII

RETEMPLÁNDOSE

La convulsión que por diversos factores atañía al sur de Ucrania, se había convertido en una enorme caja de resonancias convergentes. Una, por ser el corredor obligado del trayecto que desde el Don y el Kuban tomaba la cosacada de Denikin y que, a pesar de la franquicia hallada con el retiro del ejército rojo, que le permitió llegar hasta Orel, no logró nunca el propósito, auspiciado por su general, de dejar atrás la región en procura de más alta conquista. Siempre encontró a los makhnovistas obstruyéndole el paso. Con tenacidad y sacrificio les oponían sus fuerzas, diseminadas por toda la región y que ahora, desprendidos de los mandos rojos, corrían en busca de sus propios mandos y de Makhno, que cada vez más adquiría proporciones de imán; su imán. Y no sólo sus fuerzas. Por donde quiera fuese, siempre seguido de su escolta de trescientos hombres a caballo, arrastraba tras de sí a poblaciones que se largaban a seguirlo, prefiriendo lo azaroso de un peregrinar, a la incertidumbre de saberse abandonados a la suerte de las hordas de Denikin y acaso, también de las fuerzas rojas que, en su retirada hacia la frontera producía todavía sus estragos vengativos. Así se encontró Makhno sin proponérselo, seguido de esa increíble, funambulesca, abigarrada, heterogénea caravana de hombres, mujeres, niños, con enceres a cuesta, arriando vacunos, ovejas, cabras, gansos, a pie, en carros, *tatchankas*, niños en brazos, mujeres embarazadas, todos alegres y animosos. Movilizados con él. Escampando en derredor de él. Y había también caballadas y hombres en sus monturas. Hombres armados. No del todo ortodoxamente. Llevando estoques y viejos fusiles como si fuesen armas preciadas, las más preciadas. Toda esa multitud, entonando cánticos, arriaba entre campos, colinas y cielo abierto una enorme bandera negra con

leyendas doradas en ambas caras que decían: «Libertad o muerte», de un lado y del otro: «La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros» y seguía el trayecto de Néstor Makhno absorbiendo en su peregrinar hacia el norte, a cientos de más paisanos, familias enteras que abandonaban sus villas y aldeas tras él.

Era de verse el alborozo de tantos, toda vez que le salían al encuentro los contingentes guerrilleros de retorno a su mando ambulante. Acarreando éstos a su vez cuantas armas, pertrechos y municiones hubiesen podido despojar a los rojos, era de ver lo prontamente que ese material se redistribuía. Con él se armaban los que iban a engrosar las formaciones regulares. ¡Con cuánta rápidez se propagaba el espíritu que traían los insurgentes devueltos a su medio! Y no sólo así.

En distintos puntos se produjeron deserciones masivas decididas exclusivamente por las tropas y comandantes del ejército rojo. Forzados a apartarse del teatro de operaciones se sumaban a la makhnovichina retomando con ellos la lucha contra el enemigo común: los blancos. Eso hicieron en Bibik regimientos que ocupaban Poltava. Otros se soltaron de sus mandos superiores en Rusia central. Y desde la provincia de Orel, llegaron a sumarse tropas numerosas sublevadas por su comandante, Ogarkoff. (Si mínimos puestos sobre el gráfico general de la nación, estos hechos denotaban una tendencia. ¡Ah, si los makhnovistas, con una visión más amplia, se hubiesen atrevido a más!)

Una vez reunidas estas primeras fuerzas, de inmediato Makhno operó con ellas. Decidió atrincherarse en las cercanías de Alexandrovsk. Por un tiempo conservaron el puente de Kitchkas, sobre el Dnieper, uno de los más importantes de Rusia, pero se vieron desborados por fuerzas blancas superiores, alarmadas y empeñadas en no permitirles rehacerse viéndolos reagruparse. El éxodo debió proseguir, la recalada duró apenas tres días, hostilizados constantemente por la vanguardia de Denikin. Los cosacos sentían propicia su presa, máxime con esa población de arrastre y como jauría mordían los garrones de la larga caravana, siendo repelidos bravamente por los grupos de defensa.

Makhno, un tanto arrastrado por los sucesos, mas no a la deriva de ellos, conjeturaba con los de su estado mayor sobre la suerte de Kurilenko, Klein y Budanoff, adscritos y con fuerzas propias al ejército rojo en Crimea.

—Me da el corazón —decía Makhno a los suyos—, que en Crimea deben ignorar la retirada roja del frente. ¿No se les hace que es una noticia que allí podrá pesar en los acontecimientos? ¿Qué podríamos hacer?

—Hacerles saber —contestó Karetnik, haciendo reír con su respuesta.

—¡Qué inteligente eres, Simón! —le dijo Makhno, palmoteándolo.

—¿En qué piensas? —lo inquirió Martchenko.

—En que nos vendría bien pasarla a nuestro lado.

—¿No planeamos eso?

—Pienso si no podríamos ayudar a los camaradas de allí a conseguirlo.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Belach.

—¡No estaría mal!

—Nada se pierde.

—¡Mucho más que eso! —se agitó Belach—. Me parece propicio el momento. Las tropas rojas estacionadas allí deben estar de lo más desmoralizadas de su papel pasivo junto al mar contando las olas...

—¡Y con los nuestros como abejorros, sin dejar de zumbarles!

—¡Exacto!

Makhno dispuso enviar inmediatamente una delegación encabezada por Karetnik y Belach, secundados por soldados y oficiales rojos que operaban en las filas campesinas, para que ratificaran el informe. La noticia de que el ejército rojo se retiraba del escenario de lucha en Ucrania consternó e indignó a los soldados en Crimea. Fue la nota, el motivo aguardado. No lo dejó pasar Kurilenko. En una reunión agitada y multitudinaria juntó toda su fuerza de convicción para su arenga.

—Camaradas: ahí está, descarnada, en la denuncia que han venido a traernos los vuestros y los nuestros, la evidencia de cuanto les hemos estado predicando en esta retirada región, tan apartada del teatro de los sucesos. Si no resultase un sarcasmo la comparación, podría decirse que como al ganado cuando se lo envía para su engorde a pastorear, a nosotros nos han enviado junto al mar para que nos hartemos de pescado... Aquí aguardamos, ¿qué? ¡Y de espaldas a la revolución, mientras en Ucrania camaradas nuestros luchan por salvarnos y contener la invasión! ¿Qué significan nuestros fusiles y nuestros cañones aquí? ¿No venimos a resultar como esos almacenes repletos de alimentos mientras la gente afuera se muere de hambre? Si la tierra es para el que la trabaja y los talleres y las fábricas para los obreros, ¿para quien es el armamento arrumbado en depósitos? ¿No son tan del pueblo como las tierras y las fábricas?

—¡Sí! ¡Sí! —un ulular terrible como un desgarro, se alzó en miles de gargantas.

—Pues, ¡volvámoslas al pueblo! —remachó Kurilenko—. Empuñémoslas para luchar contra la invasión blanca. ¡Basta de permanecer aquí, inactivos! La revolución nos reclama. ¡Y nosotros! ¡Los makhnovistas! ¡El auténtico campesinado en armas! Ustedes bien conocen. Y saben bien por qué nos han traído a Crimea. Para apartarnos del frente de Denikin. Para disolvernos, desmoralizarnos, destruírnos y esto, aún a costa del triunfo de la invasión. Porque por encima de todo nos odian sabiéndonos libres; porque nos saben insobornables en nuestros derechos; porque recusamos con nuestra acción y nuestro ideario su criterio dictatorial y su deseo de manejar masas sumisas y obedientes. ¡Nosotros representamos la revolución, camaradas! No a los intereses estatales. ¡Somos el pueblo! No una casta que se impone, un partido que dirige. Ahora retornamos a la lucha directa contra el enemigo común: ¡la reacción blanca! Los camaradas que han venido directamente del frente a informarnos y reclamarnos ya pueden estar seguros de que partimos tras ellos. A nosotros no nos desvían razones tácticas, convenciones ocasionales. Salimos al paso del enemigo cada vez que el enemigo se presenta. No entendemos otro idioma. ¡Por eso los incitamos a ustedes a proseguir la lucha con nosotros! ¡Codo con codo! ¡mancomunados! ¡Que todos aquí somos campesinos y obreros! Y la revolución la alesoramos y la hacemos nosotros. ¡Somos sus depositarios, sus propagadores y sus únicos y verdaderos defensores! ¡A la lucha! ¡A la lucha, camaradas! —con arengas de este tipo se volcó masivamente el total de estas tropas a la causa insurreccional.

La pérdida de ese ejército fue una dura, muy amarga realidad que debió soportar el comando supremo bolchevique. De Moscú llegó el apremio. Trotzky tuvo oportunidad de constatar una vez más el estilo harto pesado de Stalin. Descargó en sus subalternos, tras las fronteras de Ucrania, su contrariedad.

—¿No he venido alertando y alertando, sobre los makhnovistas? —dijo—. ¿Hasta cuánto más habrá que aguardar para que ustedes venzan sus escrúpulos? ¡Escrúpulos y delicadezas! —alzaba los brazos y se agitaba en señal de reprobación—. ¿Cuándo acabarán de sumarse sin reservas interiores a la lucha contra los insumisos y rebeldes? ¡Son un flagelo! Representan un peligro mayor que los blancos. ¿Habrían éstos convencido a los nuestros? ¡Cómo lepra se contagia su prédica! Formamos nuestro ejército con trabajadores y campesinos. ¡Ni a propósito! ¡Debiéramos formar el ejército con comunistas probados! ¡Y ustedes, todavía, amañados! —decía señalándolos—. Ninguno me secunda. ¡Aquí nadie me secunda!

¡Que aliento renovado incorporó al conglomerado de Makhno, el aporte del ejército llegado de Crimea! Excelentemente equipado, ansioso por probarse en combate, se reunió en Debrovelitchkovka, en la gobernación de Kherson a principios de agosto, donde se habían dado cita todas las fuerzas dispersas. Makhno se encontró un ejército de veinte mil hombre, todos equipados, distribuídos en cuatro brigadas de infantería y caballería, una división de artillería y un regimiento de ametralladoras. La caballería poseía de dos a tres mil sables y se llegó a contar con quinientas ametralladoras.

Una vez más, contra las estratagemas y traiciones del poder soviético, la corriente popular, solidamente arraigada desde la base, hallaba su expresión genuina, incluso fortalecida con la adversidad superada. Formando este compacto nómade entre pueblo y ejército. Como intuyendo que así, reunidos, habrían de jugarse sus cartas definitivas. Esas fuerzas y esa masa vagabunda se habían sustraído a sus verdugos y alimentaban fieramente su voluntad de destruir al enemigo y regresar triunfales a sus poblaciones.

El ejército blanco atraía a otra gente... Era ésta, gente de secular arraigo y tradición, hoy flotando también a la deriva de los sucesos. Hoy, como ayer con el *hetman*, impenitentes, fluctuando sus valores según la prevalencia de la fuerza de turno, allí estaban diciendo «esto es mío», atraídos por un fruto del que estaban ávidos y no resignaban, tras el ejército blanco. Se trataba de los ricos agrarios, los *kulaks*, propietarios, rentistas, burócratas, policías, curas, nobles, representantes todos de la vieja sociedad abatida, no muerta, con capacidad de retorno, pujando por su nueva hora regia o por los escombros de lo que fuera suyo y que se apresuraban en restablecer. Por esa razón, los pobladores abandonaban sus localidades y salían al encuentro de Makhno para sumarse a él. Y formaba legión.

Makhno, viendo que la hostilización de los blancos, si bien incesante, no acababa de adquirir la contundencia de una ofensiva —los blancos tenían su mira puesta camino de Moscú—, lanzó la suya, haciendo retroceder al enemigo hasta ochenta kilómetros hacia el este y en eso se hallaba cuando una inesperada situación adversa vino a comprometerlo. Importantes contingentes de tropas bolcheviques rezagadas, tratando de abrirse paso hacia la frontera, chocaron contra los insurgentes comprometiendo su situación. Esta primera agresión franca de los rojos abrió el camino a las que sobrevendrían... Frente a las dos fuerzas, Makhno tuvo un anticipo de lo que habría de resul-

tarle un enfrentamiento a dos puntas. En esta ocasión había sufrido pérdidas considerables y más que muertos, los heridos en los hacheos cuerpo a cuerpo se contaban por centenas. Comprobada la impracticabilidad de asumir la iniciativa en las acciones, obligándose a no abandonar y sí proteger a la masa que le seguía, Makhno inició su retirada. Si hasta ahora su peregrinar resultaba un tanto incierto, sin rumbo fijo, a partir de ahí, observando el fluir constante de tropas blancas que tanto lo atacaban como lo desbordaban, optó por seguir el trayecto que marcaba la corriente enemiga, tanto como para no estar alejado de una definición si se le requería... Las vías del ferrocarril parecían marcando un itinerario y junto a ellas recostó, hacia el norte a su ejército y a la multitud que lo seguía. Lo determinaron a ello, el que dos trenes, uno blindado arrebatado a los denikistas, el otro procurado mediante la obstrucción de vías y hoy sirviendo de hospital volante para tantos heridos, se movilizaban abriendo y cerrando el trayecto de esa caravana que, reunida, sumaba más de cuarenta mil personas.

«Invencible», era el nombre del blindado y no por irrisión. Orgullo de la mecánica de esos tiempos y fortaleza rodante en que solía viajar el propio Denikin, como toda máquina infernal estaba dotada de todo menos de la certeza de desplazarse, en su caso, sin la *Diesel*... Así lo descubrieron las vanguardias insurgentes que patrullaban, sin su locomotora, que maniobraba en la cercanía, en un cruce de vías. La dotación del blindado acampaba y montaba guardia en mitad de la noche. Desde su ocultamiento los guerrilleros observaban, oían y pesaban sus posibilidades. La tentación era grande, el premio insólito. Pero las fuerzas que comandaba Vdovitchenko, no lo suficientemente numerosas como para intentar ninguna operación que envolviese con posibilidad de éxito destruir o al menos dañar el tren. Mas inopinadamente, la locomotora se separó de la cercanía, en busca al parecer de la playa donde realizar su maniobra. Dvovitchenko y sus hombres entrevieron su posibilidad. Resolvieron apoderarse de la máquina. Seis y él desmontaron. Al amparo de la oscuridad, deslizándose entre las vías, ocultándose tras algunos vagones abandonados, se fueron acercando a la *Diesel* y en cuanto vislumbraron su posibilidad, la abordaron. En ella había suboficiales de custodia que fueron reducidos y ultimados, mientras conminaron a los maquinistas a que pusieran a toda marcha la locomotora. Las tropas, la guardia y la oficialidad del blindado, muy tarde advirtieron que se quedaban sin locomoción. No atinando a comprender lo que había ocurrido, ni pensar que lo fuese de manera definitiva y aunque el suceso de por sí resultase ex-

traño, nada anormal hallaron en su recorrido preventivo. Adelantarse a denunciar el hecho como pérdida, además de prematuro, de ningún modo satisfacía el orgullo profesional del teniente coronel a cargo del blindado.

Locomotora e improvisados viajeros en tanto, recorrían a toda velocidad el trayecto que los separaba del grueso de las fuerzas de Makhno. Avisado, él mismo y varios de sus comandantes se pusieron a las órdenes del propio Vdovitchenko y destacando fuerte brigada y *tatchankas* con servicio de ametralladoras, rayando el alba, luego de una acción encarnizada se adueñaron del blindado. Aunque ciertamente era una fortaleza, debió serlo más desplazándose que estacionada. Al menos eso fue lo que resultó de esa confrontación. Esto, descontado el factor sorpresa, que si bien aguardando durante toda la noche un asalto, fuera a serlo a la madrugada, cuando clareaba y parecía aflojada la tensión. Al alba, no sabiendo cómo, ni por dónde, los blancos se vieron atacados desde distintas posiciones que los hicieron vulnerables y por ello sucumbieron o acabaron rindiéndose. La oficialidad fue pasada a sable y la tropa, desarmada, dejada en libertad. Los insurrectos perdieron nueve de sus hombres.

Makhno se alzó en su montura. Oteó esa larga caravana que se perdía en los confines y no pudo menos que asombrarse. Aunque todo era explicable y parecía siguiendo un curso lógico, él no dejaba de constatar que, una vez más, los hechos rebasaban sus providencias. Cuando se separó de su ejército sabía que en algún momento habría de volver a comandarlo, pero jamás en estas condiciones. ¿Quién hubiera de pensarlo? Con este marco. Con tantos hombres y mujeres que abandonando sus viviendas, lo poco o lo mucho, todo cuanto poseían se largaban como a los efectos de un conjuro, a la suerte de esa marea a la que comunicaban sus deseos, sueños, aspiraciones más íntimas. Y él era su receptor. A él se encomendaban. ¿No era todo una soberana locura? ¿Hasta tal punto se hallaba perturbado el centro mismo de esos seres que preferían los azares de este éxodo a esa ínfima seguridad secular, cierto que hoy amenazada hasta en su precariedad? ¿Acaso sabía alguien o él , hacia dónde iban? ¿Y entonces? ¿Por el sólo hecho de ser él quien era, estaban allí? ¿De qué vale una revolución? ¿No estaban siguiendo a un hombre?

—¡Badko!

—¡Badko!

—¡Hola, Badko!

—¡Ahí está! ¡Ése es Badko! —y alzaban a sus criaturas para que lo viesen.

«¿Y si todo no fuese más que una enorme equivocación? ¿Si estuviesen repitiendo como una noria, la misma vuelta, sobre el mismo eje? ¿Podrá todo volver a parar en lo que fuera? —Makhno observaba ese desplazamiento multitudinario tratando de encontrar una explicción—. *Yo observo todo desde mi punto de vista. ¿Por qué no lo observo desde el punto de vista de ellos?* —se decía— *¿Y por qué razón desdoblarme, si precisamente esta rara situación de privilegio, me permite enfocar el problema con una claridad que ellos no alcanzan? ¿Podrán, alcanzarán ellos tales interrogantes? ¿Y les son necesarias? Si son esto que veo: pueblo. Y ser pueblo es: admiración, entusiasmo, impulso. Contacto y enajenación colectiva...* —esto reflexionaba.»

En ese momento comenzó un cántico. Se inició en los confines de la larga caravana y, al comienzo como una brisa en su murmullo, luego como el viento en su ulular, se fue extendiendo a todo lo largo. Pudo precisar las estrofas de ese himno.

«Y la Internacional será la humanidad» —entonaban miles de voces.

Y como si ellas fuesen las que alentaban los aires, una ráfaga hizo flamear la bandera negra enarbolada al frente del «Invencible», haciendo brillar bajo el sol la leyenda dorada: «Libertad o muerte».

—Makhno, ¿qué piensas? —se acercó preguntando Tchubenko.

—En que ellos siempre tienen razón —señaló a los millares que avanzaban entonando ese himno.

IX

QUO VADIS

Todos los días las huestes de Denikin aparecían o se emboscaban aprovechando cualquier ventaja del terreno, en cuya especialidad demostraron gran pericia los regimientos recientemente incorporados a sus filas y cuya terrible fama se extendió de inmediato. Sin discriminar entre combatientes o civiles, masacraban con saña deliberada. Imbuidos de su rol y de los alcances ulteriores de su misión, se negaban bajo cualquier circunstancia a retroceder ante la «chusma», de manera que hacían particularmente cruento todo enfrentamiento. Sinferopol y Labinsky se llamaban sus comandantes. Dos bizarros del viejo régimen, ávidos de gloria. Muchos habían caído bajo sus sables, uno de ellos, Gregorio Makhno. Resultaba muy difícil preveer sus arribos y se vivía en la constante zozobra de su presencia que, además de los estragos visibles minaba las resistencias. Contra ellos no valían estrategias, únicamente vigilias. Esos regimientos, con su hostigamiento frecuente y sañudo se habían propuesto abrumarlos, agotarlos, sumirlos en el terror de su presencia presentida. Esos jinetes negros helaban la sangre.

—Por primera vez no sé como parar a unos tunos —se quejaba Klein.

—Ellos querrían vernos correr tras ellos —alertaba Gravilenko.

—¡Está visto que presionan, pero alarman por cercarnos! —prevenía Stchuss—. ¿Por qué no acaban de decidirse y presentan batalla?

—Aquí hay una cuestión de fondo y se la está soslayando... Si nos hemos convocado para encontrarle solución al problema, por favor, camaradas, mejor abordémoslo... —Belach paseó su vista entre los concurrentes y todos a uno parecieron rehusar el devolvérsela—. Bien, me encargo yo de plantear...

a hierro retorcido y restos humeantes. Lo propio ocurrió con el tren de provisiones aunque muy otro fue el sentimiento con que acompañó la multitud ese suceso sentido como una mutilación... Lo más que se pudo, heridos y provisiones fueron trasladados a las *tatchankas*, que así recuperaron su viejo aspecto campesino, mas restándose al objeto de la guerra en que habían sido transformadas. Pero, principios son principios; al menos en la makhnovichina.

Los denikistas, que siempre abrigaron la idea de recuperar a su «Invencible», viéndolo reducido a chatarra y obstruyendo las vías, así como se dolieron, se regocijaron pensando en qué desesperados habrían de encontrarse los guerrilleros para tomar semejante determinación. Y más cuando comprobaron que tomaban esa ruta de bosques, fangales, terreno abrupto.

Ciertamente, costeando por caminos intrincados y no por ello menos atacada, la columna proseguía su marcha, invariablemente hacia el noroeste. Y esa marcha se hacía penosa y sumamente engorrosa. Y lo que la hacía así no eran los líos, las vituallas, el camino pedregoso o boscoso, el tener que vadear ríos, la constante amenaza y el ataque denikista, no; lo hacía el transporte de los heridos. Si bien eso se venía haciendo, ahora las dificultades se habían multiplicado. Los más graves, transportados hasta entonces en los vagones del hospital rodante, ahora lo eran a fuerza de brazos. Cojos, maltrechos, entablillados, agónicos, desfigurados, doloridos, mutilados, algunos ciegos y careciendo todos —salvo de atención—, de medicina, reposo, un respiro..., más de uno de esos desdichados preferían acabar con sus vidas a resultar un lastre. Las escenas teñidas de amargo patetismo se sucedían sin solución. ¡Sí que era el éxodo redivivo! Los cadáveres y las tumbas marcaban el camino de promisión...

X

PEREGONOVKA

La retirada de Makhno, iniciada el 5 de junio, llevaba prolongándose más de dos meses. Habiendo dejado atrás la gobernación de Ekaterinoslav, se encontraba atravesando la de Kherson luego de haber recorrido trescientos kilómetros. Así deambuló, se arrastró todavía por otros doscientos más. Pareciendo irremediablemente perdido, algo no obstante, la hacía temible. Y pareciendo definitivamente herida de muerte, aún no del todo agónica para rematarla sin cuidado. Internados en la gobernación de Kiev y ya promediando septiembre, esta peregrinación inaudita parecía que fuera donde fuera estaba fatalmente condenada a ser sebo del enemigo: blanco o rojo.

Efectivamente, la cínica y traidora resolución de la jerarquía bolchevique por un lado, aguardando espectante la consumación maquiavélica de su plan creía, ahora sí, estar a un paso de lograrlo viendo al ejército de Makhno perseguido y sin rumbo señero. Por el otro, las fuerzas de Denikin viendo tan comprometido al ejército insurrecto, tentado se decidió por no perder su oportunidad.

Makhno, presintiendo que toda la situación corría hacia una definición, multiplicó su observación sobre los menores desplazamientos del enemigo. Patrullas permanentes en distintos rumbos, le informaban hora por hora la menor maniobra advertida. Vivía acechando la oportunidad de descubrir una fisura táctica en el enemigo. Todo en él parecía cambiando entonces. Era como si él generase una energía que se transmitía en su dinámica y elevaba el voltaje de sus comandantes y de éstos a la tropa. Allí todos lo «sabían» y todos se «confiaban». Ese sentimiento inconmovible los mantenía en un estado de vigilia y tensión. Makhno veía a los blancos aguardando el momento, su momento y buscaba anticipárseles. Por lo que la situación trasun-

taba —se observaron concentraciones del enemigo—, todo indicaba cercano el golpe que pretendían. La oportunidad se les brindó a favor de una coyuntura que pronto habría de convertirse en moneda corriente de esa guerra: las celadas mutuas entre forzados aliados...

A mediados de septiembre, el ejército insurreccional alcanzó la ciudad de Uman, que estaba en poder de los petliuristas. Petliura, no habiendo sido nunca del todo batido, tampoco había renunciado a su propósito separatista y ahí estaba, aguardando un nuevo turno...

En Umán se les planteó a los makhnovistas una muy ardua cuestión. Ya habían tenido una amarga experiencia cuando, no hacía mucho, se habían encontrado entre dos fuegos. En tales condiciones, prefirieron eludir en lo posible cualquier lucha. Vino en su ayuda el que Petliura, evitando comprometer sus fuerzas, se adelantase proponiendo una tregua... De inmediato concretada. Los makhnovistas se apresuraron en distribuir en el hospital, los dispensarios públicos y en las casas de familias que se prestaron a ello, la mayor cantidad de heridos. Informado Petliura del estado general de las fuerzas insurreccionales y viendo la enorme preocupación de éstos por sus heridos, consideró una oportunidad retenerlos... En la contracara, con la hospitalización, el ejército de Makhno recuperó la movilidad que careció en todo ese tiempo previo. Y dispuso un alto. Acampó en un terreno cercano a Tekutche, aldea muy próxima a Umán. El grueso de la multitud que lo seguía se ubicó entre esos centros poblados, uno Krutenkoie, el otro Peregonovka y que completaban un área no muy alejada entre sí.

Petliura, en tanto, se puso en contacto con las fuerzas de Denikin, con la intención de asestarle un golpe definitivo a la insurrección. (Que a la hora de los resultados los intereses saben dónde protegerse). Nada más que su ocasión aguardaban los blancos. Acogieron con beneplácito la propuesta. No confiando en las fuerzas de Petliura, asumieron por completo el operativo. Petliura se hallaba al norte y al oeste de Tekutche, las de Denikin al sur y al este, viniendo de Golta. A los pocos días de esa concertación los insurgentes tuvieron la evidencia. En la noche del 24 al 25 de septiembre, exploradores makhnovistas advirtieron que varios regimientos denikistas se encontraban a su retaguardia, al oeste, donde hasta entonces permanecieran las fuerzas de Petliura controlando la zona... Con esa acción, los makhnovistas quedaron cercados. Tras meses de persecución, la suerte pareció echada. ¿Imprevisión? ¿Astucia? ¿La odisea del éxodo tocaba a su fin?

La comprobación fue un trago muy amargo. La consternación fue general. Los del estado mayor discutieron acremente la situación.

—¡Estamos frente a un hecho consumado!

—¡Mejor que no!

—¡Maldita la gracia!

—¡De nada vale reprocharnos, compañeros! Saquemos consecuencias que puedan sernos provechosas.

—¿Tienes alguna idea, Badko?

—Sólo que estamos de pie. ¡Y que aquí nadie debe privarse de aportar sus ideas, por descabelladas que parezcan! ¡Aquí sólo un gran disparate puede sacarnos de la situación!

El campamento en pleno se hallaba convulsionado. Y como un caldero consumiéndose. Sintiendo como fuego vivo en las entrañas el cerco, pero no por significar su muerte segura en ese hervidero, que ya la vida había sido ofrendada. Sino porque ahí, ahora, se jugaba el todo. ¡Sabían que no habría más después de eso! Y les costaba aceptar después de tanta lucha, que en pocas horas se fuese a precipitar un resultado. ¡Y con ella el destino de toda la causa!

—¡Imposible de creer!

—¿No? Pues, ¡míralos! —y señalaban el cerco.

—Ahí están. Ellos ahí, nosotros aquí.

—¡Una salida!

—Una cosa hay cierta, una sola —dijo Belach—. Y es la absoluta, innegable seguridad que estarán experimentando ellos de tenernos cogidos.

—¡Vaya consuelo!

—¿Hasta tú has perdido el tino, camarada?

—¡Eso es pensar! ¡A eso le llamo pensar! Bien ¡Bien, Belach! —corrió a abrazarle—. Es lo único sensato que he oído hasta ahora —dijo Makhno—. ¿Quién dijo eso de que le dieran un punto de apoyo y podía mover el mundo? ¡Esto acabas de encontrar, Belach! —le abrazaba y le besaba—. ¡Qué carta! ¡Qué carta me has dado, compañero! Cierto es. Lo que hagamos, debemos hacerlo teniendo en cuenta esa soberana certeza de triunfo que deben estar experimentando los generales de Denikin.

—¿Y qué, Badko? ¿Has perdido la cabeza?

—¿La he perdido? —encaró al que eso había dicho—. Esa seguridad de ellos es todo cuanto contamos a nuestro favor... ¡Bravo de nuevo, Víctor!

¿Era para congratularse, por nada?

En el campo enemigo la cosacada repasaba sus armas para el carneamiento y sus generales las disposiciones para el ataque final. ¡Por fin tenían al zorro en el cepo!

—Este es el momento decisivo. Cuando se tiene al enemigo a merced. Es como cuando se esgrime y uno advierte que el rival ya ha cedido. Es un momento único. Entonces aparece la estética...

—¿Les enviaremos un ultimátum de rendición?

—Creo que una buena dosis de plomo, antes, sería aconsejable.

—¡Y a taponarles las salidas! —Denikin y sus generales rieron. Estaban por demás felices.

—¡Por ello la guerra es un arte, mis generales! El enemigo está servido. Mientras la presa cobra aliento únicamente para morir, el buen espadachín elige el lance aún con riesgo, porque es imprescindible cierta elegancia, so pena de convertirse en un vulgar matarife. Pero en este caso, como en todo juego, tanto el que gana como el que pierde deben estar al tanto de ciertas reglas, una cultura que en este caso, me temo que no debemos esperar, mis generales. Por ello, ¡todo vendrá bien! —se rieron sin reservas—. ¡Momento único! Generalmente el amenazado se rinde entonces... ¿Qué objeto tiene ofrendar la vida en vano? ¿Ustedes creen que esos salvajes *mujiks* serán capaces de pensarlo así? Esto será un matadero —concluyó—. ¡Operen mis generales!

Esto habló Néstor Makhno a su ejército reunido. Y a la multitud que lo rodeaba. En medio de un silencio de alientos contenidos:

—Compañeros de armas del Ejército Revolucionario Campesino; pueblo de la revolución... En el curso de esta larga y cruenta peregrinación, más de una vez se me ha preguntado cuál era mi propósito en esta forzada retirada. Y lo he dicho: «estoy tratando de alejar lo más posible de sus bases de aprovisionamiento al ejército blanco». Esto se ha logrado... En esta forzada estrategia, sabía que en algún momento podíamos correr un riesgo mayor... Ahora estamos ante él y parecemos en desventaja... Trataremos de que no lo sea menor para ellos... ¡Habremos de convertirnos en tigres, para ellos! ¡Venderemos caras nuestras vidas! Entiéndase bien... Cada uno de nosotros es el representante y el testigo de toda la historia que estamos modificando. Por estos ideales vamos a librar una batalla decisiva. Perderla significa la ruina total de nuestros postulados. Aquí no está en juego

solamente la vida; se resigna la causa junto con la vida —Makhno, repitiendo a sabiendas lo que todos pensaban, confirmaba en cada uno el sentimiento inquebrantable de alianza que sin fisuras los unía—. Pero, ¡cuidado!, no hemos llegado hasta aquí para resignar nada. Y, ¡cuidado!, que este cerco que podría parecer nuestra tumba no sea la de nuestros enterradores... Sé muy bien lo que habremos de hacer y cual será nuestra estrategia. No nos estamos debatiendo en la impotencia, ni hemos llegado a ningún punto de desesperar... ¡Habremos de probar que tenemos nervios de acero! ¡Viva la makhnovichina! ¡Viva la revolución social! —un clamor salvaje se elevó de miles y miles de gargantas.

Los que estrechaban el cerco, oyéndolos, se dijeron: «¿Aúllan? ¿Ruegan? ¿Desesperan?» Y aunque sintieron el sabor trágico de ese gran clamor, como si fuese el estertor de una gran bestia, se aprestaron para rematarla.

Al anochecer de ese mismo día, 25 de septiembre, Makhno inició su movimiento. Levantó a sus tropas y en vez de intentar continuar la marcha hacia el oeste, o sea en la dirección que traían antes de estacionarse en Umán y que supuestamente era la dirección en que habría de encontrar menor resistencia, y esto en el concepto de los generales, donde podría encontrar apoyo de los rojos, lo hizo a la inversa, hacia su retaguardia, viniendo a dar en la dirección menos indicada dado que por el este afluía el refuerzo enemigo.

—¿A dónde quieren ir? ¿Están locos? ¡Vienen a nuestros brazos! —exclamó el general Slastchoff, observando con asombro la maniobra.

El primer encuentro tuvo lugar en la aldea de Krutenkoïo, entre la brigada de Markeff, lanzada como ariete a las avanzadas de Denikin, que retrocedieron como para arrastrarlo al grueso que aguardaba tras ellas y contemplaban divertidas el espectáculo de esa salida sin sentido... Markeff no se dejó tentar. Y el ejército de Makhno, ya movilizado volvió a su sitio, como si hubiese recibido una contraorden y denunciara desconcierto. Makhno tenía puestas todas sus esperanzas en esta falsa maniobra. Con ella pretendía llevar a juicio erróneo, dar qué pensar a los generales. Ponía en evidencia sus intenciones, pero todo dependía de que, justamente por ser expuestas no fuesen creídas. Makhno había apostado a esta estratagema toda la suerte de su ejército. Poniendo en práctica y ensanchando la deducción de Belach.

Los generales evaluaron la maniobra como simplemente tentativa... Y ciertamente, ¿a dónde ir? ¿Y qué más?

—Manotazo de ahogados —sentenció Chkuro.

—¿Eso le parece, general? —dijo Slastchoff—. Pues... para mí, apenas si alcanzó para que mostrasen la mano...

—¡Clásica maniobra de la incuria! —exclamó riendo, Denikin—. A ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido llevar a confusión al enemigo con una maniobra tan burda.

—¿Le parece mi general, que ésos están ¡todavía! pensando en timarnos? —se asombró Chkuro.

—¿Y por qué no? No deje jamás de lado que todos ésos ahí son *mujiks*. ¡Y esa es su naturaleza! ¿Quién no adivina sus intenciones? Amagan por un lado y preparan su golpe por el otro... E incluso arriesgan, para hacérnoslo creer, ponernos sobreaviso de que en cualquier momento van a iniciar su movida verdadera. ¡Esta es la dirección! —Denikin se afirmó el monóculo y como quien despacha un animal servido, esgrimió la pluma e hizo un trazo que corresppondía a una flecha en el mapa que tenía frente a sí. Tanto él como sus adláteres parecían fascinados en la observación de ese círculo y la dirección de esa flecha recién dibujada, fresca de su tinta aún.

Consecuente con la deducción de Denikin, todos los análisis posteriores concurrieron a reforzarla... Y claro que esto, en el hipotético supuesto —imposible de ningún modo para los blancos—, de que los bloqueados lograsen romper el cerco. Pero, dada su índole ¿«y por qué no» asegurar lo mejor posible la presa y tratar de proteger lo más a su propia tropa? Que, esto sí, sobrada experiencia habían adquirido a lo largo de seis meses de enfrentamientos. El estado mayor concluyó que a Makhno, debatiéndose en el pequeño espacio con que contaba, no le quedaba otra opción que intentar proseguir su ruta del oeste, tal de lo que el propio Makhno quería persuadirlos, dado que en esa dirección corrían en pos del socorro rojo, cosa que por lo demás, estuvieron creyendo que buscaba y era lo único que podía encontrar razón a su absurdo, tan loco peregrinar... Volverse en cambio, no tenía sentido, como no fuese echarse en el centro del poderío blanco a lo largo de la ruta ya recorrida y ser diezmados. Mas no era esta pura lógica, tampoco la que determinaba su convicción. Era algo que escapaba al hecho en sí del copamiento y que se anticipaba. Se trataba de que todos allí tenían trabajada la mente en un sentido de proyección, hacia adelante, hacia su meta en Moscú. Y esta «torta servida», como la denominase Denikin oportunamente, era un incentivo.

El razonamiento de Makhno seguía sendas muy diversas. En un aparte le decía a Archinoff:

—De cualquier manera que se mire, si no logramos romper el cerco enemigo, estamos perdidos. Si vamos a enfrentarlo, ¿por qué hacerlo por el supuesto más débil? Suponiendo que por ese lugar se logre la posibilidad buscada, ¿qué habremos logrado además de mantener casi intacta la situación, con el grueso del ejército blanco a las espaldas? ¿Y hasta dónde continuar así? Más arriba está el ejército rojo. Me atacará sin duda. No. Otra oportunidad obligada, como esta, no vuelve a darse. Si los generales mordieron mi anzuelo, buena sorpresa podré propinarles. Muy grande será su asombro cuando descubran mi intención.

—¿Y si no?

—No te preocupe eso. Sabremos morir.

En la noche del 26, toda la plaza se hallaba abocada, con la mayor febrilidad, a levantar el sitio. Estaban viviendo la hora definitiva y todo el mundo había hecho carne la prueba que aguardaba. Si bien todos eran veteranos, no podían expulsar de su ánimo un sentimiento fatalista que les hacía pensar que si bien estaban juntos y eso los convertía en una fuerza de lo más temible que nadie pudiese imaginar, se encontraban así y ahí, justamente para ser exterminados por lo que se los temía y odiaba... Y, esto además y más allá de la confianza que tuviesen en las disposiciones de Makhno, viendo que apenas si contaban con espacio para maniobra alguna en ese cerco de hierro. Donde, si por alguna causa se impusiera el pánico o la confusión, con toda seguridad que aquello podría terminar en una horrorosa masacre. Esos hombres, a esas horas no se decían mucho, pero no dejaban de pensar. Y lo propio acontecía y esto en un clima de dignidad, certidumbre y confianza proverbial, entre los miles de pobladores de que venían rodeándose y que asumiéndose en el rol asignado, decían presente aguardando el momento de participar en la lucha. ¡Que nadie cayese en ese hormiguero!

Hasta el último momento Makhno no dejó de impartir personalmente sus instrucciones. Su presencia, su voz, su certeza, su ánimo, operaba en cada uno que lo escuchaba un sabor de fe y victoria.

—Camaradas —decía— ésta será una batalla no apta para cardíacos. ¡Ni para ciegos o paralíticos! Pero no crean lo que estén viendo, porque esta batalla la van a ver diez veces perdida y eso no será mientras resistan. Les tengo preparada su buena sorpresa a los blan-

cos. Si nuestro simulacro de anoche rinde frutos y confunde a los generales —eso resulta de sus desplazamientos de efectivos comprobados— nuestro será el triunfo. Pero nada simple. No vamos a procurar abrirnos paso y no porque no podamos, sino porque nuestro propósito es diverso e inesperado para ellos: no vamos a abrirnos paso, vamos a presentarles batalla y vencerlos en toda regla. Nadie dude. Aténganse sin apartarse a las instrucciones de sus comandantes. En ningún momento dude nadie. Ocurra lo que ocurra. Ahora me ausento con fuerzas suficientes como para sorprender. Todo el que quiera cantar victoria deberá resistir hasta verme de regreso.

Y esa fue la secreta consigna, atesorada en cada corazón de todo makhnovista en esa circunstancia: *resistir hasta el regreso de Makhno.*

Al abrigo de la noche, Makhno y su escolta de trescientos hombres a caballo, se desprendieron del resto con rumbo desconocido para la mayoría. Jugaba todas sus cartas. Ésta, a riesgo de quedar excluído de la batalla y abandonar a sus camaradas por una quimera...

En el otro campo, los generales aprestaban su artillería. Tras ésta aguardaban los regimientos de oficiales de Labinsky y Simferopol —uno destinado al frente oeste, el otro al este— y conjuntamente, las fuerzas cosacas que afilaban sus sables y ardían en deseos de combatir.

En esa noche del 26, a las tres de la madrugada, todo el ejército de Makhno, retomando la misma dirección de la noche anterior, avanzó hacia el oeste, hacia la aldea de Peregonovka, dejando Umán a sus espaldas. A las cuatro pudo considerarse iniciada la batalla, cuando los cañones de esa línea, avistando al grueso makhnovista, comenzaron a vomitar fuego, seguros de devolverlos a su olla. No obstante, viéndolos comprometiendo decididamente todas sus fuerzas en esa dirección con empuje de embestida, tuvieron oportunidad de ser sobrecogidos por el estupor. Se encontraban aguardando con lo más pesado de su ejército del otro lado. Su asombro resultó palmario. La constatación de tan grueso error, sufrido como una bofetada los sacudió de la certeza en que descansaban. Sin comprender del todo ahora, ni tampoco después, a lo largo de toda esa ardua, disputada batalla, qué es lo que ocurría o cómo podía estar ocurriendo, se dispusieron a extremar los recaudos. Pero sus mejores fuerzas habían quedado del otro lado de la línea de fuego y aunque se sabían contando con fuerzas suficientes, no pudieron menos que mortificarse por el panorama un tanto controvertido que se les presentaba. Razón les sobraba. El no estar psicológicamente preparados para tamaña sorpresa les costó el cegarlos... y la pérdida de la iniciativa. El fuego

de artillería debió cesar en cuanto se estrecharon las fuerzas. El daño ocasionado por el fuego concentrado resultó ínfimo. El alba encontró a unos y otros trabados en ardorosa lucha. Kurilenko, Stchuss, Luty, Kojin, Petrenko-Platanoff, cada uno de ellos mezclados con sus hombres, impulsándolos, ordenándolos y hendiendo a su vez con su sable y su metralla al enemigo, disputaban palmo a palmo el terreno. Y unos ahogando las salidas, los otros de abrirse paso para, una vez logrado retornar a seguir hacheando, mantenían la puja en paridad e incierta, además de ir desconcertando a la tropa blanca que, viéndolos burlando el cerco, pronto los veía obstinados y feroces retornando a la lucha. ¡Sí que era como para no bajar los brazos! Y como para ir metiéndole miedo al mejor pintado. Pero, ¿a un cosaco?

—¡Ahora tendréis vuestra medicina! —advertían.

—¡Escorpiones! ¡Bestias negras! ¡Aprestense a morir! —les gritaban como si les escupiesen los makhnovistas.

—¡Bastardos! ¡Chusma asquerosa! —era la réplica que partía de la oficialidad de Denikin.

Se insultaban y se echaban encima las caballadas, lanzándose mandobles afilados que sesgaban lo que encontraban en su trayecto. Los denikistas no cesaban de lanzar nuevas fuerzas, arribadas con premura del otro frente. Toda vez que alcanzaban la lucha, hacían que los insurgentes cediesen terreno. En el impulso inicial los insurgentes habían rebasado la aldea de Peregonovka y luego de tres horas de duro combate, sentían que paulatinamente iban siendo apretados. Aunque nada estaba definido, el efecto de la presión era notorio. Prolijamente los blancos comenzaban a balancear su cerco. Todos entre ellos, así sus generales como el último de los cosacos veían que la presa tan segura la víspera, se debatía con posibilidades y eso extremaba en ellos su celo, reviviendo su deseo de exterminio. La ansiedad que desde mucho rato hacía preguntar por Makhno, comenzaba a trepar por el ánimo de los insurrectos. Y más desde que el enemigo los desbordaba y parecía no detenerse el fluir constante de nuevos contingentes cosacos. Las ráfagas de fuego cada vez eran más densas y mortíferas. Y ya habían caído en la lucha algunos de los más notables: Luty, Budanoff, Markeff... Lo de Luty había sido particularmente cruento. En un entrevero le voltearon su caballo y él quedó apretado bajo sus ancas. En lo que lleva más tiempo relatarlo, recibió un sablazo en el hombro que le dejó prácticamente desprendido el brazo. Dos guerrilleros corrieron en su socorro, pero no antes de que Luty recibiese un nuevo hachazo que le decapitó.

En tanto, Makhno, habiendo partido del centro del cerco tratando de rodear al enemigo y aparecer a sus espaldas, debió recorrer, aguardar en sitios, ocultarse en otros, durante doce largas, larguísimas horas, desde el momento de su partida y antes de alcanzar su propósito. Esta maniobra dependía de tantos factores inciertos que resultaba una locura siquiera haberla emprendido. Comenzando por la tremenda prueba de temple que significaba el abandonar a sus camaradas en momento tan crítico y poner en sus manos, quitándolas de las suyas tan grande responsabilidad. Y esto, aunque él y todos supiesen que corría en pos de volverla a asumir. Pero y qué, si aún llegando, lo hiciera cuando todo se hubiese consumado.

A las nueve de la mañana la situación había empeorado visiblemente y se estaba en el momento crucial en que se advierte a una fuerza venciendo las últimas resistencias y dispuesta a lanzar su embate final. Ya se combatía en los suburbios de la aldea. Aunque se trataba por todos los medios de sostener el terreno y los comandantes se multiplicaban en sus órdenes y desplazamientos, la batalla parecía entrando en su fase definitiva. Sigamos la descripción de Archinoff, testigo y cronista del suceso.

«El momento crítico había llegado; parecía que la batalla y con ella la causa entera de los makhnovistas, estaba perdida. Se dio órdenes a todos, hasta a las mujeres de hacer fuego sobre el enemigo en las calles. Todos se prepararon para vivir las horas supremas de la batalla y la vida. Pero he ahí que repentinamente el fuego de las ametralladoras y los "¡hurras!" del enemigo, comenzaron a debilitarse, al irse alejando. Y en la aldea comprendieron que el enemigo retrocedía y que el combate se proseguía a cierta distancia. Makhno, surgiendo de modo inesperado, había decidido la suerte del combate. Apareció en el momento en que sus tropas habían sido arrolladas y la pelea iba a iniciarse en las calles de Peregonovka. Cubierto de polvo, abrumado de fatiga, Makhno surgió por el flanco del enemigo, de un profundo barranco. En silencio, sin lanzar una orden, se presentó a todo correr con su escolta sobre el enemigo y escindió sus filas. Toda la fatiga y todo el desaliento desaparecieron como por encanto entre los makhnovistas. "Badko está allí... Badko lucha a sable" se oía gritar. Y entonces todos, con decuplicada energía, se lanzaron de nuevo hacia adelante en pos de su jefe amado que parecía desafiar a la muerte. Siguió una lucha cuerpo a cuerpo de encarnizamiento inaudito, un "hacheo" como dicen los makhnovistas. Por valeroso que fuese el primer regimiento de oficiales de Simferopol, fue desecho y batióse precipitadamente en retirada, manteniendo perfecto orden durante los primeros diez minutos, pero en desorden y precipitación, luego. Los demás regimientos, cundido el pánico, siguieron el ejemplo y por fin las tropas de Denikin se desbandaron, procurando pasar a nado el río Sinuka, distante quince kilómetros de la aldea, para atrincherarse en la orilla opuesta.

»Makhno trataba de sacar todo el partido posible de la situación, cuyas ventajas comprendió admirablemente. A toda rienda lanzó su caballería, su artillería en persecución del enemigo en retirada, y Makhno mismo, a la cabeza de su regimiento mejor montado se dirigió por caminos transversales para tomar de enfilada a los fugitivos. Se trataba de un trayecto de 12 a 15 kilómetros. En el momento más crítico, cuando las tropas de Denikin llegaron al río, fueron alcanzadas por los jinetes de Makhno. Centenares de denikistas perecieron. Sin embargo, la mayoría de ellos tuvo tiempo de pasar a la otra orilla, pero allí eran esperados por Makhno mismo. El estado mayor del ejército de Denikin y un regimiento de reserva que se encontraban allí fueron sorprendidos y apresados. Algunos oficiales prefirieron colgarse de los árboles.

»Sólo una parte insignificante de las tropas de Denikin —obstinada desde hacía meses en la persecución encarnizada de Makhno— logró salvarse. (Las tropas de Lubidkin). El primer regimiento de oficiales de Simferopol y otros fueron enteramente pasados a sable. En una extensión de dos o tres kilómetros, la ruta estaba cubierta de cadáveres.

»Caída la noche, yo seguía solo, lentamente y a caballo —sigue narrando Archinoff—, *algo atrás de mis camaradas, por esta ruta de calvario de los regimientos denikistas. Jamás olvidaré el fantasmagórico cuadro de los centenares de cuerpos humanos, salvajemente abatidos, bajo el cielo estrellado, a lo largo de la ruta, aislados y amontonados unos sobre otros, en actitudes infinitamente variadas y extrañas: en ropas menores o totalmente desnudos, cubiertos de polvo y de sangre, exangües y verduscos bajo la pálida claridad lunar. A unos les faltaban los brazos, otros estaban horriblemente desfigurados, cuales estaban decapitados, cuales hendidos casi enteramente de un sablazo... De tiempo en tiempo me apeaba para inclinarme ansioso, sobre esos cuerpos mudos e inmóviles, ya rígidos. ¡Como si esperase penetrar un imposible misterio! "He ahí a lo que estaríamos reducidos nosotros —pensé—, de haber triunfado ellos. ¿Destino? ¿Azar? ¿Justicia?...*

»Por horrible que pueda parecer este espectáculo, no era sino la secuela natural del duelo entablado entre el ejército de Denikin y el makhnovista. Durante la prolongada persecución, aquellos no se proponían menos, y lo proclamaban, que exterminar a todos los makhnovistas, lo que fueron cumpliendo cuando les fue posible. El menor paso en falso de Makhno, habría reservado la misma suerte al ejército insurreccional. Ni aún las mujeres que seguían al ejército en que combatían sus esposos, se habrían salvado. Los makhnovistas habían sufrido sobradas experiencias y sabían a qué atenerse.»

Si bien el desastre denikista fue total, no lo fue tanto como para que no rescataran algunas fuerzas y con ellas acosaran, en cuanta ocasión se les presentó, a los makhnovistas. Fuerzas diseminadas por la región, de tantos destacamentos y del ejército de Orel, que no tardaría a su vez en ser batido por los bolcheviques.

XI

REUNIÓN EN EL KREMLIN

Días antes de la batalla de Peregonovka, los bolcheviques tuvieron motivos de seria alarma viendo al ejército blanco cerniéndose sobre Orel. Lo corroboraba la certeza de Trotzky de que, tal como lo venía vaticinando, el grueso de la guerrilla estaba próxima a ser destruída, gracias a su estrategema de abandonarlos a su suerte... A nadie escapó en el *politburó* que si los blancos resultaban victoriosos y todo hacía presumir que lo fuera, la totalidad de las fuerzas de Denikin, libradas por fin de los makhnovistas y agrandadas con su triunfo, no tardarían en reforzar a las tropas lanzadas en pos de Orel. ¿Cuál sería el panorama —se preguntaban—, ante esa situación? ¿No había resultado impotente el ejército rojo apostado en la frontera de Ucrania para detener esa avanzada? ¿Qué pasaría cuando Denikin enfilase con todos sus efectivos por ese corredor? Y no se pensaba todavía y de ninguna manera, en que el destino de toda la revolución roja pudiese hallarse comprometido, pero sí que la incompetencia y un mando desbordado por los sucesos eran la causa de este trastorno tan serio. Afrentoso políticamente hablando.

Hasta ahí, lo que se planteaba en el seno del buró. ¿En la intimidad de cada uno de sus componentes, quién pudiese estimar los alcances de sus especulaciones al respecto? Porque allí nadie desechaba ocasión de coyuntura, ni acaso de provocarla. Todo era propicio si convenía al propósito propio. Con la demolición de los prójimos allí se construían los pedestales propios. Y aquí sobraba miga... Desde la asonada de Koltchakoff y cuantas se habían sucedido, ésta resultaba la más contundente y peligrosa. Como solían, buscaron y no tardaron en hallar a quien culpar... Los que odiaban en secreto a Trotzky, no encontraron mejor oportunidad para evidenciar su sote-

rrada inquina. Lenin, conociendo la madera con la que estaban hechos sus hombres, ya los había juzgado causticamente en su oportunidad. «No les digo que se *amen* los unos a los otros, lo que les digo es que no se *devoren* los unos a los otros».

Trotzky, ese hombre tan sensitivo para todo lo que resultase contradiciéndolo, vivió por entonces días de prueba muy amargos. Y no tanto y únicamente porque sintió que podía llegar a ser inmolado aún a pesar del mismo Lenin, por tantos que lo odiaban y en particular por José Stalin, que se multiplicaba por sacar partido de la situación, sino porque, dado el giro que tomaban los acontecimientos debía hacer votos por el triunfo makhnovista, allí donde hasta antes de la escalada de Denikin hacia Orel, él había contribuído como ninguno en procura de su destrucción y su derrota. ¿Mueca del destino?

Pero algo, todavía, erizaba las aprensiones y agudizaba los temores en el seno de la jerarquía comunista. Sentían verdadero pánico de las consecuencias inmediatas de la invasión. La sintieron como una bofetada en el rostro. Los destemplaba la idea de que siendo el ejército rojo impotente de contener la invasión, debiérase apelar al pueblo y la masa a asumir por sí misma la defensa en las ciudades y en la capital. La parsimonia propia con que cada uno intentaba dar su nota habitual de serenidad, que si bien antes podía llegar a crisparse en los corredores, ocultarse en los rincones sombreados, dándole a ese medio en el Kremlin la sensación de claustro conventual y a esos hombres laicos su siniestra característica de monjes, ahora se rompía y se exteriorizaba en muecas de terror. Y en sus voces. Y en sus miradas cada vez más recusativas. Si cierto era que allí todos se descargaban de responsabilidad atribuyéndola a Trotzky, en el fondo advertían que era al propio sistema al que se cuestionaba. Lo cuestionaba esa fuerza armada que golpeaba ya la perfidia de Orel. También esa otra desalentada, calumniada, traidoramente abandonada y de la que ahora requerían el máximo servicio que jamás nadie pudiese prestar a la revolución. ¡Qué la salvase conteniendo a los blancos! Así también ellos, que venían siguiendo paso por paso el proceso del deambular de Makhno y la inminencia de su derrota, pronto se prodigaban en alabanzas, méritos y reconocimiento de los guerrilleros... Si bien, sabiéndolos en peligro, nadie corrió en su ayuda. ¿Intencional? ¿Naturalmente ineficaz? ¿Inoperantes? Ante el cúmulo de acechanzas, los rojos se debatían al rojo vivo.

—¡Nos ha retaceado información! ¡Al descubierto queda! ¿Dónde están nuestras fuerzas? ¿Las hubo, las habrá? —rebullía Bujarin en el colmo de la indignación—. ¡El camarada León ha llevado demasiado lejos su presunción! ¿Y ahora, dónde está?

—¡Nadie quiere hacerse cargo! —clamaba Kameneff.

—Algo debe hacerse. Y rápido. El pueblo puede salirse...

—¡Por favor! ¿Quiere callar Lunachawsky?

—¡Es la realidad, camarada presidente!

—Pues ocúltela. ¡Y no la grite! —Kalinin, el presidente del *Soviet* Supremo, reunido con ministros y altos jerarcas, debatía con éstos los distintos aspectos de una situación que siendo de inequívoco apremio, muy lejos se encontraba de estar dominada. No hallándose presente Lenin, muy poco se guardaban de formalidades.

—No quisiera señalar a nadie... Pero creo que sí, se ha llegado muy lejos al decir que la situación estaba dominada... ¿Dominada en Orel? —protestaba Kameneff.

—¡Vamos! ¡Despertemos! ¿Habremos de seguir aguardando? ¿Quieren que despertemos un día con las tropas de Denikin cabalgando las calles de Moscú? —dijo ya, de lo más exaltado, Zinoviev.

—¿Cree usted la situación para tanto, camarada? —se sobresaltó Martov.

—¿Y usted, no? ¿No vive las alternativas como nosotros? Si hace quince días alguien le hubiese dicho que los blancos llegarían a Orel, ¿no se habría reído en su cara? No vayamos a cometer la temeridad ni de sonreír ahora. ¡Estamos frente a un peligro real! —alarmó más, Zinoviev.

—¡Si esa es la situación, qué se espera para actuar! —dijo Rycoff.

—¡Qué! ¿A la hora de la verdad, dónde está nuestro ejército? —preguntó Losovsky.

—¡Eso! ¿Dónde? ¡Yo puedo responder de mi ministerio hasta el último hombre! —se exasperó Lunachawsky, el ministro de propaganda, golpeando con su lapicero, de punta, sobre la mesa en derredor de la cual se hallaban sentados.

—Nuestro ejército continúa intacto y ardiendo en deseos de entrar en acción... —intervino Stalin. La mayoría se volvió hacia él. Se prestó doble atención a sus palabras porque ahora, además de Comisario del Pueblo para las Nacionalidades, era Comisario de Inspección Obrera y Campesina y lo que venía al caso dando relieve a cuanto

pudiera decir y esto sí de primerísima mano, era que recientemente había sido nombrado Comisario adscrito al ejército del Sur. Y si bien hasta ahí y a pesar del tema, por resentir su creciente y solapado poder, eludiendo consultarlo, dándose cuenta ahora del peso calificado de su opinión...

—¿Y cómo? ¡Si los blancos están en Orel!

—Eso es otra cosa... —dijo Stalin. Todos quedaron pendientes aguardando su conclusión—. Quien debiera contestar no está entre nosotros...

—¡Ya todo debiera estar pensado! —se alarmó Kuzmin.

—Sí. Ciertamente... Así se ven las cosas, camaradas.

—¿Significa que habremos de continuar a la espera?

—Eso ya corresponde al fuero de cada cual, camarada —dijo Stalin—. No quisiera pasar por conspirador... —agregó muy serio—. ¿No nos importa más que todo la revolución?

Escucharle decir lo que parecía poco o mucho, pero que sin duda señalaba una dirección o franqueaba una puerta... acució la imaginación prevenida, ahí. En esa puja sorda por alcanzar prioridades o conservar el puesto, no era poco que pudiera estar bamboleándose una cabeza tan encumbrada y la más cercana al más Grande... y a la vista. Ya se lanzaban por el camino recién franqueado, cuando se abrió la puerta de ese salón y todos los allí reunidos se pusieron de pie para recibir al camarada Vladimir Ilitch Lenin que se sumaba al cónclave. Cuando se sentó, lo hicieron todos. Kalinin y Stalin se apresuraron con un par de carpetas. Lenin les dio un rápido vistazo y las apartó con un gesto de fatiga. Por fin se hundió en su sillón y observó a esos viejos camaradas. Desde antes del diecisiete le eran conocidos. A Stalin lo conocía desde 1905. Si buscó alguna mirada amiga no pudo decir que se hallara entre los que le rodeaban, al menos no en ese instante. Lo que sí halló fueron miradas frías e inquisitivas. Mas a eso estaba habituado. Siempre que la situación se agravaba él se encontraba con este tipo de manifestación. Como si todo en su derredor se paralizara. El sentimiento de unidad y obediencia los mantenía a distancia... mas él los veía próximos a saltarle encima. Y más. Veía como mellaban, urdían, fraguaban. Si podría decirse que no cesaban en su constante rumiar, mascullar, deslizarse... Y sordas riñas... Un zarpazo más alto, una voz del todo audible. Como por ejemplo, cuando Trotzky dijera de Stalin que era «la más brillante mediocridad del Partido».

Ahora se cuestionaba al grande después del Grande. Pero a nadie escapaba que se estaba en un punto en que, un punto más y se roza-

ba la causa entera de la revolución. Con verdadera ansiedad aguardaban la palabra de Lenin. La verdad, nadie hasta ese momento había previsto esta escalada fulmínea del ejército blanco. La espectación, habiendo estado puesta en ese juego, en esa caza del gato y el ratón, representada por los blancos persiguiendo a los guerrilleros, se les había subido a la garganta en Orel.

—Por favor, le ruego, camarada —había dicho Trotzky a Lenin esa misma mañana en una conversación telefónica—, exímame de estar presente. No tengo qué ofrecer por ahora... Pero es que, ¿sabe usted, camarada? estoy terriblemente fastidiado y no cuento más que con ineptos para secundarme.

—¿Y entonces, qué piensa de la situación en general? —había preguntado Lenin.

—Denikin será controlado... y destruído finalmente. Lo está en Orel.

—No se me pasa que eso debe ser... Somos el poder más grande y compacto que hay sobre la tierra... ¿Qué pueden quince mil cosacos?

—Me anima que piense lo mismo que yo, camarada. A lo que me refiero... Se trata de la comprobación de la ineptitud...

—Sí, quede usted tranquilo... Bien lo sé... Contra eso me debato yo mismo.

Ahora, en ese momento enfrentaba a sus mudos inquisidores. No pudo evitar estremecerse. Le pareció que le auscultaban bajo la piel. Y en esa situación, todavía y también urgándole en el secreto de su herida, provocada hacía más de un año en el atentado en que casi le costara la vida. ¡Y nunca se sabrá si por solidaridad y simpatía...!

—La situación está bajo control... —dijo Lenin. Algo debía decir.

—¿Y qué tan controlada está?

—¡Si están en Orel!

—¡Son cuatro mil!

—¡Cinco mil!

—¿Qué es esa fuerza? —se irritó Lenin.

—Hay veinte mil cosacos más tras esos cinco mil, camarada —puso su bocadillo Stalin.

—¡La tentativa de Denikin, históricamente está perimida y no tiene porvenir en Rusia!

—Cierto es. ¿Pero qué de sus efectos inmediatos en el plano de las relaciones internacionales?

Lenin enarcó las cejas. Stalin acababa de emitir como propio un juicio de valoración que no era suyo y precisamente contra él, de quien lo había escuchado.

—¡Eso además! ¿Qué hay de eso, además? —exclamó alguien.

—¡Esto es serio!

—¿No hay responsable?

—El jefe del Ejército del Sur, con quien estoy en contacto permanente, me da las máximas garantías.

—¿Y cómo puede?

—¡Estando en Orel los blancos!

—¡Y poco o nada sabiendo de dónde, ni cómo, nosotros!

Pero en la política tanto como en la guerra todo es azaroso y provisional. Ya hemos visto con qué ceguera ufana el estado mayor de Denikin juzgó una situación que debió ser la llave de su sueño dorado y sin embargo, le estalló en las propias manos. Así Trotzky, viéndose hundido, se sintió reflotar con el hundimiento blanco. Y no solamente eso, se encontró con el camino expedito para rematar a las fuerzas blancas en Orel. Cortado su reaprovisionamiento por su derrota en Peregonovka, quedaron desguarnecidas y a merced del ejército rojo que hasta ahí alcanzaba apenas para contenerlos. En vísperas de recibir el apoyo y engrosarse con todas sus fuerzas, este golpe de fortuna brindado generosamente por el auténtico pueblo en armas, derrotándolos, rescató para el usufructo de la revolución roja lo que debió ser su vergüenza, su honor y consecuentemente para quien menos lo merecía, este triunfo.

Bajo ningún concepto los insurgentes habrían dejado de cumplir con ese deber. Ninguna preocupación subalterna les ató las manos. Aún sospechando que con su intervención aliviaban la carga que pesaba sobre las fuerzas del gobierno y que librado éste de ella casi seguramente se volvería contra el pueblo en armas (que fue lo que ocurrió), no cejaron de procurarse la victoria. La cuestión debatida era tanto más suya que de nadie. Sólo que en ese cubilete en que la suerte de todos estaba ligada, fatalmente, los dados parecían cargados y favorecían a los bolcheviques.

De eso se aprovechó de inmediato Trotzky. Resurgiendo como por milagro, apareció disponiendo libremente de sus fuerzas. Salió a rematar una obra que le cayó en las manos. Pero está en el itinerario de los hombres públicos este complejo azaroso en que la fortuna, «la pura estrella», no deja de jugar su rol y la suerte, al menos por ahora, le resultó propicia.

XII

ADIÓS, AMIGO

No habían dejado de oírse los ecos rumorosos de la lucha, no aún el recuento de estragos, muertos, heridos; no habían acabado de derramar lágrimas por esos compañeros entrañables que perdieran la vida en la batalla: Isidoro Luty, Markeff, Daniloff, Budanoff, tantos y tantos, cuando nuevas instancias en ese tiempo revertido y agitado, destructor de actos sencillos, imponiendo sus exigencias los lanzaba por otras sendas.

La muerte de Isidoro afectó a Makhno quizá más que la de su hermano. Amigo entrañable de la infancia, habían compartido tantas cosas juntos entonces, y hoy se reforzaban participando ambos de idéntico ideario y viviendo los mismos riesgos que casi se sentían siendo la prolongación uno del otro. Luty admiraba la proyección, los alcances de Makhno; éste sintiendo que algo de él no concretado se realizaba en la vida amorosa de Isidoro. Y era tal su amistad, que cuando hubo de ubicar a su madre por causa de la destrucción de la *dacha*, en el primero que pensó y el primero que se ofreció para ampararla fue Luty. Y no modificó su criterio el que Sava se hubiese instalado en el pueblo. Y más entrañable se hizo la amistad, si eso pudiera, desde que ocurrió este episodio que seguidamente relatamos y Zelma decidiera abandonar la *dacha* y sumarse a la larga caravana que seguía a Makhno.

Sucedió cuando los cosacos de Denikin ocuparon Gulaï-Pole, al día siguiente de la visita de Makhno a su madre. Los cosacos, en libertad de sus mandos para solazarse en sus juegos feroces, se lanzaron a mansalva sobre la población. Depredaron, violaron, asesinaron. Unos vándalos apeados cerca de la *dacha* de Luty, antojadizamente se dirigieron por separado a unas y otras de los aledaños. Un cosaco

enfiló hacia allí. Zelma, que observaba a través de su ventana, desesperada corrió a trabar la puerta y cogió el revolver que Luty dejara en su poder y se dispuso a vender caro el atropello.

—¡No, Zelma! —la atajó la madre de Makhno que también observaba.

—¿Y qué? —fue la réplica.

—¡Así pones en riesgo la vida de tu hijo!

—¿Y qué? ¡Déjeme hacer *mamucha*! —quiso hacerla a un lado pero le sorprendió su vigor.

—¡Déjame hacer a mí! —dijo la madre—. Trae al niño. ¡Vamos, corre! ¡Has lo que te digo! —era tal su firmeza, la dura expresión de ese rostro de pronto transfigurado, que Zelma se sintió compelida y obedeció. La vieja destrabó la puerta—. Ahora, pronto, dame al niño y escóndete bajo mi faldón y sopórtame.

Ni tiempo casi para ello, la puerta se abrió de un puntapié. Un cosaco penetró, botella en mano. Vio a una mujer vieja acuclillada en un rincón de la habitación, con una criatura de meses chillando en su regazo. El cosaco dio unos pasos en su interior. Se sentó a la mesa como para toda la vida y desde ahí espió todo en derredor. Descubrió a la madre de Luty parada en cualquier sitio. De pronto dio con el puño en la mesa. Arreció el llanto del pequeño.

—Mamita santita —dijo el cosaco—, ¿dónde está la madre del niño? —ella no contestó. Lo obesrvaba eso sí, con sus grandes ojos que parecían desorbitados—. ¿Me lo dirás? —tampoco obtuvo respuesta—. ¿No me lo dirás? —se echó un largo trago de la botella—. Pues tú lo has querido, la paga el chico —dijo, levantado de su asiento y con toda la intención de arrebatárselo.

—No. ¡El niño no! —gimió la vieja. Sintió por debajo el atisbo de reacción de Zelma. La contuvo presionándola—. ¡Ella no está en casa! —gritó.

—¿Una rusa que deja a su niño? ¡Y en estos tiempos! ¿No es raro? ¡Me lo dirás! —repitió su gesto. Zelma entrevió sus botas bajo el faldón.

—¡Salió!

—¿Salió? —se extrañó el cosaco. Recorrió las otras habitaciones, abrió los roperos, observó bajo los jergones y la cama. Algo volteó ex profeso. Y reapareció.

—Salió por su otro hijo... Debe estar por ahí... —afuera se oyeron estampidas, griterío, convulsión—. ¡Por Cristo! ¡Tenle piedad!

El cosaco golpeó con la planta de su bota el suelo haciendo trepidar la *dacha*. Afuera las voces y el desorden se acentuaron. Pensó

que se la estaba perdiendo. Giró sobre sí y salió. Ese tiempo aprovechó Zelma para mejor ocultarse. El cosaco no regresó.

Si bien Makhno y Luty, como todos los insurrectos, estaban mancomunados por esa suerte común que los ponía en trance de perder la vida en cualquier momento y vivían hechos a esa idea, ahora que uno sabía que el otro estaba muerto, esa realidad, ante la cual no tenía ni el derecho, ni el tiempo para detenerse en ella, le atravesaba el corazón. ¿Pero, qué ante la urgencia de imperiosas cuestiones generales?

XIII

¿Y AHORA?

Una había, la primera, llameante, puesta ahí, frente a los ojos. Atrayente, inédita y abismal como el caos. Que siendo el motivo remoto y subyacente de su lucha, recién ahora, después de Peregonovka se les presentaba como mucho más que una mera especulación. Ahora y ahí estaban con la llanura franca a su voluntad, para avanzar hasta el centro mismo de la historia. Hasta Moscú. ¡Hasta Moscú! ¿Hasta Moscú? Sin embargo, cierto que siendo inaugurales y epopéyicos, dejaron pasar la ocasión. Lo cual descubre una profunda fisura ideológica en el movimiento campesino que concluyó limitando su accionar a su región y no a la tentativa de abatir el Estado. Y podrían haber estado para grandes cosas. En el punto exacto de la prueba en que el destino reclama el valor más alto, el desprendimiento total: el único instante posible de mutación en que al hombre le crecen alas y es capaz de remontar su emocionalidad, fundiéndola en una causa grande. Sí. Hazaña sobre hazaña. Y crecimiento. Como en la proyección perfecta de una tragedia ejemplar: el tercer acto no puede estar más abajo que el segundo.

Y aún si el final hubiese resultado el mismo (no, *lo* mismo), su sabor, el álito, la siembra, su dirección y su empuje, haciendo sonar no más que las campanas de alarma en Moscú, hubiese comenzado entoces sí, por ser escuchado en el resto de la tierra... Y luego, luego ya se vería.

Pero los makhnovistas fueron lo que fueron e hicieron lo que continuaremos narrando. Esta no es una novela de ficción. Reconstruimos un proceso. Y sacamos conclusiones. El movimiento makhnovista, la acción de Peregonovka fue determinante al respecto, fue un movimiento regional campesino muy próximo al anarquismo,

pero no anarquista. Estando a las puertas de penetrar en el estadio grandioso de la revolución social pareció sofocado por lo oceánico e incontrolable que advendría, algo más allá de su aliento, más vasto que su capacidad y prefirió volverse sobre sí mismo a recoger los frutos en su terreno mensurable. Peregonovka hubiese sido la plataforma de lanzamiento de cualquier otra fuerza (la de Denikin, sin duda) menos la de estos insólitos vencedores que en vez de alarmar a los pueblos hacia adelante en procura de la subversión total, se volvieron a abroquelarse en su región, basados en apreciaciones equivocadas sobre la disponibilidad del tiempo que los rojos les concederían antes de atacarlos. Especulación. Pesas y medidas. Subalternas cosas.

Peregonovka, debiendo haber sido la piedra medular, el cimiento, la carta de presentación de esta fuerza inédita y apolítica frente a la esperanza de justicia proletaria del mundo entero, por razonamiento erróneo, causas etnológicas incompatibles, falta de visión señera, perdió allí su ocasión y lo pagó tan caro que hoy ni su memoria se tiene casi presente...

Con exaltación partió el ejército insurrecto por tres distintos rumbos hacia su región. Nadie pudo entonces, torcer el rumbo determinado. Lo intentaron en vano Belach, Kurilenko, Stchuss, Kojin y otros, pero decididamente estaban en minoría. Tampoco Makhno se encontraba del todo convencido de ese razonamiento. Acicateados por ese imperio perentorio y natural, queriendo asegurar lo que estaban condenados a perder por no atreverse a exceder su limitación, pero siempre fieles a sí mismos, al día siguiente de la batalla se encontraban a más de cien kilómetros de Peregonovka y Umán. Al segundo día ya se habían posesionado de Dolinskaia, Krovoi-Rog y Nikopol en la margen del Dnieper. Al tercero retomaron el puente de Kitchkass y la ciudad de Alexandrovsk, al otro lado del río. Los destacamentos denikistas apostados en la retaguardia eran sorprendidos y destrozados. Ignoraban que se hubiese librado esa batalla en Peregonovka. Así cayeron sin tiempo para intentar defensa alguna. Pollogui, Gulaï-Pole, Berdiansk, Mariupol y cuanta aldea o pueblo se encontraba en su trayecto. En esa acción fulmínea, todo el sur de Ucrania fue liberado, si bien desprendimientos del ejército blanco, dieron todavía qué hacer. Mas las cartas se habían echado. Y testificaron eligiendo las cárceles para demolerlas en Berdiansk, Krivoi-Rog, Alexandrovsk, Ekaterinoslav y en donde se ostentaran todavía esos símbolos infamantes y afrentosos de la esclavización y compulsión

de los pueblos. «¡Abajo las prisiones!», gritaban las multitudes enfervorizadas de ver esas estructuras odiosas convertidas a escombros.

Destruidos esos últimos vestigios, diáfano el ambiente de la polvareda de esas demoliciones, de inmediato se abocaban a crear las condiciones para la implementación de la vida libre y justa. Comenzaban fijando grandes carteles impresos con inscripciones textuales como ésta.

«A todos los trabajadores de la ciudad y alrededores.

»Vuestra ciudad está ocupada momentáneamente por el Ejército Insurreccional Revolucionario (makhnovista).

»Este ejército no está al servicio de ningún partido político, *de* ningún poder, *de* dictadura alguna. *Por el contrario, él trata de* liberar *la región de todo poder político, de toda dictadura, para proteger la* libertad de acción, *la* vida libre de los trabajadores *contra toda dominación y explotación.*

»El ejército makhnovista no representa, pues, ninguna autoridad. No constreñirá a nadie a obligación alguna, limitándose a defender la libertad de los trabajadores. Libertad de obreros y de campesinos que sólo a ellos mismos pertenece, sin restricción alguna. *Ellos mismos han de obrar, organizarse y entenderse entre sí en todos los dominios de su vida, como lo conciban y como lo quieran.*

»Sepan desde ya que el ejército makhnovista no les impondrá, *ni les* dictará, *ni les* ordenará *nada.*

»Los makhnovistas no harán más que ayudarlos, *dándoles tal o cual* opinión *o* consejo, *poniendo a su disposición todas las fuerzas intelectuales, militares o de cualquier otra índole que necesiten, pues no pueden ni quieren en ningún caso* gobernarlos *ni* prescribirles *nada.»*

Se terminaba invitando a la población laboriosa a un mitin en donde los «camaradas makhnovistas expondrán sus puntos de vista de manera más detallada y les darán, de ser necesario, consejos prácticos para comenzar y organizar la vida de la región sobre una base de libertad y de igualdad económica, sin autoridad y sin explotación del hombre por el hombre.»

XIV

UN FINAL

A más de esa batalla insalvablemente perdida, la ocupación de todo el sur de Ucrania por los makhnovistas significó un doble golpe mortal para Denikin. Quedaron cortadas todas sus fuentes de aprovisionamiento provenientes del Cáucaso. Inmensos depósitos de armas y municiones se hallaban almacenados en diferentes puntos de la gobernación de Ekaterinoslav. Y no todas cayeron de inmediato en poder de los insurgentes. Por Volnovkha hubieron de combatir cinco días. Allí se encontraba un polvorín que los blancos nunca se decidieron a volar. Como en otros casos semejantes de resistencia, ni la batalla, ni la derrota de Peregonovka había llegado a su conocimiento y menos les resultaba creíble propalada la noticia por los insurgentes, si bien, su fluir constante, terminó mellando su convicción y depusieron. Los persuadió ello y el constatar que todos los accesos cercanos a las vías férreas se hallaban ocupados. Como en toda la región, cortándoles la posibilidad de recibir suministros. La derrota de Peregonovka había desarticulado el complejo de sustentación y los restos del ejército blanco se movían en el caos de formaciones dispersas. La catástrofe se generalizaba. Como aluvión corrían los insurgentes hacia la cuenca del Donetz y hacia el norte, seguros de su táctica relámpago. ¡Qué distinto recorrer en sentido inverso, no hacia el éxodo, hacia los labrantíos propios, encontrarse, en vez de alejarse; triunfantes en vez de perseguidos! ¡Cuántas veces se habían sentido perdidos, sólo sostenidos por su fe inquebrantable!

De Orel rodaron los restos desechos del ejército blanco, huyendo de los bolcheviques por esa salida obligada del sur. Eso motivó frecuentes enfrentamientos que si bien despojados de valor táctico, no dejaban de causar mortandad y enorme preocupación a las poblacio-

nes. Nada peor que encontrarse o soportar esas fuerzas que arrastraban la desesperación por sus vidas y arrollaban y se ensañaban con todo lo que se les pusiese por delante. Al punto que a Ekaterinoslav, por ejemplo, la sometieron durante todo un mes a intenso bombardeo de su artillería, protegidos por la margen del Dnieper que costea la ciudad. Acción del todo vandálica y que evidenciaba el odio que sentían por esos *mujiks*. Estas formaciones, convertidas ahora en bandas desaladas, arrojadas en sucesivas oleadas por las avanzadas cada vez más profundas de los comunistas, venían a turbar una tregua que parecía no arribar jamás a esa región.

Expulsado Denikin y sus generales, perdiendo en días, en horas, todo el esfuerzo del mundo capitalista y el propio, volvieron en un postrer arresto de venganza a reunir sus fuerzas restantes echándolas sobre Gulaï-Pole. Pero ya nada resultaba a tiempo ni se hallaba compensado. Todo era producto de la improvisación, el descalabro y el resentimiento. Como astillas saltaron sus restos. Desde el mar Negro y el Azof hasta Kharkov y Poltava, donde hacía poco se enseñoreaban, todo acabó cayendo en manos de los makhnovistas.

Denikin tuvo, con el desastre de Peregonovka, la sensación plena de que su sueño acariciado se deshacía como pompas de jabón, ya cogido... Su hipertensión fluctuó y poco faltó para que le estallase el corazón. Su natural bonhomía y aplomo dio paso a cierta irritabilidad manifiesta.

—¡Esto me ocurre por tratar con cerdos! —se quejaba destilando bilis—. Pongo en sus manos las mejores tropas que jamás comandaron; tienen ante sí un cerco ideal, de cuya suerte dependía la entera Rusia y se lo han dejado arrebatar. ¡Increíble! No. Si no puede creerse. ¡Y siempre se dirá que he sido yo el responsable de esa derrota! ¡Cerdos! Perder Rusia estando en nuestras manos —la copa que trató de llevarse a los labios, con su *Pernot*, osciló más de lo habitual y aunque trató de serenarse, no lo logró. Hubo de volverla a la mesa a riesgo de volcar su contenido. Se dio un respiro y volvió a intentarlo. Estaba visto que ese no era su día. Ni habría de serlo nunca más.

XV

EL CONGRESO DE ALEXANDROVSK

De vuelta de mítines enfervorizados, demoliciones, manifiestos, bandos, incitaciones, en Alexandrovsk como en otras ciudades y aldeas de la región, el hecho incontrastable de total desorganización socioeconómica, consecuencia de estar atravesando tantas etapas violentas e inestables, se imponía con el signo de paralización y deterioro. Las batallas, ganadas o perdidas dejaban su signo devastador y negativo y urgía reponerse de ese cataclismo reactivando las fuentes de trabajo, sus centros generadores. Y más sintiéndose rechazados por los partidarios comunistas que los desafiaban a restablecer el tráfico de trenes, por ejemplo.

—¿Qué de los trenes? ¿Todo lo hacen a caballo? ¿Nadie los mueve? Ustedes ganan la guerra, pero, ¿qué de la paz?

—¿Qué tienes tú que decir?

—Que los trenes andarán cuando lleguen nuestros camaradas comisarios del partido.

—¡Aguarda tú, por ellos! Los trenes los echaremos a andar nosotros.

Eso hicieron. Señaleros, guardavías, motoristas, guardas, personal de estación, de reparación, todas las ramas que hacen al complejo ferroviario se pusieron en actividad de inmediato. Hecho notable, en relación a producción y eficiencia; como si se hubiesen quitado una carga invisible de encima que los hubiese estado maniatando de por vida en su rendimiento, ahora, sin compulsión, tampoco por sustento, sino por propia voluntad su albeldrío sin interferencia, descontando que cada cual asumía el máximo interés en devolver ese servicio al público, sobre la base de esa buena fe generalizada, se trabajó más rápido de lo presumible, sin tener que pasar por trámites, ni jefaturas,

ni supervisiones, se restableció el tráfico de trenes. Y lo propio ocurrió con las *usinas*, las fábricas, los talleres, la vida rural. Si bien en muchos casos la falta de repuestos perturbó o hizo imposible reparar una industria, en cuantas, en cambio, la inventiva y la voluntad suplieron el faltante. Partiendo de esos carteles pegados en los muros de las ciudades, promovían reuniones y asambleas precursoras. Visto el clima enfervorizado de las poblaciones, los makhnovistas convocaron a un congreso general de la región, a realizarse en Alexandrovsk el 20 de octubre. Todo a tambor batiente. Sin haber cesado los arrestos denikistas, ni el asentamiento gradual desde el norte del ejército rojo, condicionado por el prestigio que el triunfo de Peregonovka había dado a los makhnovistas, tascaban impacientes el freno los comunistas, al acecho de su oportunidad. (Este impase, de lo más significativo, debe ser puesto de relieve pues es la cohartada justificable de los makhnovistas, que apostaron a este entretiempo entre su triunfo y su prestigio acrecentado, como el parapeto natural que demorase la vuelta a las hostilidades con el poder bolchevique. Contaban con que esa situación se prolongase entre cinco y seis meses. Suficientes para consolidar las bases firmes de su revolución anarquista. ¡Mas no eran ellos solos los que pensaban!...)

El bando que se emitió para convocar al congreso decía en lo sustancial lo siguiente:

«1) No se realizará campaña electoral ninguna para la elección de los delegados. Avisadas las organizaciones y las poblaciones, con la mayor libertad ellas podrán elegir y enviar sus representantes al Congreso.

»2) Este Congreso debe ser considerado como extraordinario, pues los trabajadores de la región habrán de convocar, seguramente y próximamente, por propia iniciativa, su Congreso, que realizarán como quieran.

»3) Tras la apertura los delegados deberán elegir por sí mismos la Mesa directiva del Congreso y modificar a su gusto el ordenn del día propuesto —no impuesto— por los makhnovistas.»

Este Congreso, comprimiendo el espíritu de esos tiempos, se convirtió en crisol de todas las corrientes socialistas de la región. Vamos a entrar en él a través del testimonio directo de Volin que ofició de «presidente», porque ofrece de primera mano una fase cualitativa reveladora del comportamiento anárquico de una sociedad. Volin se había integrado al movimiento makhnovista a principios de agosto, cuando la retirada y peregrinación del ejército y población parecía más incierta y que él denominó «reino rodante»:

«Dos o tres días antes del Congreso, ocurrió un episodio muy curioso.

Un atardecer se presentó en mi domicilio un joven: Lubim, miembro del comité local del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. Observé enseguida su estado de emoción. En efecto, sin preámbulo entró en materia.

—Camarada Volin —exclamó, tranqueando en todo sentido la pequeña habitación del hotel en que nos hallábamos—: usted excusará mi brutalidad. Es que se trata de un peligro grandísimo. Vosotros, ciertamente, no lo advertís. Y, sin embargo, no hay que perder un minuto. Sois anarquistas, lo sé, y en consecuencia utopistas e ingenuos, pero, con todo, no llevaréis vuestra ingenuidad al extremo de la estupidez. Ni tenéis el derecho de hacerlo, porque no se trata sólo de vosotros, sino de mucho más y de toda una causa.

»Yo le confesé no haber entendido nada de su tirada.

»—¡Veamos, veamos! —continuó cada vez más excitado—. Habéis convocado un congreso de campesinos y de obreros, el que tiene enorme importancia. ¡Pero vosotros sois unos niños grandes! En vuestra innegable ingenuidad, ¿qué hacéis? Distribuís profusamente papelitos anunciando el Congreso. Punto y nada más. ¡Es para espantarse! Ni explicaciones, ni propaganda, ni campaña electoral, ni lista de candidatos: ¡nada de nada! Yo le suplico, camarada Volin, que abra un poco los ojos. ¡En vuestra situación hay que ser algo realistas, camarada! Haced algo enseguida, mientras es todavía tiempo. Enviad agitadores, presentad vuestros candidatos; dejadnos tiempo de hacer una pequeña campaña. Pues, ¿qué diréis vosotros si la población, la campesina sobre todo, os envía delegados reaccionarios que reclamen la convocación de la Constituyente o aún el restablecimiento del régimen monárquico? El pueblo está hondamente trabajado por los contrarrevolucionarios. ¿Qué haréis si la mayoría del Congreso es contrarrevolucionario y lo sabotea? ¡Parad, pues, antes de que sea demasiado tarde! ¡Diferid el Congreso por unos días y tomad medidas!

»Comprendí. Miembro de un partido político, Lubim concebía las cosas con mentalidad condigna.

»—Escuche, Lubim —le dije—. Si en las condiciones actuales, en plena revolución popular y después de cuanto ha ocurrido, las masas laboriosas envían a su Congreso libre, contrarrevolucionarios y monárquicos, entonces, —¿me entiende?— la entera obra de mi vida no ha sido sino un profundo error. Y no me quedaría más que pegarme un tiro con ese revolver que ve ahí.

»—Se trata de hablar seriamente —me interrumpió—, y no de alardear...

»—Yo le aseguro, camarada Lubim, que hablo muy seriamente. Nada será cambiado de nuestro modo de obrar. Y si el Congreso resulta contrarrevolucionario yo me suicido. No podría sobrevivir a tan terrible desilución. Y luego, tome nota de un hecho esencial: no he sido yo quien convocó el Congreso, ni quien ha decidido la forma de integrarlo. Todo ello es obra de un conjunto de camaradas. No tengo, pues, atribuciones para cambiar nada.

»—Sí, lo sé. Pero usted tiene gran influencia, puede proponer ese cambio. Se le escuchará...

»—Es que no deseo proponerlo, Lubim. Estoy de acuerdo con ellos.

Con esto terminó la conversación, y Lubim partió inconsolable.

»El 20 de octubre, más de 200 delegados obreros y campesinos se reunieron en la gran sala del Congreso. Al lado de los asientos destinados a los congresistas se habían reservado algunos lugares para los representantes de

los partidos de derecha —socialistas revolucionarios y mencheviques— y los del partido revolucionario de izquierda que asistían al Congreso sólo con voz. Entre los últimos percibí al camarada Lubim.

»Lo que sobre todo me chocó el primer día del Congreso fue una frialdad o más bien manifiesta desconfianza de la mayor parte de los delegados. Se supo luego que ellos se esperaban un Congreso como tantos otros, y suponían que aparecerían en el estrado hombres con revolver al cinto en disposición de manejar a los delegados y hacerlos votar resoluciones ya confeccionadas por ellos.

»La sala estaba helada y transcurrió un tiempo antes de que se caldeara un poco.

»Encargado de la apertura del Congreso, di a los delegados las explicaciones convenidas y les declaré que debían elegir una Mesa y enseguida deliberar sobre el orden del día propuesto por los makhnovistas. Y ya se produjo un incidente. Los congresistas expresaron su deseo de que presidiera yo. Consulté con mis camaradas y acepté, pero declaré a los delegados que mis funciones se limitarían estrictamente a la conducción técnica del Congreso, eso es, seguir el orden del día adoptado, anotar los oradores, concederles la palabra, velar por la buena marcha de los trabajos, etc., sin temor a presión o maniobra alguna de mi parte. Entonces un socialista de derecha pidió la palabra y atacó violentamente a los organizadores del Congreso:

»—Camaradas delegados: nosotros, los socialistas, tenemos el deber de preveníros que aquí se está representando una innoble comedia. Nada se os impondrá pero, mientras y muy diestramente, se os ha impuesto ya un presidente anarquista. Y seguiréis siendo diestramente maniobrados por esta gente.

»Makhno, llegado momentos antes para desearle éxito al Congreso y excusarse de deber partir para el frente, tomó la palabra y respondió ásperamente al orador socialista. Recordó a los delegados la libertad absoluta de su elección, acusó a los socialistas de ser fieles defensores de la burguesía, aconsejó a sus representantes no turbar la labor del Congreso con intervenciones políticas y terminó, dirigiéndose a ellos:

»—No sois delegados; por lo tanto, si el Congreso no os gusta, podéis retiraros.

»Nadie se opuso. Entonces los socialistas, cuatro o cinco, expresaron con vehemencia su protesta contra semejante modo de ponerlos en la puerta y abandonaron la sala. Nadie pareció lamentar su partida; al contrario, la concurrencia me pareció satisfecha y un tanto más íntima que antes.

»Un delegado se levantó.

»—Camarada —dijo—: antes de entrar en el orden del día, deseo someteros una cuestión previa de gran importancia, en mi opinión. Se ha pronunciado recién una palabra, la "burguesía", a la que, naturalmente, se la ha fulminado como si se supiese qué es y como si todo el mundo estuviese de acuerdo al respecto. Me parece un error grosero. El término burguesía no es del todo claro. Y soy de opinión que, en razón de su importancia, y antes de ponernos al trabajo, sería útil puntualizar la noción de burguesía y saber exactamente a qué atenernos.

»A pesar de la habilidad del orador —yo tuve la sensación de que no era un campesino auténtico, aunque vistiese como tal—, la continuación de su discurso demostró claramente que estábamos en presencia de un defensor de la burguesía, cuya intención era sondear al Congreso y llevar la turbación al

espíritu de los delegados. Contaba, por cierto, con ser sostenido —consciente o ingenuamente— por numerosos delegados. Si lograba su designio, el Congreso podría tomar un giro confuso y ridículo y obstruirse gravemente su labor.

»Momento palpitante. En mi papel —como acababa de explicar a los congresistas—, yo no tenía derecho a eliminar, con un pretexto fácil de hallar, la sospechosa proposición del delegado, era el Congreso quien debía pronunciarse. Y aún no tenía la menor idea de su mentalidad. Todos me eran desconocidos, y desconocidos visiblemente desconfiados. Decidido a dejar que el incidente siguiera su curso, no dejaba, empero, de preocuparme. Y recordé las aprensiones de Lubim.

»El delegado terminó su discurso y se sentó, la sala —lo vi claramente— tuvo un instante de estupor. Luego, de golpe, como concertados previamente, numerosos delegados gritaron desde todos los lados:

»—Eh, allá! ¿Quién es ese pajarraco de delegado? ¿De dónde viene? ¿Quién lo envió? Si, después de todo, no sabe todavía qué es la burguesía, han hecho cosa desatinada mandándolo aquí. Di, buen hombre, ¿no has aprendido todavía qué es la burguesía? ¡Ah, viejo: tienes la cabezota bien dura! Si no lo sabes vuelve a tu casa y apréndelo. O, por lo menos, cállate y no nos tomes por imbéciles.

»—Camaradas —gritaron algunos—: ¿no os parece que hay que poner fin a todas estas tentativas de dificultar los trabajos esenciales de nuestro Congreso? ¿No tenemos más que hacer que cortar un pelo en cuatro? Hay que resolver cuestiones concretas, muy importantes para la región. Hace más de una hora que se chapotea en estupideces en lugar de trabajar. Esto comienza a tener un cariz de verdadero sabotaje. ¡Al trabajo! ¡Basta de idioteces!

»Los incidentes previos, sin embargo, no habían terminado aún. Apenas calmada esa tempestad, Lubim, precisamente, saltó hacia la tribuna. Yo le concedí la palabra.

»—Camaradas —comenzó—: disculpen mi intervención, que será breve. Lo hago en nombre del comité local del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. Se trata de algo de verdadera importancia. Según declaraciones de nuestro presidente —el camarada Volin—, él no quiere presidir efectivamente. *Y ya habéis advertido: no llena la verdadera función de un presidente de Congreso. Nosotros, los socialistas revolucionarios de izquierda, encontramos que eso es malo y enteramente falso. Esto significa que vuestro Congreso* no tendrá, *por decirlo así,* cabeza. *Trabajará sin cabeza, es decir, sin dirección. ¿Han visto ustedes, camaradas, un organismos viviente sin* cabeza? *No, camaradas: no es posible eso: sería el desorden, el caos. Ya lo veis, por lo demás: estamos plenamente en él. No, no se puede trabajar útilmente, fructuosamente. El Congreso necesita una* cabeza, *camaradas. Es necesario un verdadero presidente, una verdadera* cabeza.

»—¡Oh, la, la! —saltaron de todas partes las exclamaciones—. ¡Ya estamos hartos de esas cabezas! Siempre cabezas y cabezas. ¡Basta ya! Tratemos por una vez de pasarnos sin ellas. El camarada Volin nos ha explicado que nos ayudará técnicamente, y esto es más que suficiente. Depende de nosotros mismos observar verdadera disciplina, trabajar bien y vigilar. No queremos ya más cabezas que nos manejen como títeres, llamando a eso trabajo y disciplina.

»El camarada Lubim hubo de sentarse, sin insistir. Fue el último incidente. Empecé a leer el orden del día y el Congreso comenzó sus trabajos.

»La labor se desarrolló a buen ritmo y en perfecto orden, con una unanimidad, una intimidad y un ardor notables. A partir del tercer día, todo resto de frialdad había desaparecido. Los delegados se compenetraron cabalmente de la libertad de su acción y de la importancia de su tarea, a la que se consagraron sin reservas. Se había hecho en ellos la convicción de trabajar por sí mismos y por su propia causa.

»No hubo grandes discursos ni resoluciones rimbombantes. Los trabajos revistieron carácter práctico, bien llano. Cuando se trataba de algún problema algo complicado, que requería algunas nociones de orden general, o cuando los delegados deseaban esclarecimiento, antes de abordar el trabajo, pedían un informe sustancial sobre el problema. Uno de los nuestros —yo u otro— hacía la exposición solicitada. Tras corta discusión, los delegados se ponían a la obra para pasar a las decisiones definitivas. Habitualmente, una vez de acuerdo sobre los principios básicos, nombraban una comisión, que elaboraba sin demora un proyecto bien estudiado aportador de una solución práctica en lugar de construir resoluciones retóricas.

»En mi condición de presidente técnico, como se me llamó, no tuve más que velar por la secuencia de las cuestiones planteadas, anunciar y formular el resultado de cada trabajo, indicar cierto método, etc. Y así el Congreso sesionó —y eso es lo más importante— bajo los auspicios de una verdadera y absoluta libertad, ninguna influencia de lo alto, presión alguna se hicieron sentir.

»La idea de los soviets *libres, realmente actuante en interés de la población laboriosa; las relaciones directas entre campesinos y obreros de las ciudades, basadas en el intercambio mutuo de productos de su trabajo; el esbozo de una sociedad igualitaria y libertaria en ciudades y campiñas: todo ello fue estudiado seriamente y puesto en su punto por los delegados mismos, con ayuda de camaradas capacitados. Igualmente se resolvieron numerosos problemas concernientes al ejército insurreccional, su organización y su fortalecimiento. Se decidió que toda la población masculina, hasta la edad de 48 años, inclusive, debería incorporarse a ese ejército, enrolamiento voluntario —según el espíritu del Congreso— pero, en lo posible, general, vista la situación en extremo peligrosa y precaria de la región. También se resolvió que el abastecimiento del ejército sería asegurado sobre todo por donaciones voluntarias de los campesinos, a los que se le agregaría el producto del botín de guerra y las requisiciones entre los pudientes.*

»En cuanto a la cuestión puramente política, el Congreso decidió que los trabajadores "prescindirían de toda autoridad, organizarían su vida económica, social, administrativa, etc., por sí mismos, con sus solas fuerzas y medios, mediante organismos directos de base federalista"*.»*

Hasta aquí la versión de Volin. He aquí todavía, una semblanza de Pedro Archinoff:

»Los últimos días del Congreso fueron un bello poema. Magníficos ímpetus de entusiasmo seguían a las decisiones concretas. Todos estaban trans-

portados por la fe en la grandeza invencible de la Revolución verdadera y por la confianza en sus propias fuerzas.... El espíritu de libertad verdadera, tal como raramente es dado sentirlo, estaba presente en la sala. Cada cual veía ante sí, cada uno se sentía partícipe de una obra grande y justa, basada en la suprema verdad humana, por la que valía la pena consagrar todas las fuerzas y morir por ella.

»Los campesinos, entre los cuales los había maduros y hasta ancianos, decían que era la primera reunión en que se sentían, no sólo perfectamente libres, sino también verdaderamente hermanos y que jamás podrían olvidarlo. En efecto, es poco probable que el que haya tomado parte en este Congreso pueda olvidarlo jamás. Para muchos, si no para todos, quedará grabado en la memoria como un bello sueño de la vida, en que la grande y verdadera libertad acercará a los hombres, concediéndoles la posibilidad de vivir unidos cordialmente, ligados por sentimientos de amor y de fraternidad.

»Al separarse, los campesinos subrayaban la importancia y la necesidad de poner en práctica las decisiones del Congreso. Los delegados llevaron copias de ellas a fin de hacerlas conocer por todas partes. Lo cierto es que al cabo de tres o cuatro semanas los resultados del Congreso se habrían hecho sentir en todas las localidades del distrito y que el próximo Congreso de los campesinos y de los obreros habría atraído el interés y la participación activa de grandes masas de trabajadores en su obra propia. Desgraciadamente, la libertad de éstas era constantemente acechada por su peor enemigo: el poder del Estado. Apenas tuvieron tiempo los delegados de volver a sus aldeas, que ya muchas de ellas eran ocupadas por las tropas de Denikin, llegadas a marcha forzada del frente norte. Es verdad que la invasión no fue esta vez sino de corta duración: eran las últimas convulsiones del enemigo expirante; pero detuvo, y eso justamente en el momento más precioso, el trabajo constructivo de los campesinos. Y visto que por el norte se aproximaba ya otra autoridad —el bolchevismo—, igualmente hostil a la idea de libertad de las masas. Aquella invasión causó un mal irreparable a la causa de los trabajadores: no solamente fue imposible reunir un nuevo Congreso, sino que las decisiones del primero no pudieron ser puestas en práctica.»

Queda por referir de esa manifestación alguna cosa más.

«No puedo pasar por alto [dice Volin] *ciertos episodios que llamaron mi atención especial, durante el curso del congreso.*

»De entre tantas ponencias y proyectos como fueron presentados, uno hubo, presentado por el soviet de Gulaï-Pole que trataba de obras de regadío. Y no llamó mi atención tanto por la envergadura del propósito que, con ser de vasto alcance, tenía émulos y parangones en otras regiones, como por la manera en que fue presentado y por quien expuesto. Previo a tomar la palabra la camarada que lo hizo, se había suscitado una viva controversia en el grupo auspiciador. Luego se supo que lo fue a raíz de la forma en que habría de ser encarada la cuestión. Si bien todos estaban de acuerdo en presentar la ponencia, se dividían en lo tocante a la manera de presentarla. No habiéndoles sido posible antes uniformar criterio, trascendía a último momento su desacuerdo.

No fue poca la alarma y hasta los comentarios risueños que suscitó en la asamblea el pequeño tumulto. Allí hubo de todo: voces, forcejeo, algún gesto amenazador, hasta que salió del torbellino y logró adelantarse por el corredor que separaba en dos los asientos de la sala, una mujer. Tenía el aspecto de hallarse profundamente alterada. A medio andar hacia el estrado en que yo me encontraba, se detuvo, mas luego, mirando a un lado y otro, mientras se acallaban las voces en su grupo, ella pareció serenarse y evidentemente dispuesta a permanecer allí. Confieso que yo estaba de lo más intrigado y no sé por qué, inclinado a escuchar con simpatía lo que fuese a decir. Y lo mismo pareció acontecer entre los concurrentes. Aguardamos todos en silencio a que hablase. Recuerdo como si estuviese viéndolo y escuchando, la hilaridad que produjo ella, cuando, previamente a iniciar su alocución, se aclaró la voz, dejó apretado entre las piernas el portafolio que aferraba con ambas manos sobre el regazo y finalmente, lo dejó en el suelo. Luego, más que la exposición de una ponencia, comenzó un relato. En él fue detallando como a lo largo de más de un año y medio, en Gulaï-Pole, estaban empeñados en llevar a cabo obras comunales de regadío, los estudios realizados, los planos, las obras comenzadas, suspendidas por causa de fuerza mayor, tales como la ocupación de la región por el ejército austro-alemán; luego retomados y vueltos a interrumpir, esta vez por la invasión denikista y en tanto deterioradas e inutilizadas y una vez más, vencidos los blancos, intentando rehacer lo hecho y otra vez suspendiéndolas, compelidos por los restos de ese ejército que abandonaba el país y se ensañaba con lo que sabía el baluarte makhnovista. Parecía como si ese relato no fuese a terminar nunca. Allí estábamos todos, escuchando lo que ya sabíamos. La historia de los afanes, esfuerzos y esperanzas de realización de cuantos habíamos apostado a la revolución y que, así como parecíamos asirlas, escapaban de nuestras manos. La delegada por Gulaï-Pole nos estaba contando la historia de una porfía. Y también, de algo que, a la vez, parecía fatalmente condenado. Recuerdo el silencio patético que circundaba su relato y lo amargo que se sentía ahora el efecto de esa última broma, cuando se aclarara la voz. Al concluir, dijo textualmente, sin alterar para nada el tono contenido de su exposición:

»—Es muy probable, camaradas, que en un próximo congreso, cuando yo os haga el resumen de lo actuado hasta entonces —torció apenas el torso y observó de costado a los de su delegación— vuelva a repetiros lo mismo que acabo de decir hoy, más el agregado de una nueva desactivación forzada y una nueva activación voluntaria.

»—¿Por qué no piensas, mejor, que ésta es la vencida? —gritó uno.

»—Porque eso significaría estar ciega y sorda y prefiero ver, aunque no me guste lo que veo; y oír, aunque lo que escuche me desespere. Estamos en la revolución y no renunciamos: eso sólo, ya vale.

»Recogió su portafolio y girando sobre sí, pesada, lentamente, se dirigió a su silla. El silencio era total, nadie chistaba. Primero aislados, vacilantes, luego sumándose, arreciando, cuando Tatiana Luty, que tal se llamaba la delegada, se sentó, la ovación estalló estruendosa y general. Confieso que me emocioné y tardé un poco en reponerme.

»Otra situación muy particular fue la siguiente:

—Camaradas —comenzó diciendo un delegado—: ya que el Congreso está en tren de reaccionar contra ciertas deficiencias y lagunas, permitidme señalar un hecho lamentable. Aunque no es muy importante merece nuestra atención a causa del estado de espíritu impertinente que demuestra. Habéis visto ciertamente, camaradas, en los muros de la ciudad, el aviso firmado por el camarada Klein, comandante militar de Alexandrovsk, en que invita a la población a no abusar de las bebidas alcohólicas, ni mostrarse por las calles en estado de ebriedad. Es lo propio. Como lo es también la forma del aviso, ni grosero ni insultante, ni ultrajante ni autoritario. No habría sino que felicitar al camarada Klein. Bien; anteayer se realizó una popular velada musical, danzante y recreativa, en esta misma casa, en la sala contigua, en la que participaron buen número de insurgentes, ciudadanos y ciudadanas. Nada de censurable en ello, me adelanto a decirlo. La juventud se aburre y procura distraerse. Es humano y natural. Pero he aquí que se ha bebido por demás en tal velada. Muchos se embriagaron lindamente. Basta ver la cantidad de botellas vacías amontonadas, ahí no más, en el corredor. (Hilaridad). El objeto principal de mi intervención no es ese. Ello no es tan grave. Lo grave es que uno de los que llegaron al extremo de embriagarse es... el camarada Klein, uno de los comandantes del ejército y comandante de la ciudad, firmante del excelente aviso contra la embriaguez. A tal punto estaba que no podía marchar ni tenerse en pie y hubo que cargarlo en un carruaje para llevarlo a su casa al amanecer. Y en el trayecto ha escandalizado, gritando y debatiéndose. Entonces, camaradas: ¿al redactar y firmar el aviso, el camarada Klein se creía por encima de los ciudadanos, eximido de la buena conducta que predicaba a los demás? ¿No debería haber sido el primero, por el contrario, en dar el buen ejemplo? En mi opinión, ha incurrido en una grave falta que no habría que dejar pasar por alto.

»Aunque tal conducta fuese asaz anodina y los delegados tomaran más bien risueñamente la cosa, revelaron cierta emoción. Fue general la condena de la conducta de Klein, porque ella podía ser, en efecto, expresión de un estado de espíritu censurable: el de un jefe que se ve por encima de la multitud y todo se lo cree permitido.

»—Hay que citar a Klein en el acto —se propuso.

»—¡Que venga a explicarse ante el Congreso!

»Y al punto tres o cuatro delegados partieron en busca de Klein. A la media hora volvieron con él. Me intrigaba saber cuál sería su actitud.

—Klein se contaba entre los mejores comandantes del ejército insurrecto. Joven, valeroso, muy enérgico y combativo —físicamente un buen mozo bien proporcionado, de expresión dura y gestos marciales—. Se lanzaba siempre a lo más arduo de la batalla, sin temer nada ni a nadie, por lo que había sufrido numerosas heridas. Estimado y amado por sus colegas y los simples combatientes, era de los que había vuelto del ejército rojo trayendo a Makhno algunos de sus regimientos. De familia campesina de origen alemán, si no yerro, su cultura era primitiva.

»Él debía saber que en esta circunstancia, sería vigorosamente sostenido y defendido por sus colegas —los demás comandantes— y por Makhno. ¿Tendría bastante conciencia para comprender que el Congreso estaba por encima de él, del ejército y de Makhno? ¿Sentiría que un Congreso de trabajado-

res era la institución suprema ante la que todos eran responsables? ¿Comprendería que todos, el ejército, Makhno, etc., no eran sino obreros de la causa común que deberían rendir cuenta en todo instante al pueblo laborioso y a sus órganos? Eso me preocupaba, mientras se esperaba el regreso de la comisión.

»Una concepción tal de las cosas era enteramente nueva. Los bolcheviques lo habían hecho todo para impedir su surgimiento en el espíritu de las masas. ¡Habría que ver a un Congreso obrero disponerse a llamar al orden, por ejemplo, a un comisario o un comandante del ejército! ¡Cosa imposible, inconcebible! Aun en el supuesto de que un congreso obrero, en alguna parte, osara intentarlo, ¡con qué indignación o desaprensión el comisario o el comandante habrían arremetido contra el Congreso, haciendo ostentación de armas, desde el estrado y trayendo a cuenta méritos! "¡Cómo! —gritaría—, ¿Ustedes, un simple conglomerado de obreros, tienen el tupé de pedir cuentas a un comisario, a un jefe benemérito, con hazañas, heridas y menciones honrosas en su hoja de servicios, a un jefe felicitado y condecorado? ¡No tenéis ningún derecho a hacerlo! Yo sólo soy responsable ante mis superiores. A ellos debéis dirigiros, si tenéis algo que reprocharme".

»"¡Obreros: Obedeced a vuestros jefes! ¡Stalin siempre tiene razón!"

»¿Se inclinaría Klein a algo semejante? ¿Estaría por el contrario, sincera, profundamente penetrado por otra situación, por bien distinta psicología?

»Bien ceñido a su uniforme y armado, Klein subió al estrado. Parecía algo sorprendido y molesto.

»—Camarada Klein: ¿usted es el comandante de nuestra unidad?

»—Sí.

»—¿Es usted quien redactó e hizo fijar el aviso contra el abuso de bebidas alcohólicas y la embriaguez en público?

»—Sí, camarada. Soy yo.

»—Díganos, camarada Klein: como ciudadano y aun como comandante militar de nuestra ciudad, ¿se cree moralmente obligado a obedecer su propia recomendación, o se cree al margen y por encima de ella?

»Visiblemente molesto y confundido, Klein dio algunos pasos hacia el borde del estrado y dijo muy sinceramente con voz insegura:

»—Camaradas delegados: tengo culpa, lo sé. He cometido una falta embriagándome días pasados. Pero, comprendánme... Yo soy un combatiente, un hombre del frente, un soldado y no un burócrata. Yo no sé por qué se me ha hecho comandante de la ciudad, no obstante mi protesta. Como tal, no tengo nada que hacer, sino estarme todo el día ante una mesa y firmar papeles. No es para mí, eso. Yo necesito la acción, a pleno aire, el frente, los compañeros. Aquí me aburro mortalmente, camaradas. He aquí por qué me embriagué la otra noche. Yo bien quisiera poder enmendar mi falta, camaradas, para ello, no tenéis más que pedir que me manden al frente, donde podría prestar verdaderos servicios, mientras que aquí, en este maldito puesto de comandante, yo nada prometo.

»Los camaradas le pidieron que se retirara unos instantes y él lo hizo en la actitud que sus palabras habían revelado. Se deliberó sobre el caso. Era evidente que su conducta no respondía a la mentalidad de un jefe pagado de su jerarquía. Que era precisamente cuanto se quería saber. Se comprendió su sinceridad y sus razones y se le llamó para decirle que el Congreso, habida

cuenta de sus explicaciones, no sancionaría su falta, accediendo a gestionarle el solicitado envío al frente. Él agradeció a los delegados y partió como había venido, muy sencillamente.

»Este episodio parecerá, a algunos lectores, tal vez insignificante para ocupar tanto espacio. Me permito expresar que desde el punto de vista revolucionario, lo considero infinitamente más importante, más sugestivo y útil, en los menores detalles, que todos los discursos de Lenin, Trotzky y Stalin, pronunciados antes, durante y después de la Revolución.

»El incidente Klein fue el último. Minutos después, el Congreso terminó sus labores. Relataré aún otro episodio personal.

»A la salida encontré a Lubim, sonriente, radiante.

»—No se puede imaginar —me dijo— toda mi alegría. Usted seguramente me ha visto muy ocupado en el curso del Congreso. ¿Sabe en qué? Soy experto en la formación de grupos de exploración y destacamentos especiales, materia que integraba el orden del día. Durante dos días trabajé con la comisión encargada de estudiar el punto y hallar una solución eficaz. Le di una buena mano, y me han felicitado. Siento la satisfacción de haber hecho algo bueno y necesario, que ha de servir a la causa. Estoy muy contento...

»—Lubim —le respondí—: dígame sinceramente: ¿durante ese trabajo bueno y útil, ha pensado usted un sólo instante en su papel político? ¿Ha recordado ser miembro de un partido político y responsable ante él? ¿Su trabajo útil, no fue, justamente, apolítico, concreto, preciso, trabajo de cooperación, y no de cabeza de dirección que se impone, de acción gubernamental?

»Lubim me miró reflexivo.

»—En todo caso, el Congreso ha sido magnífico, bien logrado, lo confieso...

»—Eso es, Lubim. Reflexione sobre ello. Usted ha cumplido cabalmente su parte, realizando buen trabajo, desde el momento que dejó de llenar su papel político, y prestado colaboración como camarada conocedor del asunto. Ahí está, créalo, todo el secreto del éxito del Congreso. He ahí, también, todo el secreto del logro de una revolución. Es así como deberían obrar todos los revolucionarios, por doquiera, en el plano local y en escala más vasta. Cuando los revolucionarios y las masas lo hayan comprendido, la verdadera victoria de la Revolución estará asegurada.

»No he vuelto a ver a Lubim, ni sé qué ha sido de él. Si vive aún, no sé qué piensa hoy. Bien quisiera yo, en tal caso, que leyese estas líneas y recordase...»

XVI

LA PLAGA

Por si fuese poco mal esa constante agresión abatiéndose sobre los pueblos, una más, ésta no identificada en un nuevo ejército, pero no menos calamitosa, se encarnizó sin discriminar sobre Rusia: el *tifus exantemático*. La epidemia tomó de lleno a parte del ejército makhnovista en Ekaterinoslav, la ciudad de sus amores... Creyendo que el mal se hacía más virulento en el hacinamiento de la ciudad, se apresuraron en desalojarla, esta vez seguidos de muchísimas mujeres que habían decidido unir sus destinos al de esos hombres. Aprovechando tal situación, restos del ejército blanco apostados en la margen opuesta de Dnieper que costeaba la ciudad, en posesión de artillería, la estuvieron bombardeando impúnemente durante un mes. Sintomático resultó incluso, que todos los actos programados en la ciudad por la población y los makhnovistas fuesen sistemáticamente detectados y bombardeados por la artillería... Señal de que los enemigos solapados alternaban allí mismo sin ser descubiertos... ¡Vaya si habría cuentas como esta para cargar a los bolcheviques! Pero ahora, el *tifus exantemático* era la prioridad.

—Ahora que se caen, es cuando más nos necesitan —dijo ella.

—Acabarás enfermándote, tú misma, hija —dijo la madre.

—¿No es esa una manera de hacerle sentir que estoy con él?

—¿Entonces, te vas así nada más? —dijo el padre. Y viéndola tomar su valija—. ¿Y quién es él?

—Un hombre nuevo... ¡Todos lo son!

—De veras no te entiendo —dijo la madre, bañada en lágrimas—. ¡Si al menos fuese tu novio!

Ella salió. Y como ella, tantas que abandonaron sus casas y siguieron el derrotero de esos enfermos atacados por la plaga, que si parecieron animosos al comienzo, pronto se volvían lúgubres y fastidiados. La enfermedad resultaba implacable y progresiva. Y los diezmó. Esos piojos verdes, ¡de eso se trataba!, venidos quién sabe de dónde, por dónde haciendo presa en ellos, como brotados de ellos mismos, picando y erosionando la piel. Multiplicados en las ronchas que producían y depositando ahí sus heces, literalmente los pudrían envenenándolos. ¡Y sólo fuese eso! Había más: verse pudriendo y ante la impotencia por falta de medicación adecuada, de sitios para la cura, sentirse así mismo, y esto en otro aspecto de la abyecta y degradante enfermedad que hacía claudicantes sus mentes. En una disminución notable de la función intelectual, acentuada por la apariencia de aniquilación total de esa función. ¡Pavoroso! Para quien fuese. ¡Qué no, para ellos! Y sumando todavía, una cefalagia que parecía haciéndoles estallar de dolor la cabeza. ¡Qué aspecto! ¡Qué ruina! ¡Y tan gallardos que fueran! ¡Y alegres! Hedían, tenían los nervios de punta, no se soportaban... ¡Y cuántos morían!

Con estoicismo sin par, ellas asumieron su consecuencia aportando si no remedio, sí consolación, asistencia a esos hombres que admiraban y amaban. Esto, mientras no caían a su vez contagiadas también por la plaga. Si en los hombres, verse como se veían, tanto en lo físico, como en lo anímico, resultaba desmoralizante, en las mujeres ¡qué bautizmo de libertad, qué bodas inaugurando la vida nueva!

Pero no declinaban. Animosas alentaban. La visión augural de cuando celebraban a estos hérores invictos, les llenaba los ojos. Entonces esos hombres resplandecían. Eran las antorchas, cenizas para el mundo viejo, luz para el nuevo. ¿Hace cuánto? Ahora, los vencedores de Peregonovka, los makhnovistas, esos hombres distintos, atrapados como cualquier hijo de vecino por el *tifus exantemático*, se parecían cada vez más a cualquiera... Mas no para ellas... Viéndolos tiritando, se metían con ellos en sus jergones... Y cuantas no, exclamando:

—¡Oh, oh! Que no pareces tan enfermo que digamos, amigo...

Día por día se engrosaba la lista de enfermos y más de la tercera parte del ejército revolucionario, unos siete u ocho mil hombres, yacían en distintas partes atacados del mal. Cayeron los más conspicuos. El mismo Makhno, Kalchnikoff, los Lepetchenko, Sereguín, Víctor Belach, Stchuss, Klein... Se encontraban con tantos en los galpones de la estación de Gulaï-Pole habilitada para el caso. Una vez que Sava vino a visitar a su hermano trayendo a la madre consigo, Makhno se enconó.

—¡Madre! Lo que faltaba. Que le pegue mis piojos.

—De chico solía revisarte, por si los tenías —contestaba ella.

—¡Bah! Déjese de tonterías ahora. ¡Vuélvase a casa! Llévatela, Sava.

Kalchnikoff era de los pocos que ahí mantenía enhiesto el humor, tal como sus bigotes y cuando descubría algún camarada mirando tiernamente a su Olga, solía decirle:

—Vamos, tigre. Tranquilo. Mejor te cuidas...

Makhno se mortificaba sintiendo cada vez más mermadas sus fuerzas y alargada sin solución de continuidad la evolución de su mal. Poco y nada podía Aarón Levin, más que visitarlos lo más asiduamente que le permitían sus visitas a tantos enfermos. Bien sabía que más que como curador, su presencia resultaba simbólica, pero no dejaba por ello de concurrir. Lo sabía Illia Zinkowsky, el enfermero adscrito permanentemente a ese centro de exantemáticos, en especial cuidado de Makhno. Sabía y lo callaba. Y casi podría decirse que ese era el sentimiento generalizado ahí y que acababa por devastarles la paciencia y los nervios.

—Evita preocuparte. Evita preocuparte —repetía por doquier a sus enfermos el médico.

—¿Dejaría de preocuparse por sus enfermos, aunque se estuviese muriendo, usted? —le soltó una vez, Makhno.

Aarón se quedo mirándolo. Tenía ante sí, postrado, a ese famoso guerrero. Él recordaba haberlo asistido de niño.

—Sí, me ocuparía de mí. La única manera de poder ocuparse uno de los demás es viviendo —respondió.

—¿Usted cree que pudiera yo morir de esto?

—Yo creo que tú, en la guerra, utilizas y alertas todas tus prevenciones. ¿Es así?

—No lo he pensado nunca de esa manera.

—Pues... aunque no lo hayas pensado... Es natural... Si no, no estarías vivo. Lo mismo debes hacer con tu enfermedad.

—¿Y que renuncie a pensar en todo lo que depende de mí? ¿Me puedo desconectar así como así? —se enconó Makhno.

—Digo que no debes preocuparte. Preocupándote alimentas tu enfermedad. Y tú, tratas de vivir.

Makhno observó a ese hombre viejo, inclinado sobre él, al que recordaba vagamente, revisándolo, haciéndole sacar la lengua, presionando sus dedos fríos que le daban cosquillas, sobre el vientre.

—Para usted, doctor, no hay más lucha que contra la muerte —dijo.

—¿Hay algo más noble y sublime? —respondió el médico.

—Yo también peleo contra la muerte, doctor.

El médico se irguió un poco, pareció que iba a decir algo, pero se contuvo, al fin dijo:

—Eso está bien. Vive —contestó.

Makhno estuvo a punto de decirle que no era en ese sentido que él había dicho eso, pero optó por callar.

XVII

MOVIDAS

Trotzky se apresuró en sacar provecho de su reforzado prestigio, emprendiendo, contra el consenso de la mayoría en el politburó, la reforma del ejército rojo, que consistía en la remoción de sus mandos por oficiales absolutamente profesionales, provenientes (no los había otros), de la larga lista de ex oficiales del zar que aguardaban proseguir su carrera. Habiendo debatido oportunamente con Lenin que no habiendo mandos idóneos resultaba imposible proveer de eficiencia al ejército, Trotzky planeó y llevó adelante su reforma. Previniéndose de críticas, argumentó que «al militar no corresponde ninguna ideología y que sirve y defiende a la patria». A eso respondieron sus opositores: «Son los Koltchak, los Kornilov, los Denikin, los que encabezan las sublevaciones de la contrarrevolución. ¿Quién garantiza por todos estos otros?». Pero Trotzky ya había tomado debida cuenta de ello, poniendo junto a cada general un «comisario político» que los fiscalizase. Pero esto aparte, ni así pudo evitar que ese comando de ex zaristas que jurara fidelidad a la causa roja, se convirtiese en un nido de espionaje. Ni tampoco que Lenin nombrase a Stalin, comisario adjunto para el Ejército del Sur, ni éste al general Voroshiloff, comandante del décimo ejército y al que ya vimos actuando en Grichino, dentro del tren blindado en que se emboscó a Osseroff y sus ayudantes. Voroshiloff, compañero de juventud de Stalin en Georgia, proletario y luchador pertinaz, hombre de no mayores luces mas de convicciones arraigadas, era principalmente, hombre de confianza y seguro informante de su promotor. Precisamente su nombramiento debió ser consentido por Trotzky, en compensación de las decenas de asignaciones de ex oficiales del zar dispuestas por él. Mas sabiéndolo amanuense de Stalin, a la primera ocasión lo relevó. Circunstancia que

aprovechó Stalin para hacerlo transferir a Tsaritsin, un lugar insospechado en la parte media del Volga, si bien de alto interés estratégico pues el petróleo del Caspio pasaba por allí. Tsaritsin fue convertida rápidamente en algo así como un cantón autónomo en el campo militar. Resultaba insaciable en sus pedidos constantes a Moscú de material de guerra. De esa suerte, convertida en un bastión, a espaldas de toda previsión, Tsaritsin representó una amenaza muy seria si acaso, para el resto del ejército y de suyo, para la autoridad de Trotzky. Descubierta la confabulación al intentar éste contrarrestar la autonomía creciente de la plaza, en lugar de acatar las órdenes se reforzó con la presencia de Stalin en Tsaritsin. Viendo desconocida y peligrando su posición, Trotzky se apresuró enviando a Sverdlov, su segundo en jerarquía, para recoger a Stalin y devolverlo a Moscú. A Lenin se le descubre un tanto tarde este sordo juego de camarilla que parece un poco fuera de su alcance. Trotzky mismo debió trasladarse a Tsaritsin a poner orden definitvo. Voroshiloff, frente a la terminante determinación de ser sometido a consejo de guerra en caso de resistencia, cedió. Sofocado en su cuna lo que tuvo todos los indicios de conato, Trotzky solicitó a Lenin «que fuese destituído Stalin». Lenin, juez inapelable, entendiendo que los enfrentamientos podrían llegar mucho más lejos, se las compuso para que su ministro de guerra aceptase que Stalin, si bien destituído de su comisariato de guerra, pasase a ocupar un puesto en el Consejo Revolucionario de Guerra del Frente Sur y Voroshiloff quedase de comandante del décimo ejército. Muy pronto veremos con signos muy próximos a la catástrofe, cómo esta componenda fue la causa negativa de la campaña que el ejército rojo emprendió contra la invasión polaca del mes de mayo. Faltaban dos meses.

En el otro aspecto, tanto o más candente que estos escorzos dictados por la ambición de poder y su secuela de jaques, no escapó a la justipreciación de Trotzky, el peligro mayor que el ya previsto, que resumía el ejército revolucionario después de su asombrosa victoria sobre las fuerzas blancas. La sensación de vacío que le produjo el imaginarlos retomando ellos la ruta perdida por los blancos, no se modificó cuando tuvo la evidencia de que los makhnovistas se volvían hacia sus bastiones. Muy por el contrario. La ansiedad vivida en esos días en que él, despejando Orel de enemigos, habría de vérselas con el ejército campesino, puso su hiel allí donde para él todo debió ser miel y hojaldre... Si el no ver confirmada su presunción lo tranquilizó, también le reavivó el odio inveterado que sentía por los «anarcobandidos», como solía denominarlos.

«Son incapaces de nada verdaderamente grande —se dijo entonces—. *Asumen el aspecto feroz del cataclismo y luego se diluyen como una tormenta de polvo. Son ratones con sueños de elefantes. Los asusta la sombra que proyectan.»*

Sin embargo, se guardó bien de exteriorizar en hechos sus sentimientos en ese momento. Y no tanto porque los sucesos de Tsaritsin lo absorbiesen o porque la hazaña del ejército revolucionario hubiese trascendido y se aclamaba en toda Rusia, sino porque real y efectivamente, la temía y la respetaba por su gran capacidad de lucha y su incuestionable pericia. «¡Cuidado con intentos improvisados! —se dijo—. Que esos *mujiks* no den para más en el sentido de una posición política integral, no significa que no sean temibles en la defensa de lo suyo». Tenía ante su vista Peregonovka.

Sabía a su propio ejército bisoño, mal estructurado y mentalmente inmaduro. El juramento de soldados y oficiales del ejército rojo, decía esto: «Yo, hijo del pueblo trabajador, encauzaré todos mis pensamientos y mi acción al gran propósito de liberar a los obreros de todo el mundo». ¡Qué enunciado absurdo para servir como base a la disciplina de un ejército! Se guardó por tanto de lanzarlo a locas contra los makhnovistas. Pero no pudo evitar que sus bisoños intimasen con esos aguerridos, en esos encuentros cada vez más frecuentes a medida que se iban internando en Ucrania en persecución de los restos dispersos del ejército blanco en fuga desde Orel. La aureola de invencibilidad del ejército revolucionario, la simpatía cordial de sus integrantes y más que nada, la elocuente comprobación de que ambas fuerzas estaban en lo mismo, entrañables contra el enemigo común, los estrechaba naturalmente. Los mandos rojos observaban con creciente alarma la espontánea fraternización de su tropa y de poco o nada servían sus advertencias o sus prohibiciones. Se las desobedecía sistemáticamente. Y así se veían perdiendo posiciones en un terreno inesperado, cuando creyeron que todo les resultaba favorable, al fragor de persecuciones, ocupando Ucrania.

Entonces, ambas corrientes, palpándose en su base genuina por esta única vez se buscaban para entenderse. Tropa y tropa. Pueblo y pueblo. La noche los hallaba reunidos en sindicatos, *soviets*, convirtiendo salones de baile en sitios para debatir cuestiones y esto mismo en cafés, calles, plazas. Todo en un grandioso *forum* popular. Los rojos no podían disimular su viva curiosidad por los pormenores de la vida de los guerrilleros. Por ejemplo, su opción voluntaria a participar de la lucha armada. Con los makhnovistas todo era motivo de plantea-

miento, debate, esclarecimiento, afán de conocer, pensar por sí mismos. Los rojos se hallaban en pleno fermentario. Consecuentemente, en ese ensamblaje y bajo la advocación del E.R.C., hubo quienes se manifestaron deseosos de formar parte de las huestes insurgentes. Y es que estando juntos se les revelaba la autenticidad, la verdad de estos paisanos campesinos, obreros como ellos, pero más emancipados, practicando lo que en ellos todavía estaba supeditado al designio y la voluntad de las autoridades. Y algo más, muy propio de los guerrilleros les resultaba atractivo: los atraía su altanero desenfado, su alegría interior, la libertad con que los veían determinar, la autonomía de cada uno y la conciencia de suma, de agrupamiento colectivo que había en ellos. Les despertaba deseos de emularlos y ser como ellos.

Les atraía profundamente una práctica que, pareciendo incompatible al simple discernimiento, los insurrectos hacían viable y regía la base de toda la disciplina cuartelaria: el poder remover a sus comandantes mediante una simple reunión plenaria de la unidad o el ejército, según fuese el caso.

—La revolución no se detiene nunca. ¡Si se para, muere! —decían los guerrilleros—. Todo lo que repetimos del pasado sin atrevernos a modificar es debilidad, morosidad mental, falta de confianza. Estamos haciendo la revolución precisamente para restablecer la confianza verdadera. La sociedad que combatimos está cimentada en leyes y la autoridad que las hace cumplir. Entre nosotros no hay leyes, la justicia es lo que nos mantiene activos espiritualmente al no delegar en terceros o sea en tribunales. Ni tampoco hay nada tan efímero como la autoridad.

—¡Eso dices! ¿No os dirige o manda Makhno?

—Mientras dé pruebas de que es eficaz en lo que hace y nosotros lo consintamos

—¿Me quieres decir cómo llevan a la práctica eso que sustentas? De eso estamos escamados, nosotros. Cosas que figuran en los postulados y jamás se cumplen.

—¡Mira que juzgar o deponer a un comandante así como así!

—¡En ningún momento he dicho «así como así»! Pero llegado el caso, se hace.

—¿Lo hace quién, qué autoridad?

—¡Ah, es que no lo crees! ¿Quieres presenciarlo tú mismo?

—¿Un caso real? ¿Tienes un caso real para presentarnos? ¿No te pones en apuro si te digo que quisiera verlo?

—¡Y yo!

—¡Nosotros!

—¡Todos!

Los soldados rojos, un grupo de alrededor de treinta, se dejaron conducir. En la unidad de Karetnik, uno de los comandantes, Tomasov, había tenido una cuestión con un insurgente, el camarada Zvliávodchuk, por cuestiones privadas y pretendió hacer prevalecer su jerarquía obligándolo a retirarse de un lugar. Zvliávodchuk se negó y Tomasov lo agredió. Al día siguiente se apersonó una comisión de dicha unidad ante Tomasov pidiéndole que presentase excusas a Zvliávodchuk; el comandante se negó.

—¿Ustedes creen que todo se resuelve por la vía del anarquismo? Conmigo se equivocan —había dicho.

Zvliávodchuk se había negado a volver a tratar con Tomasov y así estaban las cosas cuando el consejo de la unidad resolvió dirimir la cuestión mediante una votación general. Consideraron que cualquiera fuese la razón —y al no hacerla pública ninguno de los dos, debía considerarse privada—, Tomasov había abusado de una autoridad que no le daba ningún derecho fuera del campo estrictamente militar y al no retractarse en la ocasión en que se le solicitó, debía ser sometido a la consideración de toda la unidad.

La cuestión era espinosa y no del todo clara. Y sin duda, algún motivo profundo debió incitar para que Tomasov, como cualquiera entre ellos que luciera la responsabilidad de una comandancia, la arriesgase por capricho a la suerte de una votación.

—¿Y con qué elementos de juicio se piensa juzgar si es tan poco lo que se sabe? —los soldados rojos que así preguntaban ya habían superado el primer asombro, referido a la posibilidad de un juzgamiento de un superior por la tropa y se interesaban por la razón misma del caso.

—Lo verán. A eso vamos.

Llegaron a un espacio abierto y en él, unos quinientos hombres se encontraban allí reunidos para discernir la cuestión. Si se sancionaba a Tomasov, debía declinar el puesto. Era un jefe querido y respetado. Jamás había tenido cuestionamiento alguno. Llamaba la atención que estuviese empeñado en no reconocer las atribuciones del tribunal popular.

—Pueden sancionar lo que quieran. A mí no me alcanza —esto dijo. ¿Tan orgulloso se descubría? ¿Era incapaz de reconocer que había sido él el descomedido?

—Por última vez, antes de pasar a definir la cuestión por los medios prescriptos —dijo Karetnik, que presidía la asamblea—, ¿quieren alegar, deponer, cualquiera de las partes, algo que, esclareciendo en un todo el asunto nos evite pronunciarnos mediante votación?

Se hizo un profundo silencio y se aguardó.

—Cuentan con dos minutos para reflexionar, camaradas —intimó Karetnik.

Los segundos transcurrían. Tomasov estaba pálido, pero impasible. Y a medida que el tiempo se deslizaba hacia su expiración, Zvliávodchuk parecía cada vez más nervioso. Antes de que el tiempo se consumara, saltó hacia el estrado en que se encontraba Karetnik y encarándose desde allí con la multitud, gritó:

—¡Suspendan la votación! ¡No me pregunten! ¡Es justicia! —era de los más jóvenes. Las lágrimas lo arrasaban. Bajó de un salto y se fue corriendo.

La conmoción fue general. Algunos se encararon con Tomasov. Éste se negó a decir nada. Karetnik tardó en lograr la calma.

—Considero que nuestro celo queda satisfecho, dijo —llevar las cosas más allá, sería inferir en zonas privadas de cada ser, que no nos compete juzgar. ¿Están de acuerdo en suspender la votación? —preguntó.

—¡Sí! —se aunaron las voces de los allí congregados.

Estas experiencias, difícilmente contradichas, eran observadas con creciente recelo por el estado mayor bolchevique, que si no separaba sus tropas era por no dejar ningún metro de tierra expedito a los insurgentes. Aldea, pueblo, ciudad que alcanzaban, oficialmente quedaba incorporada al poder central. Mas esto en los papeles... En la práctica, los makhnovistas se compensaban sabiendo que el ejército rojo quedaba abonado...

XVIII

LA TRAMPA

El plazo previsto por los makhnovistas de cinco a seis meses de tregua, tocaba a su fin. Sea en razón del *tifus exantemático* por un lado, que mermó a la guerrilla del arresto necesario para culminar su plan de consolidación regional; sea que por el otro las intrigas internas por el dominio de posiciones, sumado al flamante prestigio del ejército revolucionario por causa del triunfo de Peregonovka, paralizasen momentáneamente la intención de aplastar al movimiento campesino, el hecho es que en ninguno de los dos casos se completaron las mutuas previsiones. Y más bien, si cierto que involucrados en asuntos de la revolución, debieron continuar dependiendo de acontecimientos que originados en otros intereses convergían hacia ellos. Y por ende, dilatando enfrentamientos...

Fracasado el intento de los gobiernos imperialistas —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Japón— de restablecer por intermedio de Denikin, un gobierno que comenzase a reconocer como suyos los compromisos contraídos por el zar y que la revolución bolchevique no garantizaba, se apresuraron en proseguir atentando amparados en su impunidad, armando y respaldando a otro títere servil: el barón Wrangel. Habían ganado la guerra y en su ostentosa fachada lucían sus estandartes y resonaban sus himnos... Mas otras eran sus preocupaciones y diversos los ruidos de la hora. En la Alemania vencida, una joven larva alentando en su sumidero, ya ganaba los primeros adeptos de la vanguardia nazi e iniciaba la propagación de la terrible revancha. Y en Rusia, la ex aliada, transformada por efecto de colvulsos estallidos sociales y oscura lucha de clases (a la que tan sensibles eran banqueros y burgueses) de la que estaban ávidos de oír los pueblos, todo concurría para reafirmar que la hora no era propicia para el

mundo capitalista, occidental y cristiano. Ocultando su intención, sirvieron sibilinamente su causa. Con el franco pánico de sentirse amenazados de muerte, temieron que las masas proletarias continentales despertasen produciendo la revolución en sus propios imperios. De manera que no cejaban respaldando cualquier intento de perturbación que pudiera producirse en Rusia.

Polonia mantenía una vieja querella, suscitada desde los tiempos de los primeros zares, que la llevaba a reclamar, toda vez que veía viable su causa, las tierras que de «mar a mar», había entre Danzing y Odessa. En esta ocasión, a favor del apoyo principal de Francia, que prestó sus generales para que instruyesen al ejército polaco, Pilsudski, ambicioso y reconocido patriota —la criatura para el caso—, enarbolando derechos y premisas nacionalistas al frente de un ejército magníficamente armado, irrumpió en abril al norte de Ucrania. La sorpresa de su acción y la debilidad de las defensas comunistas le permitió avanzar en dos semanas seiscientos kilómetros y apoderarse de Kiev. La fulmínea proyección del ejército polaco, reabre en el tapete rojo del *politburó* el suspicaz motivo de censura sobre la idoneidad y eficiencia del responsable máximo del ejército. Una vez más, las intenciones, los tonos, el no decir, adquieren fisonomía inquisitorial. Pero el acusado no se ha dormido en sus viejos lauros. De Orel a acá, ha acometido concienzudamente la organización definitiva del ejército rojo y eso le ha permitido constituir una fuerza sin precedentes para un ejército de la revolución. Si la acción de los polacos coge a todos por sorpresa, Trotzky se rehace rápidamente y confía el mando de su renovada formación, al coronel Tujachevsky, un ex aristócrata de veintiocho años, de brillante trayectoria en el ejército del zar y hoy adscrito al de los rojos. Trotzky está fascinado de su hallazgo y el coronel le responde ampliamente recuperando el 4 de mayo Kiev y emprendiendo una contraofensiva que obliga a los polacos a replegarse hasta su propia frontera. En Varsovia cunde el pánico. De Inglaterra surge Loyd George ofreciéndose como mediador en el conflicto. Los polacos asimismo intentan negociar un armisticio. Una vez más en el *politburó*, tanto como se alegran de las nuevas, se muerden las lenguas. Mas la situación es fluida y da para más.

Paralela a la invasión polaca, la Entente, pareciendo más una conjura de carniceros dispuesta a ultimar a cualquier costa la presa señalada, lanzó otra fuerza al mando de Wrangel. Reagrupando los restos del ejército blanco disperso, agregándole fuerzas nuevas y apo-

derándose de los ingentes depósitos de armas ocultos en el Cáucaso, el Don y en Crimea, constituye una fuerza poderosa. Desde la plataforma ya experimentada del Don, se precipitó sobre Ucrania. Este ejército blanco renovado en su espíritu, con la misma intención restauradora y reaccionaria del anterior, sacudió el letargo estepario sorprendiendo a las avanzadas bolcheviques de Frunze que habiendo corrido tras los restos del ejército de Orel sin alcanzarlo, fueran quedando estacionadas en diversas zonas ocupando el país. Ni qué decir de la espantada roja. Desalados se replegaron ante semejante empuje. Los cosacos, resentidos de su latente derrota, no queriendo más que redimirse de ella emprendían esta campaña por las consignas de sus superiores, que hacían suyas, pero también con la intención sañuda de librarse de su afrenta y vengarla.

La noticia de la invasión llegó por separado, pero casi al unísono a los respectivos mandos, comunista y makhnovista. Mientras los makhnovistas dispusieron actuar de inmediato y salirle al paso con lo que les quedaba en pie de su ejército no contaminado de tifoidea, (más de la mitad yacía y moría lamentablemente y no era menor el drama entre los rojos), los bolcheviques, que acechaban de largo la oportunidad de asestar un mazazo definitivo a la insurrección, aprovecharon la situación para fraguar las condiciones que habrían de perderlos. ¡Vaya si les resultaba peor que un hueso atravesado el idilio temporal en que sus tropas y las de estos fraternizaban! Las deserciones en sus filas dolían como desgarrones en la carne. Impotentes de contrarrestarlas, las sobrellevaban como afrentas: personales y de partido.

Trotzky vislumbró en esa situación su oportunidad. Con malignidad digna de una hiena ordenó a los makhnovistas abandonar la lucha contra Wrangel y sumarse al ejército rojo del norte, en el frente polaco. ¿No era querer apartarlos una vez más del terreno propio y un claro intento de absorción de un ejército por el otro? ¿Y no era también negarse sistemáticamente a reconocer que el ejército rojo era el ejército nacional y que desobedecer la orden de integración era ponerse en franca sublevación? ¡Y últimamente, no tenía ejército propio la revolución rusa para defender su territorio! Así se planteó la controversia. Así, definido el dilema.

Bien sabía Trotzky, ahora sí con toda certeza (así ocurrió), que el mando makhnovista, frente al apremio de la invasión de Wrangel se negaría a obedecer abandonar la región y sumarse al ejército rojo para luchar contra los polacos. Desobedeciendo, solos se colocaban en situación de contumaces. A Trotzky, ante el concenso público, al

que de inmediato apeló denunciándolos con su habitual artería, le restaba ejecutarlos, ya los tenía en la picota. Los hechos de Peregonovka se contemplaban lejanos, en tanto toda Rusia aclamaba al triunfal ejército rojo contra Polonia. ¡Al fin se encontró con las manos enteramente libres! y este su plan.

—¡Aplastarlos! Ya he dispuesto que se envíen contra ellos fusileros letones y tropas mongoles; y que se arranque hasta la menor partícula de makhnovichina de la región. ¡Cuento con un ejército de más de doscientos mil hombres, camaradas!

XIX

GENOCIDIO

¡En ninguna mente cupo pensarlo así! ¡Ni entre los más recalcitrantes oficiales del ex ejército del zar! ¡Cuántas veces no se dijeron que nadie en su tiempo se hubiese atrevido a un ajuste de cuentas semejante! Desde el inicio no se les ocultó a quien habrían de servir de ahora en adelante. El tiempo de las matanzas políticas sistematizadas con carácter de *solución final* en los tiempos modernos quedaba inaugurado. Totalizó veinte millones de víctimas en época de Stalin. Es nuestro deber narrar este genocidio, tanto más insignificante en cifras, que casi nos mueve a pedir disculpas por levantar la voz y darle un sitio después de que la humanidad recorriese las matanzas programadas de los campos de concentración e incineración que parecen hacer ridícula la cifra de sólo doscientos mil asesinados y otros doscientos mil forzados a emigrar a Siberia. Mas así fueron haciendo su historia estos desalmados criminales y esta es la hitoria que narramos.

Lo que excede de uno, digamos diez, cien y se interna en los mil y en los doscientos mil, se transforma en casi inconcebible, inverosímil, inasible... Así el crimen masivo goza de cierta impunidad proporcional a su magnitud. Y si además cuenta con esa vasta, inabarcable región de la tierra, al parecer hecha para sepultar secretos atroces e incalificables, tiempo y espacio se confabulan y ¿quién puede ver en su interior? Y si se logra, el tiempo ha transcurrido, la época ha cambiado y nuevos hechos, actuales, tan espantosos o más que esos, ocupan las mentes, los intereses, los espíritus y uno se halla —como yo—, como un trasnochado ante esos zanjones pavorosos del pasado reciente, testigos mudos de aquel crimen inominable y no le cabe en verdad más que sentirse horrorizado, perplejo y quizá, si guarda un álito de voz y no le importa pasar por loco en un mundo que no quie-

re oír de estas cosas, ponerse a gritar. O a escribir, como yo, esta historia sepultada.

Pero ¿es esto suficente? ¿Alcanza para despertar de su sueño a tantas multitudes ingenuas, víctimas propiciatorias de estos comisarios civiles investidos de la fuerza ciega de esa idea mesiánica de la *dictadura del proletariado* con la que se protegieron de ser reputados de carniceros?

Doscientos mil. Cuenten uno por uno. Imaginen un hombre, una mujer, un niño, un anciano. Alguien. Traten de personificarlo. Yo propongo a Tychenko Luty y a Tatiana Luty. Arrancados brutalmente de su diario vivir, de sus sueños, de su lecho, de su casa, de su ocupación y anunciándoles que han de morir. Y viéndolos todavía desconcertados o acusando, protestando, preguntando por qué y sin dignarse a contestarles, recibiendo una descarga, un hachazo, un golpe mortal. Y ellos son dos... Sigan contando. Cuenten tres. Y luego cuatro. Y luego... ¿No es imposible? No obstante, ellos prosiguieron. Los rojos, los doctrinarios, los camaradas. Hasta doscientos mil.

Renunciamos a insistir sobre el tema. Si bien nos quedamos pensando si quizá toda esta historia no debiera estar referida solamente a este genocidio que sabemos se llevó más vidas —programadas en áridas oficinas ministeriales por burócratas ideológicos—, que todas las acontecidas en la lucha entre todas las fracciones en pugna.

XX

LA GUERRA CON POLONIA

«El hombre propone y Dios dispone». A fines de julio, Tujachevsky recibe su nombramiento de general, en el frente. La revolución, como cualquier institución tradicional acrisola a sus héroes. Es su premio por haber expulsado del suelo ruso a los polacos. Y así de fácil...

Es la revolución la que va a dictar sus condiciones al invasor. Ruegan en Polonia, media la Entente. Quieren un armisticio. Todos en Rusia reciben clamorosamente la nueva. El mundo capitalista tasca el freno. La dictadura del proletariado y el Estado comunista son tácitamente reconocidos, además de temidos en el consenso de naciones. Es el espaldarazo, el ingreso a la vida de relación... El cese del aislamiento. ¡Cuánto partido no podrá sacarse de esta situación ventajosa!

Pero he ahí que Lenin ve las cosas distintamente. Para él, ésta es la ocasión de hacer vigente una de sus premisas más caras: «exportar la revolución», «hacerla mundial».

Se remezó el aire de Varsovia. Mas no como lo determinaría la dialéctica marxista. El pueblo polaco, al contrario, en lugar de ser captado por la cuestión social, solamente vio al invasor en los rusos y sacó a relucir su fibra patriótica. ¿Se sabrá alguna vez qué oscuras y contradictorias razones se arraigan en las profundidades de los pueblos para que prevalezcan cuando debieran dejar paso a ideas de emancipación universal? ¿O será simplemente que el espíritu de conservación anticipa la presencia de una fuerza artera, disfrazada, poniendo por delante como señuelo sus premisas mentirosas?

Tujachevsky pudo comprobar dos cosas: que no era lo mismo su ejército luchando por la conquista de Polonia, que por desalojar a un enemigo de su propio suelo, y que tampoco lo era el ejército pola-

co en retirada que el mismo defendiendo su patria. Dos comprobaciones fatales. Pero hubo más.

Del Kremlin partió la orden para que un nuevo ejército cubriese a Tujachevsky. Estaba al mando de una terna: Stalin, Voroshilov y otro ex coronel zarista incorporado, Budienny. Operando al sur de donde lo hacía Tujachevsky, debía sostenerlo en caso de ser reclamado.

Fracasada la martingala de la revolución comunista impetrada a cañonazos, corriendo propio peligro, Tujachevsky se vio apremiado a pedir socorro a la fuerza del sur... Pero, he aquí que para su sorpresa y la de todo el mundo adscrito a la estrategia, dicho ejército, impaciente de su estacionamiento y deseoso de logros la había emprendido a riesgo propio contra Lvov (Lemberg), en cuyo intento fracasaron estrepitosamente.

La guerra distractiva emprendida por el ejército de reserva, impedido por tal circunstancia de prestar el apoyo debido, precipitó a extremos de desastre todo el operativo comunista. ¡Ni qué saber lo que experimentaron así el Delfín como el Benjamín, sintiendo ese vacío a sus espaldas...![3] ¿Responsabilidades? ¿Habría quién se atreviese a acusar abiertamente a alguien cuando ninguno allí había adquirido real primacía y sí más bien, de qué cuidar por sí mismo?

Esta catástrofe la enjugaron así entre todos. Cada quien a su turno, tuvo donde lavarse las manos.

3 En 1935 Stalin ordenó el fusilamiento de Tujachevsky y todo su estado mayor, acusándolos de alta traición. Y lo propio hizo contra Trotzky, haciéndolo matar en su exilio en Méjico.

XXI

WRANGEL

Esta sorda y activa lucha por preeminencias entre las jerarquías del *soviet* supremo, como la cubierta de un libro camuflado, ocultaba bajo su apariencia solemne y pedante de este joven, el más joven poder recién inaugurado, los desgarros, girones, mortajas, fosas, en que enclavaba sus ambiciones. Sobre la carne masacrada del pueblo, sobre el humus humano, de millones de humanos, ellos practicaban en silencio y con sigilo sus esgrimas; sus luchas intestinas, significando sus auroras o sus eclipses, un juego siniestro y privado, cuyas consecuencias nada tenían que ver, ¡qué tenían que ver con la libertad! y sí con el precio de más vidas y más sacrificios.

De esas contingencias, traiciones y enconos, sacaron su ventaja los polacos cuando Tujachevsky, en esa secuencia más propia de un *film* cómico, de no resultar trágico, sintió el vértigo repentino del vacío a sus espaldas. No menos que eso, también ocurrió con la invasión de Wrangel. El casco podrido en que bogaba el Estado vivió trances de ahogo cuando debió gozar virtualmente de su mejor momento.

El barón Wralgel, desde el comienzo de su campaña se previno de ideas preconcebidas. Celoso de lo que emprendía, había sopesado cuidadosamente los motivos que habían arrojado a Denikin al desastre. Subestimar (la fuerza campesina), confundir (rojos y makhnovistas), incurrir (en depredaciones y violaciones innecesarias). De manera que se cuidó de consentir a sus cosacos sedientos de venganza. Prefirió alentarlos, dándoles seguridades y motivos de resarcirse del oprobio de la derrota en términos que abarcasen su causa: de Restauración y Ortodoxia.

Era consciente de que no se agregaba nada a la lucha, más que volverla feroz, infligiendo terror y muerte a los pueblos. El saldo de

su criterio, si no le dio razón para el entusiasmo, al menos no le puso en términos de confrontación tan directa con los campesinos. Que, valga la paradoja, sentían menos pesada esa mano que la de los comunistas. No era poco. Pero en cambio, siguió sin entender la índole profunda y compleja de los enemigos que habría de enfrentar. Digamos en su descargo que si él no entendió el trasfondo, ni jamás la capacidad de maniobra, ni de elegir los tiempos de su adversario rojo, su falta no fue única. El comunismo había inaugurado en nombre de la realidad de la hora, el surrealismo en la política. ¡Quién que adivinase sus actos!

Uno de estos actos hizo que Wrangel perdiese toda noción de perspectiva.

Pero, ¡cómo no, si los propios makhnovistas mordieron el mismo anzuelo! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer por ejemplo, frente a un monstruo que te destruye y te devora y en el último instante, latiendo aún tu corazón te propone conservarte cosas, no precisamente lo que ya has perdido, otras, las que aún tienes para perder? ¿Y quién capaz de imaginar que después de una matanza alevosa de doscientas mil personas, proponga a los hijos, hermanos, deudos, compañeros de tantas víctimas una alianza militar para combatir al enemigo? ¿A qué enemigo?, te preguntarías ¿De qué enemigo está hablando? ¿No es para que se pongan los pelos de punta de puro terror? ¿No es esta la vigencia del absurdo y el surrealismo? Y eso fue. Eso ocurrió. ¿Podía preveerlo el barón Wrangel? ¡Ni nadie! A eso apostó. A eso jugó su carta. A la certeza de que después del genocidio, bajo ninguna razón o precio de prebenda esas fuerzas pudiesen entenderse ¡y aliarse!

El barón no estaba en los zapatos de esa gente. Él no estaba en los alcances del odio centenario, remachado en hambre, miseria, gabelas y en sangre aleve que esos mismos campesinos guerrilleros tenían que cobrar a quien pretendiese imponerles nuevamente el régimen del zar. ¡Nada menos! Eso les sabía a infierno. Se habían quitado de encima ese peso helado que los oprimiese por siglos, ¡que nadie osase reponerlo! ¡Estando tan fresco en la memoria! Pero esto, ¿cómo podría siquiera imaginarlo él? ¿Quién que dijese que fuese para tanto el odio acumulado? Lo perdió no ser un pensador. Si bien siempre hubiese perdido. Hijo de la sinrazón de un tiempo definitivamente perimido, al menos en su forma, le faltó el espejo para contemplarse mientras analizaba los hechos en que habría de internarse... Hubiese comprendido. Que vanos resultarían sus esfuerzos y en todo caso, no más que la porfía agónica de una muerte irremediable.

Guardándose de carreras impetuosas como la de Denikin a Orel, Wrangel procedía consolidando el terreno ganado. Su dispositivo táctico, perfectamente sistematizado y cauteloso, convertía en ineluctable su progresión. Podía decirse de él que crecía y avanzaba como una marea. Una a una las ciudades y los pueblos ocupados al sur por los bolcheviques en ausencia de la mermada fuerza makhnovista fueron cayendo en sus manos. Mariupol, Novosspasovka, Berdiansk, junto al Azof y más al norte Kostantin, Janissol, Kormentchik y otra vez, amenazada, Gulaï-Pole.

Así como los makhnovistas corrieron a cubrir el frente de invasión, el ejército rojo de Frunze se replegó poniéndose capciosamente a sus espaldas. Quedó la guerrilla entre dos fuegos. ¡Qué destino! ¡Y con todos esos enfermos de tifus como tenía! Todo el ejército revolucionario corrió riesgo y quedó expuesto de este modo. Los regimientos de letones y mongoles puestos en pos cumplían sin reservas mentales sus órdenes. Y si no era una guerra declarada, no lo era sólo porque a los insurgentes les repugnaba abrir fuego contra sus «hermanos». Para ellos, todavía así el peligro real se identificaba con la invasión blanca. Con los rojos, lo habían probado, podían fraternizar.

No obstante, cada vez más se vieron obligados a ir cediendo sus posiciones. Esto los llevaba a cada momento a verse como acorralados en un espacio que por detrás se teñía de rojo y que no cesaba de tirotearlos. Si tal situación desesperaba a la guerrilla que encaraba la resistencia viendo como se cernía otra vez la traición, ¡qué no decir entre los miles que se pudrían en sus jergones de tifoideos! Aullaban como bestias. Y maldecían haberse convertido en una ligadura que ataba a sus camaradas a sus pellejos inservibles... Con amargura contemplaban otra vez sus intentos, sus luchas, sus sueños, su nuevo mundo creativo paralizado, desecho, cancelado... Y a cambio se tragaban la amarga hiel de ser baleados por la espalda.

Wrangel observaba este proceder y no abrigaba dudas con respecto al sentimiento y a la animosidad existente entre esos dos ejércitos.

XXII

INQUEBRANTABLES

Makhno tardaba en recuperarse porque el tifus había hecho recrudecer una vieja lesión pulmonar de su época carcelaria y mascullaba soliloquios. Había superado su período de entorpecimiento mental que acometía con la enfermedad. Se había enterado de ese genocidio y la información, que de momento lo dejara atónito fue trabajando en su ánimo haciéndolo arribar a conclusiones... Tuvo ocasión de exponerselas a Karetnik.

—Sí, amigo mío, si quieres volver loco a un hombre acostumbrado a correr dile que se pare. Eso ocurre conmigo, Simón.

—Me dicen que mejoras, Badko.

—¿Te lo crees? También podrían decir que me estoy muriendo. Nadie puede medir mi tiempo.

—Yo te encuentro animoso...

—Eso se suele decir entre viejas solteronas, Simón. Ya ofende mi enfermedad. Pronto hará seis meses que estoy postrado. ¡Seis meses! ¡Tú ignoras las cosas que se piensan en estas condiciones! Es otra versión de la cárcel. Aquí, como allí, te devoras pensando. Y nada sería, creo, si no hubiese más que uno en la vida. Está el mundo y las cosas del mundo agitándose en tu cabeza. Y tú sin poder salir... ¡Y ahora esta cosa espantosa, este crimen sin nombre! ¡Y no poderlo juzgar como un hombre corriente! Sabes, eso es terrible, lo que más me oprime —Makhno apretaba los labios, empalidecía sobre su palidez de enfermo—. Quisiera ser un hombre más y recuperar mi libertad. Lucho por liberar y al primero que le echo cerrojo y cadenas es a mí mismo. ¿Se comprende? ¿No es un contrasentido que Badko Makhno no pueda mandar al diablo sus ideas y reaccionar como un hombre cualquiera ante esos asesinos? ¡No! Me debo a mi representatividad, a

los principios que postulo. ¿Pero, dime Simón, cuando abrazamos el anarquismo no dijimos que lo hacíamos porque esa idea representaba la vida? ¿Ves? Se ha vuelto rígida y nos deja fuera de ella. ¿Cómo, si no, podrían gozar de tal impunidad esos asesinatos? Si hieren, si matan a tus seres más queridos y del modo más infame que puedas imaginar, cual es la réplica? ¿Basta combatirlos? ¿Basta con representar una ética y descargar su justicia? Eso es nada, miga, pasto. ¡Se impone otra actitud!

—Nosotros elegimos este lado de las cosas, amigo.

—¡Eso es un error!

—Elegir es libertad.

—¡Elegir es limitarse! En cuanto eliges te abroquelas. El hombre libre debe permanecer abierto a todos los estímulos.

—Eso hacen los asesinos. Yo selecciono.

—¿Te aterra la contradicción? Yo me debato en un cepo desde que he dejado de ser simplemente Néstor y me he convertido en esto de ahora: una cosa guardada, una reliquia, una representatividad. ¡Al diablo! A cada uno de nosotros nos dibujan, nos pintan. Y eso quieren. Esa imagen quieren. Y eso en todo caso es sólo un instante. Nosotros somos más, todo, la vida. Como en este momento terrible en que mil pensamientos espúreos, tácticos, de conveniencia, de imagen de principios, ¡benditos sean!, se interponen impidiéndome hacer lo que debiera hacer con esos rojos. Ya verás. ¡Ya verás! Volveremos muy pronto a enredarnos en asquerosas controversias. ¡Vómito! ¡Inmundicia! ¿Se concibe? ¿Tú, lo concibes? —Makhno había sacado los pies fuera del lecho y sentado en la cama, denostaba. Estaba en los huesos y pelado, semejando un viejo arrebujado en su camisola y metido en sus calcetines de lana. La fiebre o la cólera le encendían en llamarada los ojos.

—¡Por favor, que se guarde! Guarde reposo... ¡Y abríguese! —la campesina que le daba hospitalidad se apresuró cubriéndolo y volviéndolo a recostar—. Es todo cuanto debe hacer, Badko, guárdese. ¿No quiere ponerse buenito? —y a Karetnik le recomendó—: No deje que vuelva a destaparse.

Makhno, tendido y arropado, levantó la cabeza, miró a la mujer y se sonrió.

—Eso está bien —dijo ésta—, la sonrisa es la mejor señal de salud.

—¿Has visto? —dijo al fin Makhno, señalando con un gesto hacia la puerta por la que la mujer había abandonado la habitación—. Es otra gran cuestión, misteriosa y contradictoria. Ellos son los que más sufren, pero permanecen invariables... A nosotros es a los que se nos mueve el suelo a cada momento.

—La libertad es una ejercitación y una responsabilidad...

—Los asesinos son libres.

—Habría que consultar a sus conciencias.

—Sus actos denotan su carencia... Y que les importa... ¿Por qué alardeamos y nos ufanamos de tenerla, nosotros? ¿Qué ventaja resulta de ello? ¿Agranda nuestro campo de acción o lo empequeñece? A nosotros se nos puede adivinar lo que pensamos; a ellos, imposible. Es su innegable ventaja sobre nosotros. Y se trata de derrotarlos: ¿o no?

—Makhno había aferrado su mano, como un garfio sobre la muñeca de su amigo y lo tironeó acuciante. Karetnik lo observó con extrañeza.

—Por supuesto que derrotarlos —respondió.

—¿Y cómo?

—¡Y cómo! ¡Peleándolos! ¿Qué preguntas, Makhno?

—¡Amigo, amigo! Esto no es un juego —Karetnik abría tamaños ojos. Su estrabismo era manifiesto—. Esto es lo más serio de mi vida. Y si quieres saber cual ha sido mi constante preocupación en estos meses, aquí la tienes. Ya lo sabes. Yo no pienso en otra cosa que en vencer. ¡Vencer! ¡Vencer! ¿Pero, cómo, en condiciones tales de desventaja? ¿Te imaginas sosteniendo un duelo con un antagonista tan fuerte y hábil como tú mismo y que además no se atiene a ninguna regla mientras tú las cumples y acecha tu sueño para asaltarte dormido, o capaz es de envenenar tu copa, asesinarte por la espalda? ¡Y tú ateniéndote invariablemente a las reglas! ¿No es ingenuo? ¿Es posible? Aunque no te guste, debes aceptar que ese duelista se sabe tomar las cosas en serio. ¿En estas condiciones, no es igual a prestar el cuello seguir manteniendo una conducta? ¡Pues qué, se trata de escrúpulos y de nada más! ¡Estamos condenados a perder, Simón! Luchar dando a sabiendas tales ventajas es irrisorio.

—La lucha es justamente contra eso que tú llamas ventajas. Si mi razón debe valerse de ellas, en mi caso, optaría por deponer la lucha. Y no, ¿no suena absurdo lo que acabo de decir?

—¡Pues esa es la cosa! Y es lo que nos tiene sin salida...

—No etoy seguro de eso, como tú pareces... ¿Y, sabes? Yo también estoy creyendo que no te hace nada bien seguir enfermo...

—¡Ah! —exclamó Makhno—. Mi conclusión te ha resentido.

Karetnik se lo quedó mirando.

—Tengo fe a pesar de todo, amigo mío —dijo—. Y también me digo que no es preciso que yo gane. ¿Qué es eso de que yo gane? Lo importante es que se cumpla mi destino... Me gusta lo que estoy haciendo.

Makhno miró a su viejo amigo.

—Me gusta tenerte por compañero, Simon —le dijo.

XXIII

DILEMA: LA ALIANZA

Abandonados a su suerte, sin suministros bélicos, tiroteados por la espalda, con su lastre estacionario de *tifus exantemático* y cumbreando todo ello la espantosa tragedia del genocidio, como una vertiente abierta por matarifes chorreando sangre, bloqueando su razón... Este era el saldo que presentaba la guerrilla. Retrocediendo ante el empuje blanco, se le fueron acentuando sus carencias y revelando sus males. Cada metro que cedían, con la revelación de la matanza, les ensanchaba el horror. En esta situación desesperada se vieron en la obligación de discutir los términos de una alianza.

Conflictiva era también la situación entre los mandos, el consejo y el estado mayor makhnovista. Una vez más las circunstanciales condiciones forzando los juicios. El plenario convocado era harto agitado y suma la nerviosidad de la concurrencia. Se realizaba en Gulaï-Pole, amenazada de fuerzas blancas, en el viejo municipio donde tres años atrás comenzara a acuñarse el movimiento. Además de los comandos que cubrían el salón, los balcones estaban atiborrados de público y con el fragor de las voces por la discusión, el humo de los que fumaban y espesaban el aire y la tensa expectación, la asamblea adquiría un carácter caldeado, de aguafuerte... Los protagonistas exponían sus razones no haciendo más que girar en torno al punto en cuestión, como queriendo descubrir una grieta... Hacía más de dos horas que lo venían haciendo, sin llegar a un acuerdo y ahora estaba en el uso de la palabra, Kurilenko.

—A esta altura de nuestras muy graves y tan amargas experiencias —decía—, parecería mentira que no tuviésemos aún resuelto el tema... ¿Qué aguardamos? Está caliente la sangre de esa matanza. Calientes las cenizas de esos incendios. Se hiela mi sangre a su sola

mención. Si de algo debiésemos tratar, es de cómo cobrarnos esa cuenta. Y de nada más. Porque, ¿cómo traer a discusión qué hacer o cómo obrar con los rojos? ¿Queda otra que la que todos debemos? ¡Queda más que enfrentarlos! Si nos respetamos, ¿queda? —Kurilenko semejaba un toro bramando.

—Aunque tengas razón cien veces, campesino, cien veces diré que los de Wrangel son el peligro número uno —replicó Kalchnikoff, recién curado de su enfermedad—. Con los bolcheviques corre por cuenta de ellos el atenerse a una agresión. Si lo hicieran... Bueno... —inclinó apenas la cabeza y se quitó con un golpecito de su mano enguantada, algo del hombro.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —francamente alarmado, Kurilenko se movilizaba entre los suyos como queriendo azotarlos con sus razones—. ¿Cómo expresarles, cómo hacerles entender que no hay peligro mayor que los bolcheviques? ¡Ah, deploro utilizar imágenes tan patéticas! ¡Ellas están en el ánimo de todos! Toquémoslas, tengámoslas en mente y pronto sólo salta a los ojos, cómo además de odioso y repugnante, resulta incompatible ningún trato con los rojos. Yo, ya, a lo largo de nuestra lucha, ¡y con razón!, he advertido insistentemente sobre el tópico. Porque de cualquier manera y más allá de esta blasfemia sanguinaria, de este baño de sangre que nos alza de ira, ellos seguirán siendo siempre los grandes mistificadores y explotadores de la idea revolucionaria. Los más peligrosos. Los más cínicos y pedantes. ¡Los sucios! Ellos son los que provocan la gran confusión entre la masa, potencialmente preparada para la verdadera revolución y sin ellos seguramente anárquica y libre —dijo, parándose frente a Kalchnikoff—. Wrangel representa el emblema de la opresión, el milenario emblema que sojuzga a los pueblos. Cierto.

—¡Camarada! ¡Deja de soñar! ¡Tenemos la cuarta parte del ejército convaleciendo! —exclamó Martchenko.

—¿Es que estuvimos nunca en un ciento? ¿Pero será que debiéramos estar en otra celada tan cruda como la de Peregonovka para comprender?

—Los rojos dicen ser doscientos mil, ¡y lo creo! —gritó Martchenko.

—¡Muy pronto serán quinientos mil! ¿Sabes los millones de hombres que hay en Rusia para carne de cañón? —grito Kurilenko—. ¡Debemos adelantarnos y maniobrar mientras nos queda espacio! ¡Y atentar! Yo estuve en Crimea. Sé lo que es adherir un ejército completo a nuestra causa. Tú has estado conmigo Karetnik.

—Ahora nos las habemos con letones y mongoles —le contestó éste—. Deja para mejor ocasión...

—¡No hay después! ¡No hay más! ¿No comprenden? ¡Mañana nos echarán encima Rusia!

—¡Eso será! —refrendó Belach.

—Pero, ¿con qué? ¿Mermados? —le replicaron.

—¡Podemos! —se impuso aún Kurilenko—. ¿Quién no nos dice que el ejército rojo esté en sazón, propicio como una sandía madura, para ser abierto y entregar su pulpa? ¿Quién no nos dice que los soldados campesinos sojuzgados dentro del ejército rojo, no aguardan nuestra embestida para librarse de sus comandos opresores?

—¡Y de letones y mongoles! —apuró Belach.

—¡Y de letones y mongoles! —repitió Kurilenko—. ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no tentar y forzar el destino, camaradas? ¡Anticipémonos!

—¿Anticiparlos llevándotelos por delante? ¡Si tú mismo lo estás diciendo! En esa fuerza están las bases.

—¡Y nos balean! Esa base es una ilusión. Si potencialmente revolucinaria, ahora sirven a los asesinos —se empinó Belach, recién salido de su forzada reclusión por causa del tifus—. ¡Reventemos la sandía! Se verá. No esperemos. ¡Vayamos! ¡Andemos! ¿Seguiremos aguardando hasta que comiencen a cazarnos a mansalva? La base ha tenido sobrada ocasión de fraternizar con nosotros en estos meses... Y ahora que se han salido de nosotros, ahí están...

—¿Y no estamos nosotros, nada menos, discutiendo lo propio? —dijo Tchubenko.

—¡Lo propio es labrar la revolución social! Para eso nos hemos unido. Un tema que parecemos haber olvidado. ¡Nuestra finalidad!

—Deja eso ahora, Belach. ¡Discutimos qué hacer!

—¡Es que con lo uno va lo otro! Yo pienso que todavía es incierta la suerte bolchevique. Lo están diciendo los intentos de Polonia y este nuevo de Wrangel. ¡Debemos intentar sublevar las masas de Rusia para transformar este amago, este fraude de revolución bolchevique, en revolución anarquista! Eso es lo que sigue estando en el tapete y hace al fondo de toda esta cuestión. No verlo, ¡y ahora!, es prácticamente un suicidio. Y que sí podemos, ¡podemos! Lo probamos en Peregonovka. Obligados dimos un resultado asombroso cuando nadie daba un *kopek* por nosotros. ¿Y qué más esperar? ¿Quieren ver los cañones rojos apuntando hacia nosotros, no solamente tiradores? Pues ¡aquí están! ¡Y eso hacen! Nos quieren muertos. Y no menos, sino más que los propios de Wrangel. Enfrentémoslos. Aunque parezca que todo nos contradiga y nadie vaya a dar un *kopek*, otra vez, por nosotros.

—¿Y qué —dijo Vdovichenko— si haciéndole la guerra a los rojos, se alzasen con el triunfo los blancos? ¿Qué justificación nos restaría y por los tiempos de los tiempos? A la distancia los crímenes quedan sepultados y no se ven más que los resultados. ¿Cómo levantar entonces, el juicio de la historia señalándonos? —sus palabras, como una pedrada en el centro del debate, marcaron un compás de espera que no tardó en ser disipado por Kurilenko.

—¿Qué nuevo sofisma es este que acaba de plantear el camarada? —preguntó—. Negamos la ley, la autoridad, el Estado, la Iglesia. ¿Quieres que nos posternemos ante la Historia? Yo digo que debemos combatir abiertamente tanto contra los blancos como contra los rojos.

—¡Qué sean ellos los que agredan! —se pronunció Tchubenko—. ¡Nos defenderemos!

—¡Atacar! ¡Ataquemos! —se exaltó Kurilenko.

Si el tiempo les ladraba, no perdieron por ello la cabeza. Una vez más, el plenario corroboró que las opiniones eran controvertidas y profundas las diferencias. Jamás en el decurso de la makhnovichina, los insurgentes se habían visto nunca en la situación de definir por votación el rumbo. En cambio ahora, esto atañía directamente a definir una orientación. ¡Cómo si no la tuviesen! Y lo que resultaba deprimente, hostil y peligroso era que volvíanse insoportables unos con los otros; casi enemigos los camaradas que no pensaban de igual manera. ¿Qué estaba sucediendo? Lo que saltaba a la vista era que el malestar reinante, diríase un malhumor generalizado, lo que nunca había padecido desde que se hiciera militante ese campesinado, caracterizado justamente por su genio alegre, era lo que se había apoderado de ellos. Y esta convocatoria a la que se habían abocado con intención de zanjar esa intrincada cuestión, era así, tanto como un dilema a resolver, una cuestión psíquica, personal, que se abría o se cerraba sobre cada uno de ellos, según fuesen inclinándose las pautas del dilema. Una vez por tomar partido contra los rojos, otra por procurar una alianza con ellos. Así, tanto en uno como en otro caso, el resultado, forzado a pronunciarse, era igual a lanzarse voluntariamente a un abismo... Porque, ¿quién capaz de esgrimir su razón como la verdad absoluta? ¿Y sin esa razón, de qué lado representar sin traicionar a esos miles y miles de asesinados: doscientos mil, para ser precisos? ¿Qué alto ideal, qué tan alto podía justificar aliarlos a los asesinos? ¿Y qué razón tan profunda convertirlos a ellos mismos en agresores de hermanos campesinos? He aquí los polivalentes del dilema. Y no que no hubiesen pensando que más tarde o más tempra-

no habrían de enfrentar a los rojos. ¿Pero quién nunca en estas condiciones, bajo tales circunstancias, pareciendo sin querer, queriendo facilitarles el camino a los blancos?... Sí, jamás pensaron los osados campesinos que formaban la makhnovichina, encontrarse ante semejante encrucijada. ¡Las implicaciones de dejar la azada por la acción y el pensamiento, por qué senderos intrincados y hasta tenebrosos conducía! ¡Y ellos que se echaron en un camino luminoso! ¿Qué maldita cosa era esta que planteaba con dilema la circunstancia? ¿Qué escondida malignidad encerraba que decidieran lo que decidieran, y esto lo comprobaban en su constante discutir, los dejaba tan insatisfechos, inseguros de su proceder?

Una de las prerrogativas de los asesinos, es la de que sus actos llevan implícitos cuestiones que siempre resultarán el dilema de los hombres morales.

—¡Eh, vuelves a recomenzar!

Sí, una cuestión insoluble para ellos. Dado el desacuerdo, se resolvió someter la cuestión al juicio de la totalidad de las fuerzas insurrectas, esta vez en campo abierto, libre al acceso.

Zimatchenko, un campesino insurrecto, asumía la palabra en nombre de la mayoría de los hombres de tropa del ejército revolucionario. Se hallaban formando un ruedo en torno y diferentes cuerpos de insurgentes lo cubrían. No escaseaban carromatos de campaña y *tatchankas* con ametralladoras, hasta el tope de guerrilleros trepados a ellos, ni caballada numerosa con hombres montados. A pesar del frío reinante el ambiente era caldeado...

—No nos van a decir, ¿quién que no lo sepa? —comenzó diciendo Zimatchenko desde la plataforma de un carro a propósito para el caso—, quiénes son los bolcheviques. Pero, yo me pregunto, nos lo estamos preguntando todos ¿esas masas que los siguen y esos soldados que obedecen, han tenido oportunidad de escuchar otras campanas? ¿Qué sucede con ellos cada vez que se mezclan con nosotros? ¿Cuántos de los aquí y ahora presentes, no han abandonado las filas rojas para sumarse a las nuestras?

—Te lo decimos, campesino. ¡Aquí estamos, de Crimea!

—¡Y nosotros del XIV ejército!

—¡Dejamos a los rojos en Alexandrovsk! —un clamor de entusiasmo general corroboró esas expresiones.

—¡Esto es! —se hizo cargo de todos Zimatchenko girando sobre sí y abarcándolos con el gesto—. Cuando tenemos ocasión de conocernos, nos reconocemos: somos hermanos —nueva aclamación—. Ahora bien, ¿cómo es posible que nos echemos a pelear a muerte

contra gente, contra hermanos que bien sabemos que podrían estar de nuestro lado? ¡Y cómo en el momento en que nuestro mayor enemigo, recién expulsado, con la ayuda del mundo capitalista invade nuestra tierra y nos agrede a muerte de nuevo! —volvió a girar sobre sí, ahora con los brazos en alto—. No, camaradas y campesinos. No vamos a turbar sus espíritus, a confundir sus mentes con una acción que nos llevará tanto tiempo tratar de explicarles y hacerla entender, que en esto solamente ya está la prueba de su impracticabilidad. Antes preferiría cortarme las manos que obrar en ese sentido —extendió sus manos anchas y pesadas, rudas y encallecidas, como ofrendándolas. Vítores y aclamaciones se alzaron como un trueno. La suerte de la convocatoria se veía, pareció sellada—. ¡Venzamos a los blancos! ¡Ese es el lenguaje que esas masas comprenderán!

—¡Esto es! ¡Verdad! ¡Eso es! —se alzó una vez más, el tumulto.

Zimatchenko aguardó a que se acallasen las voces. Luego dijo, con emoción manifiesta.

—¡Este pueblo se niega a agredir a sus hermanos!

Un clamor estremecedor subrayó sus palabras. Se extendió por minutos en un intento de la mayoría de proclamarla por aclamación. Pero muy claro resultó observar que un sector nada despreciable no se sumaba al vocerío y permanecía en actitud de contenida espera. Zimatchenko, sopesando las tendencias, entrevió la oportunidad propicia para abordar la segunda gran cuestión en discusión: la de la alianza con el ejército rojo.

—Todavía, camaradas —prosiguió— nos queda un asunto tan espinoso, si lo hay, por resolver...

—¡Quién dice que el primer asunto esté resuelto! ¿No aguardan otras voces para dar su opinión?

Esta advertencia saliendo al paso, pareció una señal para que se desataran gritos hostiles, silbatina y un intenso golpeteo de sables en los carromatos. El sector adverso, ahora sí estallaba haciéndose oír. La baraúnda amenazó desbordarse. La caldera insurgente, acumulando vapores durante todo este tiempo de agria diatriba en que a veces exacervados los ánimos, pareciendo más enemigos separados por profundas diferencias que camaradas que se venían jugando la vida uno con uno, descargaba su presión y amenazaba trastocarlo todo.

—Yo sé —intentó continuar—, yo sé —repitió tratando de imponerse sobre el desorden—, yo sé —insistió, mas se vio obligado a renunciar.

La agresión verbal de esos bandos opuestos advertía con inquietud creciente que la asamblea en cualquier instante, a la menor incidencia proclive —y bordeándola peligrosamente se hallaban—,

podía tomar un rumbo imprevisto, contrario a la finalidad de encontrar una solución y atenerse a ella. Las viejas diferencias posicionales nunca allanadas, incluso alimentadas, porque justamente, una de las características más encomiadas por ellos era la de permitirse cada cual la formulación de sus propios puntos de vista, el planteamiento permanente de sus disidencias, ahora acumuladas, cavadas en el sentir y el pensar parecían hacer inconciliable la posibilidad de mancomunarse.

Pedro Archinoff se encaramó encima de la *tatchanka* desde la que exponía Zimatchenko. Su aparición un tanto intempestiva e inusual, daba la medida de lo que estaba aconteciendo. Su presencia llamó la atención y por sí misma reconvino a recobrar la calma. Pareció como si fuese a decir algo, pero viendo la situación aparentemente encauzada prefirió, previa consulta con el orador, dejar que éste prosiguiera y se retiró. Zimatchenko de inmediato lució de nuevo dueño del sitio que ocupaba. Sintió la atención de todos convirgiendo hacia él. En el grupo de los que formaban el estado mayor se preguntaban qué iría a decir que no provocase otro enfrentamiento.

—Como dijera el camarada Archinoff —comenzó diciendo Zimatchenko despertando la hilaridad general y descargando un tanto la tensión—, no soy yo, ni las brigadas del E.R.C. que represento —prosiguió de lleno en la cuestión—, quienes planteamos este asunto de la alianza, que sí nos repugna, pero que ahí está... —se mantuvo en suspenso unos segundos, como a la espera de alguna reacción y al no haberla aventuró del todo su argumento—. Como se ven las cosas en la región ocupada por los blancos y por cuanto nosotros no estamos en condiciones de oponer, dado que en todas partes y exigiéndonos al máximo, no hacemos más que replegarnos y pronto, eso es lo que dice nuestro estado mayor, enfrentaremos la necesidad de tener que abandonar por completo la región, se nos impone reforzarnos, pertrecharnos, suministrarnos munición y armamento. Y esto, ¿cómo? No se puede combatir con buenas intenciones. ¡Esta es la región de nuestros amores y de nuestra querencia y en ella estamos haciendo nuestra revolución! ¡Sobradas muestras hemos dado de nuestra capacidad de autogobernarnos! Hemos superado etapas difíciles y oportunamente y cada vez que fuimos abandonados a nuestra suerte, hemos sabido responder y ¡aquí estamos! Pero nunca, jamás —dijo, encimando y acallando aplausos—, hemos obrado a tontas y a locas, arrojándonos ciegamente a la contienda. Antes bien y para sorpresa, tanto de blancos como de rojos y ni qué del *hetman* y el ejército austro-alemán, hemos sabido controlar debidamente, sabiamente

nuestras acciones y ¡aquí estamos! —volvieron a percutir aplausos, esta vez más cerrados—. Y ahora esta acción sorda, rastrera y miserable ordenada por el comando rojo. Esta demencia y esta irresponsabilidad en medio de la invasión de los blancos. Cediéndoles terreno, baleándonos por la espalda y abandonándonos a nuestra suerte. Esto es cierto. Y nadie va a negarlo. Pero y he aquí toda la cuestión, ¿por qué caer en la trampa de esa provocación de los rojos? ¿Qué se proponen con eso? Sin duda esperan que reaccionemos, atacándolos. ¿Vamos a caer en esa trampa preparada para denunciarnos ante Rusia entera? —Zimatchenko había subido el tono de su discurso y se detuvo por un instante. Se apresuró temiendo que la concurrencia se desbordase—. Los comandos rojos saben que sus soldados se niegan a disparar sus armas contra nosotros. Por eso han ido en busca de letones y de mongoles. De otras lenguas y otras idiosincracias. Porque no se confían ya entre puros campesinos con idénticos problemas y las mismas inquietudes que nosotros. ¡Y la misma finalidad! ¡La revolución! ¡La Revolución, camaradas! Y ahí está; ¡esta es nuestra oportunidad! ¿Vamos a destruirla atacándolos? ¿Pudiendo ganarlos definitivamente a nuestra causa? Favorecer sus deserciones, ensanchar nuestra base y reforzar nuestro ejército, acometer contra zaristas y bolcheviques, entonces sí, si esta situación persiste.

—¡Seguramente persiste!

—¡Tú crees tener todo el tiempo, Zimatchenko!

—¡Y mientras tanto nos aniquilan!

—¡Venzamos a los blancos! ¡Esa es la acción que las masas comprenden! —gritó Zimatchenko viendo el desborde.

—¡Venzamos a los balncos! —se alzó un clamor como estampida.

—¡Unidad! ¡Unidad!

—Ya has concluído. Ahora nos toca a nosotros —dijo Yakhovsky a Zimatchenko, apenas llegado al pie del carro. Yakhovsky, un campesino maduro, oriundo de Mariupol, de gran mostacho chamuscado por el cigarro, ya trepado en el carro se quitó la gorra antes de hablar. Contempló a la multitud en medio del repentino silencio. Como en un brinco golpeó con su gorra en su pierna y exclamó:

—¡Qué gusto hallarme francamente entre hermanos! ¡Y qué asco, cuánto repugna tener trato con quien se sabe solapado y aleve! Y tanto peor si no se sabe del todo bien y todos caen o unos sí y otros no bajo tu sospecha... Y nosotros, hombro con hombro con ellos... No quisiera ofender, sé de todas las razones que pueden inducir a los camaradas a no romper las hostilidades... pero, déjenme que diga francamente lo que pienso. Retacearme me confundiría y no se me ha

concedido la palabra para que deje de decir las cosas, sino para decirlas —había en su acento un dramatismo contagioso—. ¿De qué y de dónde somos nacidos? —encaró, brincando nuevamente— ¿De padre, madre? ¿Tenemos hermanos, hijos? ¿Sabemos de una familia? ¿Cómo será posible, pregunto, convivir con sospechosos, tener cerca y no matar a los asesinos de familiares, amigos, vecinos, camaradas? ¡Criminales fríos y desalmados! ¡Criminales por toda razón! ¡Criminales de arriba y de abajo! Del comando, sí y del pueblo también... ¿Ustedes han perdido la razón? Se habla de que exterminaron a doscientos mil. ¡Doscientos mil! ¿Tienen idea de lo que son doscientos mil? ¿Saben sumar? Pues sumen comenzando por uno hasta obtener esa cifra terrible. En esos doscientos mil está la carne y la sangre de todo lo que amamos y por todo lo que luchamos. ¿Alcanzan con la vista los confines? ¡Pues hasta allí llegarían doscientos mil! —sus imágenes parecían ir metiéndose entre la piel de sus oyentes—. ¿Y piensan que podremos olvidar, pasar por encima de todo esto, estando ahí, en medio de todos ellos? ¿Somos castrados? ¿Gente sólo de pensamiento? ¿Filósofos? ¿Qué es y qué sentido tiene la ideología, nuestros principios si no van a permitirnos alzarnos contra esos verdugos asesinos para hacer justicia? ¡Ya, perentoria! —como mazazo percutían sus palabras alarmando esos corazones—. ¡Esa matanza de doscientos mil denuncia una filiación! —se elevó sobre sí, Yakhovsky—. No ha sido perpetrada por bárbaros. Ha sido perpetrada por revolucionarios que se precian de ser los más realistas y en nombre de su ciencia política. Nosotros, que abominamos de esa ciencia, si los atacamos no hacemos más que seguir fieles a nuestros ideales. Al revés de lo que para los rojos, para nosotros no todo está permitido. Lo está diciendo este debate planteado como un dilema. ¡Válganos la diferencia! Y en nombre de cuanto eso implica es que debemos obrar un hecho rotundo, lo suficientemente caliente y claro que haga la diferencia a su frío cinismo y a su tenebrosidad. Lo demás es componenda, arreglo espúreo y disolvente. Y si yo no puedo obligar a los que a pesar de estos reparos quieren mantener todavía la apariencia de una armonía vergonzosa y forzada, es mi deber prevenir que tampoco con nosotros podrán hacerlo, ni en nombre de la unidad, ni de ningún concepto subalterno. No vamos a permitir que se nos imponga ningún temperamento por mayoría. Antes, debo prevenir porque esta es la resolución ya tomada por los camaradas que represento, antes abandonamos las filas insurgentes —como una gran bestia herida, pareció estremecerse en un bufido ahogado la multitud—. ¡Antes recobramos la plena autonomía! —se empinó Yakhovsky sobre esa marejada.

La grita y el zafarrancho se generalizó. Tuvo visos de volverse confusión y disturbio. Se agredían de palabra y se amenazaban con los puños en alto esos bandos, ahora sí irrefutablemente escindidos. Imprevisibles las consecuencias. De pronto, en un sector habían rodeado a Kurilenko y lo instaban a intervenir. Poco menos que en vilo lo alzaron hasta la *tatchanka* que servía a los oradores. Martchenko, en la cercanía, amagó un movimiento. Lo contuvo Karetnik.

—¿Adónde vas?

—¡A pararlo!

—No. Deja —se opuso Simón—. Son los riesgos que debemos correr.

—¡Es que Kurilenko...!

—¿Y qué? ¿Vas a utilizar tu *Browning*...? —Karetnik lo soltó. Martchenko se quedó en su sitio. La presencia de Kurilenko fue dominando el tumulto y las voces. Desde ahí, mudo, visualizó la abierta diferencia de ambas fracciones y se le oprimió el corazón. Pareció un hombre cambiado. Y lo que dijo sorprendió a todos allí.

—Siempre he preconizado que nuestro peor enemigo —peor que blancos y capitalistas—, es el bolchevismo. Y siempre he planteado la necesidad de enfrentarlo abiertamente. Pero, alto, ¡cuidado! —y levantó el brazo.

—¡Guarda que no se vaya al demonio nuestro camarada! —profirió a un lado Belach a Stchuss y Kojin. Los dos lo observaron extrañados.

—Estoy palpando a qué conduce nuestra disidencia —prosiguió Kurilenko—. Siempre hemos sido una comunidad. Lo atestiguan nuestras controversias. Hemos sabido convivir sin encono entre ellas. Ha sido esa una de nuestras más encomiables virtudes: no salirnos del diálogo. Pero ahora, qué diferencia. Se pronuncian palabras irreparables y se las respalda con actitudes incompatibles. Se rompe el diálogo, se abre un abismo. ¡Y con el enemigo al frente y en la retaguardia! ¿Es sensato? ¿No es locura? ¡Unos y otros creyéndonos dueños absolutos de la verdad! ¡Nadie que ceda! Pues siendo así, todavía nos queda la opción de votar y claro está, aceptar su resultado —se levantaron voces opuestas—. ¡Eso ha sido hasta hoy nuestra práctica invariable! —se impuso—. Agotar el debate, yo creo que lo está y en ese caso votar. ¡Y no amenazar con retiros que aquí nadie desea de nadie! ¡Eso es entrar en la práctica de Lenin! ¡Forzar, dictar, obligar! —volvió a imponerse sobre la rugiente marejada—. ¡Cuánto hace que yo mismo debiera haberme excluido y cuánto que vagaría como un paria, desesperado, alejado de la revolución! ¿Somos individualistas o

anarco-comunistas? Si pretendemos ser los fundadores de un mundo nuevo, de una sociedad diferente, ¿vamos a separarnos de ella porque no se aviene enteramente a nuestra forma de ver ciertas cosas? Pujemos sin renunciar a nuestra convicción, pero debemos aceptar la decisión mayoritaria si ha resultado imposible conciliar puntos de vista. Estamos en minoría, camaradas disidentes. ¿Estamos en condiciones de hacer la guerra por nuestra cuenta? No lo creo. Sí, en cambio, que así lo que hacemos es debilitar el ejército guerrillero, dividiéndolo. No creo que sea ese el propósito de mis camaradas. De ningún modo es el mío.

Coincidente con el final de su discurso, comenzó a llover. Como se dice: «sobre llovido, mojado». La actitud de Kurilenko, a más de dejar a todos perplejos, desarmó a los reacios y se logró sin excesos, el acuerdo. Muchos del estado mayor y del consejo se acercaron a felicitarlo. Entre ellos, Martchenko.

—Debo decirte, compañero —le dijo— que cuando te vi en la tatchanka pensé, se arma. Si Kurilenko los acaudilla seguro que se van... Gracias por conciliar.

—Quisiera apreciarlo tanto como tú pareces, Martchenko —repuso aquél con un dejo de sombra en el semblante.

—¿Qué? ¿No es eso lo que piensas? —y viendo en su rostro reflejada la duda—. ¿Y por qué lo hiciste?

Kurilenko vaciló un instante, inclinó apenas la cabeza en actitud pensativa y le contestó.

—¿Estás tú tan convencido de que debamos atacar sólo a los blancos? Esta situación obligada, ¿no tiene un sabor amargo?

—Es que no veo como, ni con qué, a los rojos. ¡Y estando diezmados como estamos! —replicó Martchenko—. Me atengo a lo posible. Ah, pero no quiero volver a la polémica, Kurilenko. Debemos vencer al enemigo blanco. Vez por vez.

—¿Vez por vez? —Basilio Kurilenko observó a ese camarada que tenía frente a sí.

—Yo no tengo otra solución —contestó Martchenko—. Disculpa, otra vez con más tiempo, quizá podamos mejor debatir... Y está lloviendo...

—¡Sí que está!

—Estoy en Sinelnikovo y cada vez hay más blancos en la región. Adiós camarada. Hasta la próxima —se besaron y se estrecharon reciamente. Ninguno de los dos sabía que jamás habría otra vez para ellos.

Cuando Kurilenko vio a Belach, pronto advirtió que la sensación de esa presencia, la tuvo desde el instante en que abandonó la *tatchanka*. Verlo y comprender esa mirada puesta en él, fue uno.

—No debió hacer eso, compañero —le dijo Belach sin preámbulo.

—Hecho está.

—Si hubiese hecho lo contrario de lo que hizo, por fin nos hubiésemos definido. Ahora, todo será lo mismo. Ha cortado la única salida honrosa. Tendremos asco y fango hasta las orejas.

—¿Tanto me equivoqué?

—Lo que no me explico es por qué lo hizo y precisamente usted. Con su actitud nos dejó sin saber qué partida tomar.

—¿También tú?

—¿Qué hacía yo alzándome, no estando usted? Su prestigio iguala al de Makhno, Kurilenko. Usted conoce el peso de su opinión.

—Las fuerzas con que contamos no dan para dividirlas, ¿no crees?

—¿Me pregunta a mí, lo que yo creo? Se lo diré: creo que ha abusado de la autoridad de su prestigio, camarada —Belach se dio la vuelta y se perdió entre la agitada turbulencia de guerrilleros.

A partir de esa mañana de julio, una fisura imperceptible a simple vista, ensombreció el sonido de la vibración entre muchos camaradas, que ya nunca volvieron a ser entre sí lo que fueron.

Tomado el acuerdo de no abrir hostilidades contra los rojos y ante el imperativo apremiante de hallarse el ejército guerrillero necesitado de reforzar sus líneas, enviaron sendas notas urgiendo ayuda, primero a Moscú, luego a Kharkov, asiento de la comandancia roja. En ninguno de los casos recibieron respuesta. Y esto, luego de dos meses de larga espera.

En ese lapso, Wrangel tomo en septiembre Pologui, Alexandrovsk y Sinelnikovo y amenazó directamente Ekaterinoslav, a la sazón ocupada por los rojos. Aunque en ningún momento Wrangel alcanzó el poderío de Denikin, su fuerza parecía mejor administrada y muy planeado su avance. Como lo demostraba la toma simultanea de esas tres ciudades, que le daban una perfecta triangulación permitiéndole el dominio completo de esa región y habilitando la circulación desahogada de sus fuerzas. Las poblaciones vivían entre la confusión y el estupor de ver a los asesinos rojos abandonar los sitios y dejarlos en manos de los blancos. Wrangel, tal como lo había determinado, con mayor juicio político que su antecesor y sacando todo el partido posible de esas horrendas matanzas provocadas por los rojos, se guardó

de alentar venganzas contra las poblaciones. De manera que su presencia, presuntamente odiada, dadas las circunstancias, recibía, si no el beneplácito, al menos sí la ausencia de hostilización ostensible.

—¡No innovar! Lo que ya hicimos volvemos a repetirlo. ¿Quién dijo que debemos ser originales? Debemos ser eficientes. ¿Que los blancos se adueñan de Ucrania? ¿Y qué? —Trotzky asistía paso a paso al desarrollo de su programación—. ¡Gastarlos, limarlos, triturarlos! ¡Todo es poco! Y si es necesario, ¡y lo es!, volver a gastarlos, limarlos y triturarlos. ¡Doy fe de que los haré renunciar a sus locuras! Ahora se los dejamos a Wrangel...

Pero no operaba él solo en ese vasto país. Volvió a ver comprometida su situación, porque repentinamente se agravó el frente polaco a visos de desastre nacional. Muy lejana, remota, impracticable, se había hecho la intención de penetrar en Varsovia. ¡Qué fiasco! ¡Qué sueños disturbados leninistas! Los polacos los habían rechazado de todos los asedios y amenazaban con volcarse de nuevo sobre Ucrania. ¡Y otra vez en la ruta de Kiev!

Por entonces, Wrangel ocupó Ekaterinoslav. La eventualidad puso a los blancos en la ruta de los polacos, que operaban más al norte...

Trotzky vaciló.

XXIV

DOS QUE BIEN SE LAMEN

Esos dos hombres discutían diversos asuntos, a cual más arduo. Vastísimos como la inmensa Rusia. En cada caso se sometían sin aparente reserva sus pensamientos más íntimos. Se respetaban en la medida en que cada cual se respaldaba en el otro. Conocían sus mutuos puntos y se sabían a enorme distancia del resto. Si bien no tanta... ¿Cuándo comienza uno a volverse frágil en el Poder? ¿Y habiendo quién desde la sombra de su despacho o de algún lugar no previsto de la misma inmensa Rusia, con su rostro vulgar y poco inteligente, adecuado para su disimulo, no cesa de trabajar y socavar los cimientos de estos dos grandes hombres? Uno de los dos —siempre hay uno, nunca dos—, aún concediendo que entre ellos no hubiera diferencia, respiraba, movía un brazo, cerraba el puño y en él se advertía esa certeza que hace de los hombres su universo. El otro, en cambio, se describía en su actitud de algún modo se explicaba. Y muy probablemente lo fuera también él, a no ser por el otro. El otro tenía tal modo de encarar los temas que resultaba imposible no comprobar que se reservaba el poder de decisión. Incluso cuando concedía a su interlocutor la prioridad o el hallazgo, que la diferencia no lo hacía esto, sino aquello: el concederlo.

—Como usted ya aprecia, camarada, no podemos seguir sosteniendo el frente polaco.

—Lo sé.

—Debemos buscar un acuerdo. Nos va a costar...

—Históricamente Polonia no puede sustraerse a la influencia de Rusia. Ceder no significa mucho. No nos asuste eso. La Historia no se mide con una vara. El tiempo está de nuestra parte.

—Pedirán...

—Se lo daremos. Cuanto más se tienten más se perderán. Más razón darán a nuestras exigencias de mañana. Que muerdan su cebo. (El *cebo* lo constituyeron 120.000 millas cuadradas y doce millones de habitantes cedidos a Polonia, a través de la línea de Kurzón que conduce al Báltico).

—Comparto su razonamiento, camarada.

—Usted comprende. Con usted puedo hablar sin reserva. La revolución es un largo camino... Hay semillas que dan su fruto tardío. Y presentes que resultan una bomba de tiempo. Lo que se lleven, mientras lo conserven, lo sentirán como una piedra atada al cuello. Vivirán velando...

—La Entente estará detrás...

—Que ellos imaginen que Polonia, Estonia, Lituania y Letonia, sean el tapón que nos mantendrá embotellados, corre por su cuenta. Ya advertirán que así han apresurado la fermentación de Rusia. La revolución, si no tiene enemigos debe creárselos. A alguien hay que culpar...

—¡Vaya que sí comprendo, camarada!

Los dos hombres se observaron regocijados al llegar a esta conclusión. No que se rieran, ni tampoco que abandonaran cierta adustez y circunspección con que se manejaban aún en la intimidad de una conferencia privada, pero sí cierta jovialidad, el acento de una oculta ironía fugaz. Se diría que entre el torbellino de nubes borrascosas, apenas si el reflejo de una rayo de sol vislumbrado, iluminando esos semblantes, descubriese los hondos lazos que los unía.

—Si damos por cancelada, por ahora, la cuestión polaca... —el otro se encogió de hombros en su asiento—. Esto nos echa directamente en la ruta de esta otra cuestión... Se trata de la invasión blanca y de la guerrilla que opera en el sur.

—¿Diría usted que las dos cosas son sólo una?

—Digo que no estaría mal si penetrasen más los blancos...

—¡Cierto!

—Tendríamos con quien cubrirnos de esa matanza... Pero la guerrilla, no sé cómo los mantiene ahí... ¿Dispararles por la espalda? Lo hacemos. ¿Más? ¿Estando justamente los polacos en la ruta de Kiev otra vez?

—¿Cree que podría complicársenos todavía?

—Deberá saber que desde hace dos meses tenemos una petición de armas de la guerrilla y una propuesta de aliarse con nosotros para combatir conjuntamente a los blancos.

—¡Lo sé!

—¡Qué quiere que diga! Esos fanáticos acaban metiendo miedo.

—¡Oh, sí! Son de cuidado. ¡Se pegan a la piel! Y pretenden ser más papistas que el Papa. Me molestan particularmente, ¿sabe, camarada? —volvieron a quedar observándose. Pasaron unos segundos y dijo, como después de tomar de nuevo aliento—: Seguramente dirán que tenemos las manos tintas en sangre. Si bien, jamás aceptaremos los cargos, es bueno que nos sepan capaces de cosas como esas —se quedó un instante más, reflexivo—. Si quiere saberlo todo, camarada, me tiene sin cuidado la imagen que podamos formar internamente. Estamos en Rusia. Aquí el pueblo sabe bien que sin expiación no hay redención. En cuanto al extranjero... ¿No están asustados los gobiernos? Nos tienen por salvajes y bárbaros... —se observaron pareciendo que fuesen a estallar en risa—. Nada harán por intervenir en nuestros propios arreglos de cuentas. En cambio sí y esto es lo que importa, el proletariado mundial dirá con nosotros que son las calumnias inventadas por el capitalismo. Sí, todas esas muertes pasan a segundo plano —se arrebujó en su asiento—. Es un prodigio la perspectiva que se alcanza desde el Poder. Admirable ha sido la sagacidad de Carlos Marx. Vislumbrar... y proponer justamente al abominable Poder como meta para transformarlo todo. Muchos camaradas han temido que cuando propuse el arreglo de Brest-Litovsk, la contradicción que implicaba ese acuerdo con el *kaiser* y los generales germanos y el imperio austro-húngaro, provocaría un descalabro dentro del partido y en la opinión general. Yo probé que pueden, tanto más que los principios, los alcances y la fuerza del Poder y el Estado. Estar sentado aquí, no es igual que estar sentado donde todos suelen —vio un reflejo extraño en la mirada del otro. Se apresuró—. ¿Le parece pueril, camarada? —el otro decidió callarse, dada la obvia ambigüedad de la pregunta... Él encendió un nuevo cigarro...

XXV

¿ACUERDO?

Resultó imperioso vencer aprensiones, escrúpulos, repugnancias. Helaba la sangre cobrar conciencia de la inminencia del arribo de esa delegación. Se presentaban del mejor ánimo, sin nada que denotase el mínimo reflejo de memoria. ¿Y a qué? Eran nuevos, otros rostros. Como si se tratase de otra gente. Un desparpajo mayúsculo; una suplantación colosal. Dejaba de una pieza. Todo se volvía corriente...

—¡Hola! ¿Qué tal? —parecía que había que comenzar diciendo.

—Nosotros bien. ¿Y ustedes?

¿Con estos términos absurdos se iniciaban las conversaciones? ¿Y si no, de qué otro modo? ¿Por qué conducto que no condujese fatalmente a todo cuanto llevaban acumulado, como carga y detonante, a través de todo ese tiempo signado de maldades y traición? Kurilenko asumió llevar hasta sus últimas consecuencias su responsabilidad en las conversaciones y encabezó la representación de la guerrilla en armas ante los rojos.

Los rojos se presentaron como acostumbraban con su fría y especulativa pedantería oficial y esto, en el apogeo de la consolidación de Wrangel y próxima al colapso la guerra con Polonia. ¡Había que ver a esos funcionarios luego de transcurridos tres meses, tratar el asunto como acabados de enterarse! Asumiendo como reciente la propuesta del E.R.C., a ella se atenían.

Pero el tiempo había modificado el cañamazo de la trama por el apremio en ambos frentes y en eso se apoyaron los insurgentes para sacar su mejor partido. En eso y en que por fin, el ejército campesino se libró de la plaga exantemática, restableció sus cuadros e incorporó, sumándole confianza a todo el movimiento, al jefe querido: Néstor

Badko Makhno. Nunca tan oportuno. Justamente cuando lo propio de la guerra de resistencia a los blancos, exigía de una mente de gran concepción estratégica y las conversaciones tácticas, ante los rojos, de una orientación señera.

De las dos exigencias, asumió el primer plano la manera de llegar al acuerdo. Esto les valió su presunción a los rojos. Y su consagración a las formas, la redacción, a lo que, publicado, resultase ambiguo, diluído. Y si en el teatro de los sucesos podrían aparecer acordando a la guerrilla sus exigencias, bastaba el recorrido que se tomaban de Kharkov a Moscú, para enfriarlas, enmendarlas, retacearlas. Y no eso solamente.

Por ejemplo, los rojos pretendieron introducir la idea de que la invasión blanca era un intento reducido sólo a Ucrania. Pero ello, además de no ser cierto dado que la invasión tenía carácter nacional, tergiversaba toda la situación, haciendo aparecer al poder central socorriendo a ese territorio, cuando en realidad acontecía todo lo contrario y era Ucrania la que socorría al Poder central. Ya veremos como este punto de vista, sostenido a ultranza por los insurgentes, les valió a Volin y Tchubenko, que habían sido apresados y trasladados a Moscú, recobrar su libertad cuando sin ello las trabas burocráticas opuestas a su excarcelación, los hubiesen dejado pudriéndose en prisión.

Otra cuestión que tenía condición *sine qua non* para los insurgentes y hacían extensiva a toda Rusia y no solamente a Ucrania, era su exigencia de libertad inmediata a todos los presos políticos anarquistas. Finalmente aceptada en la mesa de negociaciones, quedó retaceada mediante un agregado originado en Moscú que decía: «excepto para los que hubieran emprendido la lucha armada contra el gobierno soviético». Y esto, ¿qué autoridad lo determinaba? ¿Después de cuánta investigación?

También, donde se acordaba «la completa libertad para makhnovistas y anarquistas, de propagar de forma oral y escrita, publicamente sus ideas», se lo deformaba diciendo: «excepto la incitación al derrocamiento violento del poder soviético y a condición de respetar la censura militar». ¿Siendo de suyo que cualquier manifestación anarquistas es antiestatal y antigubernamental, de qué modo propagarla? ¿Y hasta dónde no alcanzaba la *censura militar*?

En cambio, aceptaron de hecho «la libre participación en las elecciones de los *soviets* y derecho a ser electos, para makhnovistas y anarquistas y libre participación en la organización del quinto Congreso panucraniano de los *soviets*, en diciembre próximo». Estando

en septiembre, para entonces los bolcheviques contaban con haber resuelto el problema que significaba Wrangel y por ende no hicieron enmiendas a una solicitud que ellos sabían que no habría jamás de concretarse. Su propio calendario adelantado se expresaba por sí mismo...

Una cláusula, la cuarta, la dejaron en suspenso. Disponía que «... en la región donde opere el ejército makhnovista la población obrera y campesina creará sus instituciones libres por la autodeterminación económica y política; sus instituciones serán autónomas y vinculadas federativamente, mediante pactos con los organismos gubernamentales de las repúblicas soviéticas». Los insurrectos pretendían reservarse esos derechos en dos o tres departamentos de Ucrania, para llevar a cabo su experiencia social de libre acuerdo.

Así como la incidencia política de todo esto, ¿imagina el lector lo que habría de resultar a los rojos, que poseían las armas y las municiones y venían a imponer sus condiciones, encontrarse con estos individuos nada dóciles, irreductibles en su convicción y su programa? ¡Ni hablar de Kurilenko, que ofició de comisionado, sabiendo tanto como ellos mismos, que necesitaban los rojos de esa alianza, tironeando, raqueteando, pegando en el ojo, pidiendo, reclamando, defendiendo a ultranza el ideal, como sus vidas en el campo de batalla! Y a los otros, los rojos, forzados a tratar con estos energúmenos que jamás se fatigaban de exigir... ¡La comedia de la vida elaborando la dolorosa historia!

Transcribimos el acuerdo militar:

«1. El ejército makhnovista formará en las fuerzas armadas de la república como ejército de guerrilleros, subordinado, en cuanto a las operaciones, al mando supremo del ejército rojo. Conservará su estructura interna, sin obligación de adoptar las bases y los principios de organización del ejército regular.

»2. Al pasar por territorio soviético, hallarse en el frente, o atravesarlo, el ejército makhnovista no aceptará en sus filas destacamentos o desertores rojos.

»3. A fin de aniquilar al enemigo común, el ejército insurrecto revolucionario de Ucrania informará a las masas trabajadoras que lo apoyan, sobre el acuerdo concertado y recomendará a toda la población a cesar toda acción hostil contra el Poder de los soviets; por su parte, el gobierno de los soviets hará inmediatamente públicas las cláusulas del acuerdo.»

Más que la letra, era necesario un espíritu inexistente. ¿Habrían de tolerar los comunistas esa autarquía anárquica? Véase: alegando pretextos de especificación de cargos, por ejemplo, convirtieron en nue-

Badko Makhno. Nunca tan oportuno. Justamente cuando lo propio de la guerra de resistencia a los blancos, exigía de una mente de gran concepción estratégica y las conversaciones tácticas, ante los rojos, de una orientación señera.

De las dos exigencias, asumió el primer plano la manera de llegar al acuerdo. Esto les valió su presunción a los rojos. Y su consagración a las formas, la redacción, a lo que, publicado, resultase ambiguo, diluído. Y si en el teatro de los sucesos podrían aparecer acordando a la guerrilla sus exigencias, bastaba el recorrido que se tomaban de Kharkov a Moscú, para enfriarlas, enmendarlas, retacearlas. Y no eso solamente.

Por ejemplo, los rojos pretendieron introducir la idea de que la invasión blanca era un intento reducido sólo a Ucrania. Pero ello, además de no ser cierto dado que la invasión tenía carácter nacional, tergiversaba toda la situación, haciendo aparecer al poder central socorriendo a ese territorio, cuando en realidad acontecía todo lo contrario y era Ucrania la que socorría al Poder central. Ya veremos como este punto de vista, sostenido a ultranza por los insurgentes, les valió a Volin y Tchubenko, que habían sido apresados y trasladados a Moscú, recobrar su libertad cuando sin ello las trabas burocráticas opuestas a su excarcelación, los hubiesen dejado pudriéndose en prisión.

Otra cuestión que tenía condición *sine qua non* para los insurgentes y hacían extensiva a toda Rusia y no solamente a Ucrania, era su exigencia de libertad inmediata a todos los presos políticos anarquistas. Finalmente aceptada en la mesa de negociaciones, quedó retaceada mediante un agregado originado en Moscú que decía: «excepto para los que hubieran emprendido la lucha armada contra el gobierno soviético». Y esto, ¿qué autoridad lo determinaba? ¿Después de cuánta investigación?

También, donde se acordaba «la completa libertad para makhnovistas y anarquistas, de propagar de forma oral y escrita, publicamente sus ideas», se lo deformaba diciendo: «excepto la incitación al derrocamiento violento del poder soviético y a condición de respetar la censura militar». ¿Siendo de suyo que cualquier manifestación anarquistas es antiestatal y antigubernamental, de qué modo propagarla? ¿Y hasta dónde no alcanzaba la *censura militar*?

En cambio, aceptaron de hecho «la libre participación en las elecciones de los *soviets* y derecho a ser electos, para makhnovistas y anarquistas y libre participación en la organización del quinto Congreso panucraniano de los *soviets*, en diciembre próximo». Estando

en septiembre, para entonces los bolcheviques contaban con haber resuelto el problema que significaba Wrangel y por ende no hicieron enmiendas a una solicitud que ellos sabían que no habría jamás de concretarse. Su propio calendario adelantado se expresaba por sí mismo...

Una cláusula, la cuarta, la dejaron en suspenso. Disponía que «... en la región donde opere el ejército makhnovista la población obrera y campesina creará sus instituciones libres por la autodeterminación económica y política; sus instituciones serán autónomas y vinculadas federativamente, mediante pactos con los organismos gubernamentales de las repúblicas soviéticas». Los insurrectos pretendían reservarse esos derechos en dos o tres departamentos de Ucrania, para llevar a cabo su experiencia social de libre acuerdo.

Así como la incidencia política de todo esto, ¿imagina el lector lo que habría de resultar a los rojos, que poseían las armas y las municiones y venían a imponer sus condiciones, encontrarse con estos individuos nada dóciles, irreductibles en su convicción y su programa? ¡Ni hablar de Kurilenko, que ofició de comisionado, sabiendo tanto como ellos mismos, que necesitaban los rojos de esa alianza, tironeando, raqueteando, pegando en el ojo, pidiendo, reclamando, defendiendo a ultranza el ideal, como sus vidas en el campo de batalla! Y a los otros, los rojos, forzados a tratar con estos energúmenos que jamás se fatigaban de exigir... ¡La comedia de la vida elaborando la dolorosa historia!

Transcribimos el acuerdo militar:

«1. El ejército makhnovista formará en las fuerzas armadas de la república como ejército de guerrilleros, subordinado, en cuanto a las operaciones, al mando supremo del ejército rojo. Conservará su estructura interna, sin obligación de adoptar las bases y los principios de organización del ejército regular.

»2. Al pasar por territorio soviético, hallarse en el frente, o atravesarlo, el ejército makhnovista no aceptará en sus filas destacamentos o desertores rojos.

»3. A fin de aniquilar al enemigo común, el ejército insurrecto revolucionario de Ucrania informará a las masas trabajadoras que lo apoyan, sobre el acuerdo concertado y recomendará a toda la población a cesar toda acción hostil contra el Poder de los soviets; por su parte, el gobierno de los soviets hará inmediatamente públicas las cláusulas del acuerdo.»

Más que la letra, era necesario un espíritu inexistente. ¿Habrían de tolerar los comunistas esa autarquía anárquica? Véase: alegando pretextos de especificación de cargos, por ejemplo, convirtieron en nue-

vos procesos y en interminable papeleo las solicitudes de libertad de los presos políticos. Así mismo, ya firmado el acuerdo, eludieron indefinidamente su publicación. Resultaba evidente que les costaba reconocer que trataban a un mismo nivel con fuerzas a las que se habían empeñado en destruir y calumniar y con las que ahora se aliaban para una lucha común.

En contraste y hasta donde alcanzaron los makhnovistas a hacer cumplir, destacamos el desmentido público, efectuado en su edición del 20 de octubre en *El Proletario*, de Kharkov, con el título «Makhno y Wrangel», diciendo que por efecto de «información deficiente» se había incurrido en el error de atribuir que alguna vez estuviesen aliados blancos y makhnovistas. Mas, ¿en cuanta prensa de Rusia se había publicado ese infundio? También lograron que se hiciese público el pacto firmado, mas jamás que lo fuese en su totalidad y sólo por separado: por un lado el político y por otro el militar, de manera que al no estar unidos, el conjunto parecía confuso y la población se preguntaba cual era el verdadero sentido de la alianza. De su lectura resultaba que, con ciertas reservas, el ejército makhnovista se incorporaba al ejército rojo. ¿Pero a título de qué?, esta pregunta nunca obtuvo esclarecimiento por parte de los rojos.

A los makhnovistas que ya estaban en lucha franca con Wrangel, no les alcanzó el tiempo para esos detalles... Reabastecidos, ¡a la carga!

XXVI

EL CANTO DEL CISNE

El barón Wrangel se hincó por fin en la oscuridad apenas iluminada del pequeño altar en que había estado rezando y meditando y dando un paso atrás, pronto quedó como de piedra o de cera, tal su palidez y el peso ciego de sus párpados caídos, en el centro de esa capillita enclavada en un claro del bosque, seguramente lugar de recogimiento del antiguo propietario del predio y la mansión cercana, hoy abandonada...

Wrangel no estaba solo allí. Urievsky, un pope fervoroso adscrito a su campaña y espiritualmente muy cercano a él, de rodillas, arrugado en un rincón, mascullaba sus preses, mas estando todo él, así se lo sentía, atento y pendiendo de cuanto hiciese o dijese el barón. Luego de un largo rato, Wrangel, como descubriendo las pautas de un discurso interior hacía tiempo iniciado, habló en volz alta.

—¿Y entonces —dijo— qué sigo haciendo en este mundo? ¿Sigo siendo un noble ruso, un general del imperio del zar? Siéndolo, ¿cómo pudo ser que simples y míseros *mujiks* fuesen capaces de hacerme entrar en su trama? ¿Es que ciertamente el mundo cambia sus bases?

—¿De qué habla usted, barón Wrangel? —desde su sombra se alarmó Urievsky. El barón torció apenas la cabeza hacia él. Lo vio de pie y bastante agitado.

—¿Qué? ¿No les disparan por la espalda? ¿No fueron muertos sus muchos muertos en aldeas y ciudades? ¿No lo vi yo? ¡Con mis ojos! ¿Puede un odio más feroz que *ese* cometer tales crímenes? ¡A ese odio aposté yo! ¡Esas eran mis cartas de triunfo! ¡Y se han aliado! ¡Se han aliado! —profirió como si se desgarrase. Pasaron unos minutos en el más completo silencio e inmovilidad. Pero sus actitudes eran di-

ferentes. Mientras Urievsky no le quitaba al barón los ojos de encima, éste, la barbilla sobre la soldadera, aparecía sumido en sí mismo, con aparente olvido del tiempo y lugar. Hasta que salió de su atonía—. ¿Sabe usted, padre Urievsky? —le dijo en un tono que quiso ser como un encogimiento de hombros y resultó más amargo—, esto ya no tiene remedio.

—¡No se precipite, excelencia! —casi gritó, alertando, el pope.

—No lo hago. Es una conclusión... —dijo el barón extrayendo su pitillera de uno de los bolsillos. La abrió, tomó un cigarrillo que acentó previamente con dos o tres toques sobre la tapa y se adelantó, cogiendo el velón que iluminaba a un icono, para encenderlo. Temblando, la llama tornó en movimiento el interior del recinto. Urievsky pudo advertir que un ligero sudor frío empañaba la frente del barón. Éste volvió la vela a su sitio. Dijo todavía, luego de fumar y expeler el humo—. Si alguien me hubiese prevenido que esto hubiera de ocurrir, lo hubiese desoído como se desoye a un demente. Sólo que ya, sabiendo... —se detuvo dubitativo.

—Sabiendo qué... —apuró Urievsky.

—No se puede pelear sin esperanza, sabiendo cierta la derrota, cerrados los caminos que aparecían francos... ¡No se puede hacer la guerra sin un mínimo de fe en el triunfo! ¡Y yo no sé de nada que valga tanto como para un holocausto! Un soldado debe saber por qué muere. Esta alianza de *mujiks* nos lo acaba de arrebatar.

—¡Cómo puede usted decir tanto, excelencia! —el pope, como desatado repentinamente, agitaba los brazos y se movilizaba en torno—. ¡Si usted ya tuvo su propio desmentido! ¿De dónde saca su autoridad para adelantar acontecimientos que siendo tan imprevisibles y habiéndolo tomado por sorpresa le dan tal certeza de derrota?

—¿De dónde? De la valoración de los hechos. Esas dos fuerzas de *mujiks*, ¡aliadas en vez de enfrentadas!, son mucho más, mucho más que las mías. Mis soldados irán a un seguro matadero. ¡Por nada!

—Por nada, no. Por sus creencias. Y por sus valores.

—No estoy hablando de ellos, sino de mí. ¡Soy yo el que no cree!

—¿Por qué quitarles el último consuelo? ¿Qué derecho tiene usted? ¿Qué razón para informar a la cosacada de la situación? ¿Acaso algún general, en la guerra, a dado nunca todas sus razones? Los cosacos vinieron a matar y a morir por sus credos. ¿Está eso acaso desmentido? Triunfo o derrota son consecuencias fortuitas.

—Triunfo o derrota, no. Solamente derrota. ¡Ya sabemos la verdad! Yo la sé...

—¡Nadie más debe saber! ¡Deje morir a sus hombres por una causa trascendente!

—¿Es que pretende que me lo oculte a mí mismo, padre Urievsky?

—¡No sea despiadado, barón!

—¿Qué me está diciendo? —Wrangel levantó su brazo como para azotarlo. Urievsky no se amedrentó. Antes al contrario, imperterrito pareció ofreciéndole el rostro.

—Usted levanta su orgullo por encima de su causa —le dijo mirándolo a los ojos.

—Una causa perdida —contestó el barón sosteniéndole la mirada.

—¡No esté tan seguro! ¡Con usted se afirma, barón Wrangel!

—¿No quiere entender? ¡No soy un carnicero! ¡Basta! —y viendo al pope, todavía como retándolo—. ¡Lo dicho! —Urievsky calló, pero no rehusó la mirada, si severa en el barón, irreductible en la suya. Luego de unos instantes Wrangel tomó asiento en el primero de los bancos de los tres que cubrían al servicio de la capilla y allí, nuevamente ensimismado, dejó apagar el cigarrillo entre sus labios. Transcurrió algún tiempo.

—Si me permitiese usted, barón... —con humildad retomó el pope. Con voz velada de emoción y los puños apretados sobre el crucifijo que, pendiéndole del cuello y más abajo que su barba le llegaba a la cintura, dijo—: Hay un punto, excelencia, si no se ofende usted... que me parece preciso develar... Si quedase en la oscuridad... nada del todo de lo que nos aqueja habríamos comprendido. Esto es grave. Eso, perdone su excelencia la consideración del caso, reabre una idea que usted tocó, pero apenas si rozó... Cuando comenzó a preguntarse cómo era posible que estas dos fuerzas de *mujiks* que tanto se odian entre sí, se hubiesen unido para combatirnos y estando tan fresca que casi se puede aún palpar la sangre de esas matanzas... A ello, es necesario responder que el odio así exacerbado entre hermanos es tan viejo como el mundo y allí están, corroborando, Caín y Abel. Pero estos hermanos, he aquí toda la cuestión, tienen un odio mayor y anterior a sí mismos, un odio ancestral al Ser Omnipotente que les dio la vida, al Padre Eterno, a la autoridad, a la obediencia, a la Ortodoxia y al Zar y por ende a nosotros que esto representamos. ¡Esto los ha unido! ¡Es su clamor por siglos de esclavización, miseria y cadenas! Nosotros, barón, y para nosotros quiero destacar que no hay derrota aunque fuésemos derrotados, somos los representantes, los cruzados, los que hoy y aquí, en Rusia, damos testimonio de esa Eternidad. Por favor, barón, se lo ruego, no me observe como si yo estuviese introduciendo un tema de meditación, no más! Esto es ac-

ción. ¡La máxima! Le estoy hablando de lo que la modernidad denomina *Dios y el Estado*. Lo que nosotros representamos. ¡La salvación del ordenamiento frente al caos! ¡Así se salva la humanidad! Esto no muere jamás. Por ello estamos vigentes y por ello vale morir. No estamos dirimiendo una ganancia. Se trata de un valor mucho más alto, excelencia. ¡Usted ni nada puede ponerse por encima de eso, barón! Si su derrota: su derrota es su triunfo. ¡Gloria a sus cosacos! ¡Su sangre es su ventura!

—¡Si están ciegos!

—¡Verán el cielo!

Wrangel configuraba una expresión típica del ascetismo y la severidad en que parecieron refugiarse y ensombrecerse los últimos exponentes, si otrora orgullosos, humillados ahora, de un mundo cambiante, que ya no era el suyo y había escapado de sus manos. Era como si repentinamente los hubiese abandonado la fuerza y consintiesen su final inexorable. La diferencia entre el pasado y el presente lo daba el que ya no sentían el brazo omnipotente que les transfería certeza y fe. Y en el caso de Wrangel, ahora no era más que una marioneta herida obligándose a un destino... Destino veleidoso que no representaría ya más el zar y cuya temporalidad estaba en manos de potencias extrañas y hombres que no eran rusos con los que había que negociarlo todo por el precio de los suministros de guerra. Cuando la revolución y la caída del zar arrastraron consigo todo lo que tenía significado para él, sintió los signos premonitorios de un deterioro que si pareció restañando al hacerse cargo del ejército blanco, reapareció como una vieja lesión orgánica mal curada, en el momento en que comprobó que los rojos y la guerrilla se aliaban. Hijo de esos tiempos de escombros y derrumbes artificiosamente resguardado, se deshacía ahora. El padre Urievsky había ahondado su conflicto y con ese espíritu encaraba lo que le restaba de su lucha.

XXVII

COLAPSO DE WRANGEL

Las avanzadas de reconocimiento makhnovistas detectaron esa movilización de los blancos y alertaron a su comando. Trasladada al mapa la situación y dirección de ese ejército, de inmediato se le reveló a Makhno su intención.

—Intentan cambiar de hormiguero... —determinó.

—Tienen su prisa... —acotó, Belach.

—No me libré del tifus para continuar cruzado de brazos —dijo Makhno luego de escudriñado en el mapa el derrotero de Wrangel—. Tenemos algo bueno para hacer, comandantes —con la culata de su revolver trazó en tierra el triángulo de las ciudades en que se afirmaba Wrangel. Luego lo fraccionó en distintos puntos—. Este es el plan —dijo—. ¿No es simple? —sus comandantes se enfrascaron en la contemplación de ese diagrama. Alguien preguntó.

—¿Y qué con el tratado con los bolcheviques que no se acaba de concretar?

—Los rojos *miran* el mapa de Ucrania. Nosotros *somos* Ucrania. Ellos se darían también prisa si tuviesen a los blancos en Moscú; para nosotros *ya* es ese día.

Se trataba de que Wrangel abandonaba sus concentraciones en Berdiansk, Pologui y Alexandrovsk, con la intención de alcanzar Sinelnikovo y más tarde Ekaterinoslav, en la ruta habitual hacia Kiev... y quizá a Moscú... Y ello, en el mismo corazón del territorio makhnovista.

Doscientos cincuenta kilómetros vistos en un mapa no daban ni la remota idea de lo que en realidad representaban. En la realidad, cada kilómetro poseía sus características, protuberancias, follajes, hondonadas, torrenteras, bosques... Eso formaba parte del folklore

makhnovista y pasaba por sus venas... Ese fue su respaldo, aprovechado al máximo por su concepción de la lucha que encarnaban.

Las fuerzas de Wrangel, en su migración desde esas tres ciudades hacia sus nuevos objetivos, no avistaron partidas de guerrilleros en las tres primeras jornadas. Señal, al menos es lo que dedujeron, de que su movimiento conjunto o no había sido justipreciado o que siéndolo, su magnitud, Wrangel empleaba la totalidad de sus efectivos, unos 16.000 hombres, superaba la fuerza de su oponente. Pero a partir del cuarto día, a medio camino de sus objetivos, imprevistamente, las avanzadas blancas avistaron concentraciones a ambos lados de todas sus líneas. Todo lo que precipitadamente intentaron Wrangel y sus generales resultó vano y tardío. Envuelto en ese acecho desde su salida, pagaba tributo al desconocimiento del terreno que hollaba y a la baquía de quienes lo asediaban. Makhno dispuso de todas sus fuerzas, equivalentes en número a la que disponían los blancos. Una vez más, su rápida concepción, el aprovechamiento de las ventajas que le ofrecía en cada sitio el paraje, sumado al valor y el fervor guerrillero (en la suya), los echó sobre el dispositivo enemigo, cortándolo en varios sectores y copándolo en alguna región. Entre el 15 y el 20 de octubre, el ejército makhnovista operó su acción rápida y sincronizadamente. Entre Pologui y la ciudad de Orekov, una fuerza de 4.000 hombres al mando del general Drozdoff, que fortuitamente salvó su vida escapando disfrazado en un carromato, fue batida y se rindió (ese momento aprovechó Makhno para exigir por telegrama, a la autoridad bolchevique, la inmediata libertad de su ayudante Tchubenko y la de Volin, detenido desde diciembre de 1919).

La rapidez de concepción de Makhno y lo fulmíneo y contundente de su ataque más el prodigio de emerger, emboscar, aparecer y desaparecer, batir áreas y distancias increíbles con sus *tatchankas*, los «carros de fuego», como las llamaban los cosacos doblegados ante ellas, fueron las causas principales que produjeron el completo descalabro del ejército blanco. Al constatar que sus corredores comunicantes habían sido copados, cortándoles su apoyo, Wrangel comprendió que las tres ciudades ocupadas con la finalidad de sostenerse la una en la otra, se habían transformado en sus propias trampas mortales.

En una decena de días todo ese formal sistema estratégico se deshizo con estrépito de derrota, dándose a la fuga por una ruta ya prevista hacia el itsmo de Perekov, en la garganta de Crimea. Makhno no puso mayor empeño en perseguir a esa tropa diezmada. Su misión esencial había alcanzado pleno éxito: despejar la tierra de asentamiento makhnovista del enemigo. Otra vez quedaba revalorado e in-

vicio el ejército insurgente, devuelto a su fama y a su peso en el desarrollo de los acontecimientos en su región. Mas ahora, con este agregado.

—Si los rojos no quieren perder Crimea —dijo Makhno en reunión con su estado mayor—, ahora sí tendrán que involucrarse sin más remedio y combatir contra los blancos. Wrangel, lo doy por seguro, se hará fuerte allí. El estrecho de Perekop, de características ideales por sus escarpados para una defensa del paso, tanto por mar como por tierra, es nuestro deseo de presente griego para los rojos. ¡Les servirá de purgal

Cirtamente, Wrangel se asió a Perekop... Lo que Makhno no pareció preveer entonces, fue lo que les iba a sus fuerzas en eso.

En la cúspide roja, si amargo resultó el tratado negociado con Polonia, el triunfo makhnovista supo a hiel. Los contumaces aparecían en su apogeo. Su autonomía y el éxito inveterado e invicto de su acción, eran la causa. Pudiendo placerle a los rojos el triunfo sobre los blancos, los amargaba tanto más la desobediencia, la arrogancia y el desparpajo de los vencedores. Sus triunfos, acrecentando su prestigio, desmerecía,enjuiciando el de ellos. Nadie se llamaba a engaño. Ambos enconos se soportaban a sólo tipo de poner en práctica su cartilla: la del libre acuerdo y la autodeterminación de los pueblos; la de la férrea organizaación socialista programada desde el Estado.

Fortalecidos los blancos en su refugio escarpado de Perekop, Trotzky pronto vislumbró la ocasión por tanto tiempo acechada de suprimir de un golpe a blancos y makhnovistas. El itsmo habría de convertirse en el sepulcro blanqueado de ambos. El aislado paraje más los intereses que allí se conjugaban pareció el lugar ideal para atraer a una celada y convertirlo en trampa decisiva de insurgentes. En su artería, seguro de ganar de este modo la confianza de quienes premeditaban su perdición, ordenó la libertad de Tchubenko y Volin, firmó los tratados pendientes y dispuso que se pusiese sitio conjunto a Perekov. Al cazador le preocupaba tanto como tomar la plaza, atraer fuera de Ucrania al ejército insurreccional. Los insurgentes, aunque recelando abandonar su región, aceptaron, resultándoles una deserción no intervenir en la destrucción completa del ejército blanco.

Wrangel, dominando las alturas escarpadas del peñón había logrado una posición presunta y técnicamente inexpugnable, al menos eso consignado en los libros de pericia militar de la época y a ello se atuvo. Pertrechados sus cosacos tras cada saliente favorable en las rocas, convirtió el escarpado en fortaleza. Su milicia, cobrando renovado brío con la alternativa, aguardaba una vez más su revancha desde

esa preeminencia. Wrangel no tardó en ver justificada su previsión. Días después pudo contemplar el arribo de las primeras fuerzas conjuntas y su progresiva concentración, lejos del alcance de su artillería. Pero sabía que no habría de aguardar mucho y que antes o después, los de ahí abajo intentarían la escalada y eso aguardaba con impaciencia. En tanto, como alertando, de arriba y de abajo algún cañón disparaba su andanada.

En pleno rigor de heladas, la nieve cubría el itsmo y el estrecho de Sivach, lindero a Perekop, estaba congelado. Si parecía hacer viable el paso, no era cuestión de engañarse mientras subsistiesen las condiciones expuestas. Mientras los blancos dominasen las alturas, no ya solamente ese corredor, toda Crimea quedaba resguardada, inmersa en el mar Negro, sirviendo sus puertos de base de sustentación del ejército blanco y sus playas como campos de adiestramiento de reclutamientos forzados. Rojos y guerrilleros meditaban en común su propósito. No, no era gratuita la fama inexpugnable de esa mole. Todo intento de escalamiento, desechado; resultaba un suicidio. Los blancos extendían su defensa a todo lo largo del estrecho, hirsuto y afilado, atemperado en su topografía casi al final... Perekop quedaba así convertido en un roquedal de acero y piedra invulnerable y con una tremenda, incontenible capacidad de arrojar fuego ventajosamente. ¡Quién que se atreviese bajo la cortina de artillería y metralla de los blancos! Una cosa sí resultaba cierta: de intentarse, habría de costar muchísimas vidas. Y al precio de un resultado muy incierto.

A los insurgentes, desde el momento mismo en que firmaron el tratado con los rojos, se les plantearon varios dilemas, a cual más insoluble, siempre de doble filo y cuyas fatales consecuencias debieron asumir por anticipado. Condiciones y circunstancias que no en todos los casos fueron explícitos de los bolcheviques, sino que estaban implícitas desde el momentio del simple acto de acercamiento oficial con los rojos.

La primera de ellas, muy grave, fue la obligación de precaverse y mantener alejado a Badko del foco de los sucesos conjuntos, por temor a que fuese emboscado y los rojos atentasen contra su vida.

El segundo, el saber, por la experiencia pasada cuando ocasionalmente enfrentaron conjuntamente a Denikin, que las misiones de mayor peligro les serían encarecidas a ellos.

De la primera, Makhno tuvo ocasión de quejarse amargamente a sus camaradas.

—No quiero discutir suspicacias..., yo mismo puedo convenir en ellas. Se trata de algo... más bien personal... A todas vistas, bajo

otras circunstancias, nadie me discutiría el mando en Perekop. Ahora, aquí se da que la justa prevención nos obliga a argüir tales reparos. ¡Pero, si habrá que estar ahí, cualquiera! ¿Qué del camarada que asuma mi lugar? ¿No queda ese camarada tan expuesto, tal que si fuese yo? ¿Y si ese camarada aún no designado asume el mando, no está significando que es tan capaz como yo? Y no, no por celo... No en ese sentido... Yo mismo creo que aquí hay más de uno tan bueno como yo... —su expresión movió a risa—. Pero, no es eso... No, no es eso... —buscó sus palabras—. Esto significa, que soy sustituible, como cualquiera... Y siendo así, ¿qué se quiere resguardar, mi nombre, nada más que mi persona? ¿Y aceptar que otro ocupe mi puesto? ¡Y esto casi sin consulta! ¿Es qué habré de ser el menos libre de todos los libres? ¿Tiene derecho el movimiento de crear un conflicto de tal naturaleza a un hombre? ¡Oh, demonio! ¿Para quién estoy hablando? ¡Si ya leo que me están negando ese derecho!

Con Karetnik que resultó su sustituto y Martchenko que se hizo cargo del segundo ejército, se despidió en privado.

—¡Hermanos! ¡Qué decir que no sepan! ¡Cuídense!

—¡Lo haremos! —casi al unísono replicaron ambos.

—Y tú sabes... No seré menos... —con una pizca de ironía deslizó Karetnik, dándole con el codo a Martchenko.

—¡Ni hablar! Serás más... Tendrán los ojos de todos nosotros puestos en ustedes...

—Badko —dijo de pronto Simón—, no cambiaría esto que hago por nada del mundo —los dos amigos se observaron. Miope quedó Karetnik. Se inclinó hasta Makhno y se besaron—. ¡Qué hubiese sido mi vida si no hubieses estado tú por aquí, Badko!

—¡Si eso mismo me digo por mí pensando en todos ustedes! —Martchenko abrió los brazos y en ellos se metieron Badko y Simón. Makhno retuvo por un momento a sus amigos y les dijo—: Me queda un remordimiento... Debí haber tratado de acabar con los blancos en vez de especular con ellos...

—No se puede saber todo... —tranquilizó Karetnik.

—A veces nos pasamos de listos —replicó Makhno.

En el lugar de los hechos, el comando rojo en mayoría, asumió la estrategia. En la medianoche de una jornada brumosa de noviembre ordenó flanquear el estrecho de Sivach, a la sazón, ya dijimos, helado, al ejército de 1.500 hombres que comandaba Martchenko, llevando de ayudante a Taranovsky, Tchumak y Kojin. Los rojos que-

daban al frente de Perekop a la espera del resultado de esa acción para atacar oportunamente. Lo propio ocurría con las fuerzas de Karetnik, que quedaban de reserva, atentas al desenvolvimiento de la operación y prontas para intervenir en caso de ser necesario. Todo dependía pues, del éxito de Martchenko. Se trataba de colocar una fuerza por detrás, para iniciar por ahí, en esa zona menos abrupta, la escalada y el asalto a esa fortaleza. Si descabellado y poco probable de ningún modo, eso aparecía como la tentativa con más oportunidades... ¿Es que había otra?

—¿Compartes esta estrategia? —le preguntó Martchenko a Taranovsky sobre la marcha y cuando todo estaba decidido.

—Ellos saben que hacemos posible lo imposible —fue su respuesta.

—Tendrás que correr.

—Correré.

—Y no detenerte.

—No me detendré.

—Así te barran.

—No hables como si tú no fueses a participar. Lo que hagas tú, haré yo.

Al amparo de la bruma se fueron movilizando sin estruendo mayor, como transportados en una nube de algodón... Arriba, en el escaparate del escarpado, los allí apostados percibieron un sordo rumor, como de trueno lejano y vecina tormenta y todo el mundo quedó en alerta... De impronta, con el capricho propio del fenómeno atmosférico se despejó la bruma apareciendo la luna y al descubierto esa fuerza. No quedó más que echar la caballada y las *tatchankas* hacia adelante y correr sobre el estrecho helado. Si como estampida percutieron sobre la superficie los cascos de las bestias, las explosiones de obuses arrojando lejos, despedazados, hombres y bestias y abriendo boquerones enormes y siniestros por los que desaparecían tragados los que no lograban sortearlos, vomitaron el primer fragor horripilante de la fragua en que iban a inmolarse los insurgentes. Rápidamente, en el tiempo que se tomaba la escampada en su vértigo de escapar a la metralla y como graduada de arriba hacia abajo, la mortífera artillería descargada dejaba el paso sembrado de cadáveres y animales rotos. Las procelosas hondas del mar oculto, agitaban sus aguas negras en esos agujeros, bajo la blanca planicie maculada. La suerte estaba echada. No había más que correr, de esa carrera pendía la vida. A cada andanada los de arriba afinaban su puntería. Con toda nitidez distinguían esa masa inmóvil y obstinada que, cosa curiosa y

en ello reparaban, si podía parecer alocada y ciega hacia adelante, vista con detenimiento se la veía zigzagueante, buscando claros en donde no abigarrarse, lejos de atropellarse... ¿Podía valerles eso? Sino verles, eso decía que allí abajo aún no se había perdido el tino y se proseguía según una dirección de inteligencia... Si es que eso pudiera decirse de lo que parecía una locura colectiva, viendo caer por decenas en derredor a sus compañeros y cayendo ellos mismos. Con los dientes apretados y con los ojos desorbitados también, pero manteniendo en medio de esa destrucción, de ese espanto en que virtualmente estaban siendo sacrificados, una actitud más espantosa, todavía, como si se tratase de un tropel de dementes salidos a no mojarse bajo una lluvia torrencial... Y no era agua lo que llovía, sino balas. En tanto, los de arriba se excitaban hasta el delirio con esa matanza sin riesgo. Lo mejor del movimiento makhnovista perecía. ¡Oh, tiempo de sepultureros! La superficie se regaba de muertos. Los bufidos y relinchos de las bestias estertorosas y los ayes de dolor de los que quedaban en el mismo instante atrás, heridos, se tornaba en la visión audible que signaba el trayecto.

Martchenko, Tchumak, Kojin, Taranovsky, en mitad, a la cabeza, en todas partes de esa vorágine implacable, vigilantes, dos veces animosos, ordenaban esa turbulencia, apretaban los dientes, como todos, y como todos, sabiendo que sólo corriendo hacia adelante, en cada metro conquistado se hallaba el objetivo.

—¡Un poco más! ¡Arriba!

—¡Que llegamos!

Decían los hombres y parecía percutir en los cascos de las bestias. Mas un segundo después, los impactos llameantes tremolando allí donde la determinación era más compacta abría gargantas negras, siniestras y abismales que así como se producían quedaban atrás, sí, pero volvían a reproducirse cincuenta pasos más adelante, y en otros cincuenta más, y en otros cincuenta... marcando el trazo luctuoso. Cuando ese trazo, señalando su dirección inequívoca se les fue haciendo patente a los de arriba, esa visión, así como los colmaba comenzó a inquietarlos. Casi inadvertidamente los fue invadiendo el sentimiento de que lo que corría allá abajo no eran hombres y animales, sino un solo y enorme, monstruoso cuerpo que perdía articulaciones, se desangraba, se reducía, mas no cesaba de avanzar. ¡Y esa obstinación sacaba fuerzas de los estragos que se le infería! Esa incipiente manifestación de terror marcó en los cosacos el síntoma primero de que su impunidad podía no ser tal y que debían prepararse para una contingencia de vida o muerte... probable y que habían

desechado desde el instante mismo en que ocuparan las alturas de Perekop.

Por su parte, inmediatamente los primeros inmortales dejaban el suelo helado que bramaba bajo sus caballadas y sus carros y llegaban a tierra firme. Habían recorrido esos kilómetros en un tiempo incronometrable, eterno e instantáneo, desde la boca hasta la salida de ese corredor que no cesó, ni cesaba sus eruptos llameantes. Pero ahora, con la sangre, las heridas y el desgarramiento de sus camaradas caídos metidos en los ojos y la sangre propia bulléndoles por dentro como en una caldera, los insurgentes, cegados de ferocidad, parecían como mordiendo la tierra firme que pisaban, adherirse a cada piedra; sombras vivas invulnerables a la metralla entre las sombras... con sigilo de tigres y saltando, yendo hacia arriba, hacia los allí apostados, oliéndolos, llevándolos en sus fauces: ¡A matar! ¡A degollar!

Wrangel había descuidado ese sector por considerar del todo inoperante distraer fuerzas en un sitio tan improbable... De hecho, de hacerlo, contradecía su convicción y la certeza no desmentida antes por nadie, de la inexpugnabilidad de Perekop. De manera que descartó cualquier tentativa fructuosa por el estilo de la llevada a cabo. Jamás consideró que nadie con un mínimo de razonamiento y valoración de la estrategia y la existencia humana, fuese capaz de exponer ninguna fuerza a perecer sin remedio y sin defensa. ¡Y allí estaba esa avanzada desmintiéndolo! Si más cerrada se volvió la metralla, más empeño pusieron esos jinetes en alcanzar su objetivo ya palpable. Y arriba, borrachos de pólvora y estampidas, lanzando metralla como si fuesen zarpazos, gozando de su impunidad, pero ya viendo a esos primeros hollándolos y al grueso empecinado, que nada los detenía, alcanzar lo que trocaba toda la situación. ¡Ah, su euforia vocinglera taponada en sus gargantas!

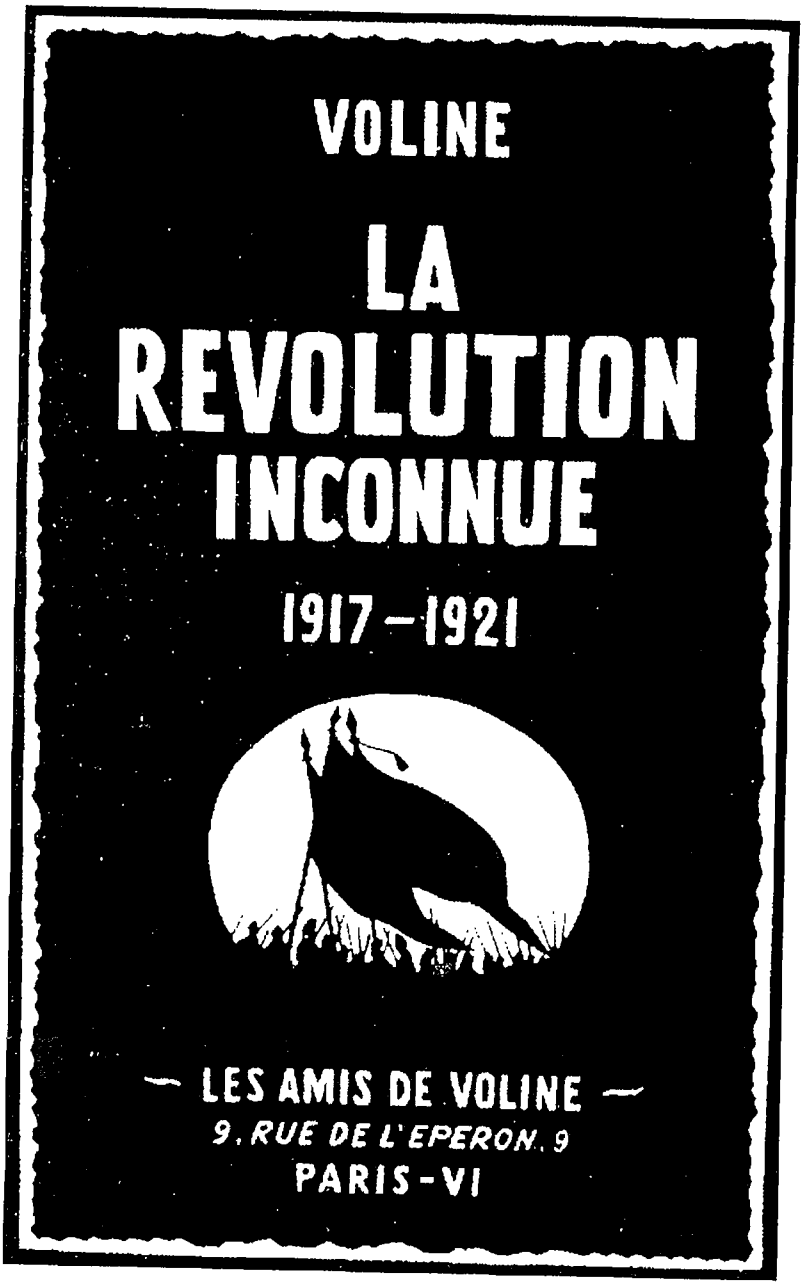
Por allí mismo, por su retaguardia, fueron siendo silenciadas sus baterías, destruidos sus nidos de ametralladoras, emboscados sus francotiradores... Los atacantes eran hombres que habían atravesado esa caldera hirviente y aparecían de nuevo compactos... Peor que tigres feroces se lanzaron al asalto final. Desgarraban, les abrían el pecho buscándoles el corazón para arrancárselos y lanzarlos lejos, los partían como astillas y en dos desde la cabeza a los huevos. Horror y terror les supo la muerte a los cosacos. Cundido el pánico, el estremecimiento alcanzó a la cabeza de la defensa, que habiendo sido superada hacía rato se movió hacia atrás, procurando ponerse otra vez a tiro de la fuerza que intentaba el paso. Esto acabó de debilitar todo

el andamiaje de defensa, situación que aprovecharon los rojos para lanzar sus fuerzas y rematarlos, dejando libre el paso de Perekop.

La fuerza que estaba a las órdenes de Karetnik estacionada en las inmediaciones, se movilizó entonces a través del estrecho de Sivach, hacia Simferopol, al sur de Crimea, tomando por asalto y venciendo al ejército en retirada de Wrangel.[4]

Con él se difumaba el alevoso apoyo de potencias extranjeras, deseosas de retrotraer a Rusia al terreno en el que el Capital, el Estado y la Iglesia eran indivisibles; y los compromisos aunque tardíos, con su cuota aditiva de intereses, se cumplían. Temerosos a la vez de que la estatización comunista se propagase a sus propios países, se previnieron endureciendo a propósito sus legislaciones. El proletariado del mundo entero se encontraba convulsionado y los coletazos de la guerra de 1914-1918, destronando coronas, provocando crisis en la economía capitalista hacían trepidar el mundo burgués. Las democracias industriales, buscando protegerse de la irrupción comunista, se preparaban para recibir formalmente al fascismo y al nazismo como opción de su pánico y su necesidad de continuar sus negocios... Hacían la vista gorda. Otras criaturas como Denikin y Wrangel ya no hallaron. Sus propósitos de inferir directamente en Rusia se fueron diluyendo. La guerra que los polacos habían sostenido y ellos apoyado había concluído en un tratado... No atreviéndose a ir más allá en su provocación, se limitaron a alimentar la guerra fría hasta que Hitler la puso al rojo vivo.

4 Apenas llegado a Gulaï-Pole el despacho de Simón Karetnik anunciando su movimiento hacia Simferopol, el ayudante de campo de Makhno, Gregorio Vassilevsky, exclamó: «¡Se acabó el acuerdo! Apuesto a que antes de ocho días los bolcheviques caerán sobre nuestras espaldas!» (Sí, la desconfianza batía el corazón y el ánimo de todos los insurgentes). Lo dijo el 15 ó 16 de noviembre. El 26 del mismo mes los bolcheviques atacaron traidoramente al estado mayor y a las tropas makhnovistas en Crimea, convirtiendo la plaza en ratonera; se lanzaron simultáneamente sobre Gulaï-Pole; apresaron a los representantes makhnovistas concurrentes al congreso en Karkov y saquearon una vez más todas las instituciones libertarias recientemente establecidas. De igual modo procedieron en toda Ucrania. (P. Archinoff, ob. cit., cap. IX).



Portada de la primera edición de la "Revolución desconocida"

Libro cuarto:

LA CACERÍA

I

UN HOMBRE EN CRISIS

Sin la sospecha de que se pudiese estar tramando un complot, a quién ocurrírsele a días escasos de haberse librado las batallas de Perekop y Simferopol contra los blancos; resultando eufórica y fraternal la conjunción de las dos fuerzas, roja y makhnovista en la base; demostrando Frunze, jefe del ejército rojo en Crimea y sus mandos, la mejor buena voluntad, el deseo de que se efectivizasen los acuerdos y tocasen a su fin las diferencias, abandonó Karetnik el teatro de los sucesos con una escolta menor, camino de Gulaï-Pole, sede elegida para la firma definitva de los acuerdos. A Karetnik le resultó auspicioso el anuncio de esa convocatoria y no se tomó el trabajo de confirmarla... Volvió a cruzar Perekop por el estrecho de Sivach, testigo helado con sus boquerones abiertos de los restos y estrago del ejército de Martchenko. Se detuvo a rendir a los caídos un último homenaje, fue saludado con salvas desde arriba y prosiguió. A medio camino de su destino, en Melitopol, se vio emboscado por una fuerza muy superior. Creyendo que se trataba de un equívoco su guardia no intentó defensa. Tardíamente se dieron cuenta del error.

Fríamente un oficial rojo se adelantó para anunciarles que iban a ser fusilados.

—¡Fusilados! ¿Pero y por qué? —preguntaron.

—¡Por traición a la revolución y a la República Socialista Soviética! —fue la respuesta.

—¡Si acabamos de vencer conjuntamente en Simferopol!...

—¡Estas son mis órdenes! ¡Prepárense a morir!

Los alinearon en un claro, oculto de pinos y allí los asesinaron a todos. Gravilenko, jefe del estado mayor; Bordiak, Takhov, Serevián..., comandantes; y Simón Karetnik. Su cabeza golpeó en tierra, estalla-

ron sus anteojos, se desarmó una de sus patillas. Se diría que en el último segundo, en un gesto de delicado pudor, Karetnik devolvía a la revolución makhnovista lo único que había usufructuado de ella...

Así se daba comienzo a una caza de militantes destacados que no cesaría hasta la completa exterminación del movimiento. Esto ocurrió el 26 de noviembre de 1920.

—¡Karetnik, fusilado!

—¡Fusilaron a Karetnik!

La noticia se propagó como un reguero de pólvora por el campamento de Makhno.

—¡Lo asesinaron los bolcheviques! ¡Y a su estado mayor!

—¡Una celada!

—¡Ahí los tienen, de una pieza, a los bolches!

—¿Y qué de los demás? ¡Martchenko está en Crimea todavía!

—¡Quién sabrá qué suerte ha corrido!

—¿Vamos a quedarnos así? ¿Y aquí?

El alboroto era máximo. Se trataba de un ataque alevoso y descarnado. Los bolcheviques no aguardaron más que su oportunidad para descargar un golpe que nunca dejaron de tener en mente.

—¿Ahora aceptan enfrentarlos, cuando ya nada tiene remedio y les hemos despejado el camino? ¡Ay, ay! ¡Caro habremos de pagar nuestro desatino! ¡Debimos abrirles la cabeza a ustedes, camaradas, para que entendieran! ¡Y cuando todo era posible! —Stchuss se paseaba denostando entre todos ellos—. ¡Si podían verlo los niños! Permanecimos ciegos cuando la luz de nuestra inteligencia nos era más requerida —agitaba sus brazos. Estaba demudado, no lo estaban menos los demás.

—Bueno, ya. Mejor veamos que ha pasado con Martchenko...

—No te apresures con Martchenko.

—Martchenko, Karetnik... ¡Nobles hermanos! Si pareciera un castigo que justamente ellos fuesen los elegidos. ¡Las veces que ambos habrán enfriado la discusión cuando se tocaba ese tema!... ¡Malditos bolcheviques! Se han estado burlando en nuestra cara. Juro que así sea lo último que me resta hacer en la vida, no quiero otra cosa que vengarme. ¡Rojos, hijos de puta! ¡Debemos hacerles pagar sus maldades! —estalló Petrenko-Platanoff.

—¡Lo juramos todos! —se unieron voces.

Nunca se había visto tan convulsionado el campamento. El asesinato de Karetnik y los camaradas de su escolta había tocado a fondo el sentir de todos esos hombres.

Cuando Makhno se hubo informado de lo acontecido, un doble sentimiento de culpabilidad y rabia lo mordió por dentro. Anonadado por la noticia del infortunio de su amigo, cuando se hubo repuesto un poco, en medio del silencio de los que le rodeaban no menos consternados, dijo observándolos con encono, encontrándose allí Archinoff, Volin, Kurilenko...

—¿Qué hace que lo estuve diciendo? Ahora me he convertido en tan valioso que se me guarda como a un tesoro. No se respeta mi voluntad. Se me oprime. Diran que total, al fin consentí... No hice eso... Simón era mucho más que un entrañable compañero de ideas... Era mi amigo de toda la vida. Con él formé mi primera célula anarquista a la edad de 16 años. Entonces, ¡vaya que uno dejase su lugar a nadie! Pero, ya se ve que las cosas van cambiando... ¿No debí ser yo el sacrificado? Ustedes me han hecho imprescindible y me han inutilizado... Y me exhiben cada vez que es necesario...

—Son las exigencias de la lucha, Badko. ¡Quién no ha pasado por algo por el estilo aquí! —dijo Kurilenko.

—¡Vamos, Kurilenko! Si tú eres un volcán. ¿Crees que no se te conoce? ¡Se oyen los ruidos que hace por dentro tu maquinaria existencial! ¿Qué remueves? ¿Cadenas? ¡A mí no me engañas! ¿Qué logras torciendo tu naturaleza y obligándote en tentativas y negociaciones que detestas? ¡Te han jodido de lo lindo en esas comisiones del acuerdo! Ni te pregunto como habrás quedado... ¡Imagíname a mí! Peleamos por la libertad. Eso hago yo. Pero, ¿dónde estás, dónde quedas, adónde nos ha llevado la política?

—Sí, hay guijarros que quedan por el camino... —dijo Kurilenko.

—¡Guijarros! —alarmó Makhno—. ¿Llamas guijarros a los pedazos más preciosos de tu vida? ¿A los que nunca habrás vivido? Ah, camarada, conmigo no valen subterfugios. Quiero plantear una discusión franca, no en términos de *causa* —decía, dirigiéndose a Kurilenko, pero no dejando de lanzar miradas provocativas y desafiantes a todos los que ahí se encontraban—. Una discusión por tanto tiempo y tantas razones postergada: ¡sobre nosotros mismos! ¡Cada uno! Aquí todo va camino de convertirse en impostura y en mecánica. Y lo digo no sólo por esto de Karetnik, que sencillamente colma la medida y me deja un amargo sentimiento de culpabilidad. ¡Y no es que esté derramando lágrimas por un muerto! ¡Qué digo, claro que estoy derramando lágrimas por un muerto! —se detuvo, mas dijo aún pasando la mirada sobre el resto—. Sí, quisiera emborracharme hasta perder la conciencia, hasta que se me nuble la mente. Estar rodeado de mujeres y disfrutarlas y perder en ello los sentidos Ahora me parece

saber por qué terminan en crápulas los tiranos —Makhno estaba demudado y a todos miraba con odio—. ¡Ah, me observan! ¿Les molesta que quiera ser un poco humano? Pues sepan que esto me tiene hasta la coronilla —se echó un largo trago de la botella que tenía en la mano.

Archinoff y Volin se miraron. Archinoff mordisqueó la colilla de su cigarrillo y dijo.

—Me parece bien, amigo, que tengas necesidades... Pero si preguntas sabrás que muchos padecemos de lo mismo...

—¡De lo mismo que yo! ¿Sabes lo que dices? —se encaró con Archinoff—. Me asombra que hayas perdido la medida de las proporciones, Pedro. ¿Te ha ocurrido que tu amigo muy querido muera en tu lugar? ¿Y por una suerte de prurito caprichoso, porque te escamotearon a ti de ese lugar? Pero, ya dejemos eso —se plantó ante todos como si de pronto se le ocurriera lo que fuese a decir—. ¿Significa, entonces, que todos venimos haciendo lo que no queremos y obligándonos? ¿No es una flagrante contradicción? ¿No estamos por la vida y la libertad? ¿Y qué vida y qué libertad es ésta que nos lleva a hacer lo contrario de lo que está en nuestro deseo y es nuestra convicción y adecuarla...?

—Eso es la vida del hombre adecuada a sus circunstancias. Hacemos lo que debemos, rara vez lo que creemos —replicó Archinoff.

—¡Eso dicen los bolcheviques! ¡Así encuentran ellos su justificación para todo!

—¡Nadie dice no contemplar la ética, compañero!

—¡Ética!

—Cada quien sabe cuanto cede...

—Eso, traducido, Pedro, quiere decir cada quien sabe lo que se aparta de sí. Y eso, ¡si se pertenece! Tú, que me has obligado con todos a estar guardado en casa, con los asesinos sueltos, todavía te permites buscarme las razones que yo mismo no encuentro para justificarme. ¿No es esto mismo una trampa? ¿Qué revolución es la nuestra? ¿Nadie quiere discutir esto?

—Me gustaría sí, a mí, discutirlo serenamente, Badko —intervino Volin, observándolo y ajustándose los lentes en un gesto muy suyo, anticipado de tensión.

—¡Ah, todavía usted, Volin! ¡Conducta y pensamiento! —Makhno volvió de nuevo el pico de la botella a su boca—. Me adelanto a decirle que son ustedes injustos y muy poco tolerantes con su camarada. Me embretan y les molesta si pateo.

—Yo estaba en la cárcel, para nada intevine... —le observó con acritud Volin—. Me parece que es un buen momento de pasar revista y analizar a fondo algunas acciones.

Makhno advirtió su acritud y acentuó la propia.

—¿Desecha hablar de *nosotros*? —dijo—. ¿No acepta despojarse de la *causa*?

—Yo jamás he separado mi vida de mi obra, ni de mi idea.

—Yo sí. Y ya escuchó que otros compañeros parece que también...

—Precisamente de eso es que quiero hablar. De la formación, del origen, de quienes somos nosotros y por ende, de la causa.

—Eso sí lo estoy viendo más ajustado al tema... ¿Me quiere decir, usted? —Makhno se sentó frente a Volin.

—Lamento que sea la muerte alevosa de un compañero muy querido la que nos dé el motivo... pero, por otra parte creo que éste es el mejor modo de hacer honor a su muerte. Ninguno de los nuestros está muerto del todo —se dio un respiro. El *introito* y el tono emotivo, preanunciaron que Volin iba a decir cosas graves. Todo los presentes afinaron el oído—. Se trata del origen, de la naturaleza, de dónde toma su fuerza la razón que induce a una interpretación errónea de los hechos. El campesinado y el movimiento obrero por su propio espíritu y su condición masiva, tienen el potencial para provocar una revolución, si actúan libremente. Pero también por su propia naturaleza, corren el riesgo de caer en falsa apreciación de las cosas. El movimiento makhnovista, formado en su totalidad por campesinos, desde usted, su orientador hasta el último de sus adherentes...

—Yo no soy el movimiento, Volin —interrumpió Makhno.

—Precisamente. El movimiento tiene sus propias leyes. Como también usted tiene las suyas. Ellos son campesinos y la gran mayoría adhirió a la causa por efecto de estar en el lugar exacto de esa manifestación, es decir, por el hecho de pertenecer a esa condición campesina. Y lo mismo, aunque con otra interpretación del hecho social, aconteció con los que adhirieron al comunismo. Esta formación general básica, de campesinos y entre obreros y campesinos, es la que cada vez, entre dos males, derivan el mal bolchevique. Por considerarse de algún modo hermanados y proclives a mutuas influencias. Y en eso no se equivocan. Es así. Pero resulta que el movimiento comunista es manejado desde arriba, asentado en el Poder y el Estado, y no hay enmienda posible ahí, no es cuestión de arrancarle a pedazos nada, de intentar atemperarlo, modificarlo... *Es así*; por tanto debe considerársele enemigo *total*, tal como consideramos a los demócratas, eclesiásticos y fascistas. ¿Quién advierte con claridad eso, en

todo su alcance y profundidad? Sólo los que arribamos a la idea por nuestra *convicción* o sentido de la justicia social; no por nuestra *condición*. Y eso tampoco en todos los casos. Que es necesaria cierta clarividencia de la que no todos estamos dotados.

—¿Significa que jamás hubiésemos podido ahorrarnos nuestros errores de planteamiento? —inquirió Kurilenko.

—En otras condiciones, quizá... Con más anarquistas —replicó Volin.

—Eso estuvimos intentando desde la primera hora... —dijo Archinoff.

—Usted no hace más que hablar de ideas, Volin. Creí que me iba a esclarecer —Makhno decepcionado dejó su silla.

Volin se preguntaba si Makhno iba a soportar escuchar lo que habría de decirle.

—Usted también, Makhno, no es ni más ni menos que eso: un campesino.

Makhno que la emprendía con un nuevo trago, le interrumpió. Volvió a su silla.

—Ah, creí que le iba a refalar al tema... —dijo, llameándole los ojos.

—Con toda su enorme capacidad, Makhno, debo decir que a usted le faltó abarcar en su totalidad el proceso histórico... Sintetizar, abstraer; lo que hace abarcativo al pensamiento. Y esto de que usted adolece le faltó al movimiento en general. Y de ello deriva la contradicción constante de la situación que se padece y que ha metido en un callejón al movimiento. Y también abarca a sus reacciones personales, Makhno. Diré... para decirlo en dos palabras: falta de formación. Suya y de los que le dieron cuerpo al movimiento. Todo ha resultado una mixtura... Sentimientos y corazonadas, con ideas...

A Makhno le ofuscó sentir que el rubor se apoderaba de sus mejillas.

—Se ha hecho cuanto se pudo —musitó, sin apartar su encendida mirada de la de Volin.

—Es cierto. Y no ha sido suficiente.

—¿Hay más? ¿Exige más? ¿Otra vez las ideas? Usted no hace otra cosa que idealizar. ¿Dónde y quién ha hecho lo que nosotros? —dijo Makhno queriendo metérselo por los ojos.

—Estoy recordando un hecho —contestó Volin—. Ocurrió en Massada, antes de la era cristiana. En ese bastión se defendieron los judíos de los romanos durante meses. Cuando los romanos por fin pudieron escalarlo no encontraron a nadie vivo; ni hombre ni mujer.

Los últimos judíos se dieron muerte entre sí. Prefirieron la muerte a caer vivos en manos de los romanos.

—¡Éste es un ejemplo lleno de maldad, Volin! ¿Por qué traer tamaño ejemplo? —poco menos que gritó con ira Makhno, levantado de su asiento.

—¡Justamente! Porque la gesta makhnovista es grande, de lo más grande. Pero pudo serlo más, del todo y como ninguna otra hasta hoy. Aquí se estuvo en el trance de volcar la historia, de precipitar los siglos...

—¡Arrancamos de la nada! —gritó Kurilenko.

—Aunque duela, debe decirse: faltó concepción.

—¡Con nuestra sangre está regada toda la tierra que usted pisa, Volin! —tocado, volvió a saltar Kurilenko.

—¡Lo sé! Fue necesario más —repuso con frialdad Volin—. Un acto grandioso. Una gran llamarada. Algo elevado por encima de toda mesura y medida. Algo indeleble. ¡Y nada de comercio! Ninguna transacción. Ningún término conciliatorio.

—¡Eso es irracional! ¡Usted está pensando en superhombres, Volin! —casi se rió Makhno.

—Lo que yo digo es que hemos estado urgando en la entraña misma de la cuestión social y la justicia y que nada hay más importante que esto para el hombre: lo más grande y lo más serio. Tener conciencia de ello debió servir de inspiración... Sin embargo... no se superó el provincialismo. Cuando la síntesis indicaba que debió remontarse el vuelo así hubiera sido para perderse...

—¡De qué habla! Usted es un intelectual, Volin. Y no le estoy pidiendo que deje de serlo... Pero es que, precisamente, ese cúmulo de cosas que usted pasa por alto diciendo «síntesis», es justamente la sustancia, la vida de lo que participamos nosotros, cara a cara, todos los días. Y eso tiene, usted ya sabe, todas esas particularidadades, lo que hace a la piel, el ambiente, el carácter, y sobre esto, además de la «síntesis» que debiera prevalecer, es que debemos decidir también, porque nos atañe..., en ello estamos inmersos...

—Usted está dando prueba de mis afirmaciones, Makhno. ¿Es ese su propósito? No de otro modo ha obrado el movimiento makhnovista que así.

—¡Ese es su cargo!

—Ningún cargo, camarada... Esto primero y claro... Yo no hablo de mayores o menores posibilidades de triunfo. Hablo de un modo de obrar inequívoco. De un modo que rompiese todos los moldes y todas las convenciones. Juntarse por ninguna razón con los bolcheviques:

quedarse en la mitad del camino teniendo la oportunidad por delante para intentar la gesta total; esas son cosas que la historia no perdona. En cambio, ahí está Massada.

—¡Está hablando de un suicidio colectivo! —gritó Makhno.

—¿No lo fue desde un principio la gesta makhnovista? ¿No lo sigue siendo? Solamente que jamás se le encaró en esa conciencia. ¿Es posible que un anarquista ignore que una vez que sus ideas pasen de su mente a las vías de hecho, el mundo entero que respalda los grandes intereses del Capital y el Estado se le echará encima? Si ignora esto, si ilusoriamente pretende conciliarse, adecuarse, esto únicamente será posible por falta de sólida formación. La prueba de ello es que, debemos decirlo si queremos ver claro aún pudiendo pesar justificaciones: se negoció.

—¡Qué fea palabra emplea, compañero! —exclamó, emitiendo un silbido, Makhno.

—Yo hablo de una disposición de ánimo.

—¡No es justo, Volin!

—No lo sería si no asumiera dar la vida por lo que aquí se ha hecho. Pero eso no significa que acepte lo actuado. Con los hombres que contamos se ha hecho esto... Y resultó insuficiente —remató Volin.

—¿Y con otros hombres? —intervino Archinoff—. ¿Otros hombres develarían la respuesta? A estas alturas de la experiencia adquirida me vengo preguntando si tenemos o no la aptitud para realizar la propuesta revolucionaria que imaginamos. Los hechos, lo hemos comprobado, marcan con pautas de hierro infranqueables barreras donde se estrelló o se desvió nuestra marcha. La cuestión no es corroborar lo que ya sabemos, sino preguntarnos: ¿no será que estaremos condenados a merodear, acariciar la idea matriz, la verdadera revolución y no poseerla nunca?

—¡Eh, cuánto corres, amigo! —exclamó Makhno—. ¿No lo digo? ¡Si debemos parecernos cada vez más a los caras largas de la revolución!

—Y algo más, todavía —apresuró Archinoff—, ¿no podrá decirse que hemos servido con nuestra acción al apuntalamiento del poder soviético?

—¡Hermano, que golpeas sobre la demolición de Volin!

—¡Pareciendo un sarcasmo, resulta la verdad! Y tampoco sabría decir hasta dónde, algo de todo lo ocurrido podría servirnos para no repetir nuestras forzosas equivocaciones...

—¿Es forzoso seguir hablando?

—Tu has querido que hablemos, Badko... Iba a decir...

—¿Es necesario? —dijo éste, pareciendo asustado.

—Si el exterminio de 200.000 paisanos no fue suficiente lección, ¡qué pensar de lo que somos capaces los hombres por nuestras quimeras! —concluyó Archinoff.

Makhno se quedó observando.

—Si alguien me sigue... Yo me voy... —interrumpió—. A emborracharme... Buenas noches, camaradas. Venturosa plática.

Salió. Lo vieron partir.

—¿Adónde va? ¿Qué le pasa a este hombre? —preguntó Volin.

—Es la hora de los frutos amargos... —dijo Kurilenko.

Y Archinoff.

—Badko no dice ni la mitad de lo que está pensando...

II

UN HOMBRE SOLO

Se emborrachó. Y no era la primera vez, ni habría de ser la última. Como tampoco la primera que saliese por la noche y apareciese ya entrada la mañana... Él no ignoraba que su conducta era reprobada por los mejores de los suyos. Y alguna vez, habiendo sido encarado por ello, como cuando lo hicieron los Lepetchenko, tuvo ocasión de tratarlos de «pollitos» y otras lindezas más por el estilo... Al socaire del alcohol comenzó a frecuentar al comienzo sin tapujos, pero luego a ocultas, eludiendo la escolta, lugares que por entonces sobrevivían estimulados por el trajín constante de tropas ávidas de hembras. Y allí se daba el caso tácito de que lo que no lograría ningún tratado, conciliar a blancos y makhnovistas por ejemplo, se lograse ocasionalmente en ese sitio. Como si fuese un sacro lugar respetado por todas las partes. Si bien no se fraternizaba, gente que se odiaba a muerte, ahí se saludaba deferentemente. Se trataba de *dachas* enclavadas en las afueras de las aldeas, en este caso de Gulaï-Pole. En esos tiempos, muchas campesinas arrojadas prácticamente a la calle por ese tráfico de *razzias* constantes, enloquecidas de pavor, sacrificadas tantas veces a la voluntad de los hombres, asesinados sus padres, sus hermanos, sus maridos, desesperadas y desoladas, caían en los lenocinios, sobrevivían en ellos y aceptaban cualquier depravación con amoralidad sin culpa.

—Aquí somos cotizadas... —decían riendo estúpidamente.

Se embrutecían en los meandros del sexo, con una extraña indiferencia moral, por todo lo que estaban haciendo. Mas no así por la paga.

—Si pretendes hacerme esto y esto, tanto, y si pretendes más, otro tanto más por eso...

Las mismas profesionales se escandalizaban y protestaban por lo que consideraban una degradación del oficio. (Que en todos los trabajos tienen sus reglas las ocupaciones. ¿Conocen las reglas de los verdugos? Éstos consideran un mal profesional al que se complace retardando una ejecución). Por este enfrentamiento entre las pupilas, muy pronto eran despedidas las advenedizas. Total, su paga por el trabajo extra, no la compartían con nadie. Pero si unas partían, otras aguardaban su turno para suplirlas.

Makhno tenía escogidas un par de casas por el estilo y concurría de vez en cuando. Allí controvertía las reglas de la ortodoxia sexual, convirtiendo en orgiástica su estadía. Terminaba asqueado, pero pasados unos días reincidía. Algo de su carácter, rotas las amarras, parecía como si se estuviese haciendo pedazos. Se internaba en un mundo caotizado buscando su terapia en la medida de su primitivismo natural... «¿Qué le está pasando a este hombre?» ¿Qué cosa de él habíase resentido en este esfuerzo? ¿Qué, de soportar todo el peso de la makhnovichina? ¡Y con la sangre ardiente de los treinta bramándole en las venas! ¿Qué comprendió? ¿O qué confundió? ¿Qué supo por anticipado que nunca dijo? ¿Por qué sumirse en la barbaridad de los sentidos aunque sólo fuese por refugio?

Buscó la noche con rumbo ya conocido. Sus guardias privados lo dejaron andar unos pasos y luego lo siguieron. Makhno vociferando se volvió hacia ellos.

—¡Eh, por una vez, no! ¿No pueden ver a un hombre solo y que desea estar solo? —en la oscuridad se cubrieron sus seguidores. Pero retomando él su andar, prosiguieron tras él. ¿Qué ladraba en el interior de su amado Badko? ¿Pero qué hacer con los hombres cuando se les traba la brújula, se salen de su cauce y se revuelven sobre sí mismos como si no se soportasen? En ese estado Makhno había llegado a mostrarse perverso.

Como la vez que, frente a la sospecha de las causas del altercado personal habido entre Tomasov y Zviliavodchuk, llamase a éste al cuartel general y allí lo increpase. ¡Cuánta ironía venenosa derrochó entonces! ¡Qué alarde gratuito! Zviliavodchuk estaba de una pieza y sin aliento frente a él, escuchándolo.

—A mí no me asusta nada. Conmigo puedes franquearte —le decía—. La makhnovichina no se ha hecho para reunir en ella nada más que la salud y las virtudes de este mundo. ¡Qué esperanza! Se creó para darle cabida a todo. ¿Quién dijo que gente como tú no puede permanecer en su milicia? ¿Quién es quién para reprochártelo? ¡Si al fin el que pone el culo eres tú!

Zviliávodchuk soportó en silencio la grosería de Makhno pero no tardó en abandonar la insurrección.

En otra ocasión, embriagado y revolver en mano, encaramado a la tribuna de oradores interrumpió una asamblea, amenazando a la concurrencia con su arma y profiriendo frases descomedidas.

—¿Qué tratan los concurrentes? —comenzó preguntando—. ¿Siguen discutiendo sus minúsculas cosas? ¿No salen de sus huertas y sus sembrados? ¿Nadie los arranca de sus patatas y pepinillos? ¡Y de sus coles! ¡Qué de sus coles! ¡Cuán importantes son! ¡Já, já, já! Sus coles crecen en la medida que ustedes se empequeñecen. ¡Qué míseros son! Si debiera cagarlos a tiros. ¡*Gracias a Dios* que la tierra no pueden meterla en sus alforjas! ¡Lo harían! ¡Sé que lo harían! —la concurrencia, estupefacta, se hallaba sumida en el mayor silencio—. ¡La tierra para el que la trabaja! —gritó aún Makhno. Era indudable, eso quisieron pensar, que Badko sufría por algo no resuelto que lo atormentaba. ¿Qué?

Él prosiguió su trayecto. El aire frío de la noche y otros tragos lo sumieron en un mayor embotamiento. La aldea dormía. Atravesaba sus calles muy poco iluminadas y paulatinamente, imágenes lejanas, perdidas en el fondo de su memoria afloraban como señalándole el camino. Reconociendo de momento piedras, aceras, fachadas. Perdidas en un tiempo que él sentía muy remoto y que casi no alcanzaba a vislumbrar. Un tiempo en que él había sido joven, libre, despreocupado. Y recordaba, quizá más que a él mismo, actos, situaciones vividas entonces con alguna muchacha... ¿Isabel, Vera u otra? ¿Vivirían en Gulaï-Pole? ¿Cómo no se le había ocurrido indagar nunca por ellas? ¡Y es que, cuántas veces en sus insomnios de la prisión ellas se le habían hecho presentes! ¿Por qué nunca más obró sencillamente? ¿En qué momento sus actos comenzaron a apartarse de la realidad corriente, a parecerse cada vez menos a él mismo, a ése que ahora se reconocía añorando y que había dejado atrás desvalido, solo?

En esa noche temulenta, Makhno se detuvo ante una casa como si fuese un rostro. La miró como si fuese una persona. Buscó un nombre que no halló, no obstante resultarle todo familiar... Tentado de llamar a esa puerta, iba a hacerlo cuando una voz recia, de hombre, lo detuvo.

—¡Eh! ¿Quién anda? ¡Y a estas horas! —hablaron desde dentro. Makhno se quedó a media intención— Lo estoy viendo... ¡Y apuntando! ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¡Mejor se larga! —se oyó que martillaba el arma.

—¡Cuidado! ¡Guardate! ¡Te juegas la vida! ¡Es Makhno! —gritaron los de la guardia, interviniendo. Se alborotaron los perros. Se escucharon llantos de criaturas—. ¡Tira el arma!

—¿Qué sucede? ¿Qué está ocurriendo, Illia? —alarmó la mujer.

—¡Borrachos! ¡Fijate si Badko está para paseos de noche!

—¡Quién, dices!

—¡Vuelve a la cama, Isabel!

—¡Y tú, valiente! —le golpearon la puerta los de afuera pareciendo que se la echaban abajo—. ¡Mejor te acuestas! ¡Y cuida a los niños! —se rieron los de afuera. Se hizo el silencio.

—Me arruinan la noche —dijo Makhno prosiguiendo su trayecto. Luego de caminar un trecho, volvió a detenerse—. ¡No dejarán libre a un hombre! —gritó a sus seguidores. Viéndolos por ahí, les arrojó algunas piedras que recogió en el camino. No obteniendo resultado de ello, resignado enfiló sin más hacia donde se había asignado pasar la noche.

III

HACIA LA FUENTE

Sus hombres aguardaban durmiendo, en el saloncito de recepción. Ya no quedaban parroquianos y el piano de media cola, en un rincón parecía eternizarse sepultado en su caja como en un ataúd. Las luces del saloncito se desteñían amarilleando. Makhno pasó ante ellos sin mirarlos. Raro que Badko saliese de sus fiestecitas antes del alba.

Las horas transcurridas en medio de locuras en que los sentidos descubrían su fondo oscuro de «vida, pasión y muerte», exacerbados hasta el paroxismo y el caos, obraban sobre él efectos de lavado mental. En este caso fueron tres mujeres, él y otro ocasional, los participantes de ese juego en que así se amaban como se odiaban, nunca se sabrá. Porque era de verse el fervor y la pasión agónica simulada de estas ex campesinas arribadas al sexo como a un vómito, aparentando refocilarse en él y en el fondo detestándolo y detestándose. Tal como acontecía, de alguna manera con Makhno mismo.

Durante las hora pasadas en esa búsqueda acelerada del olvido, tenazmente perseguido, una idea y un recuerdo se le fueron abriendo paso en la mente. A medida que los fue precisando, sintió que se hastiaba allí mismo donde hasta hacía un momento competía en proezas. Repentinamente perdió totalmente el interés en el juego. Inmediatamente sintió necesidad de salir de allí. Dejó su dinero y abandonó la habitación. Las muchachas estaban acostumbradas al humor cambiante de los asiduos y no les llamó la atención que se retirase, si bien una, quizá más borracha, comenzó a lagrimear. En cambio, el que compartía la juerga con él, sí se extrañó.

—¡Por mil demonios! ¡Dios sea loado! ¡Se te dio vuelta el rostro, padrecito! —cierto era. Makhno tenía los ojos arrasados en lágrimas incontenibles. Esto acabó de conmover a la paisana llorosa...

Faltaban dos horas para que amaneciese. La noche proseguía fría y comenzó a nevar despaciosamente. Makhno se arrebujó en su abrigo, se caló el gorro de piel y apretando el paso se dirigió hacia la hondonada del viejo Fomá Fomáfovich. Como un álito se habían disipado de su ánimo las horas previas transcurridas. Iba directamente. Sin pensar ya otra cosa. Abstraído de nevada y de quienes lo seguían. Llegó a la ruinosa *dacha* con el primer resplandor. El viejo Fomá se revolvía insomne en su jergón, cuando escuchó esos pasos fuera y alguien que desde ahí gritaba su nombre.

—¡Fomá! viejo lobo. ¡Duermes aún! Ya está clareando.

Sintió abrirse la puerta y por el contraluz del albor entrar alguien y a su viejo ovejero saltar en derredor, ladrando y festejándolo.

—¡Néstor! ¡Muchacho! —se tiró del jergón sosteniéndose los pantalones con una mano y con la otra tratando de abrazarlo—. ¡Al fin te has largado! ¡Te esperaba!

—¿Me esperabas? —preguntó extrañado Makhno.

—¡Y cómo no! ¿Se puede estar siempre en lo mismo? ¿Un hombre como tú?

—¿En lo mismo? —se extrañó todavía más Makhno, escuchándolo decir eso.

—¿Y qué? Dilo: ¿te has largado? —con cierto tono cómplice, guiñando los ojos, inquirió Fomá.

—¡Eso esperabas de mí! ¡Vamos, vamos! ¡Yo sigo parado y tú has seguido andando, viejo!

—¡Rabón! ¡Quédate quieto! ¡Ya basta! —ordenó Fomá a su perro, que movía el rabo juguetonamente—. ¿Y qué me dices? ¿Qué cuentas, Néstor?

—Tienes los pies desnudos, viejo. ¿No te enfriarás? No te excites así por mí. ¿Todavía no has puesto unos maderos en el suelo? ¡Te estás ahí! ¿No vas a prepararle un plato a tu amigo del corazón? ¿Qué clase de salvaje continúas siendo? ¿No te civilizas? ¿No vives la revolución? ¿No enciendes una luz? ¡Si ni tienes fuego en el hogar!

—¡Ah, me pones loco! ¿Qué hago primero? ¿Termino de vestirme, contesto tus preguntas, caliento la sopa? —corría de una cosa a otra como queriendo responder a todo eso y no hacía nada. Se echó a reír mostrando su boca desdentada.

—Vístete. Súbete los pantalones. ¡Se te enfrían las vergüenzas!

—Eso hago.

—¿Te ajustas con esa soga? ¡Qué calamidad! ¿Ni eso? ¿No tienes cinturón? —se quitó el suyo y se lo dio. Para ello tuvo que guardar el revolver en un bolsillo.

—¿Para mí? ¿Me lo obsequias? —Fomá con el cinturón en la mano lo recorría palpándolo.

—Póntelo. Vére como luces.

Fomá quitó de sus presillas la soga con que se sujetaba el pantalón y se puso el cinturón. Makhno le ayudó con la hebilla.

—¿Y?

—Me hace sentir los riñones y todo lo de adentro... Oh, pero no, mejor no —se lo quitó y se lo devolvió a Makhno.

—¿Qué haces? Te lo he regalado. Es tuyo.

—Gracias. Lo sé. Si no te enojas... ¿Sabes? —mientras esto decía se volvía a colocar la soga alrededor de su cintura—. Para ese cinto hacen falta otros pantalones y para otros pantalones otro calzado y otra chaqueta y para todo eso, otro Fomá. ¿De acuerdo?

—¡Ah, viejo, sigues tan loco como cuando te dejé! —se rió Makhno.

—¿No está bien que alguno quede, en su sitio?

—¡Mira que tienes esto como cuando lo vi la última vez!

—¿Y qué quieres? La casa es como la piel de uno. O la chaqueta. Uno se la pone y no se la saca más. O como las botas —dijo, terminando de ponérselas. Sus movimientos eran ágiles, se lo veía de lo más animoso. Barbado y blanqueado, mirando como si asaeteara con sus ojos redondillos y llenos de pícara vitalidad—. Ven, siéntate, no te estés ahí parado. Calentaré la sopa. Tengo huevos. Haré una tortilla.

—Viejo lobo. No haces más que hablar. ¿Harás lo que dices? Traigo hambre —había acabado de ponerse el cinturón, vuelto su revolver a la cintura y se acuclilló para abrazar al perro. Una corriente perdida vino a su encuentro. De cuando era pastor—. Viejos amigos, viejos tiempos —reflexionó. El perro se intranquilizó.

—Hay gente afuera, Néstor.

—Que se queden por ahí... —contestó éste sin molestarse en mirar.

El viejo se fue hasta la ventana para escudriñar. Lo sobresaltó un rostro pegado al vidrio.

—¡Caray! ¡Vaya facha! ¿Estos camaradas te protegen? ¿Tú los eliges? —tomó un tizón—. Entonces —agregó con un tono de decepción en la voz—, es sólo que te acordaste de Fomá...

—¡Pero, es que de veras esperas eso de mí! ¿Me quieres explicar? —se rió Makhno— ¿No te hubiese alarmado que dejase el movimiento?

—Sencillamente... No te daba para tanto tiempo.

—¡Oye, oye! ¿Crees que un hombre entra y sale de las cosas así como así?

—Tú has probado lo que vales —dijo Fomá avivando con el tizón el fuego de la hornilla y agregando unas ramas y unas hojas secas que sacó de un cajón. La *dacha* se llenó de humo. Hasta que el fuego triunfó sobre las hojas y no tardó en hacerlas crepitar. Con el resplandor de las llamas la morada se iluminó un poco. Además del jergón había una mesa, una banqueta larga y una silla a sus costados, un aparador cargado de cacharros y platos aquí y allá, por los rincones de esa única estancia, abigarramiento de objetos inútiles.

—¿Significa que no te has tomado interés por la historia?

—No tanto así como me la quieres presentar...

—¡Y que tanto así! Si ni abrí la boca, Fomá.

—¡Pero te las traes! La historia se hace después que la vida está siendo vivida... ¿Cuándo me interesé por algo más que por la vida?

—Tú has sido un rico tipo, Fomá. Jamás asumiste responsabilidades.

—Tú conoces las ardillas. Esos animalitos parecen como si siempre estuviesen divirtiéndose. Y eso hacen. ¿No te alegra los ojos y el espíritu verlos?

—Siempre que no se encaramen al nogal y se coman tus nueces.

—¡Eh! ¿Qué te traes? —chilló Fomá, deteniendo por un instante el giro de su cucharón de madera dentro de la cazuela, negra de hollín, con la sopa al fuego—. ¿Las nueces no están para ser comidas? La vida está para ser vivida.

—Viejo, viejo, para todo sigues teniendo réplica. Tú las tienes aprendidas todas. Cuéntame ¿qué haces? ¿De qué vives? ¿No haces más canastos?

—Es una buena pregunta —se echó a reír nuevamente Fomá—. ¿De qué vivo? ¡Hay tanto para ver en estos tiempos! Cosas inimaginables. Ni idea tenía de cuánto son capaces las gentes. Tú crees que ya lo han dado todo. Que no les queda nada. Te equivocas. ¿Tú tienes idea de cuántas veces cambió de mano Gulaï-Pole? ¿Por meses, por días, por horas? Hubo horas que pesaron por todo un mes. Y en esas condiciones estuvieron viviendo las gentes. Ni idea tendrás de las proezas anónimas, las ocultaciones, las pavuras... ¿Las tienes? Entonces sabes bien de qué hablo. ¿Cómo quieres que siguiera con mis cestos? La curiosidad me devoraba. «Es la vida la que está pasando ante tus ojos, Fomá», me dije. Los mimbres se me enredaban en los dedos. ¡Al diablo!

—¿Entonces eres burgués, capitalista? ¿Cómo sobrevives? —Makhno le había asentado la planta del pie en los cuartos traseros del lomo al animal y lo friccionaba con suavidad de ese modo, con

gran contento del perro, que se quedaba gustoso volteando de cuando en cuando la cabeza.

—¡Fíjate lo que haces de ese perro! Me lo envicias, Néstor.

—Estás celoso —y al perro que miraba a Fomá—. No hagas caso hoy de él —y otra vez al viejo—. ¿Me cuentas cómo sobrevives?

—Se me quiere. Se me regala. Lo tomo. Con la distribución de las tierras los campesinos poseen más. Para cuando llegaron los del *hetman* yo tenía mi buena provisión. Para mí, con un poco de todo me alcanza. Carne no como. Pero a veces me festejo con una gallina bien hervida. Sabes, son como de la familia...

—Padre degenerado, te comes a tus hijos.

—No. Prolongo sus vidas. Las transfiero. Rabón se acostumbró a mis comidas... Ya es casi vegetariano. Y gusta de mis sopas —se rió de buena gana—. Pero no permanezco ocioso. En algunas parcelas me quedo a veces cuidando de los chicos. Fíjate lo que me ocurre la vez pasada en casa de Zertorovich. Él tenía asamblea del *soviet* y ella se fue a la labranza. Tienen tres chicos. La menor, dormía; el segundo correteaba metido en los zapatos de su padre y el mayor, de seis años, jugaba al escondite conmigo. Fíjate: cansado de corretear yo, mientras él contaba y a mí me correspondía esconderme, resolví, en vez de buscar un lugar, sentarme a sus espaldas y cubrirme los ojos con las manos. «Si yo no lo veo, seguro que él tampoco me verá», me dije. Y eso hice. Hete aquí que deja de contar y de inmediato me descubre. «Piedra libre para Fomá», grita. Extrañado le pregunto: «¿Cómo me has descubierto?» Y el chico me contesta: «Por tu chaqueta. Sólo tú posees una chaqueta coma la tuya» —el viejo rió y también hizo reír a Makhno—. Oh, aquí tienes, caliente y humeante mi sopa de puerros y coles. Engulle, mientras, preparo la tortilla —le llenó una escudilla y se la sirvió sobre la mesa, poniendo una cuchara a su lado. Cortó una rodaja de pan de centeno y la dejó junto al plato.

—Come conmigo.

—Déjame preparar la tortilla.

—Después. Tenemos tiempo. Come y cuéntame tus hazañas.

—¿Las mías? Las de otros sí, pudiera ser. Las hay asombrosas. —llenó otra escudilla y se sentó a la mesa—. Tú has conocido a Mara.

Makhno no pudo evitar cierta reacción al oír su nombre.

—¿Sabes que esa muchacha no era de este mundo?

—Quieres decir que estaba... —Makhno hizo un gesto significativo con la mano.

—No. Loca no. ¡Qué esperanza! Eso se dio en decir... Tú sabes como es la gente cuando no comprende algo... En seguida pone las

cosas fuera de su alcance... y se lava las manos. No. Mara era cuerda. Tremendamente cuerda. Le quedaba chico este mundo. Buscó como escapar de él. Era mágica. ¿Tú crees en la magia? Eso vino con los hombres: con la inteligencia de los hombres.

—Fomá, entre tu sopa y tú, no sé a qué atender primero. ¿Qué dices?

—¿No es asombroso tú y yo, ahora, hablando de ella? Y habiendo tantas cosas para charlar entre nosotros. Hasta después de muerta sigue obrando su magia.

—¿Has perdido la razón, Fomá? ¿De qué hablas?

—Tenía que dejar un rastro, una señal de su paso por esta vida.

—¿Sabes que no te entiendo?

—Nosotros tenemos vírgenes, santas y religiosas. Todas dicen haber tenido algo que ver con Dios. Ninguna, que yo sepa, nada con los hombres. Pues ella sí.

—Se enfría tu sopa, come.

—¿No era que querías saber de las cosas que yo he visto?

—Bien. No te pongas así. Dime lo que me quieras decir. Te escucho.

—¡Eh, tú tragas! Ya has vaciado tu plato. ¿Te sirvo más?

—Está bien...

—Déjale la escudilla en el suelo a Rabón —y viendo a Makhno hacerlo y al can acudir—. Ahí tienes, perro, relame. ¿Quieres saber algo, Néstor?

—¿Y tú, viejo, quieres saberlo? ¿Sabes que hace un siglo que nadie me llama Néstor? Ni mis amigos de la infancia. ¿Sabes que estando contigo vuelvo a sentirme humano?

—¡Me dices tales cosas! ¿Y no quieres que se me enfríe la sopa? —se levantó, se sonó la nariz ruidosamente y echó lo que quedaba de su escudilla en la cazuela que seguía al fuego—. Basta de sopa para mí —dejó el recipiente en el suelo para que lo lamiera Rabón—. Pasemos a la tortilla. ¿La has comido alguna vez con vodka?

—¿Vodka? ¿Tienes vodka? ¡Eres una perla!

—No para bebértelo. Para la tortilla.

—¡Así lo desperdicias, Fomá! Tú subviertes todo el orden de las cosas. ¿Dónde lo guardas?

—¡Ah, ah!

—¿Me darás un trago?

—No, si quieres mi tortilla.

—Quiero tu tortilla y quiero tu vodka.

—De acuerdo. No te decepcione lo que te ofrezco. Es todo lo que tengo.

—Puso una botella casi terminada y un vaso a su alcance. Y comenzó a pelar sus patatas y a echarlas cortadas en un colador sobre la cazuela bullente de la sopa, para cocerlas al vapor. Rompió unos huevos, los batió, los saló y les echó unas cebollas picadas. Luego de medio cocer las patatas, las echó en una sartén con aceite y las pasó por ella. Cuando consideró que estaban a punto les volcó los huevos y se complació moviendo la sartén sobre la llama. Por un momento se acercó a la mesa por ver si quedaba algo del contenido de la botella.

—Fomá, no me hagas sentir culpable. Me la bebí.

Fomá corrió hacia la sartén que se incendiaba. La quitó del fuego tomando el mango con un trapo y dio vuelta la tortilla ayudándose con una tablilla redonda que para el caso le servía. La volvió al fuego.

—A chuparse los dedos —dijo al cabo, depositando sobre la rueda de madera la tortilla y aproximándola a la mesa con un cuchillo y dos tenedores.

—Dorada y crujiente. Traga muchacho, está hecha con amor.

—¡Hum! Qué bien huele. No has terminado de contarme esa historia, Fomá.

—¿Yo dije que era una historia? ¿Acaso dije eso? ¿De dónde has sacado que es una historia, Néstor? ¡Qué extraño! ¡Es tan extraño!

Fomá tuvo tiempo, antes de comenzar, de darle unas migas y unas patatas a Rabón. El perro se las comió y se echó a sus pies, la cabeza entre las patas, levantándola y observándolo de vez en cuando, cada vez que el tono de su voz parecía inquietarlo. En el interior de la *dacha* había penetrado la mañana. A través de la ventana se veía caer la nieve. Pero todo indicaba que pronto habría de escampar.

—¿Sabes que yo presencié el sacrificio de Veretelnikoff y sus hombres en el Escarpado? ¿Y que no saliendo de mi estupefacción vi llegar a esa muchacha y nada pude hacer por detenerla y sí, en cambio por alentarla más, del todo, y hacer que se metiese sin remedio en el tiroteo? ¡Qué rostro transfigurado! ¡Me he estado preguntando durante tanto tiempo cómo es que no la alcanzó ninguna bala, una esquirla y en medio de todas esas ráfagas de metralla que atrevesó! ¿Y sabes a qué conclusión llegué? Que siendo imposible ese trayecto sin caer mortalmente herida y no haciendo además ella nada por protegerse de los proyectiles, la única explicación posible es que esa muchacha, en ese lapso de tiempo se volvió inmaterial —adelantó la cabeza a través de esa pequeña mesa de dos tablas y lo miró con profundidad, rascándose la barba pausadamente—. ¡Qué! ¿No te ríes?

¿Me crees? ¿Te lo crees? ¡Ah, muchacho, mi muchacho! ¡Sabía que podía contar contigo! Y que otra cosa podría ser, más que inmaterial, si luego se puso a besar a todos los de Veretelnikoff, ¡muertos y vivos! Y otra vez ninguna bala la alcanzó, ¡ni el más leve rasguño recibió por esa causa! Y allí todos caían y como tú mismo sabrás, nadie de esos bravos sobrevivió. ¿No es cosa de magia? No quiero decir un milagro, porque no puedo aceptar nada que no sea hechura de los hombres. ¿Lo ves como yo?

—Seguramente es como tú lo dices, si tú lo dices.

—Y no sólo eso, Néstor. ¿Por qué esta conversación y precisamente contigo? ¿Sabes que el hombre que primero la violó, volvió por ella y perdió la vida defendiéndola? ¿Y que ella no estaba embarazada y sin embargo retuvo la menstruación durante cuatro meses?

—Hay algo de ella que tú no sabes, Fomá.

Fomá abrió tamaños ojos.

—¿Sabes que esa mujer siempre creyó estar prometida a mí y que yo lo estaba a ella?

—Lo sospeché.

—Tienes otro ingrediente para tu historia.

—Si no escuché mal, has dicho eso con un dejo de cólera. ¿Por qué?

Makhno se lo quedó mirando. Por un momento pensó si valía la pena abrir su corazón. ¿Pero acaso no había venido a eso?

—La vida se ha quedado a mis espaldas, Fomá.

—Generalmente la gente piensa que un hombre en tu posición, seguido y aclamado por miles de personas, debe sentirse pleno, orgulloso y contento con lo que hace.

—Nadie sabe lo que son las cosas hasta no pasar por ellas. Y lo peor es que las cosas ya son; es imposible modificarlas, salir de ellas.

—Me estás contando de tu prisión, Néstor. Eres prisionero de tu propia quimera.

—Exacto. Tú lo comprendes de un vistazo.

—Son las trampas que nos pone la vida. Uno nunca está antes de las cosas sino después.

—No hubiese dejado de hacer nada de lo que he hecho, Fomá. No mal interpretes.

—Lo sé. Sólo que la vida es así de cara. Cuando crees que has arribado, te das cuenta de que tu trayecto no está marcado por una recta, sino por una curva. Todo recomienza. Ese es el secreto, Néstor.

—¿El secreto?

—Y la lucha. La vida continúa.

—No hablo de *la* vida, hablo de *mi* vida.

—¡Claro que tu vida! La de cada uno. Pero la vida es caos y la cuestión es estar en armonía con él. Si te endureces, el caos te arrastra y te pierde.

Makhno volvió a quedárselo mirando.

—Fomá, tú eres un viejo ladino. No me has dicho nunca nada sobre tu propia vida.

—No he hecho más que hablarte de ella. Desde que nos hemos conocido.

—Sabes decir algunas cosas. Y das en el clavo.

—¿Cómo qué?

—Como esta que me acabas de decir: «... si te endureces el caos te arrastra y te pierde». Es eso lo que me está ocurriendo.

Uno de los de afuera se asomó a la ventana y golpeó en ella. El perro levantó las orejas y se puso en guardia, espectante.

—Son los tuyos.

—Déjalos.

—Insisten.

Makhno se levantó y se acercó.

—¿Qué quieren? —preguntó sin abrir.

—Lo buscan del estado mayor.

Makhno se volvió hacia Fomá.

—Adiós, mi viejo amigo. Gracias por el agasajo.

—Adiós, Néstor. Tú sabes dónde estoy... —los ojos de Fomá se llenaron de lágrimas.

Makhno se caló el gorro de piel. Había cesado de nevar. Reverberaba la blanca nieve. Alguien tenía de la brida su propio caballo. Le habían anunciado que un correo traía noticias de Martchenko. Partió.

IV

TRAMA SINIESTRA

El bolchevismo, con avidez de fiera colérica y biliosa, lanzado el zarpazo que costara la vida de Karetnik y de su estado mayor, cebado, tramó de inmediato su segundo atentado en Crimea. Esta vez, contra el otro jefe del ejército makhnovista, el vencedor de Perekov: Martchenko. Esta nueva acción sin reparo, la operaron los rojos ahí mismo, teniendo al frente el itsmo inexpugnable recientemente doblegado. Pero en su caso, no contaron con que Martchenko fuese más prevenido y bajo ningún pretexto lograron separarlo de los 600 hombres que habían quedado de su diezmado ejército de 1500. Pero en cuanto abandonó las alturas escarpadas de Perekov, ignorante de la magnitud de cuanto se tramaba, fue asaltado sorpresivamente por fuerzas muy superiores y batiéndose denodadamente, a costa de enormes bajas infligidas y recibidas, logró romper el asedio establecido y escapar. La bravura con que se batieron los insurrectos y la propia repugnancia de los soldados rojos por lo que les hacían obrar sus superiores posibilitaron su huída.

De los 1.500 hombres que había aportado la vanguardia de Martchenko a la lucha en Perekov, retornaban al encuentro de Makhno en Kortmentchik, con 250. Makhno y los suyos, viviendo horas críticas por las noticias sobre su suerte y estando bajo la impresión por lo ocurrido a Karetnik, si se animaron con la noticia de su llegada, ésta no hizo más que confirmar la traidora acción bolchevique. Makhno dispuso salir a su encuentro a rendirles honores. Eran los héroes de Perekop, la imagen viva de esa fuerza así mermada. ¡Allí estaba lo que había quedado de toda esa fuerza de primera línea que había partido! ¡La flor y nata de la makhnovichina!

Martchenko alzó un brazo y detuvo a los suyos a metros del hemiciclo que habían formado las tropas de Makhno. La severidad de su expresión algo solemne que trascendía de su porte, daban la magnitud de la gravedad de los hechos por sí mismo.

—Tengo el honor de anunciar el retorno del ejército de Crimea —dijo. Resultaba estremecedor ver a esos esforzados: hechas girones sus prendas, destrozados de fatiga, sangrante sus heridas, mas enhiestos en sus cabalgaduras en un arresto de orgullo jamás humillado.

Makhno se adelantó en silencio y desde su montura abrazó a Martchenko. Luego recorrió esas filas de irrenunciables insurrectos y uno a uno estrechó a cada cual las manos. Cumplido el rito, dijo en un rictus que le enarcó las cejas y le ensombreció la mirada.

—Ahora sabemos por nosotros mismos, lo que son los comunistas.

¡Cuánta ingenuidad! Y no sólo la suya. Transcurridos setenta años ¿quién osaría decir que conoce a los comunistas?

Por seguir escrupulosamente la cronología de estos hechos, rastreándolos en toda su alevosa y meticulosa maquinación, tanto como para curarnos en salud con respecto a ellos y si fuese posible, alertarnos para siempre de su inveterado cinismo, retrotraemos los hechos a dos o tres días antes del asesinato de Karetnik.

Por entonces, encabezado el complot por Lenin y Trotzky, la plana bolchevique preparó el terreno de justificativos para su propósito final. Habiendo acordado definitivamente exterminar al movimiento makhnovista a cualquier precio, temiendo que el prestigio acrecentado por la guerrilla en Perekop se constituyese al fin en un vallado insalvable entre la revolución roja y el pueblo, resolvieron de consuno dar a esta determinación prioridad absoluta. Y perentoria. Hecha la paz con Polonia, destruídos los blancos, se hallaron con las manos libres y se dijeron que no habrían de dejar pasar esta preciosa ocasión. (Ya veremos como, en la progresión de los acontecimientos y estos sin tener que aguardarlos en demasía, la propia siniestra trama expuesta en el complot que nos ocupa, se desataría igualmente ante los marinos de Cronstadt). Disponiendo del poderío de esa inmensa nación, cautelosos, preocupados por la repercusión interna de lo que iban a perpetrar, Trotzky se encargó una vez más, de poner en marcha el calumnioso mecanismo de la prensa para difamar a su capricho a la guerrilla. Los órganos impresos del partido comunista —los únicos circulantes por entonces con capacidad de difusión en Rusia—, aguar-

daban, sobre la base de infundios, la orden de poner en marcha la maquinación ominosa. Pronto, cualquier opinión adversa habría de verse contradicha por esa saturación de noticias.

Comenzaron por enviar una orden al «camarada Makhno», emitida el 23 de noviembre y recibida por éste el 28, dos días después de los diversos atentados que marcaron el comienzo de la represión sangrienta contra los cabecillas del movimiento. Esa orden, que de suyo sabían Makhno bajo ningún concepto habría de obedecer, la lanzaron con el solo pretexto de justificación para lo que iban a emprender. Decía en su parte resolutiva:

»1º. Todas las unidades del ex ejército insurreccional actualmente en Crimea deberán de inmediato incorporarse al IV ejército soviético, cuyo consejo revolucionario militar se encargará de su transformación.

»2º. La sección de formaciones militares de Gulaï-Pole deberá ser liquidada. Los combatientes serán distribuídos entre los destacamentos de reserva, según las indicaciones del comandante de esta parte del ejército.

»3º. El Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional deberá tomar todas las medidas necesarias para explicar a los combatientes la necesidad de estas transformaciones.

»Firmado: M. Frunze, comandante en jefe del frente sur; Smilga, miembro del Consejo Revolucionario Militar; Karatyguin, jefe del estado mayor.»

Desde luego que la orden transgredía lo pactado cuando la alianza contra Wrangel pero, de cualquier manera, ¿qué importancia tenía recibida después de consumada la agresión? ¿Quién podría llevar la cronología de los acuerdos y quién publicar sus contradicciones? ¿Quién con método y con tiempo? Lo de ayer, ya no se recordaba y lo de hoy, resultaba tardío... Escudados en su impunidad se burlaron de todo. La cláusula cuarta del acuerdo y que quedara pendiente de sanción —la que se refería al derecho de autodeterminación económica y política—, suscitaba enorme controversia y capitalizaba el interés general de la población, curiosa de programas diversos. Los makhnovistas, al estímulo de su triunfo sobre Wrangel, exigían de la autoridad soviética que se pronunciara al respecto. Los urgía a la vez la inminencia de realización del primer congreso panucraniano de obreros y campesinos en Kharkov de noviembre 25, que habría de reforzarse con la firma del acuerdo, lo que significaba un gran triunfo. No habría de ser tolerado.

Acusados públicamente de sedición y de confabularse para atentar contra el Poder, acusados de desobedecer lo dispuesto por el estado mayor comunista en la orden del 23 de noviembre, fueron decla-

rados fuera de la ley . Inmediatamente emboscaron a Karetnik y atacaron a Martchenko. Por todo los medios procuraron abatir a sus comandos en un intento de *razzia* por decapitar al movimiento. El 23 de noviembre de 1920 los makhnovistas detuvieron en Pologui y Gulaï-Pole a nueve espías bolcheviques pertenecientes a la división 42 de fusileros. Tenían por misión detectar el paradero y los domicilios de Makhno y de todos los miembros de su estado mayor y del Consejo. Reunidos los antecedentes, se remitió inmediatamente la confesión de los inculpados con la denuncia del complot a la jefatura del estado mayor bolchevique en Kharkov, solicitando el arresto y sometimiento a consejo de guerra del jefe de la división 42. Los rojos se dieron prisa en salvar el pescuezo de sus inculpados enviando respuesta, recibida el día 25. Decía: «El pretendido complot no puede ser sino un mal entendido, Sin embargo, las autoridades soviéticas, deseosas de esclarecer el asunto, lo han confiado a una comisión especial y proponen al estado mayor del ejército makhnovista el envío de dos delegados para que participen en los trabajos de investigación de dicha comisión». Todo burla. Comisiones dilatorias con apariencia de ecuanimidad. A la mañana siguiente los bolcheviques insistieron por cablegrama, prometiendo que el asunto sería resuelto a entera satisfacción de los makhnovistas y que se estaba en la intensificación para la aprobación final de la «cuarta cláusula». Prometida esta solución de acuerdo hasta el último instante, los comunistas trabajaban por su tiempo y sondeaban el estado de percepción de los que estaban en el punto de mira de sus fusiles. Seis horas antes de este mensaje, en la medianoche del 24, se había iniciado la represión concretada en principio contra Karetnik. En Kharkov fueron arrestados todos los militantes makhnovistas, como también todas las delegaciones arribadas que se disponían a participar del Congreso, que fue suprimido. Se cortaba en su raíz, lo que en su proyección, sin duda habría modificado las condiciones temporales de libertad, al menos en Ucrania.

Volin y Archinoff debían partir de inmediato para Kharkov como asistentes delegados por el Consejo. La precipitación de los sucesos hizo que Volin, con muy mala fortuna, demorado en Pologui, fuera detenido.[1]

---

1 Volin fue torturado, trasladado de cárcel en cárcel y finalmente recluido en la de Taganka, en Moscú. Trece anarquistas, él entre ellos, iniciaron en julio de 1921, luego de siete meses de prisión, una huelga de hambre, coincidiendo esa huelga con la realización de un Congreso Internacional de sindicatos comunistas en Moscú. Un grupo de sindicalistas asistentes interpeló

V

AGUAFUERTE

Esas mujeres se habían reunido en la *dacha* de Pávlovna Karetnik a darle su pésame y a consolarla. Algunas habían acudido con sus chicos que, sumados a los cuatro de la Pávlovna —tres de su anterior marido, insurgente ya fallecido, y el último de año y medio de Simón, formaban una cascada risueña ensimismada en su propio juego.

Cada una de esas mujeres, con su pañuelo anudado cubriéndole la cabeza, su rostro cetrino o blanco, de fuerte característica eslava, de pómulos pronunciados y boca achatada, jóvenes todas, algunas promediando la treintena, sentadas en largos bancos una junto a la otra, algunas en sillas sueltas, con sus largas faldas, sus zapatones, blusas con sus chalecos grises u oscuros, semejaban esos retratos de campesinos que Millet pintaba. Se estaban calladas, mano sobre mano, o con los brazos cruzados sobre el pecho. Para quien no supie-

---

al gobierno sobre la huelga de hambre de esos detenidos. La interpelación condujo a muchos casos análogos y amenazó convertirse en un escándalo. Trotzky respondió en nombre del gobierno: «Nosotros no encarcelamos a los verdaderos anarquistas, dijo. Los que mantenemos en prisión, no son anarquistas, sino criminales y bandidos que simulan ser anarquistas». Los delegados no se dieron por satisfechos. Exigieron la libertad de los trece de Taganka. El gobierno, temiendo revelaciones más graves, prometió su libertad. No lo hizo sino dos meses después, ante la irreductible presión de las delegaciones que desde el extranjero alarmaban levantando tribunas denunciando el hecho. Entre los diez libertados, so pena de ser fusilados si regresaban por cualquier razón a Rusia, se encontraba Volin. A los tres que quedaron se les incoó un proceso amañado por falsificación y se les fusiló. Samsonoff, jefe de la *Tcheka*, le había dicho a Volin estando éste en prisión: «¿Nos llama usted pérfidos? Nosotros hemos aprendido mucho desde el comienzo de la revolución y ahora hemos llegado a ser verdaderos y hábiles hombres de Estado».

se de ellas, podrían parecer hermanas de una orden ignota. Y lo eran. De la orden campesina, marcadas con una señal inequívoca: sus manos endurecidas de la azada y de los trabajos del campo; manos vastas, cuadradas, de uñas recortadas y casi siempre negras de tierra en los bordes. Todas ellas, de alguna manera, combadas sus espaldas, parecían ocultas, ensombrecidas por su vestimenta, sólo tolerable para ellas. Vistas con mayor atención, se comenzaba a descubrir rasgos diferenciados, distintivos entre unas y otras. Esos rasgos destellaban y se distinguían, en algunas en los ojos antes que en nada. Como brasas negras o pardas en el fondo de sus cuencas, parecían engarzados, animados de intensa vida en unas. En otras, como si hubiese huído la luz de ellos, se opacaban, umbríos, sometidos por la fatalidad. Pero sin estar vencidos. Es que no tenían la coraza o la defensa de las otras y los sucesos marcaban su huella en ellos. Una estaba cortando en rodajas un pan para repartirlo entre los chicos. Estas mujeres de Gulaï-Pole no lloraban. Estaban secas o gurdaban su torrente de lágrimas por hacer honor a sus hombres. Porque, de los enormes sufrimientos y la tragedia constante en que se desenvolvían sus vidas, un sentimiento confortante, nacido de saber que estaban haciendo lo que debían, proyectaba sus vidas haciéndolas sentir íntimamente orgullosas de acompañar a hombres también orgullosos, tenaces, dispuestos a dar la vida —y la daban a diario— por nada más que un ensueño, una quimera, una idealidad, una fantasía. Pero, ¡qué fantasía! Ellas no podrían ser ganadas por ninguna otra corriente, ninguna otra fantasía habría de posarse en su frente, hablarle al oído descansando en su hombro como simuladas palomas de la paz... Ellas estaban en la guerra. Ellas pertenecían a sus hombres, a esta raza que se daba toda, sin guardarse nada, con despojo total de egoísmo, salvo el profundo y vital de afirmarse en su ego de hombres convencidos de que hacían lo mejor, lo indispensable, lo que había dado sentido a su vida, levantándolos de la tierra esclavizadora, llenándoles los ojos de horizontes y de ideas; de un dieal, la abombada cabeza, hasta ayer empecinada en los surcos y las cosechas. ¡Aparentemente! Germinando poco a poco en ellos la rebelión, devenida ahora en programa de justicia y libertad. ¡Eran hombres! Ahora habían cobrado su entera dimensión. Ahora se sentían todo el cuerpo como mucho más que el sostén de sus brazos; se sentían integrales, como en esos ejercicios de relajamiento en que el abandono gradual del embrutecimiento y las tensiones dejan los músculos y los nervios limpios y hacen sentir entero, de la cabeza a los pies, como una entidad indivisible y armónica. Así de ligeros se sentían esos campe-

sinos prodigándose en la makhnovichina. ¿Qué les importaba la amenaza de vida, si así vivían?

Todo eso sentían ellas, transmitido, desbordado por ellos. Y aunque a veces ellos permanecían ausentes por semanas, por meses, otras sin regresar ya nunca, ellas los sabían a la caza de esos sueños, de esa quimera y no veían que a nada más alto podían aspirar y aguardar que a esos hombres de leyenda, de sagas, pescadores de sirenas, buscadores del fruto de la vida eterna.

Y cuando los veían, cuando se encontraban, una sola cosa querían: quedar preñadas de esos hombres formidables. Entonces se soltaban el pelo, lo peinaban, se bañaban como en busca de un secreto estado de pureza, se desnudaban en la sombra de su alcoba, abrían las piernas y se abrazaban a ellos haciéndose penetrar bien hondo, todo lo hondo que pudieran en busca de esa semilla genital. Un extremo dulzor las invadía y se echaban como si tierra fuesen ellas mismas, a contar los días de la germinación y la cosecha.

Ahora estaban allí, correteando sus chiquillos, guardando silencio por los ausentes, ellas, por los que nunca más volverían a ver.

Se abrió la puerta y por ella entró una figura que más parecía una sombra que una persona. Silenciosamente buscó un lugar en donde acomodarse. La vieron llegar. Sabían quien era. Apenas si se detuvo, inclinándose levemente ante la Pávlovna y siguió hasta el sitio que se había asignado. De un tiempo a esta parte, como si se hubiese prometido esa misión, al aviso de la muerte de algún makhnovista, ella concurría, excusando con eso a su hijo. Y casi no pasaba día sin hacer alguna de esas visitas. Los vecinos de Gulaï-Pole, cuando la veían pasar por sus calles, ya sabían que alguien de la makhnovichina se había muerto.

—*Mamucha* —le decían—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Todos son mis hijos —contestaba ella sin detenerse.

VI

EL LINCE HERIDO

El resto del ejército de Karetnik en Crimea, al que los bolcheviques intentaron reabsorber y al no lograrlo, coparlos y destruírlos, se sublevó y a través de la única ruta de entrada y salida por tierra de Crimea, el estrecho de Sivach, intentó abrirse paso. Los rojos tenían copadas las alturas y bloqueadas la desembocadura, por lo que los intentos no prosperaron. Ese ejército de insurgentes de más de dos mil hombres, se debatió deambulando por la región, buscando un paso que le era caro ya que había de unirlo a sus mandos y al grueso de la guerrilla. Esta situación sin posibilidad de rescate, ya que el grueso también padecía de lo suyo en su región, se prolongó por espacio de meses en Crimea, amenazando con convertirse en crónica. Los insurgentes hicieron su acopio de pertrechos bélicos de los restos abandonados por Wrangel y seguían dando la sonata de la guerra a fuerzas muy superiores que no les perdían pisada...

—¿Esos hombres no se dan por vencidos ni se fatigan jamás? —así era.

—¿Imposible el establecimiento de la sociedad igualitaria, su cultivo?

—¡Guerra!

Pero nada disuadiría ya a los rojos, ni nada esta vez modificaría las circunstancias. Con gran dolor Makhno debió resignarse a dar por perdido a su ejército en Crimea, ocupado como se hallaba, en sobrellevar la avalancha de soldados rojos. Makhno tenía a su vez, sobre sí, completando el cuadro, un ejército de ¡200.000 hombres! Lo supo. Lo palpó.

Makhno dividió sus fuerzas, se reservó su guardia y caballería y con ella maniobró en la región de Ekaterinoslav. Lo propio hicieron

sus fuerzas divergentes, trasladándose de uno a otro punto, para crear confusión, dando la impresión de mayores unidades y evitando ser cercadas en puntos establecidos. Conocedores como nadie del terreno que pisaban, la guerrilla daba sus golpes por sorpresa y se licuaba a la vista del enemigo que una y otra vez, con tosudez obstinada, los perseguía. La diferencia evidente del volumen entre la guerrilla y el ejército rojo, le daba a éste la certeza que la realidad parecía negarle.

Así, un poco al garete, se fue poblando la región de tropas rojas diseminadas por todas partes. Lo que convertía en muy peligroso transitar por ella. Como la vez en que Makhno, maniobrando allí, eludiendo a unos vino a dar de lleno con contingentes rojos advertidos de su presencia que, cundida la noticia, se unieron para acometerlo. Superado, Makhno se vio obligado a huir seguido de su escolta. Perseguido durante varios kilómetros, recibió una bala que le atravesó una bota y le destrozó el tobillo. Prácticamente con el pie en vilo prosiguió en su montura con los perseguidores ensañados a su espalda. Sintiéndose desmayar en más de una ocasión y advertidos sus comandantes, temiendo por su suerte decidieron dividir la fuerza tratando de detener a los seguidores presentándoles un frente. Kalchnikoff y cien hombres a su mando se encargaron del intento. Así Makhno fue sustraído a la persecución y al fin pudo atenderse su herida. Leo Zinkowsky se dispuso a prestarle la primera atención. Descubierto el tobillo, en el rostro de Leo se manifestaron señales poco tranquilizadoras. A Makhno el dolor que le provocaba el solo tanteo de Leo lo descomponía.

—Tendrás que ser visto por un médico —dijo éste.

—¿Y tú qué eres? —gritó Makhno.

Lo llevaron a un sitio en Gulaï-Pole y le procuraron un médico. No otro que Aarón Levin. Aún cuando, de todos los sitios, Gulaï-Pole pudiera parecer el menos indicado, no lo era tanto por las seguridades que ofrecía. Habiendo sido la cuna del makhnovismo, permanecía fiel como nadie y dentro de la incertidumbre general, resultaba el abrigo más cierto. Eso entendieron los comandos de Makhno que no vacilaron en ocultarlo allí. Las fuerzas de Kalchnikoff, desprendidas de esos perseguidores, más otros ciento cincuenta hombres, guardaban, distribuídos en *dachas* aledañas, la ocupada por Makhno.

—Deberás estar en reposo... Mucho cuidado con resentirte.

—Doctor, ocioso me emborracho...

—Lo prefiero a que te andes moviendo —con total seriedad le contestó el médico—: Si no te mueves... en tres o cuatro semanas podrás volver a caminar.

—¿Qué? Doctor, usted no tiene noción del tiempo —se exasperó Badko.

—¡Qué niños son estos hombres! —pensó Aarón Levin. Y en voz alta casi sin propósito, dijo—: La vida es un soplo. Se troncha como la espiga en la siega —todos se le quedaron mirando.

—¡Vaya el ánimo que da usted! —exclamó Makhno con sarcasmo.

—Si te mueves —prescribió ahora el médico—, dificultas el proceso de curación. Tienes ligamentos rotos, huesos astillados... Deben soldar... Esto, más que con nada, se cura con reposo.

—¡Doctor, me está saboteando! —le gritó Makhno.

—Yo vuelvo en diez días, Badko. Leo sabe qué hacer...

—¡Diez días! ¿Está en sus cabales, usted? ¡Estos campesinos se juegan la vida guardándome! ¡Y yo...! ¿No sabe que estamos en guerra? ¡Haga algo!

—Nada más puedo.

—¡Me clava un puñal!

—Lo siento, Badko. De verdad lo siento... —dijo el médico cerrando su valijín. Y pensó: «Mis prescripciones se las lleva el viento... No creas que eres tú solo. Me voy y cuando regreso, ya no están...»— ¡Hasta la próxima! —se despidió en su tono habitual—. Cuídate, Badko. —le extendió la mano y lo propio hizo con los viejos campesinos que allí estaban presenciando en silencio y con Leo que lo acompañó hasta su coche.

Makhno se revolvió de impotencia. Probó su pie, intentando un movimiento pero el dolor lo clavó en su sitio. Se palpó el vendaje.

—Tenga paciencia, Badko —le dijo la campesina—. Y no se tome cuidado por nosotros... ¡Es un honor!

Bien sabía él con qué espíritu tomaban su cometido sus paisanos.

—El honor es recíproco —contestó. Pero al regresar Leo se le agrió el carácter—. ¡No me harás tragar su prescripción! ¡Vosotros, los médicos, no tenéis el menor sentido de la situación!

De improviso llegó Kalchnikoff con la mala nueva de que importantes fuerzas rojas estaban rodeando Gulaï-Pole.

—Para eso hace falta todo un ejército —fue la rápida deducción de Makhno.

—Parecen disponer de él... A lo que se ve...

—Seguramente intentarán coparnos por los cuatro lados.

—Eso mismo estamos pensando todos, Badko —Kalchnikoff se atuzó el bigote.

—¡Pues no perdamos más tiempo! —Makhno se echó fuera del lecho reclamando su muleta.

Inútiles resultaron las protestas de Leo instándolo a que se hiciese trasladar en una *tatchanka*. Makhno se hizo subir en su silla de montar, metió su pie sano en un estribo, haciéndose amarrar el herido al otro y con la premura del caso, sin hesitar señaló el camino. Sus hombres reunidos le siguieron. En casos semejantes, frente a una premura, nadie osaba discutirlo. Él entendió que más valía salir al encuentro que aguardar y eso hacían. Si bien, en este caso con lacerante preocupación por su tobillo herido. Uno y otro, dificultad por su cometido y temor por su suerte, fueron superados con mayor prontitud de lo que cuesta describirlo. Tomados por sorpresa los del vallado artillado, cedieron ante la embestida de esa tromba de caballada y *tatchankas* que se abría camino diezmando con su fuego cerrado, certero e implacable. Lo que sí lograron los rojos, fue una vez más echar sus destacamentos en persecución de los que se abrieron paso. Makhno ocultó su fuerza en el bosque colindante a Gulaï-Pole, que conocía tan bien y en el que muy pronto renunciaron a perseguirlos los rojos, dado el número de sus bajas, emboscadas por la guerrilla.

Si bien, eludiendo temporalmente a sus perseguidores —¡sólo temporalmente!— Ese suceso intempestivo se les impuso como una señal fatídica de esta nueva etapa que comenzaban a experimentar. No les cupo dudas de que esa sensación constante de sentirse asediados, habría de ser el signo de lo que les restase de vida y de voluntad para enfrentar ese destino.

Al fin, reunido Makhno con la guardia que le protegía, se comprobó que faltaban veintidós camaradas. No pequeña la pérdida. Entre ella, a la hora de recabarla, Kalchnikoff, a quien alguno atestiguó haber visto caer tomado de lleno por una ráfaga de metralla. Y Garcucha, al que le hocicó el caballo frente a una explosión, lanzándolo por el aire.

Kalchnikoff, Garcucha... ¡Con qué facilidad; que intrascendencia! ¡Suprimidos! ¡Ya sólo dos nombres! ¡Qué absurdo! Hace apenas un instante, vocación, plenitud, arrojo, desinterés. Condiciones amalgamadas conformando un ser único e intransferible... Y de pronto yaciendo sin vida. ¡Cuánta vida tronchada en el cogollo de su proceso histórico! ¡Y qué de la mujer del ex teniente, ignorante aún de haber sido alcanzada por la tragedia! Las acciones se llevaban a muchos, algunos más íntimos, que abrían cauces ignotos en el ánimo y a los que pronto ese trance de muerte revelaba y elevaba a una categoría que la cotidianidad ocultaba. ¡Y ese trance mismo pasaba como una ráfaga! Ya nada se detenía; todo entraba en una vorágine. Lanzados a riesgos, ni cabía la nostalgia por seres perdidos. ¿No lo estaban? ¿No lo iban a estar todos?

Makhno quedó anonadado. Mantenía fresca la presencia de esos dos. Garcucha y Kalchnikoff... Si podía creer que no era cierto lo que le acababan de informar. Tenía mayor vivencia la presencia rememorativa que la realidad. Sin embargo, podría llamarlos, buscar detrás de esos nombres, que nunca más aparecerían ellos. Guardó en lo profundo su sentimiento, sin ninguna exteriorización. Y le resultó irrisorio y hasta vergonzoso el cuidado que Zinkowsky se tomaba con su tobillo, no obstante parecer imposible de ver.

De inmediato dispuso que se fuese en procura de los contingentes dispersos en la región. En cinco jornadas, las fuerzas que comandaban Kurilenko, Kojin, Stchuss, Petrenko-Platanoff, Gabriel Troian, un joven que se había destacado y fuera promovido, Klein, Martchenko y otros, terminaron de presentarse. Reunidos, conformó dos unidades: una de 1.000 jinetes y la otra de 1.500 infantes. Otras fuerzas, al igual que la de Crimea, por distintas causas se encontraban impedidas por la maraña inextricable de tropas rojas. Con los que tuvo bajo su mando, resolvió emprender un contraataque al ejército rojo que se había apoderado de Gulaï-Pole.

Singular resultará narrar esos hechos relevantes de la resistencia insurgente porque en ellos, tanto como en las luchas referidas estrictamente a la guerra, en los que la guerrilla se alzó con victorias inverosímiles, dada la magnitud de las diferencias de las fuerzas enfrentadas, se realizó un rápido, diremos fulmíneo proceso de captación de las fuerzas rojas por la población, que sin quitar la justa relevancia a los triunfos obtenidos por las armas, tuvo mucho que ver, porque contribuyó a la minada moral de los soldados rojos. Eso explica el fracaso sin precedente de ese ejército de 200.000 hombres, diversificado, correteando la vastedad en procura de fuerzas que ya vimos a cuanto ascendían. Y es que al ocupar Gulaï-Pole la división 42, creyendo con ello desbaratar la plaza generadora del movimiento makhnovista, se encontró con el problema insoluble y fenomenal, ya experimentado en ateriores ocasiones de contacto directo entre tropas rojas y guerrilleros o tropas rojas y poblaciones, pues los soldados advertían de inmediato que esos militantes ni eran «bandidos», ni «propietarios». Que se trataba de campesinado libre y anárquico y de camaradas en el sentido más profundo de la palabra. Esta comprobación, haciéndoles caer la venda de los ojos volvía impracticable la guerra alentada por la superioridad, convirtiendo las deserciones en minado permanente de su estructura.

En Gulaï-Pole precisamente y en los pocos días en que la 42, integrada por 8.000 fusileros fue dueña de la aldea, fue donde se operó la primera manifestación evidente de esta simbiosis de cambio. La comprobación sucesiva de que cuanto se les inculcara era falso, dio ese resultado. ¡Gulaï-Pole! ¡Nada menos que a Gulaï-Pole venir a parar esos 8.000 soldados! Pero hubo de pasar las suyas la población.

Al no poder ejecutar los capitostes los juicios sumarios previstos para cada caso de captura de guerrilleros o de militantes activos de la insurgencia, por no tener a ninguno de aquellos, ni de éstos, en su poder, comenzaron a coger al azar pobladores y a guisa de rehenes, al precio de que denunciaran el paradero de los buscados, preferentemente de Makhno, al que sospechaban herido y oculto en las inmediaciones, les ofrecían salvarlos de ser fusilados. Uno a uno se dejaban matar antes que pronunciar palabra comprometida. Pero algún resultado obtuvieron de su propósito al lograr en algún caso, que alguien buscado se presentase a cambio de la vida de su padre, su mujer, una hermana. Y en cada caso en que esto acontecía, procedido al canje, el arbitrio inexorable llevaba hasta el fin su propósito. ¡Ni que decir de las escenas patéticas y desgarrantes que hubo de presenciarse!

Los soldados, testigos de estos hechos, sacaban sus propias conclusiones. Les resultaba repugnante formar parte de los pelotones de fusilamiento y en ellos desviaban sus armas, logrando con ello, en la demora, hacer más cruento el procedimiento. Y lo que acabó de cambiarles el criterio y hacerles vislumbrar más la mentira fraguada sobre la base de que se las tenían que ver con enemigos de la revolución fue que, en cada caso en que se acercaban por distintas razones a la gente del pueblo y tanto más a los propios condenados, unos y otros no cesaban de repetirles lo mismo.

— No se dejen engañar. ¡Abran los ojos!

—Nosotros somos pueblo, como ustedes. Y sufrimos y vamos a morir por la causa de la igualdad y la libertad. No por el poder de Rusia.

—¡Niéguense a obedecer! Se los quiere convertir en asesinos. Matándonos, no hacen otra cosa que matar a sus hermanos.

Y más que palabras, la actitud, la presencia de esa gente nada sumisa —¡qué sumisa, arrogante!— que sobrellevaba con entereza sin par la adversidad, los dejaba de una pieza, los conmovía, los hacía pensar... Con la consiguiente alarma entre sus mandos, testigos del resquebrajamiento de la moral general de la tropa que no acertaban a controlar.

Cuando en la madrugada del 6 de diciembre Makhno se presentó a librar su batalla contra la división 42, la mitad del riesgo y de la partida estaban resueltos, ganados por la propia población de

Gulaï-Pole. A una semana de que se hubiesen adueñado de la aldea, la mortificada espera signada por esos fusilamientos tocaba a su fin. La división roja fue arrollada y vencida en pocas horas. Makhno basó en la sorpresa, la contundencia y la dirección inequívoca de su asalto, enfilado hacia el sitio en que el estado mayor rojo pergeñaba sus órdenes y por ende su estrategia. Amenazado de ser copado y desconectado de sus fuerzas, que comenzaban a rendirse, optaron por la fuga. Decapitada, la 42 se rindió. Se hicieron 6.000 prisioneros, con todo su bagaje. Oficiales notoriamente reaccionarios y personeros de la *Tcheka*, fueron ejecutados. 2.000 soldados expresaron su deseo de pasar a las filas de la insurrección. Notable resultaba observar como quedaba desbaratada la red calumniosa tramada por los bolcheviques y triunfante la fraternidad. ¡Y esa era la amarga evidencia que constataban los comisarios rojos! Y cuando no, el deterioro moral producido en la soldadesca flotante, que aprovechando la circunstancia, se desentendía desilusionada del servicio que cierto era, no tardaba en ser alistada en amplias redadas punitivas. Pero, ¡qué recibían!

—¡Deberíamos enviarlos a Siberia, no reincorporarlos! —bramaba Trotzky—. No tienen valor ni para defender su propia causa.

Tres días después, Makhno asestó otro duro golpe a los bolcheviques cerca de Andreevka. Durante toda la noche y el día siguiente sostuvo combate contra dos divisiones, a las que logró vencer, haciéndoles entre 8.000 y 10.000 prisioneros. Recuperaron de inmediato su libertad los que no decidieron plegarse. Éstos, como los anteriores y los que en cada ocasión iban a quedar librados a su suerte, quedaban prisioneros de ese círculo de hierro —¡el entramado de decenas de ejércitos rojos!

Desde su puesto central de mando de la expedición punitiva a Ucrania, Trotzky se prodigaba en su afán de caza, enviando cada vez más fuerzas y acuciando personalmente a las tropas, en una suerte de maratón de arengas. Lleno de fervor y blandiendo la hoz y el martillo, decía cosas por el estilo a los soldados.

—Camaradas: no vengo a descubrirles quién soy, ni quienes hemos hecho la revolución proletaria. Lo saben ustedes bien. Saben muy bien quién es el camarada Lenin y quién el camarada Trotzky. Saben que hemos luchado contra todas las confabulaciones del capitalismo internacional reaccionario, planteadas en la Unión Socialista Soviética contra el pueblo y los principios revolucionarios, ¡y los hemos vencido! ¡Hemos derrotado la invasión blanca sostenida por la Entente internacional! Ahora vamos a extirpar esta sublevación de *kulaks* y propietarios en armas. ¡Como cizaña! Porque ellos representan

la contrarrevolución. ¡Más peligrosa que ninguna! La llamada makhnovichina usurpa nuestras premisas para engañar. Se dice socialista, anarquista, libertaria, todo sea con tal de atraerse incautos. ¡Pero aquí estamos los de la verdadera, los de la real Revolución! ¡Y los vamos a extirpar! A esto he venido personalmente a Ucrania. ¡A aplastarlos! Ellos detienen aquí el avance de la revolución socialista soviética. Pero no será por más tiempo. Porque, ¡quién disuade a los pueblos! ¿Quién es capaz de vencer la decisión de un pueblo en armas? ¡Por primera vez las armas que ustedes empuñan son de ustedes! ¡Hagan el honor de servirlas, borrando a los enemigos de la Unión Socialista Soviética!

A pesar de su propio énfasis y su oratoria consagrada, no era profundo el interés que despertaba. Lo palpaba en la falta de eco, en el reservado entusiasmo de sus oyentes. Si comenzada la gira confió en sus dotes para reanimar a sus huestes, la emisión reiterada de su discurso cayendo en el vacío se le fue imponiendo como un desafío. Ya habría él, más tarde o más temprano, de «borrar con escoba de hierro» a los makhnovistas. Este encuentro con la tropa lo cargó al tributo que debía pagarse para que no dejara de decirse que pueblo y Estado, eran uno e indivisibles...

En respuesta a ese intento de fortalecimiento de la moral de la tropa roja, Makhno descargó tres golpes sucesivos. El primero en la proximidad de Tokmak, tomando a la división allí estacionada, a las espaldas del Molischnaïa; otro en Tzarekonstantinovska; y en los alrededores de Berdiansk, junto al Azof, el último. En todos ellos hizo miles de prisioneros y acopio de armamento que no tuvo más remedio que destruir, imposibilitado de transportarlo y considerando inútil esconderlo. Él y su estado mayor, contemplando los desechos, compilaban la paradoja de haber penado por pertrechos y ahora destruírlos por no tener qué hacer con los sobrantes.

Siendo cuantiosas las pérdidas bolcheviques, de inmediato eran repuestas, en una manifestación inagotable de recursos capaces de disuadir al más empecinado. Y ese era ciertamente el mensaje que pretendían hacer patente esas armas. Pero no hay peor ciego que el que no quiere ver... Sin embargo, la mella hacía su rumbo. Emboscados y luego fusilados cayeron Popoff, Tchredniakoff, Alejandro Lepetchenko, que en esta se la tuvo que ver sin su hermano para morir. La región se había convertido en un enorme coto de caza mayor, adonde afluían cazadores y tramperos sin solución de continuidad. Los rojos parecían apostar la suerte de su guerra a la consunción de su adversario o a un golpe afortunado que les diese la cabeza de Makhno. Las dos opciones se negaban.

En ese estado de cosas, el oso guarecido en el Kremlin sacaba partido de esas derrotas sucesivas.

—¿Tiene información, camarada, de los hechos en Ucrania? —preguntó Stalin. Lenin lo sabía todo. Pero, ¿cómo saber de cuánto más podía estar enterado el camarada inquisidor?— ¿De Gulaï-Pole? ¿Andreevka? ¿Tokmak, Tzarekonstantinovska, Berdiansk?... —prosiguió José.

—La suerte de esos guerrilleros está echada, camarada. Pierda usted cuidado —dijo Lenin.

—Sí, pero, ¿a qué costo? No son pocos los lugares que enumeré.

—Vamos a lanzar a la lucha fuerzas de la Rusia Central.

—¿No es un tanto desproporcionado, camarada?

Lenin detestaba encontrarse a solas con este hombre. Pudiendo, lo eludía. Pero aquel parecía poseer el secreto de todos sus pasos.

—Confíe. Solamente resta un puñado de ésos.

—¡Precisamente!

—Los estamos cercando...

—¿Con esos resultados?

Como era su pérfida costumbre, cuando se sabía con cartas de triunfo en la mano, aguijoneaba, empujaba... Stalin observaba esa leve palidez que asomaba en la cara del jefe, cada vez que se le acosaba, contradecía, irritaba. Parecía aguardando esa manifestación para exacerbarlo.

—No quisiera insistir, camarada —pero lo hacía. ¿Qué le ocurría a Lenin con este hombre al que preferiría no tener que ver tan continuamente?— Es nuestra responsabilidad —martillaba Stalin.

—La sacaremos al frente. ¡Como tantas antes, después, durante la revolución! ¡Qué impaciente! No todo se logra tan pronto como se quisiera... ¿No le alcanza saber que la suerte de esos *mujiks* ucranianos está sellada?

—¡Lo sabemos! ¿Pero no cabría una amplia explicación del camarada Trotzky? No soy solamente yo el que se inquieta, camarada...

—¡Hablan a mis espaldas! ¿Necesito indicativos? ¡Gente que no arriesga gran cosa! —había alzado la voz.

El objeto perseguido había sido logrado. Stalin se retiró. En cuanto Lenin quedó solo, pensó en llamar por cable a Trotzky. Se contuvo. ¿De qué valía apurarlo? ¿Acaso había alguien en Rusia, más capaz que ese hombre para resolver esa situación? ¿Ni nadie que lo desease más que ese mismo hombre? A Lenin no se le habrían de ahorrar motivos para demostrarle su solidaridad en los meses subsiguientes.

VII

¡CRONSTADT!

—¡Hemos vencido sucesivamente tres ejércitos, Badko! ¡Nadie soporta eso diez veces! —dijo Vdovitchenko.

—¿Diez? ¡Serán cien! Estamos dando golpes en el mar —exclamó Makhno, colgando de su muleta.

—¡Nosotros estamos enteros! —dijo Klein.

—¿Enteros? —fue la réplica de Makhno.

—¡Y agrandados! —reforzó Budanoff—. No hay como ver destrozado al enemigo.

—¡No se envalentonen! ¿Están ciegos? ¡Enteros! —denostó Makhno.

—Y nosotros cada vez somos más. —Insistió Budanoff.

—¡No te desalientes, Badko! ¿Estás desalentado? —lo dicho por Stchuss hizo reír.

—Conocen el mito de la hidra... —dijo Makhno por demás serio—. Pues eso es el ejército que enfrentamos. Cada corte, cada derrota que le infligimos le sirve de estímulo para crecer.

—¡Ellos no son la hidra!

—Sus reservas son inagotables.

—¿Lo son?

—Nos echarán el país encima.

—¿Podrán?

—¡Es lo que quieren que entendamos!

—Eso es cierto. Lástima que seamos tan cabezas duras —dijo Vdovitchenko, levantando exclamaciones de algarabía.

—¡Eh! ¿Se ha decretado el jolgorio? ¿Están viendo ustedes más que lo que yo mismo? —parado en un pie, en medio de sus hombres, Makhno repasó a todos con la vista.

—A propósito, me viene a la mente —intervino Kurilenko—, un ejemplo de una historia que leí hace tiempo... Entonces, los griegos se defendían de la invasión de los persas. ¡Un puñado de miles contra dos millones y medio! ¡Y los derrotaron! —voces de aprobación y aplausos aprobaron entusiastas la referencia. Retornada la calma, prosiguió Kurilenko—: En esa guerra, un soldado ateniense, Sófanes, llevaba al combate un ancla de hierro encadenada al cinto de su coraza. Al aproximarse los enemigos, Sófanes clavaba el ancla en la tierra arenosa de la playa por la que se producía el abordaje de los persas y los aguardaba, espada en mano. Cuando los estragos y la devastación que producía en su derredor hacía que sus enemigos huyesen, levantaba el ancla y buscando otra vez lo más intrincado del combate, volvía a enclavarla y ¡cuidado con él! ¡Cuidado con nosotros!, digo yo. Cada uno de nosotros no es menos que Sófanes y todos juntos menos que los griegos —el relato de Kurilenko lo cerró una salva de aplausos sostenida.

Descansando fatigas, reponiendo fuerzas, revisando sus equipos, sus armas, bajo la cruda inclemencia del invierno estepario que convertía en blanco sudario el terreno y hasta donde alcanzaban los ojos, sin preguntas, con su manifiesta determinación, sabiendo que en cualquier momento podían ser requeridos para esta lucha de redadas y perder la vida en ellas, mantenían viva su determinación de resistencia. El campamento en que se encontraban era provisional, apenas un alto en el camino, sujeto a alarma. Metidos bajo las *tatchankas*, cubriéndose con capotes, mantas, teniendo la silla de montar por almohada, masticando pescado seco, carne de carnero ahumada, una rodaja de pan de centeno o galleta, frijoles hervidos y rodeando el fuego para calentarse, en grupos, bebían su té, su trago de vodka, mascaban tabaco, fumaban su pipa. No había llegado la noche, ni había acabado de irse el día. Era la hora del crepúsculo y ese medio tono, iluminado todavía por resplandores, iba cubriendo el paisaje hasta los confines, cumpliendo su rito inmutable...

Por donde fueran, siempre las mismas noticias alarmando la región. No se trataba sólo de los topamientos diarios, los enfrentamientos imprevistos, el saber la región infectada de bolcheviques; eso lo veían, les sangraba en sus muertos. Era mucho más que eso, era un círculo de hierro, siempre donde quiera que fuesen. Se trataba de una táctica. Un método nuevo. Por noticias recogidas de campesinos, obreros, mineros, pobladores, según el paraje que ocasionalmente atravesaban, sabían que el enemigo, detrás y delante de ellos, sistemáticamente, como un temeroso jugador de ajedrez que teniendo todo

para ganar prefiere, a riesgo de demorar la partida pero asegurándosela, avanzar paso por paso los peones, cuidando de mover sus piezas grandes, así los bolcheviques ocupaban, una a una, ciudades y aldeas, estacionando en ellas guarniciones, regimientos, sus divisiones, ¡el ejército de la Unión Soviética!, que estrechaban en un círculo implacable a la guerrilla.

Esta grave situación era motivo del debate asiduo del estado mayor insurgente. En esta ocasión se hallaban todos ante un mapa plagado de puntos rojos como sarpullido, presentado y confeccionado por Belach, para que tuviesen una idea más clara y gráfica del conjunto de la situación. Cada punto representaba asentamientos de tropas bolcheviques. Totalizaban una maraña, una red inextricable imposible de ser superada. Belach les mostraba lo que ya sabían. Podía resultarles indiferente o no, traspasar los efectos de una comprobación. Sin embargo, el mapa gráfico los dejó mudos en su contemplación. La observación, marcando la concentración en progreso del enemigo, resultaba aplastante.

—Y aquí, en este momento nos encontramos nosotros —señaló Belach. Por si algo patético faltase al dramatismo circundante, esa uña larga y negra de Víctor, lo obtuvo—. Lo señalo con la uña del meñique porque como ven otro dedo no me cabe —a algunos les causó gracia esto dicho, pero el trago era bien amargo para el jolgorio.

—Así que... ¡Así es la cosa! —dijo Makhno, francamente perplejo.

—Es la realidad, Badko —dijo como disculpándose Belach.

—Debemos saber dónde estamos parados, ¿no? Buen trabajo, Víctor —respondió Makhno, sin apartar la vista del mapa.

—Penoso, dime.

—En fin, ¡es así! —todos parecían magnetizados por el gráfico—. Ignorarlo es peor.

—¿Qué piensas, Badko? —preguntó Martchenko.

—Lo que todos, me imagino... Que nos perdieran la pista —voces francas y aprobatorias apoyaron ese deseo.

—Los rojos convergen sobre nosotros cada vez que nos contactan... —dijo Belach—. ¿Cómo desconectarnos? No veo cómo, lamentablemente, Badko.

—¿Cómo? ¡Sacándonos tantas moscas de encima! —estalló Makhno.

En ese momento un miliciano de guardia entró en la habitación en que estaban debatiendo.

—Si se puede, Badko... —interrumpió—. Fuera hay uno que viene de lejos y trae recado de urgencia para usted... Se llama Tchubenko...

—¿Tchubenko...? Dos Tchubenko murieron en Peregonovka...

—Éste es un hombre ya mayor.

—¿Me perdonan los compañeros un momento? Hazlo pasar —dijo Makhno al guardia y agregó, dando unos golpes con los nudillos sobre el mapa—. Por estos corredores corre nuestra sangre, camaradas. Mejor busquémosle la salida.

—¿Acaso hay otra?

—¡Pelearla!

—¿No quedamos en que esa no va?

Se trenzaban, cuando introdujeron a Tchubenko. Todas las miradas se dirigieron hacia él. Era un viejo de estatura media, ojos vivaces que lo observaban todo, barba canosa, metido en una larga chaqueta gastada y debajo de ella otra y otro abrigo más se veía asomando de su cuello. Calzaba botas y se abrazaba hasta las rodillas con unas tiras atadas que sujetaban sendos retazos de piel de carnero. Llevaba la cabeza envuelta y usaba gorra con visera. Aquí y allá rastro de nieve y mojadura en sus prendas. Se quitó la gorra y la sacudió sobre su hombro. No acertó a quién dirigirse.

—¿Qué debe decirme? —le preguntó Makhno de pie frente a él.

—¿Usted es el Badko Makhno? —pareció asombrarse el viejo.

—¡Cómo! ¿No me conoce? ¿De dónde es usted?

—De Pokrovskose.

—¿Y no me conoce? ¿Dónde ha estado las veces que estuve en su aldea?

—¿Yo? Trabajando. Mis dos hijos estuvieron con usted. Los dos eran Tchubenko. Milka y Sacha. Los dos murieron en Peregonovka. Peleando —repuso el viejo con firmeza—. Espero que valga la distancia que he recorrido trayéndole esta carta recibida de Petrogrado... —Tchubenko comenzó a desabotonarse las chaquetas y era cosa de no acabar. Todos allí se miraron.

—¿Cómo dio conmigo? —inquirió Makhno.

—Preguntando —al fin extrajo el sobre. En la carátula decía: «Para entregar en mano a Badko Makhno». Se lo dio.

Makhno pareció sopesarlo, lo observó por las dos caras y lo abrió. Mientras extraía el pliego manuscrito, otro, impreso, cayó al suelo. Lo levantó Troian devolviéndolo. Makhno lo desdobló y paseó su mirada sobre el impreso. Su expresión y su exclamación despertaron el interés general.

—¡Esta sí es buena! ¡Los de Cronstadt se sublevan! —pasó el volante y se abocó a la letra de la misiva.

Uno a uno fueron leyendo el volante pasándolo de mano en mano, ya con voces y algarabía. El viejo miraba y escuchaba. Belach le alcanzó el impreso.

—¿Me quiere decir lo que dice? —pidió.

—Sí, con gusto —dijo Belach. Y leyó—: «¡A todos! ¡A todos! ¡A todos! Los verdugos comunistas se alzan contra el pueblo de Petersburgo, Moscú y Petrogrado. A más de hambrearlo y esclavizarlo, ahora pretenden reprimirlo por la fuerza de las armas oponiéndose al sagrado derecho de huelga. ¡Nada nos detendrá! ¡Los obreros y marinos de Cronstadt ganaremos la calle! Contra el poder sanguinario de los que gobiernan. Por *soviets* libres. Libertad de expresión y de trabajo. ¡Derecho de huelga! Por la libertad de todos los presos políticos. ¡A la lucha! ¡La tercera revolución está en marcha! Comité coordinador de los *soviets* de Petersburgo, Moscú y Petrogrado» —a Belach le pareció que el viejo no había acabado de entender—. ¿Ha comprendido?

—¿Qué es la «tercera revolución»? —preguntó.

—La primera fue la de los social-demócratas; la segunda, la de los comunistas...

—¡La tercera revolución es la nuestra, viejo, de los anarco-comunistas! —se inmiscuyó Brova exultante.

—Pedro, lee la carta a éstos... ¿Quieres? ¡Qué alboroto! Ni yo puedo leer para mí... La envía Zablukoff... ¡Y qué letra, Pedro! ¡Silencio! ¡Silencio aquí! —se logró y Archinoff inició la lectura.

—Está fechada el 5 de enero —dijo—, hace quince días. «Muy apreciado Badko Makhno, te escribe Zablukoff, anarquista y amigo de Archinoff, de quien sé que está contigo en la magnífica makhnovichina. Me mueve escribirte el deseo de animar, si es posible más, tu magnífica dura lucha contra el bolchevismo. Imagino que en tus condiciones de lucha más de una vez habrás esperado escuchar ecos de tu misma lucha fuera de Ucrania. Me apresuro en anunciar que creo llegada la hora por todos anhelada. Los marinos de Cronstadt han lanzado la idea de la *tercera Revolución*. ¡Tú Revolución, Badko! ¡La nuestra! Y con el apoyo, no pronunciado aún, pero sin duda y a muy corto plazo, a medida que los hechos inevitables se vayan precipitando, de toda la flota del Báltico».

—¡Hurra!

—¡Al fin!

—Fantástico!

—¡Vivan los marinos de Cronstadt!

—¡Hurra! ¡Viva!

Esos hombres, como si estuviesen aguardando vaya a saber desde cuando una ocasión para exteriorizarse como lo estaban haciendo, se abrazaban, se besaban, estrechándose, volviendo a besarse, dando saltos, gritos, riendo, bailando. Casi voltean a Makhno. El viejo Tchubenko daba vueltas sobre sí, oyendo y viendo, sin atinar a nada, terriblemente emocionado. Quería abrazar él también, reír, sólo atinaba a llorar, le corrían las lágrimas.

—¡Lo que aguardábamos!

—¡Un día tendría que dársenos!

—¡Camaradas! ¿Se han vuelto locos, ustedes? —trató de imponerse Badko.

—¡La flota del Báltico! Eso es grande. ¡Muy grande, Badko! —Stchuss no cabía en sí, rebrotándole el espíritu marinero con la noticia.

Parecía como si todos hubieran perdido la sensatez y se abandonaban al delirio de ese anuncio. Archinoff pretendió hacerse escuchar. En medio de esa algarabía subida de punto, alguien vio al viejo llorando como un niño y lo señaló. Tchubenko daba vueltas sobre sí, bailoteando.

—¡Eh, viejo, ya vez, todo llega!

—¿No lo decía? ¿No lo decía? ¡Mis hijos no han muerto en vano!

Archinoff dobló cuidadosamente la carta y se la devolvió a Makhno.

—¿No la lees?

—¿Ahora? ¡Imposible!

Llegó una alarma. Fuerzas enemigas a la vista. Todos corrieron a cubrir sus puestos. Renovados ímpetus reafirmaban el vigor.

VIII

CAVANDO HONDO

Ese hecho, en ese día del 20 de enero de 1921, marcó el grado de tensión contenida que se vivía. Perdiendo la cabeza así no fuese más que por un momento, decía de la ansiedad y del íntimo deseo latente en todos, de transformar la realidad adversa, provocando la corriente comunicativa que habría de alzar en un haz la revolución, iluminándola. ¡Cronstadt y el makhnovismo; el makhnovismo y Cronstadt! Los polivalentes de la verdadera, de la *última* revolución... ¡Como una tenaza convergente contra el bolchevismo! ¡Y nada menos que de la mano de los marineros de Cronstdadt! Ese era el postrer intento. Ahí se jugaba todo. «¡Viva la tercera revolución y vivan los marinos de Cronstadt y toda la flota del Báltico!» Esa consigna y ese sentimiento les penetró como un rayo de luz en medio de las tinieblas cerniéndose. Como un campo seco y agobiado, batido repentinamente por la lluvia y oliendo genital, así lo de Cronstadt les reforzó el espíritu abriéndolos a la esperanza. Pero por desgracia, no todo era como parecía.

Makhno, a la primera ocasión, sustrayéndose al alboroto persistente en el campamento por la noticia, buscó a Archinoff. Lo halló, tal su hábito inveterado y toda vez que encontraba tiempo, garrapateando cuartillas. Escribía el diario de los acontecimientos. Y nadie lo interrumpía cuando esto hacía. Nadie ignoraba que Archinoff escribía la crónica de los sucesos que ellos estaban protagonizando y que eso habría de ser la compilación documentada de la lucha makhnovista. Junto a la hoguera en que se calentaba y lo iluminaba, con su medio toscano consumido entre los labios, metido hasta la cintura en un saco de dormir, abstraído, escribía sus cuartillas. Makhno, dejando a un lado su muleta, se echó cerca.

—¡Badko, tú! —se sorprendió Archinoff.

—¿Quieres conocer el contenido de la carta de Zablukoff?

—¡Sí! ¡Seguramente! —Archinoff se apresuró con sus cuartillas.

—Es interesante si sacas tus conclusiones —Badko le alargó el sobre.

Mientras Archinoff leía, él encendió en una brasa un cigarrillo, aspiró hondamente y luego disfrutó expeliendo el humo. Con las manos bajo la nuca quedó aguardando. Descubrió la noche profunda. Miríadas de estrellas titilantes ahondaban la oscuridad. Lo rodeaba la nieve y la escarcha. Junto a la hoguera se oían voces sordas y más allá, el trajín de carruajes y un coro entonando al son de *balalaikas* y un acordeón, canciones típicas. Alguien avivó el fuego animándolo con ramas de pino. Junto con las llamas se alzó una fragancia que inundó el ambiente. La oleada cálida y el aire aromatizado diluyeron por un momento su malestar del tobillo. Y sólo por un momento —tiempo valorado en segundos—, se dejó ganar por esa sensación. La ceniza del cigarrillo cayó sobre su rostro barbado y apenas si se molestó en aventarla con un resoplido. Movido por un pensamiento repentino, se apoyó en un codo y se incorporó sobre la tierra en que yacía. El resplandor de la hoguera crepitante iluminaba su cara, coloreándola. En el curso de estos dos últimos años, sendos surcos se habían marcado al costado de su boca y en su frente, dándole un carácter de dureza y estrago físico que seguramente escapaba a quienes compartían con él tantas preocupaciones.

—¿Todavía lees?

—Sí. ¿No es ilustrativa? —escrita con letra menuda, cambiaba abruptamente de grafía hacia el final, en razón de que otro puño la cerraba:

«Si me apresuro en señalar el significado de la situación actual —expresaba luego de lo leído oportunamente por Makhno— *es porque considero que la misma es irreversible y fatalmente conducirá a un enfrentamiento entre los marinos y el gobierno. ¿Cuál será el resultado? ¿Arrastrará a todo el pueblo? ¿Será el comienzo de la tercera Revolución, o sea del verdadero despertar de las masas? Quiero remarcar que las causas que provocan el enfrentamiento tienen su origen fundamental no solamente en una concepción diferente de la revolución —una estatista, la otra libertaria—, sino en la incapacidad de resolver, por parte del gobierno, el grave problema de la alimentación en las ciudades, donde además del desorden incalificable de todos los servicios públicos ya falta lo esencial, como pan, leche, legumbres... y donde las encuentras ellas tienen precio prohibitivo. ¡Los niños claman y las madres, imagínate! Y hasta que el gobierno intervenga para que todo se vuelva caótico y desaparezca del mercado.*

»La causa de todo este mal, nace de que los campesinos, en toda Rusia, coaccionados por el Estado a entregarle los frutos de su trabajo mediante un pago en letras, difíciles de canjear, y a bajo costo, se rehusan a hacerlo, e incluso a trabajar la tierra, por considerar la acción totalmente lesiva de sus intereses e inicuamente expoliadora. Ante eso, los bolcheviques no atinan a más que incrementar sanciones contra los campesinos. Han llegado a masacrar, en sus propios predios, a quienes se niegan a levantar o esconden sus cosechas. En estas condiciones, cada cual por sus razones, irreconciliables, lo único que han logrado es agravar a extremos cada vez más críticos el problema, y las poblaciones, clamando por pan comenzaron asaltando tahonas y acabaron por formalizar protestas organizadas. De este modo y no gradualmente, como si todo ese aparato de administración sólo necesitase de un motivo para ser puesto al descubierto, estalló a ritmo más que acelerado el descontento general y así se fue complicando toda la situación. Hoy, el gobierno se encuentra tan comprometido en su posición que, bajo ningún pretexto, va a dar un paso atrás, por considerarlo un acto de debilidad. Y ya conoces el carácter de estos nuevos amos. Ante tales circunstancias, ya ves, la situación es irreversible. Y más ahora que los de Cronstadt se han puesto a la cabeza, dando sentido y dirección a tanto malestar. Así que ahora tenemos la tercera Revolución aguardando... ¡En puerta!

»Yo te cuento lo de los campesinos, pero seguramente vosotros estaréis de todo eso ya informados tanto o más que yo. ¿O no? De todos modos ya lo he hecho. Prefiero adoptar la posición del incrédulo y repetir diez veces la misma cosa, porque ya estoy advertido de que éste inmenso cancer que nos ataca y aherroja y este inmenso país, capaz son de ocultar cosas tan evidentes que parecería obvio remarcarlas.»

—¿Qué te parece la carta?

—Te diré... Pero antes diré que tú tienes una idea en mente...

—Habla.

—Habla tú, mejor, Badko.

—Ya hablaré...

—¡Si se pudiesen ligar la makhnovichina y Cronstadt! ¡Sería formidable! ¡Ucrania y la urbe! Pero que nos tome sin planes... ¡Cómo siempre! Dejándonos pasar las cosas grandes... En todo este tiempo sin intercambiar una línea con ellos... ¡Casi ignorándonos!

—Nosotros hicimos lo que hicimos, Pedro. Y los demás estaban con sus propios asuntos sin resolver.

—Lo que te digo, Badko, es que a nuestra idea, teniéndolo todo para ser universal, le falta la grandiosa concepción de un plan elaborado.

—¡Qué tontería! ¡Y qué lo digas tú, Pedro! Pensar así ya es pensar en escuadras. Eso es bolchevique. Nuestra idea se hace en el movimiento espontáneo de las masas. ¿Te has olvidado?

—Pienso que en vez de haber estado todos ocupados y enceguecidos en las realizaciones inmediatas...

—¿Llamas realizaciones inmediatas al *hetman*, los germanos, las invasiones blancas y el bolchevismo?

—Digo que debimos haber desplazado legionarios portadores de nuestros hechos en procura de alianzas.

—Tú eres testigo de que eso se trató de hacer. Una vez fui yo mismo... ¿Qué logré?

—¡A mí y a Volin!

—Es cierto.

—Yo digo que si tú, en vez de ser tan gran guerrero, hubieses sido más pensante...

—¿Qué quieres significar con eso? —Makhno observó a su amigo con el gesto señudo—. ¡Lo que me faltaba, Pedro! Que me tiren a la cara lo que soy.

—¡Quién dice eso! ¿Cómo lo tomas...? Si no sé tampoco qué hubiese sido aquí sin un guerrero como tú.

—¡Eso, ya suena mejor! En cuanto al pensamiento, te diré. Alguien debe estar en los cimientos y alguien será la plataforma. A falta de otros yo acepté ser la plataforma..., pero daría la vida por ver que cada cual se arregla por sí mismo y cruza el río a nado. ¡Abajo los puentes!

—¿Te pesa la autoridad?

—No la autoridad. Eso es de cada cual. El mando, sí. Al comienzo de la gesta fue autoridad. Eso, se fue endureciendo. Hoy es otra forma irracional. Y viciosa. Por donde quiera anden los insurgentes, todos fluyen hacia mí.

—Si la causa se asienta, verás diluído tu mando.

—¿Lo veré?

Archinoff se preguntó por dónde andaría su amigo.

—Tú prometiste decir algo, Badko.

—Cierto —se detuvo a mitad de encender un nuevo cigarrillo y dijo, volviéndose hacia Pedro—: Se trata de una muy amarga conclusión... Me la ahorraría... Pero, como siempre, será mejor que crearnos espectativas falsas.

—¿De qué hablas? ¿De aquí? ¿De Cronstadt? ¡De Cronstadt! ¡Qué sabes!

—Los marinos han elegido el peor momento para su insurrección. Este es tiempo de helada en el mar de Finlandia.

—¡Y eso! ¡Siendo así! ¡Qué le hace! —se alarmó Archinoff.

—Que la flota está inmovilizada por los hielos y a distancia de la ciudad. ¿Sabes lo que podría significarle a los bolcheviques si la flota báltica pudiese correr hasta sus costas y apoyar directamente al pueblo en armas, bombardeando las ciudades?

—¿Y qué? ¿Y entonces?

—En cambio el mar helado facilita el acceso a la guarnición de Cronstadt de fuerzas de tierra con material pesado...

—¡Qué me dices, Badko! —Archinoff pareció descompuesto. Tal su angustia ahogándole la voz.

—¡Y quién revierte esa desventaja! El movimiento, para su éxito debería estallar dentro de tres meses. ¡Tres meses! ¡Seis meses de libertad reclamábamos nosotros para desarrollar la makhnovichina! ¡Sueños! ¡Sueños! Ningún pensador acomoda esto. ¡Mago habrá de ser!

—¿Es que no hay salida? ¿Estamos condenados? ¿No hacemos, no podemos hacer más que alarmar, gritar, protestar? ¿Meter ruido? Si quieres, concedo, un ruido distinto pero ¿nada más? ¿No nos alcanza lo que alentamos, nuestro propósito para una verdadera transformación social? ¿Somos nada más que una epilepsia? ¿Carecemos de las armas apropiadas y de los factores que conducen al logro? ¿Ellos podrán, *siempre*, más que nosotros? ¿Siempre tendrán el factor tiempo y las condiciones circundantes de su lado? Entonces todo es ilusorio y el mundo está por siempre condenado y en sus manos. Las masas acaban confluyendo por inercia hacia el Estado y el Poder, hacia cualquier forma de gobierno. ¡Inercia de siglos! ¿Qué nos queda?

—¡Vamos! ¡Te pones loco! ¡Te superas! ¡Me estás diciendo que estuve jugando con una gran idea! —Makhno aferraba con una mano, como un garfio el hombro de su amigo. Tenía los ojos desmesurados y encendidos y no se los quitaba de encima a Pedro.

—Makhno: si como acabas de decir, los de Cronstadt no han podido discernir una cosa tan obvia como es el tiempo en que debieran ejecutar la insurrección, ¿significa que todo ese esfuerzo es vano y lo que obren condenado al fracaso? Es una conclusión terrible. Extenuadora.

—Ustedes, los que piensan, son los que echan a perder la vida. Y la sacan de quicio. ¿Está mal que un hombre, que muchos hombres hagan lo que pueden?

—Se trataría de que estamos en una lucha sin esperanzas... Y no estoy hablando de victoria. Se puede nada más que perder siempre, sabiendo que ganar hubiese tenido un sentido; pero perder, sabiendo que en eso consiste todo...

—La esperanza está fuera de nosotros, hermano. Yo me conformo con este procedimiento de cada día. Se lo debo a mi conciencia. Y tu especulación, ¿acaso es más que eso? ¿Le discutirías a la masa, a millones de hombres y mujeres el trecho entre lo que es y lo inalcanzable? Ese es su territorio y nadie podrá jamás arrebatárselo. Es su ilusión. ¡El impulso que mueve a los pueblos! Sería pedante discutirles ese derecho. ¿No crees? Y esto, más allá de que tantas veces y más que tantas se equivoque... Tú has dicho «todo», Pedro. ¿Se puede aventurar una conjetura tan absoluta? Por ejemplo en nuestro caso, no te olvides de que nosotros somos campesinos y que sabemos de perder cosechas... ¿Dejaremos de sembrar? Y ahora algo para levantarte el ánimo. Me estoy preguntando qué sería si Cronstadt supiese de nosotros y nosotros más de ellos —Makhno, esta vez encendió su cigarrillo y traqueteando en su muleta se fue hacia su tienda—. Buenas noches, Pedro —dijo todavía.

—Buenas tengas, Badko. ¡Y gracias por levantarme el ánimo!

Badko, ya andando, se rió.

La base naval de Cronstadt, sede de la flota del Báltico, enclavada en la isla Kotlin, en el mar de Finlandia, frente mismo a la antigua San Petersburgo, luego Leningrado, habíase convertido desde la revolución de febrero de 1917 —en razón de la histórica y decisiva sublevación de la base—, en bastión de la lucha contra el zarismo y en generadora de ideas emancipadoras. En ocasión del levantamiento de febrero, fueron ajusticiados en la guarnición no menos de doscientos oficiales superiores, incluído el almirantazgo. En horas críticas en que se jugaba el derrocamiento del zar, la firmeza y clarividencia con que los marinos sublevados en Cronstadt juzgaron la situación, le dio el empuje decisivo a la revolución. El ajusticiamiento del almirantazgo marcó la hora más dramática de entonces y abrió un abismo definitivo a ninguna tentativa de conciliación entre el despotismo y el pueblo. Las fosas abiertas para esos intocables, llenó de horror y terror al mundo capitalista y burgués. Ni qué decir al zarismo y sus partidarios.

Los marinos estaban imbuídos ideológicamente por corrientes radicales de izquerda que por entonces, aún con sus diferencias, no dejaban de aunarse contra el zarismo. Bolcheviques, sindicalistas, socialistas revolucionarios, maximalistas y preferentemente anarquistas integraban con obreros, artesanos y campesinos, generalmente ilustrados, sus cuadros. En razón del servicio militar obligatorio de ocho

años en el caso de la marina, a pesar del régimen brutal que regía en el servicio —recuérdese los acontecimientos del acorazado Potemkin—, los marinos no acabaron nunca de ser doblegados. Recorrían los mares y asimilaban culturas diversas mucho más avanzadas que en Rusia, estando a su alcance libros de sociología y ciencia prohibidos e inencontrables en su país. A la vez, los contactos directos con los exiliados políticos en el extranjero que comenzaron buscándolos por razones de correo y concluyeron asimilándolos a las ideas más avanzadas de la época, consolidó su formación y los impulsó a tomar el partido de la gente del trabajo. Decir «Cronstadt», o «marino de Cronstadt», era decir gloria y honra de la revolución y eso veneraba, sin discriminación, todo el pueblo ruso. Y a esto repondían los marinos, apoyando la lucha y las huelgas de protesta y echando la base para una «tercera Revolución». ¿Quién podría predecir los resultados de una sublevación general de la flota del Báltico, aún con la contrariedad de hallarse prisionera de los hielos? ¿Cómo responderían las masas en Moscú, Petrogrado, Petersburgo? Como dijese Zablukoff, si se insurreccionaban las masas, la revolución estaba «en puerta». La tercera, la anarquista. Eso arrancó entre los insurgentes esa manifestación desbordada de entusiasmo a su anuncio. ¡Como una corriente llameante, Cronstadt le prendía fuego a esos tres grandes centros urbanos! ¡Cuidado con ello si se lograba!

IX

¡QUÉ CRIMEN!

Al amanecer los insurrectos hubieron de levantar el campamento. Sus exploradores avistaron en las inmediaciones fuerzas enemigas considerables. Una vez más a andar, eludir y si la ocasión se hiciese propicia, sorprender. Toda la región estaba prácticamente ocupada por los bolcheviques. Ya no era posible, como en otros tiempos, tiempo computable en semanas apenas, tal la rapidez con que se operaban los cambios en la región, la incorporación de campesinos a las filas makhnovistas. Todos los caminos se encontraban controlados y en cada aldea, pueblo o ciudad, en cada lugar habitado, a las órdenes de comisarios ejecutivos implacables, rastreaban ideologías, medían rendimientos de trabajo y sancionaban con cárcel, deportación o ejecución sumaria a los que descubrían adversos. La manipulación de que fueron objeto las poblaciones entonces, no fue más que otro de los horrores complementarios que dispensaba la autoridad comunista en su afán intimidatorio. Con rigor y perfidia buscaban las partículas, los rasgos, las pistas y la multiplicación de ese mal endémico denominado makhnovichina. Y en ese terreno —inquisitorial y alcahuete—, una tercera fuerza que no se había resignado a recuperar su antiguo predicamento y no dejaba de hacer la corte a los comunistas, la de *kulaks*, propietarios y burócratas del antiguo régimen, medrando aquí, señalando allá, no tardaban en prestarse a la delación bajo promesas de recuperar privilegios. ¡Y cuántos de ellos no los obtuvieron incorporándose a la administración y al comisariato rojo! (Nacieron barrigones. ¡Quién los faja!)

Así, por delación de uno de los hijos de Obermülher, cogieron en Gulaï-Pole a Sava, el mayor de los Makhno. Su mujer acababa de

dar a luz y él, deseoso de conocer a su hijo, abandonó por una noche su contingente y regresó ocultándose a la aldea. Contra el consejo de quienes intentaron disuadirlo, dijo:

—¿Y si resulta que no voy y me quedo aquí y me matan y me muero sin haber visto a mi hijo?

Dorotea, su compañera, era una campesina lugareña. Viuda de un soldado muerto en la gran guerra, se había unido a Sava, siendo madura. No tenía hijos de su anterior matrimonio y parecía que no los fuese a tener tampoco de éste, pero, le llegó... Gozosa ante la presencia de Sava, ya había tenido reiterada ocasión de advertirle que se demoraba en partir. Éste fascinado con esa criatura de su sangre, venida a sus cuarenta, no cabía en sí. También en secreto había acudido la *mamucha*. Reunidos se encontraban cuando llegaron los sicarios.

No que la hubiese resignado. ¡Qué podría! Pero sí la fortaleció esa mano sarmentosa apretándole el hombro como una tenaza.

—*Mamucha*, déjeme gritar —dijo ella con voz ahogada.

—No, ahora. Después, si eso quieres.

—¡Es su hijo! ¡Se lo matan! ¡Mi Sava!

—Ellos no deben saber de nuestro dolor.

Ella se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, por cerrar su boca a ese grito que pugnaba por salir. Y todo parecía consumarse en esa contención, cuando, vaya a saberse de dónde salía esa fuerza y ese temperamento de pronto manifiesto, Dorotea salió al patio donde tenían sujeto y encañonado a su marido.

—¡Malditos! ¡Asesinos! —les gritó—. ¡Tronchan vidas como si segaran mieses! ¡De qué están hechos! ¡Es un hombre! ¡No ven! ¡Vino por su hijo! ¿Irán a matarlo? ¡Cometerán un acto irreparable! ¡Y quién se beneficia! ¡Si ya mismo se arrepentirán! ¡No invoco a Dios! Les pido a ustedes, perdonénle la vida.

—Apartate, mujer —dijo uno—. ¡Y calla! —dos la tenían sujeta—. Son cosas de la justicia. Vete.

—¡Qué justicia puede consentir el crimen alevoso! ¡Qué justicia es esta que envía asesinos a cumplir su mandato! ¡Suéltenlo! —comenzó a debatirse furiosamente.

—¡Dorotea, por favor, guárdate!

—¡Sujétenla!

—¡Suéltenlo! ¡Suéltenlo! ¡Defiende tu vida, Sava!

—¡Mujer, contente! —gritó la *mamucha*. Había salido al patio y trataba de imponerle su rigor descarnado.

—¡No! ¡No! Por lo que más quieras, Sava, ¡no así, no así! ¡Defiéndete, grita, muerde! —ella lo estaba haciendo, como enajenada—.

¡No hagas caso de la madre! Ella puede; nosotros no. ¡Nosotros no! ¡Yo estallo! Y tú también. ¡Grita! ¡Grita! ¡Te van a matar!

—¡Llévenla! ¡Saquen a esta loca! —ordenó el que comandaba la partida.

—¡No lo hagan! ¡No lo hagan!

—¡Dorotea, por favor! —volvió a clamar Sava.

Ella se defendía de quienes la arrastraban.

—¡Basta! ¡Ya basta! —la madre vieja había desgarrado una voz insólita y plantádose en medio de todos.

Por un instante paralizó a todos ahí.

—¡Acaben ya! —ordenó el que comandaba.

—¡No! —gritó Dorotea deshaciéndose en el último instante de quienes la sujetaban. No alcanzó a dar un paso.

Sonó el disparo. En presencia de esas dos mujeres, sin más trámite le descargaron un tiro en la nuca a Sava, el mayor de los Makhno.

X

ADIÓS, ADIÓS, ADIÓS...

¡Cuántas veces por eludir una fuerza se daba de lleno con otra más poderosa! Y era de ver en esa lucha desigual, al ratón esquivando zarpazos de ese oso pesado, de amortiguados reflejos, que de lo único que se sentía seguro era de cercar, apretar, reducir espacio, empujar, sabiendo que con ese procedimiento la suerte estaba echada para los makhnovistas. Mientras tanto, ¡cuántos zarpazos en el aire! y cuántos, a pesar de las heridas que le infligía el perseguido, asimilándolas como si fuese insensible; ¡y cuántos todavía sobrellevando la humillante sensación de impotencia! Pero la resolución de la bestia estaba tomada. Inamovible. A ello se atenían los bolcheviques. Y aunque el daño que proporcionaban era ínfimo en relación a sus cuantiosas pérdidas, en relación a los respectivos volúmenes, se hacía sentir. Aún cuando cualquier baja entre las filas guerrilleras fuese digna de tenerse en cuenta, algunas, sencillamente, abrían heridas difíciles de cauterizar. Primero fue Klein, en un entrevero sin relevancia, pero absolutamente desafortunado para él: una bala le dio en la frente dejándolo muerto en el acto; otro fue Martchenko, tomado de lleno por un obús que le arrancó una pierna y la vida; y finalmente, Budanoff, caído en una celada, no sabiéndose más de él.

De Martchenko, Makhno tenía recuerdos imborrables. Bebiendo de niños en la misma fuente, bañándose en los mismos arroyos. Forjándose en la vida como pastores, se habían hecho entrañables y les bastaba entonces con verse en la distancia para sentirse acompañados, seguros, amigos, apoyándose uno en el otro. Y cuando por las reverberaciones la distancia superaba lo visual, se buscaban con sus espejuelos. Incluso se habían inventado un lenguaje de señales. ¡Cuántas veces, formando parte de la guerrilla, se habían aprovecha-

do de esa sapiencia para transmitirse mensajes! Martchenko era tres años mayor y si bien en esa edad temprana un año hace la diferencia, ellos se querían y se trataban como dos de la misma edad. Compinches con ese otro inseparable, Simón Karetnik, que había sido pastor, como ellos. Como frutos de un mismo árbol, creciendo armoniosos, se hincharon en pulpa rebosante del mismo sabor y la misma vida.

Después de las vicisitudes vividas por Makhno y de todos esos largos años de separación y maduración, volvieron a encontrarse al regresar Makhno a Gulaï-Pole, indeclinables en la amistad, confirmados en sus ideas. Eso los lanzó unidos en la makhnovichina. El destino los estrechó, ya hechos. Si le habían cedido la iniciativa y el mando a Makhno, era por el mismo motivo que indujera a éste a realizar atentados: por su genio impetuoso, por su sentido de la anticipación. Por algo de Néstor Makhno que estaba por delante de él mismo, siempre.

Ahora Makhno se hallaba ante el cadaver desgarrado de su amigo y camarada. Una bandera negra lo cubría hasta los hombros. Y hacía resaltar más lo níveo de su rostro por causa de la sangre perdida y las profundas cuencas cavadas de sus ojos. Rodeaban su cuerpo otros camaradas. Silenciosos. Cabizbajos. ¿Se veían a sí mismos? Se iba uno de los mejores. Un hombre con el sentido del deber y la responsabilidad que ponía siempre por encima de él, hasta cualquier sacrificio. Y hasta hacía poco podía verse su rostro tosco y serio que se levantaba en la frente, naturalmente arrogante. Makhno dobló sus rodillas, vencido por honda congoja. Permaneció así un instante, apoyada una mano en la camilla en que yacía el cuerpo y de inmediato se incorporó. Se quitó la chaqueta, la echó sobre el cadaver, se inclinó sobre éste, lo besó y dándose vuelta en su muleta, con ello dejó atrás el suceso.

Cada pérdida, sentida en su momento, provocando su vacío, hermanaba más a esos hombres. Sobremanera a los veteranos. En esa dura prueba en que estaban empeñados, la muerte era una compañera más. La veían, la sentían andando con ellos, persiguiéndolos, pero no poseyéndolos todavía. «Libertad o muerte», decía la consigna. Ellos apostaban a la libertad. Y se tuteaban con la muerte.

XI

HIELO Y ABISMO

Belach llegó a conclusiones numéricas apabullantes. En las condiciones actuales ellos no lograban reunir un número mayor de 3.000 hombres. En cambio, los rojos disponían de 150.000 soldados movilizándose por la región, además de 50.000 estacionados en distintos puntos. No 150.000 con posibilidad de ser mermados, sino, por lo que palpaban, acrecentados... Como si estuviesen aguardando otros más, tras esos muchos. Agobiante. Como «emprenderla a palos contra las olas», tal la expresión del propio Makhno. Continuar transitando la región de Ekaterinoslav era tentar al destino hora a hora y eso, por nada. Todos los lados del prisma descubrían lo mismo: fuerzas enemigas al frente, a sus espaldas y a los costados. ¿Por cuánto más se podía eludir una celada fatal?

Makhno había comprendido claramente que nada lograba enfrentando, golpeando y lo que era peor, cebándose en sus victorias. ¡Si al menos supiese que los miles de prisioneros tomados a los bolcheviques no fuesen aprovechados más por éstos! Pero él no practicaba una guerra regular. Él no representaba a otro Estado. No poseía zonas de internación, campos de concentración, cárceles, ni traficaba con rehenes... Ni eran sus principios. Todo se reducía pues, a impotencia. No tenía con qué, ni cómo, ni estaba en su espíritu privarlos de su libertad. O masacrarlos. Porque era evidente que a pesar de prometerlo los prisioneros, puestos en libertad volvían a las armas. Muchos de ellos fueron hechos prisioneros más de una vez. En consecuencia, sus triunfos quedaban neutralizados. Salvo a fuerza de convertir sus huestes en bárbaras mandando a paseo sus principios. Por ello, orientándose por rutas agrestes y muy difíciles se procuró una salida que a todos los que orientaba les pareció más entrar una

pesadilla lunática. Pero, ¿cuántas veces, en tales circunstancias no se habían confiado a Makhno?

En la otra mano, los del estado mayor bolchevique con los mapas extendidos ante ellos, seguían el trayecto de los insurgentes a través de la información que recibían sin acabar de comprenderlo. Cuanto más profundizaban el itinerario, mayor y más incomprensible era su asombro. Les resultaba imposible creer que se dirigieran hacia las mesetas heladas. Y menos un ejército. Debiendo comenzar por abandonar su bagage... ¡Nada menos que a las mesetas heladas! ¡Qué desesperados habrían de encontrarse!

—No sé de nadie que se haya atrevido sobre esos témpanos de piedra. ¡Jamás un ejército! —dijo Frunze.

—¡Y en invierno! —exclamó Dybenko.

—Será su tumba helada —sentenció Belakum, otro de los comandantes del estado mayor bolchevique.

Estando presente Trotzky, oyendo esas afirmaciones, se levantó de su silla indignado.

—¡Yo estoy viendo que otra vez se nos escapan! —dijo.

—¡No tienen salida! ¡Caerán en un abismo!

—¡Qué abismo! No emplee eufemismos, Frunze. Eso es una meseta.

—Como si lo fuera, camarada. ¡Se lo aseguro!

—¡Cuidado, comandante! Los hombres tienen el hábito de entusiasmarse de sus metáforas. Dejan de pensar por ser fieles a ellas. Sáquese de la cabeza que eso es un abismo. En todo caso aténgase a que ésos están caminando sobre él. Y que los hemos visto superando situaciones imposibles. ¡Las veces que los creímos en el matadero! ¿Usted cree que me conformaré así me aseguren que los han visto caer? ¡Haré descender hasta el fondo de su propia aseveración al que eso afirme! En Cronstadt se agitan los marinos. ¿Veremos convertida Rusia en pedana de agitadores? ¡Quiero la destrucción de Makhno! Quiero que sepan que no me conforma, lo reitero, lo diré cien veces más, saberlo entre los hielos de ese desierto. Lo quiero muerto. ¡Jamás deberá salir vivo de esa travesía! —la filípica resultó contundente. A todos resultaba odioso que un asunto considerado terminado en los papeles no lo estuviese en la realidad. El dedo de Trotzky señalaba un punto en el mapa—. Si puedo sacar un par de aviones de Petrogrado, los traigo a Ucrania —lo expresado levantó voces de apoyo entre los jefes.

No lejos del sitio señalado por Trotzky, en lugares inominados flanqueados por barrancos profundos que se sucedían interminables,

negros en la hondura, blanqueados de nieve eterna, escondiendo piedras agudas, filos helados peores que hierros candentes, por senderos intrincadísimos que más tenían de laberíntico que de trayecto conductor, andaba paso por paso la caravana, extremando cautela, cuidando de no desbarrancarse en el abismo que serpenteaba a sus pies. ¡Quién, exponiéndose bajo esas condiciones, hubiera podido adelantarles! En derredor todo era nieve, piedras, mesetas lúgubres pesando con su masa desteñida, amorfa como un agobio. A su sola presencia, esas masas lejanas e imperturbables desalentaban voluntades... Mas no. Conducidos por Makhno, envueltos en mantas desde la cabeza, cargando lo indispensable, teniendo de la brida y caminando junto a los pocos animales que trajeran, esa caravana de 3.000 osados se desplazaba apretando dientes, sólo ojos, para no despeñarse y oído, para las advertencias. El casco de los caballos percutiendo en la roca y el rodar de alguna pieza de artillería ponía su rumor propio, como onomatopeya de fondo. Y también el viento. O principalmente el viento no cesando de ulular, levantando remolinos de nieve en los ventisqueros y golpeando como agujas en los rostros. Makhno, incapacitado en ese terreno por su herida, a veces montaba, otras era transportado en camilla, teniendo cerca a Zinkowsky, que no dejaba de prodigarse. ¿Adónde iban? Como sus batallas enconadas en el llano, ahora en las mesetas, contra lo abrupto del trayecto, lo inclemente del tiempo, piedras y piedras, como señales indescifrables que solamente Makhno, entre todos, parecía saber deletrear... Como si esa larga caravana fuese el cuerpo de un gran insecto solitario y Mahno su antena detectora... Y no todo lo descrito solamente. Los rojos seguían en mente. Makhno desconfiaba de que los rojos se hubieran resignado a perderle el rastro. Exigida al máximo la tensión de sus hombres, él solía detenerse a un costado a verlos pasar. Sabía cúanto podía su presencia en el ánimo de los suyos.

—¡Salud, Badko!

—¡Salud, Márcovik!

—¡Hola, Badko!

—¿Qué tal, Guiwschtein? ¿Bien, Tercovich? ¡Te vas a calentar Zuco!

De cada cual sabiendo su nombre, por él los llamaba. Esos hombres orgullosos así se confortaban. ¡Pero a qué iba siendo reducido el movimiento makhnovista! Él sabía que la tensión acumulada en esa lucha sin cuartel, podía estallar en crisis de angustia. En esas jornadas agotadoras, rumiando los hombres sus melopeas de advertencia, pendientes a cada paso del lugar en que apoyaban sus pies,

sujetando a los animales evitándoles desbarrancarse y arrastrar a cuantos más consigo, extremaban hasta el peligro del quebranto, en su fijación, las fuerzas y los nervios. Se andaba con la sensación del vacío en el estómago. Yendo y viniendo por esas sendas recién holladas, semejaban la viva imagen del extravío...

Únicamente por la absoluta y ciega confianza en Makhno, era posible esa conjunción de voluntades dejándose conducir sin deserciones ni enloquecimientos. ¿Hacia dónde? ¿Hasta cuándo? Si bien sabían que el propósito era llegar a la gobernación de Kherson, pasando a Petrovo, con el fin de aparecer más tarde en la gobernación de Kiev. De modo que deberían estar dirigiéndose hacia el norte y por descontado que hacia ningún punto que repitiese las condiciones que dejaban atrás, infectado de rojos. Ese era el propósito. Pero había veces en que después de caminar por días, les asaltaba la duda de si no estarían rondando los mismos parajes, con su misma blancura helada y su falta de indicios relevantes que inducía a confusión. Y ululante la ventisca.

Hacía diez días que andaban. Si de día la hostilidad geológica apabullaba, de noche, sometidos a la difusa oscuridad deformante, se sentía el ánimo constrito, como achicharrado y de poco valía la compañía de los demás para paliar aprensiones. Lentamente, a pesar de la orden de Makhno de mantenerse en grupos, se iba abriendo paso en los corazones un socavamiento, un peso que cerraba las bocas. Esos hombres tan animosos siempre, parecían sellándose ahora. Archinoff estaba junto a Makhno, guareciéndose ambos el uno en el otro, por largo rato en silencio.

—Hermano —dijo al fin Makhno—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

Archinoff le escuchó sorprendido.

—Este páramo no es el mejor estímulo... —dijo.

—Peor fue la cárcel... —pareció reírse Makhno—. Aquí, días más, días menos... —Archinoff, estando de espaldas a Makhno se dio la vuelta en su saco de dormir y se quedó observándolo. Otros que por ahí también se guarecían, aguzaron inútilmente su atención. La vetisca sibilante cubrió las voces—. Oh, no te imagines que es así de sencillo como lo dije...

—¡Has dicho días! —se irguió Pedro.

—Es lo que estoy tratando de creerme yo mismo...

—¡Estás de humor! Prefiero creer que no te equivocas... —Archinoff volvió a darle la espalda.

—¿No quieres que hablemos?

—¿Hablar? —se sorprendió nuevamente Archinoff—. ¿Hablar, hablar...?

—Sí. Es lo que la gente debe. Más para los que no dormimos... ¿Por dónde anda tu mente, Pedro?

—Eso que acabas de decirme... ¿Es así? Esto es más de lo que se pudo nunca pensar, Badko.

—Lo sé.

—Pero, si quieres saber... Peor que esto mismo, que al fin no es más que la manifestación ciega de la naturaleza, es la sordera de este mundo. Muy amargo resulta ver este ejército de valientes y esforzados reducido a lo que está. ¡Y después de tres años de lucha sin cuartel! ¿Contra qué nos batimos ahora? ¿Ya no quedan hombres y nos debatimos contra los elementos? Pronto comprendo en todo su desgarrado sarcasmo al Señor de la Mancha emprendiéndola con las manos vacías! ¡Y nadie nos ve! ¡Imáginate lo que sería si la muerte nos encontrase en este páramo!

—¡La muerte siempre es la muerte, Pedro!

—Aquí la muerte es caos. ¡Carece de sentido morir entre las piedras!

—¡No! —se alzó Makhno—. Donde quiera me agarre la muerte, me agarrará entero. Siempre seré Néstor Makhno. El destino es un gran guiñol. Tiene sus muecas y sus lugares de extravío... Esto es sólo una contingencia. Seguramente que pudiendo elegir, preferiría morir en una gran batalla donde se dirimiese toda la cuestión social. Pero, me estoy preguntando, ¿estos hielos desoladores, no forman parte de esa gran batalla? Algunos de mis mejores hombres han muerto en refriegas sin importancia. ¿Achica eso su grandeza? Se puede morir por causa de un resbalón, de un resfrío. ¡Y eso qué! No importa como se muere: importa como se vive. ¡A mí nadie me da vuelta la pisada!

—¿Así lo ves?

—¡Así nada más!

—¿No sientes deseo de gritar?

—¿Cómo gritar?

—¡Gritar! ¡Gritar!

—Eso es otra cosa.

—¿Cómo otra cosa? Un crimen espantoso está a punto de consumarse. Lo mejor de un pueblo está a punto de perecer. No creo engañarme con la gesta makhnovista. ¿Conoce Rusia nadie mejor en todas las épocas de su historia que esta gesta maravillosa, que este intento de nuevo mundo? ¡Muy ingrato siento al mundo aquí! Aquí he comenzado a odiarlo. ¡La humanidad nos ignora!

—Eso no es cierto, Pedro.

—¡Qué! Has dicho de hablar... ¿No quieres verlo?

—¡Aquí estamos! ¡Quienes seamos! ¿No oíste de las fuerzas que han movilizado los rojos para cazarnos? Pregúntale a Belach. ¡Y tú diciendo que le somos indiferentes al mundo! ¡Eso no! El mundo se percata. ¡Nos echan un ejército de 200.000 hombres! ¡Vaya que nos prestan atención! Preferiría que no fuese tanta. ¡Y tú diciendo que nos ignoran! ¿Me quieres decir para quien escribes tus cuartillas de la historia makhnovista? ¿Y los de Cronstadt? ¿Has olvidado, Pedro, a los marineros de Cronstadt?

Todavía debieron soportar el trágico suceso de un derrumbamiento que les llevó entre diez y catorce hombres, no pudiendo ser justipreciadas las pérdidas con precisión en un primer momento. También arrastró un par de animales y alguna pieza de artillería que aún conservaban. Pareciendo seguro, el paso transitado se desmoronó, abriéndose al abismo. Yaciendo en lo profundo vivos o muertos, imposible intentar ningún rescate. El hecho gravó con su signo luctuoso todavía más esa marcha. ¡Sí que era ya tiempo de concluir la travesía! Tres días después se tuvo esa evidencia. Cuando por fin pudieron pisar la tierra llana a sus pies, todos sintieron como si algo se les disolviese interiormente. Ese algo, ahora lo sabían, los había sujetado por la garganta desde que habían penetrado en ese territorio. Parecía increíble la hazaña, pero allí estaban, en Kherson. Y ciertamente, no sobrándoles el tiempo tampoco allí, para huelgas y alabanzas.

XII

COSACOS ROJOS

En Petrovo lograron sorprender a dos brigadas del primer ejército de caballería rojo y reabastecerse con su despojo. Como contrapartida, además de la consabida alarma cundida en la región al quedar al descubierto su presencia, debió agregarse el seguimiento de dos divisiones de caballería formadas en el Cáucaso, por cosacos, adscritas a las fuerzas bolcheviques. Esas fuerzas las constituían muchos ex comandantes de Denikin y Wrangel. Pudiendo, los comunistas se curaban en salud de las conscripciones voluntarias entre campesinos y obreros, bisoñas en el combate y propensas a ser catequizadas. La de cosacos era un cuerpo guerrero, como una maquinaria para atenerse a su obligación y a su mantenimiento. Se les había dicho que iban al encuentro de bandidos enriquecidos y que suyo sería el botín si los vencían. Los cosacos, ardiendo en deseos de cimentar su prestigio, hallaron en esa regalía anticipada un motivo mayor de estímulo...

Muy pronto los de Makhno se vieron obligados a poner entre sus prioridades tratar con esa fuerza. Las noticias que llegaban les adelantaban referencias de impresión devastadoras, carente de la menor contemplación entre la población, infligida gratuitamente. Se les planteó el dilema de enfrentar a los cosacos o escapar de ellos.

—Localizados como estamos —dijo Belach—, no serán solamente cosacos lo que nos echen encima.

—¡Eludamos confrontarnos!

—¿Y cómo?

—¿Hacia dónde vamos?

—¿No es que veníamos a Kiev?

—¿Qué piensas, Makhno? —toda deducción al respecto conducía a él.

—Iremos a Kiev... Por el desierto helado.

Ciertamente, tan abismal si no más que las mesetas, se abría ante ellos esta otra latitud, también inominada. Los que escucharon su directiva rechinaron los dientes. Más tarde, Tchumak decía en rueda de comandantes:

—¡A los nuestros, digámosles que volvemos a la pelea, pero no que nos metemos en otra como la que acabamos de salir!

Justipreciada con la mejor buena voluntad, era otra travesía imposible. Pero, ¿qué resultaba ya razonable y posible? Estando a comienzos de febrero, el frío y las ráfagas como helados cuchillos, pasmaban el aliento. Por sentir un calor viviente, los hombres acercaban sus rostros y sus manos a los hocicos de sus caballos. Y en el desierto helado en que se estaban internando, los hielos, como glaciares, competían en dureza con las rocas. ¡Sin duda que habría de encontrarse en una situación extrema o tener una razón muy poderosa quien se atreviese en semejante páramo! O simplemente: carecer de razón. Y no uno: ¡tres mil! Todo en ese desierto semejaba un celaje blanco cubierto de túmulos, como tumbas olvidadas... Su sola visión estremecía el ánimo. Poner el pie ahí significaba casi perder el último contacto con la vida y con el mundo; sumirse en un piélago, donde la meta era sólo una idea... Sino fuera porque además corrían por delante dos divisiones de cosacos que los perseguían. El destino se rajaba a partir de ese instante, abrumado por ese espacio desolado, terrible, sobrecogedor. Anticipo o memoria de algo que fue o algo hacia lo que fatalmente vamos... Sin embargo, solidarios camaradas en su inquebrantable voluntad de vivir de consuno un destino, se internaron en esa quijada del mundo, solamente apta para paleontólogos, envuelta en una bruma espesa que parecía brotando del suelo, impidiendo ver a diez pasos. Como cuchilladas y punzones, las piedras y los hielos herían los vasos de las caballadas, destrozaban las botas, hacían en extremo peligroso y dificultoso el tránsito. Ya no valían aquí voces de alerta. Cada paso escondía el riesgo de una lastimadura. La marcha se hacía lenta y cautelosa. Trastabillar, caer, distraerse, era correr el albur de herirse y quedar inútil para proseguir. ¡Cuántos hombres con heridas cortantes! Zinkowsky, que más temía por Makhno, se vio obligado a dejarlo prodigándose en socorro de otros. ¡Cuántos animales fueron sacrificados! Se echó mano de todo lienzo desechable, no tanto para proteger los cascos de la caballada como los propios pies sometidos al azar de heladas y lastimaduras. ¡Todos los papeles de propaganda impresa que llevaban consigo se utilizaron como plantillas de protección! ¡Pero qué pronto quedaban esas envolturas dese-

chas y otra vez hombres y bestias expuestos a los filos hirientes! Esto era jugar la suerte a cada paso. Se escuchaban maldiciones, ya no se intercambiaban palabras, absorbidos por el cuidado extremo que imponía el trayecto. Siendo todo en derredor semejante, Makhno había elegido todavía, el más intransitable, similar a esos sitios que la quimera destina a los lugares olvidados, reflejo espectral del caos sideral. Testigo milenario de la historia petrificada de los tiempos, seguramente por primera vez hollada, se convertía con la intromisión de esos hombres, en semoviente, delirante, absurdo paraje removido del tiempo. La bruma yacente se levantaba, pegándose a los flancos de las bestias, a los abrigos, borroneando las figuras, convirtiéndolas en inorgánicas y flotantes imágenes de transmundo, tragadas y devueltas por ese vaho exudado. Y por si eso fuese poco aún, con el miedo pavoroso de que la menor distracción, el mínimo devaneo mental, les hiciera perder contacto con el resto y extraviarse... Ese riesgo los obligó a juntarse con cuerdas uno a otros. Odisea inédita, les laceraba el corazón sabiéndose como sustraídos al mundo en esa densidad. ¡Y en realidad lo estaban! La convicción de que Makhno los guiaba por seguro rumbo era sometida a dura prueba. ¿Pero quedaba algo más que proseguir? Pareciéndoles una eternidad esas horas sometidos a esa prueba, alcanzaron por fin la periferia de ese islote de bruma y lograron extender a la distancia la mirada. Lo que se les ofreció a la vista, si pareció brindándoles una nueva perspectiva, descubrió en toda su magnitud desoladora la quimera del propósito impuesto. Huir, alcanzar quién sabía qué.

—¡Adelante! —esta era la voz de mando de Badko Makhno— ¡Adelante! —hasta entrar en la noche. Entonces hubo un respiro e hicieron alto—. ¡Silencio! ¡Eviten ruidos! —fue la nueva orden. ¡Y esto! ¿Por qué?

Por la mañana, estando el sol enfermo reverberando en las piedras, fueron avistados a sus espaldas, hormigueando a la distancia en dirección a ellos, las dos divisiones cosacas.

—¡Ahí están! Uno se cree muy loco, pero siempre hay un loco para otro loco —dijo Makhno.

—Y bien, ¿ahora qué? —se le preguntó.

—No me alegra —contestó—. Pero tampoco me disgusta. Ahora sabemos que no nos queda otro remedio que atravesar el desierto...

—¿Y qué estábamos haciendo?

La presencia del enemigo a sus espaldas, si bien revelaba la saña de los perseculores y agregaba un nuevo peligro a la travesía, hacía menos vano, menos abstracto su esfuerzo.

—Makhno tiene razón —decían comentando entre sí los insurgentes—. Ésos están locos. ¿No están locos? ¡Seguirnos aquí! ¿Vienen a darnos batalla?

—¡Qué te parece!

Habiéndose apartado Makhno de esa faja abrupta por la que hiciera su travesía y sobre la que pasara la noche, ordenó volver a ella, abandonando el terreno más apto que la bordeaba por el que ahora venían transitando.

—Se trata de hacerles entender —dijo—, que si pretenden darnos caza, deberán hacerlo por esta faja. Por aquí, cada metro de terreno es una fortaleza natural. Aquí sus piezas de artillería se convierten en inútiles por lo intransitable del terreno y también su ventaja numérica se reduce a cero. Y si lograsen ponernos sitio, sus propios riesgos no serían menores que los nuestros. ¿Dónde se ha visto una fuerza sitiadora que por obstinación se deja morir?

—Ésta parece serlo —dijo Stchuss—. ¿No tienes nada mejor que decirnos, Badko? ¿Y si nos cortan corriendo por el lateral?

—¿Cuánto correr? —fue la réplica—. Les llevamos dos horas. Aunque apuren, nunca podrán alcanzarnos antes de la noche. Y por la mañana tenemos la bruma.

—¡También ellos la tendrán!

Por la noche Makhno dispuso acampar. Tampoco era para seguir andando... Lo propio hicieron las dos divisiones cosacas. Sólo a riesgo de extravíos o de caer en celadas podrían aventurarse en nada. Prefirieron ultimar el propósito por la mañana. En tanto, con total sentido de provocación ostentosa e intimidatoria detonaron a la distancia sus baterías y encendieron sus hogueras. Un rato después, si bien despojándose de lo poco y nada que les quedaba de combustible, como floraciones encarnadas, ardieron en el campamento makhnovista correajes, sillas y hasta animales sacrificados.

Al amanecer, los cosacos no vieron más por delante la columna buscada. Y sí cenizas de las hogueras. La burla les levantó esa pizca de reservado orgullo que jamás abandona a un cosaco. Lebreles feroces, convirtieron en punto de honor el no cejar.

—Si ésos andan, andamos nosotros —se dijeron.

Si los cosacos quedaron atrás..., ¿qué les quedaba a los insurrectos por delante? ¡Y en su trayecto! Desprendimiento de presagios funestos, se morían sus animales. Las nobles bestias que perecían o había que sacrificar eran la pérdida más sentida de esos hombres, fuera de sí mismos. Sabiéndose sin duda cada vez más cercanos al fin de su peregrinación, ignoraban no obstante cuán lejos se hallaban todavía.

XIII

EL CAMARADA Y EL GENERAL

Las órdenes del estado mayor bolchevique siguiendo las alternativas de esa persecución, eran terminantes: «acoso, cerco, extinsión». Si bien con plena confianza en las divisiones cosacas, a las que sabían de resolución insobornable, estaban detrás de ellas enviándoles correos, telegrafiando, codo a codo con los hechos, sosteniéndolas a todo trance en la determinación. Ni qué decir cuánto los contrarió el parte recibido. A pesar de las seguridades dadas por las divisiones, de que los perseguidos avanzaban hacia su propia destrucción, el hecho de haber perdido contacto envenenó de incertidumbre a la plana mayor. Con los makhnovistas estaban curados de apresuramientos y conclusiones. ¡Les batió la sangre notificarse!

Y doblemente sabiendo que, si bien en otra latitud, mas no fuera de Rusia, los marineros de Cronstad y la poderosa flota báltica tuviesen en jaque a San Petersburgo y ante la inminencia de sublevación a otras ciudades. ¡Dos astillas de un mismo palo! ¡Qué no hubieran dado por tener en la balanza la cabeza de Néstor Makhno! No acababan con éste —oh, claro que sí, seguramente que sí, ¡qué estoy diciendo!—, que ya otro brote, más temible por hallarse en el corazón de Rusia, radiando directamente sobre el proletariado de las urbes, estaba próximo a estallar. Sabiendo lo que eran los makhnovistas, bien sospechaban lo que serían los marinos de Cronstadt. Y en este caso, agravado por su prestigio nacional, acuñado en el 17, cuando el levantamiento de la base naval provocó la caída definitiva del zar. ¡Esos marineros estaban enclavados en los cimientos de la revolución! ¡Hacían y eran historia popular, la faz anárquica exenta de líderes! Y vaya si los bolcheviques tenían conciencia del significado del pueblo y la tropa fraternizando. ¡Ese era el signo de la revolución, lo había

sido en el 17! Bajo ningún pretexto iban a tolerar nada parecido. ¡Estaban avisados! Sin embargo, sus esfuerzos por contener los movimientos huelguísticos —adelantados en Cronstadt—, resultaron estériles. La mano de los marinos modelaba esta agitación.

Muchas alternativas sinuosas, turbulentas y peligrosas había corrido el poder bolchevique, desde su asunción, para verse encallando, luego de dominada la situación externa. Aquí y ahora, sólo les restaba corregir goteras en su propio tejado. ¡Que no temiera nadie que ellos no fueran a enjugar sus propias cuestiones como era debido! Sacarse por fin de encima la presión sobre sus actos de gobierno y la fiscalización moral asumida por los marinos de Cronstadt, sobre el decurso de la revolución, era sin duda una condición primordial, del pleno ejercicio del Poder, según lo entendían los bolcheviques. En esta ocasión única, en que los marinos aparecían auspiciando las huelgas y apoyando los movimientos de protesta, denunciarlos por contrarrevolucionarios, fue la tarea que asumió Trotzky.

A nadie en el *bureau* se le escapaba que superadas definitivamente las invasiones blancas, destruído Petlura, concluída la guerra con los polacos, reducidos a deambular hasta sucumbir los makhnovistas; Cronstadt era el último reducto armado de la resistencia al régimen y que, vencido dejaba el camino expedito para el pleno ejercicio del gobierno comunista. Hacía dos años que Lenin venía reclamando *tiempo* para poner por fin en práctica sus planes y reformas político-económicas. Sus planes grandiosos perturbados y postergados. Ahora por los de Cronstadt. Así, este bastión anarquista condenado por decisión unánime del comité, se convirtió en la prioridad, el remanente o residuo final para el barrido de la «escoba de hierro».

Que ahí se jugó la carta de sojuzgación decisiva del pueblo ruso y que la *tercera Revolución*, inspirada por los marinos de Cronstadt, era algo más que un mero enunciado inserto en un volante, es lo que ya veremos.

Trotzky, con la dura experiencia de sus contratiempos en Ucrania, atribuibles a la «improvisada oficialidad de partido», prosiguió la reforma integral de los cuadros del ejército. Para la jefatura del ejército de represión de los marinos de Cronstadt y la flota del Báltico, impuso al general Tukhachevsky.[2]

---

2 Años después, en los umbrales de la Segunda Guerra Mundial, la intriga nazi y generales blancos del círculo Gutchkov que conspiraban en el extranjero en favor del Tercer Reich, se dejaron robar documentos «probatorios» de que su conspiración tenía enlaces que se extendían hasta el seno del estado

La nieve copiosa, particularmente intensa esa mañana, cargaba de presagios tétricos el significado de lo que en ese salón de acuerdos del Kremlin se estaba conjugando. Los que ya estaban en la sala de espera contigua y los que iban llegando, altas jerarquías políticas y militares envueltos en sus abrigos, sus capas, sin quitarse siquiera sus gorros de piel, quedaban por ahí, formando grupos, solitarios, fumando, sibilando diálogos, siendo servidos por dos o tres camareros que ofrecían en bandeja té o ron. Quién más, quién menos, todos mantenían una actitud, del modo que se suele en los velatorios... Y en realidad, dada la gravedad de lo que acontecía y de lo que a puertas cerradas estaban decidiendo, ese era el climax que se vivía.

Trotzky y Tukhachevsky conferenciaban. Hacía un buen rato que el general había sido introducido en ese compartimento. Privilegio de los más espectables, los dos departían sentados en sendos sillones y al calor de un hogar crepitante. Ambos condensaban, cada cual a su manera, ese afán inmemorial de los hombres que buscan y se gozan por el mando. Y en tanto y tanto se ligan a otros. Uno y otro habían accedido, pero no llegado plenamente y la lección de Lotz, punto crucial de la ofensiva contra los polacos, era una muestra sumaria del denso mundo de sombras y controversias que se movía en torno de ambos. Los dos lo sabían. Se juntaron para reconfirmarse.

Tukhachevsky fumaba, haciendo girar su cigarrera entre sus dedos y escuchaba con atención las advertencias e inquietudes de Trotzky. Cuando concluyó, le dijo a su vez.

---

mayor del ejército rojo. Stalin dispuso se investigasen secretamente las «pruebas». Tukhachevsky y siete generales y mariscales, lo más prominente del ejército, sufrieron un proceso por alta traición. Los hizo matar en los sótanos de la Lubianka (12 de junio de 1937). El mariscal Tukhachevsky era el jefe del ejército y notoria influencia en su estado mayor. Ya había tenido ocasión de negar el apoyo incondicional del ejército para llevar adelante la reforma agraria compulsiva decretada por Stalin. De igual modo, se opuso a las concesiones que el dictador concedió a Japón. Stalin advirtió que Tukhachevsky representaba un peligro latente para su dictadura. Y jamás dejó de sopesar que fuera prohijado de su máximo oponente. Consecuentemente, la sucesiva depuración de altos jefes y oficiales del ejército y la armada rojos, ejecutados sin proceso público, comprendió las siguientes cifras: 3 mariscales, de 5; 27 generales; 18 almirantes y contraalmirantes; 13 comandantes de ejército, de 19; 15 comandantes de cuerpo de ejército, de 85; 110 generales de división, de 195; 202 generales de brigada, de 406; y unos 30.000 oficiales, sobre un total de 80.000 en servicio activo (Jacinto Torhyo, *Stalin*, pág. 358). Locutorio luctuoso, cada página —por donde se abra el libro—, está tinta en sangre.

—Aunque difícil, Cronstadt no es inexpugnable. La base ha sido construida para defender San Petersburgo de cualquier ataque proveniente del mar de Finlandia, pero no para que se defienda de un ataque por la retaguardia. Nadie hubiese imaginado semejante situación entonces, camarada —una fugaz ironía se movilizó en sus ojos.

—Los tiempos son los tiempos... —apresuró su réplica Trotzky—. Nosotros no estamos repitiendo la historia, la estamos haciendo de nuevo —pareció explicándose, pero de inmediato volvió a centrarse en la cuestión—. ¿De manera que, desde el punto de vista estrictamente militar, es posible?

—Lo es —respondió sin hesitar el general—. Actualmente el mar está helado. Esta plataforma natural facilita el desplazamiento de tropas y armas pesadas. Es una oportunidad única. Demorarla, significa otorgar ventajas que no aconsejo.

—¿Entonces, usted diría... —Trotzky hizo una muy breve pausa, sigificativa y soltó la palabra—: «ahora»?

—Ya —contestó Tukhachevsky con total naturalidad.

—¿Ya? —un instante como para la reflexión y de inmediato—. ¿Cuánto tiempo?

—Cuanto antes —en el mismo tono sin énfasis contestó el general—: No se trata de una represión corriente —explicó—. Es un operativo de guerra. Los marinos pondrán doble energía combatiendo contra el ejército. Si no podremos evitar que se batan como fieras, desearía saberlos atrapados en su cubil de hielo.

—Entiendo perfectamente su punto de vista, general. Sólo que... Déjeme usted arbitrar... Se trata de... Se trata de que... *ya*, ya, es imposible. Deme usted tiempo, el menor tiempo, claro es... Pero, se trata de que necesito un justificativo... Algo grande. Nos tienen antes que dar algún motivo grande. Un hecho como el que nos proponemos es imposible de ocultar. En cuanto retumbe el primer cañonazo, todo San Petersburgo lo oirá. ¡Y todavía dependemos de la opinión pública!

—Los cañones de largo alcance los poseen ellos. En su bastión y en sus unidades de guerra. ¡Qué no darían ellos por poder circular libremente esas unidades por el Báltico! ¡Y acercarlas a la orilla de Petersburgo! ¡Darían por ello tanto como nosotros por seguir teniéndolos amarrados al mar helado! No me pierda esta oportunidad, camarada.

Trotzky parecía fascinado con este joven arrollador y sin complejos, capaz de abarcar la situación con objetividad. ¡Qué no sería esta misma cuestión propuesta a camaradas comunistas devenidos en comandantes! ¡Cuánto devaneo! Con total certeza que estaría dis-

cutiendo los alcances políticos del ataque a Cronstadt y no del ataque en sí. ¡O peor, mezclando las dos cosas!

—Procúreme mi tiempo, camarada. Yo le rindo Cronstadt en días. Lo prometo.

Cuando dejaron su tertulia y salieron al salón aledaño, los que aguardaban se volvieron hacia ellos. En todos esos rostros, hasta ese momento sombríos, apareció la óptima impronta reflejada tanto en Trotzky como en Tukhachevsky. Trotzky tomó al general por un brazo con la seriedad y la satisfacción de un padrino de bodas y mientras les abrían paso, lo condujo hasta la mesa en que aguardaba el documento que protocolizaba el nombramiento del general, para el mando del ejército de represión para la rendición de Cronstadt.

XIV

INDECLINABLES

A miles de kilómetros de San Petersburgo, cercados por hielos y piedras producto de cíclicos cataclismos —un lugar para el confinamiento de condenados, propio de la imaginación dantesca—, otros hombres, ya lanzados, persistían. El momentáneo alivio que sintieron al saberse libres de persecución, pronto se convirtió en angustia de un presente que los dejaba una vez más solos en medio de esa inmóvil impavidez de tiempo y espacio. ¿Solos? ¿Seguro que solos? ¿Qué les aguardaba más allá? ¿Hacia dónde se precipitaban? ¿Y esa presencia temible que hasta la noche precedente venía pegada a sus garrones, habría desistido definitivamente de su persecución?

Si en estas tensas jornadas, Makhno y sus hombres sintieron en todo su siniestro y tétrico rigor la imperturbable presencia del paraje que los envolvía, fue en ese momento. Tuvieron plena conciencia de que su esfuerzo pudiera no ser más que un mero espejismo sin resultado. La brújula giraba sin control, locamente. ¿Quién no sintió ahí la sensación de que una mano helada les enfriaba el ánimo? Makhno se apresuró en alertar a sus comandantes.

—Vigilen bien. Manténganse en permanente contacto con sus hombres. Como si estuviésemos en una batalla. Y sin la posibilidad de dar muerte a nadie y sólo de morir nosotros. Cuidado que nadie se deje atrapar por el pánico. Lo que sigue es peor de lo que se vivió.

Stchuss le dio con el codo a Kojin.

—Badko no va a dejar ni que nos pase la saliva —le dijo.

La naturaleza de lo que les faltaba recorrer, luego de lo visto, les soldaba los dientes. Cada día de esa marcha forzada se agregaba como otra lápida sobre lo que los aguardaba, doblándolos... Y sabiendo que detenerse era morir, retroceder imposible, desorganizarse o desa-

lentarse el principio del fin. Apretados los puños, apretados los dientes, la mirada aguda y endurecida, el ceño cuajado; un rictus violento marcando los ceños de cada uno y como encadenados, uno detrás del otro. Y todavía así, siete días más. Ahora, tras esos días de máxima prueba, noches y brumas interminables en que la razón vacilaba y en que únicamente por el empeño que a veces ponen los hombres en sus empresas más absurdas, resultaban vencedores de los elementos ciegos... La quijada de esa muerte helada, pareció regurgitarlos.

La primera brizna de hierba castigada, rugosa, reseca, dura, entreverada; el primer terrón descubierto bajo la capa de nieve y de hielo, los hizo caer, besar la tierra que hollaban, como sedientos entregados a las albricias consoladoras de un arroyo. Cavaban en la nieve en busca de esa negrura promisoria. Arañaban la tierra, la abrían con sus cuchillos, en busca nada más que de su presencia cálida, avisora. Y los animales se sacudían a su vez de esa sensación de espanto que se les había inyectado en los ojos a medida que el paraje se cristalizara en ellos. Relinchaban, bufaban, golpeaban con sus cascos sobre la nieve, reconociendo a su vez bajo ella, la tierra amiga, madre de la vida. Todos ahí, hasta hace nada envarados, más parecidos a esperpentos, recobraban sus movimientos habituales. Se sacaban esa cáscara amarillenta que fueron adquiriendo en esa travesía espantable, cual gusanos en su metamórfosis augural.

Sacudían sus mantas, reacondicionaban el correaje de sus monturas los que las conservaban, les quitaban a sus caballos los restos de trapos que cubrían sus patas, reconocían sus armas, gustaban y regustaban cada gesto habitual. El quitarse las mantas en que estaban envueltos, volver a montar. ¡Y hablar, recobrar las voces! ¡Y la risa! ¡Qué pesadilla! Por fin respirando sin aprensión... Al fin, otra vez en su lucha.

Les restaba superar la vigilancia que seguramente habría dispuesto el enemigo. También les era imprescindible reabastecerse, sorprender, sublevar la región. Makhno volvió a enviar patrullas de reconocimiento en distintas direcciones, levantó el improvisado campamento e inició una marcha en procura de un lugar donde ponerse a resguardo y reponer energías. Felizmente para esa circunstancia, la línea que habían establecido los bolcheviques era tan vasta y tan imprecisos los mapas de esa región que en muchos kilómetros a derecha e izquierda no encontraron oposición a su trayecto. Avanzaron hasta los confines de Galitzia. Llegaron hasta Kiev, en cuya cercanía

atravesaron el Dnieper helado, entrando en dirección a Poltava. Sorteando a las fuerzas bolcheviques que habían perdido todo indicio de su paradero, fueron hacia la gobernación de Kharkov, volviendo hacia el norte, hacia Kurks y luego de atravesar la vía férrea entre la ciudad y Belgorod, vía que combinaba con las grandes ciudades, se encontraron completamente fuera del círculo establecido por los rojos. ¿Azar, previsión, certeza?

Si las montañas sólo se juntarán al final de los tiempos, la voluntad de los hombres puede estrecharse en el tiempo y en la distancia.

XV

CADA CUAL EN SU PUESTO

Su nuera la encontró desmayada en la cuesta de la lomada, donde trabajaba su parcela. Se sintió atraída hacia el suelo y perdida la estabilidad. No recordaba más. Transportada a la *dacha* de Zelma Luty, cuando abrió los ojos, se vio tendida en cama, con el viejo médico Aarón Levin auscultándola con su estetoscopio y, rodeándola la nuera con su niño en brazos, Zelma y la madre de ésta. De la otra habitación asomaban por la puerta cabezas curiosas de campesinos. Tuvo un primer instante como de pánico e intentó incorporarse, pero fue disuadida por el gesto del médico y porque ella misma se halló sin fuerzas. Esbozó una protesta.

—¿Qué hace usted? —preguntó, tratando de cubrirse y volviendo del todo en sí.

—Buen día, Gravinka... —la saludó el médico.

—¡Por fin habla usted! ¡Se desmayó, *mamucha*! —exclamó Dorotea.

—¿Me desmayé...?

—¡Qué susto! Perdió el sentido...

—¿Cómo se siente, Gravinka? —preguntó la madre de Zelma.

—Por favor... Les ruego... Debo revisarla... ¿Me dejan? —Levin despidió a las mujeres.

—¿Yo, podría quedarme? —pidió Zelma. El médico advirtió cierta inteligencia entre ella y la enferma. Consintió con un gesto.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Gravinka?

—Hace mucho... Me curó a los chicos...

—Debe saber lo que le está pasando... —acercó una silla de esterillas a la cama y se sentó. Zelma se aproximó—. Lo que ha tenido es más que un desmayo. Usted ha sufrido un síncope, Gravinka —ella pareció no inmutarse.

—Los viejos solemos tener cosas... —se defendió.

—Esto es muy serio —le dijo Aarón Levin, con la mirada fija en ella, tras de sus lentes.

—¡Qué me dice! Trabajo mi tierra a la par que cualquiera.

—Si vuelve a hacerlo... o subir esa loma... Se puede morir.

—¡Es que yo no puedo dejar de hacerlo, doctor!

—¡Cómo que no puede! Si lo hace, ¡se mata, usted! —dijo, volteando la cabeza hacia Zelma como en busca de razón. Le asombró escucharla.

—La *mamucha* dice bien.

—¿La apoyas? ¿Quieres que se mate? ¡La matas! —Zelma se echó a llorar.

—¡Dice bien! ¡Dice bien! —repitió, ahogando su congoja. Gravinka lo tomó de la manga y aferrada trató de atraerlo hacia sí.

—Yo no debo dejar de hacer lo que hago —dijo, desorbitada—. No puedo convertirme en carnada de Badko. ¿Comprende, usted?

—¡Badko! ¡Se trata de usted! —perplejo, Aarón observaba a una y a otra—. ¿Están locas, ustedes? —protestó, sintiendo sin resonancias su voz. Y de improviso, como si se le revelase no sólo que estas mujeres estaban concertadas de ahora, sino de antes... ¿Qué cosa nueva habían asimilado estas campesinas de Gulaï-Pole, que las hacía tan distintas a como él las había conocido en otro tiempo?

—Esto debe quedar entre nosotros, Aarón Levin... Nadie debe saber lo que yo padezco —dijo sin soltarlo la madre de Makhno.

—¡Usted no puede estar hablando seriamente, Gravinka Makhno!

—¡Claro que sí!

—Su hijo... ¡Quién sabe dónde está!

—¡Por eso! —en un esfuerzo supremo lo atrajo hacia sí—. Tres hijos perdí... A dos de ellos los mataron en mi presencia. Ni remotamente, por guardar mis huesos viejos, correré el riesgo de convertirme en señuelo del que me resta... ¡Nadie más debe saber!

—¿Será razonable? No obstante, debemos encontrar una salida...

—¡Por favor! Que hará que nos perdamos todos... ¡Comprenda...

—Me está pidiendo que la deje morir... No puedo hacer eso. ¿Me comprende usted, a mí?

—Yo soy una vieja y no represento mucho... No me cargue en su conciencia.

—¡Qué, vieja! Usted es una persona viva.

—Si mi vejez no le descarga la responsabilidad, le digo que soy madre. ¿Qué madre no da la vida por su hijo? Déjeme morir en paz... Viviría atormentada pensando que Badko pudiese caer abatido por

mi causa. Sería como ver mi propia sangre, que ese hijo mío transformó en una dimensión corriente que ya no quiero. ¡Mi hijo me ha hecho más que madre, doctor! No hay cuidado, yo lo sé, de que incurra en esta tontería de venir a verme, mediando valores tan altos como los que están en juego. Pero, ¿y si eso hace?

El médico, que la había estado escuchando, se quitó los lentes, los limpió cuidadosamente y volvió a colocárselos. Entonces dijo.

—Yo no tengo a nadie más que a usted, frente a mí. ¿Sabe, Gravinka, que usted es del todo de mi responsabilidad? Yo no entro en lo que usted dice. Yo estoy ante un enfermo y mi obligación es curarlo, no dejarlo morir. ¡Eso me está pidiendo! Y quiero que sepa que siento mucho lo de sus hijos y siento también mucho lo de los hijos de los demás. Me reservo la opinión en cuanto al partido que tomo. Estoy para sanar. Usted teme por su hijo. Yo temo por usted. Usted quiere guardarlo a él; yo, prolongarle la vida a usted.

—Son cosas distintas —dijo al fin Gravinka soltándolo.

—Sí. Usted está aquí, él vaya a saber dónde. En todo caso, me está pidiendo que la sacrifique a una superchería. No lo consiento.

—¡Cómo se atreve! —ella se levantó un poco—. ¿Qué tan lejos lleva su deber? Es como si usted, por el sólo hecho de su profesión, hubiera adquirido derecho sobre la voluntad de mi persona... ¿No es una atribución desmedida? Yo he vivido, hasta aquí, sin consultarlo...

—Cierto. Pero voluntaria o involuntariamente, lo ha hecho. Estoy aquí. He visto y no puedo hacer como que no he visto.

—¡Doctor, que está en mis manos acabar con mi vida!

—En las mías está el salvarla, impedirlo, luchar por su vida. Si diez veces atentase contra su vida...

—Aarón Levin, no se engañe. No serán diez; bastará con un solo intento de mi parte.

—*Mamucha*, ¡qué dice! —clamó Zelma con lágrimas.

—¿Doctor, está pronto para cargar con mi muerte? —dijo Gravinka con expresión desconocida—. O lo que sería mucho más grave, ¿con la mía y la de Badko?

—Doctor, ¡por favor! ¡Haga lo que ella le pide! —volvió a clamar Zelma.

—¡Cómo, por favor! ¡Qué contradicción! ¡Si acabas de alarmarte por ella!

—¡Oh, barbaridad! Así de retorcida está la vida por causa de los rojos. ¿Está mal que desespere por ella? Gente sensata, gente hermosa, gente para vivir de muy distinto modo y fíjese a qué horrible y absurda situación nos arrastran. Ella teme porque su hijo caiga en una celada por su culpa. Su hijo no es sólo su hijo. No es de ella sólo. Es mucho más.

Es Badko. Representa los afanes, la lucha y la esperanza de cientos de miles, de millones de campesinos. Su vida nos es preciosa a todos aquí. Cualquiera de nosotros, pregúntelo, daría la vida por él. Y esto que hablo está ocurriendo ahora en este momento. Sí, es una situación extraordinaria. Nos han sacado de quicio. Debemos responder. Todos nuestros actos y todos nuestros juicios, doctor, pasan por el mismo punto. No tenemos otra cosa en mente. Resistir. Resistir... Cada cual con lo que está en su razón... Déjela a ella hacer lo que dispone.

—Tú estás llorando, Zelma.

—¿Y quién le dice que por ello sea menos soldado? —le respondió Zelma con firmeza.

El médico vio los rostros endurecidos de esas dos campesinas. ¿Qué hacer? Sí que estaba todo cambiado. Mejor decir desquiciado. Jamás supuso que un principio considerado básico de su profesión, pudiese aparecer de pronto, careciendo de sentido. Se levantó, cogió su valijín y su sombrero y con el estetoscopio colgándole, salió. No supo explicárselo, a pesar de la contradicción se sintió confortado.

Los de la *Tcheka*, que vigilaban la casa de Luty, viendo ese repentino alboroto, optaron por indagar al médico en privado. Aarón Levin dio razón de su visita. Manifestó su diagnóstico. Mostró su registro de pacientes. Cuando los policías abandonaron su consultorio, Aaron comprendió que inopinada y gradualmente, desde el momento en que convino guardar el secreto de la enfermedad de Gravinka, hasta este otro ocurrido apenas media hora después, él había cambiado su condición de no beligerante, tomando partido decidido por una de las dos causas. Y aunque pudiese parecer también contradictorio, se sintió muy bien así.

Cierto que quedó pendiente la dramática decisión inmolativa de Gravinka. La figurada idea de verla trepando la cuesta nada más que para hacer creer a los rojos que ella se encontraba bien, sabiendo que cada paso que daba era una apuesta de vida o muerte, lo anonadaba. Pero, ocurrieron cosas que modificaron esa espectativa. Sorpresivamente, Gravinka fue inquirida por la *Tcheka*. Los pesquisantes se preocuparon por su salud, enviaron saludos muy cordiales al «camarada Makhno» y aparentaron despistarse... Mas redoblaron la vigilancia. Gravinka se vio obligada a quedarse en cama, pues, a su pesar, la abandonaron sus fuerzas y quedó postrada. Con el transcurso de los días, la *dacha* se fue llenando de rumores sin confirmación sobre el paradero de Néstor. Ella se consolaba sabiendo que mientras la *Tcheka* permaneciese merodeando la inmediación de la *dacha*, podía estar segura que el Badko estaba en pie, en algún lugar de Ucrania.

XVI

TESTIMONIO

En sucesivas conversaciones, Makhno y Archinoff habían llegado a un acuerdo. Era referido a Cronstadt y a otro asunto del mayor interés. En el curso de todo ese tiempo de travesías desérticas y de escapatoria, habían carecido de noticias sobre Cronstadt. Nada supieron en Kharkov, ni en Kiev, ni en Galitzia, ni ahora, en Kurks. La prensa y la información controlada funcionaban a la perfección. Se reavivaron sus apremios por establecer contacto directo con ese otro gran centro de agitación urbana en Petersburgo. Más que nadie, Archinoff era quien consideraba, a pesar de sus propios pruritos por tener que abandonar el ejército makhnovista, que había llegado su momento para ello. Poco era su aporte en relación al servicio que pudiese prestar a la causa, ante la posibilidad de contactar con los marinos. Y no esto solamente. Makhno y él, habían llegado a idéntica conclusión: aciago parecía el destino de los insurgentes. Perseguidos y masacrados, ¿qué, ni quién, quedaría entre ellos para dar testimonio de esa gesta? *Testimonio fidedigno.* ¡Ah, sí que sintieron el vacío y la desesperación del final presentido! ¿A qué quedaría reducida la justa makhnovista, librada a la tergiversada versión, a la calumnia y al cinismo bolchevique? Y más: la presencia de esa llama viva borrada de la memoria. ¡Eso nunca! ¡Jamás! Esto debía ser rescatado. Y no después. ¡Ahora! Que ya mismo todo lo que ellos habían significado estaba siendo borrado, enterrado por los rojos, dueños enseñoreados de Rusia hasta sus confines inexplorados, donde cada comisario marcaba la norma... ¿Qué quedaba? ¿Qué les quedaba a ellos que aún sobrevivían? Los restos de este ejército perseguido y deambulante y las cuartillas que Archinoff llevaba escritas y que narraban toda la gesta makhnovista. ¡El único documento fehaciente con que conta-

ban! Un manojo de hojas que Archinoff llevaba siempre consigo, en su mochila. ¡Qué valor habían adquirido entonces para ellos!

—¡Cien años estuvieron sepultados documentos en los archivos históricos de la revolución francesa, hasta que Jean Jaurés y Kropotkin los sacaran del anonimato! Por ellos se pudo comprobar que no todo se redujo a luchas posicionales entre girondinos y jacobinos. Que hubo una tercera fuerza representada por los comuneros de París, tanto o más decisiva para los efectos materiales de la revolución y oscurecida ideológicamente...

—¡Lo sé! Lo sé, Pedro. Esos comuneros vendrían a ser lo que nosotros. ¡Quién mejor que tú para exaltarnos! Tú eres el indicado, Pedro. Tú has permanecido conmigo desde el inicio. Por cierto, a veces es más valioso un cronista que un hombre que cargue un fusil. ¡Seguro!

—¡Ése soy yo!

—Eso espero. Ya nos falta Volin. Nada sabemos de él. ¡Qué amargo si nada nos recordase!

—Eso vengo pensando, Badko. Lo nuestro es un eslabón en pos de la historia libre de la humanidad. No nos dieron tiempo, nos apuraron siempre. Jamás dejaron que hiciésemos pie para llevar a la práctica nuestros ideales sociales. Pero alta y señera queda nuestra posición anárquica, opuesta a los Estados y gobiernos. ¡Eso sí! Como en las comunas de París. Esa dirección marcamos al mundo entero. ¡Esto debe saberse! ¡Esto debe saberse! ¡La historia tiene continuidad! —los dos compañeros, los dos amigos, se miraron—. Y si no sirviese —prosiguió Archinnoff—, más que para demostrar la impracticabilidad de nuestra lucha, también así y por eso debemos ser conocidos. Para que los que en todos los tiempos, siempre se levanten por pan, justicia y libertad, sepan que hubo anteriores a ellos, como habrá después que ellos. Jalones y jalones. Hasta que la vieja y podrida estructura se hunda definitivamente. Sí, Néstor, estos papeles que llevo conmigo hay que sacarlos de Rusia. Si te digo que cargándolos vivo con la aprensión constante de perderlos y no dejo de palparlos... Quien me viera creería que guardo un tesoro...

—¡Lo es!

—¡Lo sé!

En ese momento los dos parecieron enajenados. Diez años de cárcel y luchas compartidas, los habían hecho entrañables. Ahora, el largo periplo parecía tocando a su fin. Podría pensarse que no fueran a verse jamás.

—Badko, no hemos arreglado lo de Cronstadt.

Con ropa de paisano, gorra típica de visera, una mochila, tascando su cigarrito, partió Archinoff en un carro que condujo y proveyó un campesino, hasta la estación de Kursk. Debían alcanzar el tren de la madrugada que combinaba con Petersburgo. La intención de Archinoff era estar en la ciudad a lo sumo en tres días y situarse en el nudo de los acontecimientos subversivos. Llevaba consigo cartas de presentación, una llamada solidaria de Makhno dirigida a la guarnición y todos sus apuntes de la makhnovichina envueltos en un grueso papel de embalar, anudados, metidos en su mochila. A punto de partir, fue despedido por sus camaradas del estado mayor, que le saludaron con efusión y escondida tristeza. Sabían de su propósito... pero estaban viviendo un tiempo de ramas tronchadas.... Los mejores se estaban yendo.

XVII

EN LA BORRASCA

Makhno había desarrollado con pericia inverosímil todo ese largo rodeo azaroso para ponerse fuera de la periferia abigarrada de trampas puestas por los rojos para cazarlo. Pero, razón de la lucha revolucionaria, Makhno no había demandado a los suyos ese esfuerzo para excluirse, sino para recobrarse. De manera que ahora, cobrado el aliento..., trataba de anunciarse en su región su presencia; desmentir rumores que lo hacían vencido, huyendo y hasta muerto. ¿Había otro modo de hacerlo que reemprendiendo la acción guerrillera? Sigamos los rumbos diversos y simultáneos del complejo acontecer.

Estando a 22 del mes de febrero, comenzó de hecho la agitación en las grandes ciudades. El impulso insurreccional lo dieron los marinos de Cronstadt enviando delegaciones a todas las usinas, grandes fábricas y talleres de Petersburgo para promover una huelga general revolucionaria. Comprometían para darle apoyo sus cañones, la marinería y la flota del Báltico en pleno. Expresaban en un documento a los obreros «desengañados de la *dictadura del proletariado* que si decidían levantarse contra los impostores rojos en favor de *soviets* libres, libertad de palabra y prensa, de organización y de acción de los trabajadores y de todas las corrientes ideológicas de izquierda; si los obreros apoyaban la *tercera Revolución*, entonces Cronstadt, con todos sus efectivos, se pondría al servicio de esa causa». Los obreros se sintieron respaldados por esa tremenda fuerza y por lo que significaba compartir el ideario con los marinos. Como resultado de esos contactos, la ya caldeada agitación se encendió del todo. El 24 las grandes usinas Báltica y Patromy, de municiones ésta y la fábrica Laferme, cesaron de funcionar. El 25, el movimiento, con carácter de subversión, se extendió. Los huelguistas hicieron abandonar sus puestos a los

obreros de los arsenales del Almirantazgo y a los del puerto Galernia. El movimiento se propagó en tres días con fuerza huracanada, adquiriendo un empuje temible. Se encrespó amenazador sobre el andamiaje político del régimen. «Ahora o nunca», decía la consigna proletaria.

La maquinaria represora trajinaba tras los muros de las unidades militares, digitadas por Tukhachevsky, a todo vapor. No cesaban de arribar en trenes cargados de ellos, tropas y armamentos llegados de Rusia Central. Esto no era una simple represión. Era la guerra. No a los polacos, no a la Entente. En nombre de la Dictadura del Proletariado, ¡al proletariado del mundo! ¡Qué hienas!

Archinoff, a último momento, ya embarcado en su tren de Kurks, debió abandonarlo porque una brigada de la *Tcheka* revisó el convoy a fondo. Se vio obligado a retrasar por otros tres días su partida, hasta la nueva combinación.

Makhno, no habiendo sido detectado por ninguna fuerza roja, se decidió a atacar y tomó, el 24, la ciudad de Korotcha, en la región del Don, a miles de kilómetros del mundo de los sucesos. Comprendió que muy pronto tendría a los ejércitos rojos tras él.

Alertado el comando bolchevique, más se inclinó a creer que se trataba de una nueva invasión blanca que de las fuerzas de Makhno. A éste lo hacían en cualquier sitio..., nunca más allá de Kiev.

Trotzky estalló. Había que ver a ese hombre exasperado, cómo la sangre le azotaba el rostro y sendas manchas rojas se agolpaban en sus mejillas empalidecidas; de qué modo el cabello de pronto se lo veía hirsuto, como si se hubiese tirado de ellos; la barbilla desmadejársele; desorbitarse sus ojos bajo los cristales de sus lentes. Agitaba los puños y no cesaba de vociferar con su timbre irritado contra los miembros de su estado mayor adscrito a Ucrania, como si los tuviese ante sí.

—¡Ah, inútiles, inservibles! ¡Me han estado asegurando que esos *mujiks* jamás saldrían de esos parajes helados! Y qué decía yo: «¡Cuidado! ¡Cuidado!» y otra vez «¡cuidado!» ¡Me aseguraron que esos parajes serían su tumba! ¡Y los he provisto para que los persiguieran de la mejor caballería del ejército rojo! ¿Y debo seguir soportando esta palmaria demostración de ineptitud? Luego se quejan si ex generales del ejército imperial ocupan mandos en el ejército rojo. ¡Y fíjense por dónde reaparecen esos *mujiks*! ¡Esto es una burla! ¿No es una burla?

¡Y este Makhno que parece estarse riendo de nosotros! —daba zancadas aquí y allá—. ¡Y que me cojan estando tan ocupado, pronta a explotar la caldera de Cronstadt! Pero prometo, ¡oh, sí!, que si Makhno logra levantar nuevamente a los *mujiks* de su región, que no cejaré hasta ver en Siberia a tantos ineptos. ¡Comuníquenme con Frunze! —expelía su cólera.

Buscando resultados y apostando a un tiempo definitivamente escapado de su arbitraje, Makhno se introdujo en la región que más conocía y la que más prometía en cuanto a posibilidad de un levantamiento general de la población, cual era su propósito: la gobernación de Ekaterinoslav. Una vez allí, ya tuvo que vérselas con la infantería comunista y con el 2º ejército que les cortaba el paso. Enfrentándolos con suerte diversa, entre la que incluía la pérdida de valiosos comandantes tales como Troian y Apollon, una cosa llamó la atención de los guerrilleros: lo que fuera soldadesca roja que solía rendírsele por millares a la primera adversidad, ahora luchaban y se resistían con voluntad inusitada. Tardaron en advertir que detrás de cada contingente que les hacía frente, había otro apuntándoles la espalda comandado por ex oficiales zaristas que, revolver en mano, los instaba a continuar disparando, so pena de saltarles la cabeza de un tiro.

Más de uno en el *politburó* sintió echada su suerte cuando ante la magnitud desbordada de los sucesos en las ciudades, requeridas las fuerzas de policía, éstas, sublevadas, se negaron a acatar las órdenes y debieron ser reducidas por unidades del ejército rojo, comandadas por ex zaristas que coparon sus cuarteles. No obstante, la turbulencia obrera, royendo todo lo que tocaba, hacía cada vez más inestable el panorama gubernamental. El día 26, el comisario de la flota del Báltico, Koyzmín denunció al Kremlin cierta efervescencia, ya notoria entre las naves de guerra varadas en Cronstadt. Trotzky —ni nadie—, se separó ya de los acontecimientos.

Esa noche pudo al fin, Archinoff, abordar su tren. Los días perdidos lo habían colmado de impaciencia, haciéndole por demás inútil su esfuerzo por alcanzar a tiempo los acontecimientos de Petersburgo.

La noticia del regreso de Makhno a la gobernación de Ekaterinoslav se extendió de inmediato. El reapresto de las formaciones rojas confirmó su presencia. No tardaron en plegársele fuerzas: una proveniente de Gulaï-Pole encabezada por Brova y Parkomenko, sumando más de cien hombres equipados y a caballo, todos resueltos a combatir, renovaron el aliento de los makhnovistas. Si resultando ridículo de consignar en relación a la multiplicación de tantos millares rojos como había que enfrentar, adquirían un valor tal de convicción y resistencia que los convertía en pedernal de pasión por la causa.

—¿Dónde han estado, camaradas? Se los ve en los huesos... —decían zumbones los que se sumaban, a los de Makhno.

—Ya nos ven... ¿Cierto que no tan mal...? ¿Y ustedes? ¿Qué vienen a hacer...? ¡Aquí no sobra nada, camaradas!

—¿No? No disputemos... Venimos a compartirla...

Otra adhesión espontánea vino a completar la de éstos más de cien bravos. Se trataba de la primera brigada de la cuarta división de caballería roja, con su comandante Maslak a la cabeza. Este oficial, habiendo caído prisionero de los makhnovistas en una oportunidad en que masivamente se rindió la tropa y luego dejado en libertad, se había prometido desde entonces prestar su apoyo a la guerrilla. A la orden del coronel Budienny, la división en la que prestaba servicio, luego de advertido del regreso de Makhno a la región, tomó su oportunidad separando a su brigada del resto del ejército y con entereza y decisión, luego de arengarla logró decidirla en favor del makhnovismo. Si para Budienny, ex oficial del zar en procura de lauros, esa deserción fue un golpe aleve del que juró vengarse; para la fuerza insurrecta esa adhesión, en semejante circunstancia, les arrancó un secreto tributo, un íntimo reconocimiento hacia los que recién se incorporaban a su lucha sin cuartel. Se estaba a finales de febrero de 1921.

A medio camino de Petersburgo, Archinoff viajaba en un vagón de tercera atestado de familias campesinas que se desplazaban hacia la ciudad, tentadas por la promesa de trabajo y buena paga. En realidad, movilizados por la propaganda que los atraía con la finalidad de que hicieran de *krumiros*. Allí, en ese tren colmado, atiborraban sus ilusiones junto a él, que desesperaba doblemente viendo a todos esos engañados y a sí mismo devorado por la impaciencia por

llegar a su destino. Pegado a la ventanilla, viendo esa extensión sin límites. ¡Y en esa inmensidad alentaba la makhnovichina! ¡Y amenazada de desaparecer! A través de su mochilla palpó el envoltorio que guardaba los papeles con sus apuntes...

XVIII

SUMA Y SIGUE

Ahogado en los cuarteles el conato de sedición de la policía en Moscú, en favor de los obreros, también por entonces y en Petersburgo la represión bolchevique comenzó a mostrarse contundente. El 28, fuerzas militares —las provenientes de Rusia Central, despojadas de toda relación solidaria con la masa de la ciudad—, iniciaron una represión brutal y despiadada. Teniendo orden de disparar contra cualquier grupo que superase tres personas, lo hacían a mansalva, sin reparo y sin aviso. Muy pronto los huelguistas, sufriendo ese ataque, abandonaron las calles a los blindados y la caballería, no faltando infantes. Los arrestos se contaban por millares.

Los marinos de Cronstadt, viendo que ya nada detendría a los bolcheviques y que iban siendo desbordados por los acontecimientos, definieron su posición comenzando a transmitir desde la base, emisiones radiadas captadas en Petersburgo, incitando a la resistencia. El gobierno replicó, todavía disuasivo, enviando aviones que sobrevolaron la base arrojando volantes impresos que pedían calma y tiempo, para que comisiones constituídas para el caso estudiasen las peticiones planteadas y emitiesen, en acuerdos, sus decisiones... Como se puede ver, tanteaban, antes del asalto. Era muy grande, inmensa la responsabilidad y las consecuencais para cualquiera de las partes, de iniciar un ataque, principalmente para el gobierno, que afanosamente buscaba un justificativo valedero de su propósito para presentar ante el pueblo y contrarrestar el prestigio de Cronstadt. Por ello, todavía buscaba las fórmulas de parlamento dilatorias, mas sin descuidar en absoluto el organigrama de ataque puesto en manos de Tukhachevsky.

Al efecto, la ocasión se la brindó el que la tripulación de la nave de guerra Petropavlosk, impaciente y refleja a la represión obrera en

la ciudad, acordó acudir en apoyo de los huelguistas con fuerzas propias. Su acción impulsó a la vez la acción en la tripulación de otro navío de la flota, el Sebastopol. La flota en pleno, se agitó. Su sacudida alcanzó a los regimientos rojos acantonados en Cronstadt, que se sublevaron contra el poder central. Esto, ya configuró un alzamiento en toda regla contra el régimen que, si bien buscando su justificación para dar su golpe mortal, buscó todavía y hasta el último instante, una fórmula conciliable... Se socorrió para ello, con un acto de gran Guiñol...

El 1º de marzo, el presidente del *Soviet* Supremo, Kalinin y el comisario de la flota, Kouzmín, se trasladaron desde Petersburgo a Cronstadt seguidos de una comitiva. La intención, desbaratar en su origen el conato de subversión. Kalinin iba con amplios poderes para negociar un acuerdo y dada la flexibilidad que le acordaron, se anticipaba disfrutándolo. ¿Pero quién dijo que fuese lo mismo un pato cocido que uno que se debe cazar? Sin embargo los bolcheviques estaban dispuestos a ceder en buena parte y quizá dieran más de lo que trajeran en cartera. Si ciertamente preparados, por nada del mundo querían desencadenar un enfrentamiento. A la hora de la verdad, la flota, aún prisionera de los hielos, resultaba temible.

En la guarnición, la sorpresiva presencia, despojada de todo protocolo, más resultó indicio de astucia que de buena voluntad.

—¡Cuidado de lo que son capaces los bolcheviques! ¡Mira qué presente!

—¡No debemos escucharlos!

—¿Escucharlos? ¡Tirarlos! ¡A la mierda!

—¡Eso no! No hemos perdido la cabeza. Recibiremos a nuestro Presidente y a nuestro Comisario con los honores atinentes a sus cargos. Luego de eso no van a gozar de privilegio alguno. Y a la hora de votar no van a levantar sus manos, deberán levantar una —resumió Petrichenko, primer escribiente del Petropavlosk, que pesaba en el consenso marinero, observando desde su barco el arribo de la comitiva en automóviles—. Mejor, apresurémonos en llamar a asamblea abierta a la población de la base.

Luego de los honores de práctica, en que intervino el general Koslovsky, flamante comandante de la guarnición nominado por Trotzky, y de escuchar los acordes del himno socialista ejecutado por la banda de música de la base, se trasladaron los huéspedes a la plaza de Armas. Si momentos antes la buena acogida, la música y las estrofas de *La Internacional*, proponían un recibimiento cordial, como anticipo de la mejor disposición de los anfitriones, la corriente tumul-

tuosa que iba llenando la playa de las paradas y que alcanzó la cifra de 16.000 asistentes —toda la población activa de la isla Kotlin—, de marinos, soldados y obreros, anticiparon, en diálogos sueltos de lo más conturbados, entablados con los de la comitiva, una actitud y una opinión. Decir que tanto Kalinin como Kuzmin, se sintieron como cayendo de una nube desde la primera impresión en la rada a esta subsiguiente, es poco. Nadie les dio explicación fehaciente de lo que allí se aguardaba, aunque parecía prevista una asamblea o algo semejante —quien que lo pudiese precisar—, dado que allí nadie presidía y todo semejaba un caos. Y por decir la verdad, así aparecía la reunión, sin nadie que la tomase del timón. Unos cubriéndose, los otros sin aparecer. Total, que maldito si ellos venían a confrontarse con la población y más bien hubiesen preferido una discusión a puerta cerrada con la cúspide de Cronstadt.

El comisario de la flota, Kuzmin, que se sentía directamente responsable de cuanto acontecía, se adelantó.

—¡A qué la espera! ¿Nadie inicia esto?

—¡Deténgase! —lo detuvo Kalinin—. Déjelos que ellos tomen la iniciativa. Sabremos mejor a qué atenernos.

Por fin, Petrichenko, sin preámbulo y con toda naturalidad, declaró abierta la asamblea y propuso que alguien de la comitiva fuese nombrado por sus miembros presidente honorario de la misma. La titularidad recayó sobre Vassileff, secretario del comisariato del partido.

A cielo descubierto y como telón de fondo las torres de los navíos de guerra anclados en la rada, acrecentada la espectativa en esa mañana fría, Vassileff, cedió la palabra al primero que la solicitó, luego de pedirle que se identificara. Un marinero del Petropavlosk tomó la palabra desde una plataforma dispuesta para el caso en mitad del playón. Se encaramó de un salto y lanzó su tanda.

—Delegado con cuatro camaradas más, aquí presentes, para ponerme en contacto con los trabajadores de la ciudad, por mandato de la comisión permanente del *soviet* de Cronstadt, voy a darles el informe de lo recabado —pasó a detallar los reclamos y protestas recibidas de los trabajadores de distintas fábricas sobre mínimas demandas y la represión consecuente por ese motivo. Su relato, reducido a lo objetivo levantó marejadas airadas. De nada valieron los denuestos de Vassileff por acallarlas.

El que siguió al marino en el uso de la palabra, era un soldado de las tropas rojas de la guarnición. Con parecidas expresiones dio cuenta de su misión, también encomendada. Su relato, seguido con gran atención, culminó encrespando más el ánimo de los asambleis-

tas. En esa tesitura se fueron sucediendo cada uno de los ponentes. La impresión que producían esos relatos de atropellos, encarcelamientos, agresiones armadas y hasta muertes los hacía sentir a todos como estando en pleno período de reacción zarista. Y esto precisamente, voceaban ya desde distintos sectores.

—¿Qué diferencia con el zar?

—¿A eso llaman revolución roja?

—¡Sí! ¡Roja de sangre!

Kouzmin palpaba con creciente irritación esas expresiones y no cesaba de observar a Kalinin aguardando que le ordenase intervenir. Éste, armado de mayor paciencia, aguardaba él también a que cesasen esas letanías. A medida que las escuchaba se iba preguntando cuánto le quedaba todavía a la revolución comunista por extirpar estos focos de sedición como en el que se encontraba. Hasta que, agotados los informes de las comisiones, le tocó el turno a él mismo. Si tenía anticipado su discurso, a medida que las deposiciones se sucedían y la oposición se escarnecía, se vio obligado a darle nueva forma y cambiar algunos de sus términos. Le pesaba sobremanera la crudeza de las acusaciones contra la acción obrera, emprendida por el gobierno y sabiéndolo uno de los puntos cruciales de la disyuntiva, se dispuso a encararla de entrada, con la certeza de que de salir airoso —hubiese preferido parecer sordo—, se le allanaría seguramente el propósito ulterior: la cuestión de las huelgas, la vuelta al trabajo.

—Camaradas, marinos, soldados y obreros de Cronstadt: con profunda atención y asombro creciente he escuchado, una a una, las declaraciones de los delegados. No voy a detenerme a rebatir las diferencias estadísticas que modificarían apreciablemente la versión de las cifras...

—¡Qué tiene que decir! —fue interrumpido—. ¿Dice que no somos veraces?

—¡Diga sus números, camarada Presidente!

—¡Queremos oírlo!

—¡La brutalidad de las tropas traídas de Rusia Central...!

—¡En la fábrica Putieff fueron catorce los muertos!

—¡No tantos! —se alzó Kalinin. Y observando mayor encrespamiento—. Pero, vamos, ¡acepto las denuncias! ¡Me hago cargo de las violencias! Empiezo por aceptarlas —mensurando el efecto de sus palabras—. Me mueve un alto criterio y un alto espíritu. ¡Son el alto criterio y el alto espíritu que se obtienen estando en función de gobierno y al servicio de la causa del pueblo trabajador! Siendo idénticos los intereses, muy distintos se aprecian desde el gobierno que desde fuera.

—¡Eso, bien lo sabemos!

—¿Esto ha venido a decirnos, camarada Presidente?

—Pero, acepto —se apresuró Kalinin—, acepto el reporte de tantos delegados... ¡Y me duelen! ¡Quien que niegue los hechos! ¿Pero..., se me permitirá analizarlos, juzgarlos a la luz de otro lente y obtener así una visión más amplia y que puedan juzgar ustedes mismos? ¿Es que no advierten que solamente profundas razones pueden obligar al gobierno a obrar como lo hace? ¿Cómo es que no hay nadie que levante la vista de lo inmediato y tenga la visión de los grandes lineamientos justificativos? Un sentido de la significación del Estado como ente regulador de las funciones de la sociedad. Yo no hago, ¡cómo habría!, no hago cargo ninguno contra los delegados informantes; no está en su misión interpretar, sino sólo informar los hechos. Yo quisiera explayarme sobre esta cuestión de interpretación de los hechos —hizo una pausa. Advirtió que había captado la atención general—. ¿Se han preguntado qué motivos hubieron de decidir al gobierno de los soviets, al gobierno de la dictadura del proletariado, a reprimir precisamente a los proletarios, a sus hermanos y camaradas más preciados, para quienes se hizo la revolución comunista? ¿Cómo es posible, camaradas, juzgar a la ligera, nada más que por los hechos que alcanzan a percibir nuestros ojos? ¿Cómo considerar de idéntica manera, cómo confundir, comparar, los actos a que se ve obligado el gobierno del pueblo por la inconducta, la indisciplina, cuando no por influencias extrañas a la revolución, con la reacción que movía al zarismo contra la clase trabajadora para hambrearla y esclavizarla? ¿Somos burgueses explotadores? ¿Luchamos nosotros por privilegios? ¿Es que están tan ciegos, son tan ingratos esos proletarios que ustedes defienden, que no vacilan en entorpecer y poner en el mayor peligro a la revolución que les ha dado el ser? ¿Esos trabajadores desconocen nuestra procedencia? ¿No somos rojos, de izquierda y los fundadores de la Internacional Socialista? ¿No tenemos como filosofía el marxismo-leninismo? ¿No hemos sido nosotros los que hemos instituido los *soviets*? Hay un organismo más del pueblo que ese? ¿Por qué no remitir a ese instrumento legal, que para eso funciona, todos los reclamos? ¡Y por descontado, desde ya, camaradas, que no todo es posible, que no todo puede ser acordado! ¿No habríamos de otorgarlo, pudiendo? ¿Somos aprovechados, enriquecidos, nos quedamos con la plus valía?¿No es este un insulto alevoso y gratuito? ¿Una interpretación retorcida? ¿No están saboteando la revolución? —y sintiendo ya sin eco su voz, todavía en el último instante, jugándose toda su oportunidad—. O será..., o será... —pareció vacilar, no atre-

verse a pronunciar la palabra—, o será —repitió— que las huelgas y todo este amotinamiento no es más que otro intento solapado, impulsado por la Entente, que no renuncia a ver destruída la revolución proletaria socialista y quiere volver a ver instituído el viejo régimen capitalista y reaccionario...

Esas últimas palabras volvieron a agitar el ambiente. Y esta vez no faltó quien, de un salto y no otro que el primer marino delegado del Petropavlosk ya conocido nuestro, lo encarase desde el balcón estupendamente ubicado en el centro mismo de la reunión.

—¡Camarada, Presidente! Usted utiliza el mismo lenguaje que agitan los jerarcas del gobierno para postergar los reclamos del pueblo y justificar los apremios y la represión. Se los hemos oído en todos los tonos: «Debemos sacarnos la amenaza de la Entente capitalista»; «No agravemos la situación, ¡Depongan! ¡Aguarden!» Eso es lo que se le dice al pueblo que reclama por pan y por justicia. Y aquí está justamente la diferencia. En este punto es que nos separamos. Ustedes, camarada Presidente, desde el Poder parando la revolución del pueblo y convirtiéndola en estatal; los del pueblo advirtiendo que nada tiene que ver con el Estado, procurando por las suyas, la tercera revolución. ¡La tercera revolución, camarada Presidente! ¡No esa porquería de endilgarles que están siendo manipulados por la Entente! —si la concurrencia y los del estrado, si bien con los nervios en su máxima tensión, permanecían pendientes, era debido a la presencia de ese marinero francamente espontáneo e inspirado—. Su acusación, camarada Presidente, arrojada al rostro de los 16.000 aquí presentes, debe ser mucho más que un mero latiguillo, debe sustentarse en hechos y comprobaciones. Presentarse pruebas, ¡las pruebas de la confabulación!

Kalinin comprendió que esa mínima sugestión existente entre un orador y su público y que él creyó lograda, se había desvanecido.

—Por muy remota que parezca la idea de que la Entente, o sea el acuerdo mundial capitalista, pueda estar inmiscuida en las huelgas y la agitación de febrero, créanme que eso es justamente lo que ha estado ocurriendo. Y no me pregunten cómo, ni que no se ve a ningún capitalista caminando por las calles de Petersburgo, pero que están ahí, están, favoreciendo las huelgas. ¡Hacer huelgas en la URSS, camaradas, es estar en favor del capitalismo y la banca internacional! Desde la revolución de octubre que la banca y el capitalismo internacional no dejan de conspirar contra la revolución socialista. Debimos sofocar el movimiento de Petliura. Y las dos invasiones de Denikin y Wrangel, vencidas por el ejército rojo, dan debida cuenta de lo que digo.

—¿Cómo dice eso? —una vez más sin preámbulo y sin protocolo fue interrumpido Kalinin—. El ejército makhnovista fue quien venció a los generales blancos. ¿Y dónde está el ejército makhnovista ahora?

—Asimilado al ejército rojo. ¡El ejército rojo y el makhnovista son uno!

—¡No es verdad! ¡En Ucrania el ejército de Badko Makhno está siendo perseguido y destruído!

Sí que Kalinin tuvo de nuevo motivos de inquietud, ahora frente a ese desaforado impredecible que agitaba una misiva en su mano en alto y no cesaba de lanzarle acusaciones. Lo socorrió el comisario Kuzmin.

—¿De cuándo son esas noticias? —preguntó al que recusaba.

—Me las envía mi hermano, que pertenece al ejército campesino.

—Le estoy preguntando a qué fecha corresponden sus noticias —y viendo al interpelado con intención de leer la carta—. ¡La fecha, nada más!

—Diciembre, catorce...

—¡Más de dos meses de eso! ¡Setenta y cinco días!

—¡Y qué! ¡No pondrá en juicio mis noticias, comisario!

—¡Sus noticias son viejas, camarada! ¡La situación en Ucrania se ha modificado desde entonces! No hay más que un ejército allí: ¡el rojo!, ¡el del pueblo!

Si la distancia y el tiempo podían encubrir imposturas, ¡qué para lo que estaba ocurriendo allí mismo, en San Petersburgo! Como el peso muerto de una piedra de fondear atada al cuello, así sentía Kalinin el resto del debate que le restaba por sortear. Apresuró.

—¡Nuestra revolución es mundial, camaradas! ¿Le haremos el juego a la Entente, confrontándonos? Millones de proletarios en el mundo entero, tanto en Estados Unidos como en Francia, ¡y en Inglaterra!, están con los ojos y sus esperanzas puestas en la Unión Soviética. ¿No vale, pregunto, este pequeño sacrificio a las órdenes del partido, que estoy pidiendo a la gloriosa guarnición de Cronstandt y de vuelta al trabajo para el pueblo?

La marea se agitó entre la concurrencia, lamiendo los bordes del estrado. Golpeó con chasquido de fustazo.

—¡Bombero!

—¡Zorro!

—¡Torpedea nuestra decisión!

La grita, el bramido de la multitud, ahogó la voz de Kalinin. Vassilieff se arrojó al mar revuelto.

—¡Imposible continuar! ¡Imposible continuar! —gritaba y levantaba los brazos queriendo parar el tumulto encrespado—. ¡La asamblea queda invalidada! ¡Vamos a levantar la asamblea! —él y Kuzmin que lo superaba en denuestos, no alcanzaban a parar nada. La asamblea estaba desbordada. Petrichenko volvió a encauzarla. Kalinin hizo suya la pausa lograda.

—Camaradas, camaradas, sólo les pido confianza. ¡Confianza! ¡Confíen! ¡En el camarada Lenin, en el camarada Trotzky y en mí! Queremos presentar un frente unido, compacto, sin fisuras a los intentos del capitalismo mundial y la Entente. ¡Que se estrellen contra un muro de hierro! Esto les pido, marinos gloriosos de Cronstadt. ¡Un solo frente! ¡Unidad!

—¡Pruebas! —restalló la primera réplica. Inmediatamente seguida de otras voces y ahora los puños amenazadores de la multitud, en alto. Miles de gargantas repetían lo mismo—. ¡Pruebas! ¡Pruebas!

—¡Me piden pruebas! ¿Qué clase de pruebas? ¿Cómo qué? ¿Los papeles, los sellos, la confirmación de la conspiración? ¿Y esto, de una vasta conspiración mundial?

—¡Lo que sea, camarada Presidente! ¡Un papel, ¿por qué no?, un documento como para limpiarnos el culo con él! ¡Algo! —dijo un marinero guarango sin pelos en la lengua. La multitud lo apoyó.

—Pues..., eso... —hubo un cabildeo de avechuchos piando tardíos entre él y los suyos—. Lametablemente... —no lo dejaron proseguir cubriéndolo con la grita—. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Para mañana les prometo...! —Kalinin se sintió sofocado, se debatió y se le oyó—. ¡Camaradas, camaradas! ¡Escúchenme! ¡Correrá sangre...!

Ahora sí. De esto se trataba. Esto había venido a decir. Sobre su amenaza se extendió repentinamente la marejada con estruendo de maremoto. Y duró hasta que Kalinin logró hacerse oír.

—¡Quiero advertir! ¡Que nadie se llame a engaño! Mi presencia aquí es el máximo esfuerzo del *Soviet* Supremo...

—¡Usted no hace más que amenazarnos!

—¡Basta de discursos!

—¡Que se vote! ¡Pido que se vote!

—¡Sí! ¡Voto! —ahora sí, la asamblea plenaria estalló total.

—¡El caos! ¡El caos! ¡Nos llevan al caos! —esto gritaban sin resultado los de la comitiva.

No obstante, todavía hablaron Kuzmin y Vassilieff. Si bien nadie los escuchó. Concluídas sus peroratas, tiempo que se aprovechó para confeccionarla entre bastidores, se presentó una resolución de quince puntos que luego de ser leída, fue aprobada por unanimidad

de los 16.000 presentes. Solamente Kalinin y Kuzmin votaron en contra. Los dos personeros parecían náufragos flotando en la inmensidad oceánica. Los demás representantes rojos no tenían derecho al voto y así parecían testificando el naufragio...

La resolución aprobada representaba el programa mínimo revolucionario de la base marina de Cronstadt. Lo transcribimos textualmente.

«1º) Proceder inmediatamente a la reelección de los Soviets *mediante el voto secreto. La campaña electoral entre los obreros y campesinos deberá desenvolverse en plena libertad de palabra y de acción.*

»2º) Establecer la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de izquierda.

»3º) Acordar libertad de reunión a los sindicatos y a las organizaciones campesinas.

»4º) Convocar, al margen de los partidos políticos, una conferencia de obreros, soldados rojos y marinos de Petrogrado y su provincia y de Cronstadt para el 10 de marzo de 1921 a más tardar.

»5º) Libertar a todos los presos políticos socialistas e igualmente a todos los obreros, soldados rojos y marinos apresados a raíz de los movimientos obreros y campesinos.

»6º) Elegir una comisión para examinar los casos de quienes se encuentran en las prisiones y los campos de concentración.

»7º) Abolir las oficinas políticas, *pues ningún partido político debe tener privilegios para la propaganda de sus ideas ni recibir del Estado medios pecuniarios para tal objeto. Crear en su lugar comisiones de educación y cultura, elegidas en cada localidad y financiadas por el gobierno.*

»8º) Abolir inmediatamente todas las barreras; (se trataba de destacamentos armados supervisando los caminos).

»9º) Uniformar las raciones para todos los trabajadores, con excepción de los que ejercen profesiones peligrosas para la salud.

»10º) Abolir los destacamentos comunistas de choque en todas las unidades del ejército, e igualmente la guardia comunista en fábricas y usinas. En caso de necesidad esos cuerpos podrán ser designados en el ejército por las compañías y en las usinas por los obreros mismos.

»11º) Dar a los campesinos plena libertad de acción en lo concerniente a sus tierras y al derecho a poseer ganado, a condición de trabajar ellos mismos, sin recurrir al trabajo asalariado.

»12º) Designar una comisión ambulante de control.

»13º) Autorizar el libre ejercicio de artesanado, sin empleo de trabajo asalariado.

»14º) Pedimos a todas las unidades del ejército y también a los camaradas Koursanti (eran todos los cadetes de reciente promoción) *militares adherir a nuestra resolución.*

»15º) Exigimos que todas nuestras resoluciones sean ampliamente publicadas por la prensa.

»Firmado: Petritchenko, presidente de la asamblea; Perepelkin, secretario.»

Esa misma tarde, los representantes del *Soviet* Supremo, abandonaron la guarnición. Jamás hubieran imaginado que una cosa así pudiera ocurrirles. Se sintieron horriblemente humillados, sencillamente ignorados y prácticamente despedidos. Viajando de regreso en sus autos, sumidos en propios pensamientos luego de enronquecer denostando, atravesaban la helada superficie que los devolvía a Petersburgo. Sombríos, uraños y prometiéndose represalias espantosas, partieron en avión, directamente a Moscú.

—Camarada —dijo Lenin a Kalinin, apenas fue éste introducido en su despacho del Kremlin—, cuenta, cuéntanos —Trotzky estaba presente.

Kalinin, ante el trance que le aguardaba frente a esos dos hombres eminentes, deseaba mejor que se lo tragase la tierra. ¿Qué contarles? ¿Por dónde comenzar? Si bien ya le había adelantado por teléfono sus resultados, una cosa era a través de él y otra bien distinta personalmente. Narró patéticamente todo lo sucedido. Los dos escuchaban en el silencio más impenetrable. Cuando concluyó, estaba destrozado y con más ganas de echarse en brazos de cualquiera y llorar que asistir a la mortificación que aguardaba.

—Camaradas, créanme, hice cuanto estuvo en mí. ¡Jamás me sentí tan impotente prestando un servicio! —al hombre se le saltaban las lágrimas. Pasaron unos instantes interminables para él. Se sentía avergonzado. Para su sorpresa, pudo advertir que tanto Lenin como Trotzky se miraban sonrientes y que lo propio hacían con él.

—Kalinin, debo darte las gracias por el enorme servicio que acabas de prestar al gobierno, a la causa del *Soviet* Supremo y al Partido —le dijo Lenin.

Sí, camarada —refrendó León Trotzky—. Acaba de ser usted el ejecutor de un golpe maestro —se levantó de un salto de su asiento y le estrechó efusivo la mano—. ¡Acaba usted de darnos el arma legal para iniciar con las manos libres y en paz nuestra conciencia, la ofensiva sobre Cronstadt!

—Pe... pero... —Kalinin no salía de su perplejidad—. ¿Significa que preveían...?

—¡No tanto! —Trotzky se apresuró exultante con unas copitas de licor—. ¡No íbamos a enviarlo a usted con una sola carta en la mano! Ocurriese lo que ocurriese su misión debía resultarnos favorable...

—Mejor así. Cronstadt ya nos molestaba —dijo Lenin expeliendo con satisfacción el humo de su cigarro—. Sirvieron a nuestra causa, pero nunca fueron enteramente de ella. Tú lo sabes. ¡Para qué los queremos y a las puertas de Petersburgo!

—¿Ha traído, usted, el documento aprobado en la asamblea? Por favor... Entréguemelo —pidió Trotzky. Una vez en su poder la proclama con las firmas, pasó la mirada rápidamente sobre el papel y se lo extendió a Lenin—. Servirá de epitafio a esos marinos. Mañana, a primera hora, Kamenelf denunciará públicamente y en nombre del *Soviet* Supremo, sobre la vinculación de los marinos con la Entente.

—¡Los marinos! ¡Eso no se creerá! ¡Serían necesarias pruebas! ¡Eso es lo que no dejaron de exigirme allá!

—¡Las tenemos!

—¡Cómo! ¡De los marinos!

—¿Se asombra? Vea usted, Kalinin... El jefe del pacto con la Entente es el general zarista Kozlovsky, adscrito a la guarnición...

—Si acabo de estar con él... Si me recibió... Si ese general fue nombrado recientemente para ese servicio por usted mismo...

—Y ya ve. No vacila en conspirar... y arrastrar a Cronstadt.

XIX

EL HILO DE ARIADNA

El 2 de marzo llegó Archinoff a Petersburgo. El tren avanzó por la estación y la locomotora penetró en el hangar correspondiente levantando nubes de vapor y humedeciendo los andenes a ambos lados de las vías. Así como el tren, bufando como un animal rendido se iba deteniendo, Archinoff pudo advertir, apostados a no más de dos pasos uno de otro, dos largas filas de soldados, fusil en mano. Dado que en el interior del país y en el trayecto careció de información, éste fue el primer indicio de que algo estaba ocurriendo en Petersburgo. Si bien, para quien viajara prevenido como él, los desvíos y demoras a que se vieron obligados le hizo suponer ya viendo las agujas manejadas por soldados, que diversos ramales del ferrocarril se hubiesen declarado en huelga. Un anticipo elocuente de lo que ahora parecía confirmarse, lo tuvo en la boca misma de la estación, donde el tren estuvo detenido por más de media hora con prohibición estricta de abandonarlo y donde, los pocos que lo intentaron fueron devueltos a los vagones luego de ser apaleados por guardias de exprofeso destinados a ello.

Ahora, entrados en la terminal, el pasaje impaciente se largó en desorden y con apuro de sofocación. Hubo quienes, viendo taponadas momentáneamente las salidas por las puertas, tal el atiborramiento de gentes y cosas, lo hicieron por las ventanas con rotura de vidrios, gritos, voces, empellones y la extrema nerviosidad de la soldadesca de los andenes por encauzarlos. Archinoff se aferró a su mochila. Ya fuera del tren pudo observar que junto a los soldados, unos individuos muy notorios, sin duda agentes de la *Tcheka*, daban órdenes y hacían porque se identificase a cualquiera que le resultase sospechoso. En ese instante cobró él mismo exacta conciencia de hasta dónde se hallaba expuesto a lo fortuito; cuánto dependía del mero azar su

misión, su destino y el manuscrito histórico de la makhnovichina. Palpó su *Parabelum* bajo la chaqueta y se dejó llevar por la corriente hacia la salida del andén. Al final de este, advirtió a más hombres de la *Tcheka* chequeando a los pasajeros.

—¡Lo que me faltaba! ¡Atraerme su atención! —se dijo alarmado.

Un matrimonio de campesinos cargando sus bultos y con tres niños le sirvió de pretexto a su propósito. Con una jaula con aves a cuesta, llevando un niño de la mano y su mochila colgada, hablando a los gritos con los padres, sorteó la zona peligrosa. Un poco más allá devolvió a éstos la jaula, el niño y se perdió entre la multitud, hacia el andén de salida. Contaba con movilizarse tomando un coche que lo transportase a la primera de sus direcciones. No tardó en comprobar la ausencia total de transporte y sí en cambio, merodeando, vehículos blindados y personal militar apostado obligando a circular. Rápidamente se alejó de ese sitio al que consideró una trampa peligrosa. Evidentemente, por los síntomas, todo indicaba que en algún lugar la sublevación popular podría estar en ciernes. Eso quería creer... Lo contrario sería pensar que hubiera sido sofocada. ¿A quién interrogar sobre el particular sin correr el riesgo de dar con un delator?

Cincuenta pasos más allá de la estación la ciudad ya estaba silenciosa. En eso comenzó a nevar con fuerza. A esa hora temprana de la mañana sólo se veían obreros raleados, yendo a pie a sus ocupaciones. Igualmente se veían apostados en los cruces, parejas de soldados armados y algún coche blindado con un oficial en la escotilla, recorriendo y observando. A cada paso Archinoff temía ser detenido. Muy pocas oportunidades de salir librado se acordaba en ese caso. Fuese por donde fuese, las arterias aparecían rastrilladas por tropas. Con su mochila a cuestas, se le hacía que acabaría llamando la atención. ¿Pero, no sabiendo a ciencia cierta hacia dónde marchar, no era mejor estar caminando que estarse parado? ¿Y aguardando qué? Recorridas unas calles vio un carruaje descubierto, tirado por dos caballos, que por diez *kopeikas* trasladaba pasajeros.

—¿Pasa por la Ivanovskaya? —preguntó.

—Te acerco —fue la respuesta.

Archinoff la abordó. Se viajaba de pie y el pasaje, a lo que parecía, lo constituían trabajadores.

—¡Sujétense! —previno el de las riendas.

—¿Olvidaste el pasamanos, camarada?

—¡Y el techo! Aquí nieva más que afuera.

El carruaje yendo por mitad de la calzada, parecía juntar toda la nieve que caía. Hombro con hombro, los que en él viajaban se pro-

tegían. Archinoff, finalmenete se animó a preguntar y así se puso al corriente de las noticias que circulaban. Esa misma mañana, así se le aseguró, en Petrogrado, Zinovieff iba a presentar públicamente las pruebas de la conspiración de la Entente y las pruebas de la alianza secreta entre París y Cronstadt. Los que ahí viajaban no creían que al fin y a pesar de los aprestos, fuese a consumarse represión alguna contra los marinos, a quienes consideraban poco menos que intocables.

—Tú eres trabajador. ¿Por qué vas a trabajar estando en huelga? —preguntó Archinoff.

—¡La pregunta! Porque se me obliga. Se pasa lista en cada turno en mi fábrica. Si no estás, a la cárcel contigo.

—¡En la mía es igual!

—¡Y yo! ¡Se me intimida!

—¿Y ustedes son amigos de la Entente?

—¡Qué dices! ¿Nos tomas el pelo?

—¿Creen que puedan serlo los marinos de Cronstadt?

—¡Qué se te ocurre! ¡Se ve que acabas de llegar! ¿No sabes quienes son los de Cronstadt? ¿No estabas en Rusia cuando la Revolución?

—¿Si a ti te llevan a la cárcel, que vienes a ser como la abeja de la revolución, por qué no a los de Cronstadt, así hayan sido la miel? No se hagan ilusiones y preparense para lo peor. Ya van a oír rugir los cañones.

—¡El que iba a la Ivanovskaya! —el coche se detuvo—. Camina cuatro calles a tu derecha y allí la tienes.

Archinoff se encontró en un cruce de calles solitario. Arreció la nieve, ahora con ventisca helada. Sintió el estómago vacío. Anduvo con cuidado, si bien de prisa, sorteando charcos en la dirección indicada. En los muros vio carteles pegados con leyendas induciendo al trabajo y con el emblema de la hoz y el martillo y otros con la imagen de Lenin. En la Ivanovskaya, la vista de tropas y el tránsito de blindados se hizo cada vez más frecuente. Ni que a propósito. Él se veía bajo la mirada inquisitiva de los soldados y cada vez más con la certeza de ser detenido en cualquier instante, bajo el arbitrio caprichoso de cualquiera que lo señalase. Si no ocurrió se debió a una rara suma de superpuestos casuales, extraordinariamente yuxtapuestos. En cada caso en que se enfrentó con los grupos de requisa, viéndolo éstos expuesto, pensaron que ya había sido requisado o que nada debía ocultar este transeúnte solitario. Por fin en su calle y muy cerca de alcanzar su numeración, prefirió cambiar de acera preventivamente.

Pasando frente a la dirección indicada vio la puerta de la calle sospechosa y prosiguió, temeroso de llamar la atención. Al llegar al cruce, se sorprendió de encontrar a alguien, que reconoció de inmediato y que disimuladamente le hizo una señal, como para que lo siguiese. Archinoff se sintió perdido. Supuso que no tardarían en delatarlo y detenerlo. No eran muchas sus opciones y aceptó la contingencia. Palpó la empuñadura de su revolver y siguio tras ese hombre. Dos calles más, dándose vuelta de cuando en cuando para cerciorarse de que era seguido y sonriéndole, el que iba al frente torció en una esquina, se metió en un callejón y al poco rato se volvió francamente.

—Compañero, apenas subiste al carro, te saqué. Éste es compañero, me dije. ¿Lo eres? —se quito el guante de piel raído y le extendió la mano—. Rastropovich, para serte útil.

—¿Cómo que me «sacaste»? —preguntó Archinoff desconfiado, sin darle la mano.

—Nosotros tenemos un aspecto inconfundible... Y si hablamos...

—¿«Nosotros»?

—Al menos tú...

—¿Qué tengo yo?

—Sí. Yo sé. Yo no. Me cuido de eso —sonrió— ¡Y en estos tiempos! Pero, puedo hacer algo por ti. Desde que descendiste que no hago más que correr detrás de ti, compañero. Y hace poco, creí que te metías en la trampa...

—¿Lo era? ¿Cómo lo sabes?

—No tienes que confiarte en mí, si no quieres... Pero debo advertirte; si sigues andando te van a terminar levantando...

—Lo sé. ¿Qué me propones? —dijo pareciendo dispuesto a confiarse.

—¡Y tú! ¿Acabarás de confiar? ¿Tienes algún sitio dónde quieras ir? Sería bueno que te buscases un hotelito... Andar por las calles y sin referencia de domicilio, es muy peligroso. Te adelanto que lugares como ese, sindicatos, centros, bibliotecas, han sido en su totalidad tomados por la policía. Todos son trampas... —por el cruce de calles pasaron a velocidad tres carros de asalto repletos de tropa—. Compañero, toma rápidamente tu resolución. Es peligroso permanecer más tiempo aquí —dijo Rastropovich.

Archinoff no había dejado de observar en ningún momento a ese comedido desconocido, tratando de calar a fondo toda la intención de ese hombre. Viéndose así observado, dijo Rastropovich golpeándose la frente con la mano.

—¡Acabemos! ¡Me sigues tomando por un policía!

—Si eso fuese, te despacho, compañero —le dijo Archinoff metiéndole el arma bajo el mentón.

—¡Compañero! ¿Qué estás haciendo?

—¿No te pasarás de listo, eh? —le apuró Archinoff.

—¿Todavía? ¿Insistes?

Archinoff aflojó su presión. Le oyó decir.

—Debiera darme por ofendido... Pero no dejo de felicitarme...

—Te pude haber metido un tiro.. .

—No lo has hecho...

—Estás disfrazado... ¿Por qué? ¿Qué eres?

—Actor.

—¡Actor!

—¿Qué, tan mal represento de obrero? —dijo y se rió. Archinoff no dejó de observarlo con severidad—. Pero no me preguntes dónde actúo porque no vivo de mi profesión —en todo el aspecto de ese hombre no mayor de treinta años, delgado, de estatura media y rasgos más bien pronunciados y que se adaptaban a cada una de sus expresiones como si una mano interior las acomodase para el caso, había algo móvil, que le daba un aire de inconsistencia e inmaterialidad curiosamente atractivo—. ¿Bien, qué decides? —preguntó—. ¡Ya nos estamos helando aquí! —se protegió bajo un alero sacudiéndose la nieve de los hombros. Archinoff se guareció así mismo—. ¡Fíjate! ¡A la descubierta! ¡Ni que fuésemos criaturas! ¡Si pudimos ser vistos! ¡Y tú todavía con el revolver en la mano! Resérvalo para mejor ocasión... ¿Qué decides?

—Debo contactar a los de Cronstadt —dijo finalmente Archinoff—. ¿Conoces algún medio?

—¿Cronstadt? ¡Imposible! La guarnición está cercada.

—¡Qué dices de imposible! ¡A esto he venido desde Ucrania! Pertenezco al movimiento makhnovista... ¡Debo conseguirlo!

—Ayer... Quizá... Pero hoy... Al menos que yo sepa... Que pudiese ser... ¡No, no; no Cronstadt, compañero! Lo siento.

—¡Pierdo mi tiempo! Voy a proseguir... Debo encontrar un medio. Gracias por nada, compañero —sin más, Archinoff se largo a andar. Rastropovich debió correr tras él para alcanzarlo.

—¡Aguarda! ¿Adónde vas? Así no, compañero. ¡Te pierdes! —le había detenido tomándole con firmeza de un brazo—. Así no. Así no.

—¡Suelta! —y volvió a andar.

—¡Al menos toma mi dirección! Nunca se sabe...

—Eso es razonable —pensó Archinoff.

—Vivo en la... detrás del mercado. En el segundo piso del 850. ¡Una pocilga! No la recomiendo a nadie. ¡Ahí me encuentras!

Archinoff que retomaba su camino, se detuvo.

—¿Me quieres hacer un favor? —preguntó.

—Sí. ¡Cómo no! Dime.

—¿Me podrías guardar la mochila y mis cosas?

—¡La mochila! —Rastropovich lo observó perplejo—. ¡Eso es un cartel, compañero! Mejor harías si te deshicieses de ella. No es para pasear con ella a cuestas. Cualquiera podría creer que llevas una carga de dinamita. ¡Y si la llevases!

—¿Y entonces?

—Te digo lo que pienso, compañero.

—Quisiera que me guardes algo que traigo aquí dentro.

—¡Eso sí! Lo que quieras...

—Se trata de un envoltorio con un manuscrito. ¿Me lo guardas hasta que yo pase por él? ¡Guárdalo como si fuese tu vida! Es la historia documentada de la revolución campesina de Ucrania. No hay otro testimonio escrito que éste, compañero. ¡Guárdalo! —Archinoff estaba demudado. Le temblaban las manos entregándole el paquete. Rastropovich se impresionó vivamente.

—¿Has hecho buena memoria de mi dirección?

—No tengas cuidado. Discúlpame si te molestó que te observase... —se disculpó Archinoff.

—¡Si soy un bicho raro! ¿No lo soy? —rió Rastropovich—. ¡Oh, no temas! ¡Nada temas! ¡No, con esto! —estaba protegiendo el manuscrito bajo su chaqueta y quedó por un instante abrazándolo—. Y todavía no me has dicho ni quién eres.

—Yo soy Pedro Archinoff —dijo extendiéndole la mano—. Aguarda por mí. Y si no... Defiende a todo trance esto... —señaló el envoltorio.

—Eso haré. No te preocupes... Pero ya nos veremos...

—¿Podrías echar una ojeada a mis direcciones?

—¡Seguramente!

Archinoff sacó un papel de su bolsillo y se lo alargó. Rastropovich lo recorrió con la vista. Algunas gotas mojaron la hoja. Extrajo a su vez un lápiz.

—¿Puedo tachar?

—¿Tachar?

—Cuatro de tus direcciones corresponden a sindicatos, uno a la federación anarquista. Si vas por ahí, te levantan, compañero. Estos otros no los conozco. ¿Sabrás llegar? Si no temiese que sea más peli-

groso andar en pareja que solo, le acompañaba... ¿De veras crees conseguir ayuda por éstos? ¿No será demasiado el riesgo por nada? —observó a Archinoff; se apresuró a parar su réplica—. Sí, lo sé. Lo último que se puede es sacarle a un compañero algo de la cabeza, si en ella lo tiene metido —le dio indicación de cómo llegar a ciertos sitios y allí se separaron.

—Si escuchas alguna proclama makhnovista, es que lo logré. ¿Nos veremos, eh?

—Nos vemos...

Archinoff partió. El otro se quedó observando como se alejaba. Cuando Archinoff llegó a la boca calle, se dio vuelta y ya no vio a Rastropovich. Una ráfaga helada lo taladró como un mal presagio. Pero ya había hecho su movida. No le quedó más que avanzar hacia su fatalidad.

Las emisiones matutinas de los rojos, originadas en Petrogrado, adelantaban sus conclusiones. La revelación del complot entre los marinos de Cronstadt y la Entente y el consiguiente ultimátum a la guarnición para su rendición. La tensión y la expectativa en la ciudad de Petersburgo había alcanzado su climax máximo. Ignorándose casi todo de un lado, se vivía en la conjetura, sometido a los despachos del *Soviet* Supremo. La población intimidada y atónita observaba con creciente ansiedad cómo lo que comenzara como un rumor, algo dicho, anónimo, escuchado, una piedra rompiendo un vidrio, se había convertido, en el correr de días, en esta monstruosa realidad que señalaba como traidores a los marinos de Cronstadt —¡nada menos! ¡De no creer!

Archinoff deambulaba con el corazón estrujado, rebotado de cada sitio. Pensaba de cuanto respaldo moral podría ser a los de Cronstadt, saber que el movimiento makhnovista seguía en pie. ¡Qué plataforma de lanzamiento para una proclama conjunta! ¡Y en qué momento! Pero, ¿cómo hacer para llegar a Cronstadt?

XX

SIN TREGUA

Pocos para tantos como había que enfrentar. Y para pasar desapercibidos y no atraerse al grueso de las fuerzas rojas, en lugar de presentar un solo punto vulnerable, Makhno optó por dividir su fuerza enviándola a sublevar diversas regiones. A Brova y Maslak, los dos recientemente incorporados con brigadas propias, hacia el Don y el Kuban; a Kurilenko, a la región de Berdiansk-Melitopol; otro grupo a las órdenes de Parkhomenko, lo envió a Voronoje; y un cuarto, de unos 600 jinetes al mando de Vdovichenko, más el regimiento de infantería que comandaba Ivanuk, hacia Kharkov. En cualquiera de esos sitios podían obtenerse resultados. Para nadie era novedad en esas regiones la presencia makhnovista. Sin ilusión y sin esperanza era imposible continuar peleando. A ellos les sobraba voluntad. ¿Cabía otra alternativa que la de intentar contingencias? A ello fueron. Ciegos de pasión, reequipado el espíritu en esa estadía fraterna de los páramos, que vino a resultar como la fuente nutricia de un renovado río.

Makhno los fue dejando y con lo que le quedó del ejército a su mando, él mismo, a su vez, se puso en marcha. ¿Hacia dónde? Pudiendo resultar esto un puro eufemismo, una manera de decir en cualquiera, no lo era en Makhno. Él, no debe olvidarse, era un guerrillero nato, provenía de la guerrilla y en Ucrania, podría decirse que él la había inventado. Por tanto, en lo esencial, se hallaba en su medio y ni poco ni mucho lo afectaban los sucesos en un sentido corriente. Antes, por el contrario, lo incentivaban manteniéndolo despierto, activo, respirando por así decir el acontecer.

—¡La guerrilla! ¡La guerrilla! ¡No olvidemos lo que somos! ¡Estamos guerrilleando, compañeros! —Era su grito constante.

Y esto era verdad. LA VERDAD. Para él y para los que con él se jugaban la vida.

Absorbido por su empeño, Archinoff fue dejando pasar los días y sus oportunidades sin decidirse a recuperar su manuscrito. Lo incierto y precario de su situación lo hizo desistir por el momento. ¿De cualquier modo, qué ganaba, salvo, una preocupación mayor teniéndolo consigo? ¿Y sabía de alguien que le ofreciera mayor seguridad que Rastropovich? Todo el mundo estaba viviendo bajo el régimen de inseguridad personal y el peligro de caer en la red de espionaje tendida por los rojos. Incluso, la magnitud y la inminencia de los acontecimientos decisivos contra la base, que se contaba en horas, volvía nimia y secundaria ninguna otra preocupación.

—¡Badko está muerto! ¡Badko está muerto! —por poco no lo hachea Stchuss. El bisoño insurgente, recientemente incorporado, recorría el campo de batalla enloquecido, voceando la noticia—. ¡Badko está muerto! ¡Cayó de su caballo!

—¡Calla! ¡Que te despeno! —Stchuss, topándolo con su cabalgadura había dado por tierra con aquél y lo sujetaba amenazándolo con la espada en la garganta.

El daño ya había sido ocasionado. Tomados en vilo los insurrectos y cortados en su ímpetu por la magnitud de la noticia, en ese minuto de indecisión y confusión se definió la lucha: apenas con tiempo para recoger a Makno. Los rojos, incentivados por el anuncio, lanzaron todos sus efectivos comprometiendo seriamente la acción. ¡A correr!

En ese mismo instante, Archinoff proseguía en su búsqueda, todavía infructuosa. Las viviendas de todos los indicados en sus direcciones era evidente que habían sido allanadas, detenidos sus ocupantes o en todo caso, prófugos y convertidas en ratoneras sus domicilios. No había que estar avisado para descubrir a los *tchekistas* merodeando. El sobretodo oscuro o el impermeable claro, casi siempre de idéntico corte, los denunciaba. Pululaban. Y ni qué decir frente a las sedes clausuradas de los sindicatos y las organizaciones políticas. Además se estrechaba el cerco en torno a Cronstadt, imposible de superar. Todo indicaba que no tardaría en producirse el rom-

pimiento definitivo. Ya Zinovieff, en nombre del gobierno, había lanzado su acusación pública y sus calumnias y en base a ella se centraba la campaña comunista de agresión y desprestigio contra los marinos. Accionando el aparato represor, la prensa absoluta y el control total de la información, tal como en la mesa de operaciones se aisla del paciente su zona afectada, así, cual concienzudos cirujanos, ellos hacían lo propio con Cronstadt, ahogando en su origen la posibilidad de una *tercera Revolución*. Los bolcheviques se iban haciendo maestros en eso de consumar hechos a ocultas del mundo entero.

Sacado Makhno con premura del teatro de los sucesos bélicos y transportado por más de quince kilómetros fuera del alcance de sus perseguidores, pronto pudo prestársele un primer auxilio. La bala, que entrando en el bajo vientre a través del muslo, había quedado alojada cerca del apéndice. A simple tacto papilar Zinkowsky la detectaba. Makhno había perdido mucha sangre y estaba sin conocimiento. No atreviéndose a operar, Leo comunicó a los comandantes que el estado de Badko era delicado y que podía tener complicaciones.

El eco de los cañonazos retumbaba en las inmediaciones, pero no trascendía a la vastedad. En Petersburgo, igual que en Ucrania. El 7 de marzo, desde Krasnaia-Gorka, Orennembaum, Lissy Voss, con la artillería pesada; y desde distintos puntos más cercanos, con artillería transportada sobre la superficie del mar helado, se comenzó a bombardear Cronstadt. Desde la guarnición, los navíos de guerra atrapados en el hielo, como fieras encadenadas rugían impotentes, devolviendo un fuego que, de hallarse en aptitud de movilizarse seguramente hubiesen acallado. Lo que nadie había considerado posible se estaba consumando. Atónita, estupefacta la ciudad, pronto lo estaría toda Rusia, asistía a este atentado increíble contra los héroes indiscutidos de las dos revoluciones: la de marzo y la de octubre. Si esto era, ¡qué no habría de ser de quien que pretendiese rectificar la línea de conducta del *Soviet* Supremo! Consecuentemente, mientras Tukhachevsky iniciaba la punitiva operación militar, los bolcheviques abundaron en propagación de comunicados calumniosos, papel impreso lanzado al consumo con promesas y amenazas y todo el peso represor de sus fuerzas sobre las ciudades capitales, cuidando de que no se produjesen revueltas e intimidando definitivamente a la población trabajadora. ¡Quién les podría negar vocación de poder!

Archinoff, como un argonauta solitario, perdido en la inmensidad del mar, deambulaba viendo y sintiendo desde el teatro de nuevos hechos, una realidad prevista y conocida, por haberla vivido en tantas etapas de la makhnovichina. Las manos en los bolsillos, tascando su cigarro y oyendo el lejano tronar de los cañones, no hallaba como estarse quieto. La ciudad entera aparecía silenciosa y como velando muertos. De igual forma a como sintiera en medio de las desolaciones heladas, el deseo de gritar a la intemporabilidad y la impenetrabilidad de las piedras toda la indiferencia de un mundo distante, así se sentía en plena ciudad, poblada de cientos de miles de habitantes invisibles, guarecidos tras las fachadas, incapaces a la vez de arrojarse a las balas, enfrentar las armas y, tal vez, por qué no, decidir en favor de la verdadera revolución los acontecimientos. Y a decir verdad, se sentía ahora, bajo estas circunstancias, más desolado que antes donde todo era páramo.

Luego de un día y una larga noche de ansiosa espera, Makhno recobró el conocimiento. Miró a su alrededor, siguiendo la presencia de los hombres que lo rodeaban. Allí estaban uno a uno, todos sus bravos. Murmuraban frases, salutaciones. Le sonreían. Un enorme peso los abandonaba viéndolo reaccionar.

—Salud, Badko —le dijo Zinkowsky, el primero, viéndolo consciente y animado.

Belach se adelantó:

—Makhno, ¿puedes oírme? ¿Entender lo que te digo? —Makhno asintió con un movimiento de su cabeza—. Te pedimos que firmes una orden para enviar destacamentos de cien y doscientos hombres al encuentro de nuestras fuerzas repartidas en la región. Queremos concentrarlas. Y a ti, dado tu estado... Hemos resuelto que con un regimiento para tu protección, te retires a un lugar tranquilo, apropiado para tu recuperación. ¿Consientes?

—¿Qué ha pasado? ¿Cuánto hace que estoy así?

—Desde ayer que no te recobrabas.

—¡Desde ayer! ¿Qué pasó? —su voz no era del todo audible pero alcanzó para expresar su sorpresa.

—Perdiste el conocimiento.

—Aún tienes la bala en el cuerpo —le dijo Zinkowsky.

—¿Nada has podido hacer?

—Necesitas tratamiento especial... Urge operarte, Badko.

—¡Qué dices! ¿Y entonces?

—Tampoco la herida de tu tobillo está bien. Hemos estado pensando...

—¡En vez de curarme, me han estado espiando!

—¿Qué contestas? —insistió Belach.

—Si ya lo han dispuesto ustedes! ¿Me lo preguntas?

Makhno con cuarenta de sus hombres montados, Zinkowsky a su cabecera, Baruko al pescante de la *tatchanka* tirada por cuatro animales y transportando en ella, además del enfermero, cinco ametralladoras Lewis y varias cajas de municiones, partieron en busca de un sitio en que hallarle adecuada atención. Antes de lograrlo, en un paso inadvertido, fueron casi interceptados por efectivos de la 9ª división roja, la misma de la que habían huido el día anterior, obligándolos a emprender nuevamente una carrera forzada. Cuando ella se inició, aún con los peores vaticinos, nadie pensó que pudiera prolongarse todo el curso del día, hasta la noche. Tampoco, que habrían de recorrer más de doscientos kilómetros sin sociego, con ese riesgo mortal clavado a la espalda. ¿De qué pertinaz determinación estaban poseídos esos persecutores, incapaces de disuadirse ni ante torrentes, montañas con abismos, zonas de montes intrincadísimos por los que resultaba una hazaña, además de una temeridad enfilar la *tatchanka*? ¿Cuál era el premio, cuál su sospecha, por qué esa ferocidad alimentada durante casi trece horas en esa carrera en que la sangre en los ojos ponía visos de demencia a esa loca persecución? Sin duda, el premio era uno, la certeza de que ahí se encontraba Makhno y sabiéndolo mal herido.

—¡Ah, no! ¡Ah, no! ¡Por dónde nos llevan, Badko! ¡Cómo querrás que pase! ¡Aquí nos quedamos, Badko! —y a Baruko todavía le alcanzaba para denostar contra sus compañeros, que desde sus monturas, prendidos a los tiros y pegados al carro no dejaban de empujar la *tatchanka* en ese paso.

—¡Mira si será cabronazo el auriga! —replicaban— ¿Llevas las ruedas pegadas al suelo?

Muchas veces Makhno y los suyos se consideraron perdidos y otras tantas creyeron haber eludido a sus perseguidores. Mas éstos, oficiales y tropa, reencontraban la huella y tras ella se lanzaban con más ahínco, peor que lobos hambrientos. Los caballos se extenuaban y tres veces tuvieron que cambiarlos de tiro. Los jinetes fustigaban y no claudicaban, pero sentían a sus animales vacilantes y en ellos mismos decreciendo sus fuerzas. Hubieran dado cualquier cosa por

un resuello, pero, ¡qué resuello!, ahí estaban, tensos los puños sosteniendo las bridas, una sola idea en mente: salvar a Makhno.

Echado en el fondo de su *tatchanka*, Makhno sólo oía las voces de sus hombres, el galope de los caballos y el rodar del carro. Sobre su cabeza, cielo abierto, nubes errantes, alguna vez fronda umbría a ambos lados que hacía sentirlo como entrando en un túnel. Muchas veces en ese largo trayecto perdió el sentido o se durmió. Pero en ningún momento dejó de sentir que estaba en un torbellino que lo arrastraba por una senda profunda... A su lado Leo Zinkowsky, sin abandonar su guardia, no dejaba de tranquilizarlo y prestarle sus cuidados, Makhno sabía que mientras corriesen no estaba todo perdido. Baruko, que manejaba el carro y fustigaba a los animales con injurias atroces, llevaba las riendas como quien lleva cordeles de seda y a cada instante realizaba proezas, por no decir milagros de conducción, evitando siempre los peligros y las sorpresas del camino.

—¡Corred, cojudos! ¡No miréis a los costados, cabrones! ¡Baruko tiene las riendas! ¡Eh! ¡Cuidado! ¿No veis por dónde váis, grandes bestias? ¿Creéis que todo es correr y correr? ¡Ah! ¡Ah, os cortare los huevos si no voláis! —y en cuanto el carro sufría algún tropiezo se volvía hacia Makhno—. Perdona, Badko. Son estos tontos animales. ¡Bestias del diablo!

Pero ni con toda su pericia pudo evitar que uno de los ejes de sus ruedas se resintiese. El chirrido que producía por su giro descompensado lo tenía de lo más irritado y preocupado y le hacía voltear la cabeza y observar porque el daño no se agravase. A la velocidad que iban, seguramente que antes de caer en manos de los rojos, ya habrían saltado todos allí por los aires.

—¡Sujétense! ¡Sujétense! —alarmaba Baruko— ¡Fíjate si será prostituta esta *tatchanka*! ¡Venirme ahora con tales requiebros! ¡Suelta la rueda y a ti y a tu madre que te parió os envío al infierno! ¡Sujétense! ¡Cuidado que yo no pierdo el ojo! —después uego de un rato se le volvía a escuchar— ¡Ah, ah! Atiende mis razones. ¡Arre, cojudos! ¡Arre! —y arrojaba piedras a la cabeza de los animales, mantenía firme las riendas y no dejaba de observar aprensivamente esa rueda. No menos que Zinkowsky con Makhno.

A esa hora, a gran distancia y bajo el mismo cielo impasible, tal si fuesen los hijos renegados del Dios colérico, se definía el aciago destino de la guarnición. Luego de ser intensamente bombardeada durante diez días consecutivos, como para que no cupiesen dudas

del propósito, prácticamente demolida, sitiada por sus cuatro frentes y con total desprecio de vidas que Tukhachevsky enviaba con el objeto de tomarla por asalto, la cercanía, en derredor, se iba convirtiendo en un osario. Oleada tras oleada, envueltos en sus capotes blancos semejantes a sudarios, a los asaltantes les iba resultando su hábito de mortaja. Patrullas especiales de prolijadores de un escenario que Tukhachevsky prefería sin pesantez impresionable, al llegar la noche echaban los cadáveres al mar por los boquetes abiertos con las explosiones. ¡Y a cuántos de ellos no se los tragaban esas mismas troneras!

En tanto en la guarnición, sitiada por el fuego y el hambre, nadie rendía sus defensas. Pero sus grandes cañones se iban menguando. Amarrados en su cepo de hielo los navíos, sus baterías una a una silenciándose, alcanzadas por el cañoneo enemigo. Y sin posibilidad alguna de reposición. De igual modo, cada muerte y cada boca de fuego silenciada, resultaban pérdidas irreparables. En cambio los recursos y las energías en los rojos, como ya le ocurriera a Makhno, crecían ingentes, multiplicadas. ¡Eran la hidra, Medusa, el águila de diez cabezas!

En la retaguardia, las tropas policíacas, controlaban cualquier arresto subversivo. La ruleta, cargada del cartucho decisivo estaba dispuesta para el sacrificio de su víctima. Esto entendió Tukhachevsky. Cuando ordenó el asalto final a la guarnición, ya sabía que la tenía rendida. Eso importaba. Jamás tuvo ninguna ambivalencia moral al respecto.

«Ni que fuesen alemanes los de la guarnición»

Todo se redujo a una carnicería espantosa de lucha cuerpo a cuerpo y en la que Tukhachevsky hizo participar a los *koursantis*, los cadetes de la escuela de oficiales, que allí tuvieron su bautismo de fuego. Y más que eso, el fogueo que los libraría del asco de cuantos actos posteriores de punición hubieran de realizar para el bolchevismo. Y ciertamente, su debut quedó grabado e indeleble en su historial de aprendices. Muy pocos testigos de esa camada quedaron para contar de ese suceso. Los estragos habidos en sus filas de párvulos entusiastas e inexpertos fue enorme. Tukhachevsky echó mano de ellos porque no confiaba del todo en las tropas regulares ni sabiéndolas amenazadas por la metralla a sus espaldas. Sabía que esos jóvenes pondrían muy alto el honor de haber sido enrolados para la lucha. Y contestaba de paso al envite de los marinos a los *koursantis*, en su resolución del 2 de marzo.

El 17 de marzo el asedio implacable y ese asalto de fuerzas constantemente renovadas, detrás de la cual estaba el empeño in-

somne de todas las jerarquías comunistas, rindió sus frutos. Y a los marinos. Por millares se contabilizaron también sus muertos en la lucha, los sumariamente fusilados cuando se hubieron rendido y los dispersos y deportados luego a Siberia. Algunos, antes de caer la guarnición, lograron abrirse paso y huir hacia Finlandia, el único sitio que les podía ofrecer protección. La prensa bolchevique no tardó en decir que dicha fuga, en esa dirección, revelaba la complicidad de potencias extranjeras —la Entente— en el levantamiento.

El 18 de marzo el gobierno y el Partido Comunista festejando públicamente la *Comune de París* de 1871, ahogada en sangre por Galliffet y Thiers; celebraron conjuntamente, la victoria sobre Cronstadt, ahogada también en sangre por Lenin y Trotzky. ¿Qué festejaron? ¿El reverso de la medalla?

Ese mismo día, un hombre solo, obseso de su idea, echado sobre su catre en la humilde habitación de ese hotelucho de Petersburgo, la vista clavada en el techo, una mano bajo la cabeza, cerrada la habitación a todo rumor, a todo fulgor, en la semipenumbra, comenzó a sentir un temblor que le invadía los labios, la comisura de la boca, se extendió incontenible a su mandíbula y estalló en un llanto convulsionado. Saltaron sus lágrimas ardientes y sintiendo irreprimible su desahogo, se dio la vuelta, quedó con el rostro sobre la almohada y, profiriendo voces roncas, más parecidas a la guturalidad de un animal que a la propia de un hombre, dio rienda a su pesar.

Acababa de consumarse un crimen atroz. Él ni siquiera había podido acercarse a esos camaradas ferozmente sacrificados. Todo el destino de la revolución estaba siendo enterrado y quizá para no ser nunca ya rescatado. (Se estaba en 1921. En 1935, en España, se iba a retomar esa línea. Cientos de miles perecieron; cientos de miles fueron a parar a las cárceles, se exiliaron, formaron la larga caravana de «refugiados». La infamante «no intervención» de los países de la llamada Entente y la «intervención» nazi-fascista y bolchevique, sellaron también ese intento). La diferencia entre democracia y totalitarismo se acorta si se trata de reformas sociales radicales como las que propone el anarquismo. ¿El resultado? La Segunda Guerra Mundial. ¿Su costo? Millones de vidas. ¿Se enterró con ello el anarquismo? Sí. ¿Hasta 2095? ¿Hasta 2992? El bolchevismo, que en 1921 ahogó en sangre la *tercera Revolución* y jamás se golpeó el pecho por ello, en 1991 capituló frente al capitalismo mundial. Sacad conclusiones.

XXI

LA NOCHE

Esa *tatchanka* más parecía de goma. Resultaba inverosímil verla sortear las cambiantes alternativas de esa escampada loca. Crugía, chirriaba, saltaba y hasta volaba. Baruko no acababa de confiarse. Perseguía ese chirrido en medio del fragor de la carrera, el rodar de las ruedas, detectando en esa fricción la naturaleza y la proyección del daño. A cada sacudida del carruaje a Baruko se le iba el alma por la boca.

—¡Baruko llegará! No lo dudes, Badko. ¡Si tengo que rezar, rezaré, maldito sea! ¡Pero mucho falta para eso! ¡Arre, bestias! ¡Yaoouuu!

Corriendo a campo abierto, por senderos montañosos, arboledas, cruce de ríos, sitios pedregosos, encharcados de nieve y lodo, caminos tortuosos improvisados, Makhno, desde el fondo de su carruaje, contaba el tiempo, no dejando de preguntar por sus seguidores.

—¿Hasta dónde más nos perseguirán? —la vigencia de la pregunta parecía adelantarse a la carrera.

Se les hizo en la carne que no lograban alargar la distancia que los separaba de sus perseguidores y que no dejarían de tenerles a sus espaldas corriendo lo que corriesen. Que sólo podrían librarse de ellos si llegaban a la noche. Esa era su única posibilidad. Y eso mismo parecieron advertir los que perseguían.

—¡No habrá de fallarme, ahora, señorita! —Baruko se deshacía en requiebros. Hasta que lo ganaba la impaciencia—. ¡Ánimo, fuerza, gran puta! ¡Un poco más y lo conseguimos! ¡Allí está, allí está la noche! ¿La ves, Badko? ¡La ves!

En medio del dramatismo de la situación, oyendo a Baruko, Makhno, para consternación de Zinkowsky, hacía por no desternillarse de risa.

—No soy yo. ¡Es ése! ¿Lo oyes? Pero, déjalo Leo, nos está llevando.

La línea oscura divisada en el horizonte demarcaba el tiempo aguardado. Ese era el refugio. En un postrer esfuerzo hombres y bestias alcanzaron la oscuridad cuando fundían sus últimas reservas. Adensadas las sombras, cubriendo con su negrura como con un manto espeso toda la extensión, no les quedó a los perseguidores más que guiarse por los ruidos, pero estos, resultando engañosos de por sí, a favor de una fronda, le dieron a la partida de Makhno la ventaja aguardada. Al paso los animales, tirados por sus jinetes, apenas deslizándose el carruaje, se fueron alejando por la noche. Hasta que dejaron de oirse las voces y las corridas del enemigo. Entonces supieron que temporalmente estaban a salvo.

A la medianoche llegaron a la aldea Sloboda, a orillas del mar Azof, asentamiento de colonos judíos que apenas enterados de quienes se trataba, les prestaron ayuda inmediata. En ese sitio no había destacamentos rojos y la colonia gozaba de relativa libertad. Lo primero, socorro al herido. Habiendo en la aldea un médico, se resolvió extraer la bala del cuerpo de Makhno. La operación no ofreció dificultad. Zinkowsky hizo las veces de ayudante. El dispensario sirvió para el caso, estando dotado de lo necesario en una sala de primeros auxilios. Acabó de dar confianza a los cofrades que en todo el alocado trayecto temieron por la vida de Makhno. Éste dejó hacer. El médico, un hombre joven de bigote y presencia, obró concienzudamente. Al concluir le mostró el proyectil a Makhno.

—De haberle penetrado dos centímetros más... —le dijo.

—Yo soy un gato...

—Deberá extremar su cuidado, Badko.

—¿Qué puedo hacer, doctor? Si me dejan...

—Sí, yo sé... Sin embargo... Al menos esta semana. Cuídese, evite esfuerzo alguno... ¡Oh! ¿Usted sonríe...? Yo, más no puedo hacer...

—Le doy las gracias.

—Yo a usted, por haber podido aportar modestamente en algo a su causa —Makhno le hizo un signo de complacencia. Estaba visiblemente agotado—. Ahora descanse. Le veo en la mañana. Buenas noches, Badko —pareció como retirándose pero se volvió—. Me hubiera gustado tener una charla con usted... —y todavía—. Por las dudas... No se deje esa herida del tobillo... Mañana voy a verle mejor eso...

—¿Mañana? —pareció reflexionando Badko, antes de rendirse del todo.

—Buen momento para descansar... No queda más por hacer. —se dijo Leo.

Los hombres de la partida, tranquilizados con respecto a Makhno, aprovecharon la tregua e hicieron lo propio. Baruko, en cambio, trabajó con el herrero de la localidad hasta componer esa punta de eje torcida de la *tatchanka*. No podría decirse qué percutía más en mitad de la noche, si los golpes de la maza sobre el yunque o las blasfemias de Baruko. En la madrugada, temiendo que los rojos aparecieran en la localidad, la abandonaron en dirección a Novospassovka, con el objetivo de encontrarle albergue más seguro a Makhno. No llevaban recorridos veinte kilómetros cuando fueron interceptados por una nueva partida roja. Otra vez a echar el carro por delante y a correr. Esta partida acababa de perder a fuerzas de Kurilenko que accionaban en la zona; como mastines azuzados y con la sangre en el ojo, se echaron en pos de esta nueva presa. Semejando la carrera una copia de la del día anterior. Imposible pensar en presentar batalla, siendo muy superiores las fuerzas que los perseguían y teniendo a Makhno en las condiciones en que se encontraba. Así recorrieron unos treinta kilómetros más, al cabo de los cuales, habiendo acortado los rojos la distancia que los separaba, iniciaron un tiroteo que obligó a los de Makhno a presentar lucha. Y ni tiempo para parapetarse del todo tuvieron, ni de hacer uso adecuado de las Lewis. Apenas con tiempo de apartar un poco la *tatchanka* luego de descargadas las armas y las municiones para interceptar al enemigo. Zinkowsky y Baruko, con Makhno echado en el fondo, aguardando un resultado; los ametralladoristas apostados tras sus armas y los demás, lanzados a un encarnizado hacheamiento cuerpo a cuerpo. En ese pandemonio instantáneo de vida o muerte, donde la sangre del herido bañaba al adversario, sumado a los gritos, las injurias, maldiciones mutuas, tierra removida y nieve ennegrecida por la acción, la escena estalló con un signo de barbarie feroz. ¿Quién era quién? ¿Y por qué? Los ametralladoristas atisbaban su oportunidad para hacer sus descargas, pero muy poco o ningún uso podían hacer de sus armas dado que la modalidad de la lucha, a riesgo de matar a sus propios compañeros, se lo impedía. Y en su impotencia, desesperaban. Echado en el piso de la *tatchanka*, Makhno contemplaba desolado cómo sus hombres se hacían matar por él. Se llenaba de dolor y angustia sintiéndose inerme e inútil.

—¡Ah, no! Que no venga a alcanzarme la muerte en esta situación. ¡Si le mostré cien veces la cara!

—No digas cosas, Badko... —Zinkowsky le refrescaba la frente con un pañuelo mojado.

—¿Cómo va la lucha? Tú estás viendo más que yo, Leo. Dime... ¡Y deja de ocuparte de mí! ¿No tienes verguenza?

—Sí que la tengo... No me hagas sentir espectador...

—¡Levántame más! ¡Quiero ver!

—¡Badko, no debes....!

—¡Se están matando por mí! ¿Viven? ¿Mueren?

—¡Baruko, ayúdame a sujetar a éste!

Desde donde se encontraban se oía el fragor de los topetazos, el chasquido de los aceros, la grita feroz y algún que otro disparo. A media distancia de eso, dispuestas en abanico y protegiendo la *tatchanka* de cualquier intento, las cinco ametralladoras. Si al comenzar la lucha los rojos doblaban a los insurrectos, engrosados con los rezagados en la carrera, ahora los cuadruplicaban.

Los de Makhno se multiplicaban, cada caído costaba diez al enemigo, resultaba inverosímil verlos eludir golpes, sobrepujar al adversario, arrojarse sobre él, acuchillarlo, sembrando el horror y el terror, convirtiendo en ventaja decisiva la más leve. Luchaban por su causa, es cierto; defendían sus vidas, también lo es; parecía como si nada pudiera estar por encima de esos requerimientos; que toda su atención, su energía, todo lo que convocaba, comprimía y despertaba hasta la menor partícula de su instinto de supervivencia, absorbía por completo su mente y su corazón. Sin embargo no solamente era eso, no era eso todo. Se trataba de Makhno. De la vida del Badko. Lo sabían sin defensa alguna, salvo la de ellos, echado en el fondo de ese carromato, pendiendo su vida, sin fuerzas para sostener un arma. ¿Cómo iban a dejar que lo matasen, o que cayera prisionero? ¡Eso nunca! Antes tendrían que pasar por encima del cadaver de cada uno de los que defendían esa vida. Y antes de convertirse en cadáveres, ¡cuidado con ellos! Así iba cubriéndose el campo de soldados rojos muertos, pero no tan sólo eso: cercenados, partidos en dos, convertida en boca de exhalación cada herida. Una y otra vez los rojos eran rechazados, pero una y otra vez, instados por sus oficiales y por una victoria que a pesar de la pérdida descontaban, volvían a la carga. Y de cierto parecía que no mucho más podrían resistir los insurrectos. Si bien los que manejaban las ametralladoras ocasionalmente barrían el campo, haciendo temerario atravesarlo, los rojos lograban hacerlo, dando un rodeo y protegiéndose tras los que hachaban sin dar cuartel.

Indefinido el combate, pero no lejana la suerte de los makhnovistas, los cinco lewistas insurrectos tomaron una decisión. Dejando a dos en el emplazamiento para que siguieran disparando, el resto, se apersonó a Badko. Viéndolos llegar, reconcentrados y envarados, ob-

servándolos, con una indubitable determinación en el rostro, éste se alarmó.

—Badko —habló Micha en nombre de todos—, permítame usted... Su vida es indispensable para la causa de nuestra organización campesina, causa que amamos y por la que pronto habremos de morir. Pero nuestra muerte lo salvará junto con los fieles camaradas que se encarguen de cuidarlo. Nosotros hemos decidido quedarnos aquí, aguantando al enemigo con las Lewis. Le pedimos que no se olvide de repetir estas palabras a nuestras familias.

Makhno se quedó sin saber qué decir, qué contestar... Uno de ellos se inclinó y lo abrazó. Luego, todos se volvieron y Makhno nunca más volvió a verlos.

Entonces Leo Zinkowsky lo alzó en brazos y lo trasladó a una carreta campesina hallada por ahí y que consideró más apropiada para camuflarlo. Veinte hombres rodearon la carreta e iniciaron la retirada. Se oía el tableteo de las ametralladoras cerrándoles el paso a los rojos. Concentrando el fuego sobre un punto o abriéndolo en abanico, según los desplazamientos o los intentos enemigos, los mantenían a raya, impidiéndoles desplazarse. Al principio de esa acción, viendo los rojos que escapaban, intentaron desesperadamente irse encima, pero pronto debieron volverse por causa del fuego concentrado y certero de las ametralladoras. Con impotencia veían alejarse su presa, debieron atender primero ese impedimento que los inmovilizaba. Apuntaron hacia ahí su artillería y su metralla y una a una, fueron silenciando a las Lewis y matando a sus sacrificados resistentes. Como sus propios camaradas en medio del hacheamiento, ellos asumían el rol elegido sabiendo que el sentido de sus vidas encontraba en su propia inmolación su verdadera proyección.

—¡Jamás tendrán a Badko! ¡Jamás! —decían, crispando el dedo en el gatillo, trepidando con los disparos. Terca la determinación. El rostro endurecido que la muerte no lograba suavizar; sus muertes seguían siendo un desafío...

Muy lejos ya se encontraba Makhno y en sus oídos no había cesado de percutir el tableteo, ni borrado de su visión la presencia de esos cinco sacrificados.

Unos kilómetros más allá, cruzado el vado de un río, Makhno y sus hombres pudieron considerarse a salvo.

En la noche de ese día, como si la simbiosis de esos hechos de extremo sacrificio fuesen el catalizador de todos los males menores, expulsándolos del cuerpo, así Makhno se sintió aliviado de su mal y su postración. Esa misma noche, para asombro de cuantos lo rodea-

ban, cual Lázaro redivivo, Makhno montó a caballo y pudo alejarse de la región.

Hechos como el narrado, transmitidos de boca en boca entre el campesinado, acrecentaron la fama de la invulnerabilidad de Badko. Su figura ya pujaba la leyenda. ¿Cuántas vidas tenía este hombre?

XXII

EL GRAN GOLPE

Dos semanas después, en abril, luego de reponer debidamente sus fuerzas, Makhno restableció el contacto con todas sus unidades. Las menos distantes recibieron orden de dirigirse a la región de Poltava. Divididas habían logrado desconcertar a los bolcheviques. Pero esa no era la finalidad perseguida. No lo era distraer. Les urgía, clamaban por sublevaciones, pronunciamientos, levantamiento de campesinos y muy poco se había obtenido a propósito. El control que ejercían los rojos era severo y eficiente. Sofocaba de raíz, en la base, controlando los soviets y poniéndole cerrojo a todo nucleo no digitado por sus comisarios. Se reprimía con implacable ferocidad. La insurrección se estaba debatiendo en condiciones críticas en todas las áreas, y con la amenaza de quedar atrapados e inoperantes en esa amplia red tendida por los rojos. Efectivos les sobraban y, ahora, disposición; ¡y un plan! Eso era evidente. ¿Qué pretender de poblaciones controladas por fuerzas de ocupación, si ellos mismos se marginaban de enfrentarlas? A nadie escapaba que el tiempo trabajaba en favor de los rojos. Como liquen se extendía su fuerza en territorios que una vez fueron los silos de la insurrección. Sofocadas las invasiones, cancelada la guerra, aniquilada la sedición revolucionaria de Cronstadt, el Estado se sentía consolidado y robustecido y todo indicaba que la regla de represión y de imposición dictatorial, era el criterio inamovible y descarado de la jerarquía soviética. «¿Qué haremos? ¿Qué hacer?» Esto no dejaban de repetirse los makhnovistas. Disyuntiva de hierro que no se podía eludir.

En tales condiciones, únicamente *un gran golpe*, algo espectacular que por ninguna razón pudiese pasar desapercibido y decir al resto de Rusia que la insurrección continuaba en pie, se imponía. Contes-

tes sobre esta base comenzaron a reunirse, a principios de mayo, las unidades dispersas de Makhno. Comezó por acudir Tomás Kojin con sus fuerzas y un poco después Kurilenko. Entre ambos lograron reunir un cuerpo de 2.000 jinetes, más algunos regimientos de infantería. Más tarde se agregó la unidad de Zabudko, con Stchuss de jefe de su estado mayor. Todas esas fuerzas se habían incrementado con el refuerzo de voluntarios. En total, se reunieron algo más de 4.000 hombres. Otra vez el ejército en pie. Aunque más menguado, no menos predispuesto que en otras circunstancias parecidas. Quedaban en distintas regiones por razones de estrategia, Ivanuk en Kharkov; por imposibilidad de concurrir en término, dada la distancia, las fuerzas del Don y el Kuban y las que comandaba Parkhomenko en Voronoje. Pero todas tuvieron sobreaviso de que algo decisivo se planeaba: «*Un gran golpe*».

Oculto y fraccionado el ejército insurrecto en zonas resguardadas, del conocimiento casi exclusivo de los lugareños que los ocultaron, el día 6 de mayo se reunieron los comandantes de todas esas unidades a deliberar. Belach que había trabajado con Makhno en la elaboración de la propuesta y ahora se encargaba de exponerla. Una treintena de comandantes reunidos en esa habitación, seguían con concentrada atención el delineamiento que se trazaba. En frente de ellos, sentados a una mesa se encontraban Makhno presidiendo, Vdovichenko como secretario de actas y Víctor Belach exponiendo el plan. Fuera del recinto, guardia fuertemente pertrechada protegía el lugar, una *isba* de leñadores escondida en un monte. Sus moradores la habían abandonado hacía tiempo, para sumarse a la guerrilla y ahora servía de sitio de reunión.

Belach había dado pormenores y cifras estadísticas, tal como él solía, para fundamentar y ahora pasaba a la interpretación de los mismos, antes de abordar su conclusión.

—No está en mi ánimo, compañeros, provocar ninguna sensación ajena, emocional pongo por caso, o de apremio, con las cifras expuestas. Que me apresuro en decir, no tienen más fuente de aserto que corroboraciones recogidas, nada «oficial» para el caso —esta expresión hizo reír—, y por tanto deben ser tomadas por aproximación. Y cambiantes en la medida de los recursos con que ellos cuentan. Mi propósito al aportar estos datos es que obtengan una visión más amplia y objetiva del terreno que estamos pisando y de la situación en general, tal como se presenta. En las condiciones actuales, obvio es repetirlo, librar batallas en las regiones a que estamos siendo llevados, lejos de conturbarnos es, utilizando una expresión de Badko: «continuar dando golpes en el mar». Uno, porque las pérdidas rojas

son rápidamente incrementadas con otras fuerzas y la otra —se dio un respiro y pasó la mirada por los asistentes—, y la otra, he aquí el punto, porque nuestras batallas carecen de repercusión, pasan desapercibidas a las poblaciones e incluso dan lugar a que los rojos, en sus mentirosos comunicados difundidos por su prensa, conviertan en triunfos sus derrotas. Que, me apresuro en decir, no es lo peor que pueda ocurrirnos, dado que así dan fe de nosotros por lo menos... ¡Pero se pueden permitir ignorarnos! ¡Y lo hacen! Estamos aislados, compañeros: fuera de nuestro alcance los medios de comunicación; obligados a dar zarpazos y abandonar el fruto; transitando por corredores. Los pueblos se preguntan dónde estamos —Belach, en un modo muy suyo de expresión se iba metiendo para adentro, escondiéndose dentro de sí mismo. El cuello largo y flaco entre sus hombros levantados, acodado y pegados sus brazos al cuerpo, movilizando su cabeza a uno y otro lado como si rotara y con ese mechón de cabellos ralos y desteñidos cayéndole sobre la frente, sí que parecía un avechucho este hombre. Y más ahora, en que había sacado el cuello de entre sus hombros, despegado los brazos de su cuerpo, erguídose sobre sí mismo, apareciendo en su dimensión natural. Y es que lo que se proponía decir, lo anticipaba con su actitud, como pájaro que fuera a volar—. Camaradas, compañeros —dijo elevando un tanto la voz—, la derrota de un ejército se puede ocultar; ¿me quieren decir cómo se hace para ocultar la pérdida de una *gran ciudad*?

Ahora estallaron exclamaciones. Aunque no era secreto de nadie el propósito, el anuncio les batió la sangre en las venas a todos. Otra vez el lírico, exaltado mesianismo, abroquelado y vivo trasfondo de la causa que defendían esos hombres, como la ampolla de aceite aromado del bautizo original, se derramó dentro de ellos, invadiéndolos; e inaugurándolos. ¡Ciertamente! ¡Esos hombres eran augurales!

—¡Nos hacemos cargo de una acción como la que propones, Belach! —dijo Zabudko, asumiendo de por sí hablar en nombre del resto.

—Se trata de determinar contra qué ciudad la emprenderemos —corroboró Kurilenko.

Los reunidos intercambiaron opiniones.

—¡Yo la emprendería contra Ekaterinoslav!

—¡Yo también!

—¡Y yo!

—¡Más me gusta Kiev!

—¿Kiev? ¿Por qué no Kharkov?

—¡Kharkov! ¡Apuesto a Ekaterinoslav!

—¡Ekaterinosllav!

Como piedras se arrojaban esos nombres.

—¡Ekaterinoslav! ¡Ahí hemos estado!

—¡La ciudad nos estima!

—¡Eso, con seguridad!

La mayoría definía su preferencia.

—¡Compañeros! ¡Un momento! ¡Atención, compañeros! —por sobre el tumulto vocinglero se impuso Petrenko-Platanoff—. Allí, con total certeza que nos están aguardando.

—¿Y en dónde no? —arguyó Lepetchenko.

—Lo que yo digo, camaradas —manifestó Petrenko— es que si Ekaterinoslav salta a la vista del primero que señala un sitio para un ataque, lo propio habrá de ocurrírseles a los rojos, pero para su defensa.

—Me resulta adecuada la prevensión de Petrenko —dijo Belach.

—¿Entonces, descartas Ekaterinoslav? —le preguntó Stchuss.

—Completamente —contestó Belach sin vacilar.

—¿Y qué tienes tú pensado? —le preguntó Kojin.

Belach volvió a moverse en su silla, volvió a observar aquí y allá a todos. Todos quedaron atentos y cesó el rumor de coloquio.

—Hay una ciudad —dijo—, que considero de la mayor importancia y la que bien valdría ocupar: Kharkov. ¿Quién dijo antes, Kharkov?

—¡Lo dije yo! —exclamó Petrenko.

—Me gusta Kharkov —apoyó Kurilenko.

—¡Sí, es interesante! —exclamó a su vez Stchuss—. Ahora que señalan la ciudad... ¡Y siendo el asiento del estado mayor del ejército del Sur!

—¡Cuánto más estará protegida esa ciudad!

—Algo al respecto podrá decirnos Vdovichenko, de allí viene.

—Ustedes saben —dijo éste— como son estas cosas de pasar un informe. Sirven para hoy, no para mañana... Los rojos no dejan de batir y rastrillar todas las zonas... Yo he visto cualquier cantidad de fuerzas ahí.

—¿Qué es cualquier cantidad?

—¿Qué clase de fuerzas?

—¿Cuántas?

—No creo que esperen que ataquemos ninguna ciudad —dijo Makhno—. Pero, aunque sí lo creyeran, por su cuenta corre el protegerlas todas; por la nuestra, elegir la que más nos parezca. Yo también estoy por Kharkov.

Cuando Vdovichenko concluyó su informe, con acopio de notas de apunte e inventario, el silencio había sobrepujado las espectativas. La ciudad aparecía excepcionalmente pertrechada y muy temeraria se

ofrecía la empresa. ¿Pero, cuál no lo era ya? ¿Y cuándo en los papeles fueron jamás mayores sus oportunidades en lo que emprendían? ¿Por qué no esta otra hazaña? El informe de Vdovichenko, guardando elementos sobrados para volver temperante y reflexivo a cualquiera que se atuviese al peso mecánico de las cifras, en este caso receptado por gente que sabía que los números se trasmutan en la acción y producen impredecibles cosas —de las que en tantos casos habían sido actores y testigos—, apostaban a esta química de las matemáticas, revelada solamente a quienes se la jugaban en todo por el todo. ¡Y a Kharkov!

Con el visto bueno del caudillo, aprestaron su fuerza y enfilaron su arreo. Descubierto el ejército insurrecto en su avance hacia la ciudad, a pocos kilómetros de ella, los rojos salieron a su encuentro y los interceptaron antes de que los resplandores del alba iluminaran el escenario, con una unidad de sesenta autos blindados, hábilmente disimulados, la infantería detrás y la caballería aguardando el momento de entrar en acción, los rojos atacaron con empuje. Sorprendidos los insurrectos, y doblemente, al no poder recuperar en ningún tramo de ese embate la iniciativa, superados y por tanto, allí mismo disuadidos de su intención, optaron, a fuer de pérdidas que no estuvieron dispuestos a afrontar, en volver grupas y salvar lo que pudiesen de su ejército. Ni con todo el terreno a sus espaldas en su favor, les resultó posible desprenderse del acoso rojo, que fue constante y tenaz y durante semanas tuvieron que soportar su hostigamiento, sin tiempo para rehacer sus planes. Se trataba de una batida prevista y en toda regla. «Hasta su extinción», según rezaban sus órdenes. Sopesando esa concentración de insurrectos, los rojos habían llegado a la conclusión de que ahí debían de encontrarse reunidas todas las fuerzas de la guerrilla; ser esa la oportunidad buscada para decidir de una vez la lucha y liquidarlos. Tras ellos lanzaron a su caza todos sus efectivos, en el deseo de atraparlos en una emboscada gigante. Mas esto ya era entrar en el terreno propio de la guerrilla y no resultaba sencillo acorralarlos. Los insurgentes multiplicaban sus astucias eludiéndolos e internándose por rutas que desorientaban a los persecutores, demorándolos lo suficiente como para ganar una vez más la delantera. Mas no más que eso. De un modo u otro, los bolcheviques se las componían para estarles encima. Su finalidad era darles caza y en ella se obstinaban. Habían malogrado esa acción sustancial de la guerrilla de apoderarse de Kharkov. El *gran golpe*, siendo ilusión presente, ya pertenecía a la historia antigua. Ahí murió el último intento serio de la guerrilla de pasar a la ofensiva. La frustración del hecho, marcó de forma ineluctable el tiempo de la cuenta regresiva.

XXIII

MENOS QUE AYER

Las urgencias de la narración conspiran contra una fragmentaria detención recordatoria de la apariencia, el espíritu, el significado del desaparecido. Pero nos es preciso. Cada uno era sustancial e irremplazable. Estas nuevas circunstancias, cada vez más llenas de desesperanza, más críticas, con menores perspectivas subrayaban el sentimiento fatalista que gradualmente se apoderaba de cada insurgente y esas pérdidas de camaradas retornaban reactivando la memoria. Con su sentido funesto. En momentos en que todo se conjugaba en carreras que ya parecían carentes de sentido, en que se echaban por delante huyendo de la muerte y, yendo..., ¿hacia dónde si no? ¡Cuántas veces no les pareció estar cabalgando junto a Simón Karetnik, Martchenko, Luty, Garcucha, Kalchnikoff, Gregorio Vassilevsky! ¡Y cuántos que estando vivos aguardaban su turno!

A media mañana de un día de junio, una patrulla de reconocimiento de la guerrilla, rastreaba huellas, acechando peligros, en un monte enmarañado, cuando de pronto tras unos setos apareció un prado verdeante como un lago, flanqueado por una arboleda que lo cercaba. Bajo las patas de sus cabalgaduras, las tiernas hierbas jugosas pisoteadas, despidieron un halo fragante. Los animales cabrestearon oliéndolo. La partida, silenciosa, abstraída y prevenida en la tarea de detectar señales que pudiesen descubrir fuerzas enemigas, recorrían al trote corto el terreno. En lejanos picos blanqueaba la nieve, pero por el prado, salvo al pie de esa umbría arboleda que lo circundaba, todo vestigio de ella había desaparecido. De no estar al corriente de la función de esos jinetes, podríaselos suponer ecuestres disfrutando de esa mañana soleada que envolvía con su tibieza.

De pronto, no lejano al linde, uno de los jinetes torció su cabalgadura, casi sin advertirlo el resto, atraído por un punto coloreado

entre la copa de un árbol. Suponiendo que podría ser, eso mismo lo atrajo, en un extravío momentáneo de su vigilante atención. ¿En qué impensada alquimia se amalgamó ese deseo de aproximación y de coger ese objeto, borrando de un trazo todos los demás sentidos? Eso no podrá decirlo nadie... Salvo la tentación. Se tentó como un niño.

Presuponiendo que debía tratarse de una flor, el precisarla, lo hizo sonreír. Se trataba de una orquidea del aire, vibrante por la brisa, pendiendo de una rama. El rastreador extendió el brazo, elevándose en su montura con intención de cogerla. Un único disparo certero, salido de la espesura, dejó a medio camino su intención. Y su vida. Los demás, de lejos oyeron la detonación y se alarmaron viendo a su camarada desplomarse. Aproximándose, ya lejano percutió un rumor de cascos... Levantaron el cadaver, lo echaron sobre su grupa y al paso y en silencio se alejaron del lugar. Recorrido cincuenta métros, uno se volvió. La orquidea mecía su primor ajena a la tragedia que acababa de desencadenar. El guerrillero, con su espada y de un tajo, cogiéndola al vuelo cercenó el tallo de la flor. Luego galopó hasta el grupo prendiendo al muerto la orquidea. Y arrancaron al trote.

Bajo otras circunstancias, batiendo la región de Poltava con el grupo de Zabudko, Stchuss, en una de tantas acciones, impulsando a su tropa, alta su espada, se echaba sobre el enemigo lanzando, tal su costumbre, improperios y denuestos. Iván Lepetchenko cabalgaba junto a él en esa arremetida y se animaba doblemente oyéndolo. Al dejar de oírlo lo buscó con la vista, viéndolo en su silla. No obstante, por reflejo, le extrañó no escucharlo. Pero el propio apremio de la situación, silbando las balas en derredor, lo sustrajo momentáneamente de ese cuidado. Mas un instante después, alertado por vago presentimiento volvió a mirarlo y ya no lo vio con su espada en alto, sino con el brazo caído, vacía la mano y bamboleante el cuerpo en su grupa. Apuró su cabalgadura aparejándola a la de Stchuss y tomándola por la brida cortó el campo y salió de la zona de fuego en busca de un sitio donde prestar socorro a su camarada herido.

—¡Mantente, Stchuss, yo te llevo! —le gritó Iván.

Stchuss, desorbitado, volcada la cabeza hacia el pecho, veía a sus pies el vértigo de la carrera. Se sorprendió de que *eso* llegase a tanta velocidad...

—Me muero —alcanzó a pronunciar.

Habrían recorrido doscientos metros. Lepetchenko, viéndolo inclinarse peligrosamente, detuvo la escampada para atenderle. Aun-

que hubiese querido no habría podido recorrer más trecho. Stchuss se desplomó. Se apeó Lepetchenko. Le levantó la cabeza, poniéndola en su regazo y le desabrochó la chaqueta. Mientras lo hacía, sintió como se le iba la vida a su camarada. Al abrírsela comprobó la gravedad de la herida. La bala había penetrado por encima de la tetilla y salido por detrás. Tenía la espalda húmeda de la sangre que brotaba de allí.

—No digas nada. No te esfuerces. De otras has salido, marinero.

Stchuss giraba los ojos.

—Dile adiós a todos —balbuceó.

—No te apures, marinero.

—Me llevan... —alcanzó a proferir el herido. Y expiró.

Lepetchenko se mordió los labios. Las manos de Stchuss, esas dos enormes herramientas que de tan pesadas parecían siempre llegando tarde cuando intentaba subrayar alguna frase con ellas, yacían a los costados, como guantes de boxeador abandonados. A cien metros, los gritos, alaridos, ese ruido peculiar de sables entrechocándose, levantaron a Lepetchenko que apenas si tuvo tiempo de eludir la embestida de un enemigo, volver a montar y regresar a la batalla.

Los jinetes de Budienny aparecieron como un rayo, infligiendo daño y desapareciendo. Casi no hubo lugar a réplica. Una típica acción de hostilización. El saldo, un muerto. El caído, Kurilenko. En derredor de ese cadaver todos se miraban atónitos y consternados. Estaban aturdidos, sin palabras movían las manos como queriendo expresar cosas, se les saltaban lágrimas y no decían nada. Habían estado trabajando en las vías con intención de interceptar un tren y he aquí este hecho irremediable y capital. Allí yacía él. La cara vuelta hacia la mañana. Con el rostro inalterable de siempre. Como si durmiese. Mas con la cuenta del tiempo detenida. Yendo del calor al frío. Para siempre.

La muerte siempre provoca asombro. Máxime cuando deja intacta la máscara de la vida. Kurilenko, aún traspuesto los límites de su vivencia permanecía fiel a sí mismo. Trascendiendo pleno con su solo andar, su desplazarse, mover las manos, emitir su voz. Nada sobraba en su actitud. Nada faltaba. Parecía un hombre maduro, y lo era, pero contaba treinta años. Nunca salía de su aplomo sustancial, ni siquiera en plena refriega, cuando los rasgos se desmesuran. A lo sumo podría decirse que se volvía más contundente. Pensamiento y acción. Como si ese campesino fuese tan filósofo como guerrero. Él era esa unidad. Y allí estaba. Un eterno durmiente más entre esos durmientes de la vía férrea. Consumado por una vorágine.

XXIV

EL POSTRER COLETAZO

Por dónde se cierra la trampera. ¿Quién es el cazador? ¿Y el próximo en caer? Después del fiasco de Kharkov, Makhno con su estado mayor se integraron a una conjución de fuerzas que comandaba Petrenko-Platanoff. Su derrotero comprendía la aldea cercana a Novogrigorievka, cabecera de una región que, a pesar de la intensa sequía en Ucrania, lograba sobrellevar la falta gracias a diversos cursos de agua que así como la enriquecían, le daba al terreno el carácter de abrupto e impredecible... La fuerza la comprendían dos mil hombres a caballo, bien provistos de armamento, ametralladoras, *tatchankas* y piezas de artillería. Ni tanto, ni tan poco. Las fuerzas de Budienny fueron descubiertas a unos veinte kilómetros del curso que llevaban los insurgentes. Desde ese instante se mantuvo una estrecha vigilancia sobre todos sus movimientos. No estando en los planes de la guerrilla combatir, sino eludir toda confrontación considerada innecesaria, trataban simplemente de mantener la distancia que la circunstancia requería.

A su vez, Budienny, un coronel del zar al mando de una formación roja importante, constituída con soldados provenientes de Rusia Central, en cuanto fue informado por sus destacamentos de esas fuerzas insurgentes, de inmediato quiso creer, con acertada inducción, que allí habría de encontrarse Makhno. La proximidad del personaje tan buscado lo puso como sobre ascuas. «Me lo como», pareció decirse. Concibió su plan y sin someterlo a controversia posible, se lanzó a su propósito. Su fiasco y sus errores fueron notorios. Con un agravante impredecible, algo como para dejar boquiabierto al más fogueado. Resultó que hallándose Budienny corriendo raudo al frente de todas sus fuerzas, en procura del golpe sorpesivo por él planeado, se en-

contró a media carrera, con que la fuerza makhnovista, emergiendo de un repliegue oculto del terreno, se lanzaba de frente a darles la batalla. Tomado por sorpresa, cogido por el pánico, no vio más salida que volver grupas y huir despavorido abandonando a sus tropas. ¡Los que lo seguían no podían imaginarse nada semejante! Pero haciendo a su vez un punto de honor la deserción de su jefe, en lugar de descontrolarse, se encarnizaron, asumidos en sus mandos por oficiales responsables a los que el hecho inusitado los había golpeado como un guantazo en el rostro. Con ellos la tropa se lanzó a la lucha con un furor desmedido y salvaje, queriendo borrar esa vergüenza. Un choque tan enconado no lo aguardaban los insurrectos. Si bien preparados para romper esa fuerza, la salida inopinada del jefe enemigo que todos presenciaron, confundió su ánimo, pues creyendo que toda la fuerza enemiga se envolvería por ello en la confusión, encontraron a cambio que heridos en su amor propio, quisieron lavarse de ese sentimiento de «gallinas» que de inmediato prevaleció en el campo. Y más, en boca de «depredadores», «asesinos por una pitanza», «¡bandoleros!», que es como Budienny les había descrito a los que iban a enfrentar. Tirándose a la cara sus respectivos insultos se encarnizaron a mansalva en hacheos que sólo terminaban cuando caían abatidos. Era de ver hombres con heridas profundas, con fuerzas para levantar una vez más el brazo, descargarlo en una última exhalación. Golpeaban, machacaban, se daban con tal crueldad y fiereza que más que enemigos parecían seres atacados de furia demoníaca dispuestos a exterminarse. «¿Qué sostenía hasta ese punto el ardor y el tesón de esos malhechores?», se estaban preguntando ya los soldados; «¿y qué, a éstos?», se decían los insurgentes. A medida que la lucha se iba extendiendo y el ensañamiento creciendo, convirtiendo en ciega la fiera disposición, unos y otros sintiendo como dogal al cuello la fiera obstinación del prójimo, se engrampaban sin darse resuello. Allí todo se volvía humareda de polvo; ruido de entrechocar de aceros; y esos gritos e interjecciones rusas que parecen más pavorosas que ninguna. Se daban a diestra y siniestra sin cejar, hendiendo la carne con sus sables. Y de entre ellos, siempre alguno superando a los demás. En ese instante, no había más lugar que para el instinto y la aptitud. Y en ello descollaba Makhno, increíble en su pequeñez física agigantada para la lucha, poniendo en sus embates y en el manejo de su arma un vigor y una destreza inigualables. Quienes caían en el área de su alcance ya abrazaban la muerte. Sus desplazamientos fulmíneos, su agilidad, vivacidad, su retreparse en las sillas de montar pasando de una a otra en lo más abigarrado del hacheo, su movimiento diríase

metamorfósico a este horror de muerte y espanto, dejando el tendal entre el enemigo, así mismo levantaba más el espíritu combativo de sus huestes, estimuladas en su propia fiereza. Los probados soldados de la Rusia central, envueltos en esta atmósfera de pandemonio, no acababan de entender qué estaba ocurriendo, preguntándose: «¿Cómo y por qué, "vulgares bandidos" luchan sin retroceder? ¿Qué defienden? ¿Quiénes son estos hombres?»

Impuesta la interrogación, el manto calumnioso con que se fue incrementando el juicio erróneo que hacía pasar a la guerrilla por vulgares bandoleros, de suyo se fue deslizando imponiéndose a su ánimo en una dimensión distinta. Perdieron su certidumbre de superioridad y con ella su aplomo. Y también la rígida actitud de no declinar las armas por considerarlo deshonroso y salvaguardarse del concepto de «gallinas». Habían dado por demás ante «iguales», no ante bandidos. Eso se dejaba ver. Ningún bandido pelea a «muerte». Esto se vio. Entonces comenzaron a ceder, a desmoronarse su amor propio, a no ser ya un punto de honor seguir combatiendo. A partir del arribo a esa convicción, prácticamente fueron bajando la guardia y comenzaron a rendirse, huir, descomponerse sus filas, aflojar sus arrestos aquí y allá, abandonar una lucha que había perdido su sentido: habiendo quedado sentado a cuánta distancia se encontraban de su insigne jefe, coronel Budienny. Entonces, masivamente abandonaron el combate. Parada de pronto la lucha, cogido en ese instante el campo de batalla con sus muertos por tierra, sus heridos deambulando, quien clamando socorro, quien deshecho de fatiga, resultaba un gran aguafuerte goyesco.

—¿Se rinden? Bien. Si hubiesen decidido continuar, continuábamos... —se pronunciaban los insurrectos.

Cuando hubo ocasión de intercambiar palabras entre vencedores y vencidos, muchos soldados, develada la capciosa información propalada a propósito de los insurrectos, se pasaron a las filas de éstos. Una vez más en Rusia, podían comprobarlo, nadie sabía nada de nadie...

Si esta comprobación, por reiterada y tan capciosa, no dejaba de desmoralizarlos, tanto o más los confortaban estas adhesiones espontáneas. Esos hombres que se sumaban, no lo hacían a ninguna cruzada triunfante, ni siquiera esperanzada... Se ofrecían, asombrosamente, como en holocausto. Tenía visos de entrañada complicidad, un reconocimiento, como un homenaje... Homenaje que, lo sabían, se rendía al precio de la vida. ¿En qué arcano de esos seres aparentemente rústicos, *pueblo-pueblo*, se soldaba esa determinación solida-

ria, ratificada apenas con una palabra, un gesto? ¿Y era solidaridad o el encuentro anhelado de una causa por la que sí valiese morir? La actitud, expresada casi con pudor, se conjugaba con sencilla grandeza anónima; en el fondo oscuro y antihistórico que el Poder, la fuerza criminal y la injusticia, se aúnan para destruir. Pero, ahí está, rebrota. Aquí y allá, como un anuncio, rebrota. Todo este significado lo descubrían claramente los insurrectos. Por eso, los recién advenidos, desde el primer instante, se sentían entre ellos como huéspedes para los que se tenía lo mejor de lo que se dispusiese: jergón, bocado, un trago.

Makhno sacó de ese combate un hombro abierto y la clavícula rota; Petrenko-Platanoff una pierna destrozada y la mano fracturada. También Zabudko sufría una herida feroz que le había cortado las carnes del costado hasta la raíz del hueso de la cadera, lastimándole el riñón. Y Kojin con una herida de mucho cuidado en la cabeza. Leo Zinkowsky se afanaba practicando curas reclamado de todas partes. Estando tan hecho a esa tarea, le causaba asombro ver algunos con heridas que hubieran debido derrumbarlos y sin embargo haber permanecido en la batalla hasta el final. Sí, resultaba increíble pero tan cierto que allí estaban, sentados en tierra, sosteniéndose con una mano un brazo partido, una mano hachada, una pierna o un pie colgando, aplicándose torniquetes que apenas si sostenían, aguardando ser atendidos.

—Krovatchenko, ¿qué haces sentado y mano sobre mano?

—Infeliz, ¿no ves que tengo el brazo en el aire? Desde el codo para abajo no sé si es mío.

—¿Y de quién? ¿Crees que alguien te prestaría siquiera sus calcetines? Nadie que no seas tú habrá de reclamar por ese brazo. Puedes soltarlo, camarada —le decía prestándole la mejor solicitud.

—¿Soltártelo a ti? ¿No eres tú ese viejo ladrón de ovejas...? —y no alcanzándole el humor para reír, se mordía de dolor.

—¡Tanto sufres! Aguarda mi querido... Ya viene por ti, Leo.

—Mira que han peleado estos soldados —decía otro que ni se sotenía.

—Sí, no lo hicieron tan mal —le contestó otro que no estaba mejor que el anterior con su cabeza rota, observando con sorna a un soldado del 19º que junto a él yacía también maltrecho.

—No seas payaso —terció—. Reconoce que somos bravos.

—¡Ah! Uno que respira todavía. ¿Y de tu coronel, qué dices?

—Que se habrán visto capones, ¡pero como ése! Miraba por sobre el hombro, se comía la tierra que pisaba. ¡Qué figura y qué arrogancia! Escupo sobre su alma.

—¿Lo censuras? ¡Ése sabía lo que le esperaba!

—¡Un cobarde que huye!

—Hubieran echado a correr todos, nos habríamos ahorrado el estar como estamos. Fíjate como te ves...

—¿Te lamentas de tus heridas?

—¿Y tú, no, héroe? Dime, mejor... ¿No te asombra que hasta hace poco nos hayamos estado matando y ahora fraternicemos?

—Pero, ¡y qué! ¿No somos todos rusos?

—¡Eso que tiene que ver! ¿Qué significa que sean rusos Trotzky, Lenin o Budienny?

—¡No nombres esa basura!

—¿Lo dices por los tres?

—¡Por los tres!

—¿Has visto? Ser ruso no significa gran cosa. En todo caso tanto como ser esquimal. Pero estamos juntos y charlar como gente y esto después de habernos despedazado, eso es otra cosa.

XXV

¿QUÉ MÁS POR HACER?

Makhno seguía acumulando heridas. Ésta, sumada a las que lo tenían sometido al cuidado de Leo Zinkowsky, revestía carácter reservado y ponía al rojo el dramático cuadro que presentaban los makhnovistas. El estado mayor insurgente convocó a una reunión de urgencia de todos los jefes con la asistencia de los heridos, para determinar sobre tan grave cuestión. Vdovichenko, uno de los segundos de Makhno, pronunció las primeras palabras en la reunión. Los heridos yacían en sus camillas y eran de por sí el más elocuente testimonio de un estado que reclamaba de mucho más que primeros auxilios.

—Amigos, hermanos, compañeros —comenzó Vdovichenko— camaradas heridos..., Badko... —y paseó su mirada sobre ellos—, nuestros muy queridos... ¿Qué batalla nosotros no hemos dado? Nos faltaba ésta. ¡Qué combate tener que decirnos adiós después de haber pujado en todos los campos contra los déspotas por la libertad y la justicia! Nunca antes lo habíamos vivido. Si siempre fue un acuerdo entre nosotros continuar hasta el fin, por voluntad, digámonos que sí, que ya estamos en ese fin.

—¡Qué fin! ¡Muchos menos éramos cuando empezamos!

—¡Recomenzar! ¡Qué ocurrencia! Nuestras mejores opciones las hemos perdido... En tanto el poder rojo ha crecido y se ha desarrollado y hoy nos resulta aplastante... Nos basta vernos... ¡Y escuchar lo que tratamos!

—¡Que el mundo sepa, el mundo debe saber que una raza se está extinguiendo!

—¡Ah, esto es otra cosa! No estoy diciendo de rendirnos. Deberán venir por nosotros. ¡Diezmados, sí! ¡Desechos, mas no vencidos!

—Camaradas, se trata de saber lo que hacemos con nuestros compañeros heridos. ¿Los instalamos en un balcón para que nos contemplen combatiendo en la última batalla de nuestra vida? —dijo Belach, con intención de continuar.

Domachenko, recientemente promovido a un puesto de comandancia, más que interrumpirlo le arrebató la palabra.

—¡Mucho más que eso! ¡Atención! —los veteranos se volvieron hacia él—. ¡Este es un asunto de fondo! Esto que vamos a tratar compromete todo el futuro de la makhnovichina. En lo representativo, esto es de la máxima importancia. No es solamente saber si los compañeros heridos, aquí presentes, se quedan o se van; Badko Makhno en primer término y en razón de su significado para nosotros. No planteo una cuestión de forma. Yo, que he venido peleando siempre entre la tropa, sé muy bien lo que sienten los que están peleando ahí, sabiendo que quienes comandan son jefes de talla. Yo no me siento menos —dijo mirando con altivez al resto—, y no lo son tampoco ninguno de los otros camaradas que ocupan los puestos de los ausentes, pero, ¡atención si vamos a proseguir luchando! Para mí es de importancia vital saber quienes comandan. No perdamos de vista las proporciones.

—¿Aunque no comanden? ¿Así? ¡Pregúntale a Leo!

—¡Están con nosotros! ¡Badko es un símbolo! Y si del final estamos tratando, hagamos sentir bien a nuestros compañeros impedidos. ¡No nos separemos de ellos!

—¿Quién es el loco que esto propone? —se escaldó Makhno—. Luego irá diciendo que no debí llamarlo loco: obsérvenlo —Domachenko, siendo aludido, se había parado en medio de todos y ahí se estaba. Su actitud y la situación hicieron reír. Petrenko-Platanoff era el único que se quejaba. Atacado de risa como los demás, pero impedido de hacerlo por su herida en el costado, se la sostenía diciendo que lo estaban matando, tentando a su vez. Hasta que tuvo que intervenir Leo. Entonces se hizo el silencio. Prosiguió Makhno:

—Otro sacrificio como el de los cinco lewistas, no lo voy a permitir por mí. Debe saberlo usted, Domachenko —retomó Makhno—. Se debe morir por el prójimo en tanto el prójimo no se convierta a propósito, por su conducta, en trampera de nadie. ¡Aquí no estamos ante la tumba de Tutankamón! No adoramos a nadie; no somos esclavos. Llegado el caso y si no lo hace antes el que causa el problema, hay que sacárselo de encima.

—¡Nadie está pretendiendo que te suicides, Badko!

—¡Ni quien para matarte!

—¿Por qué no? Siendo la situación de vida o muerte, ¿qué otra cabría? ¿No lo estaría exigiendo la propia y natural circulación de los acontecimientos? Que una raza se extingue, ese es un concepto atendible. Pero que una raza no sea capaz de superar la medida tribal y gire en derredor de su jefe moribundo, eso no. Eso serán inmolaciones, adoraciones, histerias. Nunca actos de libertad. Nosotros somos libertarios. ¡Estamos por la circulación! —cerrada salva de aplausos rubricó lo que dijo—. Y todavía algo más, esto ya en el terreno teórico-táctico. ¿Si hombres heridos gravitan como un peso adicional sobre la libertad de movimento de una fuerza en acción, que decir de jefes y comandantes heridos, impedidos, invalidados como coordinadores, en medio de las cambiantes circunstancias de una batalla? De aquí en adelante, por lo que se palpa, no queda otra cosa que fatiga y combate.

—No correremos el riesgo de que usted caiga en manos de los rojos, Badko —dijo Ivanuk, otro de los promovidos—. Debemos sacarlo del país. ¡Sacárselo a los rojos de las manos!

—¡Ahí tienes tu buen motivo de estímulo para los que vayamos a quedarnos, Domachenko! —dijo Glasunoff, otro de los nuevos.

—¡Sí! ¡Seguir peleando y que crean que Badko está con nosotros!

—¡Y está! ¡Badko está!

—Camaradas, camaradas..., déjenme decir... —se esforzó Zabudko desde su camilla queriendo hacerse oír—. Si la prioridad es Badko, ¿por qué ponernos a los demás heridos en trance de hacer más dificultosa su salida, recargándola con nosotros?

—¡Por qué! ¡Mírate! ¡Pregúntale a Leo Zinkowsky!

—No se trata de eso... Si puedo ser útil a la causa... ¿No soy guerrillero? Lo sigo siendo hasta el fin. Primero está Badko.

—Me gusta como lo plantea Zabudko —dijo Petrenko.

—¡Qué piensas, Leo! —preguntó Belach.

—El estado de cada uno... —hizo una pausa evaluando una vez más a los postrados—. Es de extrema urgencia que reciba debida atención en el caso de Kojin... Los demás..., cada uno... —abrió los brazos.

—¿Qué importante puede ser para mí, mi propia cura, si prestarme ayuda entorpece o dificulta la que se va a prestar a Badko? ¡Primero está él! Yo, me quedo —aún impedido, se esforzo por decir, Kojin.

—¡Bien dicho! ¡No dejaría de hacer eso ningún guerrillero! —se excitó Petrenko.

—¡Ya dije de los lewistas! ¡Basta de eso! Pudiéndolo evitar, no quiero sobre mi conciencia la sangre de nadie. ¡Y esto va para todos!

—Ésta es mi causa, Badko... —protestó Zabudko.

—¿Lo es, que por defenderte y contribuir a mi salida, mueran decenas de camaradas, protegiéndote, pudiéndose evitar? ¿No será mejor si te pegas un tiro, Zabudko? ¡Y esto va para ti también, Petrenko! ¡Bah! ¡Olvídenlo! No sigan sumando causas a mi gran pesar... Y, ¡por favor!, no perdamos la cabeza. Nadie se muere la víspera. Yo me voy... ¡Nos vamos! Quizá..., no sé... —Makhno sepultó en su corazón lo que fuese a decir...

Se eligió la frontera rumana. Era la frontera más cercana de donde se encontraban. Debían bordear la gobernación de Ekaterinoslav y atrevesar la de Kherson. Se destinaron para el evento cien jinetes escogidos y voluntarios. Y cuatro *tatchankas* tiradas por seis caballos para el transporte de los heridos, los pertrechos y los víveres. Se trataba, a ser posible, de no tener contacto con ningún centro poblado. El riesgo era inmenso pero preferible a guardar a los heridos en la incertidumbre de un hoy para mañana.

XXVI

¡ADELANTE!

La responsabilidad de comandar la custodia recayó sobre Ivanuk. Los cien hombres seleccionados, en realidad un pequeño ejército, lo formaban pontoneros, ametralladoristas, rastreadores, comandos. La miel de los makhnovistas. Lo secundaba Tchumak. Antes de la partida se dispuso una vez más dividir todas las fuerzas restantes y asignarles distintos derroteros. Glasunoff, con un destacamento de hombres de Siberia, fue enviado a la región de Samara; Belach hacia el Kuban: Lepetchenko y Vdovichenko hacia Kiev y Tchernigov; Domachenko hacia el Don, con intención de unirse a la fuerza de Maslak.

Makhno expresó su deseo de querer pasar revista a los destacamentos.

—Adiós, Badko. Vuelve. Te esperamos. Regresa...

Por sendas ocultas, pasos solamente por ellos conocidos, llevaban su preciosa carga hacia la puerta que debería abrirse hacia el extranjero, fuera del alcance de los lobos rojos. Cuando en el trayecto acertaban con algún destacamento insurgente, ocasionalmente puesto en su camino y éstos eran informados del propósito que acometían, invariablemente Makhno recibía el estímulo de todos.

—Guárdate, Badko. Cura tus heridas. Aquí estaremos, aguardándote.

Esas expresiones iban mucho más allá de lo que decían. Expresaban un deseo, escondían una realidad que ya los aturdía, gritándoles en todo momento, imponiéndoseles con la evidencia fatal de un resultado. Todos ellos habían echado a rodar sus ideales con la makhnovichina. No concebían el mundo fuera de ella. Y allí estaban. Hasta que las trompetas anunciasen el receso definitivo.

Makhno veía transcurrir los días desde su *tatchanka*, echado junto a Zabudko y se sentía presa de terrible angustia. ¡Cuántos recuerdos, qué cúmulo de pensamientos atiborrando su mente! En realidad, con mayor o menor intensidad ese estado regía el ánimo de todos los de la partida. No obstante, si transidos de vivo dolor, poseían, protegiendo a Makhno, la confortación. La confortación que se prestaban a sí mismos y a toda la causa, sustrayéndolo a las garras del enemigo. Porque, aunque no tuvieran cartas de triunfo, ésta de conservarlo vivo y liberarlo valía por su causa. Ese era el punto, su piedra de toque, en lo que no cedían y por lo que se jugaban la vida. Toda la causa pendía ahora del hecho de conservar vivo a Badko. Y a ellos había correspondido y por propia voluntad, el honor de preservarlo. Cada uno era una entidad. Cada uno vivía su rol abarcando en él todas las facetas de la vida, pasión y agonía de la entera causa.

Ivanuk mantenía crítica la atención sobre todos reclamando constantemente estar alerta. ¿Pero qué pedirles a hombres tal que cada uno en sí mismo configuraba una autoridad, la máxima eficiencia, la más absoluta responsabilidad? ¿Qué poder decirle a Brovkha del manejo de la *tatchanka*; qué a Zinkowsky del cuidado de los heridos; qué a Tchumak de la supervisión; y a cada uno de esos idóneos? Hasta el momento habían sorteado los lazos tendidos, las emboscadas, los encuentros con el enemigo. Hacía cinco días que atravesaban la región andando más sujetos a las circunstancias que a un itinerario prefijado. Sabían hacia donde se dirigían: la frontera. Sólo eso. Siendo Makhno un guía insustituible, Ivanuk no dejaba de consultarlo. Amigo de marchas y contramarchas, de confundir huellas previsoramente, en cuatro años de andar guerreando había acumulado tantas argucias sobre la materia que, los que lo acompañaban, ya se preguntaban si de verdad estaban abandonando Rusia.

—Badko, acepto ser precavido, pero, ¿no perdemos tiempo? —preguntábale Ivanuk temiendo los extravíos.

—Kojin no está bien —apremiaba Zinkowsky.

—Si quieren que lleguemos, háganme caso... —era su respuesta.

Y eso se hacía. Se tomaba la senda que él indicaba y sabía que encontrarían. Sabía de cada piedra, cada árbol, todo lugar en que poder agurdar, ocultarse y de todo campesino al que se pudiese recurrir en solicitud de información o de lo que se quisiera. Ese hombre, devanando su palmario conocimento de la región, aparecía en su oculta dimensión. Makhno, con toda la contracción de su inteligencia puesta en su evasión, transmitía certeza al resto.

—Badko sigue pensando por él y por nosotros.

—No te duermas tú por eso.
—Verán que acaba regresando.
—No pienses en regreso. Ahora que salga.
—¿Dudas que lo saquemos?
—Quiero que lo saquemos.
—¿Y luego?
—¿Luego qué?
—Sin él.
—Él no nos deja. Se ausenta. Eso es todo.
—¿No creen que es tiempo de que veamos las cosas como son? —esto masculiaban los de la escolta.

Enfrentados al Dnieper, cercanos a Kremenchug, que era lugar de residencia de pescadores, a instancia de Makhno, Ivanuk se apersonó allí en procura de embarcaciones para su transporte. No le costó encontrar la ayuda requerida, dado que allí había funcionado un *soviet* de pescadores makhnovista y todos eran camaradas. Entrada la noche, entre esa localidad y Orlik los insurrectos abordaron las diecisiete barcazas que se presentaron, cargaron en los lanchones la caballada y los carros y se largaron al cruce. Si rumoroso fue el abordaje, pareció animarse más en la travesía. Bajo los velajes henchidos y el oleaje golpeando las quillas y barriendo sin riesgo las cubiertas, comenzó a subir un fuerte olor a pesacado que, mezclado al de la cabresteante caballada alarmada, cogidas de las bridas por sus jinetes, invadió el lugar de acre salobridad. Algo así como un raro olor de concha marina, excitante y virginal. Se hablaba a voces y en cada barca, cuatro o cinco marinos hacían viable la navegación. Aunque de cierto no todos lo eran, pues había mujeres en la tripulación. Compañeras de los camaradas pescadores...

En menos de una hora estuvieron en la otra orilla. Desembarcados en zona propicia, recostados en un barranco, la columna se puso a reparo. La noche estaba mansa. Nubes errantes buscaban acumulaciones que el estío les negaba. Cubriendo ese sector de la playa, los hombres encendieron fuegos donde asar y freír el pescado fresco con que habían sido obsequiados. Sobre la lumbre de pequeñas hogueras, entre dos piedras las sartenes o las planchas, anegadas en aceite o grasa, de momento se incendiaban obligando a los que cocinaban a quitarlas y aguardar a que se apagasen, mientras bullían o bramaban los trozos friéndose al fuego. Más pacientes los que asaban, aguardaban por lo suyo mientras los otros ya engullían. El olor a fritura y los fogonazos luminosos con su impronta degustable y la crepitación del aceite incendiado en las sartenes, rápidamente animó el campamento.

Se hablaba a gritos, se reía a carcajadas y no faltó quien extrayese su *balalaika* y animase un baile. Todo esto sucedió de pronto, sin concierto y en ello, cada parte, cada grupo, haciendo lo que hacía, fue sumándose al vecino y así, como por contagio se propagó ese principio de aquelarre al que, según de pronto lo vio Ivanuk, sólo le faltaba unas pintas de vodka para desencadenarse. En qué momento, ni cómo había crecido esto, no acertaba a decirlo. Pero lo alarmó y tanto, que al punto comenzó a dar señales de su inquietud corriendo a un lado y a otro derramando por tierra las sartenes hirvientes tratando de apagar los fuegos.

—¡Ivanuk! ¿Qué haces? ¡Te has vuelto loco!

—¡El loco eres tú! ¡Y tú! ¡Este fuego podría verse quién sabe desde dónde!

Las llamas claudicantes danzaban sobre la tierra hasta consumirse y con ellas se iba apagando el fragor verbal y animoso de los allí reunidos.

—¿Era para tanto? ¿De veras para tanto? —se dijeron.

Cuando el orden pareció restablecerse, Makhno, que se encontraba junto a Zabudko y Leo, echado en tierra, departiendo y comiendo pescado con ellos, le hizo señas a Ivanuk para que se acercara.

—¿Que ha pasado? —preguntó.

—Sólo faltaba que se pusiesen a detonar armas... Fui y vine de recorrida... ¿En qué momento se fueron de la mano?..., yo no lo sabré decir... ¿Qué sucedió? —de pie ante Makhno, Ivanuk observaba el entorno evidentemente sin comprender.

—Pero, ¿era para tanto? —volvió a su pregunta Makhno. Ambos quedaron observándose.

—No, no creo que lo fuese —contestó al cabo Ivanuk. Si llamas cercanas no colorearan su rostro, se podría jurar que se había sonrojado—. ¿Y ahora? —sin aguardar respuesta se volvió hacia los demás y con voz como para no dejar de ser escuchado por todos, dijo—: Camaradas..., les pido sepan disculparme... Creo que me asusté —lo que dijo movió a risa. Sus hombres reavivaron los fuegos y recompusieron sus gestos habituales.

—¡Ivanuk! —se oyó llamar—. ¿No quieres comer?

Ivanuk se acuclilló cercano a Makhno. Zinkowsky le alcanzó una sardina ensartada en un palillo que pelaba de caliente.

—¿Que ha pasado? —volvió a preguntarle a Makhno, haciendo malabarismo con las manos por no quemarse y embuchándose la carne blanca. Viéndolo, hizo reír y la risa lo alcanzó a él. Blasfemaba escaldándose y más movía a risa. En un tris no quedó del pescado

más que la espinal dorsal—. ¡Mmm! ¡Qué bueno! No sabía que estaba tan hambriento.

—¡Sociégate! Y ponte cómodo... la noche es propicia para respirarla... Deja de preocuparte por este momento...

—Debo llevarlo a la frontera, Badko...

—Me estoy yendo de Rusia, es cierto. ¡Qué viaje! ¡Y cuánta molestia!

—¡Eso no, Badko! ¡Yo le doy mi vida con gusto! ¡Y los camaradas!

Makhno observó ese rostro franco y serio que a su vez le observaba a la cara y sintió deseo de besarle. Y lo hizo.

—Ven que te bese —le dijo. Y se besaron—. ¿No guardas con qué celebrar? —le dijo a Zabudko.

—¡Sí, que sí, Badko! —exultante, Zabudko extrajo de entre sus ropas un porrón y se lo ofreció.

—¡Esto es ginebra! —se admiró Ivanuk.

—¡Y qué crees!

—¡Ah, no, esto sí que no! —exclamó Ivanuk—. ¿Y en qué momento...? ¡Con seguridad que hay más en el campamento! ¡Esto no me lo hacen a mí! —no hubo tiempo de contenerlo. Ivanuk, con arrogancia y enojo se fue hacia el mismo lugar donde poco antes se había disculpado públicamente y con esa misma voz y para que nadie dejase de oírlo, dijo, volcando a la vista de todos el contenido del porrón—. El comandante ordena a todos los que tengan porrones con ginebra o cualquier bebida alcohólica, que la derramen en el acto.

Si hubo sorprendidos en el campamento, ninguno más que Makhno.

—Él comanda —fue su comentario.

—¿Es para tanto? —dijo Zabudko.

—Mejor vacía el porrón que guardas, Zabudko. Ivanuk es de una pieza.

—¡Para tanto! —pareció querer protestar aquél—. En mis tiempos no éramos tan severos... ¡A lo hecho, pecho!

Al alba reanudaron la marcha. El curso del trayecto que habían encarado les evitó el cruce del río Ingulets, anticipando su cauce y abordándolo en su nacimiento, para continuar bordeándolo hasta Kirovograd, en pleno territoiro de la gobernación de Kherson, antesala de la frontera rumana. Pero por entonces tuvieron el primer encuentro serio con los rojos. Habiendo sido avistados cerca de Brobinetz, intentaron sustraerse dando un rodeo, con tan poca fortuna que vinieron a dar de lleno con la 7ª división de caballería que acampaba junto al río. ¡Menuda sorpresa! Y no poca tampoco, para esa fuerza

que se solazaba y que de pronto advirtió, a quinientos pasos, esa partida que se les metía entre las fauces. Ivanuk detuvo la marcha no atinando en ese instante ni a volver grupas. La línea enemiga se extendía a todo lo largo, hasta donde alcanzaba la vista. Parecían definitivamente cazados. Los jinetes, paralizados en esa fracción de tiempo que induce a una decisión, despertaron a la voz de mando que impartió Ivanuk, una vez recobrado. Advertido, Makhno rogó a Zinkowsky que lo pusiese en un caballo, y su presencia, montando, de inmediato redobló el ánimo de todos. ¡Ese hombre era increíble! Allí estaba Makhno, ¡el Badko!, sujetando con una mano su cabalgadura, uno más entre los suyos. Siendo absolutamente innocua su participación efectiva, ¡qué respaldo su sola presencia!

—¡A sus órdenes, comandante! —le dijo a Ivanuk.

Advertido de que las ametralladoras del enemigo se acumulaban en un sector no del todo resguardado, hacia allí dirigieron su carga los insurrectos y tras ellos, como exhalación, las *tatchankas*. La rápidez y lo insólito del propósito tomó desprevenidos a los rojos. Antes de recobrarse, ya estaban siendo arrollados. En esa embestida, los insurgentes lograron arrebatarles trece ametralladoras Maxim y tres Lewis y como tromba se abrieron paso tras esa brecha. Tocada en lo vivo, a todo lo largo de esa línea en que se recostaba la 7ª de caballería, reaccionaron en cadena, desplegándose en posición de combate y eso mismo se vieron obligados a recorrer los insurrectos a lo largo de ella. Era el despropósito de una loca carrera contra la simple maniobra de cerrar un ala al enemigo y convertir en trampa mortal el sitio. Los makhnovistas, viéndolos por delante desplegarse en abanico y tratando de cerrarles el camino, se sintieron perder.

—¡Qué hacemos, Badko! ¡Por dónde! —clamó Ivanuk.

—¡Adelante! ¡Cortémoslos! —fue la respuesta.

—¡Y usted! ¿Aguanta? —los caballos volaban.

—¡Aguanto! ¡Derecho a ellos! —Makhno espoleó más a su animal y señaló el camino.

Tras él, Ivanuk y los demás. Ello significó que la carrera, cortada en sesgo de impronta, en vez de proseguir en dirección paralela a la línea del enemigo, se precipitase sobre ésta. La 7ª se sintió cayendo en el vacío. En esa fracción de tiempo acometieron Makhno y los suyos. Convertidos en aluvión y respaldados por las *tatchankas* disparando sus ametralladoras, su fuego y su empuje hicieron vacilar al enemigo. Y tanto por ello como por la determinación de su carga. Esos jinetes que avanzaban se abrían y se cerraban con una velocidad y habilidad asombrosas. Los vieron desperdigarse y creyeron que

les iba a resultar fácil abatirlos, pero, un segundo después, no sabiendo cómo, ya sobre ellos, volvieron a juntarse y esa formación, respaldada por el fuego graneado de las *tatchankas* traía un empuje incontenible. Los insurrectos lograron perforar la desorientada y vacilante defensa y por allí filtrar sus efectivos. Ivanuk no se había separado ni por un momento de Makhno y lo mismo otros insurgentes que se turnaron protegiéndolo. Makhno no pensaba en más que empujar a sus huestes hacia una salida. Lograda ésta a fuerza de sablazos que llevaban el vértigo de la muerte, sin detenerse, arrastrando tras de sí a quienes intentaban, queriendo coger de las bridas o las monturas sus cabalgaduras —cuántos no dejaron sus manos sableadas en ese intento—, se abrieron paso, iniciando pronto la más alocada carrera que pudiera imaginarse. Los perseguían oleadas de soldados que, vistos en perspectiva sobre el ancho campo que ocupaban sus caballadas, helaban la sangre. De entre ellos, los que lograron adelantarse al resto y poner a tiro a los que escapaban, no escatimaban el fuego. Y esa situación, con los altibajos propios de la marcha que emprendían, se prolongó por más de cien kilómetros recorridos sin respiro. En esa carrera fueron cayendo insurgentes, entre ellos Brovdkha, el auriga de la *tatchanka* de Makhno y su único transportado, Zabudko, más dos ametralladoristas que desde ella devolvían el fuego al enemigo disparando desde la parte trasera. Una ráfaga alcanzó a Brovdkha haciéndolo saltar del pescante hacia adelante, metiéndolo entre las patas de los caballos y enredándolo en ellas, haciendo rodar primero a un animal y luego de ser arrastrado un trecho, volcar la *tatchanka* espectacularmente. Cuando por fin se detuvo, tras ese estrépito, todavía se oían ayes y el bufar de las bestias fracturadas tratando de reincorporarse en medio de la polvareda. Una rueda rota quedo girando... Suspendida como la extremidad dislocada de un extraño animal, hacía señales desesperadas de agonía. Hasta que se detuvo.

Superada al cabo de horas la pertinaz persecución, ocultos una vez más en la noche, el primer cuidado fue para Makhno. El brazo encabrestado volvía a colgarle como separado de su tronco. Quitarlo de la montura resultó una proeza. La tensión decrecida de ese primer sociego, le enfrió la sangre, haciéndolo volver a asumir su condición de herido grave. Zinkowsky vendaba de nuevo su hombro en medio de un dolor que lo hacía desmayarse, realizando prodigios de emergencia. De cuando en cuando lo reconvenía.

—Makhno, tú estás loco.

—Lo estoy —contestaba aquél—. Y suerte mía es serlo. ¿Estaría ahora hablando contigo? Pobres camaradas...

—Ya termino, Badko —le decía viéndolo sufrir.

—Haz lo tuyo.

Se acercó Ivanuk. Observó. Luego pareció como que iba a retirarse.

—Perdimos diecisiete —dijo.

—¿Cómo están los demás?

—Agotados, pero firmes.

—¿Y los heridos?

—¿Preguntas sobre mí, Badko? —asomó desde su *tatchanka* Petrenko—. Si estoy vivo o muerto, eso es otra cosa... Esto es como estar en un ataúd... Quisiera poder montar...

—Sin brazos, se puede, Petrenko, pero sin piernas...

—Si quieres saber, Badko... Me da frío estar metido en la *tatchanka* como en un cajón.

—No te hagas a la idea, camarada. Para nosotros no hay féretro, solamente tierra. Hasta que no te veas con la tierra hasta el cuello no creas nada de lo que estás pensando... ¿Ahora, no es hora de descansar? —Makhno se entregó a su fatiga. Petrenko se quedó pensativo. Zinkowsky no estaba menos extenuado y aprovechó para entregarse al sueño. Ivanuk fue el último del campamento en disponerse al descanso. Antes pasó revista a la guardia e impartió las órdenes para la mañana.

XXVII

EL HOMBRE NUEVO

Esos diecisiete hombres perdidos marcaron el primer rasgo patético de esa marcha. Los que quedaron de la partida sintieron hasta el tuétano el soplo helado de la muerte. La presencia de esa divisón a lo largo del Ingulets, marcaba, en su espantosa e interminable proyección, el negro porvenir acechante. ¡No era para menos haberse visto envueltos en una redada que comprendía cinco mil efectivos! ¡Y cuántos más aguardándoles al paso! El episodio superado prevalecía en sus secuencias de mal augurio, peor presagio, ensombreciéndoles el ánimo. Esa presencia de cinco mil, como brotada intempestivamente, les previno por el resto. Transitaban la región meticulosos, evitando las pululantes ramificaciones de esa gigantesca red tendida para cazarlos. Los bolcheviques habían modificado su táctica y en lugar de poner sus fuerzas en el trance de perseguir ejércitos fantasmas, los aguardaban, en la seguridad de que los insurrectos, para sobrevivir, debían abandonar sus refugios y transitar la región. ¡Cuánto más multiplicado este requerimiento en el caso de Makhno! ¡Y cuánto más sometido al azar todo su esfuerzo por eludirlos! Y ahí estaban, ¡andando!

Pero no todos, ni en todas partes podían ya decir lo mismo. Fueron cayendo, Brova, en el Don; Belach, en el Kuban; Lepetchenko, herido y apresado en Kiev...

Si todo era ya sintomático del colapso y cada muerte anticipaba el final, la de Belach, por su personalidad, su claridad mental y la objetividad de sus concepciones estratégico-tácticas, podía considerarse irreparable. En el curso de nuestra narración no hemos atendido a muchas de las características personales de nuestros protagonistas porque considerando una, hubiésemos debido, para ser equitativos,

revelar a todos. Y eso hubiese extendido todavía más toda la historia. Pero de Belach sí debemos develar una característica que haciendo a su estilo, permaneció hasta ahora oculta. Y ella está referida a su manera personal de participar en las batallas. Poseyendo él todas las virtudes corrientes de los insurgentes, entre los que, desde ya, se hacía muy difícil descollar, él sumaba una, absolutamente propia, que daba a su entrada en la refriega una sensación muy peculiar y definitiva de ineluctabilidad. Ése no era un hombre decididamente, era un gran pájaro extraño, cerniéndose sobre presas. Y siempre se largaba un segundo después de todos; como si necesitara otear desde su montura, tal que si fuese una rama alta, todo el panorama que se desplegaba ante su vista y bajo sus pies. Porque él veía todo, siempre, en esas dos direcciones. Entonces emergía de entre sus hombros su cabeza, su nariz aguda como un pico, ahuecaba sus brazos y todo él se transformaba... Tenía la cualidad de lanzarse hacia el sitio donde más daño seguramente habría de infligir. Si temible era la llegada de cualquier insurgente a la lucha, la de Belach se convertía en fatal. Era fama suya y sus camaradas lo seguían casi a ciegas en el campo de batalla. ¡Cuántas veces no determinó en el curso de ellas, con sus indicaciones, el resultado de la misma!

No que fuese invulnerable, quién que lo fuera; pero de la manera que nadie hubiera pensado nunca que podría suceder, le ocurrió. ¿Cómo fue posible emboscarlo si él veía desde dos direcciones a la vez? Aunque, a decir verdad, no fue del todo una emboscada...

Cuando él y gente de su partida, de recorrida por esa región del Kuban, atraído por el tiroteo llegó a avistarlos, hacía un buen rato que libraban ese combate. Se trataba de fuerzas propias que habían chocado accidentalmente contra un regimiento rojo y se debatían. Evaluó la situación de un vistazo, dispuso a sus hombres y se lanzó a reforzar a los suyos. Corrían apremio a pesar de que la zona era rocosa e ideal para ocultamiento. Tal su costumbre, él mismo no se incorporó sino segundos después, luego de fijar con claridad hacia qué sector precipitarse. Y para ello, él y unos pocos más que lo acompañaban desmontaron y a todo correr, portando cada cual su arma, lo siguieron por el camino que trazaba. Decir que así como comenzó su carrera sintió que podía estar corriendo hacia su perdición, es no decirlo todo. Pues antes de ello, todavía, lo abrupto del paraje, como un ramalazo le clavó la duda sobre si atinar o quedarse. «¿Seguro que esas son todas las fuerzas enemigas?», llegó a preguntarse. Pero sin tiempo para opciones, tomó su decisión. (¿Caerán así esas grandes aves de los Andes?). Instantes después, fuerzas enemigas superiores, ca-

yeron sobre él, rodeándolo e impidiéndole toda defensa. Una ametralladora oculta con la que poco menos que se dieron de narices, los estaba apuntando.

—¡Tirad vuestras armas!

Eso hicieron.

—¡Las manos en alto!

Las levantaron.

—¡Registradlos! ¿Quiénes sois? ¿Está el Badko entre vosotros?

Así cayó Belach y ese puñado. De su suerte posterior jamás se supo... ni nadie que quedase para referirla.

Si bien no faltaba quien se hiciese cargo del puesto vacante, parecía no quedar ocupado del todo. En los hombres se gravaba cada vez un poco más el fatalismo que los cernía. Su ciclo, que iba siendo cada vez más restringido, se cerraba sobre cada uno de ellos como una soga echada al cuello...

La muerte corría como loca por esos campos, llevándose al fin a tantos hombres marcados por múltiples señales de su proximidad y que la habían estado eludiendo y burlando hasta ese momento. Se cobraba. Se trataba de que había aguardado demasiado y le urgía terminar su faena. A la administración a la que estaba adscrita le urgía. Para identificarse, ella había suplido su habitual hábito blanco por uno rojo y llevaba estampada en la frente la M.R. con la hoz y el martillo. Marca de fuego dejando su estela de sangre y cenizas...

El destacamento de Ivanuk, jugando su suerte en esa maraña tendida se obstinaba por la frontera. Si cada paso estaba envuelto en acechanza, ¡qué decir cuando se llevaba camaradas! Como estos otros cinco que acababa de perder, sumados a otros tantos heridos... ¡Ante los ojos tenían el desmembramiento! Y eso, doliéndoles, fortalecía su determinación.

Estando vadeando un riachuelo, se atascó en el lecho la *tatchanka* que transportaba a Makhno. Empeñados en moverla, los sorprendió un destacamento de infantes y otro de caballería que comenzaron a tirotearlos. Ivanuk lanzó casi toda su fuerza para enfrentarlos, dejando a Tchumak y unos más para que desatascasen el carro. En cuanto los rojos advirtieron que se les venían encima, sin dejar de tirotear con mortífera puntería, retrocedieron a protegerse tras unos altos pastizales resecos de las inmediaciones. Temeroso de ser envuelto en una celada, Ivanuk ordenó volver grupas. Grande fue su consternación cuando vio a todos los que en el vado habían quedado,

ya en movimiento la *tatchanka*, dando señales inequívocas de que algo malo acontecía en su interior. Galopó hacia allí. Makhno, atendido por Leo, sangraba profusamente. Una bala le había atravesado el cuello, saliéndole por la mejilla derecha y llevándole un par de muelas.

—¿Qué crees? —preguntó Ivanuk.

—Que es inmortal. Sobrevivirá también a esto —contestó Zinkowsky.

—¡Las *tatchankas* son una trampa! ¡Las *tatchankas* son una trampa! —protestaba Petrenko—. ¡Nos van a matar! ¿Quieren que nos maten? ¡Fíjense los impactos que lleva ésta! Ellos piensan que llevamos municiones y son su blanco preferido —y al fin viendo a Ivanuk— ¿Quieres matar a Makhno? ¿Quieres terminar con nosotros?

—¡Sugiere algo más viable! ¿Debemos llevarte, no?

Petrenko se mordió el puño. Kojin, cercano a él, se esforzó por articular algo sin conseguirlo. Alargó su mano hasta tocar la de su camarada. Petrenko lo advirtió; se inclinó sobre él y lo besó.

Zinkowsky había logrado taponar la herida de Makhno y no dejaba de preguntarse cuánto más podría continuar soportando. Y todos en idéntica disyuntiva. Kojin no acabando de evolucionar y Petrenko cada vez más corriendo el riesgo de perder la pierna, más su no del todo desatinada exacerbación... Y los nuevos heridos de la partida ampliando el cuadro y complicándolo; si yendo con ellos, por sus cuidados y si quedando a resguardo en el trayecto, pesando en el ánimo de todos su suerte.

Después de varios días de esta peripecia, alcanzando territorio en dirección a Odesa, torcieron hacia la aldea Sarata, a no tantos días del río Dniester, cuyo cruce los pondría en tierra rumana. Si ciertamente demorados por las acechanzas riesgosas y las marchas y contramarchas impresas en el trayecto por propia determinación para despistar al enemigo, era evidente lo que habían andado. Mas todo era provisional y alarmante. Si por las noches recuperaban cierto sociego, los días se presentaban con el peligro de encuentros inevitables. Esto aparejaba frecuentemente el sacrificio de los que quedaban a contenerlos, mientras el resto pugnaba por llevar lejos de riesgo a Makhno y los demás heridos. Y esto, hasta que les tocase a ellos mismos hacer de soporte y quedarse a resistir... Sin palabras aguardaban su turno. Cada posta se llevaba alguno. Y llevaban perdidos cuarenta hombres. Este drenaje casi diario, fortuito y sistemático sin embargo, si los tenía alerta y como erizados, les había sellado las voces y apenas si intercambiaban palabras entre sí. Los días transcurrían dejando su inevitable saldo luctuoso y si bien ellos no iban pensando en la

muerte, sino en dejar a salvo al herido insigne, sí iban pensando en morir. Cierto que no pesarosos, sino con el espíritu libre de esos condenados que saben porque van a morir y aguardan serenos su turno. Teniendo en alta estima su misión y habiendo sido libre su elección, eso sólo contaba para ellos. La cara de la muerte les era familiar. Se trataba de que estaban asimilando el morir, anticipándose al suceso, no que fuesen a morir porque los matasen. Eso los cerraba sobre sí mismos. Los amarraba lo trascendente.

En cambio los heridos, los que venían siendo transportados, aún sabiendo de que así debía ser y que lo mismo habrían hecho ellos estando en el caso, viendo que cada vez se restaban más camaradas de esa formación, se iban sintiendo extrañamente culpables, casi avergonzados, sobrevalorados. Y mucho se cuidaban de descubrir esos pensamientos por no aparecer con melindres ofensivos. Así eran las cosas y así de inmodificables. Y transfiguradas. Manifestarlo, era correr el riesgo de romper ese encanto que nacía precisamente de saberse unos y otros, ocasionales, no más que ocasionales, en uno u otro sector. Pero así y todo, tenerse frente a sí, viéndose los rostros, oyéndose respirar, ahora que les había tocado este lado de la cuestión, les hacía sentir gratitud hacia los otros. Un sentimiento inconcebible entre ellos, para con ellos; los alabarderos de la nueva fe entre los hombres. Que no significaban ni trasladaban el Tabernáculo; transportaban a hombres a los que no reverenciaban, ante los que no se sentían ni menos ni más y a los que guardaban por encima de sus propias vidas. Y no como un deber. Antes bien como un homenaje que ofrecían. Colocándose en el lugar exacto de la medida del hombre. Ni arriba, ni abajo: ahí. Y eso, siendo sólo posible porque eran intensos, cordiales, orgullosos, fidedignos.

A Makhno esa travesía le fue costando lágrimas ardientes que absorbía y pensamientos ocultos que lo afectaban peor que sus heridas. Y nada de lo que se originaba en su mente, tenía que ver con sus plasmas prefijos de sus horas rotundas. Esto en el orden de la relación con sus camaradas, a los que en el curso de esos días de marcha él, que sabía lo que era jugarse con ellos, había sublimado en ese trance, muy por encima de anteriores. Como siendo una campana, cada caído percutía en su interior fortaleciendo todavía más su voluntad de alcanzar la meta y comunicándola a los restantes que a su vez se fortalecían.

«¿Qué es esto? —se preguntaba Makhno—. ¿De dónde sacan mis hombres su fervor y sus valores? ¿Dónde los nutrieron? Seguramente en la makhnovichina. Y esto mismo es lo que debió ser todo el

movimiento de resultar triunfante. Una gran comunidad de legionarios creyentes de la vida hasta el sacrificio de la propia por la causa de la libertad y la justicia. Cimentados en las premisas básicas y universales de la revolución social que impulsa a convertir el capital en bien de todos, la tierra para el que la trabaja y la supresión del hombre por el hombre, en amor por los hombres. ¡Esto representamos! ¡Esto que nos está siendo miserablemente arrebatado por el poder y la tiranía bolcheviquel» —en su soliloquio íntimo, Makhno debió emitir algún sonido, captado por Zinkowsky, que no abandonaba en ningún momento su cuidado.

—¿Es que estás intentando, todavía, poder decir algo? —le reprochó—. Déjalo para después... ¿No te das cuenta que eres una guitarra con las cuerdas rotas? ¡Debemos componerlas!

Makhno observó a Leo, comprendiendo su razón y volvió a sumirse en sus reflexiones. Desde el fondo de esa *tatchanka* en movimiento, herido gravemente, sin voz, perseguido, su mente y su corazón se aferraban a su credo.

«Ciertamente —prosiguió—, hay cosas que están en prioridad para ser satisfechas y sin las cuales cualquier filosofía se convierte en un montón de palabras desecadas. Pero que éstos son mis hombres, los hombres que yo quiero, que siendo de hoy, ya son de mañana, eso es innegable. Reconozco que el hambre debe ser saciada para que el hombre recobre su dignidad. Y establecida la justicia. Hay un hombre vegetal y hay un hombre pensante. He luchado para crear las condiciones para que cada cual ejerza, accione, genere el mundo propicio comunitario haciéndose militante de esa causa de libertad. ¡Eso primero! Pero a eso, justamente, es a lo que se opene el frente bolchevique del Poder y la Tiranía con sus cañones y su plan de dominación mundial. ¿Pero, es este el fin, aquí concluye o aquí recién comienza el alcance de la cuestión social? ¿Una potencia sobrepuesta a todos?»

—¡Makhno, deja de hablar! No dejas de decir cosas... ¡Y cómo! ¡Si te estás matando! ¡Todo un discurso! —Zinkowsky se alarmó. Makhno se irguió para ver desde la *tatchanka* a los jinetes que galopaban junto a él escoltándolo—. ¡Qué haces! ¡Qué hacer contigo, Badko! ¿No sabes que no debes dejar la cabeza en vilo? —Makhno quiso explicarse. Zinkowsky no entendía más razón que la suya.

XXVIII

EL PANTANO

Si algo más azaroso, faltaba a la travesía, esto se dio en el cruce de un pantano. Cercanos a Bolgrad, en la confirmada certeza de que allí había fuerzas rojas, decidieron evitar la aldea. Para ello debieron internarse en una zona pantanosa que la intensa sequía había hecho medianamente transitable. Un poco más y, superado este último escollo, ya en Dniester: Rumania. La inminencia del arribo impregnaba de nerviosismo a la partida y si la parquedad y la concentración habían sido su signo característico, según lo ya relatado, ahora recobraban su liabilidad habitual y hasta su jovialidad nata, sintiendo tan cerca a ser coronado su propósito. Hasta que comenzaron a atascarse cada vez más los carros. Aunque algunos sitios parecían indicando solidez, el lecho no dejaba de estar empozado. Bajo la superficie se abrían bocas profundas y hediondas. Los caballos zangoloteaban metidos hasta los ijares en el barro y las carretas se hundían. Los servicios del minúsculo cuerpo de pontoneros resultaron valiosos. Diez caballos, atadas las monturas a los costados de las carretas, más los seis de frente, tiraban de ellas. Paso a paso y sondeando el terreno, fueron cubriendo trecho. Los pontoneros marcaban la ruta y disponían los vados cortando ramas y arbustos que echaban en los lugares menos transitables. En una de las alrternativas de ese cruce, debieron servirse de un tronco atravesado para afirmar en él sus tiros y lograr desenterrar las *tatchankas*, cubiertas de lodo hasta el piso. Petrenko veía como iba penetrando esa materia espesa y licuosa en la suya y a cada hundimiento invadir con su negrura verdosa nauseabunda los planos de su interior, sin lograr sustraerse, clavado a esa fijación, siguiéndola en su letal evolución. Un presagio fatal, incontrolado, se impuso a su ánimo socavándole la razón. Con creciente terror sintió que

estaba siendo enterrado vivo. Y si todavía, en un momento de lucidez tuvo oportunidad de vislumbrar su aprensión absurda, los elementos que se prodigaban en su derredor hicieron que le resbalase como el liquen que les servía de sostén. Resultaba inconcebible que un hombre de ideas concretas, extrañas a cualquier superstición, se dejase envolver, por un juego de circunstancias bien determinadas y objetivas, en morboso e irracional protagonista de su propia imaginación descontrolada.

«¡Qué locura! ¡Si tiemblo como un chico!», se dijo, obligándose a sellar el grito que pugnaba en su garganta por socorro. Miró a Kojin que yacía con él en el fondo de la *tatchanka* con la remota intención de guarecerse en él, pero viéndolo a su vez tan desalentado, sintió vergüenza y se ocultó, temiendo ser descubierto en ese estado. Petrenko ignoraba que estaba siendo devorado por la fiebre y deliraba.

Verdad era que todo ahí se le estaba apareciendo con la ineluctabilidad de lo irreparable; que veía crecer esas marcas sobre el piso y los tableros que cerraban la *tatchanka*; que le resultaba muy extraño que Kojin no se apercibiese de que pronto iban a verse cubiertos de ese lodo del que no sólo sentían su olor, sino su gusto en la boca. Y volvió a trepar a su garganta un grito que apretó para no dejarlo escapar.

«¡Absurdo! ¡Ridículo! ¡Qué me está pasando! ¡Despierta, Petrenko!»

La sensación no le abandonaba y el bamboleo del carruaje convirtiendo en semoviente todo en derredor, más ese lodo que lo cercaba, le hizo intentar salir de allí en procura de un respiro. La visión exterior completó su cuadro manifiesto de extravío. Chapoteando, abrumando de interjecciones y voces a las bestias, cubiertos hasta la cabeza de ese liquen que se adhería a sus rostros, a sus ropas, a los animales, dando a todo un aspecto grotesco, deformado, de cosa ida, disolvente, convirtió en crisis la fijación de Petrenko y le estallaron los nervios. Comenzó a proferir gritos.

—¡Socorro! ¡Sacadme de aquí!

Zinkoswky fue el primero en acudir. La histeria de ese camarada que había cedido a la presión de tantas jornadas abigarradas de tensión, puso su nota dramática y real donde nadie parecía advertir la absoluta locura de ese trajín.

—¡Pobre amigo nuestro! —se decían.

—Tenemos que llegar —pensaban.

Al ir acercándose hacia el final del pantano, la visión que apareció ante sus ojos los paralizó. Enfrente tenían un regimiento rojo. No era visión, no era espejismo. Por la disposición de esas fuerzas era evidente que los estaban aguardando.

—¡Ésos son rojos!

—¡Qué hacemos!

Ivanuk antes de decir nada hizo crujir sus dientes. Si que resultaba inesperada e insólita esa presencia. Les tomaba de frente y sin posibilidad de mayor despliegue.

—¿Qué sucede? —preguntó Makhno en un supremo esfuerzo de su vocalización.

—Tenemos al enemigo en frente —contestó Ivanuk.

—¿Cuántos son?

—Como doscientos.

—¿Nos han visto?

—Sí, nos esperan.

—¿Qué piensas?

—Tú, ¿qué dices?

—Tú comandas.

—No me parece retroceder. Puede que también nos estén esperando del otro lado. Y estacionarnos tampoco.

—Dispón. Es tu partida, Ivanuk.

—Voy a atacar.

Dividió en tres su frente, amplió el radio de operación obligando a estirar sus líneas a los rojos y con orden de concentrarse en torno a las carretas en cuanto arribaran a tierra firme, se encomendó a su suerte. Los ametralladoristas sacaron las bocas de sus calibres por los pescantes y desde esa posición replicaron un fuego que ya había alcanzado a algunos. Esa réplica, si bien dio libertad de movimiento a los demás, lamentablemente recrudeció el peligro sobre los que se transportaban en las *tatchankas*. Pero no había alternativas. El fuego cruzado se hacía infernal y ya se había llevado la vida de los aurigas que conducían los carruajes. Un carro fue decididamente abandonado y se prosiguió con los dos que transportaban heridos. Los animales comenzaron a espantarse, caer heridos y hacer peligrar la estabilidad de las *tatchankas*. En nada se los desengachaba, se los suplía y se reanudaba la marcha. En el interior, los ametralladoristas, aferrados a sus armas, las disparaban incesantemente, Todo en esa plataforma era humareda, olor a pólvora, cápsulas vacías saltando y pegándose al lodo.

Los que montaban y fueron de los primeros en alcanzar la margen del pantano, pagaron con su vida su intento. Pero ya un poco más cerca las *tatchankas*, resultaron de mayor apoyo y lograron abrir brecha. Todo resultaba no obstante confuso y todo ese barrizal salpicando, hacía parecer más impreciso lo que acontecía.

Ivanuk, yendo en su cabalgadura de un lugar a otro, animando, ordenando, atento a las menores debilidades del enemigo, señalando los sectores en que debían disparar las ametralladoras y ya disponiéndose a integrar el primer grupo que había alcanzado afirmarse en tierra firme y sableaba al adversario, fue alcanzado por una bala en un pie que dejó vacío su estribo, por otra en un hombro que aflojó su rienda, hizo hociquear al animal y ni tiempo tuvo de restablecer la estabilidad que, alcanzado por dos balas más que le atravesaron el pecho, osciló en su montura, fue llevado hacia atrás y se desplomó. Algunos de sus hombres lo vieron caer, pero estaban tan absorbidos pendientes de cada fracción de su tiempo que ese hecho corrió la suerte de otros acontecidos un instante antes y que se fugaban de sus mentes así como habían aparecido. En esa circunstancia no había más tiempo que el que se estaba viviendo y todo se dimensionaba bajo ese ángulo. Ahora corrían todos a forzar esa brecha sabiendo que cada segundo, cada pulgada ganada podían tener el valor de un resultado. Tchumak los impulsaba. Primero lograron afirmar una *tatchanka*, luego la otra. Barriendo los ametralladoristas el frente y los jinetes a los costados reteniendo arrestos y repartiendo hachazos con sus sables, atravesaron esa línea en que se prodigaban los rojos, mas no tanto como los makhnovistas que si eran castigados y sus filas mermadas, provocaban a su vez estragos en las del enemigo. Una vez que los insurrectos se sintieron consolidados en tierra firme, aprovechando un mínimo decaimiento de los soldados rechazados a fuerza de multiplicarse ellos, se lanzaron en una carrera alocada confiando ahora en nada más que en las patas de sus caballos y en su pericia de jinetes y aurigas para dejar atrás a los persecutores.

La distancia lograda con ese empuje fue lo suficiente como para eludir el tiroteo que iniciaban los que corrían a su zaga, pero no para que, de vez en cuando, se desplomase alguno de esos obstinados, vencido por la hemorragia de heridas recibidas, a pesar de ser sostenido por sus compañeros. A girones, a pedazos, desgarrada, se iba desmembrando esa partida que apenas si contaba con más de treinta hombres. Treinta y cuatro, para ser exactos.

A pesar de sufrir y sentir esas pérdidas, una voz, un grito se había ido transmitiendo de jinete a jinete poniendo el júbilo por encima de penurias, del galope y del rodar de los carros.

—¡Makhno está vivo! ¡Makhno está vivo!

Las voces rompían el espacio cual aldabones golpeando a rebato las campanas.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Zinkowsky era el que había corrido a lá *tatchanka* de Makhno, trepándose a ella en plena carrera, comprobado su estado y animando a todos con sus ademanes y sus gritos de regocijo, acompañado de los ametralladoristas. Se reían, sacaban medio cuerpo fuera de la *tatchanka*, abrían los brazos, se abrazaban y esa risa, al igual que sus gritos, se fue comunicando a todos.

Sólo uno de cuantos quedaban, ni reía, ni gritaba. Simplemente por que no podía ya nada. Porque había muerto. Era Petrenko-Platanoff.

XXIX

¿LIBRES?

Tchumak quedó al frente de la partida. En cuanto lograron dejar atrás a los perseçutores, detuvo la marcha para hacer algunos cambios. Pasó a Kojin a la *tatchanka* de Makhno, agregó dos caballos; hizo dar sepultura a Petrenko-Platanoff; y abandonó la otra *tatchanka* estrellándola en un barranco. Aligerado, prosiguió la marcha, forzándola. Envió tres hombres para que se adelantaran, observasen si el camino se hallaba despejado y, de estarlo, que prosiguiesen directamente su marcha hacia el río, distante dos días. Iban con el mandato de tener dispuestas las condiciones para un arribo y una partida sin demora. Para ello debían proveerse de una barca para el traslado de los heridos a través del río y de los cuatro camilleros asignados para el caso, entre ellos el indispensable Zinkowsky. De ser posible, si se pudiese acometer la empresa llevando la *tatchanka* y dos caballos, mejor. Fijaron el lugar de encuentro, acordaron la ruta probable, sujeto todo a eventualidades y con recomendación de que uno de los tres les saliese al encuentro para informarle por anticipado de la marcha de las disposiciones. Con su carácter expeditivo, Tchumak infundió renovado brío a la partida. Asumió su responsabilidad de ahí en adelante, desterrando todo reflejo retrotraído que condicionase su función. El resultado fue óptimo. Como recorridos de una savia nueva y con una sensación de certeza y seguridad que hacía indubitable el logro, los hombres emprendieron esa última y definitiva etapa.

Esos tres hombres llegaron en el tiempo previsto y sin tropiezos a la margen del Dniester. Un lugar en que el río formaba un codo. Era de día. Los primeros rayos solares reverberaban en el agua. Agotado el caudal por efecto de la sequía no lo era tanto como para intentar un cruce sin embarcación. A un lado y otro de ese sector, sendas lo-

calidades hacían temerario cualquier otro abordaje. El bajón del río descubría las orillas y ambas mostraban sus tierras rojas como encías. Ver tan cercana la margen opuesta y el camino de ahí en más librado de acechanzas, alteró a esos hombres, y a sus cabalgaduras se comunicó su estado. Cabresteaban, movían nerviosos los rabos y el cuello. A todo lo largo de la margen en que se encontraban no divisaron nada perturbador, salvo una alambrada que delimitaba la zona. Ninguna embarcación, ninguna vivienda, ningún tránsito de persona. Ya se iban a cabalgar a derecha e izquierda con intención de registrar mejor la región cuando uno de ellos, Pravda, que escrutaba la distancia con largavistas, logró divisar algún movimiento en un punto alejado del sector de enfrente. Mejor observado pudieron precisar que se trataba de dos hombres, pobladores o simples merodeadores. Ni trazas de uniforme que denunciase autoridad. Decidieron que uno de ellos se lanzara al cruce con intención de abordarlos. Abrieron un paso en la alambrada.

—Deja el arma, Pravda. Si son gendarmes debes entregarte —dijo Permendje.

—No lo son.

—Mejor, déjala. Ya lo sabes, no armemos lío —recalcó Sergueyevich.

Pravda se despojó de la que portaba y se largó al otro lado a nado. Siendo advertido por los de la orilla opuesta, en cuanto salió del agua lo encararon.

—¿Quién eres? ¿Te fugas? ¿Qué esperan los otros dos? Habla con confianza. No somos policías.

A Pravda no le disgustó la traza de esos dos.

—Salud, camaradas —les dijo en un intento por ver qué contestaban.

—Nosotros no somos camaradas... Por aquí andamos... Yo, Filibescu.

—Y yo, Antonescu —los dos sonriendo, extendieron las manos estrechando la de Pravda. Eran fuertes, jóvenes, animosos.

—¿Tienen una barca? Necesito una.

—¿Tienes con qué pagar?

—Tengo.

—Cuesta.

—Dije que tengo. No regateo —Pravda los miró a la cara.

—En ese caso, tenemos lo que precisas —contestó Antonescu.

—Necesito una barca grande y segura.

—Tenemos la que tenemos...

—No tienes para elegir —dijo uno, haciendo una señal al otro que se burló—. Si la quiere mejor, deberá tomar la del prefecto...

—Pasa por aquí tres veces en el día —completó Filibescu.

—Quiero ver lo que ofrecen —dijo Pravda.

—¡A qué! Si ya sabe... No hay otra...

—¡Debo ver lo que tienen! —se encaminaron hacia un pajonal cercano. Le descubrieron su ruina de embarcación—. ¡Cómo llaman a esto! ¿Acaso es un bote? ¿Con eso navegan?

—Llega bien de una orilla a la otra —dijo Filibescu requiriendo por encima del hombro de Pravda la aprobación de su compinche.

Pravda observaba ese desecho. Rodeó el bote. Tenía tablas sueltas. Estaba carcomido de viejo. Y con seguridad que haría aguas.

—¿Y los remos? —inquirió, no viéndolos.

—Los tenemos.

—Muéstrenlos.

—¡También eso! —uno estaba entero pero no conservaba más que la mitad de la pala; el otro, por la mitad y también con media pala.

—¿Se burlan? ¿Esto me ofrecen? —protestó Pravda.

—¿Lo tomas o lo dejas?

Pravda volvió a sopesar a esos dos bribones.

—Lo tomo.

—¿Cuántos viajes? A tanto por viaje.

—¿Cuántos podrán viajar?

—Soporta tres y el remero.

—Si llevan bultos, mejor dos...

—¡Esta chatarra no sé cómo soporta a uno! —estalló Pravda, impotente.

—Deberás esperar hasta la noche —dijo Antonescu.

—¡No esperaré un instante! ¡Prepárense! En cuanto arribe lo que espero haremos el cruce. Desde ahora están a mi servicio. Hagan bien su trabajo. Serán bien compensados.

De nada valió a los rumanos sus razones para el mejor proceder del cruce. Ese camarada no aceptó sus advertencias. A fuer de multiplicar el riesgo de ser descubiertos. Si sus razones tenía, también ellos en resguardo de su libertad y su vida. Pravda debió anticiparles un dinero para que se quedaran aguardando a ser requeridos y prestar su servicio. Mientras, aquél regresó a nado a la otra orilla. Debiendo hallarse feliz de haber resuelto favorablemente el problema, lo precario del medio de transportación, que tentado lo tuvo de hacer una prueba antes con él, le pesaba como una culpa. Pero se guardó de revelarla para no alarmar...

Las horas se sucedían y Pravda y Sergueyevich —Permendje había salido al encuentro de Tchumak—, se sentían invadir por la impaciencia y la intranquilidad. En el decurso de esas horas de espera ya habían tenido oportunidad de ver aparecer el vaporcito con dos cañones en que viajaba el prefecto con su guardia armada. No dejó de llenarlos de zozobra el olvido de borrar algunas huellas sobre la playa. A cada momento temieron ver detenerse la embarcación. Oían nitidamente las voces de los tripulantes. Salvo el timonel, los restantes, cuatro policías y el prefecto, observaban desde la borda escrutando las márgenes. Hasta cuando los vieron dejar atrás el lugar y perderse de vista dando vuelta el codo del río les volvió la tranquilidad. Desaparecido el riesgo, reaparecieron en la orilla opuesta los barqueros. Agitaban las gorras diciéndose presentes.

De este lado, en cambio, los minutos comenzaron a eternizarse y las horas a convertirse en tormento. Habían transcurrido cuatro desde la partida de Permendje. Era como si devanasen ellos mismos el tiempo y éste se les escapase de las manos estando en el linde, palpando podría decirse la otra orilla, viendo cuantas horas de ese tiempo les pudieron ser propicias... ¡Ya! ¿Serían así las subsiguientes? ¿Y hasta cuándo aprovechables? Y allí estaban. Aguardando un resultado. No confiados. Temerosos. En diversas instancias de esa espera, Pravda, que no hacía más que preguntarse sino hubiese hecho mejor en salir en busca de algo que considerara más seguro para Makhno, contenía su impulso midiendo los riesgos que implicaba salir y mostrarse y también distraerse del lugar elegido y en el que aguardaba.... Desde las seis de la mañana, hora en que habían arribado, ya eran las dos de la tarde. Sergueyevich estaba tanto o más impaciente y no cesaba de hablar.

—Te diré, Pravda, no debiera hablar de ello... Dirás y con razón que no es este el momento. Pero ocurre, perdóname, camarada, que ya no puedo quedarme quieto y menos dejar de hablar de otra cosa que... te diré, nunca supe y te diré que he aguardado oculto en las ramas de un árbol, en un pajonal, sabiéndome rastreado, haciéndome pasar por cadaver cuando los denikistas removían el campo rematando a los heridos, pero en ninguna, jamás y sin riesgo de mi vida, como ahora, he sentido tanta angustia, tan impotente, como exhalando la vida a cada momento en la espera. ¿Qué está pasando con la partida? ¿Y de Badko? Me consume ver por aquí todo tan fácil y que no lleguen...

—Llegarán, pierde cuidado...

—Perdóname, Pravda, si no lo digo creo que reviento... Aunque es igual, de todos modos creo reventar... Siento una impaciencia que me da neuralgia en las muelas...

—¡Sergueyevich, calla!

—¡Debo correr! ¡Tengo necesidad de correr!

—¿Terminarás con eso? —dijo Pravda con severidad—. ¡Sergueyevich!

—¡Qué! ¿No hace siete horas, si no más, que se fue Permendje? ¿Cuánta ventaja crees que hemos sacado al resto? ¡Medio día en dos! No creo... Me siento tentado de salir en su busca.

—¡No son esas nuestras órdenes! ¡Y a qué!

—Lo sé. ¡Lo sé! Pero qué quieres, ya no me sujeto...

—¡Aguántate, Sergueyevich!

—Eso se dice... ¡Será mejor que me ates!

—No te quepa duda que lo hago... ¡Y más! —luego de un momento Serguyevich se levantó y comenzó a andar hacia su cabalgadura—. ¿Adónde vas?

—Me largo.

—¡Qué dices! —Pravda corrió trás él.

—Me largo a buscarlos.

—¡De aquí no te mueves! —Pravda se le plantó por delante. Observó en los ojos de su camarada un brillo inquietante, entre irónico y perverso. Tardíamente atinó a cubrirse. Sergueyevich le dio un puñetazo en el rostro que lo arrojó medio atontado por tierra. Pravda sacudió la cabeza desentumeciéndola—. ¿Con qué esto quieres? —le dijo, arrojándole un puntapié que lo hizo trastabillar. Se incorporó y le dio una formidable izquierda en el estómago.

Sergueyevich se dobló por efecto del golpe y recibió un rodillazo que lo tumbó. Antes de que pudiese atinar, ya Pravda se le había echado encima, sujetándole una mano y con la otra, tratando de sofocarlo. Sergueyevich se deshizo con cierta facilidad de esa presión y logró incorporarse. Lo propio hizo Pravda. Eran de similar talla y contextura. Y de nuevo se propinaron golpes con renovado brío. Solamente que, mientras uno, cuando los recibía, más se enconaba, el otro en cambio parecía sintiéndose feliz recibiéndolos. De manera que Pravda asumió esa actitud de su camarada como una suficiencia y más se enconó. Pero, entre más pegaba, más le parecía que el otro le ofrecía el blanco como en un alarde.

—Por la madre que te parió, compañero, te voy a hacer polvo. —decía Pravda. Y pegaba.

Desde la vecina orilla, los dos rumanos, viendo esa riña, no sabían qué pensar. Ni hasta cuando habría de durar. Que creyendo a alguno fuera de combate, para su asombro, lo veían levantándose y dando tumbos volver a los puños.

—Te has puesto malito, camarada —decía Pravda a Sergueyevich—. Tú di hasta cuando quieres la medicina. Yo tengo el remedio —y lo sacudía con lo que le restaba de fuerza.

Hasta que los dos quedaron exhaustos, sentados en tierra.

—Gracias, camarada —dijo Sergueyevich sin rencor.

—Tú lo mereces —le contestó Pravda gentilmente, escupiendo sangre.

No se habían repuesto de su recíproca golpiza, cuando vieron aparecer a Permendje y a Tchumak a caballo y adelantados al resto.

—¿Qué ha pasado aquí? —indagó Tchumak.

—¿Y Makhno? —se apresuraron preguntando los dos.

—Detrás nuestro.

—¿La embarcación? ¿Los barqueros? —ambos señalaron la orilla opuesta—. ¡No veo a nadie! —picó su animal Tchumak llevándolo hasta la alambrada.

Efectivamente, a nadie se vio del otro lado. Pravda y Permendje recordaban haberlos tenido enfrente toda la tarde. Se alarmaron. Comenzaron a llamarlos, primero por señas, luego a los gritos. Hasta que aparecieron.

—¡Vayan en busca de ésos! Iniciamos la evacuación. No tenemos tiempo que perder. ¡Nos vienen siguiendo! —esto dijo Tchumak.

Los tres levantaron una vez más la alambrada, se internaron en el río y a nado, ganaron la otra orilla.

—¡Qué esperan! —les gritó Pravda a los rumanos.

—¡No es el momento! —fue la respuesta.

—¡Cómo que no es momento!

—Pronto regresará la lancha con el prefecto.

—¡Qué par de cobardes! ¿Lo hacen o no lo hacen? ¡Si no lo hacen ustedes, lo hacemos nosotros! —Pravda condujo sin más a Permendje y a Sergueyevich hacia donde los rumanos tenían oculto el bote.

—No se apuren. Lo haremos yo y él —dijo Antonescu.

El bote, llevado en vilo por los cinco hombres, no hacía más que crujir. Cuando lo echaron al agua, Pravda le dijo al que lo abordaba.

—Desgraciado, si aprecias tu vida ruega que no le suceda nada a tu barca. Deberá transportar una carga muy valiosa.

Antonescu echó los remos al agua y con ese desecho de embarcación inició el cruce. Permendje lo acompañaba. De ese lado no se veían señales del arribo de la partida. Tchumak no estaba.

—¿Qué tendremos que transportar? —preguntó Filibescu no dejando de observar hacia el codo del río.

—¡Qué! ¡Gente! Gente como tú y yo.

—¿Y cuántos? ¿Cuántos viajes tendremos que hacer? Tenemos al prefecto de la policía encima.

—Eso ya te lo oímos decir...

—¿No les vieron los cañoncitos cuando pasaron?

—Deja eso de nuestra cuenta.

Antonescu remaba de pie y algo encorvado por causa del remo roto. Él también observaba hacia el codo del río y no dejaba de preguntarse que tan importante sería esa carga aguardada. Viendo el efecto reverberante de los rayos solares sobre las aguas, rogaba porque eso se mantuviese y dificultase la observación visual de los del vaporcito armado. Y no dejaba de pensar también en abandonarlo todo si la situación empeoraba, si bien ahí estaba junto a él su cancerbero, sin quitarle ojo.

—Si estás tramando algo, ¡cuidado! No sales con vida —le dijo Permendje ni que adivinándolo.

Arribados al otro lado, los dos salieron del bote a vigilar. No vieron a nadie. Y comenzaron a transcurrir los minutos. Resbalaban como arena en las manos. Cada minuto que pasaba era una posibilidad menos, una manera de desguarnecerse más ante un peligro cierto. Antonescu dirigió una vez más su mirada hacia el codo del río, observó el bote denunciado en la orilla y volvió con nerviosidad manifiesta a mirar la lejanía en espera de algún anuncio de ese arribo demorado.

—La policía costera está al pasar —dijo—. ¿Qué cree que harán si ven el bote ahí? ¡Ustedes lo están echando todo a perder! —no acabó Antonescu de decir esto, cuando un rumor apenas perceptible y creciente que bien podría provenir tanto de tierra como del río, comenzó a escucharse. La tranquilidad les ganó el ánimo cuando descubrieron que el indicio llegaba de la ruta aguardada. Aparecieron los primeros jinetes.

Se divisó la *tatchanka*. El sosegado paisaje se transformó. Apeados unos, a caballo otros recorriendo las inmediaciones, todo se impregnó de esa impronta y del nerviosismo propio de los acontecimientos. Llegado el carro, rápidamente bajaron de él las dos camillas con los heridos. Ocho hombres se llevaron la *tatchanka* kilómetros abajo, por dónde se suponía que debía aparecer la cañonera y emplazaron allí

sus ametralladoras. Entretanto Zinkowsky y otro camarada trasladaron la camilla con Makhno al bote. Yacía en ella, muy mal herido, el inspirador de esa cruzada que sin duda allí terminaba. Aunque algunos hombres cubrían las espaldas en previsión de los que sabían que venían rastreándolos, todos estaban vueltos hacia Makhno, que extendía la mano de su brazo móvil, estrechando la de los que en hilera hacían honor a su paso. ¡Lo habían logrado! ¡Lo estaban logrando!

—Salud, Badko.

—Adiós, camarada.

—Vuelve.

—Volveré.

—Aquí estaremos.

Tchumak ya hubiera preferido verlo trasladado a la barca. Makhno le hizo una seña a Zinkowsky para que detuviese la marcha. Con gran esfuerzo por causa de su herida, expresó:

—Sería ingrato si partiese sin decir... ¡Gracias!

Sus hombres lloraban. Tchumak debió hacerse fuerte en su montura para no emocionarse él mismo.

—¡Ya, Badko! —dijo.

Colocaron a Makhno en su camilla a lo largo del bote. De inmediato advirtieron como hacía agua con su peso, los camilleros y el botero.

—Nada teman. De ahí no pasa... —dijo éste.

Tchumak decidió poner a dos hombres nadando a los costados del bote. El bote avanzaba lentamente, balanceándose y crugiendo, aquejado por este esfuerzo extremo. Zinkowsky y el otro camarada, de nombre Lov con unos cacharros hallados en el mismo bote, lo desagotaban. Los dos nadadores braceaban a sus costados. En la orilla algunos jinetes corrían arriba y abajo, controlando el sector. Zinkowsky sentía como se movían los tableros del fondo del bote y cada vez que el barquero introducía los remos en el agua para impulsar la embarcación, la sentía tan vacilante y renuente a desplazarse que se decía cuánto más podría soportar navegando ese ingenio. Antonescu, a su vez, al que no había pasado desapercibido el casi ritual ofrecido por todos esos hombres al que transportaba herido, lo observaba fascinado. ¿Sería él la carga preciosa de que hablara Pravda? ¿Podría ser este hombre herido? ¡Y el otro que aguardaba, más pareciendo amortajado que vivo!

En eso se escucharon disparos. Provenían del emplazmietno de ametralladoras. Las Lewis lanzaban sus ráfagas de advertencia a la embarcación policíaca, manteniéndola a raya y eso ponía una nota aún más apremiante a la travesía. Antonescu se alarmó. Le sorpren-

dió encontrar la mirada del herido que lo observaba y le guiñó un ojo. Se encontraban en mitad del río.

—Si ustedes dos dejan el bote yo llego antes —dijo el botero a Zinkowsky y a Lov—. ¿Saben nadar?

Consultado Makhno, aprobó. Los dos se echaron fuera del bote. Aliviado de peso recobró una motilidad que no aparentaba y Antonescu parecía haciendo prodigios con esos remos mutilados. Ahora costaba seguirlo.

Tchumak ya había hecho aproximar a pasos del agua la camilla en que se encontraba tendido Kojin. Éste proseguía en su estado parcialmente estacionario, la cara tumefacta y reaccionando sólo a intervalos. Tchumak envió por precaución más hombres a reforzar a los que tiroteaban el vaporcito. En él el prefecto había comprendido muy bien la advertencia y si bien había disparado sus cañoncitos, se mantenía a distancia prudencial. Pero quedaba el latente peligro de esas fuerzas rojas puestas tras ellos. Así como Tchumak advirtió que el bote alcanzaba la orilla opuesta y de inmediato desembarcaban a Makhno, dividió su fuerza y envió una mitad a cubrir la posible llegada del enemigo, obstruyéndolo.

Filibescu suplió a Antonescu; echó los remos al agua y comenzó a bogar.

—A ustedes —gritó desde la barca—, el que quiera regresar, si aguarda hasta la noche yo lo regreso. ¡Así no se mojan!

—¡No te ufanes! ¡Que falta! ¡Comanda tu embarcación! ¡Y no vayas a tropezar! —le devolvió la broma Pravda, en el primer instante de distención. Debió correr tras los demás que ya llevaban a Badko.

—¡Eh, camarada! ¿No me vas a pagar? —le atajó Antonescu alarmado.

—Que sí... Si todavía no me voy...

Del otro lado Filibescu tardó menos en llegar que en partir. Tres hombres impulsaron el bote dándole el primer envión.

—¡Adiós, Kojin! ¡Buena suerte!

—Advierte a los que están allí que ellos se hagan cargo de Kojin —indicó Tchumak a Filibescu.

Alguien se aproximó con la noticia de que las fuerzas rojas estaban próximas. Cuando ocasionalmente Filibescu se volvió para observar qué hacían los que habían quedado en la orilla, descubrió que habían desaparecido. Y que había cesado el tableteo de metralla. Apuró los remos. Miró a ese hombre en tan lamentable estado tendido en la camilla en el fondo del bote y se dijo quién podría dar nada todavía por él.

En cuanto la embajada rusa en Bucarest tuvo la confirmación de la llegada de Néstor Makhno al país, se apresuró enviando la nueva a Moscú, por correo expreso. La correspondencia fue interceptada por un miembro muy encumbrado del *bureau* que tenía absolutamente bajo control la actividad de cada integrante del *Soviet* Supremo y acceso en su puesto para tales repugnantes maniobras. Luego de explorar su contenido la devolvió para ser entregada a su destinatario.

Trotzky recibió de un comisario adscrito a su ministerio la misiva que evidenciaba haber sido fiscalizada previamente. No se sorprendió, pero no pudo evitar un mohín de disgusto. Cuando el comisario se retiró, abrió el sobre, extrajo la hoja, la desdobló y pasó su vista por ella. Luego de unos instantes, dejó la hoja sobre el escritorio, se quitó los lentes, cuidadosamente frotó sus vidrios con una felpa, volvió a ponerselos y nuevamente releyó la hoja. Por un instante quedó abstraído, hasta que con una maquinita para el caso, agujereó la hoja, se levantó en procura de una carpeta y archivó la hoja en ella.

La makhnovichina fue definitivamente derrotada antes de concluir ese año de 1921. Casi todos los camaradas destacados fueron muertos o en todo caso desaparecidos sin acusar paradero cierto. Los demás, el campesinado revolucionario que nutrió y participó en la gesta, los que no asesinados, deportados a las gélidas y desoladas regiones siberianas, tan caras a todos los déspotas rusos. Y si, fuera de esos cientos de miles de ucranianos muertos o transferidos, alguno salvó su pellejo en la colada, fue reabsorbido en el vientre monstruoso de ese enorme país.

De entonces acá, disenciones en la cumbre, purgas, luchas feroces de poder. Ajuste de cuentas entre los hasta ayer «camaradas». El crimen político, la acusación de «traidor», esgrimidos desde el Estado con carácter sistemático, facultando a cualquier violencia...

La makhnovichina fue el último movimiento libertario de protesta popular, conjuntamente con la rebelión de los marinos de Cronstadt, de que se tengan noticias en Rusia.

Aunque sí, uno más hubo, de suma importancia, de la *máxima importancia*, tronchado así como comenzaba a manifestarse y rara, sino jamás nunca aceptado. Fue un movimiento espontáneo que tuvo efecto en los primeros días de la invasión alemana a Rusia, en la Se-

gunda Guerra Mundial. Las tropas alemanas fueron recibidas con beneplácito por el pueblo ruso que creyó que con ellas les llegaba la liberación del yugo staliniano. Amargo les resultó comprobar que la escalada bárbara y despótica tenía en los invasores émulos adelantados tanto o más feroces que los suyos. Y en consecuencia se apresuraron en defenderse de ellos. ¡Qué hubiese sido si los nazis no hubiesen sido tan nazis, es de preguntarse! Pero la intención primera de querer liberarse de su yugo denunció una realidad. Y ella subyase, eso queremos creer, en el fondo soterrado de esa aparentemente sólida uniformidad congelada. Como subyace en los pueblos de la entera humanidad. Grosera o sutilmente encadenados, según vayan resultando sus *status*. De África a Estados Unidos.

¿Hasta cuándo?

EL HILO DE ARIADNA

(Conclusión)

Silenciados.

Ahogados los vagidos de esa bestia eternamente doliente representada por el sufrido pueblo ruso, transferido de un despotismo autocrático brutal a, ¡oh, sarcasmo!, un monstruoso, muy sofisticado y tan despótico poder estatal que el mismo pueblo, con su sangre, contribuyó a implantar en Rusia, el comunismo bolchevique se apresuró en internacionalizar su imperante, triunfal revolución proletaria. Con etiqueta de sepultureros de la burguesía mundial, atraparon a millones de crédulos trabajadores y a intelectuales, unos desesperados, los otros ávidos por instaurar sus propias dictaduras proletarias. El tráfico de comisarios, delegaciones, congresos implementados al efecto de convenir tácticas y propósitos, se hicieron muy proficuos por entonces, iniciándose internacionalmente en el año 1921. De ahí data precisamente el congreso de la *Internacional Sindical Roja*, realizado en Moscú y que valió, por causa de reclamos de delegaciones extranjeras —hecho ya mencionado— que se pusiese en libertad, bajo condición de expatriarse, a diez de los anarquistas que cumplían una huelga de hambre en la prisión de Taganka.

A principios de enero de 1922, los diez prisioneros liberados llegaron al puerto de Stettin, en Alemania, acompañados de sus familias. Volin, con su mujer y sus cinco hijos. Berlín se había convertido en el punto obligado de comunicación con el resto de Europa para los exiliados rusos, en razón de las condiciones propias reinantes en Alemania, país hondamente perturbado y desorganizado por causa de su situación posterior a la pérdida de la guerra. Millones de desocupados, policialmente incontrolables deambulaban de un sitio a otro haciendo posible, tanto a los refugiados políticos como a las delega-

ciones en tránsito hacia Rusia, pasar desapercibidas a las autoridades. Así mismo, Berlín era asiento de un movimiento sindical anarquista muy activo, que hacía posible a los refugiados de esa corriente recibir ayuda temporal e iniciar los trámites para su asilo político en otros países. En el caso de Volin, su dominio del idioma le posibilitó solventarse dando conferencias en los centros ideológicos afines si bien en condiciones harto precarias. Vivió dos años en Berlín hasta que se trasladó a París, llamado por Sebastián Faure para colaborar con él en la *Encyclopedie Anarquiste*. Sobrellevando miseria, la trágica muerte de su mujer y el hallase él mismo gravemente enfermo en esos años de desasociego, persecución política y el estallido de la Segunda Guerra, halló todavía energía para escribir su *Révolution inconnue* que como ya hemos dicho, nos sirvió de base para escribir a la vez esta obra.

Volin murió de tuberculosis en un hospital de París el 18 de septiembre de 1945.

También Berlín fue el refugio obligado de Archinoff, arribado meses antes que Volin, pero a diferencia de éste, padeciendo como un martirio su desconocimiento de la lengua; tiempo después, en enero de 1923, llegaba Makhno. Los tres tuvieron ocasión de estar juntos otra vez, arribados por derroteros propios, más por circunstancias comunes: presos, perseguidos, exiliados. Volin, lo acabamos de consignar, arrancado de la prisión de Taganka; Pedro Archinoff, desde que lo dejáramos en ese hotelucho de Petersburgo, debiendo ocultarse por meses con riesgo de muerte hasta hallar como fugarse de Rusia y Makhno, viviendo engorrosísimas alternativas político administrativas aún en los hospitales de Rumania, expulsado de allí a Polonia que lo internó, denegándole el pedido de extradición a los rojos y finalmente, de nuevo expulsado, esta vez a Danzing, confinado a un campo de concentración de donde se fugó con la ayuda de sus camaradas.

De Archinoff consignamos, completando su derrotero, que luego de sostener agrias diatribas político posicionales con el movimiento anarquista internacional resolvió en 1930 regresar a Rusia y pasarse al comunismo. En 1937, acusado de pretender restaurar el anarquismo fue ingresado en una purga y fusilado.

Los tres llegaron a Berlín con lo que cada cual arrastraba de nostalgia y frustración. Siendo Volin el único que dominaba el idioma fue el encargado de introducir, a cada cual, en el círculo ideológico

de los anarquistas de Berlín. Así llevó a Archinoff a casa de Rudolf Rocker, publicista de nota y pensador preclaro del anarquismo internacional. Poseedor de una cordialidad sin fatiga, su trato resultaba un periplo obligado para los hombres de tendencia libertaria de paso por la ciudad. Archinoff, contrariamente, por no malograr un encuentro que su falta de idioma y el de Rocker, así mismo, con respecto del suyo, hacía impracticable, había evitado hasta entonces visitarlo.

Iniciada la entrevista, mediando Volin de intérprete, qué otro tema más urgente y notorio, el único, que narrar su propia odisea, desde su peregrinación con el ejército de Makhno por esos parajes de nieves eternales, hasta las vividas en Petersburgo, aguardando los acontecimientos de Cronstadt. Y de ellos, convertida en su pena más honda, permaneciendo royéndole el corazón, era el de pensar en la pérdida de su irreproducible manuscrito. Máxime desde que una vez fuera de Rusia, tuviese ocasión de comprobar cómo la propaganda bolchevique había cubierto de calumnias la trayectoria del movimento makhnovista, tales como acusarlos de antisemitas y pogromistas y de aliados de blancos y *kulaks*. ¡Cuántas veces a raíz de ello debió confrontar a propios compañeros mal informados! El haber dejado sin noticias fidedignas al mundo por causa de esa pérdida, se le imponía con ribetes de catástrofe culpable e imperdonable. Ciertamente, cualquier reflexión consoladora carecía de valor para él, frente a la magnitud de esa pérdida. La recopilación histórica, irreproducible sin acopio de datos, notas, documentos inhallables, lo postraban ante la idea de rehacer un material que se hacía vano sino sonsignado con pruebas. ¡Todo lo que hacía veraz su manúscrito! Lo único palpable capaz de oponerse al cúmulo de patrañas elaboradas. No se le escapaba el pesar de su amigo y camarada, a Volin. Pero, ¿qué palabra consoladora prodigar a quien sin duda lleva recorrida toda la escala de las posibles consolaciones y las desecha, porque lo último que quiere es consolarse? ¡Las veces que el cerebro de Archinoff rondó el probable itinerario de Rastropovich luego de abandonar éste su paradero sin dejar rastro! Haberse confiado a un actor, nada menos, si bien compañero, ¡actor al fin y al cabo! ¿Dónde tenía la cabeza entonces? No acababa de cubrir su amargura confiada, la disyuntiva inapelable de buscar afanoso contactarse con Cronstadt, a riesgo de perder el manuscrito y la vida.

Archinoff, que ahora se encontraba frente a Rocker, estimulado por su curiosa atención, se explayó en sus menores detalles en torno a toda esa cuestión, como el de recordar el papel de embalar en que había envuelto sus cuartillas y la cuerda con las que venían atadas.

—¡Qué trance vive este hombre! —pensaba Rocker para sí, oyéndolo. De pronto, tras otra referencia hecha por Archinoff, Rocker se golpeó la frente con la mano y exclamó—: Déjeme decirle algo, Archinoff, no quiero hacerle abrigar esperanzas, pero...

Los dos rusos se miraron estupefactos ante la actitud, más que por las palabras de Rocker. Archinoff quedó como en vilo y aquél pareció pronto darse cuenta cuan lejos había ido con su gesto.

—Justamente —prosiguió—, no sé por qué en ningún momento asocié pero bien podría... Si bien creo que no de Petersburgo... En verdad de Moscú... —decía con las piernas todavía cruzadas en su asiento—. ¡Sí, de Moscú! —continuó como en soliloquio—. Pero el atado..., el atado... —se levantó de su asiento y poniendo una rodilla en el suelo frente a su escritorio, abrió con cierto esfuerzo, con la ayuda de Pedro, el último cajón, uno profundo, lleno hasta el tope de papeles y carpetas—. Todas éstas —señaló incorporándose—, son misivas y documentos llegados a mí desde Rusia, por diferente conducto, enviados por camaradas, Shapiro, Emma Goldman, Berckman... No me pregunten. No sabría decir de qué tratan... No hablo, tampoco leo ruso. ¿Quiere echarle un vistazo, Archinoff? Me parece que un envoltorio como el que usted describió... Bueno..., no quisiera ilusionarlo... Pruebe.

A Archinoff le dio un vuelco el corazón. De costado introdujo su mano de manera de ir palpando las hojas en su interior, mientras con la otra las extraía junto con sobres y carpetas que se iban acumulando sobre el suelo. La expectativa ganó a los tres, hasta que Pedro, con alborozo indescriptible, dando un alarido de júbilo extrajo el envoltorio buscado.

—¡Esto es! ¡Aquí está! ¡Esto es!

—¡No diga! ¿No lo decía? ¡Qué alegría!

—¡Ábrelo!

—¿Es de creer? ¿Es de creer? —miraba y exultaba Archinoff. Le quitó la cuerda al paquete y no tardaron en aparecer las hojas manuscritas, las notas, los volantes, todo su esmero de años. La alegría comunicativa de esos tres hombres resultaba conmovedora.

—¡Oh, qué puedo decirle, Rocker! —Archinoff chapuceaba en alemán.

—Este atado me vino de manos de Emma —explicó Rocker.

—¿De la Goldman? ¿Está usted seguro? ¡Qué curioso! —dijo de nuevo en alemán Archinoff.

—¿Por qué? Rastropovich o alguien viajó de Petrogrado a Moscú, entregó el manúscrito a la Goldman y ella, en cuanto pudo sacarlo de Rusia, lo hizo y así llegó a mis manos.

—¿Me quieres traducir, Volin? ¿Qué más hay? ¿Qué buscas tú ahí? —Volin se encontraba a su vez revisando el contenido del cajón.

—Lo que me conmueve —dijo Rocker—, es la responsabilidad de tantos compañeros anónimos..., como ese actor.

—¡Y yo que lo estuve desestimando!

—En usted se comprende, Pedro... Hay que haber estado en su situación.

—¡Já, já! ¡Ahora felicítenme a mí! —dijo Volin exhibiendo tres sobres y riendo sin reserva—. ¡Esto es una mina de oro, Rocker! ¡Originales míos!

Los tres reían y se abrazaban. Milly, la mujer de Rocker, hallándose en otra habitación, vino por el alboroto y aunque sabía particularmente ruidosos a los rusos, no dejó de sorprenderle ver a su marido tan comprometido en la algarada.

Makhno llegó a Berlín con el desasosiego propio de un hombre enfermo, mal curado de sus heridas, luego de año y medio de deambular por hospitales, estaciones policiales, cárceles y trámites de expatriación. En su caso, no más que por sobrevivir, alejado de toda esperanza de retorno para recomenzar la gesta, no hacía otra cosa que quedar en el umbral de un mundo que no era, ni sería jamás el suyo; que no comprendía y al que no acabaría adaptándose nunca.[3]

Absurdamente se vio puesto en un mundo ajeno, con problemas que no eran los suyos y ante el que todavía debió explicarse, porque la prensa y la propaganda bolchevique, corriendo por delante de él y de su gesta, le había llenado de mierda el camino... ¡Qué tragedia!

De Berlín pasó a Francia. Se radicó en París. Llevó en sus años de exilio una vida muy penosa. Sufrió por causas idiomáticas y de ambientación. Decididamente no supo qué hacer allí de su vida. Sus heridas y su mal pulmonar contraído en la cárcel, nunca del todo curados, recrudecieron sus males haciéndole arrastrar una vida miserable. Aunque asistido a veces por la ayuda de camaradas, no alcanzó a solventar enteramente su existencia. Se casó y tuvo una hija. Alcanzó a escribir y publicar parte de sus memorias. Narró los

3 En 1919 la Constitución de Weimar le había arrancado esta amarga exclamación a Rosa Luxemburgo: «Oh, qué alemana es esta revolución alemana, qué sobria, pedantesca, sin vuelo, sin brillo, sin grandeza». Sobre ella se abismaba Makhno. Bajo ella se iniciaba el fermento de la gusanera hitleriana.

acontecimientos de su actividad hasta el año 1918. Se llevó a la tumba el narrar los más ricos e importantes: de 1919 a 1921.

Néstor (Badko) Makhno falleció en París en julio de 1935. Fue incinerado en el crematorio de P'ere-Lachaise, donde, según creemos, todavía se puede ver la urna que guarda sus cenizas.

FIN

Sausalito, 11-24-1992.

ALGO TODAVÍA

Corriendo descalzos sobre un tejado de zinc que brama, adecuamos nuestro habitat a esa *performance*, con tal de sentir algo sólido bajo los pies. Logrado esto con empeño y úlceras, de la desesperación crispada a cierta displicencia, acopian y consumen siempre los mismos y disputan a las moscas, también los mismos, en una concurrencia de mercado llamado competitivo donde hay de todo, pero no para todos.

En esta contradicción sustancial, originada en los tiempos en que los galeotes veían las mesas de su patrono colmadas y sentían sus tripas retorcidas de hambre, se desenvuelve la economía capitalista. El socialismo saliéndole al paso, ha tratado de enmendar este desajuste. Del resultado de esta confrontación tenemos noticias a diario. Toda vez que se produce un levantamiento se lo silencia a tiros. Así, el hambre y la injusticia, con sus desniveles consecuentes, prevalece en el mundo y con ello, la desconfianza de dirección y la crisis de valores, se debaten sin solución de continuidad. Por su socorro procuran organismos internacionales que más parecen alentando fuegos que apagándolos. Y todo es burla. Un mecanismo que ni a propósito. En realidad, como una caldera a presión con su válvula de escape de emergencia para evitar explosiones atómicas. Eso sólo. Una previsión. No obstante, ¿podrá negar nadie que haya gases subterráneos muy peligrosos acumulándose?

Sobre este mundo provisional estamos detenidos nosotros. Hostigados por propios y ajenos conflictos. Y se nos presiona. Sentimos el codo de nuestro vecino que también quiere vivir, y al mundo, con todo lo que representa, ejerciendo su *stress* y manteniéndonos en el punto del estallido. En esa situación, obligados a tomar partido o reflexionar al respecto, nos volvemos desorientados sobre este mundo *dado*, tomándolo como punto de referencia.

Como se nos hostiga sin tregua, nuestro juicio es más de defensa y funciona condicionado. Respondemos a una compulsión y así, en la reciprocidad, se crea un mundo de artificio que, naturalmente, acaba adueñándose de los medios y haciendo que la vida sea esto y no aquello. Una visión deformada y muy parcial de los hechos, atenida al circuito creado entre el sujeto y el objeto. Como un programa de preguntas y respuestas en el que lo que no se atiene a ello queda invalidado. Lo invalida la regla y cualquier enfoque diferente es desalentado por emprenderlo en territorio no sólo no autorizado, hábilmente oculto o simplemente soslayado por el reglamento. De lo que se deduce que el movimiento de causa y efecto queda reducido al nivel previamente premeditado del programador. A sus intereses. El resultado, el equivalente a charlas ocasionales en salas de espera. Comidilla. Y una sensación de desasociego constante, proveniente precisamente de donde supuestamente debería devenirnos el equilibrio. De manera que... nos resta volver a recomenzar. Y es lo que se hace. Un perro que se muerde la cola y sabe dar saltos ornamentales y mover la patita al término de la función... Igual a un perro de circo. ¿Hacemos esto nosotros? ¿Saltamos por entre aros envueltos en llamas? Solamente sabré decir que no estamos muy seguros que digamos...

Convertidos en saltimbanquis recorremos el espacio histórico sabiéndonos manipulados, más con la esperanza de poder alcanzar una parte de la tajada puesta como señuelo un poco por delante de nosotros. Pagamos nuestro precio por entrar en la lotería con la ilusión de ganar el premio gordo que nos redima. Perdemos pero somos tenaces. Formamos parte del círculo vicioso con la aquiescencia oficial que es la que fomenta el juego, sabiendo que nadie osará echarnos participar. ¡Al contrario! Como siendo todos cómplices imputables ocultando un secreto impenetrable de familia y eludiendo el interrogatorio sabiendo comunes nuestros intereses, enajenamos cosas, por vivir. Y como en todo comercio, hay quien vende más que otros.

Así, todo el mundo en Rusia se ha dado prisa en pasar por alto las más graves cuestiones y echarse en brazos de esta musa prometedora de mejor vida que es el capitalismo internacional. Rodeados de cañones como lo estamos todos y bramándoles el tejado en los pies, en cuanto se les presentó la oportunidad, el edificio entero estaba carcomido desde los cimientos, como si fuese un *gag* de Chaplin a la hora de comer, arrojando lejos sus herramientas, se dieron prisa en

arrojar lejos la doctrina bolchevique aguardando del capitalismo no sabemos qué...

¡*Welcome perestroika!*

No más, «*tovarich*».

No obraron ninguna hazaña. A la hora del recuento se verá cuanto dejaron de hacer. Mil años viviendo soterrados bajo el yugo de los zares, rematados por José Stalin. ¡Y cayendo en nuevos personalismos!

¿Tranquiliza saberlos de este lado?

Y la cuestión, es de advertir, es que algo grande se nos está tratando de escamotear. Los rusos saben muy bien que se trata de un asunto extremadamente grave, dificultoso de enhebrar como ninguno. Salta a sus ojos, se desliza a sus pocas ganas de querer preguntarse sobre los acosos de familia y de la historia y aceptan la oferta *dada* a sabiendas de que la herida cerrará otra vez en falso. Pero, en tanto, ellos habrán *vivido*. He aquí lo pactado. En esto se resuelve toda la cuestión.

¿Pero, no hubo un instante siquiera, una reflexión para una inducción más profunda en el orden de confiar por fin en el pueblo y apelar a sus reservas, su espíritu y su voluntad libre? ¿Y lanzarse desde la base, no desde el gobierno directriz y paralizante, levantando el orgullo y la dignidad de todos para un trabajo de verdad mancomunado y revolucionario?

Francamente, esto sí lo comprendemos, jamás alcanzará a medirse el daño inferido a todas las corrientes libertarias por el fracaso comunista. Pero no han sido menores los fiascos de la democracia y en ello se está.

¿Los postulados del anarquismo no cuentan ya en la edad de la tecnología, de los ordenadores y la conquista del espacio? ¿Bakunin, Godwin, Proudhon, Kropotkin, Malatesta, material de museo? ¿Y la Primera Internacional de los Trabajadores y la Guerra Civil Española, también?

¡Y el *movimiento makhnovista*! Sobremanera y en carne viva el movimiento makhnovista. ¡Tate, tate! Paso por paso. ¡Guardémosno de tales omisiones!

Tres cuartas partes de la población mundial —países enteros—, padecen hambrunas pavorosas pudriéndose prácticamente ante nuestros ojos.

Corremos y saltamos por sobre la herida abierta ganando *nuestro* tiempo y mucho más que sospechando que no habrá conciliación mientras subsistan las demandas económicas y la justicia social no se haya establecido.

De la *no conciliación* es que queremos, todavía, decir dos palabras y en ello se resume el sentido de este libro.

Nuestra historia ha tocado a su fin; no la Historia.

Hemos visto llegar a la consunción a sus protagonistas.

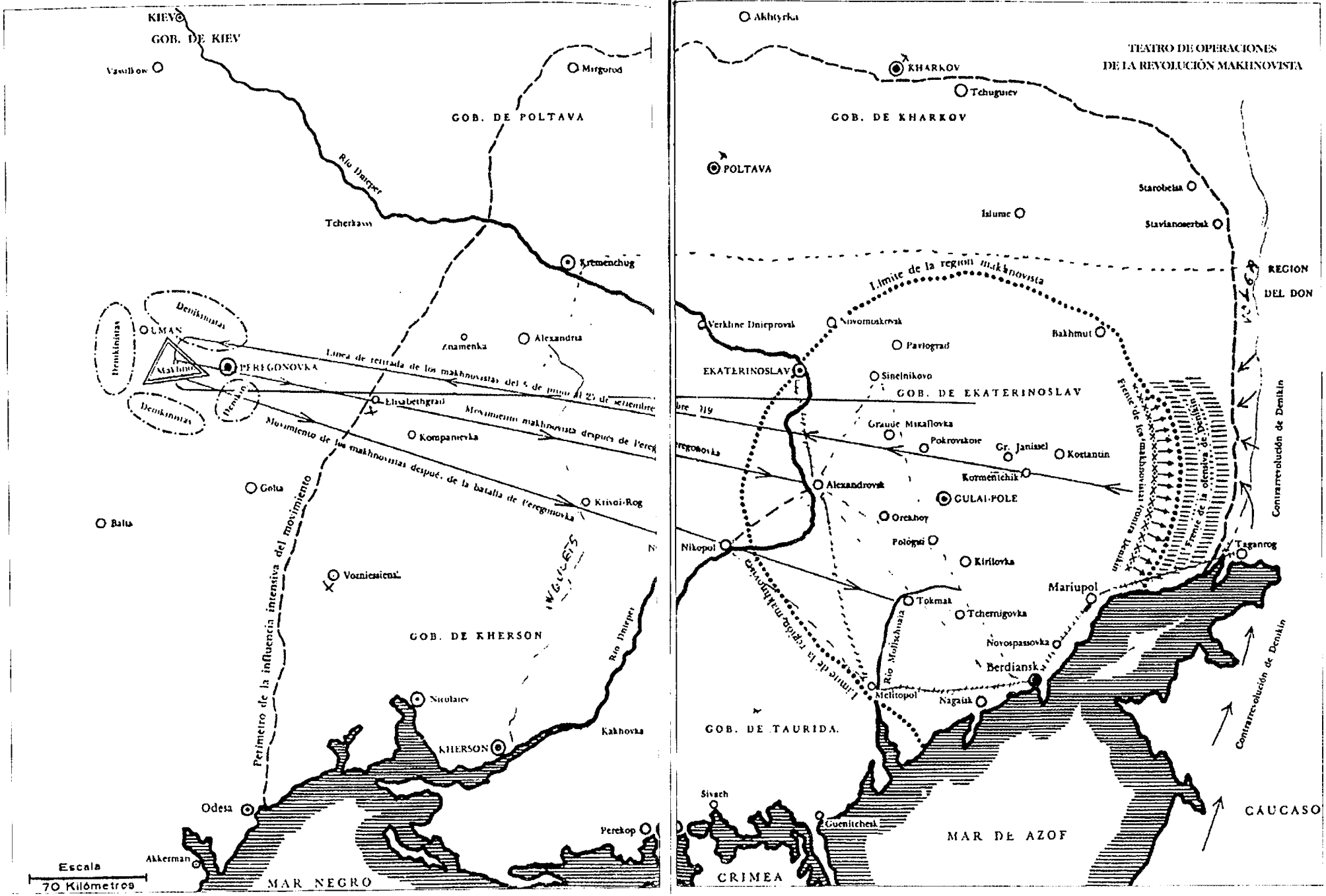
Muy pocos quedamos hoy para celebrarlos.

Si la contabilidad pública, oficial u oficiosa, a decidido pasarnos a pérdidas y ganancias, liquidándonos socarronamente del haber, nosotros, que no somos un saldo deducible o un período de la historia ya superado, estamos para recordarles a las malas conciencias que mientras no se vaya al fondo de la cuestión de la justicia y de la equiparación distributiva no valen artimañas y la cura en salud habrá de cumplirse porque eso reclaman los pueblos desde el fondo de la historia. Y la anarquía de vivir en libertad.

En tanto no sea llegado ese tiempo, no alcanzará el arte de todos los archiveros, economistas y arreglistas públicos a sustanciar la gran cuestión pendiente: la de la equidad y la justicia. No sucediendo, el cúmulo de gases, humores, resentimiento, política e intoxicación generalizada concluirá estallando: en cadena. Aguardamos ese tiempo.

¡Salud, Miguel Bakunin!

H.S.



KIEV
GOB. DE KIEV
Vassilkow
Mirgorod
GOB. DE POLTAVA
Río Dnieper
Tcherkassy
Kremenchug
Denikinistas
UMAN
Makhno
PEREGONOVKA
Denikinistas
Denikinistas
Denikin
Znamenka
Alexandria
Línea de retirada de los makhnovistas del 5 de junio al 25 de setiembre
Elisabethgrad
Movimiento makhnovista después de Pereg
Movimiento de los makhnovistas después de la batalla de Peregonovka
Kompanievka
Golta
Balta
Krivoi-Rog
Vorniessiensk
Perímetro de la influencia intensiva del movimiento
GOB. DE KHERSON
Río Dnieper
Nicolaiev
KHERSON
Kakhovka
Odesa
Akkerman
Perekop
Escala
70 Kilómetros
MAR NEGRO

Akhtyrka
TEATRO DE OPERACIONES
DE LA REVOLUCIÓN MAKHNOVISTA
KHARKOV
Tchuguiev
GOB. DE KHARKOV
POLTAVA
Starobelsk
Islume
Stavianoserbsk
Límite de la región makhnovista
REGION
DEL DON
Verkline Dnieprovsk
Novomoskovsk
Bakhmut
Pavlograd
EKATERINOSLAV
Sinelnikovo
GOB. DE EKATERINOSLAV
Graude Mikaflovka
Pokrovskoie
Gr. Janissel
Kostantin
Kormentchik
Alexandrovsk
GULAI-POLE
Orekhov
Pologui
Nikopol
Kirilovka
Frente de los makhnovistas contra Denikin
Frente de la ofensiva de Denikin
Contrarrevolución de Denikin
Taganrog
Mariupol
Tokmak
Tchernigovka
Novospassovka
Berdiansk
Río Molischnaia
Límite de la región makhnovista
Melitopol
Nagaisk
GOB. DE TAURIDA
Contrarrevolución de Denikin
Sivach
Guenitchesk
MAR DE AZOF
CAUCASO
CRIMEA

ÍNDICE

ACLARACIÓN NECESARIA 7

INTRODUCCIÓN 11

LIBRO PRIMERO: «EL DESPERTAR» 23
I: Brest-Litovsk 27
II: Un hombre inspirado 29
III: El precio del Poder 34
IV: Primeras acciones 36
V: Consecuencias 40
VI: Los muertos hablan 46
VII: Simón Petliura 50
VIII: Néstor Makhno 54
IX: La *dacha* 56
X: Una reunión memorable 61
XI: Despertando la Historia 70
XII: Soldados de una misma causa 75
XIII: Interludio 84
XIV: «Nosotros estamos andando» 88
XV: Un minuto antes de la estampida 93
XVI: La primera víctima 95
XVII: Adiós, amigo 101
XVIII: Primeras secuencias 104
XIX: Acción directa 106
XX: Resultante 119
XXI: Tinta fresca 123
XXII: 25 de Octubre 127
XXIII: Un gran proyecto 130
XXIV: La casa de Adán 139
XXV: Fuera de tópico 151
XXVI: Se mueve el tablero 155
XXVII: Acción guerrillera 162
XXVIII: El bosque de Birnam 166
XIX: La ocupación 170

LIBRO SEGUNDO: «LA GESTA» 177
I: El cebo 179
II: Moscú 182
III: *Relach...* 193
IV: Un elefante blanco 198
V: Las primeras semillas 202
VI: «Flores en Crimea» 206
VII: Ver y tocar 217
VIII: El rescate 220
IX: El regreso 228
X: ¡Aquí estamos! 231
XI: No son tábanos 239
XII: Historia paralela 247
XIII: Un pájaro dispuesto a volar 250
XIV: La escalada 253
XV: Hotel Paradis 266
XVI: El hocico del general Denikin 268
XVII: La invasión 272
XVIII: Holocausto 283
XIX: Amor cosaco 288
XX: El pacto 292
XXI: Anarquismo o comunismo 302

LIBRO TERCERO: «LA DEFENSA» 315
I: Maquiavelismo 317
II: La trama prosigue 323
III: Amor cosaco 328
IV: El retiro de Makhno 331
V: Análisis espectral 341
VI: En la trampa 343
VII: Grigorieff 347
VIII: Retemplándose 353
IX: *Quo Vadis* 361
X: Peregonovka 365
XI: Reunión en el Kremlin 376
XII: Adiós, amigo 382
XIII: ¿Y ahora? 385
XIV: Un final 388
XV: El Congreso de Alexandrovsk 390
XVI: La plaga 401
XVII: Movidas 405
XVIII: La trampa 411
XIX: Genocidio 415
XX: La guerra con Polonia 417
XXI: Wrangel 419
XXII: Inquebrantables 422

XXIII: Dilema: La alianza 425
XXIV: Dos que bien se lamen 438
XXV: ¿Acuerdo? 441
XXVI: El canto del cisne 445
XXVII: Colapso de Wrangel 449

LIBRO CUARTO: «LA CACERÍA» 459
I: Un hombre en crisis 461
II: Un hombre solo 470
III: Hacia la fuente 474
IV: Trama siniestra 483
V: Aguafuerte 487
VI: El lince herido 490
VII: ¡Cronstadt! 499
VIII: Cavando hondo 505
IX: ¡Qué crimen! 512
X: Adiós, adiós, adiós... 515
XI: Hielo y abismo 517
XII: Cosacos rojos 523
XIII: El camarada y el general 527
XIV: Indeclinable 532
XV: Cada cual en su puesto 535
XVI: Testimonio 539
XVII: En la borrasca 542
XVIII: Suma y sigue 547
XIX: El hilo de Ariadna 558
XX: Sin tregua 565
XXI: La noche 573
XXII: El gran golpe 579
XXIII: Menos que ayer 584
XXIV: El postrer coletazo 587
XXV: ¿Qué más por hacer? 592
XXVI: ¡Adelante! 596
XXVII: El hombre nuevo 604
XXVIII: El pantano 610
XXIX: ¿Libres? 615

EL HILO DE ARIADNA (Conclusión) 626
ALGO TODAVÍA 631



Héctor Schujman, nació en Argentina hace 75 años, aunque hace treinta que no reside allí. Ha publicado obras de teatro, algunas estrenadas, otras difundidas por radio.

Esta es su primera novela, narración casi cinematográfica de una epopeya real que sucedió en Ukrania entre 1917 y 1921. Este libro, por el complejo social que le preocupa, por la ideología que expone, es el que mejor refleja el pensamiento del autor.

En la actualidad nuestra editorial tiene en imprenta cuatro obras de teatro de Schujman dentro de una serie, ***Teatro Didáctico Popular,*** de obras donde expone temas de asuntos históricos mantenidos tabúes o excluidos de la discusión pública en razón de lo urticante y revelador de lo que denuncian para los diferentes estamentos sociales, políticos, económicos y culturales.

Estas cuatro primeras obras son: ***¡Bárbaro Chicago!; Marx, Bakunin y el Tío Sam; La Jaula: Wilhelm Reich; Constantino o el trono y el Altar.***

La Revolución desconocida en esta narración es la Revolución rusa, no la que fue muchas veces descrita por los políticos o escritores patentados, sino la que fue, por ellos mismos descuidada o hábilmente velada y aun falsificada. Ésta es la que se ignora.

Los campesinos de Ucrania se organizaron en colectividades y comunas libres inmediatamente después de la Revolución. La tradición revolucionaria de la región encontró su manifestación mejor en esa organización libertaria de trabajo. Por ello tuvo allí tanto arraigo al movimiento makhnovista, cuyas esencias anárquicas no quisieron tolerar los bolcheviques, los cuáles desplegaron todo su odio y su salvaje poderío en destruirlo.

Esta práctica del anarquismo en Ucrania, como una vez se llevó a cabo en muchas regiones de España, y mucho antes en algunas tribus primitivas o indígenas de América y otras regiones del mundo, es una demostración patente e irrefutable de que el anarquismo no es una utopía, todo lo contrario es una innegable y gozosa realidad. Una cosa es que los tiranos y déspotas del mundo quieran silenciarla, ocultarla, negarla y masacrarla.

"Los estatistas temen al pueblo libre y afirman que éste, sin autoridad, perdería la sociabilidad, se disgregaría y volvería al salvajismo. ¡Absurdas expresiones autoritarias de parásitos, de aficionados a la autoridad o de "pensadores" ciegos al servicio incondicional del privilegio!" Pedro Archinoff.

ISBN 84-95258-04-8

9 788495 258045